

Selecta

*Las mujeres
no somos
invisibles*



ESPERANZA RISCART

Las mujeres no somos invisibles

Esperanza Riscart

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

ALBA

Aún me dura la resaca que sufrí después de haber asistido a la boda de mi mejor amiga, Sandy, hace dos días. No estoy acostumbrada a beber —menos aún, champán—, y lo hice durante las más de seis horas que había durado la celebración.

Ser la dama de honor de mi amiga —vestida de blanco—, mientras se ataba a su novio, Bradley, para el resto de su vida, no me sentó nada bien. Sobre todo, después de haber visto a Andrew en la iglesia y de recibir su ignorancia y las inquisidoras preguntas provenientes de los conocidos, a las cuales contestaba con mi repetitiva respuesta: «Nos hemos dado un tiempo».

Darse un tiempo... Qué tonterías se pueden llegar a decir para justificar lo que está resultando una dolorosa ruptura. ¿Qué significado tiene esa frase si yo no pude dejar de mirarlo —tan elegante y guapo con su chaqué y con la corbata azul, que hacía juego con sus ojos— y él no se fijó en mí ni un segundo? La verdad es simple y llana: habíamos terminado para siempre. Lo vi felicitar a Bradley y disculparse porque no asistiría a la fiesta posterior; luego, se acercó a Sandy con la misma intención, mostrándose como era él —tan serio y formal—, le dio dos besos a mi amiga, le deseó que alcanzara la felicidad que merecía, y un simple «Hola, Alba» para mí. Después de haber compartido cuatro años juntos y de haber expuesto demasiadas ilusiones, solo tuvo dos palabras y dos segundos para mí.

¿Y yo? ¿Acaso yo no merezco ser tan feliz como mi amiga? Si no lo logro es

porque solo hay un culpable, y ese es Andrew.

Me había obligado a divertirme en la fiesta, me había esforzado por no fastidiar el fantástico día de mis amigos con mis lamentaciones pero, en cuanto llegué a casa, me derrumbé y, entre los efectos del alcohol y la profunda nostalgia que había estado sufriendo desde hacía varias semanas, me dormí llorando, compadeciéndome de mí misma y envidiando a Sandy por el importante paso que había sido capaz de dar. Pero, claro, Bradley es un pedazo de pan, el hombre más tranquilo que conozco, siempre paciente con la caprichosa Sandy y entregado a compartir su vida con ella; a cambio, solo exige que le permita ir a los partidos del Chelsea. Se llevan de fábula, después de cinco años de novios, y están deseando casarse y formar una familia con hijos, mascota, y todo eso que lleva una familia de película. Y yo estoy convencida de que ellos lo conseguirán.

Para olvidarme de mi dolor, me decidí a pasar el resto del verano en compañía de mis abuelos, Lola y Robert, en su casa de Tarifa, hasta que ellos regresaran a Reino Unido, donde viven habitualmente, compartiendo su residencia entre Londres y la preciosa Sussex, lugar que atesora los mejores recuerdos de mi vida. Junto a mi corta pero escandalosa familia, estaba segura de que mi corazón destrozado se recompondría como un puzle, aunque siempre le faltará la pieza que Andrew se quedó y que corresponde a esa parte de mi vida que ocupaban los cuatros años que habíamos compartido; por mi parte — salvo los tres últimos meses—, los años más felices. Nunca hubiera imaginado que así iba ser el convivir junto a una persona ajena a mi círculo familiar.

Necesitaba descansar después de los meses que pasé dudando si debía separarme de Andrew y de los dos que llevábamos viviendo cada uno por nuestro lado. Al menos, no resultó tan doloroso y dramático, como había supuesto al tomar la decisión; primero, porque estuvo cantado un par de meses antes y, segundo, reconocí que entretenerme en los preparativos de la boda de

mis amigos me ayudó a pasar el mal trance. Mi horario de trabajo es libre y me había permitido ocuparme de asuntos relacionados con la boda y que Sandy no podía resolver; yo le agradecí cada día que me hubiera mantenido tan ocupada.

Andrew se había mostrado reacio a romper y había pretendido que nos tomáramos más tiempo antes de haberlo hecho de forma definitiva; me había prometido que nuestra vida cambiaría y que él iría cediendo parte de su carga laboral a su hermano Ross. Ese sí que sabe vivir la vida. Obtiene la mitad de los beneficios de la empresa familiar de publicidad que Andrew se desloma en mantener a base de horas y horas que, por supuesto, nos robaba a ambos y a su propio descanso físico. En los últimos meses, yo había pasado más tiempo con Sandy y Bradley que con mi novio; mi amigo bromeaba con mi exnovio diciéndole que, cualquier día, se montaría un *ménage à trois* con nosotras dos, pero a él no pareció afectarle mucho ese comentario. Yo lo quería mucho y él se sentía seguro de ello.

Andy y yo vivíamos en un apartamento en Notting Hill —amplio, coqueto y romántico— que había heredado de su abuelo y del que disfrutaba yo más que él porque trabajaba en casa; me encantaba el barrio y ese precioso piso que habíamos reformado juntos con tanta ilusión. Cuando lo dejé me fui a Chelsea, a casa de mi abuelo Robert. No quería regresar a Sevilla, junto a mis padres, y comenzar una anodina e imposible búsqueda de trabajo que ya tengo en Londres y que, por ahora, me satisface.

Mis abuelos me ayudaron mucho en mis comienzos de periodista, y escribo en varios periódicos digitales, a la vez que trabajo en el proyecto de mi primera novela. El periodismo se me da bien o, al menos, el periodismo moderno, porque yo me muevo por las redes sociales como pez en el agua. Algunos meses gano dos mil libras con mis artículos; otros, no llego a la mitad, pero tengo la inmensa fortuna de no tener que pagar ni casa y, la

mayoría de los meses, si mis abuelos están en Londres, ni siquiera me costeo la comida; antes lo hacía Andrew. Siempre he vivido cómodamente, sin problemas económicos; jamás lo he negado. Además, elegí quedarme porque la historia sobre la que escribo sucede, en parte, en esta ciudad.

La verdad es que encontraba todas las excusas posibles para continuar viviendo en Londres, pero la real y única era que esperaba que Andrew me llamara algún día y me dijera por fin que tenía un horario normal de trabajo, de nueve a cinco y de lunes a viernes, porque para algo era el jefe y porque estaba deseando tenerme de nuevo en su casa. Pero, como eso no sucedió durante los dos primeros meses después de nuestra ruptura, tras una visita relámpago a mis padres, en Sevilla, antes de que se marcharan de viaje a San Francisco, donde mi madre asistiría a un congreso de oftalmología, me cobijé junto a las personas que más amo en este mundo: mis abuelos paternos.

Reconozco que aún estoy loca y profundamente enamorada de Andrew, y me duele que él no se haya esforzado en realizar ese cambio que tantas veces me prometió mientras estuvimos juntos. No soporto que me haya dejado marchar; la decepción y la frustración que siento por haberlo permitido me superan, y yo, tras nuestra ruptura, no consigo ser la misma. Pero no quiero esa clase de vida en la que no ves a tu pareja la mitad de los días porque él está demasiado ocupado con su trabajo.

A veces, me acostaba echándolo de menos, me dormía y aún no había regresado a casa; cuando despertaba por la mañana, ya se había marchado. No, esa no es vida para mí y estoy tan segura de ello porque, desde pequeña, desde que alcanza mi memoria, me he visto rodeada de parejas fuertes y estables que me han ofrecido una versión distinta de la vida y del mundo que experimenté conviviendo con Andy durante los últimos meses. Tan sencillo como compartir un tiempo juntos haciendo lo que a ambos les gusta.

Y lo que he vivido desde niña es en lo que creo, por mucho que Andrew me

repitiera que no todos somos tan afortunados —como sucedía en mi familia— y algunos tienen que trabajar más que otros para conseguir salir adelante. Y entonces se desencadenaba mi lista de reproches, y nos sumergíamos en una discusión sin fin; lo llamaba codicioso, egoísta y —el favorito de Andrew— mentiroso. Ese calificativo lo irritaba más que ningún otro cuando yo le decía que no me amaba lo suficiente, porque entonces lo mandarían todo a la mierda por mí o, al menos, cedería parte de su responsabilidad a su hermano, al igual que le cede la mitad de los beneficios que él se gasta en magníficos viajes por el mundo, sobre todo a Nueva York, donde a su mujer Sondra le encanta pasar largas temporadas. La excusa de Andrew era que no provocaría el distanciamiento con su hermano por no consentir que se fuera.

Lo último que le dije a Andrew, antes de marcharme, fue que había preferido nuestra ruptura antes que discutir con Ross y que eso me demostraba que yo no le importaba tanto como él insistía en hacerme creer. Me contestó con la frase que siempre utilizaba para finalizar nuestras discusiones, pero que, en esta ocasión, puso el punto final a nuestra relación, y era la siguiente: «No sabes lo equivocada que estás».

Con el paso de los días, demostré que no era yo la equivocada. No había recibido ni una sola llamada de Andrew desde aquel día, aparte de su cruel ignorancia en la boda de nuestros amigos. Yo no le importaba. Había aprendido una buena lección tras mis cuatro años en los que salí y viví con él: las personas no cambian si no quieren, y Andrew no parecía dispuesto a hacerlo. Ya no por mí, ni siquiera era capaz de cambiar su ritmo de vida por él mismo. A sus treinta y dos años, a veces, se lo veía tan agotado, tan cargado de responsabilidad, que aparentaba más de cuarenta.

Andrew tenía razón al decir que mi familia es afortunada, aunque eso sería quedarse cortos. Mis padres viven un matrimonio idílico. Trabajan lo justo para ganarse su sueldo; él, dando clases de Economía Sostenible en la

Universidad de Sevilla, y ella, de oftalmóloga, con su horario de ocho a tres en consultas externas en el hospital Virgen del Rocío. Y yo me eduqué bajo esas premisas que resultan extrañas a la mayoría de la humanidad: los sentimientos y las emociones que te hacen feliz no se abandonan nunca y se lucha por conservarlos. Luego está elegir el trabajo que te satisfaga sin importar la parte económica. La filosofía de mi familia es que, si una persona es feliz y está sana, lo demás le resultará secundario. Mi abuela paterna se lo ha inculcado a sus hijos y mi padre, a mí, y yo estaba totalmente de acuerdo con ellos, sobre todo después de mi experiencia con Andrew.

Aunque ahora, que no lo tengo a él, mi alma no está satisfecha, a pesar de mi estupenda familia, mis buenos amigos y de tener un trabajo que me encanta. Me falta Andy.

Mi abuela Lola es escritora, y lo que ha ganado con su veintena larga de novelas publicadas —la mitad de ellas vendidas a productoras de cine y televisión— le ha proporcionado una pequeña fortuna que ha compartido con mi padre y con mi tío Pedro. Ellos no han sabido lo que es pagar una hipoteca ni un préstamo, aunque han vivido con sencillez, disfrutando de su vida familiar, lo más importante para los tres.

Mi abuelo Robert tampoco anda mal en el aspecto económico; además de poseer dos preciosas casas en Reino Unido y de ser socio de algunas productoras de televisión en varios países, aunque ya no trabaje, sigue de cerca la marcha de cada una y continúa perteneciendo al consejo de administración de todas. Es un hombre brillante y muy inteligente y está locamente enamorado de mi abuela a pesar de su edad, aunque ambos aparentan un montón de años menos. Conservan un porte digno y elegante y se mueven con una agilidad impropia de su edad; pero no lo han conseguido por amor al arte. A mi abuela le encanta caminar y mi abuelo ha sido un experto nadador que aún practica una hora diaria. Los dos llevan una vida activa, disciplinada y de un nivel intelectual tan elevado que nos asombra al resto de la familia.

Mi padre, a sus cincuenta y tres años, bromea diciendo lo mucho que le gustaría parecerse a su madre cuando sea mayor. Quien viera a mi abuela Lola no podría decir que acaba de cumplir setenta y ocho años; ni siquiera mi abuelo, casi cinco años menor, resulta más joven que ella. Yo bromeo, con respecto a su lozanía, diciéndole que es la envidia de Cher.

Desde que alcanza mi memoria, mis abuelos siempre se han llevado más que bien, aunque, a favor de mi abuela, debo aclarar que ella se ha llevado bien con todo el mundo; en todas partes tiene amigos auténticos y dispuestos a ayudarla, al igual que ella lo hace con todos. Es la mujer más generosa que conozco y cuya historia estoy escribiendo pero, por supuesto, la publicaré como si se tratara de una obra ficticia.

Por desgracia, mi abuelo Robert no es mi abuelo de sangre. Y digo por desgracia porque fue algo así como un secreto de esos de los que casi todas las familias suelen guardar y que yo descubrí poco después de cumplir los dieciséis años. No es que pretendieran ocultármelo, es que yo nunca pregunté.

Estudiaba mi primer año de bachillerato y mis padres prefirieron que lo hiciera en el Reino Unido, aunque hablaba inglés casi a la perfección porque pasaba largas temporadas con mis abuelos desde que era un bebé. Toda mi familia pensaba que resultaría más ventajoso para mi futuro que estudiara allí, y mis abuelos estuvieron encantados con la idea, ya que eso suponía que viviría con ellos.

Me enteré de la verdad a mediados de abril, si mal no recuerdo. Yo estaba en casa de mi abuelo Robert en Londres y, a la hora de la cena, mi padre telefoneó a mi abuela; ella, de repente, palideció y se volvió mirando muy seria a su marido. Solo dijo: «Juan ha muerto. Tengo que ir a su entierro, debo acompañar a mis hijos». Mi abuelo, también muy serio, tardó en responder.

—*Sí, por supuesto. Ve. ¿Quieres que te acompañe?*

—*No. En esta ocasión será mejor que no. Tu presencia solo levantaría*

más ampolla.

—¿Quién es Juan? —pregunté algo sorprendida por la angustia que demostraba mi abuela, aunque no era de extrañar si alguien había muerto.

En ese instante, ella percibió mi presencia, me miró con ternura y me habló tranquila.

—Creo que tengo algo que contarte y tú, mucho que perdonarme.

Me sentí bastante estúpida, la verdad. ¿Cómo podía haber creído, durante todos esos años, que Robert era el padre de mi padre y de mi tío? ¿Cómo no me había parado a pensarlo antes?, si ni siquiera teníamos el mismo apellido. Aunque tenía dieciséis años, reconozco que no era nada espabilada y que tenía la cabeza siempre perdida en fantasías de las historias que leía y, como en mi familia todo funcionaba a las mil maravillas, no percibía nada por lo que preocuparme ni por lo que sospechar. Incluso la hermana y los sobrinos de Robert siempre me trataron como si fuésemos parte de una misma familia, al igual que a mis tíos y a mis padres cuando nos reuníamos con ellos en Reino Unido o en Sidney. Así que, ¿por qué demonios debía sospechar que había algo raro en todo ello? Mi abuela apenas tenía contacto con su familia y, si alguna vez nos encontrábamos, era por puro convencionalismo.

—Juan fue tu verdadero abuelo. —Mi abuela Lola comenzó a contarme con calma mientras observaba mi reacción—. El padre de tu padre. Se llama Juan Antonio por él, aunque lo llamamos Nano; eso ya lo sabes.

Yo miré a mi abuelo Robert, que también permanecía atento a cómo asimilaría esa inesperada noticia, y me sonrió con ternura.

—¿Por qué no lo conozco? —pregunté en un susurro, todavía impresionada por la noticia.

—Porque él no quiso. Cuando me casé con Robert, después de tres o cuatro años de nuestro divorcio y de muchos años de un matrimonio frustrante, renegó de sus hijos, tu padre y tu tío Pedro. Creyó que, de ese modo, se vengaría de mí; intentaba hacerme daño a pesar de que él vivía

con una mujer veinte años más joven desde hacía unos meses después de separarnos. Fue un hombre egoísta y caprichoso, capaz de anteponer sus sentimientos y sus necesidades por encima de sus hijos. —Palabras duras que pronunció con calma y convencimiento y que me sorprendieron al venir de mi abuela.

—¿Y qué mal le hice yo para que no haya querido conocerme? —Me sentí dolida en ese momento, como si yo hubiese dado un motivo para que mi propio abuelo renegara de mí—. No recuerdo haberlo visto en mi vida.

—Por supuesto que no, princesa —respondió Robert intentando animarme. Me llama «princesa» desde que nací—. Los adultos somos muy complicados, algunos más que otros, y tu abuelo Juan fue un hombre intratable.

—Entonces —contesté sincera, mirando a mi abuela—, me alegro de que tú te hayas separado de él y de que me hayas ofrecido a este abuelo tan maravilloso.

Me abracé con fuerza a la cintura de Robert, y él me devolvió el abrazo y un beso en la coronilla.

—Gracias por ser mi abuelo —le dije llorando ingenua.

—Ha sido lo mejor que me ha pasado en mi vida, después de conocer a tu abuela —me respondió sonriendo y mirando enamorado a Lola.

Han transcurrido diez años desde entonces, y puedo sentirme orgullosa de aquellas palabras. Robert ha sido el mejor abuelo que pueda tener cualquier persona, ha influido más en mi vida que mi propio padre, y no porque este ejerciera mal su papel, sino todo lo contrario; papá ha sido paciente, justo, muy cariñoso, me adora tanto o más que mi madre y ha sido mi maestro en el modo de apreciar y vivir mi vida. Pero ese anciano inglés —al que veo, en este instante, deslizarse por el agua con tanta maestría y elegancia—, en este difícil momento de mi vida, me enseñó desde pequeña a ser exigente conmigo misma más que con cualquiera, a esforzarme si quería conseguir algo, a no compadecerme cuando estaba agotada y algo no me salía bien. Entonces, me

decía que debía seguir intentándolo porque no me faltaba ninguna cualidad humana ni física para lograr mis objetivos. Desde luego él ha sido como predica, y mi abuela Lola todavía es más increíble; lo compruebo a medida que me cuenta la historia de su vida, sobre la que estoy escribiendo y la que estoy convirtiendo en mi modelo a seguir por pura y urgente necesidad personal.

Intento escapar de la oscuridad que se ha instalado en mi corazón tras separarme de Andrew y, en vez de mejorar, cada día me resulta más difícil conseguirlo. Me levanto de la cama para no disgustar a mis abuelos; me implico en mi trabajo hasta convertir los artículos sobre los que escribo o investigo en asuntos personales, en un claro intento de huir de mi propia realidad; salgo con mis amigos para no escuchar a Sandy sermonearme una y otra vez. En resumen, mi vida se ha convertido en una verdadera función de teatro y yo, su protagonista, soy digna de un Óscar a la mejor interpretación femenina porque todos piensan que, día a día, voy superando mi ruptura con Andrew. Por supuesto, además de buena actriz, yo misma me considero una excelente mentirosa.

El coche de mi tío Pedro aparece tras la cancela, y mis dos primos —Roberto, de quince años, y Pedro, de trece— se bajan del coche.

—Hola, Alba —me saluda el mayor desde lejos mientras corre hacia la piscina a ver y, probablemente, a convencer al abuelo Robert para jugar a waterpolo—. ¿Y Andrew? Estamos deseando jugar un partido.

No se acerca a mí porque está en esa edad en que no soporta que lo bese nadie de la familia; su hermano Pedro sí lo hace, y lo beso en sus sonrosadas mejillas.

—Pedrito, estás más alto que yo. Y qué guapo estás.

—No estaré tan guapo —me responde decepcionado—. Ninguna niña me hace caso. —No puedo contener una carcajada.

—No estarán bien de la vista, porque eres el chico de trece años más guapo que he visto en mi vida. Tu hermano no era tan guapo como tú a tu edad —lo consuelo intentando animarlo.

—Lo dices porque eres mi prima.

—Lo digo porque es una verdad como un templo. Pregúntale a la abuela.

—¡Qué va a decir si es mi abuela!

—La verdad, igual que yo.

—Voy a jugar con el abuelo —dice negando con la cabeza, sin hacer caso de mis buenas intenciones—. ¿Dónde está Andrew?

Un pellizco me encoge el estómago, y dudo si contarle la verdad.

—Tiene mucho trabajo. Quizás venga más adelante —miento una vez más, aunque lo hago sonriendo. Solo mis abuelos saben la verdad; ni siquiera a mis padres se lo he comentado aún, porque a todos les caía bien Andrew. Incluso esperaban que se celebrara pronto nuestra boda y bromeaban a menudo sobre el tema, sobre todo mi tío Pedro.

—Pues nos va a fastidiar los partidos. A ver si convenzo a mi padre para que juegue.

—¡Nadie va a ayudarme con las maletas! —protesta mi tío Pedro—. ¡Hola, princesa! Estás más guapa que nunca —me saluda cariñoso y me besa en la frente; yo le devuelvo el saludo con un fuerte abrazo—. ¿Cuándo has llegado?

—Anoche. Déjalos que se bañen, yo te echo una mano. ¿Y la tía Tere?

—Aún no tiene vacaciones; vendrá el viernes. ¿Y Andrew?

—Trabajando. No sé si podrá venir —vuelvo a mentir.

—Estupendo. Así saldremos tú y yo de marcha por la noche —asiento intentando parecer entusiasmada ante la sonrisa picarona de mi tío. Es tan guapo como mi abuela; moreno, agitanado, con los ojos grandes, una elegante planta juncal, y un arquitecto brillante que trabaja por todo el mundo. Como comenté al principio, mi familia es muy afortunada, aunque también trabajadora y tenaz, empezando por los abuelos. Y yo, sinceramente, los quiero a todos, los adoro, y me siento feliz y segura junto a ellos. En este

momento, los necesito más que nunca.

—¿Dónde está mi madre? —me pregunta impaciente—. Hace más de dos meses que no la veo y echo de menos a mi preciosa vieja.

—Está en la cocina, tan guapa como siempre. —Mi tío se dirige en busca de su madre, y yo llevo un par de maletas a la habitación que ocuparán mis primos. Al igual que yo hacía a su edad, pasarán casi todas sus vacaciones con los abuelos en Tarifa o en Reino Unido y, aunque Roberto protesta, de vez en cuando, porque no van a ver a sus amigos durante las vacaciones, se lo pasa bien con el abuelo, tanto como me sucedía a mí cuando tenía sus años.

Bajo de nuevo y me siento en el porche para observar a los chicos jugar junto al abuelo y su padre. El alboroto que forman me arrulla de algún modo y, cuando alzo la vista al frente, el paisaje que contemplo me obliga a contener la respiración. Recuerdo esta imagen desde pequeña, la he visto miles de veces y nunca deja de impresionarme aunque la esté observando durante todo el día, ya que cambia según la hora, incluso según el viento. El estrecho de Gibraltar se dibuja ante mí con el cielo azul claro; el mar, más oscuro, desvela su profundidad; la costa africana, donde comienza otro continente y otro mundo tan diferente; los numerosos barcos que lo transitan y que resultan insignificantes ante la inmensidad oceánica. En mis ojos todo se mezcla con el verde del parque natural del Estrecho hasta que se precipita en el azul.

—Nunca me cansaré de admirar esta increíble panorámica —me interrumpe la abuela, que habrá comprobado mi mirada, perdida en el horizonte, y la estúpida sonrisa que me provoca tan hermosa visión.

—Yo tampoco, abuela —suspiro—. Es impresionante.

—Sí. Siempre soñé con vivir aquí y, cuando lo conseguí, tuve que compartirlo con Reino Unido. Menos mal que a tu abuelo le gustó tanto como a nosotras.

—Sobre todo porque le construiste esa larga calle, que se prolonga a lo largo de la piscina, para que pueda nadar a sus anchas —bromeo dirigiendo mi mirada a la piscina.

—Sí. Tu tío la diseñó perfecta. Desde aquí parece una arteria que viene desde el mar.

—Resulta hasta bonita —reconozco bromeando—. Mi tío es un genio.

—Lo es —responde orgullosa, como siempre lo hace cuando habla de sus hijos—. Mis dos hijos son muy inteligentes, pero también se han esforzado mucho por conseguir sus objetivos.

—Si algún día tengo hijos, quiero ser tan afortunada como tú. Lo has hecho de fábula, abuela. Después dicen que los hijos sufren por el divorcio de sus padres.

—Sufrieron mucho, Alba, pero ya eran mayores y maduros para comprender la realidad y superarla. Nunca me arrepentiré del sacrificio que hice por ellos, ni de mi larga espera; mereció la pena.

—Eso me recuerda —la interrumpo— a que mañana caminaré contigo y hablaremos sobre tu historia. ¿Vamos a la playa?

—Estupendo. Echo de menos caminar descalza por la orilla del mar. Me encanta. Mañana vamos después de desayunar, ¿te parece bien?

—Sí, cuando quieras. Estoy a tu disposición.

—Voy a poner la mesa. Cuando esos diablillos salgan del agua, estarán muertos de hambre.

—Como los mayores. —Me levanto y la sigo—. Te ayudo.

Después de una larga, ruidosa y divertida cena, doy las buenas noches a todos y me dispongo a trabajar un rato. Enciendo mi ordenador y leo un *email* de Sandy; está de luna de miel en Santo Domingo, fabricando niños. —Se me escapa una carcajada ante el modo de expresarlo de mi amiga, que está deseando quedarse embarazada—. Al día siguiente irán a Nueva York; envidiable de nuevo. Suspiro y comienzo a transcribir la historia de mi abuela, que lleva un tiempo esperando ser escrita y que he ido grabando cada vez que he tenido una oportunidad.

La vida de mi abuela me resulta apasionante por la fuerza y la entereza que siempre demostró tener; si consiguió ser feliz junto a Robert, desde luego se lo mereció. Conozco a pocas mujeres capaces de soportar lo que ella, incluida yo misma, que me rendí ante el trabajo acaparador del responsable y bueno de mi novio. Lola me dice que su vida no merece ser contada porque ella siempre se sintió invisible hasta que su vida entró en contacto con el mundo de Robert. Pero, en estos momentos, su historia me transmite esperanza, una esperanza que necesito para continuar mi vida después de Andrew, una luz en el horizonte por la que guiarme y ayudarme a entender que tengo un futuro por delante a pesar del dolor que me embarga y no disminuye con el transcurrir de los días. Incluso siento que aumenta en algunos instantes, cuando la presencia de Andrew se me hace imprescindible: su compañía, sus besos, su cuerpo, sus preciosos y expresivos ojos...

Mi abuela me contó que la mejor parte de su vida había comenzado a partir de sus cincuenta años, donde yo inicio mi futura novela *Enamorarse de nuevo*.

Capítulo 2

LOLA

Mientras caminaba, a buena marcha y con zapatillas deportivas, por los caminos de Hyde Park —a pesar de haber pasado un mes viviendo en Londres—, aún no me creía dónde estaba y lo que había logrado; nunca lo hubiese esperado de mí. Había sido capaz de separarme de mis hijos —que ya estaban en la universidad y que apenas me necesitaban— y de las críticas insoportables de mi familia, de la que me había distanciado al divorciarme, sobre todo del machista incorregible que era mi padre.

Andaba cada día porque luego me pasaba horas sentadas, demasiadas; una vez en marcha, repasaba en mi cabeza el trabajo previsto para esa jornada. Pero en esa mañana cálida de final de verano, me resultaba difícil concentrarme; a veces mi mente no se dejaba controlar y me impedía que las ideas vagaran por ella a sus anchas. Quizás había rescatado esas sensaciones eufóricas después de levantarme —un día más— sola pero libre, como llevaba haciendo esos tres últimos años, y de repasar mis escasas arrugas delante del espejo. Mi cutis moreno, que en mi juventud me había acomplexado tanto, ahora me transmitía seguridad y, con poco cuidado, se mantenía terso y suave, al igual que mi frondosa melena negra y brillante, de la que me sentía muy orgullosa; esta era herencia genética de mi abuela María, una gitana muy hermosa por la que mi abuelo Antonio había perdido la cabeza y con la que se había casado, a pesar de la oposición de las dos familias. Pero a ellos no les importaba porque se tenían uno al otro, como me contaba mi abuela, cuando yo

era una adolescente, y despertaba tantas historias románticas en mi esplendorosa imaginación. En esa época de mi vida, con cincuenta años cumplidos, me sentía plena, satisfecha conmigo misma, orgullosa de mi femineidad, fuerte —tras lograr mi independencia— y completamente feliz porque tenía dos hijos maravillosos. No le pedía más a la vida de lo que había conseguido hasta ese momento.

En esa preciosa mañana, no podía concentrarme en el trabajo que me esperaba esa jornada, al recordar la inmensa alegría que me había provocado la llamada de Jorge, mi agente, cuando me hubo comunicado que la productora inglesa quería comprar los derechos de mi primer libro, *Una decadencia inevitable*, basado en la historia de tres generaciones de una familia inglesa desde finales del siglo XIX hasta la actualidad, que transcurrió, en parte, en Gibraltar; ese era el motivo por el que yo estaba en Londres. Reconozco cuánto me gustaba regodearme recordando los sentimientos de entonces. La cadena de televisión preparaba una serie de diez capítulos y me había contratado como coguionista con un sueldo que, para mí, rozaba lo astronómico, sobre todo después de las casi trescientas mil libras que me habían pagado por los derechos, tras la aparición de un comprador rival que había subido las apuestas. Tanto el productor como el director se habían empeñado en que debía participar en la conversión a guión cinematográfico, que nos llevaría desde septiembre hasta antes de Navidad, como primer intento. Ese era el límite impuesto: casi cuatro meses de un trabajo en equipo que comencé sin tener la menor idea, durante los que se resumirían los cuatro años de investigación, viajes, horas de sueño y ratos de ocio que me había supuesto escribir la historia.

Quizás ese gran esfuerzo me salvó de caer en desgracia personal e impidió que entrara en la profunda depresión que, a veces, intentaba devorarme al darme cuenta de la insípida y aburrida vida que llevaba entonces. Era difícil mantenerse firme en esos momentos incalificables, tras veinticinco años de decepciones y más decepciones provocadas por la misma persona que se

suponía debía amarte, cuidarte y protegerte tanto como tú a ella. Mi relación con Juan, mi exmarido, jamás funcionó como debía o, al menos, como yo esperaba. Cuando mis hijos aún eran pequeños, hablé seriamente con él porque había tomado la decisión de separarme antes de que se acostumbraran demasiado a su apático padre, antes de que tomaran conciencia de la figura necesaria de un hombre en sus vidas; pero me prometió cambiar, me juró que me quería y que su familia era lo más importante de su existencia. Y lo creí. Según mi padre —me preocupaba su opinión entonces—, Juan era un buen hombre, trabajador, un padre cariñoso con sus dos hijos, Juan Antonio y Pedro —como los abuelos—, y yo, una mujer demasiado exigente y con muchos pájaros en la cabeza; así llamaba mi padre a sentir ilusión por algo diferente a lo que era su vida, a tener una meta que alcanzar. Mi padre tenía razón: Juan no me pegaba, no me insultaba, no salía con sus amigos, no hacía nada, ni siquiera amarme o desearme. Aparte de haberse transformado en un arduo trabajador, se había convertido en el hombre más aburrido y apático de cuantos conocí, pero sabía prometer, mejor que nadie, que cambiaría y que se ocuparía de nosotros dos, porque él me quería aunque yo creyera lo contrario. Siempre pensé que había sido como un trofeo para él y que, en cuanto lo hubo ganado, perdió todo el interés por él. No me equivoqué, con Juan no podía equivocarme. Transcurridos pocos meses de habernos divorciado —momento que aplacé lo que pude por mis hijos—, comenzó a salir con una chica de treinta y pocos años que me hizo sentir la mujer más vieja, gorda, fea y, sobre todo, invisible, a pesar de repetirme a mí misma, miles de veces, que no se podía comparar conmigo si le quitabas el exceso de maquillaje que utilizaba, los zapatos de tacón que siempre llevaba y le ponías la ropa barata con la que Juan había permitido que yo me vistiera durante todo nuestro tiempo juntos. Y eso que no había sufrido dos embarazos y dos partos. Lo triste era que, a veces, llegaba a creérmelo.

En determinados momentos, me sentía igual, dos años después de mi divorcio; para eso tenía a mi padre. Nadie como mi padre para augurarte un

futuro desastroso y levantarte la moral.

—Te lo advertí —me hablaba, señalándome con un dedo, desde la butaca de la sala donde veía el fútbol, en una de las últimas conversaciones que mantuvimos—. No dirás que no te lo advertí. Juan es un buen hombre y lo has echado de tu lado, has dejado a tus hijos sin la compañía de su padre. En cuanto una chica joven lo conozca, lo atraparé.

—Mis hijos no se han quedado sin su padre; se van con él siempre que lo deseen las dos partes. Ya conocen a su novia y salen a cenar o al cine los cuatro. —Me callé un instante sin saber si debía seguir ampliando sus conocimientos sobre mi relación con mi exmarido, pero su insoportable mirada acusadora me instó a hacerlo—. ¿Sabes cuántas veces consintió en salir a cenar conmigo durante los primeros cinco años de nuestro matrimonio y antes de que decidiera separarme? Cinco años —repetí insistiendo en la cifra, mostrando los dedos separados de una mano y sin ocultar mi enfado. Por supuesto, me respondí sin esperar su consentimiento—. Ni una sola vez, ni siquiera al cine; en la tele siempre había un partido de fútbol que quería ver, o toros, o lo que fuera.

—Tú te pasabas la tarde estudiando o leyendo —se atrevió a recriminarme.

—Me puse a estudiar para escapar, de algún modo, de la cárcel en la que vivía. Estudiar me ayudó a mantener la cabeza en mi sitio mientras cada día veía que mi marido, el cobarde de mi marido —especifiqué—, no me quería.

—¿Por qué dices que es un cobarde? —preguntó mi madre, ingenua.

—Porque nunca se atrevió a decírmelo hasta hartarme, hasta que ya no pude soportar más su desprecio y su ignorancia hacia mí en todos los sentidos que puedas imaginar. —Mi madre dio un gritito y se tapó la boca. «Pobrecita, cuánto has sufrido, cuánto has sufrido», susurraba muy bajito; por supuesto, sin que mi padre la oyera.

—A los hombres no nos gustan las mujeres que quieren saber más que nosotros. ¿Qué necesidad tenías de estudiar una carrera?

—No puedes estar más equivocado, cavernícola. —No me apuró insultarlo y él se aguantó porque, últimamente, me veía convencida y segura de todo lo que hacía, y así me sentía de cara a los demás—. Esa ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida, después de la de separarme de Juan. —Estudié Historia en la UNED durante cinco años y aprobé cada curso en junio porque tenía que dedicarle todo mi tiempo del verano a mis hijos.

—Siempre te has parecido demasiado a tu abuela María, esa gitana rebelde. —Mi padre continuaba con su lista de reproches.

Esas palabras dañaban a mi madre aunque jamás se atrevió a decírselo, como nunca se atrevía a protestar una decisión de mi padre. Ella había visto el amor y el respeto que mis abuelos se habían ofrecido hasta el último día de sus vidas, de los que siempre sintió una profunda admiración, al igual que yo. Un amor que se extendía tanto a ella como a sus cuatro hermanos, lo que mi padre no había conseguido hacer ni demostrar a lo largo de su matrimonio. Mi madre había sido una mujer muy infeliz, aunque no hubiera protestado jamás.

A mi padre ni siquiera le bastó que me publicaran el libro para reconocer mi valía como escritora; se vendió lo suficiente para concederme una aceptable independencia económica, un sueldo apañado, como lo veía yo. De todas formas, cuando el milagro ocurrió, yo me ganaba la vida como cajera de un supermercado, y nunca olvidaré cuánto disfruté diciéndole a Juan que no necesitaba su pensión, que había hablado con el juez y la había rechazado porque trabajaba y había logrado mi independencia económica. Librarme de él en ese aspecto también me parecía fundamental en mis aspiraciones de conseguir mi libertad completa.

—Pero ese dinero no te va a durar siempre —me replicaba un orgulloso y dolido Juan al ver cómo mi sueldo me independizaría de él de forma

definitiva—. ¿Qué harás si no te renuevan el contrato? ¿Me pedirás la pensión?

—No te preocupes por mí; trabajaré en lo que me salga. Además, quizás me publiquen mi primer libro, y ya tengo un segundo casi acabado. —Por un instante disfruté viendo su cara de asombro, que se convirtió, en un instante, en una mueca burlona.

—Bienvenida al mundo de los números, de los que te has mantenido al margen desde que te casaste conmigo —se atrevió a insinuar.

—Sí, al casarme contigo, hice el negocio del siglo. —Se me escapó el comentario; le dolió y contraatacó.

—Te quejabas de salir poco; ahora eres libre y tampoco sales mucho, que yo sepa.

—Exacto, que tú sepas. Ahora llevo una vida muy diferente, por fortuna, y he tenido que viajar varias veces a Barcelona y a Madrid. ¿No te lo han dicho tus hijos? —pregunté haciéndome la ingenua. Él asintió—. Esas son las salidas que necesito por ahora. Allí tengo amigos de la editorial y a mi agente. Ahora disfruto de todo lo que me apetece y nunca tuve: teatro, conciertos, cine, de vez en cuando. El resto de mi tiempo, como siempre y como me gusta, lo paso leyendo, escribiendo y paseando. Y dentro de poco me iré a vivir a Sevilla; estoy buscando un piso en una buena zona. —Eso sí que le sentó como una patada en el estómago.

Después de haber dejado a Juan sin palabras, no quise añadir nada más a esa penosa conversación, en la que pude entrever que no había tenido suficiente con amargarme la vida mientras vivía con él, sino que también lo intentaba estando separados. Pero yo ya no era la misma mujer de esos veinticinco años atrás; me estaba reencontrando con la verdadera Lola, la inquieta y algo alocada Lola que había dejado atrás a los veinte y que resurgía majestuosa y brillante de sus propias cenizas, como la mítica ave fénix. Quizás eso era lo que le molestaba a Juan: no verme hundida. Sobre todo cuando le dije que debía encargarse de estar más pendiente de los chicos porque me

marchaba a trabajar a Londres, y pensé que lo que realmente le molestaba era no poder manejar la fortuna que estaba ganando gracias a mi trabajo, despreciado e infravalorado por él cuando le surgía la oportunidad. No sé qué lo humilló más: que fuera capaz de regalarle mi parte del piso que habíamos compartido todos esos años o que me comprara la casa de mis sueños en El Cuartón, en la que mis hijos vivían encantados durante sus vacaciones. Afortunadamente, como todo lo bueno me sucedió después del divorcio, no tuve que repartir con él ni una sola peseta de las de entonces, lo que acababa por mortificarlo.

Sonreí ante la inesperada e inquieta presencia de una ardilla que correteaba deprisa por el parque, mientras recordaba el nerviosismo que había sentido antes de firmar el contrato de venta de los derechos de mi libro, en mayo, y tuve que viajar a Londres acompañada por mi agente. Jorge me habló sobre Robert Wilder, el excelente productor que, con su compra, llevaría mi libro a los superventas mundiales, porque ya lo había conseguido, en varias ocasiones, con otros títulos, y esa idea me ponía más nerviosa aún. Por lo visto, además de tener su productora inglesa, era socio de otras en Estados Unidos, en Irlanda, en India y en Australia, con lo que internacionalizaba sus producciones con facilidad y las convertía en un rentable negocio.

Me impresionó encontrar un chofer esperándonos en la salida del aeropuerto de Heathrow, con un cartel en la mano en el que estaba escrito lo siguiente: «Señora Lola Serrano», y a Jorge se le escapó una exclamación de admiración.

—*Lola, creo que te van a tratar muy bien en Londres.*

—*Eso espero porque estoy horrorizada después comprometerme a firmar el contrato de colaboración; no tengo la menor idea de en dónde me he metido por tu culpa. —Jorge soltó una carcajada—. No te importa mi persona, solo te interesas en el dinero que vas a ganar a costa de mis*

nervios. —Volvió a reírse.

—Todo lo contrario. —Mi joven y arriesgado agente me miró con ojos tiernos—. Eres mi escritora preferida, mi estrella, y tengo que cuidar de ti para que sigas siéndolo. Si me necesitas, aunque mi mujer se niegue, me vendré a vivir a Londres y, como los alquileres son muy caros, compartiremos piso —bromeó solemne—. Ya sabes que haría cualquier cosa por ti. —Me besó en la mejilla.

La verdad era que le debía mucho. Jorge creyó en mí desde que le había mandado la presentación de mi obra y batalló con editoriales sólidas hasta lograr que me la publicaran. En ese momento se sentía tan satisfecho de su trabajo y su esfuerzo como yo del mío. Se había convertido en uno de mis mejores amigos.

Conocí a varios ingleses mientras investigaba y escribía mi libro; incluso me vi obligada a viajar a Oxford, donde contacté y entablé amistad con el profesor de Historia Contemporánea James Ivory y con otros en Gibraltar, pero ninguno reflejaba ese asombroso aspecto caballeroso que envolvía a Robert Wilder y que me recordaba a algunos de mis personajes del siglo XIX. El hombre se mostró amable, respetuoso y atento —como jamás me habían tratado—, además de que poseía un aspecto físico impresionante, no por guapo, pero sí por su elegancia natural: por ser alto, fuerte, muy masculino y algo arrogante. Aparentaba unos cuarenta y cinco años. No me equivoqué: joven aún para haber logrado una situación tan favorable en el mundo de la producción cinematográfica o televisiva. Su espesa y descuidada cabellera, salteada de canas, más larga de lo que un hombre de su posición hubiese llevado, le daba un aspecto aún más extraordinario. Pero lo que destacaba de Wilder —y lo que con total seguridad lo habría llevado hasta su posición— era la exagerada energía que derrochaba, una fuerza convertida en exigencia hacia él mismo y los demás que deslumbraba y acobardaba a los que lo

rodeaban. Como a sus amedrentados asesores, con los que nos reunimos a repasar los contratos sobre los que yo no tenía idea y que Wilder me explicaba con infinita paciencia y una amable sonrisa, realizando la labor de un Jorge tan acobardado como los asesores. Siempre se dirigía a mí como «señora Serrano» hasta que le pedí que por favor me llamara Lola; me miró con sus brillantes ojos color chocolate negro y me agradeció que le ofreciera esa familiaridad. Una vez acabadas las formalidades, nos invitó a cenar a Jorge y a mí y nos explicó los detalles y las fechas previstas; respondió a todas mis preguntas curiosas por mi desconocimiento del tema, mientras yo, ante sus respuestas, intentaba hacerme una idea de lo que se esperaba de mí. Enseguida comprobó mi nerviosismo y mi inseguridad, y me tranquilizó al contarme que la pareja de guionista —junto a la que trabajaría— formaba un buen equipo, que me orientarían y sabrían obtener lo que necesitaban de mí, que solo tendría que dejarme guiar por ellos. Después de oír su explicación tranquilizadora, suspiré aliviada y le provoqué una carcajada relajada que logró impresionarme tanto como su presencia.

Aparqué mis recuerdos antes de entrar en los estudios; me cambié las zapatillas y me puse los zapatos de tacón mediano, sencillos pero elegantes, que llevaba en el bolso y que daban a mi pantalón vaquero de corte pitillo un toque de sofisticación que no desentonaba por su estrechez, más bien me favorecía bastante. Jamás pude hacerlo mientras vivía con Juan pero, desde hacía un par de años, me había vuelto un tanto frívola con la moda y la estética. Por entonces me encantaba la serie *Luz de Luna*, en la que Ciyll Shepherd se enfrentaba a diario a su compañero de trabajo, Bruce Willis; otro tanto ocurría en Remington Steell. Yo pretendía ser tan dura e independiente como parecían esas dos chicas, y no porque fuera una superficial —que no lo era en absoluto—, tan solo ansiaba alcanzar la libertad que dominaba a esas mujeres y necesitaba satisfacerme de las carencias que había padecido durante

mi vida anterior: elegir una ropa, unos zapatos o un bolso que me gustaran y me sentaran bien, que me hicieran sentirme segura y guapa sin tener que impresionar o gustar a nadie que no fuera yo misma.

Decidir yo, elegir yo todo lo relacionado con mi nueva vida me fascinaba, y me había acostumbrado pronto a ese modo de actuar. Reconozco que no echaba de menos nada de mi matrimonio, ni siquiera un buen revolcón, aunque tampoco estaba segura de que los míos hubiesen sido buenos. Nunca tuve otra experiencia porque me había casado demasiado joven y Juan jamás se había preocupado de lo que yo sintiera o dejara de sentir; para él era suficiente con satisfacerse gracias a mi cuerpo, su posesión. En esos tres años que llevaba separada, no me había atrevido a acercarme a ningún hombre con intenciones afectivas o sexuales; solo pretendía ser yo misma, libre e independiente, y quizás eso me alejaba del sexo, que comenzaba a echar en falta alguna que otra vez. Pero no encontraba al hombre apropiado, no creía que existiera ese hombre capaz de merecerme y que no me causara el sufrimiento que ya había conocido. Así me había vuelto. Primero estaban mis hijos y después, yo; había conseguido subir mi autoestima personal hasta el escalón más alto de mis prioridades, aunque a veces la inseguridad se adueñaba de mí por mi valía física y por mi edad, y seguía sintiéndome invisible.

—Buenos días —saludé, al entrar, a Shauri, uno de mis compañeros de trabajo, de treinta y pocos años, de origen indio, que vivía con su novia sin estar casados y se quejaba porque su madre no se adaptaba a su relación libre. Cuando la mujer lo supo, lo hacía rezar cada día antes de salir de casa para que nada malo le sucediera por vivir en pecado mortal. Se casaría en diciembre y me había invitado a su boda en Jaipur. Shauri lo sabía todo sobre guiones de películas y series, y Robert lo había traído hacía tres años al reconocer su maravilloso talento de Bollywood, que comenzaba a caminar por entonces.

—Buenos días, Lola. Pareces bastante despierta y despejada, así que imagino que habrás venido caminando —me respondió sonriendo amable, como siempre se mostraba.

—Imaginas bien. ¿No ha llegado Sam? —pregunté por nuestra compañera, una inglesa cercana a los cuarenta, tímida, larguirucha y poco atractiva, pero con mucho éxito entre el sexo contrario, quizás por su disponibilidad. Pasaba cada fin de semana con un hombre diferente, algunos aceptables y francamente guapos, pero ninguno le transmitía seguridad suficiente para entablar una relación permanente. Tenía un sexto sentido desarrollado para desempeñar su trabajo, era capaz de trasladar las palabras a la pantalla con una sola imagen y con una facilidad asombrosa que no dejaba de impresionarme cada día—. Qué extraño; suele ser la más puntual de los tres.

—Iba al ginecólogo a primera hora y me ha llamado para decirme que se retrasaría unos minutos.

—¿Le ocurre algo? —pregunté interesada.

—Ya sabes cómo es —contestó Shauri sin darle la mayor importancia—. Tiene unas molestias que serán solo gases y ya cree que tiene un cáncer en fase terminal. —Sam era, y continúa siéndolo, bastante hipocondríaca.

La chica entró, en esos momentos, con un café en la mano y algo turbada por las molestias que nos había ocasionado por su tardanza.

—Buenos días. Lo siento, chicos —se disculpaba Sam avergonzada—. Espero que no hayáis comenzado aún.

—No te preocupes, Sam —respondí—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Nada importante. Se trata de una bola de gases, porque últimamente estoy algo estreñida. —Acabó en un susurro que casi no oímos—. Que cambie mi dieta y evite las comidas flatulentas, y las molestias desaparecerán. Así que dejaré la coca cola por un tiempo.

—Te lo dije, Sam —le reprochó Shauri—. Te preocupas demasiado por tu salud y nunca estás enferma.

—*Porque voy al médico en cuanto me noto extraña. Más vale prevenir que curar* —contestó convencida, justificando su modo extremo de cuidar su salud.

—*No hay que obsesionarse con nada, sino encontrar un equilibrio en todo lo que te rodea, sobre todo en la parte emocional; ese es el secreto para mantener una mente y un cuerpo sanos, Sam* —le aconsejó yo.

—*Hazle caso, Sam* —intervino Shauri—. *Fíjate qué magníficos cincuenta años tiene Lola.*

—*Una buena cabeza, eso sí que es importante. Creedme.*

—*¿Habéis comenzado a trabajar?* —preguntó Robert Wilder, que abrió la puerta con brusquedad, sin dar los buenos días, y algo enojado—. *Vamos, hoy necesito revisar tres capítulos antes de que apaguéis el ordenador a las cinco de la tarde* —ordenó de forma fría y exigente, posando sus ojos color chocolate en mí durante unos segundos.

—*Buenos días, Robert* —lo cortó Shauri sonriendo—. *¿Cuándo te hemos fallado? Ya sabes que los tendrás. Relájate, Robert, o te dará un infarto cualquier día.*

—*Ojalá pudiera relajarme, Shauri. Aunque creo que lo lograría si todos cumplierais con los plazos que acordamos en las reuniones de trabajo.* —Y cerró la puerta sin añadir nada más.

Shauri se permitía bromear con Robert Wilder a menudo. Yo tenía que armarme de valor para saludarlo casi con un murmullo cuando me lo encontraba, y él me respondía con la misma amabilidad y corrección con la que me había tratado el primer día; incluso, de vez en cuando, me preguntaba si me sentía cómoda en el apartamento que la empresa me había proporcionado, si me desenvolvía mejor en la ciudad y que no encontrara inconveniente en pedirle ayuda si la necesitaba. Se alegraba cuando le contaba que Shauri y Sam eran unos excelentes compañeros y cuidaban de mí como si de una niña se tratara, y Robert soltaba una de sus carcajadas despreocupadas. Wilder era el jefe porque valía para serlo: serio, exigente —muy exigente—,

sarcástico hasta rozar la mala educación ante las excusas que le ponían cuando no se cumplían sus órdenes, y siempre tenía las ideas muy claras sobre los objetivos que se proponía alcanzar. Como fue la primera persona que había conocido al llegar a los estudios, me presentó a mi equipo y al resto de la gente que creía me resultarían de utilidad; desde ese día apenas si habíamos vuelto a coincidir o a hablar porque se relacionaba directamente con Shauri, a quien todos considerábamos el jefe de guionistas.

—Señoras —dijo Shauri en tono solemne—, comencemos si no queremos ser responsables de la muerte de Robert aquí mismo —ordenó Shauri de buen humor; siempre estaba de buen humor a pesar de ser quien sufría las numerosas broncas y escasas felicitaciones de Robert—. ¿Habéis hecho los deberes? Abrid el texto en la página doscientos ochenta y siete. Lola, podrías haber escrito una obra más corta —me reprochó sonriendo.

—Entonces no me la habrían comprado —respondí en el mismo tono, y nos sumergimos en una dinámica de trabajo con la que disfrutaba tanto como escribiendo.

Me costó bastante acostumbrarme al argot de los guionistas; a planos, ángulos, enfoques; a mezclar las palabras con imágenes, y me asombraba la rapidez con la que aprendía, como si hubiera nacido para ello y, sobre todo, no me arrepentía de la decisión que había tomado en aceptar el trabajo porque absorbía como una esponja los conocimientos de mis agradables, estafalarios y pacientes compañeros. Eran excelentes profesionales y mejores personas, me invitaban a salir con ellos; ya conocía a parte de sus familias y sus hogares, y no me sentí sola en ningún momento, desde mi llegada, porque ellos no lo permitieron. Mi vida cambió tan de repente. De Tarifa, había pasado unos meses viviendo en Sevilla, y de ahí a la cosmopolita Londres a finales de los ochenta. Provoqué un escándalo en mi familia. Divorciada, en el extranjero... Mi padre me desterró porque se avergonzaba de mí.

En esa tarde de jueves, tuvimos que quedarnos hasta pasadas las seis, ya que teníamos que acabar lo pactado y ni siquiera habíamos salido a almorzar; pero, satisfecha y orgullosa de mí misma, abandonamos los estudios y nos fuimos a cenar los tres, acompañados por la novia de mi compañero, para celebrar nuestro excelente trabajo. Shauri pensaba llevarnos al restaurante de uno de sus muchos primos, al que habíamos ido en otra ocasión; sabía que me gustaba mucho.

—*Mañana me voy a Bath —nos contó Sam sonriendo durante la cena—. Voy a pasar el fin de semana con un amigo.*

—*¿Podemos saber de quién se trata? —preguntó Shauri curioso.*

—*Peter Falk.*

—*¿El cámara? —Sam asintió—. ¿No lo conoces, Lola? —Negué con un gesto mientras masticaba un trozo delicioso de pollo al curri.*

—*Buena pesca, Sam —intervino la preciosa Deva—; imagino que no te irás con buenas intenciones.*

—*Llevo las peores. —Nos reímos los tres—. Pensaba reformarme esta temporada, pero soy una mujer débil y no soporto más la sequía sexual a la que me sometí voluntariamente desde las vacaciones en Cancún, hace casi un mes. Os juro que me subo por las paredes.*

—*Cabeza, Sam, cabeza —le sugerí.*

—*Para el sexo lo que menos que hay que usar es la cabeza, Lola —me reprochó Shauri a carcajadas.*

—*Quizás tengas razón, pero tampoco es bueno que te controle.*

—*¿A ti no te controla? —me preguntó Sam asombrada—. ¿Desde cuándo no...?*

—*Desde hace cuatro, cinco...*

—*Meses —afirmó Shauri convencido en tono reprobatorio.*

—*Años —respondí tranquila, y los tres se pusieron las manos en sus cabezas.*

—*Lola, por Kamaveda, ¿cómo lo soportas?*

—¿Quién es Kamaveda? —le pregunté extrañada y riéndome de su expresión asombrada.

—Una diosa del amor. En serio, eso no tiene que ser saludable —respondió Deva preocupada.

—Menos saludable me parece acostarme con un hombre al que no conozco bien o que me provoque, luego, dolores de cabeza. Quizás, entre los hombres y yo, se haya abierto un abismo infranqueable.

—No puedo creerte —me dijo Sam—. Eres una mujer fantástica, inteligente, guapísima y simpática, y estoy segura de que te habrán surgido muchas oportunidades. —Negué con la cabeza.

—He aprendido a eludirlas sin que nadie lo perciba.

—¿Cómo lo soportas? ¿Te masturbas? —me preguntó intrigada y yo me ruboricé avergonzada.

—La verdad es que no —respondí con timidez ante la sinceridad con la que había formulado la pregunta y por la presencia de Shauri—. Reconozco que algunas veces he tenido algún sueño erótico que consigue despertarme algo alterada pero, como me alegro tanto de mi libertad y de la vida que llevo, se me pasa enseguida.

—¿Y tu ex? ¿Sigue soltero como tú? —me preguntó Deva curiosa.

—Tiene una novia de treinta y pocos, con la que lleva conviviendo dos años. —Me puse seria y no disimulé mi indignación, y no porque me importara su nueva relación—. Nunca se atrevió a dejarme y, si yo no hubiera dado el primer paso, todavía estaríamos juntos; estoy segura.

—¿Te arrepientes? —creyó entender Sam.

—En absoluto. No era tan feliz desde los veinte años. He recuperado el control de mi vida y de mis ilusiones; quizás por eso me cuesta tanto que otro hombre entre en mi vida, por si pretende quitarme el control. —Las dos mujeres asintieron entendiendo lo que yo sentía.

—Necesitas a alguien muy especial —me dijo Shauri—, una persona que sea capaz de expresar los sentimientos y la sensibilidad como tú logras

transmitir en tu novela. No se conformará con un hombre cualquiera.

—Tenlo por seguro, Shauri —respondí convencida—. Tanto que no creo que ese hombre exista.

Capítulo 3

ALBA

Una repentina llamada, pasada la medianoche, interrumpe mi concentración. Doy tal salto en la cama que casi se me cae el ordenador al comprobar que Andrew es quien me telefona.

—Sí —respondo en un susurro.

—Alba, ¿dónde estás? He pasado por la casa de tus abuelos y no hay nadie.

—Estamos en Tarifa —contesto seria ante la vehemencia de sus palabras. Como si tuviera que darle explicaciones sobre mis planes.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —Continúa en el mismo tono vehemente.

—Todo el que pueda. Estoy pensando en trasladarme a Sevilla —le miento y su silencio me gusta. Lo he sorprendido y, quizás, también lo he preocupado.

—Alba, yo...

—¿Qué quieres, Andrew? —lo interrumpo molesta porque no se ha interesado en verme desde que me marché y ahora me habla en un tono bastante exigente.

—He estado yendo cada noche a casa de tus abuelos y te veía a través de alguna ventana. Quería saber si estabas bien y, esta noche, la casa estaba a oscuras... —Su voz se va convirtiendo en un susurro angustiado—. Te echo de menos.

Su explicación me asombra y me halaga tanto como me duele.

—Si tanto te preocupabas como para espiarme, ¿por qué no...?

—¿Te he llamado? ¿He ido a verte? —me interrumpe él y se calla un instante—. Sí, merezco tus reproches. —Vuelve el silencio—. No lo he hecho antes porque nada había cambiado en mi vida, porque no podía ofrecerte lo que llevas meses exigiéndome. Con razón, Alba. —De nuevo el silencio que yo, impresionada, no me atrevo a romper—. Necesito hablar contigo. ¿Podemos vernos?

—No creo que regrese a Londres en una larga temporada.

—Pero yo sí puedo ir a Tarifa, si tú me lo permites —me suplica, pero cambia de humor al continuar hablando—. Ya sabes cuánto me gustan esas playas.

—¿Y vas a dejar el trabajo? —pregunto con rabia contenida y con ganas de fastidiarlo—. ¿No se hundirá tu agencia? —No me responde al momento y me callo para no hacerle más daño. Me parece que sufre y no quiero descubrir que me importa.

—Espero que no —responde serio y dolido tras recibir mi puya envenenada y hambrienta de venganza—. Ross está aquí y se va a encargar de todo durante una temporada; estas últimas semanas lo he estado poniendo al día y creo que ahora me merezco unas vacaciones. —Suspira y me repite su proposición—. Por favor, Alba, ¿puedo ir a verte? Tenemos que hablar.

Después de pensarlo durante unos segundos, decido que Andrew merece una oportunidad; además, reconozco que estoy loca por verlo, aunque solo sea una vez más.

—De acuerdo. Avísame de la llegada de tu vuelo. ¿Llegarás a Gibraltar?

—Sí. Mañana, a las ocho y diez de la tarde, podrás recogerme.

—¿Sabías dónde estaba?

—Me hacía una idea. —Suspira profundamente—. Me quieres, Alba — responde convencido—, lo sé; tanto como yo a ti. Y estos dos meses han sido espantosos. Necesito verte.

—Si hay algún cambio en tu vuelo, llámame. —Con frialdad, me despido sin confirmar sus ciertas palabras—. Si no, nos veremos a las ocho en el

aeropuerto de Gibraltar. Hasta mañana.

—Hasta mañana, preciosa. Y gracias por ofrecerme la oportunidad de hablar contigo y de disculparme. Tengo mucho por lo que pedirte perdón. — Suspira aliviado—. Te quiero.

Yo no digo nada hasta que cuelgo. Luego, aliviada como él, le digo al teléfono lo que me contengo de decirle a Andrew.

—Yo también te quiero, Andrew, y no imaginas cuánto me alegra que me hayas llamado.

No puedo continuar escribiendo. Le mando un *email* a Sandy, en el que le cuento lo sucedido; apago el ordenador e intento dormir —lo que tardo mucho tiempo en conseguir— mientras le doy vueltas a lo que Andrew vendría a contarme.

Durante el desayuno de la mañana siguiente, comento la noticia a mis abuelos.

—Andrew viene esta tarde. —Los dos me miran sorprendidos y el tío Pedro sonrío sin darle mayor importancia—. Me telefoneó muy tarde, por eso no os lo dije. Lo recogeré en Gibraltar a las ocho y diez.

—Me alegraré de verlo —dice mi tío, ingenuo a la situación por la que pasa nuestra relación—. Creo que no lo veo desde febrero.

—Sí —respondo, sin muchas ganas de hablar, al recordar que también, desde esa época, empecé a verlo menos y comenzaron nuestros problemas—. Es probable.

Una hora más tarde, la abuela y yo nos dirigimos en coche a la Playa de los Lances. Atravesamos el desvío entre los pinos, y aparco en el familiar carril de zahorra amarilla; inauguro así un verano más. La mañana es preciosa y placentera; a las diez y media, no se mueve una brizna de hierba. Nos quedamos en bikini y me asombro al admirar el cuerpo de mi abuela, de

setenta y ocho años, delgada y elegante como un junco joven y aún con formas de mujer, sin que sus carnes se descuelguen demasiado; al menos no más que las de mi madre, que tiene cincuenta y tres.

—Abuela, Jane Fonda querría parecerse a ti. Estás increíble. —Ella me sonrío con ternura—. Como no heredé tu lozanía, presentaré una hoja de reclamación en las puertas del cielo. —Suelta una carcajada alegre; me encanta hacerla reír—. Déjame que te ponga bronceador por la espalda.

Una vez nos untamos en crema como es debido, una sensación de bienestar me invade al pisar las maderas que impiden destrozar la escasa vegetación que surge entre las dunas de arena blanca. La playa está deslumbrante bajo los potentes rayos de sol de esa espléndida mañana; las aguas en la orilla adquieren el color turquesa que el viento suave y cálido de Levante les regala. La marea está vacía, por lo que podemos caminar con el agua y refrescarnos las plantas de los pies. Suspiro e inhalo la energía que la naturaleza me brinda en ese instante. Junto a mí oigo el profundo suspiro de mi abuela.

—¡Qué agradable! —me dice sonriendo—. A mi edad, un precioso día como este es un verdadero regalo que no puedo dejar de agradecer a la vida.

—Estoy de acuerdo contigo, abuela. Esto es un privilegio a tu edad y a la mía porque nosotras sabemos apreciarlo. Nunca me canso de disfrutar de este lugar.

—Yo tampoco, princesa.

Nos cruzamos con otros caminantes tempraneros como nosotras, pocos para este día tan maravilloso, pero es martes y 2 de julio; aún escasean los turistas en la zona y es día laborable. Mi abuela camina con una sonrisa en sus labios, una sonrisa preciosa que ilumina su rostro y sus ojos. Las dos, en silencio, disfrutamos de los primeros minutos de nuestro paseo de ese verano. Reímos tontamente cuando las pequeñas olas nos mojan los tobillos, o al contemplar a los pequeños correlimos que picotean en la orilla con su andar gracioso e inquieto; desde pequeña me han divertido mucho esos pajarillos nerviosos, que parecen disfrutar de la playa tanto como yo.

Nos cruzamos con un grupo de caballistas que trotan por la orilla y salpican agua a su paso. Me recuerda a algunos paseos a caballo que di con mi abuelo y con mis primos, y se lo comento a la abuela.

—Tengo que descargar esas fotos en el disco duro porque el ordenador está muy viejo; cualquier día se estropeará y las perderemos. Han pasado ¿diez años? —Asiento—. Dios mío —exclama con la mano en el pecho—. Tengo setenta y ocho.

—Y estás estupenda, aparentas veinte menos. —Le sonrío sincera—. Yo me encargaré de las fotos en estos días, no te preocupes. ¿Por qué no ha venido el abuelo con nosotras?

—Ha ido a hacer la compra con tu tío Pedro, y tenían que encargarse de un filtro nuevo para instalarlo en la piscina. Me negaba a perderme una mañana de playa como esta.

—Me alegra que no te la pierdas. —Mi abuela me observa un instante, y sé que espera que le cuente cómo me siento—. Estoy tranquila, abuela. No te preocupes. No pienso marearme pensando en lo que Andrew quiera decirme. Cuando hablemos lo averiguaré. —Sonrío—. Aunque reconozco que anoche me costó conciliar el sueño.

—¿Por qué?

—Porque me dijo que había estado yendo a tu casa de Londres cada noche y me espiaba sentado en el coche. —La abuela suelta una carcajada.

—Me parece algo increíble de un hombre tan serio como Andrew. Espiándote como un adolescente... ¿Por qué no llamaba a la puerta?

—Eso le pregunté y me respondió que no tenía nada que ofrecerme aún.

—¿Y ahora lo tiene?

—No lo sé, pero sí me dijo que tenía mucho por lo que pedirme perdón.

—Andrew te quiere —me dice mi abuela, convencida—. Siempre te ha querido mucho.

—Lo sé.

—Y es un buen hombre. Demasiado responsable pero sincero, honesto y

buen persona.

—Eso también lo sé, pero ya conoces los motivos por los que nos separamos. —Me callo un momento antes de recordárselos—. No quiero compartir mi vida con un hombre para quien su trabajo es lo más importante. En los últimos meses, solo pasábamos un tiempo juntos los domingos, y trabajaba algunas horas. —Mi abuela permanece en silencio hasta que le exijo que me cuente lo que está pensando—. ¿Qué? Dime algo, abuela. ¿He hecho mal?

—Es tu decisión, Alba. Tú eliges cómo quieres que transcurra tu vida, pero debes encontrar un equilibrio que os favorezca a los dos. Quizás Andrew te aporte algo de lo que careces. —Se ríe y continúa hablando ante mi ceño fruncido y molesto—. Andrew fijará tus pies a la tierra; creo que a veces todos los necesitamos.

Reconozco que la abuela tiene razón. He llevado siempre una vida tan cómoda y fácil que a veces olvido las necesidades de la mayoría, como me sucede con Andrew. He sido una niña mimada, aunque no consentida, que solo me he esforzado por acabar mis estudios y trabajar en algo que me resulte tan placentero como el resto de mi vida. No ambiciono mucho; mis padres me han educado de ese modo —disfrutar en todo momento, *carpe diem*—. Para conseguirlo no debes darle a nada demasiada importancia —solo la justa— y, de ese modo, cada cosa que hagas la harás con placer y con la atención que merece. No sé si es la forma correcta o más adecuada de vivir, pero es la que me han enseñado, y así es cómo deseo que transcurra mi vida porque mis padres son muy felices marcándose esas pautas.

—No le pedí que dejara de trabajar —me defiende ante la cariñosa crítica de mi abuela— en ningún momento, pero sí que lo hiciera con un horario normal y con un descanso absoluto los fines de semana. Somos afortunados y el dinero tampoco es una necesidad para nosotros. Tiene una casa de su propiedad, solo con eso se puede dar por satisfecho, y ya sabes que yo soy poco ambiciosa en cuanto a cosas materiales se refiere.

—Eso es cierto. Vives bien pero con sencillez, como te ha enseñado tu padre. —Estoy de acuerdo con ella—.

—Abuela, tengo veintiséis años. Dime: ¿tiene algo de malo que quiera pasar con él un tiempo cada día?

—No, cielo, por supuesto que no. Si no lo desearas, Andrew debería preocuparse. Tendría que sentirse halagado de que sea eso lo que le exigés.

—Sí, sabe que aún lo quiero. Creo que se siente demasiado seguro.

—Eso tampoco tiene nada de malo. La confianza en los sentimientos de tu pareja es importante si se pretende avanzar.

—¿Tú confiabas en lo que el abuelo sentía por ti?

—Al principio no, pero era más por mí que porque él no me lo demostrara. Tras mi divorcio fue como si los hombres me produjeran alergia, y yo vivía muy feliz tras recuperar mi independencia; no le pedía más a mi vida.

—Ya lo sé. Fue sobre lo que escribí anoche. Estoy escribiendo en primera persona, como si la contaras tú. —Ella me sonríe y sacude la cabeza como siempre hace cuando le recuerdo el tema de mi novela. Aún no está segura de que merezca la pena hablar sobre su vida—. Abuela, tu vida es un ejemplo que deberían tener en cuenta muchas mujeres. Un ejemplo de ambición, esfuerzo y superación; de entender que la vida no termina mientras respiras, y de saber ilusionarse ante un nuevo proyecto sin importar la edad que tengas. Eso no es normal en el mundo femenino, casi siempre pendiente de los hombres, y menos en el de tu época.

—Lo sé, princesa. —Me aprieta una mano, tomándola con ternura, y la suelta con suavidad—. Me alegra y me tranquiliza que tú seas tan exigente y sepas a la perfección lo que deseas en tu vida. Nunca te calles, Alba. Fue lo que hice yo durante muchos años, y me costó perdonármelo. Si te equivocas, será tu error y podrás enmendarlo a tu antojo, pero no consientas que en tu vida se equivoquen otros por ti.

—Y fue entonces cuando perdiste la fe en el género masculino —bromeo.

—No se trata de que perdiera la fe, es que no necesitaba a un hombre a mi

lado. No mentí cuando les conté a Shauri, a su novia y a Sam los años que había pasado sin mantener relaciones sexuales. —Mi abuela es clara al hablar y no se corta al tratar el tema del sexo porque opina que es algo natural en la vida, sobre todo si lo habla con otra mujer en la que confía: conmigo—. Nunca fue algo indispensable para mí porque el único hombre con el que me acosté, Juan... —Jamás me dice «tu abuelo Juan»... consiguió que las odiara; con ellas solo me demostraba lo poco que yo le importaba y el poco respeto que me tenía —confiesa indignada y con rabia contenida—. En realidad, fueron más de cinco, pero me avergonzaba decir la verdad; no por Juan, sino porque yo lo había consentido.

—Y aún no se lo has perdonado.

—Cielo, no he perdido ni un segundo de mi vida en guardarle rencor; eso hubiera sido dedicarle un tiempo que no merecía. Pero no he olvidado el daño que me hizo ni cuánto me robó.

—¿Cuántos años sufriste? ¿Cómo lo soportaste? —le pregunto impresionada.

—Mis hijos eran, ahora también mis nietos, y siguen siendo lo primordial en mi vida; como no me atreví a separarme cuando tu padre tenía cinco años, me propuse hacerlo cuando fueran mayores. Pero no me rendí, Alba. Durante los primeros diez años, luché por mi matrimonio cada día, a pesar de que Juan era un egoísta incorregible a quien no le importaba nadie aparte de él.

—¿No fue un buen padre?

—Pronto me di cuenta de que mis hijos tendrían lo que yo les diera, porque él me lo dejaba todo a mí. Incluso, para pasar un día en el campo, tenía que rogarle con una semana de antelación. Jamás jugó con ellos; se paseaba solo y luego se sentaba a dormir o a leer el periódico, como si nadie existiera a su lado. Siempre alegaba que estaba estresado porque en el trabajo acumulaba demasiada tensión. —Sus labios se curvan hacia abajo en una clara mueca de disgusto que le provocan esos recuerdos—. Mis hijos se acostumbraron a vivir con un padre cansado de tanto trabajar por nosotros, y yo colaboraba en

la mentira con tal de que no sufrieran. Fue un hombre odioso e insoportable.

—¿De dónde sacaste el tiempo para estudiar? Aprobar curso a curso, en junio y en la universidad a distancia, tiene mucho mérito.

—No me resultó difícil porque seguí una disciplina espartana. Me levantaba temprano; Juan entraba a trabajar a las ocho y estaba acostumbrado a que le sirviera un café antes de marcharse, y después preparaba a mis hijos para ir al colegio. Mantenía un horario estricto en las tareas de la casa y en la compra. No pretendía que Juan pudiera hacerme algún reproche y me obligara a dejar mis estudios; no le parecía buena idea, aunque tampoco me lo impidió. Me decía que no tenía necesidad de estudiar, así que, sin hacerle caso, estudiaba casi tres horas por la mañana y luego, cuando los niños se acostaban, disponía de otro rato para mí. Fui una buena estudiante durante el bachiller. Juan era cinco años mayor que yo y trabajaba en el banco porque, después de acabar en el instituto, se alistó en el ejército voluntario para cumplir con el servicio militar. Eran otros tiempos y, con el bachillerato y unas clases de mecanografía y contabilidad, podías encontrar un buen trabajo. Lo conocí con diecisiete años y, en cuanto cumplí los veinte, comenzó a hablar de casarnos. Yo estaba enamorada de él, o eso creía, porque fue el primer y único hombre de mi vida hasta que conocí a Robert. Imagina la escena... Yo, viviendo en Tarifa; un chico muy guapo, de veintidós años, que llega desde Cádiz al pueblo a trabajar en un banco. Él era la novedad y se fijó en mí. Me sentí halagada y afortunada en esos momentos. Juan era un triunfo y yo, demasiado joven, inexperta y ni siquiera sabía lo que era el amor o el sexo, ni lo que ambicionaría en mi vida con el paso de los años. Creí que aprenderíamos juntos, que continuaríamos creciendo como personas. Por desgracia, me equivoqué.

—Tu experiencia me da mala espina.

—¿Por qué? —me pregunta sorprendida.

—¿Crees que Andrew no cambiará?, ¿que, aunque ahora me prometa y durante un tiempo lo haga, después volverá a comportarse del mismo modo?

—No lo sé, Alba. Si él te lo promete y tú lo crees, puedes darle la oportunidad. Si lo quieres, has tenido tiempo de comprobar la fortaleza de tus sentimientos, y sientes que él también está enamorado de ti, os merecéis intentarlo. Las relaciones entre parejas es un trabajo diario, de preocuparse por el otro, de sacrificarse hasta cierto punto por tu pareja porque él lo hace por ti. El futuro se va construyendo cada día.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, abuela. —Paseamos en silencio durante unos minutos—. Estuve hablando con Sam antes de venirnos —comento cambiando de tema—. Venía del médico. —Mi abuela suelta una carcajada—. Pero solo fue una revisión del ginecólogo. Me encanta esa mujer, no conozco a otra más independiente que ella.

—Imagínate cuando yo la conocí, hace casi treinta años. Yo, de un pueblo donde estaba tan mal visto un divorcio, me encontré con la loca de Sam, que disfrutaba de su libertad sin límites. Qué bien lo pasé trabajando con ella y con Shauri. Aún recuerdo con claridad lo bien que me sentía estando con ellos y cuánto me ayudaban a superar mis problemas en esa época. Son personas magníficas.

—Tan magníficas como tú —le digo mientras me agarro a su brazo para besarla en la mejilla.

—Quizás vengan unos días en agosto, aunque a tu abuelo lo vuelven loco con el ajeteo de salir por la noche. A ellos les encanta ir a cenar.

Continuamos nuestro paseo hablando sobre la que mi abuela creía sería su última novela, aunque dijo lo mismo de las dos últimas, y regresamos a casa antes del almuerzo.

Trabajar y contemplar las fascinantes vistas del Estrecho desde el porche era otro lujo que asociaba con el verano, las vacaciones y la tranquilidad de mi

espíritu. Comienzo revisando mis *emails*. En mi correo personal, tengo uno de Sandy en el que me desea suerte en mi encuentro con Andrew y me pide que no sea demasiado dura y exigente con él.

Aunque yo misma me considere bastante frívola porque me apasionan la moda, los viajes, los buenos restaurantes y una buena historia de amor... Resumiendo: aunque me sienta a gusto en el mundo en que me ha tocado vivir, no soporto las injusticias sociales ni la codicia de los desalmados, y denuncio casos relacionados con esos temas en un intento de perfeccionar y mejorar mi agradable mundo —otro legado de mis padres—; por ello escribo en la prensa digital. He conseguido una buena reputación haciéndolo. La gente me manda correos para contarme sus experiencias, sus problemas u otros que conozcan; yo los investigo y compruebo su veracidad. A esa gente solidaria que, bajo el anonimato de las redes sociales, colabora conmigo yo los llamo, en mis artículos, «mis fuentes *drivers*», mis verdaderos comunicadores. Auténtico periodismo en el siglo XXI. Al publicarlos nunca me olvido de felicitarlos ni de animarlos a continuar siendo mis informadores directos con la realidad que sucede en la calle y en el mundo. Mi familia me anima y me apoya a seguir con ese trabajo, el que encuentran no solo ingenioso, sino que, además, le valoran la importancia social que ha adquirido en los dos años que llevo ejerciendo. Andrew se preocupa, a veces, porque cree que me estoy convirtiendo en una diana fácil, en la que cualquier día alguien descargará su venganza o frustración, y me recuerda cada día que me asegure bien de la veracidad de la información que obtengo de mis anónimos informadores. En ese momento pienso que no se habrá preocupado mucho por mí durante los dos meses que llevamos separados. Seguro que me responde con su frase favorita: «No sabes lo equivocada que estás».

Antes de venirme a Tarifa, dejé artículos preparados para todo el verano e investigaba sobre la información que varios de mis *drivers* me habían facilitado; quienes quizás vivieran por la misma zona me contaban sobre una familia, un matrimonio joven con dos hijos pequeños y en el que el hombre, al

parecer, maltrata a su mujer. Siempre tengo en cuenta la presunción de inocencia hasta que acabo mi investigación. Algunos me cuentan que le han aconsejado a la chica que lo denuncie, pero ella se excusa diciendo que no trabaja y no se arriesgará a quedarse sin nada teniendo a dos niños pequeños a su cargo. La historia comienza a llamar mi atención y me da mucho en que pensar. La cantidad de mujeres que, como mi abuela —aunque a ella no la maltrataran físicamente—, se ven atrapadas en una relación dolorosa y cruel... En ese momento me propongo que, en cuanto regrese a Londres, indagaré sobre ello.

Acabo un artículo que dejé a medias antes de venirme a Tarifa, sobre un grupo de ocupas que había invadido un edificio clausurado en Paddington y que será derruido en poco tiempo. Trabé alguna amistad con ellos porque se tratan de buenos chicos y chicas que cobran unos sueldos miserables; algunos, incluso, estudian, a la vez, en la universidad sin ayuda pública o privada. Para justificar la actitud de mis nuevos amigos, me baso en que todos tenemos el derecho a disponer de un hogar digno, incluso en estos momentos, en los que la economía mundial es tan complicada y cruel con los más necesitados. Escribo una breve historia de cada uno de los ocupas en la que explico cómo han llegado a esa situación desesperada, y actúo como mediadora entre ellos y las autoridades; como ellos me pidieron, me he convertido en la voz de su grupo. Los chicos se comprometieron a abandonar el edificio sin oponer resistencia en el momento en que se lo pidieran los propietarios; a cambio, lo mantendrían libre de ratas y parásitos y en condiciones aceptables que no ocasionarían molestias al barrio. Mi padre me felicitó y se sintió muy orgulloso de mí después de leer el borrador.

Ansiosa por continuar escribiendo sobre la historia de mi abuela, finalizo el artículo comentando que el diálogo y la comunicación entre las personas han ayudado a lograr un acuerdo entre ambas partes, sin intervención de ningún político, y destaco lo importante que es saber escuchar.

Capítulo 4

LOLA

Mi hijo Juan Antonio me esperaba en el aeropuerto de Sevilla el viernes por la noche, a eso de las once; mis dos hijos estudiaban en esa ciudad, que me encantaba, motivo por el que compré un piso de tres dormitorios en la zona de Felipe II. Les quedaban algunos años por terminar, sobre todo a Pedro, que hacía su tercer año de Arquitectura, y Nano —como lo llamábamos en casa— preparaba un doctorado de Económicas, ya que pretendía dedicarse a la enseñanza universitaria. Aún recuerdo cuánto me esforcé para que mi divorcio no perjudicara a mis hijos. En mi casa no se oyó una discusión, ni un solo grito; por mi parte, me los guardaba y, por parte de Juan, siempre he pensado que no le importaba. Así que, una vez tomada la decisión, hablamos con ellos y les dijimos la verdad. Ya habían tenido alguna novia y entendían que el amor se acaba, aunque no les costó asimilar que sus padres, a los que veían tan tranquilos y caseros —adjetivos que habría que cambiar por *conformistas* y *resignados*—, sintieran algo el uno por el otro. Yo estaba segura de que no nos veían como una pareja enamorada.

Esa calurosa noche sevillana de viernes, cenamos fuera los tres juntos y, luego, los chicos salieron con sus novias y sus amigos. Me acosté después de haber cambiado las sábanas; no sabía si Juan y su novia se habrían acostado en mi cama porque mis hijos me ocultaban la mayoría de las visitas que su padre les hacía. La imagen que se grabó en mi cabeza, en esos momentos, de la pareja retozando en el mismo lecho que yo ocupaba me resultó dolorosa, lo

reconozco, y recordé la conversación que habíamos mantenido Sam, Shauri y yo durante la cena del jueves. No mentía cuando decía que no añoraba la presencia de un hombre, y menos la de Juan. Lo que me dolía era creer que, durante casi los treinta años que habíamos compartido, me habría estado perdiendo algo muy bueno; algo que obliga a la gente a cometer locuras, a que los hombres engañen a sus mujeres y las mujeres, a sus hombres; algo capaz de atarte a una persona para siempre, convertirla en tu deidad, ofrecerle tu vida sin dudarlo, sin remisión. En esa época, más que nunca, me fijaba en las parejas de jóvenes que se abrazaban o se besaban, en la forma de tocarse y de mirarse, y sabía que a mí no me habían abrazado, besado, tocado o mirado de ese modo jamás, que mi vida junto a Juan fue un error desde el primer día que habíamos decidido compartirla. Y fue culpa nuestra; nadie ni nada nos obligó, ni siquiera un amor engañoso. Tras veintitrés años de relación, entre noviazgo y matrimonio —años irre recuperables— y, tras esa flagrante derrota, me conformaba con sentir ilusión, al menos, por continuar con mi vida solitaria, en la que ya mis hijos necesitaban solo mi dinero y mi consejo de vez en cuando. Además, pretendía hacerlos libres e independientes, no quería que les sucediera lo mismo que a mí, que había pasado de la cárcel de mi padre a la cárcel de Juan; lo peor de todo era que lo había hecho por voluntad propia, les había permitido a ambos adueñarse de mi vida. Los años que me faltasen por vivir —con suerte, veinte o treinta— serían de mi propiedad más absoluta; tenía una salud excelente —al igual que mis hijos—, un trabajo que me encantaba, dinero para viajar, para cuidarme y para permitirnos caprichos mis hijos y yo. ¿Quién necesitaba a un hombre?

De regreso a mi vida inglesa, había planeado pasar el siguiente fin de semana en Reims, en Francia, y les pedí a mis compañeros que me acompañaran; aunque les pareció buena idea la excursión en tierras francesas, a los dos les surgieron compromisos ineludibles ese fin de semana. Buscaba un lugar que

me inspirara y donde localizar exactamente mi nueva novela, que trataba de la vida de un mujeriego, guapo y galán oficial que sirvió bajo las órdenes de Napoleón. El capitán anduvo por toda Europa, de batalla en batalla, y fue dejando hijos ilegítimos, a los que buscó desesperado antes de morir solo y sin descendencia legal a quien dejar una inmensa fortuna. En los días laborables, me ocupaba de escribir la historia; los fines de semana, investigaba y visitaba lugares de interés.

Pero el jueves Robert nos encomendó una misión imposible, como era habitual en él, y esta lo era de verdad. Pretendía que la parte principal de la novela se trasladara a la pantalla en cinco minutos. Me indignó porque eso solo demostraba que o no había leído el libro o que no le había prestado un mínimo interés. Me decidí a discutir el problema con él, ya que no encontrábamos el modo de conseguir su objetivo sin destrozar el guión.

—¿Tienes un minuto, Robert? —le solicité de forma educada. Ese hombre y su exigente modo de trabajar me causaban un gran respeto.

—Un minuto, Lola, no tengo más. —Tardé en comenzar a hablar y, entonces, me dirigió una mirada más amable, pero ya me había intimidado—. ¿Qué quieres? —me preguntó sonriendo al percibir mi tensión.

—Es imposible resumir el capítulo principal, las cincuenta páginas más importantes de la historia, justo cuando empieza a resolverse toda la trama, en cinco o seis minutos de telefilm.

—No hay más tiempo. Estás aquí para adaptarlo; para eso te hemos contratado. Tú conoces la historia mejor que nadie; la has creado y sabrás darle el giro adecuado. Confío en ti.

—Por eso que es mía, puedo asegurarte que es imposible hacerlo como lo has propuesto; quizás se puedan resumir las escenas bélicas, pero esta no.

—Las escenas bélicas atraerán al público masculino; no quiero convertirla en una serie romántica, y tu obra tiene grandes dosis de eso. —Me resultó que lo decía con un cierto toque de desprecio; no pude contenerme y me defendí dolida por sus palabras.

—Yo no os obligué a comprarla —le reproché con orgullo—. Mi novela es histórica; creo que no es solo una novela de amor, pero tampoco exclusivamente de guerra o espionaje. Quizás no hayas puesto demasiado interés en leerla.

—La he leído, Lola, puedo asegurártelo. No vamos a invertir una fortuna en algo que no merezca la pena. —Fue su modo de disculparse, y decidí enterrar el hacha de guerra.

—Si lo hacemos a tu modo, te cargarás la serie. La historia perderá continuidad y credibilidad; estoy convencida de ello. Unas imágenes de muertos, heridos, cañonazos, explosiones, dolor y sufrimiento pueden resultar salvables con unos segundos si expresa el contenido correcto, con el realismo preciso, y creo que se le va a dedicar demasiado tiempo. Podemos intercambiarlo.

La mirada reflexiva que me dirigió aniquiló mi seguridad y me hizo perder todo el valor con el que acababa de exponerle mi opinión.

—Está bien —cedió sin inmutarse ni expresar alegría ni rencor—. Hacedlo a vuestro modo; esta noche lo leeré y mañana os daré mi respuesta.

—Gracias, Robert. Creo que es lo más conveniente.

Salí del despacho temblando como un flan, sin saber de dónde había obtenido el valor para enfrentarme a Robert «Patán» Wilder, como lo llamaban en los estudios. Pero fue razonable y nos dio la oportunidad de resolverlo con libertad. Shauri y Sam escuchaban impresionados el relato sobre mi conversación con Robert.

—Robert se pasa en algunas ocasiones, pero es muy inteligente y elegirá la mejor opción —opinó Shauri despreocupado—. Vamos a ofrecérsela, chicas.

Trabajé con más ahínco que nunca; mi concentración en cada palabra y en cada renglón era insuperable, y trataba de verla en mi mente, de que fuera mi propio cerebro el que me contara en imágenes la historia que me sabía de memoria.

Los tres estábamos agotados cuando la puerta de nuestra pequeña sala de

trabajo se abrió cerca de las siete. Era Robert.

—Me marcho a casa. ¿Tenéis el trabajo?

—Sí, Robert. —Sam se lo ofreció después de sacarlo de la fotocopidora—. Cuidado, no te quemes —bromeó. Robert solo fue capaz de esbozar una sonrisa y cerró la puerta tras de sí sin añadir una sola palabra más.

—Vive solo y por el trabajo —dijo Shauri y Sam correspondió dejando escapar un suspiro que evidenciaba su constante apetito sexual.

—Y es una pena porque, a pesar de las canas, que no me gustan en los hombres, mira que está bueno.

—¿Le has propuesto salir? —le pregunté divertida—. Quizás tanta bravura solo oculte a un hombre tierno y cariñoso como un osito de peluche. —Los tres nos reímos a carcajadas.

—Seguro que se parecerá más a un erizo de largas púas —añadió Sam.

Me pasé la noche soñando con Robert o, mejor dicho, discutiendo con él mientras arrancaba las hojas de mi libro, las arrojaba a una gran chimenea y me repetía —riendo con una mirada llena de maldad—: «Esto es para lo que vale tu libro: para encender un gran fuego». Me desperté sobresaltada y me costó conciliar el sueño. Era evidente que estaba angustiada por la opinión que tendría sobre nuestra adaptación.

Anduve hacia los estudios nerviosa y preocupada, caminando más rápido de lo habitual. En cuanto llegamos, Robert entró en nuestra sala con el guión en la mano y desperdiciando su exagerada energía habitual.

—Excelente trabajo, chicos. —Me miró y me guiñó uno de sus ojos de chocolate y, ante ese gesto amable e impropio en él, impresionada, no pude ni sonreír—. Seguid con lo previsto para hoy.

—¿Te ha guiñado un ojo? —preguntó Sam asombrada—. Sí que le habrá gustado nuestro trabajo.

—Venga, no nos relajemos, no debemos fiarnos de él —intervino Shauri—.

Dentro de un rato vendrá a pegarnos cuatro gritos y un tirón de orejas. —Yo me reí nerviosa y satisfecha por nuestro formidable trabajo de la jornada anterior. Nos merecíamos esa felicitación y alguna más impetuosa que un simple guiño porque lo hicimos a la perfección y nos esforzamos al límite de nuestras posibilidades, cada uno en su faceta creativa.

A las dos de la tarde, Shauri fue requerido al despacho de Robert y acudió con los dedos cruzados, temiendo un cambio en cualquier asunto que nos estropeará nuestro merecido descanso del fin de semana. Volvió con cara de pocos amigos y maldiciendo al jefe.

—¿Tenías planes para este fin de semana? —me preguntó ante nuestras miradas intrigantes—. Puedes anular la reserva del hotel en Reims. Robert acaba de pedirme que acompañemos a Doris, de escenarios, a localizar algunos exteriores y necesita nuestra opinión, sobre todo la tuya, Lola. No le importa que Sam o yo no vayamos, pero dice que tú no puedes faltar.

—Bueno —respondí perpleja—. Si es preciso..., ¿vendréis, verdad? —les pedí sin ganas de pasar un fin de semana acompañada por una desconocida.

—Sí —afirmó mirando a Sam—, vamos. Conozco a Robert y sé que acabaría reprochándomelo sin piedad si luego el rodaje no sale bien.

Sabía que no podría alargar mis horas de sueño el sábado por la mañana, así que esa noche me acosté temprano y caí en redondo después de haber hablado con mis hijos por teléfono. A las siete de la mañana, me recogían en la puerta de mi apartamento. Viajábamos en un mini conducido por Doris, una chica treintañera, rubia natural, guapa y alta; aunque iba sentada al volante, podía apreciar sus piernas largas forradas de un pantalón vaquero. Cuando Shauri nos presentó, no ocultó su sorpresa.

—A todos nos pasa, Doris, no te cortes. Nos esperamos otra imagen de Lola antes de conocerla, pero más te sorprenderá cuando intimes con ella. —Shauri, que viajaba detrás de mí, me apretó los hombros de forma cariñosa—.

Tiene más energía en ese cuerpo que nosotros tres juntos. Un verdadero volcán dormido. Me gustaría estar a su lado el día que entre en erupción y regale algo de esa energía que contiene.

No entendí a qué venían esos comentarios y tampoco pregunté; me limité a sonreír y a preguntar hacia dónde nos dirigíamos.

—Vamos a Sussex, el condado más bonito de Inglaterra. ¿No has leído tu novela? —bromeó Doris—. Elegiste un lugar precioso; encontraremos unas mansiones fantásticas e ideales para lo que necesitamos y nos alojaremos en una de ellas.

Doris nos contaba el itinerario que debíamos seguir, y no se había equivocado. Esa mañana me sumergí por completo en la serie *Orgullo y prejuicio*, que había visto varias veces, las mismas que había leído el libro; contemplé mansiones y *cottages* preciosos, llenos de romanticismo y paz. Doris contaba mucho —demasiado a mi parecer— con mi opinión y anotaba cuando yo comentaba: «Aquí veo viviendo a Mary Clark Gabbles» —la primera protagonista de mi novela—, o «Esta es la casa ideal para los Bronson». Se trataba de una primera búsqueda; luego se filtraría y se negociaría con los propietarios. Doris me explicaba paciente antes de elegir los escenarios definitivos.

—No me imaginaba cuánto trabajo y cuántas personas se necesitan para realizar una película. Y debe ser bastante costoso. ¿Se recuperan esos gastos? —pregunté ingenua.

—La productora de Robert, sí —afirmó Doris convencida—. Robert es un ganador nato —reconoció con admiración— y, antes de realizar una elección, se asesora bien de todos sus especialistas; suele rodearse de los mejores. La serie será un éxito aquí y en el resto del mundo.

—¿Cómo podéis estar tan seguros? —dudé.

—Te digo que suele rodearse de los mejores —me repitió sonriendo, como si le explicara a una niña pequeña—. En primer lugar, porque la novela es buena, mejor dicho, muy buena. —Agradecí su reconocimiento aunque esa no

había sido la opinión que me pareció haber captado en Robert hacía dos días —; después, contamos con estos dos genios que, por ahora, nunca han fallado. ¿No te han mencionado que han conseguido dos Emmy? —Me giré y observé asombrada a mis dos compañeros—. Son demasiado modestos.

—No entiendo para qué me necesitan —reconocí con humildad.

—Lola, tu obra está tejida con gran maestría, y Robert estuvo de acuerdo con contar con tu colaboración cuando yo se lo sugerí después de haberla leído dos veces —respondió Shauri—. Te aseguro que no podríamos hacer este trabajo sin ti, sobre todo por las prisas que nos está metiendo.

—Tú conoces la obra y los personajes de memoria —continuó Sam—, sus posibles reacciones, incluso los gestos que harían, lo que nos ahorra un montón de análisis sobre los personajes. Demuestras un gran talento al expresarte con palabras escritas, Lola.

Me quedé muda durante el resto del viaje, sin salir de la impresión. Estaba trabajando con dos genios del cine y no solo necesitaban mi ayuda, sino mi colaboración en una obra que probablemente resultaría premiada. Eso me provocó un subidón de adrenalina tan fuerte que dejó mi nueva vida temblando bajo mis pies. Se esperaba de mí más de lo que había imaginado.

Llegamos a una preciosa casa de campo poco antes del anochecer —aunque para mí era una mansión—, y nos atendió una pareja mayor que se presentó como los señores Simpson. Por su tratamiento, demasiado respetuoso, pensé que cuidaban de la preciosa casa, pero que no eran los dueños.

—¡Vaya casa! —exclamó Sam sorprendida; yo me limité a asentir con un gesto de asombro que nadie percibió porque todos estábamos admirando la belleza que nos rodeaba. No tenía nada que envidiarles a algunas de las que habíamos visto a lo largo de la jornada.

Nos instalaron en tres dormitorios. Sam y Doris compartirían uno e imaginé que, como muestra de respeto a mi edad, habían reservado otro para mí sola. La habitación era preciosa, como toda la casa; la cama, impresionante, alta y majestuosa, con su dosel y sus cortinas vaporosas en color marfil, como las cortinas que adornaban las dos ventanas y como la colcha de algodón. «¿Cuántos años tendrían esos muebles? —me preguntaba admirada—. ¿Cuántos años de buen gusto y de saber vivir nos llevaban de ventaja los ingleses?». Admirada por la belleza del lugar y a pesar de estar a punto de oscurecer, salí a dar un paseo por los alrededores. Un pequeño bosquecillo con el típico sendero de gravilla me pareció ideal para estirar las piernas durante un rato; lo rodeé, lo atravesé por todos sus caminos contemplando la cuidada vegetación y llegué a la conclusión de que formaba parte de la casa. Me giré buscando una vista de ella, pero la había dejado atrás en una curva. Impresionante. Yo, orgullosa de mi nueva casa con tres mil metros de jardín, me sentí ridícula. Tardé casi una hora en regresar maravillada y relajada por los paisajes que había contemplado, y recibí una sorpresa mayúscula.

—Hola, Lola —me saludó Robert educado y atento—. ¿Vienes de dar un paseo?

—Sí, necesitaba estirar las piernas —respondí con timidez. La fuerza de carácter de ese hombre me apabullaba—. Es un lugar precioso.

—¿Quieres tomar una copa de vino? Pasa a la sala; te estábamos esperando.

Shauri, Sam y Doris estaban sentados en cómodos butacones y sofás disfrutando de una copa de vino, un buen fuego y una charla que parecía amigable. Robert, después de ofrecernos su hospitalidad inesperada y asombrosa —porque esa maravillosa casa era suya—, fue directo al grano.

—He leído el informe de Doris. —«Impresionante», pensé. En poco más de una hora, lo que había durado mi paseo, la chica le había preparado un informe del día, y él ya lo había leído—. Destacan varios lugares. —Los relató de memoria y coincidían con los que más me habían gustado y con los que Doris anotaba—. ¿Te parecen apropiados, Lola?

—¿Cómo? —pregunté impresionada por que se refiriera a mí.

—Lola. —Me miró paciente, sonriente y me habló en el tono amable al que me tenía acostumbrada Robert, mientras, en un gesto exageradamente elegante y masculino, cruzaba una de sus largas piernas sobre la otra. Me impresionaba ese gesto tan propio en él— Tú eres la que ha escrito la historia y la que conoce los personajes a la perfección; por eso estás aquí. ¿Elegirías esas casas para los protagonistas, tal como lo has pensado durante la jornada? — Me formuló la pregunta de modo más fácil, convencido de que estaba amedrentada ante la confianza que ponía en mí.

—Sí. —Fui capaz de responder intentando merecer la importancia que me otorgaban, aunque no sabía si demostraba la seguridad que pretendía—. Cuando veía esas casas, sentía quiénes podían habitarlas, tal como lo has detallado.

—De acuerdo —me dijo manteniendo la mirada amable e inapropiada en él en mi rostro asombrado—. Tenemos que encontrar escenarios para... —Me perdí en la conversación y de nuevo volví a sentir el suelo temblar bajo mis pies, sin dejar de preguntarme qué hacía allí y cómo había llegado a ese momento de mi vida.

Robert salió de la sala durante unos minutos y regresó con otra botella de vino en la mano. La señora Simpson entró media hora más tarde y lo llamó «señor Wilder», seguido de un formal «La cena está dispuesta en el comedor».

El comedor era una habitación tan hermosa como el resto de la casa; de repente, me sentí trasladada al siglo XIX mientras observaba, con minuciosidad, todos los detalles que la decoraban. Robert se daba cuenta de mi asombro; él presidía la mesa y nos había sentado a Shauri y a mí a ambos lados.

—¿Te gusta el comedor? —preguntó orgulloso.

—No encuentro palabras para decirte cuánto. Es una maravilla. Creo que en esta habitación se podrían filmar todas las escenas familiares de los Bronson; encajaría perfectamente en el estilo.

—Toma nota, Doris —le exigió Robert sonriendo—. A Lola le gusta esta habitación; la aprovecharemos. De ese modo, nos ahorraremos algunos gastos.

—Y mi dormitorio, Robert... —añadí sin ocultar mi entusiasmo—... es de película, podría pertenecer a Mary Clarks. —Lo observé un instante y continué sonriendo—. No he visto el resto de la casa, pero incluso creo que podrías sacarle provecho al jardín.

—Quizás tengas razón. Podemos verlo mañana a la luz del día, si te parece.

Durante la cena Robert me mostraba una consideración que me pareció exagerada. Hablaba conmigo con la misma atención del día que había firmado el contrato; ponía un gran interés en escucharme y en explicarme a la vez que clavaba sus ojos oscuros en mí como si intentara descubrir algo más detrás de mis palabras. Después de la cena, con una copa en la mano, me enseñó el resto de la preciosa casa mientras me contaba algo sobre su historia.

—La casa es del siglo XIX; la construyó mi bisabuelo en plena época victoriana. Ahora nos pertenece a mi hermana y a mí, pero ella vive en Australia y viene a Inglaterra en contadas ocasiones. Pasaba todos los veranos aquí hasta que comencé a trabajar. —El duro Robert mostraba un alma sensible al narrar sus recuerdos—. He sido muy feliz viviendo entre estas paredes y reunido con mi familia. Ahora, la disfruto cuando puedo, casi todos los fines de semana que tengo libres, aunque echo de menos a demasiadas personas.

—¿No viven tus padres? —Me sentí en la obligación de preguntar.

—No. Murieron en un accidente de coche ocurrido cuando regresábamos a Londres. Yo conducía y tuve más suerte que ellos.

Su explicación me dejó paralizada un instante y, mirándolo, balbucí un torpe «Lo siento mucho, debió ser terrible para ti». Él me sonrió con amabilidad.

—Sí. Demuestras ser bastante sensata y podrás imaginarlo con facilidad. —Al ver mi cara de espanto, intentó tranquilizarme sin dejar de sonreírme—. No te preocupes por mí; no fue culpa mía, aunque no puedo olvidar los años que tardé en reconocerlo y admitirlo.

Continuó mostrándome habitaciones diferentes, y todas me resultaban mágicas y especiales por distintos detalles: el elegante estudio, la preciosa y confortable biblioteca, la espaciosa cocina...

—Es preciosa, Robert. Una auténtica maravilla —alabé sin ocultar los sentimientos que despertaba la casa en mí. Me había enamorado de ella y de sus magníficos alrededores.

Su dormitorio no era vaporoso y ligero como el que ocupaba yo; se trataba de una habitación con muebles regios y fuertes que te sobrecogían, sobre todo por el color vino tinto del adamascado de sus cortinajes y colchas.

—Esta fue la cama que ocupó mi bisabuelo; luego, mi abuelo; después, mi padre, y ahora, yo. Cuatro generaciones, como tu novela.

—¿Podrías contarme la historia de tu familia? —le pedí sonriendo—. Quizás me inspire para escribir otra historia. —Robert soltó una sonora e inesperada carcajada que me impactó por su preciosa dentadura blanca y su naturalidad. Parecía sentirse cómodo y a gusto con mi compañía y él, con su conversación sincera y desenfadada, consiguió que yo lo estuviera en la suya. Rara vez me sentía cómoda en compañía de un hombre.

—Mi abuelo mandó a pintar un cuadro con el árbol genealógico, que comienza en sus bisabuelos, pero antes quiero enseñarte la galería.

—¿La galería? ¿Conservas la galería? —pregunté emocionada—. Probablemente en ella se celebrarían bailes con orquesta. —Me condujo, decidido y a paso rápido, hasta ella para intentar satisfacer mi curiosidad, y yo lo seguía en silencio. Llegamos a nuestro destino y se me escapó una exclamación de admiración cuando encendió las majestuosas lámparas de araña que, aparte de iluminar, decoraban la preciosa e imponente sala—. Te aseguro que ahora mismo estoy viendo un baile; incluso, si me concentro un poco, puedo oír la música.

—No me extraña. —No perdía la sonrisa—. Después de leer tu novela, sé de lo que es capaz tu imaginación.

—¿Has celebrado aquí algún baile? —le pregunté emocionada.

—Desde la boda de mi hermana, hace unos quince años, no.

—El salón tendría que estar precioso; el artesonado de ese techo y el suelo de madera están en perfecto estado.

—Me costó una fortuna reformarlo, pero el resultado ha merecido la pena.

—Desde luego que sí. —Lo felicité por su maravillosa casa y leí en sus ojos algo diferente a lo visto hasta ese momento y que me estremeció. Me avergoncé por mi mala intención y, mientras Robert bebía un trago de su copa sin apartar los ojos de mí, continué viendo el mismo reflejo en ellos: deseo.

—Enséñame el árbol genealógico familiar —le pedí para salir de la embarazosa situación, porque quizás había percibido mi estúpida reacción—. Debe esconder miles de secretos detrás de los nombres. ¿Conoces todas sus historias?

—Hay algunas bastante interesantes.

Llegamos a la entrada de la casa, donde estaba el cuadro, y comenzó a explicarme algunos detalles. Apareció Doris dando muestras evidentes de estar algo embriagada y prestó atención a la conversación, pero más a Robert, a quien se insinuaba de una forma tan descarada que desvió el tema hacia un estriptis oral que me avergonzaba y del que no estaba dispuesta a participar. Con disimulo, me dirigí a la sala en busca de Shauri y de Sam. Les di las buenas noches y me encerré en mi dormitorio.

Abrí un libro sobre las campañas napoleónicas, dispuesta a trabajar al menos una hora, pero me resultaba imposible concentrarme. Mi cerebro estaba paralizado por la mirada de Robert. Quizás estaba equivocada, porque ¿qué sabía yo de miradas cargadas de deseo? Solo lo había leído en las decenas de novelas que devoraba. Ni siquiera Juan me había mirado nunca de ese modo. Había sentido cómo Robert me desnudaba con sus ojos, o quizás fueran las ganas que yo tendría de que lo hiciera. Pero, ¿por qué tendría yo ganas de que Robert hiciera eso? Hasta ahora, ese hombre, bastante atractivo, aunque no guapo, sí enérgico, masculino —tanto que hasta Sam reconocía cuánto lo admiraba—, me había causado un respeto desmesurado. Era el jefe, el que

mandaba, el que organizaba, el que pagaba y trataba a los demás como inferiores, aunque a mí me respetaba a su manera. Pero esa noche me había mostrado la cara humana, amable y sensible de un hombre corriente, y yo sentía que me había deseado. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral al pensarlo una vez más. Acabé por coger el libro y un cuaderno, e intenté concentrarme en mi investigación.

Todas mis dudas se resolvieron a la hora del desayuno, cuando Sam comentó que Doris la había despertado al volver de estar con Robert.

—¿Estás segura? —preguntó Shauri impresionado.

—Y tanto. Le dije: «¿De dónde vienes?» Y me respondió: «Estaba con Robert. Fíjate, son los últimos en levantarse».

Robert apareció, segundos más tarde, con un exagerado aspecto de satisfacción grabado en su cara. Imagino que lo mismo sentiría Juan al acostarse con una chica veinte años más joven que él, aunque no sabía la edad exacta del jefe. En ese instante también imaginé a Robert, en su grandiosa y majestuosa cama, retozando con Doris y se me hizo un nudo en el estómago. Cuando me observó, cambió su gesto de satisfacción por otro de sorpresa; creo que no pude controlar el asco que me provocaba y desvié mi atención hacia mi tostada. No volví a mirarlo a la cara ni pude hablar con él en esos momentos.

Al salir del comedor, con la intención de dar un paseo antes de marcharnos, Robert me llamó.

—Lola, ¿vas a pasear? —Yo asentí con un gesto serio—. Espera un minuto, quiero me des tu impresión sobre mis jardines; quizás podamos utilizarlos en algunas escenas.

—De acuerdo. —Me vi forzada a consentir su compañía.

Durante el silencioso paseo, me mostraba tan disgustada —aunque intentaba disimularlo—, que Robert se vio obligado a ofrecerme una disculpa.

—Imagino que estás enfadada por robarte tu fin de semana de descanso.

—No estoy enfadada y el viaje ha resultado interesante —respondí seria y

distante—. He visto casas preciosas y he aprendido algo más sobre hacer películas. Es un mundo novedoso para mí y me despierta nuevas inquietudes.

Me obligué a no juzgarlo; no sabía nada sobre la vida de Robert ni sobre la de Doris. Lo más probable sería que, después de que acabara mi trabajo en los estudios, no volviera a verlos. Yo era una mujer libre y tampoco me haría gracia que otros juzgaran mi forma de actuar; de modo que consideré que no era asunto mío cómo llevaban su vida sexual. Y decidí pasar al plano profesional —el único que me correspondía—, ignoré al hombre que era Robert y me limité a mirarlo solo como jefe; me dejé llevar por el encanto de los jardines y por los personajes de mi novela, que tomaban vida en ese precioso vergel. Comencé a aportar una cascada de ideas que deslumbró a Robert, quien anotaba mis sugerencias sin dudar de ellas. «En este banco, rodeado por estas preciosas rosaledas, se puede grabar la conversación de Mary Clarks con míster Ricks; este es el paseo perfecto para la escena donde le confiesa su oscuro pasado a su nieta. Fíjate, Robert, no hay un solo detalle que ocultar porque no pertenezca al pasado», le decía. Así, mientras paseaba, le contaba las imágenes que, con una facilidad pasmosa, se construían en mi mente, inspiradas por ese lugar fascinante y hermoso.

Otra sorpresa me aguardaba antes de marcharnos. Me despedí del matrimonio —que nos había atendido durante los dos días— con un amable apretón de manos y esperé a que Doris abriera la puerta del coche. La chica estaba conversando con Robert en la entrada de la casa, mientras anotaba con diligencia varias órdenes que este le transmitía sin dudar y con tanta rapidez que Doris parecía bastante agobiada.

Mientras observaba la escena algo impaciente, comprobé cómo Robert me buscaba con la mirada y me sonreía mientras se acercaba.

—Acompáñame durante el viaje de vuelta. —Su petición me paralizó—. Vosotros sois cuatro y yo voy solo. —No perdió la sonrisa—. No me parece

justo.

«Dios mío, Lola. Rápido, inventa una excusa —me decía a mí misma—. Quizás pretende que tú ocupes el lugar de Doris esta noche en su cama».

Robert abrió el maletero —donde introdujo mi bolsa de viaje— y luego, en un derroche de cortesía, la puerta del copiloto, y esperó a que yo entrara. Yo observé a Shauri y a Sam suplicando su ayuda con mi mirada, mientras Doris continuaba distraída con su agenda. Los dos me devolvieron un gesto de asombro. Y sin encontrar ninguna excusa coherente, me despedí de los chicos con timidez y me dirigí, hacia el impecable BMW de Robert, como el condenado que se encamina al patíbulo.

El hombre se mostraba animado y conversador, y yo no me atrevía ni a mirarlo porque a mi mente acudía la imagen de su majestuosa cama y, sobre ella, veía a Doris y a él desnudos, revolcándose entre sábanas de seda roja. En la escena aparecía Juan haciendo lo mismo con su novia y, entre los cuatro, consiguieron revolver mi estómago.

Me senté lo más alejada que podía; colocaba mis manos entre las piernas o cruzaba los brazos sobre el pecho; me encogía y me protegía del que consideraba un canalla, que quizás me había pedido que lo acompañara para intentar seducirme, porque buscaba en mí a la sustituta de Doris de esa noche.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó preocupado—. Te has puesto pálida.

—Hace un poco de frío.

—Perdona. —Se disculpó con amabilidad y preocupación por su falta de atención—. Enseguida enciendo la calefacción. —Se mantuvo unos segundos en silencio mientras trasteaba en los mandos—. Tengo que felicitarte, Lola. Nos has dado ideas excelentes sobre la localización de los exteriores de los tres primeros capítulos de la serie.

—Para eso me contrataste, ¿no? —contesté distante porque pretendía dejar claro que mi relación con él era de carácter profesional.

—Sí y transmites tus ideas con una facilidad pasmosa. Lo que yo no esperaba era que... —Se interrumpió y me dirigió una mirada rápida, directa a

los ojos y llena de dudas.

Aunque yo no lo alenté a hacerlo, continuó hablando animado.

—Eres muy competente, Lola. He trabajado con varios escritores y, como tú, poco acostumbrados a los guiones, sus recortes y transformaciones obligados. Siempre se muestran beligerantes y altaneros y me han provocado muchos dolores de cabeza. Fíjate que, ante la insistencia de Shauri en tu contratación, yo era el que se mostraba reacio a traerte. —Me miró sonriendo satisfecho—. Me alegro de haberme equivocado.

—Shauri y Sam son fantásticos. Te aseguro que no tengo ningún mérito; por el contrario, debo agradecerles su generosidad al abrirme las puertas de sus conocimientos para compartirlos conmigo. Demuestran una paciencia infinita, me resuelven las innumerables dudas que me surgen y valoran de forma exagerada la mínima aportación que yo hago. —La mirada directa de Robert se disparó de nuevo, y guardamos silencio durante unos minutos.

—El fin de semana que viene, celebro una cena de negocios en mi casa. Vienen mis socios de Los Ángeles y se alojarán aquí. ¿Te gustaría acompañarme? —No estaba segura de que hubiera visto el respingo que di en mi asiento, porque no entendía qué pretendía al proponerme esa cita, después de haberse acostado con una chica quince o veinte años más joven que yo, delante de mis narices. Ni siquiera fui capaz de inventarme una excusa y, perturbada por su proposición, me mantuve en silencio—. Puedes alojarte en tu dormitorio favorito —aclaró sonriendo. Pensé que la aclaración vino provocada por mi actitud reacia, y él siguió intentándolo—. Nos vendremos el sábado por la mañana y podremos dar un paseo por los alrededores. Te aseguro que te gustará más que caminar por Hyde Park. ¿Vas andando todos los días hasta el estudio?

—Voy y vuelvo andando. Paso demasiado tiempo sentada durante el resto del día y necesito despejarme y estirar las piernas. De ese modo trabajo mejor.

—Desde luego. —Me recorrió con una mirada descarada—. Y te mantienes

en forma, tienes un físico excelente. —Soltó una carcajada cuando le devolví la mía, seria y consciente de su provocación.

—¿Cuántos años llevas divorciada? —se interesó amable.

—Tres años. Soporté la situación hasta que mis hijos tuvieron edad de entender nuestra separación, pero podría haberme divorciado muchos años antes. —Dejé que escapara esa idea de mis labios.

—Yo también soy divorciado, desde hace más de diez años, creo. —Se calló un instante mientras reflexionaba—. He perdido la cuenta.

—Yo no lo olvidaré jamás. Hace tres magníficos años. —Robert se rio con ganas.

—Lola. —Lo miré atenta porque era lo que él pretendía al decir mi nombre—. Tu exmarido debe ser un auténtico gilipollas. —Su comentario me provocó una carcajada contagiosa, y nos reímos a gusto.

—Sí, tienes razón. Lo es.

Me recuperé un poco de las risas y me atreví a preguntarle lo siguiente:

—¿Y tu exmujer?

—Me dio a elegir entre ella o el trabajo. Ya imaginas mi elección.

—¿Te arrepientes?

—No. —Volvimos a reírnos—. La verdad es que nunca me he arrepentido. Se había convertido en una carga insoportable, demasiada presión cuando regresaba a casa a descansar, y me sentí liberado igual que tú.

—No tienes hijos.

—No, menos mal porque, entonces, me hubiese aguantado como tú hiciste. Creo que hubiese sido incapaz de hacerlos sufrir por mi culpa.

—Sí. Mis hijos eran ya mayores; creo que lo entendieron y se lo esperaban. Éramos como dos icebergs que navegaban cada uno a su propia deriva, mucho tiempo antes de separarnos.

La facilidad que encontraba para hablar y sincerarme con él y la que Robert me mostraba lograron que de nuevo le perdonara su revolcón con Doris, y charlamos durante todo el viaje como dos buenos amigos. Detuvo el coche

junto a la puerta de mi edificio, se bajó y sacó mi bolsa del maletero.

—Gracias por distraerme durante el camino de vuelta. Me he divertido mucho hablando contigo. —Me habló tan cerca y con tanta ternura que logró intimidarme una vez más.

—Yo también, Robert. Gracias a ti. Hasta mañana.

—Recuerda tu compromiso del sábado —me dijo antes de subir al coche y marcharse.

Me alejé algo enojada o, quizás, decepcionada y me sentí, como era habitual, invisible. Doris era digna de un revolcón; yo era fantástica para entretenerlo hablando. Ni siquiera intentó insinuarse, aunque me elogiara y me tratara con —lo que deduje— cierto respeto. Quizás, el rato pasado con Doris lo satisfizo lo suficiente para que ya no viera más en él la mirada de deseo que me había ofrecido en la galería de su preciosa casa. Eso me llenó de rabia porque yo me consideraba tan buena o mejor mujer que Doris, digna de encontrar a un hombre que me deseara, aunque ya no tuviera treinta años y fuera una mujer invisible durante el resto de mi vida. De todas formas, pensé que, en el fondo, tampoco deseaba encontrarlo ni cargar de nuevo con otro hombre. Y esa conclusión me alivió.

Solté la bolsa, telefoneé a mis hijos, y me fui a dar un largo paseo durante el que pude escapar de la realidad y concentrarme en construir, en mi mente, escenas de mi nueva novela.

Capítulo 5

ALBA

La aparición de mi abuela en el porche, quien viene trayéndome un café, interrumpe mi atención y me desconecta de su propia historia.

—¿Qué hora es? —pregunto estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Las siete y cinco.

—¡Abuela! —Casi derramo el café—. Consigues que pierda la noción de la realidad cuando escribo sobre ti. —Ella se ríe relajada—. Tengo que ir a recoger a Andrew y, como haya retenciones en la frontera, no llegaré a tiempo.

—Sí las hay, aparca en La Línea y entra andando. Será más rápido.

—De acuerdo.

Me bebo el resto del café de un trago poco femenino y salgo disparada hacia mi habitación a vestirme. Elijo un vestido turquesa, corto y suelto que favorece mis ya sonrojadas mejillas y realza mis pechos; unas pequitas heredadas de mi madre se reparten sobre mi nariz y mis pómulos y me hacen parecer una adolescente en cuanto me pongo unas sandalias planas, del mismo color del vestido, que se abrochan en los tobillos. Me doy brillo en los labios y un poco de rímel en las pestañas; no necesito más porque esa mañana el sol ha obrado su milagro en mí y me ha proporcionado un color y un aspecto fantásticos. Llevo mi larga melena castaña clara suelta y algo descuidada, lo que le da un aspecto natural; me veo segura y guapa para enfrentarme a mi ex y, quizás, intente conquistarlo de nuevo.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me pregunta mi tío al verme salir

disparada hacia el garaje—. Estás muy guapa. ¿Salimos esta noche?

—No sé si saldremos. —Ni siquiera me vuelvo al responderle—. Se me hace tarde. Voy a recoger a Andrew.

—Entonces, quédate en casa y saldremos Andrew y yo.

Mi tío suelta una carcajada al ver la mirada furiosa que le lanzo. Desde que era pequeña, le encanta hacerme de rabiar. Aún lo consigue, pero ahora me divierten sus ocurrencias y me marcho riendo.

Espero nerviosa que no me encuentre con ninguna de las famosas y fastidiosas retenciones veraniegas que se forman en la entrada a Algeciras conduciendo desde Tarifa; aún es temprano y la carretera está despejada. Tomo el desvío hacia la autovía y no hay mucho tráfico. Hace un día caluroso y la gente estará aún en las playas. A las ocho cruzo, sin problemas, la frontera de Gibraltar; si el avión aterriza a su hora, llegaré a tiempo. Entro en el pequeño aeropuerto y espero unos minutos mientras observo la maravillosa e inaccesible pared de la enorme roca que se alza ante mí. La geografía, a veces, resulta de lo más extraño porque ¿qué hace ese peñón alto y arrogante unido a una línea de tierra tan plana como es La Línea? Inexplicable y casi mágico a ojos inexpertos. Prefiero impresionarme que comprender la explicación geológica a la presencia del peñón en un extremo de la península ibérica.

Absorta en mi propia imaginación, me sorprenden algunos viajeros que comienzan a aparecer por la puerta de embarque y, bastante nerviosa, busco a Andrew entre ellos hasta que nuestras miradas se cruzan. Estaba preocupada por mi propia reacción ante nuestro encuentro y no respondo a la tierna sonrisa que él me dedica y que se refleja en sus ojos azules. Se ha cortado el pelo a maquinilla y al dos —como suele hacer, sin contar nunca con mi opinión—, y en su rostro se destacan más esos preciosos ojos que tanto he echado de menos. Andrew no es nada vanidoso, a pesar de lo guapo que es y del cuerpazo que tiene. Le gusta vestirse de manera cómoda, con vaqueros,

camisetas y zapatillas deportivas —como viste hoy—, aunque va a trabajar con traje y corbata casi a diario y, entonces, se realza su sexualidad además de su elegancia. Nadie que lo viera en ese momento imaginaría que es el jefe, director y presidente de una de las agencias de publicidad más importantes del Reino Unido. Parece un militar especialista, de esos bien preparados físicamente. Suspiro mientras se acerca.

Dos interminables meses sin tocarlo, sin besarlo, sin abrazarlo, sin olerlo, sin... Estoy a punto de echarme a llorar y, en un intento por controlarme, decido dejar de mirarlo. Finjo que debo apartarme ante el encuentro ruidoso y afectuoso de varios familiares; esos segundos me ayudan a reponerme. Conecto de nuevo con él, pero no lo miro a los ojos, no me atrevo y, cuando ya lo tengo cerca, me obligo a sonreír y a controlar mis ansias de arrojarme a sus brazos y abrazarlo hasta que él me despegue de ese hermoso cuerpo que tanto anhelo. Resulta evidente que yo no soy como mi abuela y que me moriría si tuviera que estar años sin sexo, sin todo el sexo maravilloso y excitante que he compartido con Andrew. Él contiene el abrazo que está dispuesto a ofrecerme ante mi arisca y fría bienvenida y, decepcionado, se conforma con darme un beso casto en la mejilla.

Me hizo daño al dejarme marchar y al mantenerse lejos de mí de ese modo tan frío, y no quiero parecer vulnerable ante su primera llamada y sus breves disculpas. Pienso que me merezco algo más que eso porque lo único que le he demostrado con mis exigencias, —y mi abuela me ha dado la razón— es cuánto lo amo y cuánto me apetece pasar todo el tiempo posible con él. Sin embargo, Andrew me ha sustituido con facilidad por su trabajo y sus responsabilidades laborales; confío en que solo ha sido eso. En ese instante en que se cruza ese pensamiento fugaz por mi mente, vuelvo a sentirme estúpida por estar allí, esperándolo de nuevo. Él no lo merece.

Presiento que nuestro acercamiento acabará en una tragedia aún mayor que la que ya he sufrido, y creo que él también siente lo mismo porque me habla decepcionado y algo molesto. Esta será nuestra primera conversación después

de dos meses, aparte de la llamada telefónica.

—Estabas preciosa en la boda de Sandy. La dama de honor más guapa que he visto en mi vida.

—¿Te fijaste? —pregunto con tanta ironía como puedo acumular, y él se molesta.

—No podía quitarte los ojos de encima.

—Ya —respondo en el mismo tono.

—Si no deseas que esté aquí, solo tienes que decírmelo —me reprocha dolido y orgulloso—. Me quedaré en Gibraltar y cogeré el primer vuelo que salga para Londres.

Sus palabras me resultan amenazantes, en ese instante, y no me asustan.

—Puedes hacer lo que te apetezca. Estás aquí porque quieres.

Me mira furioso durante unos segundos y, poco a poco, sus ojos revelan una angustia que jamás he visto en ellos.

—Joder, Alba —masculla entre dientes—. Me moría de ganas de verte y ahora... No lo hagas más difícil, por favor. —El tono de voz suena a súplica sincera—. Lo estoy intentando con todas mis fuerzas. —De repente me rodea con sus brazos; permito que lo haga, pero no le respondo y contengo mis manos, ansiosas por hacerlo—. Eres muy rencorosa —me dice sonriendo cuando me suelta—, pero estás preciosa.

—Tú pareces cansado —le respondo frente a él mientras observo su rostro.

Nunca lo he visto con ese aspecto; parece agotado y está más delgado, pero guapísimo a pesar de todo. Aún no nos hemos movido de las cuatro baldosas que ocupamos en la pequeña área de embarque, que se va quedando en silencio.

—Lo estoy, ya te lo dije anoche por teléfono. He pasado dos meses infernales desde que te marchaste y te aseguro que no puedo seguir así. —Suspira y me acaricia la mejilla con su dedo índice mientras observa, concentrado, mi rostro—. Deja que me quede, por favor. Te prometo que no te arrepentirás.

Cómo resistirse ante la petición de ese magnífico ejemplar de hombre que tengo ante mí y que yo anhelo en cuerpo y alma.

—Por mí que no quede —respondo sin darle mucha importancia a sus súplicas.

—No pareces muy convencida de que lo nuestro vaya a funcionar de nuevo.

—No sé si es un mal presentimiento o por el poco conocimiento que tengo sobre el carácter humano, pero las personas no cambian.

—Prefiero ignorar lo que acabas de decirme —replica negando con la cabeza, algo enojado, pero sonriendo—. Al final será el hombre frío y responsable el que consiga mantener esta relación a flote. ¿Qué hay de la chica frívola, cariñosa y romántica que vivía conmigo?

—Sí, soy culpable de esos adjetivos, con los que acabas de calificarme, pero también soy sensata e inteligente y creo que tengo una buena intuición. No suelo fallar al elegir mis artículos, no sé por qué tendría que equivocarme contigo. Al fin y al cabo, en lo que más experiencia tengo en la vida, después de vivir tres años contigo, es en ti. —Andrew sonríe desganado.

—Mujer de poca fe... —contesta tomándose de la mano, y se dirige a la salida—. Me apena y me ofende que tu intuición y tu buena memoria para recordar mis errores no te recuerden también lo mucho que te he amado y te amo.

—En dos meses se pueden olvidar demasiadas cosas —replico, lo que lo provoca.

—Sí, sobre todo un cerebro tan superficial como el tuyo. —Cuando ve mi mirada furiosa, suelta una carcajada relajada que consigue que me tiemblen las rodillas. ¿Por qué tiene que ser tan guapo?—. No hace falta que me lo digas. Sé cuánto me quieres y, en el fondo, te alegras de que esté aquí.

Le ofrezco mi mirada asesina, pero no me permite que me suelte. ¿Por qué tiene que ser tan engreído?

—¿Dónde has aparcado el coche?

No hay forma de que me suelte la mano y, cuando lo hace —para permitirme

pagar unas chocolatinas que he comprado a mis primos—, antes de salir de la tienda, ya me ha atrapado de nuevo. Ante mi vano intento por zafarme, sonrío y me mira.

—Como el buen burro que soy, no voy a tropezar con la misma piedra dos veces. No volverás a marcharte de mi lado; te lo aseguro. —Me besa en la frente y continúa hacia el aparcamiento.

—¿Cómo está tu madre? —le pregunto una vez que nos hemos sentado en el coche.

—Enfadada contigo porque no la has invitado a venir este verano.

Un «¡Oh!» avergonzado se escapa de mis labios sin querer. Pero ¿cómo voy a llamarla si su hijo y yo nos hemos separado?

—Y Ross no se la va a llevar a ningún sitio; ya sabes que no se entiende con Sondra. Aunque no la culpo. Menuda entrometida es la señora del difunto Arthur Stevens. —Ese fue su padre. Me sonrío cariñoso—. Es broma. Te echa de menos, no tanto como yo... Pero dice que echa de menos vuestras salidas de compras y las conversaciones contigo, con Sandy y con tu abuela. Os aprecia mucho a las tres.

—Yo también a ella —admito con timidez—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —me responde con una sonrisa llena de ternura y pone su mano sobre la mía mientras cambio de marcha—. Lo sé. Sé que te he hecho daño con mi actitud, Alba, y solo espero que me comprendas y me perdones.

—Ya pasó el momento de la comprensión —contesto con frialdad mientras quito mi mano con naturalidad y la devuelvo al volante—. Somos adultos e inteligentes y ambos sabemos qué pretendemos lograr en nuestras vidas. Ahí es donde nuestros caminos se separan, Andy... —El que lo haya llamado por su diminutivo cariñoso le provoca un respingo que no pasa desapercibido para mí—... En la meta y por eso hemos elegido rutas diferentes: porque para alcanzarla necesitamos tomar cada uno nuestro rumbo. No hay que obcecarse con lo imposible porque solo nos causará sufrimiento.

—Ya está bien, Alba, deja de hablar de ese modo. No estoy dispuesto a que

mi vida tome un camino distinto del tuyo. Parece que no me conoces —replica enfadado—. ¿Crees que voy a rendirme? ¿De verdad piensas que esto se va a acabar?

—Por supuesto que sí. Esto ya ha acabado porque tú elegiste. —Por fin encuentro mi oportunidad—. Elegiste entre tu trabajo y yo o, mejor dicho, entre un horario de locos y yo. Nunca te pedí que dejaras de trabajar ni nunca lo haré.

—Alba, te lo he explicado cien veces, y no quieres entenderlo. La empresa, la que me da y que espero que siga dándome de comer, ha pasado por momentos muy difíciles. Cuando me hice cargo de ella, hace cinco años, al morir mi padre, estaba a punto de desaparecer, y ahora tenemos un centenar de empleados, casi el doble de cuando empecé en esto, y somos la segunda agencia de publicidad del país por ingresos. No hagas que me sienta un fracasado por haberlo conseguido.

—No es lo que pretendo. Es tu vida y puedes hacer y sentirte como te dé la gana. Pero no esperes que la comparta contigo. No es como yo pretendo vivir.

De repente siento un ataque de furia y busco un sitio donde cambiar de sentido. No voy a discutir una vez más por lo mismo. Ya está todo aclarado y elegido y, en ese momento, me pregunto para qué ha venido Andrew a verme.

—¿Qué haces, Alba? ¿Por qué te detienes?

—No me detengo, estoy dando la vuelta —contesto con más frialdad que nunca.

—¿Por qué? —Me exige enfadado.

—Porque no quiero estar contigo, no quiero discutir una vez más sobre el mismo asunto. Esto se acabó y se acabó para siempre. —Le hablo con una frialdad inusual en mí—. Tú ya hiciste tu elección. Lamento haber permitido que vinieras, tendría que haberlo pensado mejor. Perdóname.

Andrew pone la mano en el volante e impide que lo gire. Lo miro con furia, con tanta furia que casi no puedo contener las lágrimas que me provocan la impotencia y la rabia que siento.

—Suelta el volante o bájate aquí. No quiero volver a verte en mi vida, Andrew. Bájate, por favor.

Él, con un gesto suplicante y sin dejar de mirarme, niega con la cabeza.

—No, por favor, Alba, aguanta un poco más. —Suspira descargando, de algún modo, la impotencia que él también transmite—. ¡Maldita sea, maldita sea! —exclama mientras se palmea una rodilla—. ¿Es que no podemos estar juntos un rato sin discutir y sin hablar de mi trabajo? —Me mira irritado—. Eres demasiado exigente para ser tan joven.

—No me juzgues, no te atrevas. Mira tu hermano: le da a su mujer todo lo que pide. Esa sí que es exigente.

—Sí, le da lo que le pide, ¿y sabes por qué?

—Porque la quiere y desea hacerla feliz. —Andrew suelta una carcajada tenebrosa que me asusta—. Y se lo demuestra —añado en un susurro.

—Qué ilusa y tonta eres. No te enteras de nada, ¿verdad? —Niega con un gesto intentando retener una explicación que ya no podía contener—. ¿Sabes por qué mi madre no soporta a Sondra?

—Yo qué sé. —Mi cansancio se refleja en el tono de la frase—. Supongo que no se entienden, como les sucede a tantas personas.

—Sondra no hace feliz a Ross y, desde hace cuatro años, incluso antes de casarse, Ross sale y se acuesta con otras. —Al ver mi boca abierta, comprende mi asombro y continúa contando—. Mi madre la culpa a ella por preocuparse más de estar siempre impecable que de Ross; por pretender solo su apellido y por no importarle que la humille de ese modo. Creo que lo sabe todo Londres menos tú. Tu abuelo conoce las aventuras de mi hermano; lo ha visto en el club con alguna de sus muchas amigas, igual que yo. Y tú me comparas con el bueno de Ross. —Me mira irritado—. Le da todo a su mujer para que lo deje tranquilo. Hasta en Nueva York tiene amigas —añade con desprecio—. No creas que viaja hasta allí para ofrecerle un capricho a Sondra.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —murmuro dolida e impresionada.

—No es asunto mío; la vida privada de mi hermano no es asunto nuestro.

—Si no es asunto tuyo, ¿por qué trabajas para manteneros a los dos? Ross debería cumplir con su trabajo.

—Alba, mi hermano y yo casi no nos hablamos. Estoy cansado de exigirle que se implique más en la empresa, lo que, por otra parte, me aterra porque Ross es un verdadero inútil. Incluso mi madre habló con él cuando supo, por tu abuela, que me habías dejado, y no tuve que explicarle el motivo; ella me advirtió sobre tu posible reacción. En los últimos días que vivimos juntos, te veía muy triste y me lo comentó. —Es cierto. Mary me preguntó, entonces, varias veces si me encontraba bien, y yo procuré disimular mi malestar—. Parece que te conoce bien y, por lo visto, sabe lo que necesitas, mejor que el estúpido de su hijo. —Por supuesto que, con lo del estúpido, se refiere a él mismo.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? ¿No pudiste explicarme cómo estaba la situación entre Ross y tú antes de que me marchara?

—Tú vives en ese mundo tan especial que tienes y que a mí me encanta porque te hace diferente al resto de las personas. Eres única, Alba. —La adoración que percibo en su respuesta me conmueve—. Bastante sufrías conmigo para cargar con los problemas de otros que, por otra parte, no merecen tu preocupación.

Me quedo callada, mientras proceso toda la información que Andrew acaba de ofrecerme, y me avergüenzo de mi comportamiento. Desde luego que soy una frívola, romántica y, sobre todo, estúpida. Ahora entiendo el agotamiento de Andrew, su seriedad, su exceso de responsabilidad, la admiración que su madre siente hacia él; incluso comprendo a mi abuelo Robert, quien estaba enterado de todo, y yo solo he colaborado en empeorar su situación personal, en vez de apoyarlo y acompañarlo en las últimas cenas profesionales, a las que me negué a asistir para demostrarle que no me gustaba su ritmo de vida y que estaba dispuesta a dejarlo si no cambiaba. Estoy sentada en el asiento del coche, junto a él, y soy incapaz de mirarlo; solo deseo que me trague la tierra

en ese instante. Lloro en silencio e intento entender el daño que le provoqué —que nos provoqué— a Andrew al abandonarlo.

—No llores, Alba, por favor. —Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y rebusco un pañuelo en mi bolso; encuentro un paquete y saco uno. Me pongo las gafas de sol y abro la puerta del coche.

—Necesito tomar aire —digo seria.

—Sí, yo también. ¿Te importa que te acompañe? —me pide dudando—. Aunque, en este momento, te necesito a ti más que al aire.

—Yo también. —Mi respuesta es sincera por primera vez desde que me telefoneó la noche anterior.

Caminamos cogidos de la mano y en silencio por el paseo marítimo de La Línea, que se estira desde la frontera con Gibraltar hasta Campamento. No nos miramos, solo entrelazamos nuestros dedos en señal de unión irrompible porque, pase lo que pase, yo sé que nunca dejaré de amarlo. De vez en cuando, Andrew alza nuestras manos y me besa el dorso o la muñeca y se acaricia el rostro con mis nudillos. Yo lo miro cuando lo hace e intento comprender hasta dónde ha llegado su sufrimiento, que yo incrementé al abandonarlo. No solo pagó las deudas que dejó su padre en herencia, sino que, además, liquidó la hipoteca de la casa de su madre —herencia familiar desde hacía más de dos siglos— y levantó la empresa hasta convertirla en la segunda más próspera del país. Admirada por sus logros, por su honestidad y por su intensa manera de quererme —de la que, en este momento, me siento completamente segura—, me detengo ante él y le pregunto:

—¿Pensabas contármelo alguna vez?

—No —contesta convencido.

—Entonces ¿por qué lo has hecho ahora? —replico sin comprender su comportamiento.

—Por si lo has olvidado, estabas dispuesta a meterme en un avión de vuelta a Londres. Y estoy desesperado por volver a tu lado, por si también lo has olvidado. He pensado que quizás, si conocías algo sobre la realidad de mi

vida, te compadecerías de mí.

—Tú no quieres mi compasión —protesto sonriendo.

—No, pero sí tu consuelo. En eso eres única, como en los demás aspectos de tu vida. Eres una persona tan especial, tan valiosa para mí... No puedo perderte, Alba. Tú lo eres todo: mi verdadero triunfo, mi premio y mi tesoro. Sin que estés a mi lado cada día, nada de lo que he conseguido, ninguno de mis logros, tiene valor para mí.

Aunque tengo muchos reproches que hacer a esas palabras, en ese momento, no puedo contenerme más y lo abrazo con fuerza. No me importa que la gente nos mire, porque necesito sentir el cuerpo de Andrew más que el aire para respirar que he salido a buscar en la calle. Andrew toma mi cara entre sus manos y la alza para mirarme. Me quita las gafas y cubre mi rostro de besos hasta darme uno largo, húmedo y exigente —como es él— en la boca. Varios coches nos pitan; los chicos se ríen, y hasta oímos comentarios picantes y vulgares como «Buscaos una cama» o «Métele la lengua hasta la campanilla», pero ni nos importan ni nos interrumpen. Regresamos al coche agarrados por la cintura, y puedo sentir cómo Andrew se relaja cuando meto mi mano en el bolsillo trasero de su pantalón, como me gusta hacer cuando caminamos juntos. Entonces, me acerca a su cuerpo con fuerza, sin decir nada, y me besa en la sien. Mi mundo vuelve a moverse en la dirección correcta; las piezas que lo forman encajan de nuevo, y ya soy la persona más rica de la Tierra porque, con Andy a mi lado, lo tengo todo, incluso más de lo que necesito.

Después de unos minutos en silencio, en los que logro asimilar la información que Andrew acaba de contarme, pienso que me toca hablar a mí y procuro relajar el ambiente.

—Mis primos te están esperando para jugar al waterpolo con el abuelo.

Durante un segundo que quito la vista de la carretera, me recreo en esa preciosa y blanca sonrisa deslumbrante; una corriente de lava ardiente recorre mi cuerpo y me afloja las piernas. Me he derretido solo con verlo sonreír, y comprobar la poderosa influencia que Andrew tiene sobre mí me pone furiosa.

—Me encanta venir aquí —me responde—. Pensé que no volvería y... —Me toma la mano del volante, se la lleva a la boca y la mantiene en sus labios para besar los nudillos, la palma, el interior de la muñeca. Hasta que le pido que me suelte porque la necesito para conducir, aunque la verdad exacta sería que estaba a punto de perder el control y arrojarme sobre él.

—Lo sé, perdona. Pero es que te he extrañado tanto. —Me distraigo otro segundo de la carretera y veo un gesto de dolor profundo que asoma en su rostro.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —Me arrepiento de mi pregunta porque no deseo comenzar otra discusión—. Da igual, no te preocupes.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte tú? ¿De verdad que estás pensando en no volver?

—Sí, lo he pensado. Pero me gusta el trabajo que he conseguido en Londres y no quiero abandonarlo. No es fácil hacerse un hueco hoy en día en el mundo del periodismo.

—Sí. Tu idea de «Un lugar para la denuncia» está dando buen resultado y parece que los políticos y las autoridades te están tomando en serio. Es tan original como tú. —Me acaricia la mejilla con el dorso de sus dedos y me mira como si estuviera memorizando mi rostro—. Como todo lo que haces, Alba. Es brillante, único y, sobre todo, auténtico.

—Aún no me has dicho hasta cuándo piensas quedarte —insisto antes de ponerme a llorar ante sus gestos cariñosos.

—Me quedaré todo el tiempo que me quieras a tu lado aunque, y espero que no te enfades, en algún momento, deba trabajar desde aquí.

Pienso, en ese instante, que exagera y que, en pocos días, me dirá que debe marcharse, pero prefiero no estropear nuestro buen humor y no presionarlo hasta obtener una dolorosa fecha en concreto.

Todos lo reciben con tanta alegría que me molesta. La verdad es que toda mi

familia aprecia a Andrew. Mi abuela sintió una gran decepción cuando le dije que me mudaba a su casa de Londres porque habíamos terminado y, durante unos días, no hizo más que dar vueltas al asunto en busca de una solución que nos uniera de nuevo. Yo lo soportaba con paciencia hasta que mi abuelo salió en mi defensa y le dijo que no era asunto suyo y que, si había que resolverlo, tendríamos que conseguirlo entre Andy y yo.

—Bienvenido, Andrew —lo saluda mi abuela ofreciendo la mejilla, que él besa con respeto y cariño—. Me alegro de volver a verte.

—Y yo de verte a ti, Lola. No imaginas cuánto.

—¿Y tu madre? ¿Vendrá a pasar unos días con nosotros?

—En cuanto le diga que la invitas, se apuntará. No lo dudes. Está deseando venir.

—Pues hazlo en mi nombre hoy mismo, por favor.

Mis primos lo saludan con más énfasis que a mí y le ofrecen un apretón de manos y medio abrazo, como mi tío Pedro. Y el último es mi abuelo. Siempre he creído que mi abuelo siente algo especial por Andrew; desde luego mi novio confía mucho en su experiencia. Se pasan horas hablando de negocios, y no le importa pedirle consejo; incluso han producido anuncios de televisión juntos. Andrew encuentra refugio en mi abuelo, el que nunca halló en su padre, que se parecía —en su carácter insensato— más a Ross que a él. Su madre, Mary Stevens, opina lo mismo y repite cuánto le recuerda Andrew a su abuelo paterno, el hombre que creó la agencia de publicidad que ahora dirige su nieto con tanto acierto.

Tras la jaleosa cena y una copa que tomamos en el porche, mientras los chicos ven una película, mi abuela y yo quedamos en ir a la playa a la mañana siguiente, y todos se apuntan. Prepararemos la comida y almorzaremos sentados en la arena, como hicimos veranos anteriores desde que alcanza mi memoria.

Yo duermo en la buhardilla que mi tío Pedro habilitó para mí hace ya tres inviernos, cuando comencé a vivir con Andrew y todos pensaban que nuestra relación iba en serio. Necesitábamos un dormitorio más. Los abuelos se habían construido otro sobre el garaje, en la planta inferior; con esa distribución evitan las escaleras. Al final la casa de cuatro dormitorios pasó a tener seis amplios y cómodos.

Mi abuela es una anfitriona generosa y, por supuesto, se muestra encantada con que sus hijos y sus nietos compartan todo el tiempo que ella disfruta aquí. En mis tiempos de estudiante, me pasaba los veranos enteros en su compañía y me evitaba los rigores del verano sevillano, y ahora hacen lo mismo mis primos adolescentes.

Mi tío, quien apenas trabaja en España, nos cuenta que su próximo proyecto se tratará de un edificio de cien plantas en Shanghái y que le llevará unos años, así que se irán a vivir allí, aunque Tere tenga que dejar su trabajo durante el tiempo que dure la obra; ella es profesora de Literatura en un instituto. La satisfacción y el orgullo que transmite el rostro de mi abuela ante el éxito laboral y artístico de su hijo me hace temblar de emoción en ese momento. Andrew me reconforta al pasarme su brazo por los hombros y me acerca a su cuerpo en el sofá de mimbre que ocupamos. Mis abuelos se retiran antes de la medianoche y yo me levanto para ofrecerles un beso y un abrazo de buenas noches, que reciben encantados. Desde hace unos años, valoro cada día que paso en compañía de ambos y procuro hablar con ellos a diario si no puedo verlos, al igual que hago con mis padres, aunque solo sean unos minutos. En el salón, mi tío se une a sus hijos a ver una serie que les gusta a los tres, *Big Bang*, y Andrew y yo nos quedamos solos en el porche.

—Me gustaría llegar a ser para ti lo mismo que cualquier miembro de tu familia. Es increíble, Alba; no conozco a una familia como la tuya.

—Siempre lo fuiste; incluso, para ellos has llegado a ser uno de nosotros. No te quejarás del recibimiento que te han ofrecido.

—¿Lo fui? —pregunta dolido—. Vaya, en pasado, eso no suena nada bien.

—Lo siento, Andrew, pero aún no me siento segura de nuestro futuro —reconozco sincera—. Estás aquí, te quiero y lo sabes, pero ya conoces mi modo de pensar y sigo ambicionando lo mismo: compartir mi vida con el hombre al que amo. Y para eso tendría que verlo, al menos, unas horas al día y despierto. —Andrew sonríe herido.

—Y si te prometo que lo tendrás, ¿me creerás?

—Lo intentaré. Te creeré por ahora. Por eso estás aquí.

Disimulo el nerviosismo que siento y me entretengo, más de la cuenta, en el baño. Me odio por sentirme así —ni que esa fuera mi primera vez—, pero he sufrido mucho durante los dos meses que estuvimos separados, sobre todo porque pensé que a Andrew no le importaba y se había rendido pronto ante la propuesta que le había hecho de separarnos.

Me obligo a no pensar en el camisón que me pondré esa noche. Dormir en camisón es una de mis manías; en invierno o en verano, jamás uso pijama, desde niña, desde que pude elegir mi ropa, porque me consideraba la princesa que todos me llamaban, y una hermosa princesa no puede dormir con un vulgar pijama. Sonríe ante ese recuerdo infantil. En ese momento, me obligo a no escoger el dichoso camisón porque no quiero que Andy crea que intento excitarlo ni provocarlo de algún modo. Pretendo ser dura y mantener el control pero, en cuanto lo veo tumbado sobre la cama con unos bóxers de cuadritos azules y blancos, me derrito una vez más. Cuánto lo he echado de menos. Su hermosa y masculina figura consigue que me tiemblen las piernas de nuevo. Por suerte, él está entretenido con su móvil y no percibe mi reacción, que oculto mirando hacia el libro que tengo en mi mesita de noche. No sé qué hacer. Si me entrego a él, sé que me enredará de nuevo, que me atrapará porque lo quiero más que a mi vida; pero estoy segura de que no podré soportar otra decepción que me deje emocionalmente lisiada para el resto de mi vida. Andrew aprecia mi incertidumbre; yo, como él dijo, soy auténtica, y

fingir se me da fatal.

—Alba, cariño, ¿prefieres que no me acueste contigo? —pregunta amable, pero yo sé que se siente ofendido.

—No lo sé, aún no estoy segura de lo que quiero. —El bufido de Andrew me provoca un respingo.

—Dios —exclama desesperado—, ¿cómo hemos llegado a esta situación? ¿Por qué no pueden bastar solo los sentimientos para que volvamos a estar como hace unos meses? ¿Tan mal me he portado contigo para que me trates de este modo frío y distante en la cama? —La impotencia que siente se ve reflejada en el tono de su voz—. No soporto que dudes de mí. Si de algo podía presumir nuestra relación era de la confianza total y ciega que teníamos el uno en el otro. Y ahora...

Andrew tiene razón: entre nosotros nunca existieron los celos. Ni siquiera cuando tenía una cena de negocios o llegaba tarde de trabajar, pensé que pudiera estar con otra mujer aunque, después de que me dejara marchar, llegué a plantearme que quizás no le importaba tanto y sí habría estado con otras. Ese pensamiento no me ayuda en este momento, y la distancia entre nosotros aumenta.

—Creo que es mejor que te vayas, Andrew. Prefiero dormir sola. —Me dirijo al armario y saco una manta; luego le ofrezco un cojín de mi cama.

—Por favor, Alba...

—No puedo —lo interrumpo—. Lo siento, pero no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes? —me exige de mal humor—. ¿Quererme? ¿No quieres que te toque? ¿Qué? —Alza la voz y saca a relucir ese fuerte carácter que solo me muestra cuando se preocupa por mí—. Me abrazas, me besas, me dices que me quieres y ahora me pides que me vaya de tu dormitorio.

—No puedo confiar en ti —le confieso en un susurro—. No quiero que me hagas daño otra vez. —Las lágrimas han escapado de mis ojos—. No lo soportaría.

—Alba, fuiste tú la que te marchaste y me abandonaste.

—Y a ti no te importó, por lo visto, hasta anoche, que diste señales de vida y mostraste algún interés por mí. ¿Cómo pudiste rendirte tan pronto? Ni una llamada, ni una súplica. —Comienzo a desahogarme, otra vez, enumerando otra lista de reproches—. ¿Sabes todas las dudas que has despertado en mí durante estos dos meses? Llegué a creer que ya no te importaba, que no me amabas desde antes de marcharme y que por eso me dejaste ir con tanta facilidad. —Me escucha serio, sin mirarme, con la mandíbula tensa y con una expresión congelada en su rostro—. Y de repente me llamas y, a las pocas horas, estás aquí exigiéndome que todo vuelva a ser como antes. Andrew, yo te daba por perdido; tu silencio y tu ignorancia me han destrozado, y ahora no quiero ser frágil y vulnerable de nuevo para que vuelvas a despedazarme cuando se te antoje. —Me seco las lágrimas y, orgullosa, me enfrento a él—. Si quieres esperar a ver qué pasa, bien; si no, puedes marcharte. No puedo exigirme lo que no tengo.

—¿Qué es lo que no tienes? —Gira la cabeza y me mira con dureza.

—Seguridad. Confianza.

—¿En mí? —Asiento—. Está bien, Alba, será como tú quieras.

Coge su camiseta, la manta que yo he dejado a los pies de mi cama, y sale del dormitorio sin decir nada más.

¿Por qué tiene que presentarse ahora, que he empezado a recuperarme? En este instante, lo odio porque vuelve a hacerme sufrir y yo no estoy acostumbrada a sentir dolor. Solo él me ha hecho daño en toda mi vida, solo él me ha mostrado una parte de la vida que yo desconocía, un dolor tan grande que prefieres la muerte a continuar sintiéndolo. Quizás para él no significa lo mismo y, por eso, se muestra tan exigente y dolido.

No sé qué llega primero, si el sueño o el cese del llanto, pero, si solo asoma a mi mente el rostro de Andrew, me hace llorar desconsolada y, en varias ocasiones, estoy tentada de bajar, arrojarme a sus brazos y recibir su consuelo. Esa sería mi única medicina para esta noche casi tan dolorosa como cuando me fui de su casa.

Me despierto temprano y me niego a recordar el dolor que sufrí en la madrugada. Decido bajar a la cocina y preparar tortillas de patatas para el almuerzo; de ese modo, dejaré de pensar en la noche anterior.

Me levanto con brusquedad, casi con violencia, empujada por la determinación; abro la puerta del baño y me encuentro con Andrew, afeitándose, con la misma camiseta y con esos bóxers que le sientan de maravilla.

—Perdona —me disculpo, no te había oído.

—Buenos días —me saluda serio y le devuelvo el saludo con un leve asentimiento de mi cabeza—. ¿Quieres que me salga un momento?

—No, esperaré en la cama.

—¿Es una invitación? —me pregunta alzando las cejas y con su tentadora sonrisa de pirata dibujada en su cara.

—No —susurro y cierro la puerta con rapidez.

Vuelvo a la cama, a esperar que termine con su aseo matutino, y pienso en la imagen tan masculina y excitante con la que me acabo de encontrar y en lo mucho que me cuesta contenerme de no abrazarlo por la cintura mientras se afeita, como tantas mañanas solía hacer al darle los buenos días.

—Maldita sea —me digo—. Ojalá se marche a Londres hoy mismo. Esta situación es estúpida, violenta e insoportable. Yo era la chica del blanco o el negro, del «o se está o no se está», y aquí estoy, sufriendo con estas dudas y esta cobardía que me están matando. Pero no me atrevo, no puedo dejarme llevar; no puedo abrir esa puerta y agarrarme al macizo cuerpo de mi novio o, mejor dicho, de mi exnovio. Además, él tampoco insiste, lo que quiere decir que no le importo tanto.

Cinco minutos más tarde, Andrew sale del baño con las caderas envueltas en una toalla. Inspiro aire con fuerza, para controlarme, y me encierro en el baño; siento cómo me sigue con la mirada. ¿Por qué tiene que estar tan bueno? Menuda tortura estoy sufriendo después de dos meses de sequía sexual; tenerlo al otro lado de la puerta y desnudo es más de lo que puedo soportar. Recuerdo

a mi abuela, tantos años sin sexo, y pienso en lo mucho que Juan tuvo que hacerla sufrir para que no le apeteciera un revolcón de vez en cuando. Yo lo había llevado bien hasta tener a Andrew ante mí.

Cuando salgo del baño, él ya no está en mi dormitorio y, tan decepcionada como aliviada, me visto y bajo a desayunar.

En la cocina, mis primos hablan con Andrew sobre alquilar un equipo de *kite* para practicar y, en cuanto acaban el desayuno, se marchan a la playa junto con mi tío Pedro.

—Estaremos donde siempre —comenta mi tío.

—Nos vemos en la playa —me dice Andrew antes de darme un inesperado beso en la mejilla, acompañado de una caricia y una mirada que logran estremecerme.

La abuela y yo nos quedamos en la cocina para preparar tortillas y filetes empanados de pollo para alimentar a un batallón, porque somos conscientes del buen apetito que gastan todos los hombres de nuestra familia.

Una vez nos subimos al coche que yo conduzco, me propongo hablar con mi abuelo Robert sobre lo que me comentó Andrew de su hermano.

—Abuelo, ¿tú sabías lo de Ross?

—¿Qué le sucede a Ross? —pregunta mi abuela preocupada.

—Que es un mujeriego empedernido —respondo con frialdad y algo molesta—. Y el abuelo lo sabía y no me lo ha contado.

—No soy un chismoso, princesa —se defiende Robert—. No me interesa la vida privada de los demás.

—Ni a mí tampoco, si no es digna de ser denunciada en mis artículos. Pero, cuando terminé con Andrew en abril, podías haberme contado algo.

—No creo que lo que haga Ross con su vida tenga que ver contigo —me responde serio—. Ni siquiera afecta la empresa de Andrew.

—No me parece que tenga un comportamiento correcto y creo que sí afecta a Andrew profesional y personalmente.

—¿Y? —El abuelo comienza a darme una de sus lecciones y yo suspiro

desesperada—. No es asunto tuyo, Alba, ni afecta a tu relación con Andrew, aunque el muchacho trabaje por los dos. Así que yo no tenía por qué comentar nada; a mí tampoco me parece bien la actitud de Ross ni la de su mujer.

—¿La mujer también? —interviene mi abuela asombrada.

—¿Recuerdas a Alexandra Custer?

—Sí —responde mi abuela.

—Pues, más o menos, lo mismo.

—¿Quién es esa tal Alexandra?

—Un verdadero putón californiano, Alba —me contesta y me deja asombrada porque es extraño que mi abuela utilice un lenguaje vulgar—. Provocaba a Robert delante de sus padres, de su marido y de mí. Menuda desvergonzada. —Suspira—. ¿Y Sondra es así?

—O peor —le dice mi abuelo convencido—. Esa pareja vive en un estúpido matrimonio sin sentido. Quizás no sepan que existe el divorcio —bromea sonriendo—. ¿Mary nunca te ha comentado nada?

—No —responde mi abuela extrañada—. ¿No me digas que lo sabe? Como si no tuviera bastante con la vergüenza que le hizo pasar el insensato de su marido, otro hijo igual de tarambana.

—Parezco idiota —intervengo enojada—. Mejor dicho, me siento como una niña: aquí la única que no se entera de nada soy yo.

—Créeme, Alba, ni falta que te hace —comenta mi abuelo—. Ross y Andrew no se parecen en nada. Tu novio me recuerda a su abuelo, un hombre serio, formal y sensato y un visionario en su época. Su hijo, el difunto padre de Andrew, se dedicó a malgastar la fortuna que heredó y a destrozar una excelente empresa que el abuelo fundó de la nada.

—Mary repite, muchas veces, que Andrew se parece a su abuelo Stevens —comenta mi abuela.

—Y tiene razón. Andrew se arriesga demasiado al dejar la empresa en manos del inútil de su hermano —dice mi abuelo convencido y acabando con la conversación—. Yo no lo haría ni siquiera por un día. —Me mira con esa

media sonrisa que alza hacia el lado izquierdo, y sé que se va a burlar de mí —. Debe quererte mucho para arriesgarse de ese modo. Lola, nuestra princesa es tan dura de roer como tú. —Suelta una carcajada que secunda mi abuela y yo, aunque intento continuar enfadada, no lo consigo.

Llegamos a la playa y mi abuela y yo nos vamos a caminar. Me despido de Andrew con la mano, y no oculta cuánto le molesta ese saludo distante y frío. Al poco rato mi abuela rompe nuestro silencio.

—¿Hasta cuándo tienes pensado castigarlo? Tu abuelo me ha comentado que Andrew ha dormido en el sofá del salón.

—No lo hago por capricho, abuela —respondo ofendida—. Simplemente, no me siento segura.

—¿De Andrew? —Se ríe como si yo acabara de decir una tontería.

—No, de que me vuelva a hacer daño. He sufrido mucho y no soportaría otra decepción. Creo, creo... —No puedo hablar porque un nudo me aprieta la garganta y unas estúpidas lágrimas se me escapan rebeldes, porque no deseo preocupar a mi abuela—. Lo quiero mucho, ¿sabes?, y no me repondría de otra decepción. Me quedaría peor que tú después de tu primer matrimonio, lo sé.

—¡Ay, mi pequeña! —exclama mientras me toma de la mano y la aprieta.

—Lo siento, abuela. No quiero que sufras por mí.

—Pero a veces nos cegamos demasiado, como me pasó a mí cuando empecé a intimar con Robert, y somos incapaces de ver lo bueno que la vida te ofrece. Date una oportunidad y dásela a Andrew, al menos mientras estéis tan locos el uno por el otro. No podéis ocultarlo.

—¿Y eso será suficiente? Andy se queja y dice que eso debería serlo. La verdad es que a mí también me gustaría.

—Entonces, inténtalo —me dice sonriendo.

—Ya veremos cómo nos va. Ahora ponte los auriculares y cuéntame qué sucedió en casa de Robert el primer fin de semana que te invitó. Pondré la

grabadora en marcha.

Capítulo 6

LOLA

Esa semana salí más de lo acostumbrado en mí. Quizás intentaba demostrarme algo, ya que aún me sentía afectada por lo sucedido entre Doris y Robert. Y no era por ellos, sino por la diferencia de edad, porque yo era la mujer mayor y, sin poder controlarlo, necesitaba sentirme admirada y deseada, convencida de que también tenía derecho a ello. Me tomé más en serio mi vestimenta, incluso me atreví a llevar faldas algo más cortas de lo habitual en mí, camisetitas y blusas más ceñidas sin preocuparme de que mostraran claramente las formas de mi cuerpo. «¿Ahora quién tiene más mérito?: ¿una chica de treinta y pocos o una mujer de mi edad que físicamente está mejor que ella a pesar de haber parido dos veces? Tú, Lola; es evidente que tú tienes más méritos», me preguntaba al espejo antes de salir. Y tras esas conversaciones con mi espejito mágico, salía a la calle segura de mí misma, sin tener que compararme con otra mujer porque no tenía nada que envidiarle a ninguna.

El martes, antes de marcharnos, fui al baño a retocarme un poco, ya que después saldríamos a cenar en compañía de gente del estudio; seríamos diez o doce personas. Cuando regresé a la sala, Robert estaba allí con el guion en la mano y se interrumpió al saludarme; me sonrió y recorrió mi cuerpo con la mirada, de arriba abajo. Me había puesto un vestido azul eléctrico de licra que se amoldaba a las formas de mi cuerpo, con un cinturón ancho de cuero marrón adaptado a mi cintura y con las botas de tacón alto a juego. Reconozco que el

conjunto me quitaba algunos años y que mi melena negra destacaba de forma espectacular sobre el color. Mientras él discutía algo con Shauri, me dirigía fugaces miradas. Yo recogía mis cosas cuando abrió la puerta Roger Turner, director de fotografía, un calavera que siempre estaba rondándome, pero ante sus insinuaciones no podía darme ningún mérito porque a ese le gustaba cualquier mujer de cualquier edad y yo procuraba mantenerlo a raya, lo más alejado posible de mí.

—Nos vamos —dijo Roger sin darse cuenta de la presencia de Robert—. Lola, que no se te ocurra echarte atrás esta noche; prometiste quedarte hasta el final y yo me comprometo a acompañarte a casa. —Robert me observaba asombrado a la espera de mi respuesta.

—De acuerdo —respondí sonriendo—. Cumpliré mi promesa aunque quizás rompa el hechizo, si paso de la medianoche, y me convierta en la bruja que vive en mí. Os aseguro que no os gustaría.

Todos se rieron menos Robert, que continuaba mirándome sorprendido, como si no me conociera.

—¿A dónde vais? —preguntó curioso sin dejar de mirarme.

—Es el cumpleaños de Lory —contestó Roger—; vamos a celebrarlo. Puedes apuntarte, Robert; el jefe siempre está invitado.

—No puedo, te lo agradezco. Salgo de viaje dentro de unas horas.

Se levantó y, antes de salir, me pidió que fuera un segundo a su despacho. Solté la chaqueta y el bolso sobre la mesa, y lo seguí. Me miraba muy serio y me recorrió de nuevo, con sus ojos de chocolate, desde los pies hasta la cabeza durante unos violentos segundos. No sabía dónde esconderme hasta que fui capaz de preguntar:

—¿Hay algún problema, Robert?

—No, no —respondió al tiempo que salía de su ensimismamiento—. Perdona, estaba pensando. Me voy unos días a Dublín y quería hablarte sobre nuestra cita del sábado; llegaré temprano en el mismo día y no tendré tiempo... —Creí que estaba buscando una excusa para anularla y lo interrumpí orgullosa

y, por supuesto, ocultando mi decepción.

—No te preocupes, Robert. Quedaremos en otra ocasión.

—Déjame acabar, Lola. No es necesario aplazarla; solo trato de explicarte que no te veré durante estos días y que te recogeré en tu casa a las nueve y media. ¿Te parece bien? —me preguntó en su tono más exigente y yo sabía que lo daba por hecho.

—De acuerdo, pero si te viene mal... —Volví a insistir.

—Me viene bien y espero que a ti también. Si hay algún cambio en el horario, te avisaré a través de Liza. —Era su secretaria—. Debo advertirte que se trata de una cena bastante formal aunque sea en mi casa; ya hemos celebrado varias. Mis socios son gente conservadora y les gusta hacerlo de ese modo.

—¿Intentas decirme que no se me ocurra aparecer con este vestido? —le respondí bromeando y captó mi intención.

—Aunque estés preciosa, no sería apropiado. —Sentí que me ruborizaba.

—De acuerdo, no habrá problemas —afirmé con timidez—. El sábado a las nueve y media. Y gracias por el cumplido.

—No es ningún cumplido, es la verdad. Que te diviertas esta noche. —Me contestó excesivamente serio para el tono de la conversación, y me marché deseándole buen viaje.

La verdad es que no me divertí esa noche porque el baboso y calavera de Roger no me dejaba en paz y no se cortaba con sus insinuaciones ni delante de Shauri y ni de su novia, junto a los que me resguardé durante toda la velada y, en el momento en que se marchaban, me fui con ellos. Shauri se burlaba de mí camino a mi casa.

—Menudo coñazo es ese Roger, Lola. No sé cómo lo soportas.

—Escondiéndome entre vosotros, ¿o es que no te has dado cuenta? Es repugnante.

Estaba algo nerviosa por mi cita con Robert. Necesitaba contárselo a alguien y entender las intenciones del jefe.

—Shauri, tengo que confiarte algo.

—Soy una tumba. —Sonrió intrigante—. Aunque imagino que se trata de Robert.

—¿Cómo lo sabes?

—Shauri es un lector de mentes —respondió su novia—. No se le puede esconder nada, Lola. Ten cuidado con él. —Se rio.

—Me ha invitado a pasar el fin de semana en su casa.

—¡Guauuu! —exclamaron los dos y se rieron nerviosos.

—Celebra una cena formal con sus socios americanos y me pidió que lo acompañara. —Volví a oír los «Guau» de asombro de mis amigos—. No le dije que sí pero, con el silencio que me provocó la sorpresa, entendió que aceptaba su proposición y luego me dio apuro negarme. ¿Has oído hablar de esas cenas? No sé qué demonios voy a ponerme.

—Por lo visto, los americanos son algo más mayores que Robert y siempre acuden acompañados de sus mujeres. ¿Así que Robert, en esta ocasión, te ha elegido de acompañante? —preguntó impresionado.

—¿Qué quiere decir «en esta ocasión»?

—Siempre va solo. Robert es un soltero orgulloso que no se jacta de sus ligues ni los exhibe en público. Según tengo entendido, no se complica la vida desde que se separó. —Se rio sin apartar la vista de la carretera—. Creo que lo has impresionado demasiado.

—¿Yo? —Mis amigos se rieron a carcajadas una vez más—. Robert demuestra ser como todos cuando pasan de los cuarenta: se fijan en las chicas de treinta. Ten cuidado de que no te ocurra, Shauri —lo amenacé y soltó otra carcajada.

—Tienes razón, Lola —me apoyó Deva.

A solas en mi cama, no podía conciliar el sueño y me maldecía por haber aceptado la invitación de Robert y por desconocer los motivos que lo habían llevado a hacerlo.

—Está bien, Robert —me dije en voz alta—, te vas a arrepentir de haberme invitado. Las jóvenes, para la cama, y las maduras, para las reuniones. Y no es que desee meterme en tu cama, es que me molesta que no se valoren a las mujeres por su inteligencia o por su carácter, que lo hagáis solo por su edad y su cuerpo, aunque algunas ni lo merezcan. Pues prepárate porque luciré bien mis virtudes.

Pasé las tardes del miércoles y del jueves buscando algo especial que ponerme hasta encontrarlo. Me compré un elegantísimo vestido rojo ajustado y por encima de las rodillas que parecía estar hecho a mi medida; si el azul me quedaba bien, este lo miraba desde una altura de diez pisos y más cuando me lo probé con unos zapatos rojos a juego. Hasta la dependienta se impresionó al verme y trataba de convencerme diciéndome que con él estaría bien lo mismo para una cena formal como para asistir a una boda o, incluso, para ser recibida por la reina del Reino Unido. Sus halagos sinceros acabaron por convencerme.

El sábado a las nueve y media subía al coche de Robert.

—¿Qué tal el viaje? —le pregunté iniciando una conversación.

—Interminable —respondió serio.

—A mí se me pasan rápido si voy leyendo. La verdad es que el tiempo se me va volando cuando leo o escribo.

—No aguanto más de dos horas leyendo, viendo la tele, incluso cuando estudiaba.

—Sí, pareces bastante nervioso.

—Me cuesta entretenerme con otra cosa que no sea el trabajo. Aunque reconozco que me gusta hablar contigo; se me pasa el tiempo sin darme cuenta.

—Sonrió divertido—. Me parece que te pediré que me acompañes en mi

próximo viaje; seguro que me resulta más agradable. ¿Qué tal la fiesta del martes?

—Bien, bien —respondí sin ganas de hablar sobre ello.

—Si no pretendías tener a Roger pegado a ti, no deberías haberte puesto ese vestido azul que llevabas. —Lo miré impresionada sin saber cómo se había enterado—. Te destacan demasiado esos preciosos ojazos negros. — Consiguió ruborizarme y se rio a gusto.

—Es mi herencia familiar —me justifiqué como si me sintiera culpable de provocar a Roger—; a ti te dejaron tu casa y a mí, estos ojos de mi abuela gitana —dije intentando no darle importancia a su comentario, y me observó sorprendido durante fugaces segundos que intercambiaba de mí a la carretera.

—Sí, es cierto, tienes aire de gitana —afirmó convencido después de mirarme de reojo.

—Mis abuelos vivieron una aventura a lo Romeo y Julieta. Se trata de una bonita historia de amor.

—Cuéntamela.

—No te gustan las historias románticas —me atreví a decirle porque, cuando estábamos a solas, me sentía muy cómoda con él.

—Sí, si son reales. —Me sorprendió.

—Está bien. —Comencé a contarle—. Mi abuelo Antonio había heredado un barco de pesca de su padre y una familia gitana dedicada a arreglar redes trabajó para él. Conoció a mi abuela María porque pertenecía a esa familia; era muy guapa, incluso de mayor sus ojos hablaban por ella, y murió sin canas, con un pelo negro precioso.

—Como el tuyo —me interrumpió Robert.

—Sí, me parezco muchísimo a ella. Mi padre dice que hasta en el carácter, que soy una gitana rebelde y que por eso me divorcié. —Me callé un instante para dejar marchar esos desagradables recuerdos, y Robert me pidió que continuara—. Mi abuelo perdió la cabeza por María y, a pesar de la oposición de las familias, se casó con ella. Una noche la sacó de su casa con ayuda de la

abuela de María, que creía en el amor y no en la distinción de razas. Se embarcaron y navegaron hasta Málaga, donde los casó un sacerdote amigo de mi abuelo. Los gitanos prometieron arrebatársela de cualquier modo y lo amenazaron de muerte, incluso intentaron quemarle el barco en una ocasión. Él no se separaba de su mujer nunca; se la llevaba a trabajar. La pobre lo pasó fatal al principio, ya que se mareaba en el barco y esperaba ansiosa el momento de acostumbrarse. Hasta que nació el primer hijo no los dejaron en paz y, entonces, ambas familias los repudiaron. Mi abuela me contó que nunca le importó porque fue muy feliz junto a mi abuelo. Creo que estuvieron enamorados hasta el día en que la muerte los separó; mi abuelo quedó desolado, sin ganas de vivir y murió siete meses más tarde que mi abuela. Te aseguro que murió de pena, a pesar de lo mucho que quería a sus hijos y de que se desvivía por ellos. —Suspiré afectada mientras Robert me escuchaba atento.

Mi madre me ha contado, varias veces, la forma en que su padre trataba a su madre, el modo en que la respetaba, escuchaba, adoraba y la ayudaba en todo lo que podía cuando estaba tan mal visto que un hombre colaborara con las labores de una mujer; pero tenían cinco hijos pequeños y mi abuela siempre tenía faena en su casa. Como él deseaba pasar un tiempo con ella, paseando, en el cine que les gustaba, entre los dos acababan antes. Dice que solo salía de casa sin ella para ir a pescar; jamás se le pasaba el día de su santo o el de su cumpleaños y la llenaba de regalos; cada hijo le ofrecía uno comprado por mi abuelo, hasta el día de su muerte.

—Vaya historia. La verdad es que parece inventada.

—Te aseguro que fue real. Mi madre no tiene más familia que sus hermanos y, aunque los conocía, no se hablaba con sus tíos ni después con sus primos, y no por culpa de ella.

—Si eres capaz de escribirme un guion, hago una película basada en hechos reales. —Pensé que bromeaba y sonreí—. Te lo digo en serio. Escribe algo que merezca la pena.

—Lo he pensado varias veces, sobre todo porque fueron unas personas maravillosas y merecen permanecer en la memoria de todos. No he conocido a una persona más sensible y bondadosa que mi abuelo Antonio, ni más fuerte y digna que mi abuela María, aunque no sé qué pensarían sus hijos sobre ese asunto de sacar la vida de sus padres al público. Te prometo que hablaré con mi madre sobre ello.

Llegamos a su casa sin dejar de hablar, pero nunca lo hacíamos sobre temas relacionados con el trabajo, y Robert se mostraba amable, simpático y muy divertido, distinto al hombre que era en los estudios. Nos reíamos mucho mientras conversábamos.

Como sus invitados no llegarían hasta la tarde, salimos a dar un paseo por los preciosos alrededores hasta que la amenazante lluvia nos obligó a regresar. Y lo hicimos a tiempo, antes de que se desatara el segundo diluvio universal.

Los americanos llegaron mientras tomábamos un té junto al fuego de la confortable biblioteca, en la que habíamos pasado la tarde conversando sobre su familia, porque despertaba mi insaciable curiosidad, y un Robert atentísimo, incansable y más amable aún me enseñaba documentos de la época que evidenciaban la veracidad de los hechos que me contaba. Reconozco que estaba pasando unas horas muy agradables y me molestó la interrupción a causa de la llegada de los socios de Robert. Demostraba una habilidad asombrosa para hablar con la verdadera Lola, la joven de veinte años que se mostraba sincera, capaz de ilusionarse con el más insignificante de los proyectos o historias y de disfrutar de una conversación amena.

Tres parejas que rondaban los sesenta años me observaban sonriendo mientras Robert nos presentaba. Los señores Murdock me parecieron los más mayores. Él, John, un hombre alto y delgado de buen carácter y animada conversación; ella, Helen, era una mujer que conservaba retazos de su belleza

de juventud, y me resultó hermosa, amable y de una exquisita educación. Los Peterson eran unos parlanchines incontrolables, sobre todo la mujer, Chris, quien no esperaba que le contestara a una pregunta cuando ya me estaba haciendo otra. Robert me miraba, después de quince minutos de insoportable conversación, y se compadecía de mí. Los Custer, Mary y George, eran más reservados en todo y se mantenían distantes al principio; ella, cada vez que coincidían nuestras miradas, parecía estudiarme, pero luego, tras el reconocimiento previo, los dos conversaron conmigo sobre mi novela, en la que se basaba la serie.

Todos nos retiramos a nuestras habitaciones a las siete, lo que me recordó que era muy propio del siglo XIX —y en las grandes familias inglesas— cambiarse de ropa para cenar, más aún al entrar en mi hermoso dormitorio. Pero yo no podía estar más nerviosa y aturdida porque la situación me resultaba de lo más peculiar y estaba sola preguntándome qué hacía en esa preciosa casa de Sussex, Inglaterra, invitada por un hombre al que conocía hacía poco tiempo. Esa aventura no era propia de Lola Serrano y no tenía con quién desahogar mis nervios de ese momento.

Estuve a punto de escapar mientras me miraba al espejo antes de bajar al comedor. En ese instante, el color rojo de mi vestuario —incluidos los labios—, elegido en un intento de provocación, me pareció casi insultante a mis ojos y me avergonzaba pensar que Robert adivinara mi intención.

—Vamos, Lola, estás guapísima y justificada para la ocasión. Recuerda que él te ha exigido elegancia —me dijo el espejo.

—Quítate esa ropa ahora mismo, ponte la falda negra y la blusa blanca de seda, y pasa por esto con discreción —respondí—. Estarás igual de elegante.

—Ni se te ocurra —decretó la imagen—. En tu vida te has visto más distinguida, sugerente y hermosa. Es hora de que empieces a lucir tus encantos; por desgracia, también cuentan los físicos. Recuerda a las mujeres detectives a las que tanto envidias; lo que las diferencian de las demás es que se sienten tan seguras de su feminidad como de su inteligencia y no la esconden, la lucen, y

eso es lo que debes hacer tú. Baja ya, porque estás impresionante —me ordenó la imagen y obedecí.

Convencida de haberme pasado en mi deseo de vengar a las mujeres maduras, respiré y salí de mi habitación rumbo al comedor. Peor aún fue comprobar que era la última en bajar y, aún más fatídico, recibir la mirada de Robert, que tanto me asustaba y que se hizo evidente al resto de los invitados, quienes —al verme entrar— dirigían sus miradas de su cara a la mía. El deseo que derramaban sus ojos deshizo la poca seguridad que sentía por la elección de mi vestuario, aunque me transmitiera el mensaje que había estado buscando. Mi venganza estaba en marcha.

En cuanto entré en la sala, no supe quién me observaba más en el absoluto silencio que permitía oír mis pasos sobre la madera. Afortunadamente, Robert se percató de mi azorada actitud y de las miradas de admiración de los demás y recorrió, en pocas de sus enérgicas zancadas, más de la mitad de la sala en mi rescate. Me tomó una mano y se la llevó a la boca sin dejar de mirarme.

—Está usted preciosa, señora Serrano —me dijo en español, sonriendo, sin soltar mi mano y mirándome a los ojos con ese descaro que me avergonzaba—. Aunque esa palabra no sea suficiente para expresar tu belleza. —Besó de nuevo el dorso de mi mano, sin dejar de mirarme y avergonzarme porque los demás no apartaban la vista de nosotros—. Estás impresionante y no sabes cuánto te lo agradezco. Tu tardanza está totalmente justificada. —Un reloj de carillón daba las ocho.

—Son las ocho ahora mismo —repliqué extrañada.

—Pero solemos estar preparados unos minutos antes para tener tiempo de tomar una copa.

—Debiste advertírmelo. Lo siento.

—Esta noche hay que perdonártelo todo. —Volvió a besarme la mano y se la colocó en su brazo. Me impresionó su caballerosidad, que me decía lo acostumbrado que estaba a batallar en esas lides—. ¿Te apetece una copa de vino? —Asentí y nos reunimos con los demás.

Los tres hombres, cada uno aprovechando el momento oportuno, me dedicaron unas palabras de admiración que compartieron con Robert como si entre nosotros existiera algo más que una simple amistad. Y él no ocultaba su satisfacción mientras me contemplaba con una sonrisa provocadora.

Observé la elegante mesa dispuesta y me pregunté si los americanos estaban acostumbrados a ese tipo de reuniones o si estaban tan asombrados como yo. Como no les llamaba la atención como a mí, decidí que no era la primera vez que asistían a una cena de ese tipo y, cuando comenzaba a sentirme fuera de lugar, Robert me indicó que nos sentáramos y me retiró la silla de su derecha; el presidiría la mesa.

—Robert, ¿no guardas fotos de otras cenas que se hayan celebrado en este comedor? —le pregunté curiosa.

—Debe haber algunas en los álbumes de fotos que hay en la biblioteca; algunos son de finales del siglo XIX.

—¿De veras? —Me asombró su respuesta y despertó en mí todo mi espíritu investigador.

—Sí. Tienes mi permiso para curiosear cuanto se te antoje —me ofreció sonriendo, consciente de lo mucho que me agradaría su proposición.

—La verdad es que, si no resultara de mala educación, me iría ahora mismo.

Soltó una carcajada que llamó la atención de los demás.

Nos retiramos a la sala de estar dos horas más tarde. Felicité a Robert por la cena tan exquisita que nos había servido y me interesé en el cocinero; había contratado un servicio de cáterin de un amigo suyo de Londres. Mientras tomábamos una copa, charlábamos amigablemente sobre distintos temas. Salvo Mary Custer, empeñada en aprenderse mis rasgos de memoria y en enterarse de todos los detalles de mi vida, los demás se mostraban muy amables y se extrañaron cuando comenté que era divorciada y que tenía dos hijos, aunque

no les mencioné la edad de ellos. Se trataba de gente acostumbrada a desenvolverse en diferentes ambientes, no como yo, que comenzaba a conocer el mundo a los cincuenta años.

Robert no permitía que me aburriera; se mostraba atento y amable y acaparaba la atención de la reunión con su derroche de energía y su exquisita educación. Reconozco que, en ese instante, no era consciente de cuánto lo admiraba y de que solo tenía ojos para él, vestido con un elegante traje azul y corbata burdeos sobre la camisa celeste claro. La chaqueta resaltaba su excelente figura de nadador, y estaba espectacular. No entendía cómo ese hombre tan magnífico seguía soltero y sin pareja.

Poco antes de la medianoche, los matrimonios decidieron retirarse a sus dormitorios, y nos quedamos a solas, charlando frente al fuego de la chimenea. Me interesé en su sociedad con los americanos y en cómo había llegado a ella, ya que lo habitual era lograr tanto éxito en los negocios a una edad más avanzada, como sus mismos socios.

—Mi padre invirtió dinero en una pequeña productora de cine y televisión sin entender nada sobre el tema y yo, aunque estudié Administración de Empresas, me sentí muy atraído por la idea de intentar expandirla. Si ahora trabajo quince horas diarias, en los comienzos, cuando no estaba trabajando, estudiaba todo lo que podía sobre cine y televisión y devoraba todos los libros e informes que caían en mis manos. Me gusta este mundo aunque tenga que dedicarle largas jornadas; incluso, como puedes comprobar, los fines de semana. Reconozco que en esta reunión, gracias a tu presencia, no todo es trabajo. —Le dediqué una sonrisa tímida y continuó contándome sus comienzos—. Los primeros cinco años fueron duros, no porque no funcionase, en el aspecto económico ya resultaba rentable, sino porque tuve que labrarme una reputación seria y lo conseguí; además, siempre he tenido buen ojo para elegir los objetivos. Creo que eso es lo más importante; me he labrado un nombre que respetan en este mundillo y, por eso, los americanos me dejaron formar parte de su sociedad. Los he ayudado a ganar mucho dinero.

—Si te gusta lo que haces, no supone tanto trabajo.

—¿A ti te molesta o te cansa escribir?

—Nunca. Ni investigar; eso sí que me apasiona.

Robert se calló un instante y observó atentamente su copa antes de hablarme con preocupación.

—Lola —me dijo justificándose—, mañana estaré ocupado porque tendré que reunirme con mis socios, quizás hasta la hora del almuerzo.

—No te preocupes, encontraré con qué distraerme. Me has dado permiso para fisgonear en tu biblioteca. —Sonrió con facilidad.

—Tienes libertad absoluta —dijo más tranquilo al saber que no me molestaba.

—Gracias, Robert. —Me levanté con la intención de despedirme y pensé que lo había decepcionado—. Imagino que te levantarás temprano.

—No tengo prisa, no duermo más de seis horas. —Haciendo caso omiso de sus palabras de invitación a quedarme, me despedí con diplomacia.

—Hasta mañana, Robert. Ha sido un día muy interesante.

—Para mí también, Lola. Gracias por venir y por deleitarme con ese precioso vestido. Tu presencia ha sido un inmenso placer para mis sentidos.

Se levantó y me acompañó hasta la escalera. Tomó con delicadeza una de mis manos y la besó del mismo modo que al recibirme en el comedor.

—Buenas noches, Lola. Que descanses.

—Buenas noches.

Mi vanidad se sintió humillada y pisoteada; lo reconozco. Aunque se portara como un verdadero caballero del siglo pasado y sus palabras de admiración me resultaran sinceras, ni siquiera ese precioso vestido rojo fue lo bastante provocador para obtener una insinuación de Robert, que —por otra parte— hubiese rechazado. Su intención estaba clara: me necesitaba como una acompañante madura y sensata que no lo dejara en mal lugar ante sus socios,

pero no se sentía atraído por mí como sí por Doris, que había logrado conseguir meterse bajo sus sábanas. Esa noche me acosté sintiéndome la mujer más invisible de la Tierra, tanto que me creí inexistente.

Como me costó bastante conciliar el sueño, me levanté más tarde de lo habitual, quizás arrullada por la tranquilidad del campo. Desayuné sola y no encontré a ninguna de las mujeres ni en la cocina ni por la casa. Le pregunté a la señora Simpson si sabía dónde estaban y me contestó que habían salido en coche muy temprano. Deduje que no contaban con mi compañía o, en caso contrario, me habrían hablado sobre sus planes durante la cena, y reconozco que me alegré por ello.

Viendo que no llovía, salí a dar un paseo. Robert me saludó desde la ventana del estudio con una gran sonrisa, y yo se lo devolví con la mano. Estuve andando más de dos horas por los maravillosos alrededores; a mi regreso, me encerré en la biblioteca y se me fue el tiempo observando fotos. Las más antiguas parecían hechas en estudio, pertenecían a un tal lord Stephen Wilder y a su esposa en el día de su boda y estaban fechadas en 1868. «Un lord», pensé impresionada. ¿Sería Robert un lord? ¿Habría heredado el título?

Con el álbum en la mano, me dirigí al árbol genealógico que había en la entrada y comprobé que se trataba del tatarabuelo de Robert, hijo primogénito del primer lord Wilder, nombrado por leales favores a la Corona. Seguí las generaciones posteriores hasta llegar a la del padre de Robert, pero sus hijos ya no aparecían y no pude resolver el enigma. Regresé a la biblioteca y continué viendo fotos familiares hasta que Robert entró.

—Sabía que aún estarías aquí —me saludó sonriendo.

—No he podido resistir la tentación. Me pasaría días en una biblioteca como esta; está perfectamente ordenada.

—Contraté a un archivero para organizarla —respondió orgulloso a la vez que recorría su mirada por la estancia—. ¿Has encontrado algo que te sea de utilidad?

—Sí. Tuviste varios antepasados marinos y militares, y tengo aquí dos

libros sobre las campañas napoleónicas a los que me gustaría echarles un vistazo. No creo que encuentre nada parecido del siglo XIX. ¿Te importaría prestármelos? Sé que son muy valiosos y no es conveniente manejarlos demasiado.

—¿Sueles quedarte con los libros que te prestan? —me preguntó de buen humor.

—No —le respondí en el mismo tono—, soy muy honrada. Siempre los devuelvo.

—Tenlos el tiempo que te resulte necesario. —En ese instante pensé que estaba deseando ofrecerme cualquier cosa por satisfacerme.

—Te prometo que cuidaré de ellos como merecen. Son dos verdaderas joyas.

—Confío en ti —me dijo complacido—. Vamos a almorzar; mis socios nos esperan.

—¿No hay que vestirse de etiqueta en esta ocasión? —pregunté bromeando.

—No lo necesitas. —Me recorrió con la mirada de arriba abajo y consiguió avergonzarme con su descarado gesto—. Estás preciosa, como siempre.

El almuerzo se trataba de un bufet frío pero preparado con la misma exquisitez de la cena. Estuvimos hablando animados, sobre todo las mujeres que habían visitado el canal de la Mancha y venían emocionadas por la cercanía con Francia y por las preciosas vistas que habían contemplado. A las tres, se marcharon a Londres y se despidieron de mí con la esperanza de verme en la próxima reunión, que se celebraría en casa de los Murdock, en San Diego. «¡California!», me dije impresionada.

Después dimos un paseo que a Robert le apetecía antes de tener que conducir y, así, se despejó tras la larga reunión que había mantenido esa mañana.

—¿Os reunís muy a menudo?

—Cada dos meses, siempre en casa de uno de nosotros.

—¿Y esa costumbre? —pregunté por curiosidad.

—No queremos empleados por miedo a que nos molesten o nos roben las ideas. Como pasó cuando me interesé en tu novela: un chivatazo subió la puja y me costaste más de lo previsto.

—Vaya, lo siento, Robert —me disculpé apurada.

—Tú no tuviste la culpa. —Me sonrió.

—Pero me vi beneficiada por ello. —Me callé un instante y continué demostrando interés en sus asuntos—. ¿En esta serie participan tus socios americanos?

—No. Esta productora es de mi propiedad y no imaginas los esfuerzos que estoy haciendo para no tener que asociarme con nadie. Espero que vuestro trabajo me mantenga a salvo durante una larga temporada.

—Doris me habló sobre los premios que habéis conseguido. Me impresionó bastante. —Pronunciar el nombre de la chica me sentó mal y enmudecí de repente al imaginar a Robert con ella en sus brazos. A partir de ese momento, dejé que llevara el peso de la conversación y, sin poder evitarlo, me mostraba más distante. Robert lo interpretó como desinterés.

—Espero que no te hayas aburrido demasiado; sé que ha sido un tipo de reunión a la que no estás acostumbrada.

—La verdad es que no —respondí con un tono sincero y agrio—; eso de arreglarse para la cena me parece excesivamente formal y fuera de época.

—No lo es en algunos de los círculos en que me muevo, aunque te resulte chocante. Pero no he visto, en ningún momento, que te haya costado desenvolverte entre mis invitados. —Mi actitud arisca me avergonzó.

—No, Robert. Siempre te has mostrado atento, has evitado que eso sucediera y te lo agradezco.

—No tienes por qué; era mi obligación ya que has sido mi invitada estelar. —Sonrió burlón.

Su obligación, me dijo. Eso había sido para él: una obligación que atender.

La verdad es que la caballerosidad de Robert me sacaba de quicio a veces.

De regreso a la mansión —porque eso era en realidad: una mansión—, no supe qué demonios estaba haciendo allí, junto a ese hombre, que me elegía como una entretenida compañía y prefería treintañeras para llevarse a la cama. Ese pensamiento logró enojarme de nuevo y arrepentirme de haber aceptado la invitación, y no entendía por qué. Robert era libre, Doris era libre y yo... «yo soy la mujer madura de cincuenta años —me repetía en la cabeza— a la que no interesa el género masculino».

Mi actitud silenciosa preocupó a Robert más de lo que imaginaba.

—Tengo la impresión —comenzó a decirme, en el coche, con una sonrisa desganada— de que te arrepientes de haber venido. Si ha resultado así, lo sentiré mucho, Lola, porque a mí me ha gustado pasar estos días en tu compañía y tener la oportunidad de conocernos mejor.

—Sí, ya me lo dijiste. Te diviertes con mi compañía. —Y me guardé lo siguiente: «Pero te acuestas con las jóvenes»—. Ha resultado muy interesante, te lo dije anoche.

—Bueno. Sé que eres una persona sincera y honesta y, de momento, me conformaré con que te resulte, al menos, «interesante».

«¿Qué esperabas? —pensé durante un embarazoso silencio—: ¿una declaración, una insinuación? Sé sincera contigo misma, Lola. Robert te gusta y te sientes atraída por él y, en cierto modo, odias que se haya acostado con Doris». «Es posible», me respondí.

—El fin de semana que viene, estoy libre y me gustaría que vinieras otra vez; esta vez tú y yo solos, sin trabajo ni socios americanos.

«Dios mío, qué tentación», pensé. Pero no me preocupé porque tenía una excusa perfecta para negarme a su proposición y no mostrar mi debilidad por él.

—No puedo. El sábado iré a Sevilla a celebrar el cumpleaños de mi hijo mayor. —La decepción se reflejó en el tono de su pregunta; imaginé que no estaba muy acostumbrado a ser rechazado.

—¿Cuántos años cumple tu hijo?

—Veinticinco. —En ese instante me dirigió una mirada de total asombro.

—¿Tienes un hijo de veinticinco años? —preguntó impresionado—. Lo tuvistes con dieciocho años.

—En la portada de mi libro, viene mi año de nacimiento. Tengo cincuenta años, los cumplí en agosto —dije en un tono distante, esperando que pensara que no era Doris.

Recorríamos una larga recta y Robert me lanzaba miradas examinadoras en silencio durante dos o tres segundos. No comentaba nada ni yo me atrevía a pedirle explicaciones a su modo de observarme. Hasta que se decidió a hablar.

—No lo sabía. Quizás lo leí y no le presté atención. Nunca pensé que fueras mayor que yo. Tengo cuarenta y seis y creía que tendrías algunos menos.

—Siento decepcionarte —le reproché con un toque de cinismo en mi voz.

—No me decepcionas; me resulta admirable. —Esa respuesta me sorprendió, me halagó pero, sobre todo, me sorprendió—. Te conservas más que bien.

—La herencia gitana de mi abuela, ya te lo dije. Murió sin arrugas —aclaré orgullosa.

—No es solo por tu aspecto físico, Lola, que es fantástico. —Logró que me ruborizara por la mirada fugaz que recorrió mi cuerpo—. Tu modo de ser. Te relacionas con Shauri y Sam sin dificultad, incluso te diviertes con ellos; yo los encuentro inmaduros y me cansan, sobre todo Sam; además, eres tan curiosa como un estudiante novato. Te aseguro que me preocupó si encajarías entre mis socios y sus mujeres, no por la evidente diferencia de edad, sino por tu mentalidad, la que encuentro demasiado abierta y joven.

«Pero Doris no te cansó cuando te la llevaste a la cama», pensé reprocharle; sin embargo, permití que Lola, la madura y sensata, hablara.

—Será porque he aprendido a estar con mis hijos cuando se han hecho mayores y estoy acostumbrada a tratarlos. Eso me habrá hecho más tolerante a

todas las edades, incluso a los hombres de cuarenta y seis. —Se rio a gusto con mi broma.

—¿Cuántos años estuviste casada?

—Veintitrés años casada; me casé a los veintitrés y tuve a mi hijo al año siguiente. Pedro tiene veintiuno. Estuvimos cinco años de novios antes de casarnos. Veintiocho años de relación que, si no fueran por mis hijos, te diría que fueron desperdiciados.

—El divorcio tuvo que haber sido muy duro para ti.

—Más duro fue soportar el matrimonio. Estuve a punto de divorciarme cuando mis hijos tenían dos y seis años. Mi marido me convenció de que mejoraría la situación.

—Pero no lo hizo.

—No. Lo dejé pasar por demasiado tiempo y resistí hasta que el pequeño se marchó a la Universidad. Este mes ha hecho tres años, los tres mejores años de la vida de Lola.

—Vaya gilipollas. —Esta vez no se rio—. Lo siento, Lola.

—No te preocupes; recuerda que, en ese aspecto, ya coincidimos la semana pasada. —Soltó otra de sus maravillosas y masculinas carcajadas, que lo hacían más atractivo aún.

Llegamos a la puerta de mi casa y paró el coche; sacó la maleta y el portatrajes del maletero, y me los dio acompañado por un humillante beso en la mejilla.

—Gracias por aceptar mi invitación.

—Gracias a ti por ofrecérmela —respondí lo más educada posible para demostrar mi posición amistosa.

—Me gustaría volver a ver el vestido rojo en otra ocasión —me dijo sonriendo con una expresión de granuja experimentado, pero la decepción que sentía no me permitió devolverle la sonrisa—. Espero que aceptes otra invitación en la que tengas la oportunidad de ponértelo. Quizás el siguiente fin de semana, si no te surge otro cumpleaños.

— Quizás pueda.

Capítulo 7

ALBA

—La verdad es que el abuelo demuestra ser tan caballeroso como cuentas.

—Lo es, aunque en aquellos momentos yo confundiera su caballerosidad con el respeto que le despertaba una mujer de cincuenta años. Era pura energía, tan exigente y orgulloso... —Habla con la mirada perdida en el infinito. Suspira—. Afortunadamente aún sigue siéndolo, ¿verdad?

—Sí, aún lo es —le respondo admirada—. Es un hombre con una fuerza de carácter impresionante que te atrae como un imán.

—Sí. —Se ríe a carcajadas—. Eso fue lo que hizo conmigo. Conocerlo me cambió la vida. Anda, báñate conmigo —me pide, antes de sentarnos, en cuanto llegamos a nuestro campamento playero.

Las dos nos adentramos unos metros en el mar sereno; el agua está cristalina y fresca, apetecible en un calmado día de Levante en el que el poco aire que se mueve reseca el ambiente. Al salir del agua, Andrew viene a nuestro encuentro, me toma de la mano y me conduce de nuevo al interior.

—Préstame a tu nieta, Lola. —Mi abuela sonrío divertida al ver cómo Andrew me arrastra de nuevo hacia el agua—. Ahora me toca a mí. Haz el favor de dedicarme unos minutos de tu tiempo. —Me recorre con la mirada de arriba abajo—. Aunque estás más delgada. —Tuerce el gesto para observarme por detrás y permite que yo me adelante un paso—. Sigues estando buenísima, como para mojar el pan, más preciosa que nunca.

Me irritan sus halagos, los que no recibí meses atrás. Sé que debo evitarlo,

pero no puedo y me rebelo.

—¿Te ha molestado?

—Es que no te entiendo. ¿Ahora estoy como para mojar el pan? ¿Y estos meses? Quizás hayas mojado pan en otro plato —gruño y mi arrebató me molesta más que ninguno que le hubiese hecho hasta ahora, pero no me importa.

—Te recuerdo que fuiste tú la que me dejaste. Yo no lo pretendía, bajo ningún concepto quería que me dejaras y, si por mí hubiera sido, te habría atado a mi cama para impedirlo. Pero era lo que deseabas. —Me dirige su mirada castigadora—. Yo sí que no entiendo tus exigencias actuales. Estoy aquí a pesar de todo.

Me doy media vuelta y me salgo del agua. Es evidente que no podemos hablar más de tres palabras sin molestarnos, sobre todo yo, y me resulta imposible evitarlo.

—Alba, por favor, no te alejes. —Lo ignoro y me tumbo en la toalla.

Me quito la parte de arriba del bikini; mi familia está más que acostumbrada a verme en toples, pero Andrew no está acostumbrado a que lo haga, sobre todo si no está tumbado a mi lado. Si puedo hacer algo por fastidiarlo, no perderé la ocasión. Pasados quince minutos de asarme como un pollo, me veo obligada a refrescarme de nuevo. A mi lado solo está mi abuela; imagino que los demás estarían con el *kite*.

—Voy a darme un chapuzón. ¿Te apetece acompañarme? —le pregunto cariñosa.

—No, cielo, acabo de bañarme con tu abuelo. —Me encojo de hombros, le sonrío, me dirijo de nuevo a la orilla, y me adentro en el mar despacio, como suelo hacer siempre.

A los pocos segundos, alguien me salpica por la espalda. ¿Cómo no? Mi tío Pedro, riéndose a carcajadas, me baña sin que tenga que sumergirme.

—Estaba deseando pillarte. —Se regodea con su broma mientras nada a mi lado—. Aunque creo que a tu novio le ha sentado peor que a ti. ¿Crees que me

pegará?

—Debería hacerlo. Estoy a punto de pedírselo —le respondo mientras me hundo en el agua hasta el cuello—. Eres incorregible.

—Eso mismo me dicen mi madre y tu tía. —Los dos nos reímos un momento—. Pero ya no gritas histérica como cuando eras pequeña. Entonces, sí que disfrutaba fastidiándote. —Yo me río más al evocar esos recuerdos infantiles y adolescentes mientras Andrew no me quita la vista de encima.

Nos vamos reuniendo alrededor de la comida y el último en hacerlo es Andy, que se entretiene desliando las cuerdas del *kite*. Lo veo acercarse tranquilo a nuestro grupo y se sienta junto a mí sobre mi toalla. En realidad, pienso en ese momento, no quiere rendirse y, si soy sincera, yo no deseo que lo haga. Me ofrece un trago de su cerveza, que acepto como muestra de mi buena intención, porque siempre nos ha gustado bebernos una botella a medias. Mientras yo bebo, me besa con ternura en un hombro, otra señal de buena voluntad por su parte. Y suplico en mi interior: «Por favor, que lo consigamos de nuevo. Deseo conseguirlo y, a partir de ahora, me morderé la lengua antes de volver a hacerle otro reproche. Yo lo abandoné y él ha venido a suplicarme perdón. Tiene que ser suficiente».

Es alucinante observar cómo se agotan los filetes y las tortillas ante esa jaleosa panda de comilones, que no para de hablar y de engullir al mismo tiempo. Y me doy cuenta de que los hombres de mi familia son adorables y cariñosos, incluso entre ellos, y a mi abuela y a mí nos tratan con veneración, como si fuésemos frágiles mariposas que se romperían al tocarlas demasiado, a pesar de las pesadas bromas de mi tío. Sonrío como una idiota ante ese pensamiento; nadie de la familia dudaría de la fortaleza de mi abuela.

Una hora después de comer, los abuelos deciden marcharse y yo me ofrezco a llevarlos; por supuesto, Andy se viene conmigo. Y nada más llegar a la casa, bajamos del coche y siento cómo la mirada exigente de mi novio me calienta

el vientre. Los dos deseamos lo mismo porque sabemos que nos recordará nuestros buenos momentos y nos empujará a la reconciliación definitiva.

—Voy a darme una ducha. —Me disculpo con timidez a la vez que invito a Andrew con ese mensaje.

De reojo puedo ver cómo me mira ansioso mientras subo la escalera, pero mi abuelo lo retiene con una conversación. Me estoy enjabonando el pelo y disfruto, a la vez, del templado chorro de la ducha que choca contra mi espalda. No percibo su presencia hasta que se mueve la mampara y Andrew se cuela dentro. Me he prometido guardarme mi incertidumbre y darle la oportunidad que se está mereciendo por su insistencia, y le sonrío como muestra de bienvenida.

—Déjame a mí. —Comienza a masajearme la cabeza con suavidad hasta que la llena de espuma—. Cariño —susurra a mi oído a la vez que me abraza y me acerca a su cuerpo—, cuánto echaba de menos esto. —Estira con cuidado mi melena y la frota con el mismo esmero, mientras el agua arrastra el jabón—. Ahora la crema. Cámbiate.

Andy se coloca bajo el chorro de agua mientras me extiende la mascarilla por el pelo y me peina siguiendo mis costumbres que, es evidente, no ha olvidado porque las ha repetido en numerosas ocasiones en la ducha o en la bañera. Disfruta cuidando de mí, mimándome en los detalles más insignificantes, siempre lo ha demostrado; cómo me ha dicho mi abuela, no debo cegarme ante lo evidente. Andrew me quiere y eso es lo único que debe importarme si pretendo superar estos difíciles momentos.

—Me toca a mí —le digo mientras dejo que la mascarilla haga su efecto. Cojo mi esponja, le echo jabón y comienzo a frotar su pecho mientras espero lo que vendrá a continuación—. Te has quemado.

—Nadie se ha preocupado de ponerme bronceador.

—Ya eres mayorcito para preocuparte de ti. Vuélvete. —«Precioso culo», pienso mientras le enjabono sus anchos hombros de nadador.

Andy lanza sus manos hacia atrás, me acerca a su espalda y yo lo abrazo por

la cintura con fuerza.

—¡Dios! —exclama excitado y echa su cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la mía—. ¿Tienes idea de cuánto te he echado de menos? —me pregunta dolido—. Alba, cariño, perdóname. Perdona mi torpeza, pero fueron momentos muy complicados que espero no se repitan.

Recorro a besos su espalda y luego me recreo acariciando, con la esponja, cada centímetro de su cuerpo y, antes de que acabe, su creciente erección resulta imposible de ignorar.

—Ya sabes cómo reacciono si me mimas de este modo —se justifica con esa sonrisa de pirata que me derrite y que me calienta de nuevo el vientre.

Salimos de la ducha en silencio. Cojo una toalla turbante para el pelo y me lo envuelvo recogéndola sobre la frente, a lo Carmen Miranda, como acostumbra a decir mi abuela. Andrew me mira sonriendo y me besa en la punta de la nariz; luego extiende una amplia toalla, nos envuelve a los dos con ella y comienza a frotarme la espalda con suavidad. En ese instante sé que ya estoy enredada de nuevo en su vida porque ni puedo ni quiero resistirme más a todo cuanto él me ofrece.

—Así es como tiene que ser entre nosotros —me dice serio a la vez que me abraza.

—No me sueltes, por favor —le ruego mientras me lleva en volandas hacia la cama. Y por su respuesta entiendo que ha comprendido el sentido de mi mensaje.

—Ni ahora, ni nunca. —En sus palabras hay implícita una promesa que creo al cien por cien—. Vas a ser feliz conmigo, tan feliz como eres en esta casa en compañía de tu familia. Te lo aseguro.

—Sé que lo intentarás —le respondo cuando me separo un instante de sus labios apasionados, que intentan devorarme en ese momento.

—Lo lograré —me dice convencido mientras se tumba sobre mí—. Y ahora espero que tengas condones porque, si no, nos arriesgaremos a lo que suceda. Después de dos meses, no puedo contenerme más.

—Ni yo quiero que lo hagas. —Lo animo a continuar después de ofrecerle la caja de preservativos que siempre guardamos en mi mesita de noche.

Me penetra mirándome angustiada, esperando que vuelva a rechazarlo y le sonrío en un intento de convencerlo de mis verdaderos sentimientos. «Te quiero», le grito con mis ojos y con mis besos.

—Te quiero, cariño. No puedo estar sin ti —me dice a la vez que empuja sus caderas y profundiza en mi interior—. No deseo vivir ni un solo día más alejado de ti.

—Ni yo de ti, Andy. Eres lo que más quiero en mi vida; te lo demostraré y te compensaré por el daño que te he hecho. —Andrew suelta una carcajada de satisfacción que me atraviesa el alma y consigue que me abra para él.

Después de varias semanas sin sexo y de soportar lo mucho que Andrew me ha excitado tan solo con su presencia, soy consciente de que no aguantaré mucho más.

—Andy. —Gimo y él, después de cuatro años juntos, sabe, por el tono de mi voz, que el placer me está superando—. Ya.

—Me deseas tanto como yo a ti. —Continúa arremetiendo en mi interior, excitándose con sus palabras y sus besos, hasta hacerme perder el sentido del tiempo y del lugar—. Me has echado de menos, ¿verdad?

—No imaginas cuánto —respondo sin aliento.

—Dos meses sin tener tu cuerpo es demasiado tiempo. —Su voz me parece un lamento y me transmite su tristeza. Deja de moverse y me sujeta la cara entre sus manos, sin salir de mi interior—. Y esas semanas anteriores, viendo cómo te alejabas de mí... ¿Crees que, de haber podido, no lo hubiera evitado? Tú eres lo más importante de mi vida, no vuelvas a olvidarlo. Aunque se complique mi trabajo..., lo cambiaría todo por ti.

Ya no podemos hablar, porque solo la búsqueda del placer total nos aliviará, y sucumbo fundiéndome con él mientras se mueve dentro y fuera de mi interior. Ahoga mis gemidos, con su boca sobre la mía, hasta que se deja ir hasta el mismo paraíso adonde me ha llevado hace tan solo unos segundos.

Permanece unos minutos tumbado sobre mí, jadea en mi oído hasta recuperar el ritmo de su respiración alterada, mientras yo me seco unas estúpidas e incontrolables lágrimas.

—¡Oh! —exclama dolido y me abraza con fuerza. No llores, Alba. ¿Creías que no volveríamos a hacer el amor? —Asiento sin poder hablar—. Anoche yo también llegué a creerlo. Te mostrabas tan fría, tan convencida de tu decisión que pensé que habías dejado de quererme.

—Ni un solo segundo he dejado de quererte aunque te odie a la vez.

—¿Por qué? —me pregunta impresionado por mi confesión.

—Por ignorarme.

—Jamás te he ignorado. ¿Cómo puedes pensarlo? —me pregunta con una mueca de dolor reflejada en su rostro—. Sabes que no sé fingir ni ocultar mis sentimientos.

—Lo sé, pero no te he visto ni una sola vez desde que me marché de tu casa y, en la boda de Sandy y Bradley, me ignoraste. El día que nos separamos, no dejé de llorar hasta que llegué a casa de mi abuelo —le confieso sollozando—, y he esperado que vinieras a buscarme cada día. —El rostro de Andrew muestra de nuevo un gesto de dolor mientras me aplasta contra el colchón—. Y no viniste, Andy. Tú me abandonaste también.

—No lo sabía, mi niña mimada. —Me besa con fuerza y pasión—. Creí que necesitabas alejarte en esos momentos. Estaba seguro de que me amabas, pero pensé que distanciarnos durante un tiempo te enfrentaría a la realidad.

—Yo siempre he visto la realidad, la mía, y es que deseo estar contigo. ¿Acaso exigirte eso es malo?

—No, Alba, es un halago que quieras estar conmigo, y me haces sentir alguien especial por formar parte de esa ambición. Privilegiado: así me siento cuando estoy contigo porque lo tengo todo. Tú me lo das todo, me ofreces la vida que ansío tener.

—Eso no es verdad. —Se me escapa el reproche que me prometí no repetir—. Si fuera cierto, me habrías dedicado más tiempo. Nos lo habrías dedicado.

—Fueron momentos muy complicados, cariño, pero, en estos dos meses, la situación se ha estabilizado. He aprendido a delegar algunas responsabilidades en los demás y ahora espero ofrecerte cuanto necesitas.

—Yo solo te necesito a ti.

—Seguro que no tanto como yo a ti —bromea mientras frota su nariz contra la mía.

Despierto sola en mi dormitorio. Miro el móvil, y son las siete y diez; menuda siesta me he echado. Desde luego merecida tras las dos sesiones de apasionado sexo que he mantenido, como siempre ha sido con Andrew. Su severa seriedad, esa excesiva formalidad que refleja en su modo de actuar no existen cuando hacemos el amor, y se transforma en un hombre tierno, cariñoso y apasionado del que yo estoy completa y absolutamente enamorada. Me doy una ducha rápida, me desenredo el pelo, y me pongo un fresco blusón floreado y alegre sobre la ropa interior, aunque también es algo corto. Bajo y encuentro la casa en silencio; solo un leve chapoteo se oye desde la piscina. Me acerco hasta el borde a saludar a mi novio, que se detiene un instante y se sienta para hablar conmigo o, mejor dicho, para ofrecerme un beso largo y cálido en contraste con su cuerpo mojado.

—¿Dónde están los demás?

—Los chicos querían ir al cine y tus abuelos se han apuntado. Se han marchado hace unos minutos. ¿Tienes algo que hacer?

—Sí, voy a escribir un rato. ¿Y tú?

—Acabo dentro de unos minutos y tengo que revisar un par de asuntos. — Me observa esperando mi reacción—. Espero que no te importe.

—No, no me importa. —Ladea la cabeza, sin apartar la mirada azul de mis ojos, porque desconfía de mi respuesta—. De verdad —insisto y le ofrezco un beso fugaz—. Sigue nadando. Yo también tengo trabajo.

Sentada desde el porche, lo observo deslizándose sobre el agua y recuerdo que lo conocí de la misma forma: nadando en una piscina, en la del club de Londres, adonde acudían mi abuelo y también Andrew desde niño. En esa época me dolía la espalda por las horas que pasaba estudiando, leyendo, o frente al ordenador, y el médico me aconsejó que la fortaleciera practicando natación. Bendito sea cada día ese dolor de espalda. Así que Robert me convenció para que lo acompañara, al menos, tres veces por semana. Cuando vi a Andrew por primera vez, yo no había cumplido los veintiuno y me impresionó su imponente presencia física en bañador: algo más alto que mi abuelo, de hombros anchos y una figura elegante, tan guapo que no pude dejar de mirar a sus ojos azules y penetrantes mientras Robert le daba el pésame — porque hacía poco que su padre había fallecido— y se disculpaba por no haber asistido a su entierro, ya que en esos días estaba en España. Me lo presentó y le ofrecí mi mano y mi pésame con la torpeza ingenua de mi edad. Me resultó muy serio, mayor y, por supuesto, fuera de mi alcance, sobre todo cuando volvimos a cruzárnoslo en la salida y vestía con traje azul marino, camisa celeste y corbata. Estaba para comérselo, impresionante con su pelo negro muy corto y con esos ojos que se destacaban y me atraían como imanes. Y yo, con vaqueros, anorak y unas botas de agua Hunter hasta las rodillas: nada comparable.

Una semana más tarde, fui sola a nadar porque mi abuelo tenía trabajo y, al salir, llovía a cántaros. Estaba en la puerta del club esperando que escampara, o que al menos amainara, cuando él salió y me miró.

—Hola —me saludó sonriendo.

—Hola —susurré con timidez.

—¿Y tu abuelo? —me preguntó directo.

—Hoy no ha venido.

—¿Quieres que te acerque a casa? Está diluviando.

«Por qué no —me dije—. Conoce a mi abuelo y parece muy formal, no tiene pinta de violador ni nada de eso y está buenísimo. Al menos puedo

contemplantarlo durante unos minutos. Sandy se morirá de envidia cuando se lo cuente más tarde».

Yo llevaba algunos libros en las manos, porque no me cabían en el bolso, y él los miró de reojo al sentarse en su asiento.

—¿Qué estás estudiando? —Pensé que intentaba ser educado y distraerse durante el trayecto.

—El penúltimo año de Periodismo.

—¿Eres una chica curiosa? —bromeó mostrándome, por primera vez, su sonrisa de pirata y yo sonreí embobada ante esa imagen—. ¿Qué es lo que te atrae del periodismo? La radio, la televisión...

—Investigar, escribir e informar.

—Entonces, eres curiosa de verdad. —Volvió a sonreír y a deslumbrarme—. Muy peligrosa.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—A la publicidad. Trabajo en la empresa familiar. —Me ocultó que, prácticamente, la estaba dirigiendo a sus veintiséis años—. ¿Te llamas Alba? —Di un respingo en el asiento al comprobar que recordaba mi nombre—. ¿Es un nombre español? —Asentí—. ¿Qué significa?

—En español, «la primera luz del día». Un capricho de mis padres. —Él lo repitió, pero en inglés, dawn, y yo me reí—. No era un nombre muy común cuando yo nací.

—Es un nombre muy bonito, como la chica. —Sentí cómo me hundía en el asiento, porque yo me consideraba una chica, pero él me parecía un hombre mucho mayor; no aparentaba la edad que tenía. Percibió mi timidez y cambió de tema—. ¿Desde cuándo vienes a nadar? Llevo viendo a Robert Wilder en la piscina desde que era un niño; era un ídolo para nosotros. Pero a ti no te había visto nunca por aquí.

—No soy muy aficionada a la natación, pero estoy sufriendo algunas molestias musculares en la espalda, y el médico me ha aconsejado que nade. Llevo dos semanas viniendo.

—¿Y estás mejor?

—Sí, ya no me duele, así que mi abuelo no permitirá que lo deje. —Me sonrió de nuevo y temblé.

—¿Y tus padres?, ¿no viven aquí?

—Viven y trabajan en Sevilla. Yo vivo aquí con mis abuelos.

—¿Prefieres Londres a Sevilla?

—Depende de la época del año. El invierno de aquí es muy duro; no acabo por acostumbrarme.

—Sevilla es una ciudad muy bonita. Fui hace unos años y me gustó mucho el ambiente.

—Hemos llegado. Para delante del coche rojo, por favor —le indiqué nerviosa—. Ahí estará bien. Gracias por traerme. —Me bajé con rapidez de su Range Rover azul.

—De nada, Alba. —Me sonrió una vez más y casi me desmayo—. Un nombre precioso.

Coincidimos varias veces más, y siempre encontraba la forma de hablar conmigo aunque mi abuelo estuviera cerca. Pensé que estaba siendo educado y atento hasta que me invitó a cenar, mientras me tomaba un respiro, y me detuve en el fondo de una calle de la piscina.

—Hasta ahora no había visto a ninguna chica que le sentara tan bien como a ti un ridículo gorro de natación, preciosa Alba. —Me pareció mayor para mí y para recibir sus insinuaciones, y no supe qué responderle—. ¿Tienes novio?, ¿sales con alguien? —me interrogó ante mi sorpresa.

—No, no. ¿Y tú?

—Tampoco. —Dirigió su mirada a la calle por donde nadaba mi abuelo—. ¿Quieres que hable con tu abuelo? —Esa pregunta me pareció absurda; yo era mayor de edad y ni mis abuelos ni mis padres se metían en mis asuntos.

—¿Lo dices en serio? —Asintió—. ¿Por qué ibas a hablar con mi abuelo?

¿Quieres que venga a cenar con nosotros? —Soltó una carcajada, mostró su dentadura blanca y perfecta de hombre serio, elegante y responsable, y me tembló el estómago.

—No, solo lo digo para que compruebes que soy de fiar —se justificó.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Eso importa? —Asentí varias veces con la cabeza—. Veintiséis. —Un chico de veintiséis años me estaba invitando formalmente a cenar. Estaba impresionada—. ¿Y tú?

—Voy a cumplir veintidós en diciembre. —Lo miré unos segundos y él parecía esperar mi veredicto—. Pareces mayor; la verdad es que pensaba que rondarías los treinta.

—Eso me ofende.

—Es que eres muy serio y demasiado formal.

—¿Demasiado serio y formal para ti? —Me mostró la sonrisa más provocadora que había visto en mi vida, propia de un pirata inglés de película, y entonces sí que mi estómago sufrió calambres.

—No lo sé. Podré contestarte a esa pregunta después de cenar. —Aún no entiendo de dónde salió esa chica tan coqueta, pero estaba segura de que a él le gustó.

—¿Nunca te han dicho cuánto te pareces a la sirenita de Disney? —me preguntó sonriendo y yo negué con timidez—. He trabajado con su imagen en el anuncio de una colonia infantil y creo que la dibujaron fijándose en ti. ¿A ver si no me equivoco? —Se acercó a mí, pasando por debajo la corchera que nos separaba, me quitó el gorro y me sacudió el pelo aplastado. Tan cerca de mí, me miró a los ojos con una intensidad provocadora, los dos mojados. Siempre lo recordaré como el momento en que me enamoré de Andy —. No, no te pareces tanto. Tú eres más bonita que todas esas princesas de los cuentos. —Mi rostro enrojecería en toda la gama de colores entre el púrpura y el rosa, y me puse apresuradamente el gorro antes de que alguien se diera cuenta de nuestros coqueteos, mientras que él se reía.

Esa tarde, de camino a casa, le hablé a mi abuelo sobre la proposición de Andrew. Necesitaba oír su opinión sobre él, y me ofendió que no se sorprendiera por nuestra cita.

—Princesa, te has convertido en una mujer preciosa: ¿cómo va a extrañarme que ese chico te invite a cenar? He visto cómo te mira cada vez que coincidimos, y siempre encuentra el modo de hablar contigo.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —Mi abuelo me guiñó sonriendo y me dijo algo que sí le preocupaba.

—Aunque me parece algo mayor para ti. ¿Cuántos años tiene Andrew?, ¿treinta? Creo que rondará los treinta.

—Yo también creía que era más mayor; parece muy serio. Tiene veintiséis.

—Entonces, es el menor de los dos hermanos —confirmó mi abuelo al recordarlo.

A Sandy y a mí nos atraían los chicos más mayores, aunque raras veces salíamos con algunos porque a los que llamábamos su atención solo pretendían pasar una noche, y eso no nos gustaba a nosotras. Hasta que ella conoció a Bradley. Las dos éramos muy exigentes con lo que queríamos y no nos conformábamos con cualquier chico, aunque fuera guapo, porque los de nuestra edad siempre acababan aburriéndonos.

La tercera vez que salí con Andrew, caí en su cama. Me pareció demasiado pronto, incluso tuve que soportar un largo sermón de Sandy al día siguiente, pero no pude resistirme a sus besos y a sus manos resabiadas. Después de tener ese increíble cuerpo entre mis piernas y de lo que me hizo sentir, supe que estaba enamorada de Andy sin remedio. En la cuarta cita, le presenté a mis mejores amigos, Sandy y Bradley, y salimos a cenar los cuatro juntos y, luego, de copas. Al comenzar mi último año de universidad, diez meses después de conocernos, me fui a vivir con él y, aunque a nadie le extrañó su proposición, mis padres opinaban que era demasiado joven para comprometerme con un

hombre a esos niveles; pero ya estaba loca por Andrew y acostarme y levantarme con él cada día era lo más importante de mi vida. Tanto como lo es en el momento actual. Comenzamos nuestra vida de pareja en su precioso piso de Notting Hill, acabado de reformar, pero en el que solo había una cama y una mesa. Todo el mobiliario que faltaba lo elegimos juntos; estábamos tremendamente ilusionados y enamorados. Tengo que reconocer que, hasta esa funesta primavera, siempre fui muy feliz junto a Andy, aunque sería más honesto decir que siempre he creído que ambos lo éramos.

Dejo de lado mis comienzos con Andrew y retomo la historia de mi abuela, de la que me urge reunir todos los datos posibles durante mis vacaciones. El día anterior terminé con una abuela decepcionada porque Robert no se le había insinuado, aunque demostraba interés por ella.

—Hombres —murmuro hablando sola y niego con la cabeza. Suspiro profundamente—. ¿Cómo pueden complicarnos tanto la vida?

Capítulo 8

LOLA

Tras una intensa semana de trabajo, en la que había discutido con Robert varias veces a causa de los erróneos enfoques que pretendían darle al guion, aunque siempre acababa permitiendo y aceptando mis consejos —basados en conservar el espíritu de la historia, no sin mantener una ardua batalla dialéctica—, el viernes salí de los estudios con una pequeña maleta que me había llevado; no quería demorarme teniendo que pasar por mi apartamento, y así llegaría a tiempo a Heathrow. Llovía a mares y no encontraba un taxi que me llevara a la estación. De repente, apareció un BMW azul e impecable que se paró ante mí: el coche de Robert.

—¿Te diriges al aeropuerto? —me preguntó amable.

—Sí. Estoy intentando coger un taxi hasta la estación.

—Sube; yo te acerco. —Se bajó del coche con rapidez, me quitó la maleta de las manos y la guardó en el asiento trasero.

—¿A qué hora sale tu avión?

—A las nueve y diez. Creo que llegaré a tiempo —añadí dudando.

Tras unos minutos de silencio, durante los que solo se oía el limpiaparabrisas moverse, el coche se detuvo en un semáforo y Robert me dirigió una mirada y una sonrisa llena de ternura que me recordó al propietario de la preciosa casa de Sussex.

—Hemos tenido una semana dura.

—Sí —contesté sin saber si se refería al exceso de trabajo o a nuestras

discusiones.

—Me gustaría que la semana que viene asistieras a algunas reuniones de trabajo; eso nos ahorraría algunas discusiones.

—Lo siento, Robert. No soy una persona díscola pero sí demasiado exigente y perfeccionista con mi trabajo y, si entiendo que se están cometiendo algunos errores, no me parece correcto callarme. Pero, si lo prefieres, asumiré tus decisiones sin discutir. —Antes de contestarme, volvió a sonreírme del mismo modo y me confundió con su gesto.

—No, Lola, no me molestan nuestras disputas; lo que sí me molestaría es que ellas te llevaran a hacerte una idea equivocada sobre mí. No deseo enemistarme contigo, yo estoy acostumbrado a mantener cientos de discusiones diarias, y no te exagero.

—¿Y cómo puedes soportar tanta tensión? —Me interrumpí un instante—. Robert, te has pasado la estación.

—No, no me la he pasado. Te llevaré a Heathrow.

—Por favor, no es necesario. Voy bien de tiempo.

—Lo sé, pero me apetece seguir hablando contigo, si no te importa. —Casi me rogó.

—Gracias. —Fue lo único de lo que fui capaz de decir—. Muchas gracias, Robert. No quiero ser un fastidio.

La impresión que me había provocado su interés por llevarme no me permitía reanudar la conversación y, del algún modo, se dio cuenta y continuó.

—Me habías preguntado cómo puedo soportar la tensión —me contaba con naturalidad—. Muy fácil: me encanta la tensión, me encanta mi trabajo. No le dedico quince horas diarias, a veces más, por no tener otra cosa que hacer. Ya te lo dije: lo hago porque disfruto con ello y no tolero la mediocridad. Soy tan exigente como tú, me gusta que mi gente me ofrezca el cien por cien; por eso no me molesta discutir contigo. Eso significa que te entregas al máximo y que te esfuerzas buscando el mejor resultado. También soy bastante perfeccionista y admiro esa cualidad en las personas. —Me lanzó una mirada fugaz

acompañada de su mejor sonrisa—. Como ves, tenemos mucho en común, además de nuestra opinión sobre tu exmarido. —Obtuvo la carcajada que esperaba de mí.

—¿Y qué haces en tu tiempo libre?, si lo tienes —le pregunté para evitar hablar sobre nuestras formas de actuar, que él encontraba tan afines—. ¿Cuáles son tus pasatiempos?

—Antes de almorzar de lunes a viernes, procuro nadar un buen rato. Competí a buen nivel hasta los veintinueve y me gusta seguir practicando; además, me mantiene en forma. Al contrario de lo que cree Shauri, mi corazón está fuerte, e intento que no me dé un infarto.

—¿Qué significa «buen nivel»?

—Participé en dos olimpiadas, varios campeonatos mundiales, etc. —Lo miré tan asombrada que provoqué su carcajada; enseguida deduje de que ese sería el motivo que justificaba su cuerpazo, como decía Sam, y de su derroche de energía y vitalidad—. En serio, estuve, en el 72, en Munich y, en el 76, en Montreal; conseguí dos medallas de bronce en pruebas de relevos de cien metros mariposa.

—Serías un excelente deportista —afirmé sin salir de mi asombro.

—Tan exigente como ahora de productor. Daba todo lo que podía. —Intentó parecer humilde y lo consiguió.

—¿Quieres decir que no eras tan bueno? —Negué sonriendo—. Venga, Robert, no te quites méritos. Para llegar a competir en una olimpiada, hay que estar entre los mejores deportistas del mundo.

—Era bueno en lo que hacía, pero no el mejor. Igual que ahora. Eso no quiere decir que no me entregara al máximo y me conformara con la mediocridad. Tengo una fe absoluta en el trabajo y en el esfuerzo; lo aprendí gracias al deporte. —Me miró un segundo—. ¿Cómo lo aprendiste tú?

Suspiré antes de contestar, porque pensaba que mi aprendizaje había sido más complicado y penoso, y reflexioné sobre la respuesta durante unos segundos.

—Primero aprendí a estar sola; aunque siempre estuviera rodeada de gente, sabía que no pertenecía al lugar donde vivía. Mi familia, mis padres, mis hermanos y sus vulgares ambiciones; después, mi marido. Yo no había nacido para vivir junto a ellos ni para ser como ellos porque me exigía más a mí misma. No entiendo cómo pude entregarme a un matrimonio falto de... —Me interrumpí, visiblemente emocionada, y tardé unos segundos en continuar. Robert permitió que recobrarla la calma.

—¿Tomas tu divorcio como un fracaso personal? —Intentó ayudarme—. ¿No lo has superado aún?

—Sí lo he superado y no lo tomo como un fracaso porque te juro que, hasta el momento que decidí poner fin a mi matrimonio, luché por mantenerlo vivo con todas mis fuerzas, esforzándome como en todo lo que hago. Pero cuando pienso que he malgastado los mejores años de mi vida y que no podré recuperarlos... ¿Cómo pude estar tan ciega? —le pregunté con lágrimas en los ojos, sin ocultar la impotencia que me provocaba esa conversación.

—Quizás porque es tu forma de ser. Intentas hacerlo lo mejor posible, te entregas al máximo, y todo el mundo no es igual. Unos porque son incapaces de hacerlo y otros porque no quieren.

—Estoy de acuerdo contigo, y eso solo consigue que me arrepienta del esfuerzo malgastado. —Suspiré apenada—. Todo por mis hijos, para que no crecieran sin la presencia de su padre, un inútil como tal, cuyas carencias yo suplía como buenamente podía. —Me callé un instante—. Me inventé un marido, incluso me inventé un buen padre para mis hijos. —Volví a suspirar pero, esta vez, aliviada—. Hasta que comencé a inventarme mis historias, a reflexionar más sobre todo cuanto me rodeaba; eso me ayudó a ver la realidad, a llamar cada cosa por su nombre y a reencontrarme conmigo. Después de tantos años de decepción, solo tuve que exigirme un poco más de paciencia y esperar el momento oportuno para liberarme.

—Y de este modo duermes tranquila cada noche porque tienes la conciencia tranquila.

—Sí, duermo tranquila. Siempre lo he hecho, pero ahora, además, soy feliz con la vida que llevo; sobre todo desde que estoy en Londres. Aquí no soy esposa ni madre, solo soy Lola Serrano, escritora. —Robert soltó una carcajada—. Nunca creí que me encontraría de nuevo.

—La auténtica Lola. —Sonrió divertido—. Me alegro de conocerla.

—Seguro que no tanto como yo.

—Podríamos discutir sobre eso, pero no quiero fastidiarte el cumpleaños de tu hijo. —Pude ver en sus ojos ese destello especial que me mostró en el comedor de su casa al recibirme a la hora de la cena—. Despiertas demasiado mi interés. —El respingo que di creo que lo obligó a cambiar de tema—. Tú, un hijo de veinticinco años, licenciado en Económicas y preparando un doctorado. En serio, Lola, no te pega.

—Puedo asegurarte que lo tengo y a otro estudiando tercero de Arquitectura. Y los dos estuvieron nueve meses aquí dentro —añadí al tiempo que me tocaba el vientre plano, del que me sentía muy orgullosa— hace veintitantos. —Suspiré de nuevo—. A mí sí que me parece mentira lo rápido que ha pasado el tiempo. Hace nada que estaba bañándolos, arropándolos al darles las buenas noches, atándoles los larguísimos cordones de sus botas de fútbol, y ya no me necesitan.

—Por suerte para mí. —Por un instante sentí que a Robert se le había escapado el comentario—. Bueno —rectificó algo violento y justificando su comentario involuntario—, para esta productora y para la serie.

Me pareció que se había avergonzado por esa indiscreción, y traté de sacarlo del apuro hablando sobre otro asunto.

—¿Están elegidos los actores? Me gustaría saber quiénes son.

—Los tenemos a casi todos. En esta semana acabaremos de firmar los contratos, y te prometo que te enseñaré una foto de cada uno. Tiene que ser terrible para ti que otros pongan caras a tus personajes.

—No lo había pensado nunca, pero tienes razón; yo soy su madre y su creadora y me molestará si alguno no resulta como yo lo he descrito o

imaginado.

—En este asunto no podré satisfacerte. Los contratos que están firmados me costarían demasiado rescindirlos, y no está la economía para derrochar; pero te permitiré quejarte ante la directora de castin.

—Prometo no quejarme, aunque critique a tu espalda con Shauri y Sam sobre ello. —Robert volvió a reír.

Llegamos al aeropuerto; Robert se bajó del coche y sacó mi maleta. Se plantó ante mí, y ese instante me sobrecogió; me sobrecogió su mirada y su cercanía porque estuve a punto de besarlo en la mejilla al darle las gracias, y me limité a despedirme con timidez.

—Muchísimas gracias, Robert.

—No son necesarias. Para mí ha resultado un auténtico placer. —Me sonrió otra vez con tanta ternura que el suelo que pisaba tembló en ese momento—. Deseo que te diviertas en compañía de tus hijos. Espero verte el lunes.

—Gracias de nuevo. Hasta el lunes.

—Que tengas un vuelo tranquilo.

—Gracias, Robert. —Por un momento pensé que me iba a tomar como un loro por tanto repetirle «Gracias'», pero no encontraba otra palabra mejor.

No sabía qué pensaba Robert sobre mí o, mejor dicho, no sabía qué sentía, pero mi impresión era que se había insinuado. Sí, reconozco que es una expresión bastante antigua, pero es que yo, en ese aspecto, llevaba casi treinta años fuera de juego. ¿Sería posible que yo le gustara? Y no me refería a la escritora. ¿Sería posible que a Robert le gustara Lola?

Mi cabeza estuvo dándole vueltas al asunto casi todo el tiempo que permanecí en el aeropuerto y durante el vuelo, buscando los momentos y las miradas que —a lo largo de esa conversación y el fin de semana anterior en su casa— lo delataran, y la verdad es que encontraba algunas muestras bastante evidentes. Hasta que me encontré con el rostro de Nano, en el aeropuerto de Sevilla, y decidí no hacerme ilusiones.

Me apetecía pasar un par de días junto a mis hijos y, sobre todo, ver la cara de Nano al descubrir su regalo. Usaba mi viejo coche y no se quejaba por ello. Mis hijos estaban bien educados en ese aspecto, porque su padre había rozado la tacañería con ellos y conmigo, y estábamos acostumbrados a conformarnos con lo necesario, sin caprichos ni lujos y, sobre todo, sin protestar por no escuchar sus sermones, en los que nos explicaba cuánto trabajaba por nosotros. Ya que el aspecto económico de mi vida había mejorado bastante, me puse de acuerdo con mi hijo Pedro y le compré el coche que le gustaba; se trataba de una Volkswagen California, con unos cuantos extras que me podía permitir; a Nano y a su novia les encantaba marcharse de viaje con su casa a cuestas.

—Feliz cumpleaños, cielo. —Lo saludé con un fuerte abrazo y varios besos que él, paciente, me permitió.

Saludé a Paula, su novia, con la que llevaba saliendo desde hacía un par de años. Tenía la impresión de que se lo tomaban bastante en serio y siempre los veía felices.

—Estás estupenda, mamá —me comentó Nano antes de entrar en el coche—. Cada vez que te veo, estás más joven y más guapa.

—No lo creo. Hoy has cumplido veinticinco, lo que me recuerda los años que han pasado y...

—¡Qué más dan los años! Lo importante es cómo te encuentres —me animó Paula.

—Tienes razón, y me encuentro mejor que nunca.

Mientras conducía me lanzó varias miradas de reojo, en silencio, antes de atreverse a contarme una noticia.

—No sé si te va a gustar lo que te espera mañana. —Lo miré preocupada—. No es nada importante o, al menos, así intento tomármelo y creo que tendremos que empezar a acostumbrarnos.

—Cuéntamelo de una vez. ¿Pedro está bien? —le pregunté vehemente, aunque sabía que no vendría a recogerme porque estaba preparando el regalo

de Nano.

—Se trata de mi padre. Me ha llamado esta tarde, me felicitó y me comentó que mañana vendrá a comer con nosotros.

—Es normal que quiera celebrar tus veinticinco años.

—En los dos últimos cumpleaños, se olvidó de felicitarme. Lo que está deseando es restregarte a su novia, porque la traerá mañana.

No niego que ese imprevisto me afectara. Si me molestaba pasar —aunque fuera— un instante con Juan, no sabía cómo ni cuánto me afectaría tener que soportarlo junto a su novia, pero evitaría preocupar a mis hijos por ello.

—No pasa nada, Nano. Tendremos que acostumbrarnos a su presencia; ahora vienen en el mismo lote. —Mi hijo se rio por mi ocurrencia y se relajó.

La emoción que sintió y el abrazo que me dio cuando Pedro le ofreció, en el portal de casa, una cajita que contenía las llaves de su furgoneta, para que pudiera verla aparcada en la calle, me hizo dejar de lado a Juan y a su novia treintañera. Esa satisfacción, ese cariño que me demostró nunca me los podría robar mi exmarido.

Esa mañana me levanté temprano, tras una noche inquieta en la que no dejé de ver la imagen de Juan sonriendo y abrazando a la chica, y no porque me importara, sino porque me recordaba que a mí nadie me veía como la mujer que era y me sentía. Y también recordé a Robert, y también recordé a Doris.

«De acuerdo —me dije decidida—: quieres guerra, aunque sea un día, para dedicarlo a tus hijos, escucharlos, conocer algo de sus vidas y compartir unos minutos agradables. Una vez más demuestra que lo único importante en su vida ha sido él. Lucharemos, Juan».

Fui a una peluquería cercana y salí de allí en las mejores condiciones posibles porque tenía un gabinete de estética en el que me ofrecieron una sesión de hidratación para mi cutis —algo descuidado tras dos semanas de duro y absorbente trabajo—, la manicura y una buena pedicura. De camino a

casa, pensé que necesitaba algo más al ver un vestido, en un escaparate, que demostraría mi excelente forma física, y no lo dudé: me lo probé frente al espejo y casi no me reconocía, como me había sucedido con el vestido rojo, y me dije que debería arreglarme más a menudo si quería dejar de ser esa mujer invisible que me torturaba.

—Estás muy guapa, mamá, y más elegante aún —me saludó el menor de mis hijos cuando nos disponíamos a marcharnos hacia el restaurante donde yo había reservado una mesa desde la peluquería. Elegí uno bastante bueno para demostrar a mi hijo que ese día era importante en mi vida, y allí nos citamos con Juan y su novia. Mis hijos ya la conocían, así que la tensión solo nos afectaría a los tres mayores. Paloma, que así se llamaba y a la que había visto alguna vez de lejos, era mi antítesis cuando yo tenía su edad. Pero no me importó porque no pretendía parecerme a ella en lo más mínimo. Yo era una mujer satisfecha de mí misma, orgullosa del momento de mi vida que estaba transcurriendo y de una seguridad aplastante, que no pasó desapercibida a la pareja. Me encantó que los ojos de Paloma se abrieran como platos al mirarme frente a frente y que no fuera capaz de sonreír ni siquiera por compromiso. Quizás esperaba a una mujer mayor de cincuenta años, como yo recordaba a mi madre a esa edad, como Juan, y se llevó una sorpresa desagradable. Él no dejó de provocarme durante todo el almuerzo.

—¿Cómo te va en Londres?

—Estupendamente. Me encanta mi trabajo y estoy aprendiendo cada día a hacerlo mejor, aunque resulta agotador a veces. —Soltó una carcajada llena de cinismo.

—¿Agotador? ¿Me vas a decir que releer tu novela te resulta agotador?

—No se trata de eso; es mucho más complicado y exigente. Hay mucho dinero en juego, y la tensión...

—Seguro que se despilfarra el dinero en actores y ayudantes de dirección: un mundo de parásitos, alcohol y drogas. —Ese comentario me recordó a Robert, a su derroche de energía, a su exigencia y exagerado control sobre

toda la producción, a sus quince horas de trabajo diario, a sus ratos nadando. Permití que Juan hablara sin añadir nada más. Pensaba que, quizás, esa chica lo habría cambiado, habría logrado sacar lo mejor de él, pero no había nada que sacar. Yo no había estado equivocada todos esos años atrás, y Juan continuaba siendo un ignorante, un enano mental e insensible.

—Si vierais las mansiones que visitamos el fin de semana pasado en busca de exteriores... —contaba a mis hijos sin ocultar mi admiración—. Las típicas casas inglesas que vemos tantas veces en las películas y algunas pequeñas, más acogedoras y hermosas. Lo pasé genial.

—¿Y te pagaron un dinero extra por ese trabajo? —preguntó Juan, en su tono elegido, para fastidiar esa velada.

—No, me pagaron los gastos del viaje. Ya me pagan suficiente. —Le dolía no saberlo y no controlar las cantidades de dinero en que me estaba moviendo.

De regreso a casa, continuaron sus reproches. Se retrasó del grupo a conciencia porque deseaba comentarme algo.

—Podías haberme advertido sobre el regalo que ibas a hacerle a Nano. Me has dejado en ridículo.

—No lo creo. Nano conoce las posibilidades económicas de ambos y sabe lo que tú puedes permitirte. Necesitaba un coche y, mientras siga estudiando, depende de nosotros. No olvides que está trabajando de reponedor en un hipermercado.

—Así aprende que nadie regala nada. Sabes que soy muy reacio a esos caprichos, y tú vas a acostumbrarlo mal.

—Todo lo mal que pueda porque pienso compartir mi buena fortuna con ellos y ayudarlos cuanto necesiten. Para mí, mi dinero no tiene otro sentido que mejorar el bienestar de mis hijos. Si con ellos afecto a tus principios, lo siento, no es mi intención.

—Y darte la buena vida. Estás más guapa que nunca, pareces otra mujer, diferente a la que vivía conmigo.

—No soy diferente, te lo aseguro; no creo que el dinero cambie a las

personas. Quizás es que no te molestaste en conocerme durante los veintiocho años que compartimos.

—O no me gustaba lo que tenía y no necesitaba ni conocerlo mejor —me soltó con la intención de herirme, pero no lo consiguió, ni tampoco callarme.

—Pues vaya manera de malgastar tu vida. —Ese comentario lo encendió.

—Al menos he encontrado a otra persona que me da cuanto necesito.

—Me alegro por ti. Recuerda siempre tu pasado, los años malgastados y procura cuidar de ella —le respondí sonriendo y con toda la sinceridad que obtuve en mi interior, porque era lo que pretendía de todo corazón. No quería tener que ver otra cosa con él que no fueran nuestros hijos y tenía que dejárselo claro—. Aprovecha esta buena oportunidad de ser todo lo feliz que no fuiste conmigo. Los años pasan y son irrecuperables.

Le irritaba la impotencia que sentía al no poder herirme o fastidiarme con su peor intención, pero yo no se lo permitiría.

Paloma se retrasó del grupo para acercarse a nosotros, y pude ver en sus ojos una preocupación que no me esperaba. Le molestaba que Juan hablara conmigo a solas, y eso sería señal de que no se sentía segura con él. Ninguna mujer se sentiría segura con semejante egoísta, y los reproches que Juan me dedicaba, quizás, estarían provocados por sus celos. Estaba celoso de mi nueva vida; mi autosuficiencia lo mortificaba, y el hecho de que mis sentimientos hacia él hubieran desaparecido, como resultaba evidente, se le hacía insoportable. No volví a hablar con él hasta el momento en que nos despedimos, pero era consciente del modo en que me observaba, de cuánto le molestaba verme feliz y relajada al reunirme con mis hijos y sus novias y del modo en que ellos disfrutaban conversando conmigo sobre sus vidas; incluso las chicas, cuando él se situaba a una distancia insalvable entre nosotros.

—No puedo decir que me haya alegrado verte. —Juan comenzó a despedirse de mí a una distancia prudencial de los demás—. Como te dije antes, veo que estás comprando el cariño de tus hijos con tu dinero.

—Mis hijos y yo nos queríamos antes del regalo, y lo sabes. —Me armé de

valor antes de decirle lo que creía necesario—. Juan, no soy tu enemiga o, al menos yo, no me considero tu enemiga. Nuestro matrimonio no funcionó; lo dimos por terminado, y ahora, afortunadamente, cada uno ha encontrado su camino. Pero tenemos dos niños en común, dos hombres, mejor dicho, y no te voy a aconsejar ni a reprochar cómo debes comportarte con ellos y ante ellos. Es asunto tuyo, así que te pido que dejes de juzgarme porque yo también me considero libre para hacerlo a mi modo.

Creía que tenía dos niños y me había equivocado. De camino al aeropuerto, para el viaje de regreso a Londres, me encontré con dos verdaderos hombres, como le había dicho a Juan. Nano conducía orgulloso su furgoneta nueva, y hablábamos sobre alquilar una plaza de garaje en el mismo edificio, ya que los problemas de aparcamiento eran terribles. Tras unos minutos de silencio, Pedro se atrevió a hablarme.

—¿Cómo soportaste a papá tanto tiempo? Siempre te trató mal.

—Yo lo consentí. Anduve ciega un tiempo y, cuando abrí los ojos, os tenía a vosotros. Me parecía fundamental educaros con la presencia de vuestro padre y me prometí que lo soportaría hasta que tú te marcharas a la universidad, como así hice.

—Y ahora, con esa novia que no te hace sombra, pretende rebajarte —añadió Nano dolido—. No has puesto ni una mala cara, y él no ha dejado de provocarte. A veces creo que todavía te quiere y por eso se porta así contigo: porque está celoso de tu independencia y de tu desinterés por él.

—Es asunto suyo. Cada uno debe actuar como cree conveniente, y yo no he venido a pasar este fin de semana con él. La intención era celebrar tu cumpleaños y estar unos días a gusto y, al menos nosotros tres, lo hemos conseguido. ¿No os parece? —Los dos asintieron.

—Pero molesta e incordia y me cuesta no entrometerme y decirle que te deje en paz —me dijo Pedro, que hasta ahora parecía mantenerse al margen de

nuestra incómoda relación.

—Lo está haciendo sufrir el hecho que no pueda manejar nuestras vidas como antes —intervino Nano—, ni siquiera en el aspecto económico. De lo cual me alegro, mamá, porque me humillaba cada vez que me veía obligado a pedirle dinero cuando se olvidaba ingresarme el alquiler. ¿Qué más quería de mí si trabajo cuatro horas de reponedor, de lunes a sábado, y hay días que me falta tiempo para estudiar y preparar mi doctorado? Nunca quise decírtelo para evitar que te enfrentaras a él. Lo respeto porque es mi padre, pero no deseo verlo nunca y creo que el afecto es mutuo ahora.

—Él os quiere, a su forma peculiar, pero os quiere, y debéis respetarlo siempre aunque ya no lo necesitéis.

—Si vuelve a portarse otra vez contigo del mismo modo que ha hecho este fin de semana, no lo consentiré, aunque dejemos de hablarnos por ello.

No hacía falta dar explicaciones. Ellos habían vivido en la misma casa que yo, junto al mismo hombre que yo; sabían cómo era su padre y, en el fondo, me producía una gran satisfacción que lo hubiesen conocido sin que yo me hubiera inmiscuido ni los hubiera influenciado.

—¿Vendrás el fin de semana que viene? —me preguntó Pedro.

—Podíais ir vosotros a visitarme. Tengo un dormitorio libre y un sofá cama estupendo. Podremos apañarnos.

—En el puente del Pilar, iremos. Te lo prometemos, mamá.

—Sacad los billetes ya, antes de que os arrepintáis.

Me acompañaron hasta la terminal y me despidieron con un cálido abrazo y con algunos besos que yo necesitaba.

Capítulo 9

ALBA

¿Qué clase de hombre patán y egoísta fue mi abuelo Juan? ¿Qué clase de hombre no querría conocer a su primera nieta? ¿Cómo pudo ser tan soberbio y vengativo? Pobre abuela. La fuerza de voluntad que habrá tenido para soportarlo. No me gustaría pasar por algo parecido; después de lo que me he enterado sobre Ross y Sondra, hasta la madre de Andrew soportó a otro mujeriego y mal hombre. Desde luego estoy ciega, soy una ingenua y, cuando lo recuerdo, me siento fatal porque mi novio es un hombre sincero, formal y responsable, a la altura de mi abuelo Robert, de mi tío y de mi padre, y yo he estado a punto de estropear nuestra relación.

—¿Qué te ocurre, Alba? —me pregunta Andy a la vez que se sienta frente a mí sobre el murete del porche—. Parece que te hubieras atragantado.

—Nada —me disculpo sonriendo—. Es por la historia de mi abuela. Estoy conociendo a mi verdadero abuelo a través de lo que me cuenta y me compadezco de ella y de su sufrimiento. No imaginas el sacrificio que hizo por sus hijos y al hombre tan repugnante que soportó.

—¿Por qué se casó con él? —pregunta extrañado.

—Era muy joven e inexperta y creía estar enamorada de él; fue el único hombre con el que trató íntimamente hasta conocer a mi abuelo Robert. Nunca salió de su pueblo, dejó sus estudios al salir del instituto porque su padre era un retrógrado machista, de los que opinaban que las mujeres nacían para ser esclavas de los hombres. Fue lo que vivió desde niña.

—¡Vaya! —exclama sorprendido—. Nunca lo hubiera imaginado de una mujer como tu abuela. —Lo miro sonriendo.

—Eso significa que la vida no acaba hasta que te mueres y que siempre tienes la oportunidad de mejorar, cambiar de rumbo y crecer como persona si aprendes de tus experiencias. Nunca hay que rendirse.

—No, nunca hay que rendirse. —Ratifica mis palabras—. Yo no sé rendirme, por eso estoy aquí. —Toma mi mano y se la lleva a los labios para besarla con adoración—. ¿Te apetece salir a cenar?

—¿Ya has acabado? ¿Tu empresa va bien? —Mi pregunta es un claro desafío.

—Por ahora sí, pero hay varios asuntos importantes por resolver y no me fio de la capacidad ni del interés de Ross ni un pelo.

—Andy... —Lo miro un instante y procuro transmitirle sinceridad—.... si crees necesario marcharte, hazlo. Lo entenderé. No deseo que estés aquí sufriendo ni preocupándote porque las cosas no marchan como tú pretendes.

—¿Lo dices en serio o me estás echando? —Con un gesto serio, niego con la cabeza aunque no estoy del todo convencida.

—Procuraré confiar en ti. Me has prometido que lo intentarás. —Besa de nuevo mi mano en silencio y temo que me responda que se tiene que marchar porque no sé cuál será mi reacción cuando llegue el momento.

—No, Alba, necesito estar contigo y recuperarte. Sé que aún no lo he logrado, a pesar de tu buena voluntad. —Sonríe desganado—. No me arriesgaré a perderte de nuevo. Voy a demostrarte que mi intención es ofrecerte lo que necesitas. —Me mira dolido—. He sido muy torpe.

—No te culpes de ese modo.

—Sí. Desde que te conozco, sé lo especial que eres, en el mundo tan distinto en que te has criado, lleno de amor, de protección, de mimos, de privilegios. Yo siempre lo he sabido, al igual que sabía lo difícil que sería estar a la altura de tus sentimientos. Y necesito conseguirlo, lo necesito egoístamente porque no puedo vivir sin ti. Quiero esta vida contigo porque es

lo más hermoso que he visto nunca, lo que envidiaría tener cualquier persona, aparte de un tesoro como tú, mi preciosa sirenita.

Ante esas apasionadas y sinceras palabras, solo puedo levantarme y sentarme en su regazo para abrazarlo, besarlo y expresarle mis intensos sentimientos.

—Te quiero mucho, Andy, no sabes cuánto. No deseo separarme de ti nunca más.

—Ni yo de ti, mi niña mimada. —Me abraza con tanta fuerza que me cuesta respirar, pero no protesto y me pego aún más a su cuerpo mientras oigo su lastimosa confesión—. Si supieras cuánto he sufrido cada día sin verte. Llegaba a casa después del trabajo; tú no estabas allí, y me dolía tanto el pecho que no podía respirar. Entonces, cogía el coche, conducía hasta la casa de tus abuelos y esperaba por si aparecías ante una ventana o por si llegabas de una cita. —Me sorprende y lo reflejo en un gesto—. Aunque te parezca mentira. No quiero sentirme así nunca más; prométeme que no lo permitirás.

—Te lo prometo —respondo mientras acaricio su pelo corto.

—Prométeme que discutiremos nuestros problemas sin separarnos; a cambio, puedes estar segura de que me esforzaré hasta el último día de mi vida para que seas feliz a mi lado.

Permanecemos unos minutos abrazados en silencio, reconfortándonos en nuestras promesas.

—¿Sabes que eres una exhibicionista de cuidado? —me pregunta sonriendo, mientras acaricia una de mis piernas a lo largo—. En la playa, los pechos, ahora estas preciosas piernas. Esto solo debe ser para mi propio disfrute y no para los ojos de los demás.

—Aquí solo está mi familia. —Me justifico sin alterarme porque sé que está provocándome—. Además, hace calor.

—Sí —susurra en mi oído—, mucho calor. Estoy ardiendo. —Las manos de Andy, bajo el blusón, recorren mi cuerpo a su antojo—. Por ti. ¿Por qué no subimos y me refrescas un poco?

—Buena idea —le digo al oído—. Creo que yo también lo necesito.

Me levanto y lo tomo de la mano. Entramos en la casa en silencio e, intentando pasar desapercibidos, logramos subir a mi dormitorio sin que nadie nos interrumpa por el camino. Yo me entretengo en cerrar la puerta, viendo cómo mi novio se quita la camiseta, el bañador y luce ya una majestuosa erección. El fuego que siento en mis entrañas provoca tanta humedad entre mis piernas que casi me lleva al orgasmo; no puedo moverme porque mis extremidades lacias no me responden.

—Vamos, Alba —me anima Andrew, vistiendo solo con su sonrisa pirata y un preservativo; ante esa erótica visión, se escapa de mi garganta un lamento de puro placer—. ¿No me necesitas?

Un impulso me arroja a sus brazos con fuerza, y no permito ni que se tumbe. Mientras yo me quito el blusón, él —tan impaciente como yo—, me baja las braguitas y me sienta a horcajadas sobre su regazo, y me dejo penetrar hasta lo más hondo de mi interior bajo la intensa mirada de mi hombre, que se derrite al comprobar mi deseo por él. Cuatro o cinco minutos me bastan para sucumbir al orgasmo, que casi consigo con solo verlo excitado, y Andrew lo alcanza detrás de mí.

—Eres increíblemente caliente, cariño, y me encanta tener aún ese poder sobre ti.

—Sí que lo tienes, y no me importa reconocerlo.

—Con lo independiente que eres, ¿cómo es que no te importa? —Sonríe confiado.

—Porque contigo me siento orgullosa de ser mujer, disfruto de mi vida y de mi cuerpo y, lo que es mejor de todo, soy correspondida.

—Yo no lo habría descrito mejor.

—¿También te sientes orgulloso de ser mujer? —le pregunto riéndome y él secunda mis carcajadas pegando su frente a la mía.

—¿Tú crees que tengo algo de mujer?

—Nada, aparte de mí, que me tienes toda.

—¡Oh!, cariño, no me digas esas cosas. Me hace sentir que no te merezco —me confiesa con un gesto de dolor.

Atrapo su rostro entre mis manos y me sumerjo en su mirada azul. Lo beso en los labios con delicadeza.

—Si no fueras tan condenadamente guapo, nunca me habría enamorado de ti.

—Así que estás conmigo por mi aspecto físico —afirma de mejor humor.

—Por supuesto. No olvides que soy frívola, romántica y, sobre todo, superficial.

—Sí, y me encanta. Sobre todo, lo que hay debajo de todo eso. Te adoro, Alba.

Andrew baja primero y comenta a todos que pretendemos cenar en Tarifa. Extiende su invitación, pero nadie se apunta; la fortuna nos sonríe.

Cenamos en un pequeño restaurante de comida oriental, situado cerca de la playa, y luego damos un romántico paseo por la orilla, bajo la luz de la luna, siempre asidos de la cintura. Yo le cuento a Andy lo que he escrito, por ahora, sobre la vida de mi abuela, y él no sale de su asombro al conocer la vida que llevó y cómo logró alcanzar su independencia.

—Es una mujer admirable y muy hermosa. Recuerdo a mis padres hablando sobre ella en el club, alguna vez que asistiría con Robert. Me pareció una mujer de una belleza impresionante, tan elegante, de una educación exquisita y apropiada para Wilder. Eso también opinaba mi madre.

—Lo es, sobre todo en su forma de ser. El modo en que protegió a sus hijos fue magnífico y una gran manera de demostrar su generosidad. Y aún no sabes nada; ya te contaré cuando vaya avanzando en la historia. Pero lo que sí estoy aprendiendo es que nunca hay que parar en la vida; hay que vivir, luchar por conseguir tus ambiciones sin importar la edad y, menos aún, las opiniones de los demás.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras nos sacudimos los pies

tras caminar durante un buen rato por la arena húmeda de la playa. Y luego Andrew me recuerda una idea que llevábamos posponiendo dos veranos.

—¿Te apetece que viajemos unos días a Marruecos? Hace años que deseamos ir y siempre lo hemos retrasado a causa de mi trabajo.

Lo miro sorprendida y, con una gran sonrisa dibujada en mis labios, le respondo:

—Me encantaría. Viajé de niña en un par de ocasiones, pero ya ni me acuerdo.

—Lo prepararé —me dice contento y satisfecho por ofrecerme algo que me ilusiona.

A la mañana siguiente, me despierto sola y bajo a desayunar. Andrew trabaja en el porche.

—Buenos días, cariño. —Su saludo está lleno de ternura. Me acerco y levanta su rostro para recibir mi beso—. Necesito un par de horas.

—¿Has desayunado?

—No, te estaba esperando. ¿Me lo preparas y me avisas?

—Explotador —respondo a su sonrisa y suelto una carcajada.

Mientras desayunamos, mi abuela comenta que la noche anterior estuvo hablando por teléfono con Mary, la madre de Andrew, y que la invitó a pasar unos días.

—Seguro que ha aceptado tu invitación —dice Andrew—. Está deseando salir de Londres y el año pasado se sintió muy a gusto aquí. —Sonríe cariñoso a mi abuela—. Gracias, Lola, eso ha sido un gesto muy generoso por tu parte.

—Mary tiene derecho a pasar unos días junto a su hijo. Se ha quejado de lo poco que te ve —le regaña la abuela—. Tienes que ser más considerado con tu madre, Andrew, ir a verla o llamarla de vez en cuando.

—A veces no tengo tiempo para mi preciosa novia, imagínate para mi madre.

—Debes organizarte mejor —se atreve a exigirle—. A las madres nos gusta ver a nuestros hijos, aunque sean mayores, y saber cómo les va en la vida. Está muy contenta de que estés aquí con nosotros.

—Lo imagino —responde sumiso—. Se alegró mucho cuando le dije que vendría a ver a Alba. —Me dirige una mirada tan tierna que consigue convertirme en gelatina—. Estaba deseando que nos reconciliásemos, la quiere más que a mí.

—Eso es porque la escucho mientras hablamos —me burlo—. Solo tienes que ponerle un poco de atención; es una mujer muy divertida.

—Sí, lo es —responde serio—. Eso la ha salvado de sufrir alguna depresión ante los graves problemas económicos que nos vimos obligados a soportar y superar hace unos años.

En mi correo de Alba la periodista, encuentro de nuevo dos mensajes de *drivers* diferentes y que hacen referencia al mismo caso de maltrato. Se trata de dos vecinos que coinciden en sus informes en hora y modo de ocurrir el suceso. El hombre gritaba a su mujer y a sus hijos, y luego se oían los quejidos y las lamentaciones de ella; a la mañana siguiente, ambos comprobaron que la chica tenía una herida en el labio inferior, hinchado, y un hematoma en el pómulo izquierdo. Contesto ambos correos con la promesa de que investigaré la veracidad de ese hecho, en cuanto regrese del viaje que estoy haciendo, y les pido que continúen siendo mis ojos y mis oídos e informándome sobre cualquier novedad que ocurra, porque ellos son la fuerza de la verdad, los que me empujan a hacer mi trabajo de denuncia.

Luego abro mi correo personal. Hay un mensaje de Sandy, con unas fotos de Nueva York adjuntas, en las que ambos me parecen inmensamente felices. Los quiero de verdad y me alegro por ellos. Y esa felicidad que demuestra mi mejor amiga me provoca cierta envidia —o sería mejor decir que me obliga a comparar nuestras vidas— y, entonces, llego a la triste conclusión de que yo

nunca alcanzaré esa despreocupación y confianza absoluta que veo en mis amigos porque la sombra de lo que me ha sucedido con Andrew me perseguirá siempre. Estaré esperando cada día a que llegue tarde, a que me deje plantada en una cena por una reunión o un compromiso de trabajo y, entonces, tendré que dejarlo de nuevo porque no lo soportaré.

—Se los ve muy felices —me sorprende Andy, que se ha acercado sin que lo perciba, y habla por encima de mi hombro—. ¿Están en Nueva York?

—Sí. Fíjate en esta: los ojos de Bradley hablan por él. Estaba deseando casarse con Sandy. Si lo hubieras visto abriendo el baile en su boda... No había un hombre, en el mundo, más feliz ni enamorado que él. —Me giro para mirarlo—. ¿Sabes que está deseando tener un hijo? —Le sonrío esperanzada por ellos—. No me extrañaría que Sandy regresara embarazada.

—Si es lo que desean, me alegraré por ellos. Bradley resultaría todo un padrazo.

—Seguro que sí. —Sonrío al imaginármelo con un bebé en los brazos y haciéndole toda clase de carantoñas.

—Nosotros también lo lograremos —me dice, lo que me sorprende—. En cuanto consiga que confíes en mí de nuevo, nos casaremos y formaremos nuestra propia familia. —Mi gesto incrédulo no lo enoja ni le resta un ápice de entusiasmo—. Solo tengo que dedicarte atención, cariño y te prometo que tendrás cuánto necesites. De lo otro, para fabricar niños, andamos sobrados. —Se ríe a carcajadas; me lanzo a su cuerpo y lo callo con un impetuoso beso.

—¡Qué guapo eres, maldita sea! —exclamo en sus labios.

—No me considero guapo, pero me complace y me enorgullece que tú me veas así.

Mi primo Manu entra como un relámpago en el porche y nos interrumpe.

—¡Papá! —grita bromeando—. Mi prima está en modo romántico, así que no soltará a Andrew.

—Manu, hola, ¿qué quieres? —le pregunta Andy sonriendo tranquilo y sin soltar mi cintura.

—Es poniente. Vamos a practicar *kite*. ¿Te vienes?

—Por supuesto que vamos —respondo yo mientras contemplo una imagen de Manu con los ojos en blanco como respuesta—. No os libraréis de mí.

Conforme nos acercamos a la playa, el cielo parece haberse vestido de fiesta, decorado con las cometas de colores. El viento del poniente ha despertado a todos los amantes del *kite* y del *windsurf* que pueblan gran parte de la arena de la playa y del mar. Gente —jóvenes en su mayoría— de todas partes de Europa intenta aprender a navegar arrastrada por el viento, y ese día es ideal para lograrlo. Yo me llevo un libro como compañero porque sé que los chicos me ignorarán esa mañana. Después de dar un largo paseo por la orilla, estoy tan enfrascada en la lectura que ni siquiera me doy cuenta del paso del tiempo hasta que se acerca Andy.

—Cuando te pones a leer, eres peor que yo con mi trabajo —me reprocha sonriendo—. Llevas dos horas sin levantarte de la toalla, solo te has movido para darte la vuelta. A ver —me dice comiéndome con los ojos—, estás doradita por los dos lados. Para comerte.

Si se lo propone, Andrew puede resultar el hombre más seductor de la tierra, y yo caigo en sus redes con una facilidad pasmosa. Solo lleva unos días conmigo y ya me tiene completamente hipnotizada bajo su poderoso influjo, como siempre ha sucedido entre nosotros. Pero tengo que reconocer que él se muestra del mismo modo conmigo.

Esa misma tarde, después del almuerzo, mientras Andrew atiende sus asuntos y luego juega con los chicos en la piscina, yo me dedico a escribir durante las que serán unas placenteras horas.

Capítulo 10

LOLA

A mitad de semana, Robert entró en nuestra sala de trabajo y me llamó a su despacho. Me dirigí preocupada hasta allí porque desconocía el motivo de su requerimiento.

—¿Querías conocer los rostros de tus personajes? —Yo asentí sorprendida—. Siéntate —me ordenó al tiempo que me acercaba una silla a su sillón—. Tengo todo el reparto en un fichero. A ver qué te parece.

No pude hablar, sorprendida ante su excesiva amabilidad, y me dispuse a ver las fotos sin ocultar mi nerviosismo. Estábamos sentados muy juntos, como en las butacas de un cine, y reconozco que esa cercanía me alteraba demasiado.

Robert sonreía al ver la emoción que me iba provocando la aparición de mis personajes, uno a uno, mientras él —divertido— me pedía que averiguara el papel que protagonizaría. Con algunos no estaba muy de acuerdo, pero con los principales me vi obligada a reconocer que estaban bastante acertados. Lo que más me agradó fue que perdió más de media hora de su codiciado tiempo conmigo y se mostró no solo amable, sino, además, a gusto, chistoso y relajado, hasta que su secretaria le avisó que lo estaban esperando en la sala de reuniones.

—Ahora no tengo tiempo para discutir tu opinión —se disculpó sonriendo— pero, si no tienes ningún compromiso, podemos hacerlo esta noche durante la cena. Te invito a cenar.

Ante mi sorpresa y mi silencio, Robert lo dio por hecho.

—Te recojo en tu casa a las ocho. ¿Te parece bien? —me preguntó con esa seguridad aplastante que parecía más una orden, señal de que estaba acostumbrado a cumplir sus planes.

—De acuerdo. —Asentí con timidez—. A las ocho. —Nos despedimos en el pasillo.

No sé qué cara tendría al entrar en la sala de guionistas, pero Sam y Shauri se preocuparon.

—¿Sucede algo malo, Lola? —se interesó Sam.

—No lo sé, creo que no.

—¿Qué te ha dicho Robert? Estás blanca como la pared.

—Necesito vuestra opinión. —Y comencé a contarles—. Durante todo este rato que he estado fuera, ha estado mostrándome las fotos de los actores del reparto; se ha visto obligado a marcharse a una reunión y me ha pedido que vaya a cenar con él para discutir mi opinión. —Sam y Shauri se miraron sonriendo—. Lo ha dado por hecho y no he podido negarme. Ha estado bastante amable; la verdad es que, cuando habla conmigo, siempre se muestra igual. Reconozco que, el fin de semana pasado, se portó como un auténtico caballero del siglo pasado.

—Aún no me creo que no se te haya insinuado —replicó Sam.

—Temía que lo hiciera porque no sabría enfrentarme a algo parecido; pero te aseguro que no se insinuó.

—Entonces, ¿qué te preocupa? Ve a cenar —me aconsejó Shauri convencido—. Ya has estado en su casa dos veces. Robert no se prodiga mucho y, menos aún, repite.

—¿Qué quieres decir?

—Que no suele relacionarse con sus empleados y, que yo sepa, no los invita a cenar a una reunión de socios en su propia casa. Creo que siente un interés especial por ti.

—¿Y lo de Doris en su casa?

—Si Doris se ofreció, es un hombre soltero.

—Bueno —aclaró Sam—, no le ocultes la verdad, Shauri. La fama de Robert no es muy de fiar en ese aspecto. Todos sabemos que no ha mantenido una relación estable desde su divorcio, y de eso hace más de diez años. Es hombre de una sola noche, sin complicaciones. La prioridad de su vida es su trabajo.

—Intentas decirme que es un promiscuo —definí sin pensarlo para diversión de mis compañeros.

—Tienes que cambiarte el chip, Lola —me reprochó Sam—. Eres soltera y tu cuerpo tiene necesidades que debes empezar a escuchar. Te aseguro que no rechazaría una proposición de Robert. ¿Qué más quisiera yo? Cena y sexo. Tiene fama de ser todo un experto. —Logró escandalizarme.

—Pues esta noche tendrá que conformarse con una cena. —Mis compañeros suspiraron y pusieron los ojos en blanco—. No me gusta servir para enfriar apetitos exagerados.

—Apetitos exagerados —repitió Shauri negando con la cabeza—. Cariño, has recuperado tu libertad con treinta años de retraso. Espabila.

A las ocho salí del portal, justo cuando el coche de Robert llegaba. Había tardado una hora en arreglarme después de probarme todo lo que había en mi armario. Al final me decidí por el último vestido que había comprado en Sevilla y cogí un mantón de lana que me abrigara porque en Londres no hacía la misma temperatura. Por supuesto, se bajó, me esperó con la puerta abierta y con un buqué alegre y precioso de pequeñas margaritas en su mano, que me ofreció sonriéndome tras besarme en la mejilla.

—Gracias —respondí turbada al cogerlo sin que él me dirigiera ni una sola palabra. Solo esa deslumbrante sonrisa.

«Flores —me decía a mí misma—, un hombre caballeroso y galante que me regala flores mientras me abre la puerta del coche. Esto no puede estar

pasándome a mí, a los cincuenta años, en Londres. No. Estaré viendo una película y me he quedado dormida o como sucede *En la rosa púrpura del Cairo*, en la que los actores se sublevaban».

—¿Tienes preferencia por algún restaurante? —me preguntó, y su voz me trasladó a la tierra.

—No, no, elige tú. Seguro que los conoces mejor.

—De acuerdo. —Me fijé, en ese instante, que iba muy bien vestido; informal, pero la ropa que llevaba le sentaba de maravilla a su corpachón. Se había molestado en cambiarse de ropa para nuestra cita.

Puso el coche en marcha y nos dirigimos a Chelsea, a un elegante restaurante. Saludó con afecto a Tom, el dueño del restaurante y el responsable del servicio de cáterin de la cena de socios, a quien felicité por la exquisitez y la presentación de sus platos.

—No quiero ni ver la carta. Sorpréndenos. —Me impresionaba la habilidad con que Robert ordenaba a todo el mundo y cómo los demás obedecían sonriendo.

El metre, al que saludó Robert con un firme apretón de manos, me dedicó una inclinación de cabeza, poco habitual en estos días, y recordé el comentario de Shauri. Pertenería a mi época.

—¿El vino de siempre, señor Wilder? —Robert se dirigió a mí.

—¿Te apetece un vino de tu país? —Yo me limité a asentir sonriendo—. Son mis favoritos.

No podía hablar, me sentía agobiada por las dudas que Robert me despertaba. No sabía cómo actuar ante ese exceso de atenciones y me moría por saber si Robert se mostraba de este modo con todas sus acompañantes, si se habría comportado igual con Doris, o es que sentía algún interés especial por mí, como había predicho Shauri. En toda mi vida me habían tratado como... como a una dama. Ni siquiera Juan en sus mejores momentos o en nuestro viaje de novios. Pero resultaría mejor para mí y para mi pobre y entusiasmado corazón tener a Doris presente. Robert sería un oportunista

dispuesto a obtener lo que quería de las mujeres; luego no quedaba sombra de sus gestos, como me había advertido Sam, y yo no estaba preparada emocionalmente para mantener una relación de ese tipo. Así que me dije: «Lola, cabeza, recuerda».

—Tom es un excelente cocinero.

—No solo por el sabor de sus platos; me encanta como los presenta. También se come con la vista, aunque yo no soy melindrosa con la comida.

—Me parece que no lo eres ni en la mesa ni en ningún otro aspecto. Te has adaptado sin problemas a tus compañeros, al ritmo de trabajo, incluso a mis exigencias. —Me miró como solía hacerlo cuando estábamos solos y me mostraba al otro Robert, al hombre tierno y sensible—. No te pregunté qué tal resultó el cumpleaños de tu hijo. ¿Qué le regalaste?

—Su primer coche, una Volkswagen California. Es el que le gustaba y el pobre se conformaba con el mío, viejísimo.

—Te querrá mucho. Vaya regalazo.

—Sí. Ya me quería antes de regalárselo; ahora me imagino que me querrá un poco más. —Nos reímos un momento—. Es un buen chico; los dos son buenos chicos, y nos llevamos bien. No me quejo. Con lo que se ve por ahí... —Suspiré— Vendrán dentro de un par de semanas y pasarán conmigo unos días. —Me callé un instante y me dejé invadir por la nostalgia; Robert lo percibió enseguida.

—¿Algo va mal?

—No, no. Es que me cuesta asimilar la idea de que ya no les resulto imprescindible y entiendo que debo dejarlos volar libres. Ha pasado tan rápido.

—Tu vida pasa por otra etapa. Como tú me dijiste, vuelve la auténtica Lola.

—Sus ojos se encendieron animados.

—Sí, y me siento bien viviendo con ella.

—Se te nota. Sin duda eres una mujer orgullosa y satisfecha de sí misma. Pocos pueden decirlo.

—¿Tú puedes?

—Actualmente estoy atravesando una etapa pantanosa y frágil. No sé cómo escaparé.

—¿Tus negocios van mal? —le pregunté preocupada.

—Mejor de lo que esperaba; me refería a mi estado emocional. Aunque suelo ser bastante optimista y, como imaginarás, estoy acostumbrado a salirme con la mía.

—Sí, eres bastante mandón. —Soltó una carcajada elegante y sonora, y ella me reflejó que esa noche también se sentía cómodo conmigo.

Robert prefirió no continuar profundizando en ese asunto, y yo no me veía con la confianza suficiente para alentarle a hacerlo por si mencionaba a otra mujer. Decidí cambiar de tema, y comenzamos a hablar sobre cómo elegía yo a los personajes. Después, durante un buen rato, se interesó en conocer parte de la verdadera historia de Gibraltar, en la que me preguntaba, atendía a mis respuestas y escuchaba con curiosidad. La cena finalizó tomando una copa con su amigo Tom sentado a nuestra mesa. El hombre se mostró simpático y agradable, y mantuvimos una interesante conversación sobre la cocina mediterránea. No es que yo fuera una experta, pero cocinar no se me daba mal, y discutíamos sobre el uso adecuado de unos condimentos u otros. Resultó una velada relajada y amena de la que Tom acabó despidiéndose de mí con un cálido abrazo y dos besos en las mejillas. Salimos del restaurante cerca de la medianoche.

—Vaya, no me he dado cuenta de la hora que es —comenté al ver el reloj del coche—. Ha sido una cena muy agradable, Robert. Gracias.

—A ti por aceptar mi invitación. Has conseguido que desconecte del trabajo por completo, y eso no es nada fácil en mí. Tienes la habilidad de lograrlo. — Me miró un instante y me atrapó en sus ojos de chocolate—. Me relaja tu compañía y te lo agradezco.

—Me alegro por ti —respondí ruborizada.

Se calló un momento y noté algo de tensión en su rostro. Tenía la impresión

de que estaba indeciso hasta que se atrevió a hablar y, en ese instante, preferí que no lo hubiera hecho.

—Lola, no quiero estropear lo bien que lo he pasado contigo y, mucho menos, ofenderte con lo que voy a proponerte. La verdad... —Sonrió—... es que me causas bastante respeto. —Me miró un segundo—. ¿Te gustaría continuar hablando en mi casa y tomar una copa? —Estaba segura de que había percibido el respingo que di en el asiento del copiloto. Jamás me habían hecho una proposición de ese tipo y, mucho menos, un hombre como Robert, que era mi jefe, además. Tomé aire antes de responder, a la vez que me decía: «Cabeza, Lola, cabeza».

—Te lo agradezco, Robert, pero es tarde; mañana me levanto temprano y soy bastante disciplinada. No pretendo ofenderte con mi negativa, porque también lo he pasado muy bien. La cena ha resultado fantástica, al igual que tu compañía.

Me sonrió, pero vi la decepción en sus ojos, y no me extrañó. ¿Cuántas mujeres se atreverían a rechazar una proposición de un hombre como ese? Solo una mujer de cincuenta años que se creía invisible para el resto del mundo, sobre todo a los ojos de los hombres.

—Podemos dejarlo para otra ocasión... —continué para intentar relajar la tensión del desagradable instante—... si no te importa —susurré.

—Cuando quieras —me respondió y en mis oídos pude leer sus pensamientos: «¿Qué te crees tú que tendrás otra oportunidad como esta que te acabo de ofrecer?».

Me veía en la obligación de rechazarlo, aún no estaba preparada para el sexo con un hombre al que acababa de conocer, y menos con uno del que era capaz de enamorarme como una imbécil, si no lo estaba ya. Quizás me arrepintiera durante toda mi vida por no haber sido capaz de irme a su casa esa noche y meterme en su cama. La despedida fue como yo esperaba por su parte; a pesar de mostrarme lo más agradecida que pude y de ofrecerle mis mejores sonrisas, Robert «Patán» Wilder fue el que se despidió de mí, aunque

se hubiera bajado del coche y me hubiera acompañado hasta la puerta, donde me despidió con un beso en la mejilla.

—Estaba deseando verte —me asaltó Shauri, con una sonrisa expectante de oreja a oreja, en la entrada de los estudios, mientras me esperaba a que me descalzara las deportivas—. ¿Cómo fue todo?

—La cena estuvo genial.

—¿Dónde?

—En Chelsea, en el restaurante de Tom... —dudé—. No me acuerdo de su apellido.

—Vaya, con Robert. Sabe que eres un peso pesado y ha sacado sus mejores armas. Es evidente que intentaba impresionarte.

—Y lo consiguió, me impresionó. Lo pasé muy bien y se mostró como el hombre amable y sensible que es. —Shauri me miró enarcando una ceja en señal de evidente duda.

—Creo que te estás equivocando de Robert.

—Te aseguro que se muestra amable y muy sensible —remarqué el «muy»—. Cada vez que hablamos, mejora. Es encantador. Pero tú lo conoces mejor y quizás solo lo haga para conseguir sus pretensiones. —Shauri soltó una carcajada.

—¿Y consiguió sus pretensiones de una señora decente como tú? —me preguntó cambiando la voz por otra más grave.

—No, y lo siento. Sé que me arrepentiré durante el resto de mi vida, pero no pude aceptar cuando me ofreció ir a su casa a tomarme una copa.

—¿Cómo pudiste negarte, Lola? —Suspiró enojado y puso los ojos en blanco con teatralidad—. ¿Es que Robert no te gusta? Es evidente que sí.

—Tienes razón —respondí enfadada, mintiendo; no pretendería que le hablara sobre mis apetitos sexuales—. Me gusta mucho, lo reconozco, pero no hasta alcanzar el sentido que tú le das. —Resoplé angustiada—. No pienso

preocuparme, porque resultó evidente que se marchó enfadado y, sobre todo, decepcionado, así que ya no me invitará más. Y lo siento porque me encuentro muy a gusto en su compañía.

Para mí sorpresa y para la de mis compañeros, Robert continuaba mostrándose tan amable como en ocasiones anteriores. Escuchaba mis propuestas con el mayor respeto, que solo me destinaba a mí —según Sam y Shauri—, y me presentaba orgulloso a algunos de los actores que pasaban por los estudios de vez en cuando. Shauri se impresionó al comprobar que yo no mentía respecto al comportamiento de nuestro jefe conmigo, sobre todo cuando me presentó a la actriz que representaría a la bisnieta de Mary Clark, la última de las protagonistas, cuya elección me pareció de lo más adecuada.

Estábamos recogiendo nuestras cosas, el viernes a las seis de la tarde, cuando Robert abrió la puerta de nuestra sala y yo me lo quedé mirando fijamente a esos ojos color chocolate, a los que me estaba volviendo adicta.

—Shauri. —Llamó su atención como quien decía «sargento». Me voy a Dublín.

—¿No estarás en la presentación del miércoles?

—Sí, regreso el martes. El jueves comenzaremos el rodaje de los primeros tres capítulos. —Relataba la agenda y las órdenes sin dudar, mientras miraba a Shauri—. Quiero que le deis un repaso a partir del lunes y el jueves continuáis con lo que hayáis dejado hoy entre manos. Intentad que quede bien atado; espero que no surjan dudas ni problemas en el último momento. Y mantenme informado de cualquier cambio que corriáis; Liza me lo enviará y yo se lo mandaré a Charles. —Era el director.

—De acuerdo, Robert —respondió paciente mi compañero—. Que tengas buen viaje.

Yo no había dejado de mirarlo en ningún instante y di un respingo incontrolado cuando dirigió sus ojos a mí y nos deseó un buen fin de semana.

Creo que balbucí algo así como «Que tengas buen viaje».

Su mirada me pesaba cada vez más; cada vez me parecía más importante recibirla y, en ese momento, en que pensaba que cerraría la puerta sin dirigírmela, casi se me rompió el corazón por la decepción. Me conformaba con que solo me mirara de ese modo, distinto a los demás, aunque solo fuera por lo que me había dicho dos noches atrás: porque le causaba mucho respeto.

Sam me invitó a salir con un grupo de amigos del estudio; irían a cenar y, luego, a casa de uno de ellos a tomar unas copas. Pero esa noche no me apetecía, estaba demasiado preocupada por lo mucho que me importaba la mirada de Robert y no podía permitir que eso sucediera. Cada día acudía al trabajo con más ganas de verlo, deseaba que volviera a invitarme a cenar y, entonces, mi cabeza se envolvía en un torbellino de dudas y preguntas: «¿Qué haré?, ¿lo rechazaré?, ¿me iré con él?, ¿sería capaz de meterme en su cama...?».

Dudas, dudas, dudas. A los cincuenta años, mi vida se estaba convirtiendo en una inmensa incertidumbre que me empujó a sacar un vuelo a Sevilla el sábado por la mañana, temprano, a escapar de Londres y sentir el calor y el cariño sincero de mis hijos, aunque solo fuera durante unas horas.

Pensé darles una sorpresa, así que no les avisé. Aunque la sorpresa me la llevé yo al entrar en mi casa y encontrarme a Juan y a Paloma, que habían decidido pasar el fin de semana en mi dormitorio. Y como no me había deshecho de mi impotencia por no poder controlar mis sentimientos ni mi mal humor, lo descargué hacia mi ex por primera vez.

—¿Qué haces aquí? —le exigí delante de su estúpida y pueril novia.

—He venido a ver a mis hijos —me respondió como si tuviera algún derecho.

—No me importa que vengas de visita, pero recuerda que esta es mi casa — arremetí alzando la voz en el posesivo— y ese mi dormitorio. Ya sabes dónde

está la tuya. No es un hotel disponible para cuando se te antoje. —Nano me miraba perplejo, tanto como la pareja, e intervino antes de que dijera algo más de lo que luego me arrepentiría.

—Mamá, ha sido culpa mía. Papá me llamó para preguntarme si tú vendrías y le contesté que no; por eso le ofrecí tu habitación.

Su diplomática disculpa no significó suficiente excusa para mí en ese instante.

—No tengo que dar explicaciones cuando me apetezca regresar a mi casa. ¿No te parece?

—Tienes razón, mamá, pero eso no evita que la culpa haya sido solo mía.

Juan, por supuesto, permitió que Nano se hiciera responsable. Suspiré y, sintiéndome una intrusa bajo mi propio techo, intenté aliviar a mi hijo de su metedura de pata e ignoré totalmente a Juan y, más aún, a Paloma.

—Está bien, Nano, no te preocupes; me quedaré en un hotel. Si no os importa, tengo que entrar en mi dormitorio a recoger un par de cosas. —Los miré lo más distante que pude y ni siquiera esperé a que me dieran permiso.

No quise ver la cama deshecha, aunque no hacía falta hacerlo para saber que habían dormido juntos en ella y, quizás, habrían hecho el amor. Tardé diez segundos en coger un camisón y salir pitando.

—Adiós. —Fue mi despedida de la pareja—. Nano, acompáñame a la puerta —le pedí a mi hijo mientras intentaba restablecerme. El chico obedeció cabizbajo.

—Perdóname, Nano. Luego hablaremos de esto. —Lo besé poniendo toda mi ternura—. No te sientas mal, has hecho lo correcto. ¿Habéis hecho planes para comer con tu padre? —pregunté más amable, como era habitual en mí, sobre todo con mis hijos.

—No —negó con desprecio—. Viene a pasar el fin de semana con ella, no con nosotros, así se ahorra los gastos de hotel.

—Propio en él —reconocí disgustada—. Espero que mi reacción le sirva de algo. Quedamos a la hora de almorzar, pero no quiero que vengan ellos. ¿Te

parece bien?

—Lo mejor. —Su sonrisa sincera me tranquilizó.

—Invitad a Paula y a Tere. No me importará verlas, y hablaremos sobre vuestro próximo viaje. —Lo miré un instante y, aunque sabía que no me guardaba rencor, me remordía mi conciencia por mi comportamiento y porque él no se lo merecía—. Lo besé y lo abracé ofreciéndole todo mi cariño, y él me correspondió—. No estoy enfadada, ¿lo sabes?

—Sí, mamá, no te preocupes por mí.

—Entonces, ¿por quién me voy a preocupar si no es por mi niño bonito? —pregunté sonriendo, y él entendió que su madre estaba junto a él.

Salí del ascensor tan enfadada como había embarcado en el avión, con un montón de preguntas que hervían en mi cerebro. ¿Por qué Juan era capaz de acostarse con una chica veinte años menor que él? ¿Por qué podía hacerlo en las que eran y fueron mis camas? ¿Qué funcionaba mal en mí para ser capaz de rechazar a un hombre tan impresionante como Robert, aunque solo fuera para pasar una noche? Mejor así: una noche de sexo, sin más complicaciones.

La amena velada que pasé con mis hijos, en la que me exigí escucharlos y compartir con ellos unas preciosas horas, me aliviaron lo bastante para tranquilizarme, sobre todo al hablar de su estancia en mi casa de Londres. Aproveché el viaje y les dejé unas llaves del piso, ya que estaría trabajando cuando ellos llegaran, y quedamos que ese primer día los invitaría a cenar en un restaurante muy especial y elegante, de los mejores de Londres, al que me habían invitado hacía poco, aunque bromearon a mi costa por esa cita con mi jefe, sobre la que no expliqué nada más que las excelencias de la comida y del vino.

No vi a Robert hasta el miércoles, justo cuando salía, antes del almuerzo, hacia la piscina y lo asalté para pedirle un favor.

—Hola, Robert, ¿qué tal el viaje?

—Bien —me respondió sonriendo—. ¿Y tu fin de semana?

—Me fui a Sevilla a pasar un rato con mis hijos; los echaba de menos. —Su mirada cambió por una más hostil, que no comprendí en ese instante—. Vienen a visitarme el jueves y me gustaría invitarlos a cenar al restaurante de Tom; su comida es excelente. ¿Podrías llamar de mi parte y hacerme una reserva para cinco personas?

—¿Cinco personas? —me preguntó intrigado y molesto—. ¿Acaso viene tu exmarido? —Su exigencia me asombró y, como era habitual en él, consiguió mi explicación sin tener que pedírmela.

—No, mis hijos y sus novias. Cuatro y yo, cinco —especifiqué bastante cortada ante su modo de hablarme. Mi aclaración pareció tranquilizarlo.

—De acuerdo, te la haré ahora mismo, en cuanto me baje del ascensor. Espero que no haya problemas.

—¿Me avisarás si los hay?

—Por supuesto.

—Gracias, Robert, y perdona por hacerte perder tu valioso tiempo.

Ni se despidió ni me respondió, e intuí que, de algún modo, se había molestado, aunque no entendía por qué.

A la presentación del miércoles por la tarde, podíamos asistir acompañados por un invitado, y se me ocurrió telefonar a mi amigo, el doctor en Historia Contemporánea de la Universidad de Oxford, James, quien me había ayudado muchísimo a resolver la parte histórica de mi novela.

James era un hombre soltero que había dedicado su vida al estudio y a las clases y a quien le gustaba poco frecuentar círculos sociales. Yo sabía que no le haría gracia mi proposición, pero se emocionó y accedió a acompañarme cuando le dije que pretendía darlo a conocer como el excelente experto que me había ayudado tanto a investigar sobre los hechos reales en los que se basaba mi obra. A pesar de estar a punto de entrar en los sesenta, James no los

aparentaba. Era muy delgado y conservaba una hermosa cabellera grisácea que le daba un toque bohemio; vestía de modo clásico pero discreto, y le gustaba ofrecerme su brazo cuando caminábamos juntos o salíamos a pasear en las visitas que le había hecho durante el tiempo en que había estado investigando para construir mi novela.

Tomábamos una copa de vino blanco y conversábamos animados con Shauri, Sam y Charles —el director—, quienes mostraban un gran respeto e interés hacia el profesor, cuando vi a Robert por primera vez desde que llegué al local. No me había comentado nada sobre la reserva, así que la di por hecha, pero sí pretendía presentarle a Ivory y me acerqué hasta su reunión.

—Veo que te estás divirtiendo —me dijo serio—. ¿Ese hombre es tu invitado?

—Sí —respondí sin ocultar lo satisfecha que me hacía sentir su presencia—, y me gustaría presentártelo.

Me tomó del codo y me condujo hasta ellos de un modo algo brusco. Hice las oportunas presentaciones, pero Robert se alejó pronto de nuestro grupo, alegando que debía atender a la prensa y le pidió a Charles y a Shauri que lo acompañaran. Estuvieron bastante ocupados y yo tenía la obligación de permanecer junto al profesor en todo momento hasta que, alrededor de las ocho, tuvo que marcharse a la estación para coger el tren hacia Oxford. Lo acompañé a la puerta del local y esperé hasta que llegó su taxi. Al entrar de nuevo, Robert salió precipitadamente y casi chocó conmigo.

—¿Te vas a casa?

—Sí. Estaba aguardando el taxi de James, que lo llevará hasta la estación. Ha venido desde Oxford para acompañarme en la presentación de la serie. —Robert mostró un gesto de enojo—. Le debo mucho a ese hombre —añadí sin ocultar la admiración que me causaba el buen profesor.

—No puedes ocultarlo —me reprochó y yo lo miré asombrada. Se repuso de su mal humor en un segundo—. No soy el doctor James Ivory y no sé si mi compañía te resulta tan agradable, pero me gustaría invitarte a cenar. Podemos

escaparnos ahora mismo. Necesito salir de aquí. —No acepté de inmediato, y mi duda incomodó a Robert—. Parece que no te... —Lo interrumpí antes de verlo enfadado de nuevo.

—Está bien, Robert, vamos a cenar. Resulta evidente que necesitas alejarte del trabajo ahora mismo. —No sabía lo que le sucedía, pero no sonrió ni se mostró tan amable como solía ser conmigo, aunque sí tan atento como siempre.

—¿Has tenido un mal día? —le pregunté mientras conducía serio y en silencio. Intentaba ser su amiga.

—La tarde ha sido peor. Después de varios días fuera, digamos que no me han ofrecido un buen recibimiento. —Bufó para intentar aliviar su tensión—. Ahora parece que todo está más tranquilo y que cada cosa va encajando en su lugar. Esta noche necesito que me distraigas con tu agradable conversación. —Me sonrió atrapándome con su mirada y me dejó sin respiración—. Siempre lo consigues y no pienso admitir un «No» por respuesta. Hoy cenamos en mi casa; me apetece cocinar, distraerme y charlar. —A ver quién se atrevía a negarse—. Cuéntame: ¿cuándo conociste a Ivory?

—Hace cinco años necesitaba investigar para mi novela, y una amiga de la Universidad de Sevilla, que conserva una gran amistad con él, de las pocas personas porque no es muy amigo de salir y relacionarse, me puso en contacto con James. Primero, a través de largas cartas; después, viajé a Oxford en tres ocasiones y seguí sus orientaciones.

—Si le cuesta relacionarse tanto, ¿cómo ha accedido a venir a la presentación? —me preguntó con un toque de ironía que yo no alcanzaba a entender porque daba la impresión de estar celoso, muy celoso.

—En el fondo es un gran vanidoso a quien le satisface que le reconozcan sus conocimientos y, como a mí no me cuesta hacerlo, ya que los merece por la paciencia que me demostró, sé dónde tocarlo para convencerlo.

—El mérito es tuyo; obtienes no solo la paciencia, sino lo mejor de cada uno —me dijo convencido—. ¿No creerás que no estoy al tanto de mi apodo? Me llaman «patán» en los estudios. —Se rio al verme ruborizada—. Vaya, es

evidente que tú también lo haces.

—Nunca te he llamado «patán». Me parece terrible e insultante.

—Eres demasiado correcta y formal. Ya no existen personas como tú y, menos aún, mujeres de tu talla moral.

—Sí, últimamente tengo la impresión de que estoy algo anticuada. —Suspiré—. El sábado pasado, Paula, la novia de mi hijo Nano, me dijo que le recordaba a su abuela, una profesora de música exigente y disciplinada; ni siquiera a su madre. —Robert soltó una carcajada.

—No te enfades, Lola. Te aseguro que la buena educación no tiene nada que ver con la edad. Creo que hay pocas mujeres que hayan nacido para ser señoras. Solo conozco a dos. Mi madre era una de ellas, una auténtica señora, y te aseguro que más progresista y liberal de lo que a mi padre le gustaba; con sus exquisitos modales, lograba ponerlo en más de un aprieto —me contaba sonriendo nostálgico.

—¿Quién es la otra?, ¿tu hermana?

—No. —Soltó una carcajada—. Mi hermana es una salvaje contagiada por su marido, un australiano audaz y más salvaje aún. —Me miró a la vez que apagaba el motor del coche—. La otra eres tú, otra auténtica señora.

—Que también te recuerda a tu madre —añadí con pesadez y él soltó una carcajada.

—Pero no en el sentido que tú le das, que es el de una vieja anticuada. No lo eres, en absoluto; sabes hacerte respetar como persona sin reclamar un derecho a la igualdad, como las extremadas feministas. Eres muy inteligente y sensata. —Me sonrió y me mostró su peligrosa mirada, esa que reflejaba el peor de mis temores: el deseo—. Hemos llegado.

Por supuesto, vivía en Chelsea, en una preciosa casa estilo Peter Pan, como yo las llamaba, porque me recordaba a la que salía en la película de Disney, donde vivían Wendy y sus hermanos. Y saliendo de mi asombro, me dije: «Solo cena, Lola. Cabeza, Lola».

Entramos y yo observaba asombrada el interior, tan bello como el exterior.

—Esta casa es de herencia familiar, como la de Sussex. Algo posterior, un capricho de mi abuelo para hacer vida social en Londres, a petición de mi abuela. —Sonrió—. En mi familia las mujeres siempre han sido muy mandonas.

—El hombre que escucha a sus mujeres siempre es el más sabio.

—¿Y esa frase?, ¿quién la escribió?

—Lo he aprendido yo solita después de haber convivido con dos zopencos: mi padre y mi exmarido. —La carcajada de Robert retumbó en la entrada.

—¿Ves, Lola? Desde que nos hemos subido en el coche, no solo has conseguido que me olvide del trabajo, sino que, además, me has hecho reír. Vamos a tener que salir juntos más a menudo.

—Aprovecha porque no me queda mucho tiempo en Londres —bromeé.

—Por eso no te preocupes; ya te encontraré otro trabajo. Tenemos decenas de guiones que esperan su revisión. —No quise aguarle la fiesta y preferí no contarle que mis planes eran otros cuando acabara el contrato, ni tampoco me apetecía fastidiármela pensándolo porque hacía tiempo que no me sentía tan feliz, tan independiente ni tan Lola—. Y si consientes en escribir el de la vida de tus abuelos, te lo agradeceré. —Me miró durante unos segundos con tanta ternura que logró ruborizarme—. Vamos a la cocina. Estamos de suerte porque ayer, de regreso a casa, hice una compra, así que tengo de todo. Primero, abriremos una botella de buen vino. —Ya se había puesto manos a la obra y me sirvió el vino en una copa de fino cristal y elegante, como el resto de la casa.

«Dios mío —pensé al verlo arremangarse las mangas de la camisa con tranquilidad, pero en varios gestos masculinos rebosantes de energía que me provocaron un intenso cosquilleo en el estómago—, ¿cómo puede ser tan excitante? Cabeza, Lola, cabeza —me exigí».

—¿Sabes cocinar? —le pregunté bromeando y me miró fingiendo estar ofendido.

—¿Quién crees que enseñó a Tom? —Yo me reí—. Pero no le conté todos

mis secretos, esos los reservé para sorprenderte a ti esta noche. —Su modo de decirlo me provocó de nuevo el cosquilleo, y procuré no exteriorizarlo.

—Te creeré cuando pruebe tu comida. La de Tom fue sublime. Por cierto, ¿te acordaste de hacerme la reserva que te pedí? —Se giró alzando una ceja y de nuevo fingiendo.

—Jamás olvido la petición de una dama. —Alzó su copa para hacer un brindis y volvió a torturarme con esa mirada que me asustaba, pero esta vez estuve a punto de salir corriendo y recé para no tener que arrepentirme más tarde de no haberlo hecho.

No permitía que lo ayudara y se manejaba en la cocina con la misma energía que en el trabajo: apabullante. Cuando me dispuse a fregar varios cacharros que se amontonaban en el fregadero, me regañó:

—Una dama no estropea sus delicadas manos en mi presencia. —Me tomó una mano y me la besó con delicadeza. No sé si el suelo temblaba o si yo lo hacía.

—Vamos, Robert, permite que te ayude —le reproché tranquila—. Sé planchar, cocinar, fregar, limpiar el polvo, lavar la ropa. Llevo toda mi vida practicando.

—Espera un momento —me ordenó a la vez que soltaba una espumadera.

Me tomó en sus brazos con fuerza; creo que intentaba que yo no tuviera tiempo de reaccionar y lo rechazara, y derrochó toda su energía en un beso que logró que temblaran el suelo —de nuevo—, mis piernas y todo mi interior. Un beso vigoroso, como él, con el sabor delicioso del vino y de Robert, cargado de deseo, como su mirada; como no pude evitar responderle, le ofrecí mi boca, cada vez más ansiosa por continuar atrapada por sus labios, hambrientos y excitados como los míos. Sentía el calor de su cuerpo contra el mío; mis manos, apoyadas en sus hombros fuertes; mis caderas, rozando sus muslos duros. Dábamos rienda suelta a la pasión devoradora que nos invadía; incluso oía los latidos de su corazón, tan alterado como el mío en ese instante. Nunca supe cuánto duró ese beso, único hasta ese momento de mi vida, pero sí me di

cuenta de que estaba enamorada de Robert. Puede que él lo diera por terminado, porque yo no encontré la voluntad para separarme de su cuerpo, y permanecí unos segundos con mi frente apoyada en su barbilla, mientras recuperaba el ritmo normal de mi respiración. Robert me alzó la cara y me enfrentó a su mirada sin permitir que se separaran nuestros cuerpos.

—También sabes besar —me dijo mirándome con una ternura conmovedora, y yo tardé en darme cuenta de que había continuado con la conversación que manteníamos—. ¡Vaya con el primer beso! —exclamó ruborizado.

Aturdida, iba a sentarme en el taburete que me había colocado junto a la zona de trabajo, donde él preparaba la comida, cuando me tomó por la cintura y de nuevo me atrajo hacia su cuerpo con fuerza.

—Ven aquí, no puedo esperar a saber si el primero ha sido solo cuestión de suerte. —No pude protestar y me dejé llevar porque, en realidad, tenía tantas ganas de repetir como él. Y de nuevo el temblor y de nuevo el sabor y más deseo aún que en el primero, y todo mi cuerpo se estremecía ante la pasión que se estaba despertando en él, una pasión nueva porque nadie, hasta ahora, me había deseado de ese modo tan salvaje y tan delicado a la vez; sus caricias reconocían las formas de mi cuerpo. Y yo sabía que esta vez él no se detendría, que tendría que hacerlo yo, que debía obtener la voluntad necesaria para hacerlo, pero no la encontraba. Por suerte, o por desgracia, el teléfono de Robert sonó exigente, insistía con su timbre musical, y Robert, gruñendo, separó nuestras bocas. Respondió maldiciendo mientras yo me separaba lentamente de él.

Removía la salsa, olvidada y pegada al fondo de la cacerola, mientras hablaba, y esta vez me propuse sentarme y quedarme quieta para no provocarlo. Avergonzada, pensé que no podría ni hablarle ni mirarlo a la cara. Dejó de remover la salsa, se acercó a mí, y me eché a temblar, rogando sin hablar: «No sigas, Robert, por favor, no sigas». Me sonrió, me acarició la mejilla con la misma delicadeza con que me había acariciado hacía un minuto, y creí que fue capaz de leer en mis ojos el terror que me invadía en esos

momentos. Ni siquiera entendí la conversación que mantenía. Colgó, tomó mis manos, escondidas tímidamente sobre mi regazo, y se las llevó a la boca; besó mis dedos varias veces, saboreándolos, sin dejar de mirarme a los ojos, y me sonrió al tiempo que controlaba el deseo que seguía sintiendo.

—Será mejor que acabemos de preparar la cena. ¿No te parece? —Yo me limité a asentir con un gesto y esboqué una tímida sonrisa; él me besó en la frente con ternura y continuó su tarea. Permanecimos unos minutos en silencio, y quise creer que Robert estaría pensando en lo mismo que yo: si lo sucedido había sido real, si esos besos habían sido tan poderosos para mí como para él, si entre nosotros estaba sucediendo algo inevitable.

Busqué en mi interior la sensatez necesaria para continuar la velada como la mujer adulta y madura que era. Un par de besos no debían tambalearme, aunque lo hubiesen logrado, y solo encontré una forma de conseguir mantenerme serena: recordar que tenía cincuenta años y pocas ganas de complicarme la vida. Cuando Robert me miró, a la vez que me servía un plato humeante de carne que desprendía un aroma delicioso, se detuvo un instante y sonrió irónico tras leer de nuevo en mis ojos.

—Este fantástico plato no puede recibirse con esa mirada llena de frialdad. —Yo no respondí a su insinuación y él continuó hablando a la vez que rellenaba las copas—. ¿Te ha molestado que te bese, o tienes ganas de salir corriendo de mi casa? —me preguntó directo.

—¿Quieres que sea sincera o simplemente educada?

—Sincera, por supuesto. Yo lo estoy siendo contigo y no espero menos de ti.

—Reconozco que los besos me han impresionado.

—¿Por qué no te los esperabas o por qué han sido increíbles?

—Por los dos motivos. —Él los había definido como yo esperaba que los sintiera, y eso me transmitió valor—. Robert... —No quería estropear la cena

con mi explicación, pero tampoco quería que siguiera avanzando, aunque en el fondo lo estuviera deseando—... Lo paso muy bien contigo; puedo asegurarte que pocas personas logran satisfacerme con su compañía hasta el punto de pasar unas horas a solas hablando y riendo como me sucede contigo.

—¿El profesor Ivory es otro de los elegidos, quizás? —Con esa pregunta me convenció de haber despertado sus celos con mi invitación al buen profesor.

—Con Ivory lo paso bien hablando de historia. —No pretendía hacerle daño y continué siendo sincera—. Contigo... No sé..., es distinto.

—¿Por qué es distinto, Lola? —me preguntó más serio de lo habitual. Me miraba con intensidad y yo no sabía bien qué responderle—. ¿Por qué me tienes miedo?

—No te tengo miedo a ti, temo a lo que representas, a tu modo de vivir. Soy muy distinta a las demás mujeres o, mejor dicho, a las chicas con las que tratarás —le dije pensando en Doris, y la mirada dura y extrañada de Robert me impactó—. Y no quiero formar parte de todo eso; no soy de usar y tirar, no entiendo las relaciones de ese modo. En este momento de mi vida, no busco nada: ni entretenerme, ni sexo fácil... Y las cosas están sucediendo de un modo irremediable. —Suspiré sin ocultar mi desesperación y me levanté del taburete—. Lo siento, Robert, he cometido un error accediendo a tu invitación porque, en cierto modo, no soy ninguna muchacha ingenua y sabía lo que me esperaba si venía a tu casa y... Robert —casi le imploré—, creo que entiendes cómo me siento y lo difícil que resulta para mí estar contigo de otra forma que no sea como un buen amigo.

—¿Por qué tiene que ser cómo tú crees? —me preguntó mientras me seguía porque ya me dirigía hacia la puerta—. No es nada complicado, Lola. Solo tienes que empezar y darte y darme una oportunidad.

—¿Empezar a qué?: ¿a saltar de cama en cama? —Lo miré con furia—. ¿De verdad me ves de ese modo?

—Por supuesto que no. Estás confundiendo mis palabras, ya sabes cómo te

considero.

—A mí ya no me interesa cómo me considera ningún hombre. Me importa cómo me considero yo misma y, si me quedo contigo esta noche, mañana no podré mirarme al espejo sin avergonzarme de mi comportamiento y mi debilidad. Por mucho que me gustes y me descontroles.

No esperé a oír su reproche ni ninguna explicación, y salí corriendo con el abrigo y el bolso en las manos, rezando para que Robert no me siguiera.

No aceptaría ni una sola cita más con él. No podía enamorarme de ese hombre, aunque ya lo estuviera y yo le gustara en ese momento. Porque sería eso: una mujer para un momento. Yo no sabía vivir así, y era tarde para aprender. Si había podido dejar a Juan después de casi treinta años y siendo el padre de mis hijos, estaba segura de poder olvidar a Robert en cuanto me fuera de Londres.

Para colmo de males, telefoneé a mis hijos, cuando logré serenarme en mi casa, y no pude recibir una noticia peor.

—Lo siento, mamá. No sé qué mosca le habrá picado a mi padre, pero viene con nosotros.

—¿Cómo? —Fue lo único que salió de mi boca.

—Me preguntó a la hora que salía el avión y todos los datos del vuelo; pensé que quizás lo hacía por interés y hoy me ha llamado y me ha contado sus planes. Y no sé si es lo mejor o lo peor de todo, pero viene solo; dice que tiene que hablar contigo de algo importante.

—Nano, cielo, sé que no debería entrometerte en esto pero, como no estaré cuando lleguéis, por favor, dile de mi parte que se busque un hotel. No va a poner los pies en esta casa, aquí no. Esta es mi vida, y él no tiene nada que ver con ella. Lo siento, Nano, siento mucho que te veas implicado en nuestras disputas.

—No son tuyas, mamá. Papá está perdiendo la cabeza; nos llama todos los

días, me pregunta por mis estudios, por mi novia... ¿Ahora tiene interés en sus hijos? No lo entiendo. Yo también lo lamento por ti; no te lo mereces. Sé que estabas deseando que fuésemos a verte y no, precisamente, cargando con este polizón.

—Bueno, no te preocupes. Ya me las apañaré con él, soy una gran especialista. —Intenté transmitirle un tono divertido—. Lo único que te pido es que le comuniques mi mensaje: que se vaya a un hotel.

No pegué ojo en toda la noche. Dos hombres trastornaban mi vida aburrida y sencilla, pero había logrado que fuera placentera y feliz. Uno, saliendo, y el otro... Aún no sabía lo que pretendía el otro, pero estaba decidida a no permitirle nada. Echaba de menos a la mujer invisible que me preocupaba días atrás.

Capítulo 11

ALBA

La vida de mi abuela, a sus cincuenta años, se iba complicando día a día, y no me extrañaba que hubiese preferido desaparecer. Admirada, se lo comenté mientras paseamos por la playa a la mañana siguiente.

—La magia de la vida me fascina, abuela. ¡Cómo te cambió en unos meses! La verdad es que no debió ser fácil asimilarlo.

—¡Fácil! —exclama sonriendo—. Mi cabeza estaba hecha un lío en aquellos días. Yo llevaba una vida monjil y no te estoy exagerando. Y de repente aparece ese maravilloso hombre, Robert Wilder, trastocándola y poniéndola patas arriba. Pero lo peor de todo era mi desconfianza en mí misma, que la reflejaba en Robert a causa de mi mala experiencia con Juan, por supuesto.

—¿Cómo tenía la desfachatez de ir a acostarse con la otra a tu propia casa? ¿Es que no tenía orgullo ni vergüenza?

—Siempre se creyó con derecho sobre mí. Se negaba a darme por perdida.

—Pero... vivía con otra y se acostaba con ella. ¿Cómo continuaba queriéndote manejar?

—La conclusión a la que siempre llegaba, por entonces, era siempre la misma. Él me amaba, no sabía hacerlo de otra manera, pero no dejó de quererme, y mi voluntad inquebrantable lo obligó a concederme el divorcio después de años de hacer vidas completamente ajenas al otro.

—¿Dormíais juntos? —Mi abuela sonrío con picardía.

—Cuando tu padre cumplió los diez años, con la excusa de tener que comprar un colchón nuevo, aproveché para exigirle, porque eso fue lo que hice, camas separadas. No soportaba que me tocara, ni siquiera permitía que me viera desnuda. Pero él me quería y soportaba todo cuánto yo hacía para intentar conquistarme de nuevo. Incapaz de llegar a mí, se frustraba y se llenaba de rabia e impotencia que convertía en sed de venganza; ya no sentía nada por él, ni me interesaba lo que pudiera ofrecerme. Yo había cambiado, mis ambiciones eran muy distintas a las suyas, crecía como persona día a día y las contrariedades que sufría, en vez de abatirme, me hacían más fuerte. Nuestras vidas cambiaron y se separaron sin que pudiéramos evitarlo.

—Mentiste a Shauri y a Sam con lo de los cinco años sin sexo. —Me río—. Llevabas, por lo menos, quince. Abuela, te juro que yo me moriría; por poco me muero en solo dos meses que he estado separada de Andrew.

Mi abuela no se escandaliza porque está acostumbrada a hablar conmigo de cualquier asunto, como mi madre, de mujer a mujer; ella fue la que me puso al tanto de la sexualidad sin tapujos ni temores, con total naturalidad. Mi abuela ha sido consciente de los tiempos en que yo vivo y ha estado de acuerdo con mis padres en que el sexo es un tema por tratar con la sencillez precisa para que evite traumas y miedos inútiles.

—Juan ni siquiera me había besado como Robert lo hizo; fue un amante detestable. Dios mío, esos besos de Robert me descubrieron un mundo nuevo. Resultó como hacer el amor con los labios. Me asustó más aún de lo que ya estaba y te aseguro que me gustó, tanto que no podía quitármelo de la cabeza a todas horas; me excitaba como no me había ocurrido en todos esos años de sequía sexual junto a Juan.

—¿Y él cómo se aliviaba? —pregunto con timidez por meterme en asuntos demasiado íntimos.

—¿Quién? ¿Juan? —Asiento—. Lo único que sé es lo que me encontré varias veces al lavarle los pantalones. —La miro intrigada—. En los bolsillos se dejaba los tiques de algunas «salas de fiestas», pero solo eran clubs de

alterne o puticlubs, como los llamábamos en mi época. Siempre pensé que los dejaba a posta, en otro de sus inútiles intentos de provocarme. Como si me importara dónde metiera su... —La abuela no continúa porque, en raras ocasiones, suelta una palabrota—. Pero a mí no me tuvo, aunque me lo exigiera gritándome que era su mujer y se lo debía —dice con un gesto de repugnancia—. Cuando lo intentó varias veces, lo desprecié, porque eso era lo que acabé sintiendo por él: desprecio. Y no lo superé jamás.

—¿De verdad no te molestaba verlo con esa chica, con Paloma, mucho más joven que tú?

—Me molestaba que yo no fuera capaz de dejarme llevar por lo que sentía hacia Robert, porque no encontraba esa facilidad que me permitiera independizarme de mi antigua vida, y empecé a temer que Robert se cansara de mí; eso sí que me preocupaba más que ver a Juan con Paloma. Robert era un hombre increíble, fascinante en todos los aspectos, y me estaba enamorando de él. Y créeme: el amor maduro, el que sentía a los cincuenta, no tenía nada que ver con lo que yo había conocido. No poder alcanzarlo dolía hasta en lo más profundo, me oprimía el corazón y me ahogaba.

—No, abuela, no puedo darte la razón en eso. Así me he sentido yo cuando me separé de Andrew y no tenía cincuenta, solo veintiséis. Tú no conociste el amor verdadero hasta que te enamoraste del abuelo Robert; eso fue lo que te sucedió.

—Sí, quizás tengas razón. Lo de Juan sería un tonto enamoramiento de adolescentes; ya te he dicho que era un hombre guapo, como tu padre, y su estúpida soberbia me impresionó y me dominó entonces.

Seguimos caminando en silencio hasta que la abuela vuelve al presente.

—Mary Stevens llega pasado mañana y tus padres estarán aquí el domingo. La casa se está llenando de gente.

—Como a ti te gusta. —Le sonrío.

—La familia se va ampliando. Antes de que nos demos cuenta, añadiremos al grupo a las novias de los chicos, y espero que a algún bisnieto que corretee

por ahí. —Me mira pensativa—. Parece que habéis arreglado vuestros asuntos.

—Sí, eso parece. He conseguido enterrar el hacha de guerra y me he propuesto confiar en Andrew.

—Él te quiere, Alba, y mucho. Lo único que le ocurre es que tiene que aprender a compartir su tiempo. Ese chico se encontró con serias responsabilidades siendo muy joven, ha sabido batallar con ellas y salir triunfador. Es un luchador, de los que nunca se rinden. Contigo tampoco lo hará; ya lo verás.

—A veces creo que Andrew no solo está enamorado de mí, sino que también lo está de lo que tú has formado: de nuestra familia. —Mi abuela se ríe orgullosa—. Él no ha tenido lo que ve entre nosotros, tanto cariño, tanto respeto, y se maravilla al vernos. A su madre le sucede lo mismo: siente verdadera adoración por ti y por mi abuelo.

—Y te quiere como nuera. No imaginas la alegría que se llevó ayer cuando le conté que habíais arreglado vuestras diferencias y se os veía felices y enamorados.

—Y chismorreasteis a nuestra costa.

—Cielo, no imaginas lo importante que es para mí, a mi edad, verte feliz cada día. No quiero morirme creyéndote infeliz. —Me enoja oír en su boca esa expresión, y se lo reprocho.

—No vuelvas a mencionar esas palabras.

—Alba, cielo, tengo setenta y ocho años. Cada día en que me despierto es un regalo del que disfrutar, y cada noche, antes de dormirnos, tu abuelo y yo hacemos un repaso de nuestro día y nos alegramos cuando todo marcha como debe. Entonces, dormimos en paz, y espero morir de ese modo: satisfecha por los míos y en paz con todos.

—¡Pesada! —le grito—. No me cuentes esas cosas.

—No tengas miedo, princesa. La muerte forma parte de la vida, y a todos nos tiene que llegar. Lo único que deseo es no ver sufrir a nadie de los míos.

Yo ya he vivido intensamente y, en estos últimos años, desde que conocí a Robert, he tenido las mejores experiencias de mi vida. Aunque, como te dije antes, y puestos a ambicionar, no me importaría tener un bisnieto en mis brazos. Eso sí que sería un verdadero regalo de Dios.

Esperamos la llegada de la madre de Andrew, en el pequeño aeropuerto de Gibraltar, hasta que vemos aparecer su figura regordeta e inquieta. Su hijo ha heredado sus ojos azules y, quizás, la belleza clásica de su rostro, pero no su portentoso físico. Mary mantiene el estilo que se hereda al haber pertenecido siempre a una familia bien acomodada en el aspecto económico; viste de manera elegante, con ropa suelta que disimula su exceso de peso, y es una mujer optimista, simpática y de fácil relación. Yo no comprendo que Sondra, su nuera, se lleve mal con ella porque Mary sabe adaptarse a cualquier ambiente. Me abraza con lágrimas en los ojos.

—¡Qué alegría veros juntos de nuevo, Alba, bonita! —Me saluda tomando mi rostro entre sus manos suaves—. Estás preciosa.

—Gracias, Mary. Yo también me alegro de verte y me alegra que hayas aceptado la invitación de mi abuela.

—No sabes cuánto se lo agradezco. Iba a ir a Mallorca con mi prima Helen, pero su nieto se ha roto una pierna y tiene que ayudar a su hijo y a su nuera a cuidar de él.

—Andrew, cielo. —Lo besa con adoración y le ofrece la mejilla para que la bese—. Estás muy guapo. Pareces recuperado; se te veía tan agotado antes de venir.

—Vale, mamá. Vamos —la calla impaciente—. Nos esperan para almorzar.

—¿Cómo están tus padres?, ¿cuándo regresan? Espero verlos antes de marcharme a Londres.

—Los verás, Mary. Llegan a España el sábado, dormirán en Sevilla y se vendrán el domingo.

—¡Qué viaje más interesante han hecho! San Francisco y el Cañón del Colorado. Debe ser fantástico. —Mary es una charlatana que pasa sola demasiado tiempo y, cuando tiene compañía, desahoga sus ansias de comunicación. Su hijo tampoco se parece a ella en ese aspecto—. Son un matrimonio muy afortunado, como tus abuelos.

—Sí. —Asiento orgullosa—. Saben vivir la vida y, en el aspecto económico, mi abuela los ha ayudado mucho.

—¡Lola! —exclama admirada—. ¡Qué buena persona es tu abuela y qué generosa y amable!

Mary pasa por poco los sesenta, pero mi abuela parece más joven que ella tanto física como intelectualmente.

—¿Ross te dio un sobre? —nos interrumpe Andrew, tan serio como siempre.

—Sí, hijo, lo traigo en la maleta. —Frunce el ceño—. No hace más que protestar por las largas jornadas de trabajo. Parece mentira que sea tres años mayor que tú; si no os hubiese parido y criado, diría lo contrario. No te compadezcas de sus quejas, Andrew; alguna vez tenía que tomarse en serio su profesión.

—No te preocupes; no me compadezco en absoluto —responde con frialdad. Me mira y me sonrío—. Creo que me merezco estas vacaciones junto a mi novia. —Mary sonrío feliz y satisfecha al ver a su hijo tan contento y relajado.

Hace una semana que ha llegado, y su aspecto sombrío ha desaparecido de su rostro. Es el hombre de apariencia seria del que me enamoré, pero conmigo se muestra tierno, cariñoso y juguetón, como ha sido en nuestra relación desde el principio. Lo he recuperado y yo comienzo a sentirme segura y feliz.

—¡Qué vistas más maravillosas! —Mary se admira en cuanto se baja del coche—. Esto es precioso, Alba. Estoy encantada de haber venido.

—Ya lo has dicho, mamá. —Yo le doy un codazo a Andrew, exigiéndole que se muestre amable y cariñoso con su solitaria madre.

—No es malo ser educada, Andy —le reprocho y me responde con un beso fugaz en los labios que hace sonreír a Mary.

—¡Qué alegría veros juntos de nuevo! ¡Qué alegría! —Se agarra del brazo de su hijo y, estirándose y obligándolo a inclinarse, vuelve a besarlo en la mejilla—. Déjame besarte de vez en cuando, tesoro. Hace más de una semana que no te veo.

—Vale, mamá —contesta cansino—. Subo tu equipaje.

Mary saluda a todos con su alegría acostumbrada, repitiendo incansable su agradecimiento, y no lo hace por cortesía o por parecer educada; ella es realmente así y, a pesar de lo charlatana que resulta, a todos nos cae bien y, en cierto modo, nos compadecemos de la soledad de su vida, que no la hace feliz. Hasta a mis primos les parece simpática y les resultan graciosos sus movimientos rápidos, su preocupación por que todo resulte perfecto y por agradar, que no pega con su figura, más bien regordeta.

Al día siguiente, mi tía Tere se une a nosotros y habla durante la cena sobre el calor que ya hace en Sevilla; pero se muestra contenta porque por fin está de vacaciones. Mi tía es muy diferente a mi tío Pedro. Él, todo agitanado, como su madre; ella, blanquita de piel, rubia y con los ojos verdes, y mis primos resultaron una mezcla genética de ambos. Roberto, con el pelo rubio, la piel morena y los ojos grandes y almendrados, como su padre; Manu, de pelo negro, ojos verdes y piel lechosa, como su madre. Pero ambos son muy guapos, orgullo de mi abuela y motivo de la conversación de esa noche, después de la cena, que violenta a Andy bastante porque, según él, su madre siempre habla demasiado.

—Lola —dice la mujer—, tus nietos son muy guapos los tres. ¡Qué afortunada eres! —Mi abuela sonrío satisfecha—. A ver si yo tengo tanta

suerte. Creo que de Ross no puedo esperar nada por ahora; Sondra no quiere tener hijos porque está demasiado ocupada con ella misma. —Andy le manda a su madre una mirada que dice: «Cierra la boca, mamá», como si oyera su vozarrón. Pero la buena mujer, con nosotros, se siente en familia y desahoga sus penas y anhelos—. Vosotros sois mi única esperanza, Alba, bonita. —Yo me río sin darle importancia, pero a Andrew no le sientan nada bien los comentarios de su madre.

—Paciencia, Mary —la anima mi abuela—, todo llegará.

—Ya lo sé, Lola, pero da una alegría llegar a esta casa y pasar cada día reunida con tus hijos y tus nietos. —Suspira—. Me he quedado tan sola en aquella casa tan grande.

—Mamá, te lo he comentado varias veces —la interrumpe Andy en el tono cansino que utiliza al hablarle—. Tienes un apartamento cerrado cerca del mío; la zona es tranquila y el vecindario, mejor. Alquila o vende tu casa, y arréglalo. Te distraerás mientras lo haces y, luego, nos tendrás cerca. Nadie te impedirá que nos visites, ya lo sabes.

—¿Cómo voy a vender esa casa? La construyó mi bisabuelo y quiero que vosotros la heredéis.

—Si no la vendes tú, lo hará Ross más tarde —opina Andy con frialdad.

—Sí, tal vez lo haga, pero ya no estaré y no sufriré por ello. Aunque quizás te la deje a ti; sé que tú no te desharías de ella.

—Ross me mataría —dice sonriendo convencido y consigue que los demás se rían también por el tono que utiliza.

—¡Ay! —se lamenta Mary—. Intenté criar a mis hijos bajo los mismos valores, hábitos y normas. ¿Cómo pueden haber salido tan distintos? Son como el día y la noche.

—Eso es normal, Mary —interviene mi abuelo, por su historia personal, y se compadece de ella—. Es la genética, y el carácter también se hereda. —La buena mujer asiente y da un buen sorbo del Chivas con hielo que se está bebiendo—. Pero puedes estar orgullosa de este chico. —Andy se remueve

inquieto en su silla, ruborizado por el comentario de Robert—. Nosotros lo estamos.

—Sí, yo también lo estoy. Es demasiado responsable y un luchador incansable, como lo fueron mi padre y mi suegro. Como tú dices, Robert, la genética. Es idéntico a su abuelo Stevens en todos los aspectos, y me alegro porque fue un hombre admirable —reconoce mirando a su hijo con satisfacción.

—Menos los ojos —añado yo—; los ojos son tuyos y preciosos. —Andy me da un pellizco con disimulo y yo suelto una carcajada—. No te enfades —le digo sin dejar de reír—; has heredado los ojos de tu madre y me encantan. —Él me besa en la frente y me rodea los hombros con su brazo para recostarme sobre su costado.

Andrew y yo nos dormimos bromeando y riendo, repitiendo los secretos familiares que su madre ha desvelado de forma despreocupada.

Me alegro tanto de encontrarme con mis padres de nuevo, sentados en una mesa, que me obligo a contener mis lágrimas. Ni siquiera me atrevo a recordar que estuve a punto de hablarles sobre mi ruptura con Andrew. Afortunadamente, mis abuelos me guardaron el secreto y ellos saludan a Andy como si no hubiera sucedido nada, aunque a veces tenemos que disimular cuando a Mary, ignorante de que se trata de un secreto, se le escapa algún comentario. Pero a mi madre resulta difícil engañarla y, paseando a solas por la playa, por petición suya —porque no es tan dada a caminar como lo somos mi abuela y yo—, me hace sospechar de que me espera un interrogatorio.

—¿Qué es eso de que dejaste a Andrew? ¿Y por qué no me has hablado sobre ello? —me reprocha bastante enojada en cuanto nos alejamos unos metros del grupo, que permanece sentado en la arena.

—Mamá, solo se lo conté a los abuelos porque no me quedó más remedio. —Suspiro apenada ante los dolorosos recuerdos—. Tuve que irme a su casa y

me llevé todas mis cosas.

—Me sienta mal que no confiaras en mí, Alba —me reprocha—. Mary sí lo sabía.

—Eso es asunto de Andrew. Y no lo oculté por desconfianza hacia vosotros; no podía decirte que había terminado para siempre con él —susurro—. No podía decírmelo ni siquiera a mí misma.

—Pero podía haberte consolado. Si no te sirvo para eso... —Me agarra del codo y me lo zarandea—. No vuelvas a repetirlo, por favor. Sabes que puedes contar con nosotros.

—Espero que no se repita porque lo he pasado fatal. Nunca pensé que se podía sufrir tanto.

—Alba, cielo, ¿por qué lo dejaste si lo querías?

—Mamá, apenas nos veíamos. Si quedábamos para salir al cine, al teatro, a cenar, en los últimos meses, me llamaba y me dejaba plantada; no aparecía en casa casi hasta la medianoche y se marchaba a la agencia antes de las ocho. Andy me suplicó que no me marchara, que necesitaba tiempo. Fue un verdadero infierno.

—¿Y ahora? Imagino que habrás hablado con él. ¿Continuará igual?

—Me ha prometido que no —respondo convencida.

—Parece que el vago de su hermano se lo está tomando más en serio. Ya era hora.

—Sabe Dios las discusiones que habrá tenido con él para conseguirlo; me ha confesado que casi no se hablan. Andrew tampoco lo ha pasado bien, mamá. Lo conoces y sabes que es incapaz de mentirme.

—Sí, es cierto. Es un hombre muy serio y responsable. A veces pienso que quizás sea demasiado serio para ti, que tú necesitarías a tu lado a otro hombre...

—No —la interrumpo alterada—, yo solo lo necesito a él; él es mi hombre ideal —digo convencida—. Y va a salir bien porque nos queremos y se asustó de verdad cuando me marché. Pregúntale a Mary; llamaba a la abuela casi

todos los días, preocupada por nosotros, sobre todo por lo mal que veía a su hijo, agotado y totalmente entregado al trabajo.

—Está bien, Alba. Sé que te quiere, no lo pongo en duda.

—Mamá, yo lo dejé y él vino a suplicarme. Lleva diez días aquí y no habla de marcharse, aunque trabaja algunas horas al día revisando y controlando sus asuntos. Pero yo también lo hago, no puedo molestarte por eso.

—Sigues estando loca por él, por lo que veo. —Me encojo de hombros y mi madre entiende mi mensaje de «No puedo evitarlo». Me agarra del brazo y me besa en la mejilla. Yo le devuelvo el beso—. Solo quiero verte feliz, princesa; es lo que deseamos todos.

—¿Papá lo sabe? —pregunto preocupada. Si se entera, estoy segura de que se enfadará conmigo por no habérselo contado.

—No. Al menos, yo no se lo he comentado.

—No se lo cuentes. Si ya está todo arreglado, ¿para qué vamos hacerlo sufrir?

—Ya se lo contaré yo a mi manera, no puedo ocultárselo. Todo lo que tenga que ver contigo es lo más importante de su vida; ya lo conoces. Y Mary habla demasiado. —Se ríe despreocupada.

—Sí, la pobre está deseando que alguien le preste atención. Está muy sola y aquí disfruta mucho con nosotros.

—Eso es cierto. Se la ve feliz y orgullosa de su hijo. Anoche no dejó de decirme lo contenta que está porque a Andrew lo tratamos como a uno de los nuestros, y para ella eso es muy importante. Sabe que es muy feliz, sobre todo contigo.

Durante la noche siguiente, surge una reunión inesperada, que llama mi atención, en la que participan mi abuelo, mi padre, mi tío y Andrew. Mi tía Tere ha preparado un montaje de fotos en DVD, y estamos viéndolo en el salón mientras los hombres discuten sobre algún asunto que parece importante y

permanecen sentados en el porche. Tengo la impresión de que Andy es el centro de esa discusión. A través del cristal, con la música de fondo y con los comentarios que provoca cada imagen, no puedo enterarme de lo que trata la conversación, pero sí veo a mi novio angustiado y, en ese momento, me parece que está defendiéndose de los comentarios que le hacen mi padre y el abuelo. Andy escucha muy atento los argumentos de los demás y luego responde tan serio como siempre, justificando sus respuestas con convencimiento. Él parece el acusado de un juicio; sí, eso es lo que me recuerda la escena. Pienso que mi padre se habrá enterado de nuestra separación y, quizás, le está exigiendo una explicación. Por mí, mi padre es capaz de eso, aunque yo me muera de vergüenza.

Estoy tentada de levantarme y de decirles que se metan en sus asuntos; entonces, mi mirada se cruza con la de Andrew, quien me guiña un ojo y me sonríe cariñoso. Es evidente que yo estoy paranoica y que se trata de una discusión de cualquier tema que no esté relacionado con nosotros. Andy consulta muchos de sus asuntos económicos con mi padre y con mi abuelo; quizás hablan sobre alguno que le preocupa.

No, algo extraño pasa porque mi abuelo, unos minutos más tarde, entra en el salón y se sienta a mi lado. Me pasa el brazo por los hombros en un gesto protector que solo muestra cuando está preocupado por mí.

—¿Va todo bien, princesa? —me pregunta sonriendo en voz baja.

—Sí. Las fotos son preciosas, algunas de cuando yo nací.

Exclama un «¡Oh!» y me abraza con fuerza al mirar a la pantalla.

—Han pasado veintiséis años —comenta mirando a la pantalla—. Si hace nada eras un bebé, ¿cómo demonios vamos a...? —Se calla y yo lo miro exigiéndole una explicación—. El tiempo pasa demasiado rápido, princesa. Disfrútalo.

Mi padre y Andrew continúan hablando durante unos minutos más, y parece que el tono de la conversación se ha relajado. Luego, papá se levanta, entra y, de inmediato, me dirige su mirada gris, me examina con tanta atención que

apenas percibe que yo lo estoy observando también. Cuando se da cuenta, me sonrío, me lanza un beso y desvía su atención; entonces, veo que Andrew no aparta la vista de mí y espera que salga porque tiene algo que decirme. Me levanto despacio y, preocupada, acudo a su encuentro. Por lo que sea —y pienso en lo peor—, se ha disculpado antes con las personas que se preocupan por mí. Eso era lo que estaba sucediendo.

—¿Sucedo algo malo? —No puedo evitar adelantarme, pero tengo que liberar el pellizco que me aprieta en el estómago.

—No, Alba, no sucede nada por lo que debas preocuparte. Es solo que necesito que me hagas un favor.

—Claro, cuenta con ello. ¿De qué se trata?

—Tengo que ir a Londres durante un par de días. Ross ha metido la pata en un asunto muy importante para la empresa. Debo ir a solucionarlo.

Todo estaba resultando demasiado bonito para que fuera cierto.

—¿Y me estás pidiendo permiso?

—No, cariño, intento explicártelo —responde paciente—. No tengo más remedio que ir y me gustaría que...

—¿A qué hora te irás? —Lo interrumpo porque no quiero escuchar más excusas.

—Por la mañana. Tendré que estar en Gibraltar no más tarde de las once. Y regresaré pasado mañana, lo antes posible; te lo prometo. —Imagino que mi rostro refleja la decepción que siento en ese instante. No quiero separarme de él tan pronto, ahora, que empezamos a funcionar de nuevo. Y comienza su justificación—. Alba, no deseo marcharme, pero debo estar en la agencia mañana por la tarde; ha surgido un imprevisto. Se trata de una cuenta importante en la que llevamos meses trabajando, y no puedo permitir que se nos escape después de la inversión humana y económica que hemos hecho en ella. ¿Me entiendes? —Asiento sin hablar.

De nuevo su trabajo se interpone entre nosotros, y decido que eso no acabará nunca, que nuestros esfuerzos no merecen la pena porque el final está

escrito. Se escribió cuando él permitió que me marchara de su casa y abrió la posibilidad de ese doloroso final con una facilidad pasmosa. Andrew me observa bastante preocupado y espera que diga algo, pero no lo hago. Me levanto y me dirijo al salón, junto al grupo, que aún están viendo las fotos.

—Hace unos días me dijiste que confiarías en mí; ahora necesito esa confianza. —Habla a mi espalda mientras yo niego con la cabeza—. Alba, por favor, no... —Escucho la súplica de Andrew, pero no me detengo; no merece la pena. Ni siquiera compruebo su actitud ni su rostro mientras permanece sentado en el porche, solo, como pienso que se quedará el resto de su vida: solo con su trabajo por compañía. Y en ese momento comprendo que aún no estoy preparada para confiar en él ni me siento segura de sus promesas.

Y allí estoy yo. Una foto de mi cara a los diez años ocupa toda la pantalla de plasma, sonriendo feliz, con un helado de fresa junto a mi boca, preparada para darle un lametón, mientras se oye un largo «¡Oh!» que corean los presentes. No recuerdo cuándo me la hicieron, ni siquiera dónde estaba porque solo se ve la cabeza de una niña muy guapa, tengo que reconocerlo, y también lo hicieron los demás, sobre todo Mary, que no cesa de elogiarme. Yo fui una niña muy amada y muy afortunada, una adolescente ingenua, mimada y más dichosa aún, que rompía con todas las teorías escritas sobre la difícil adolescencia. Y ahora, de adulta, solo tengo momentos de felicidad porque conozco el dolor que otra persona te puede provocar por puro egoísmo. Yo no le he hecho nada malo a Andrew; lo único que he hecho hasta ahora es quererlo sin límites, entregándome en cuerpo y en alma. A cambio, he recibido un gran dolor y un enorme vacío interior que parece estar dispuesto a repetirse. Solo una persona puede evitarlo y soy yo.

Nada más terminarse el reportaje fotográfico familiar, subo a mi dormitorio sin dar las buenas noches, por no hacerme notar, y antes de echarme a llorar ante todos por la intensa decepción que me embarga.

Me siento en el borde de la cama y espero a que Andrew llegue. No tarda ni un minuto y enseguida entiende que deseo hablar con él. Se sienta a mi lado, toma mi mano, la enlaza con la suya y comienza a besar mis nudillos sin dejar de mirarme a los ojos.

—Solo dos días, Alba, por favor —me suplica—. Vente conmigo y no te lo tomes de este modo. Es lo que quería pedirte: que me acompañaras porque no quiero separarme de ti.

—No quiero que vuelvas. Vete y no vuelvas. —El rostro de Andrew se convierte en una máscara de piedra con la imagen más seria que me había mostrado hasta ahora, pero no me detengo—. No quiero continuar contigo, sé lo que va a suceder; si no es ahora, será más adelante. No viviré de ese modo. Puedo elegir y lo estoy haciendo antes de que me hagas más daño, antes de que acabes con la persona que soy y antes de que me convierta en otra triste y amargada. —Andrew cierra los ojos un instante y suspira con fuerza.

—¿Eso es lo que crees que vas a conseguir si sigues conmigo?

—Sí —respondo sin dudar.

—¿Tan mal te trato?

No respondo porque, en realidad, estar con él es maravilloso; nada ni nadie me hace más feliz que su compañía y su cuerpo, cuando los tengo.

—¿Tampoco confías en mí? Te prometí que la locura de los últimos meses no se volvería a repetir. Sé cómo eres y cómo deseas vivir y yo quiero lograr lo mismo para los dos. Este viaje es solo un imprevisto. Por favor, Alba, créeme.

De repente, me abraza con fuerza y desesperación.

—No lo hagas otra vez, por favor, cariño. No lo hagas. Yo te quiero tanto como tú a mí y necesito estar contigo. —Comienzo a llorar como la niña mimada que soy.

Tengo miedo. Miedo a perder a Andrew. Miedo a que se deje llevar por su responsabilidad hacia el trabajo una vez más. Miedo a sufrir. Y no puedo vivir con ese miedo que me amenaza cada día y me respira en la nuca. Necesito

confianza y la estaba consiguiendo poco a poco, pero ese maldito imprevisto me la ha arrebatado, y ahora no sé qué hacer para alejar ese miedo de mí. Solo Andrew puede llevárselo si se marcha con él para siempre. Y tras esa conclusión, mi llanto se recrudece mientras él me abraza sin transmitirme el consuelo que necesito.

—No vamos a terminar; esta vez no lo permitiré. No se va a repetir lo mismo. Alba, por favor, créeme y deja de llorar.

Intento calmarme porque esa actitud no me parece sana y, aunque llorar ayuda, no soluciona los problemas, y eso es lo que necesitamos en ese momento: una solución que acabe con esos estúpidos conflictos emocionales que la intensa dedicación de Andrew a su trabajo me ha provocado. Le hablo cuando me repongo, sin que él haya dejado de abrazarme, y —sin saber cómo— me tiene sentada en su regazo mientras él se apoya en el cabecero de la cama.

—Tú tienes que trabajar y yo no deseo llevar la vida que tu trabajo nos permite. No podemos darle más vueltas, Andy. Debemos romper definitivamente. No quiero hacerme ilusiones nunca más.

—No insistas en ese camino. Yo tendré un horario normal, te lo he prometido. Solo se trata de una emergencia que debo solucionar yo mismo. No tienes por qué ser tan pesimista, tú no eres así. Siempre has sido una persona sensata y abierta...

—No puedo sufrir más, no como me ocurrió durante esos dos meses en los que hemos estado separados.

—¿Y qué te hace pensar que yo pueda soportarlo? —pregunta exigente—. ¿Acaso crees que a mí no me dolió?

—Tú lo provocaste.

—Sí, por supuesto. Lo provoqué a conciencia porque prefiero estar trabajando a pasar la tarde con mi novia —me reprocha irónico y enfadado—, a la que se supone que tampoco quiero.

—Eso parecía —replico.

—Ya está bien, Alba, estoy cansado de justificarme. Te quiero. Te quiero por encima de todo lo que tengo en la vida, por encima de mi madre, de mi hermano y de mi empresa. Y tienes razón: no puedo vivir así, sintiéndome culpable por tener que cumplir con mis obligaciones. —Me ha soltado, se ha levantado y me mira irritado a la vez que me habla—. Y si quieres vivir conmigo, tienes que confiar en mí. —Yo lo escucho haciendo pucheros por el tono frío que emplea—. Conozco de sobras tu modo de ver la vida, el que te han inculcado, protegida por tu familia y por el bienestar que han logrado. Te envidio por ello, y ya hemos hablado sobre este asunto varias veces. —Me mira un instante en silencio—. Pon los pies en la tierra, en mi mundo, durante un momento, y procura entenderme. Estoy solo, Alba, no tengo ayuda; pero quejarme sería un desacato contra la humanidad porque heredé una casa y una buena empresa aunque estuviera arruinada y con un montón de deudas. Se supone que tuve suerte. En el fondo me siento afortunado, a pesar de haber tenido que trabajar como diez hombres para levantarla hasta convertirla en un negocio seguro y rentable. Y cuando empezaba te encontré a ti y creí que ya lo tenía todo en mi vida, que no necesitaba nada más. Ahora podría prescindir de mi casa, podría prescindir de mi empresa, pero no puedo prescindir de ti y he luchado por mantenerte a mi lado más de lo que imaginas. Si no supiste de mí en esos dos meses fue porque pensé que necesitabas distancia para valorar la situación.

—Ya sabes cuánto la valoré —susurro con ironía.

—Sí, tú siempre tan mal pensada. —Suspira y niega con la cabeza—. Te has vuelto más desconfiada e intolerante.

—Eso es lo que provoca el sufrimiento.

—Yo también sufrí al separarnos, y solo me ha enseñado que no puedo vivir sin ti.

—Deberías probar con otras mujeres; quizás, cualquiera te sirva para calentarte la cama. —El rostro de Andy se tiñe de rojo indignación—. Porque eso fue lo único que hice por ti en los últimos meses.

Me mira a los ojos y niega con la cabeza en un gesto de desesperación, con los brazos laxos, que le cuelgan a los lados del cuerpo. Se está rindiendo.

—Está bien, Alba, será como tú deseas. Quizás tengas razón, quizás sea mejor acabar con esto ahora, al igual que se ha acabado tu confianza en mí. No sé qué más puedo decir ni hacer.

—Estás deseando marcharte y librarte de mí. Hazlo de una vez.

Se acerca hasta la cama y me habla tranquilo y en voz baja, pero con tanto desprecio y frialdad que me rompe el corazón.

—Una niña estúpida y mimada. Eso es lo que eres.

Sale de la habitación y me deja destrozada una vez más.

Me despierto sudando, agobiada, y enseguida comprendo el motivo. Andrew duerme a mi lado y me tiene atrapada con una pierna por encima, con un brazo que me rodea el pecho, y la mitad de su cuerpo descansa sobre el mío. Indignada por su atrevimiento después de sus últimas palabras, me deshago del brazo casi sin dificultad pero, al zafarme de la presa de su pierna, se despierta y se sienta dando un respingo.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —pregunta adormilado.

—Me estás asfixiando —protesto mientras me siento en la cama.

—No, solo te estaba abrazando, como despedida antes de librarme de ti —se burla más espabilado y me parece que su reacción estaba preparada.

Enciendo la luz de la mesita de noche, dispuesta a echarlo de mi dormitorio.

—¿Cómo te atreves a meterte en mi cama? —pregunto indignada.

—Todas las camas están ocupadas. Esta casa parece un hotel —responde de buen humor, a la vez que se restriega los ojos con una mano, y me parece dispuesto a discutir de nuevo, pero yo no lo estoy—. Y entre dormir con mi madre o contigo... Creo que no tengo mal gusto.

—¿Te crees gracioso? —le espeto alzando la voz.

—No, estoy desesperado y a punto de reventar. Con lo que me espera dentro

de unas horas, en Londres, tengo suficiente; ahora prefiero disfrutar de tu compañía. —Se tumba tranquilo y entiendo que tiene ganas de jugar—. Anda. —Me mira mientras palmea la cama—. Sé buena y tumbate a mi lado. Con lo a gusto que estaba.... —Suspira—. Tan calladita.

—¡Serás imbécil! ¡Fuera de aquí!

—Venga, Alba, déjame dormir contigo; será la última noche. Quiero llevarme un buen recuerdo. —Sus ojos se entornan y me dirige una mirada maliciosa y vengativa—. Como una cualquiera que me calienta la cama.

—Eres... Eres... —Lo miro con lágrimas de rabia, a punto de inundar mis ojos, y salta de la cama en un segundo.

—El hombre que más te quiere y te querrá en este mundo —me susurra a la vez que me abraza con fuerza—. ¿Tu frase continuaba así? —Noto su sonrisa sobre mi frente—. Vuelve conmigo a la cama.

—¡No! Para ti solo soy una niña estúpida y mimada.

—Ya lo sé, pero eres «mi» niña estúpida y mimada, y no quiero perderte. Por favor, Alba, inténtalo, cariño. —Su voz suena paciente, tranquila, segura y muy convincente—. Inténtalo por nosotros. No te fallaré otra vez.

—Me vas a hacer llorar de nuevo, y antes lloré mucho.

—No, no llores más. —Me aprieta más contra su cuerpo—. Vente conmigo a Londres. No nos separemos ahora, cuando todo parece funcionar de nuevo. Desde que llegué, hemos vivido momentos insuperables. No nos separemos —me repite tentador y parece leer mi pensamiento—. No te arrepentirás, confía en mí.

Su boca busca la mía, y los dos encontramos lo que anhelamos en ese instante. Y tiene razón, como siempre. Estar con Andrew es maravilloso; recibir su calidez, sus besos y caricias me reconforta de un modo tan intenso que consigue hacer desaparecer el resto del mundo, y comprendo con sus palabras que para él significa lo mismo.

A mediodía viajamos rumbo a Londres y, aunque sé que no veré a Andrew en toda la tarde, me halaga su forma de suplicarme que lo acompañe y me pregunto por qué debo dudar de su amor por mí. Si no me quisiera de verdad, si no estuviera dispuesto a cumplir con su promesa, en primer lugar, habría aprovechado la distancia que yo misma había puesto de por medio para acabar lo que ya había terminado. En segundo lugar, si se había arrepentido de nuestro nuevo comienzo, este viaje era la excusa perfecta para alejarse de mí, y ha sido él quien ha insistido en que lo acompañe. No, no tengo motivos para continuar dudando de sus sentimientos hacia mí y se lo demostraré. Estoy cansada de mi actitud pesimista, porque Andy tiene razón: yo no soy así. Si algo tengo de bueno es que siempre he sido una persona alegre, desenfadada con lo que no merece la pena y muy positiva, y lo sigo siendo, pero no en lo que concierne a Andrew. Estoy dispuesta, una vez superada otra crisis, a mostrarme tal como soy y a dejar de lado a esa mujer amargada que, a veces, se interpone entre Andy y yo.

Me he traído conmigo mi ordenador, dispuesta a aprovechar el tiempo escribiendo las horas en que Andrew esté ocupado. Llevo dos días sin dar trabajo a mi compañero electrónico y, al comenzar el verano, me he propuesto dar un buen avance a la historia. Así que, después de almorzar con mi novio, él se va a su trabajo y yo me dedico al mío.

Capítulo 12

LOLA

Al menos no tuve que enfrentarme a Robert a la mañana siguiente; habían comenzado el rodaje de la serie y no apareció por los estudios en todo el día. Tampoco mis compañeros nos habían visto salir juntos del local, así que nadie me preguntó por el resultado de mi «deliciosa» velada. Llegué a casa con el tiempo justo de cambiarme para la cena y esperaba no encontrarme allí con Juan. Afortunadamente, no estaba, aunque quedó con los chicos en ir juntos a cenar; «sobre todo, porque yo pagaría», pensé maliciosa. Distribuimos los dormitorios: yo dormiría en el sofá del salón durante esos días porque, si no iba a trabajar, siempre me despertaba temprano, salía a caminar un rato y luego solía escribir hasta la hora del almuerzo. Esa era mi adorable rutina, aunque la rompería con ilusión por compartir con mis hijos ese fin de semana.

Juan se alojó en un hotel cercano a mi apartamento, y nos esperaba en la puerta del edificio cuando salimos del portal. Cogimos un autobús —de ese modo, los chicos podrían ir viendo la ciudad— y nos dirigimos a Chelsea al restaurante de Tom. Durante el trayecto, Juan se acercaba a mí, pero me limitaba a ignorarlo y a charlar con mis hijos y sus novias, y ni siquiera le pregunté por Paloma porque me importaba poco lo que habría hecho con ella. No me interesaba nada de lo que me pudiera decir. La noche anterior le había dado vueltas a la cabeza y se me habían ocurrido varias ideas: «Paloma y yo lo hemos dejado»; ojalá. «Voy a casarme»; ojalá. «Paloma está embarazada»; ojalá. Incluso pensé en que tuviera una enfermedad grave, como un tumor

cerebral o algo así, y reconozco que, aunque no le desease nada malo, tampoco me invadió la compasión. Eso era todo lo que Juan significaba en mi vida y, a veces, hasta a mí me resultaba extraño. Tantos años tirados a la basura, compartiéndolo todo; esa sensación aún me provocaba tristeza e impotencia.

El metre me reconoció enseguida, me saludó caballeroso y me preguntó por el señor Wilder. Después de decirle que no vendría, me pidió que lo saludara de su parte y le respondí que lo haría. Me disculpé comentándole que había surgido un imprevisto, que seríamos uno más en la mesa, ante lo que el hombre me sonrió amable y me respondió que no habría ningún problema.

El gesto de asombro de Juan, al ver cómo me desenvolvía en un país extranjero y en ese sofisticado ambiente, solo demostraba su ignorancia y su cortedad mental. ¿Qué había esperado de mí durante todos los años compartidos? ¿Qué había esperado después del divorcio? Quizás, que me quedara en casa llorando su ausencia, y no era consciente de cuánto se había equivocado. Mientras él se envolvió en un mundo rutinario en el que su única distracción era salir de copas en un vano intento de recuperar la juventud perdida, yo continué creciendo como persona, atenta al mundo que me rodeaba, esforzándome en aprender de los cambios que se producían en la vida de mis hijos, y ahora podía compartir con ellos esos momentos «sin estar fuera de onda», como me decía mi pequeño. Y era cierto, lo había logrado porque me había preocupado en prestarles atención; aunque me dedicara a leer, investigar y escribir, ellos habían sido la prioridad absoluta de mi vida mientras me necesitaban.

—Mamá —me dijo Pedro—, ya hablas inglés mucho mejor que nosotros. Pareces inglesa.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Juan mientras miraba a su alrededor—. Parece un sitio bastante caro.

—Sí, lo es, pero la comida es extraordinaria; ahora lo comprobaréis. De vez en cuando, está bien permitirse un capricho.

—¿Quién es ese Wilder que ha mencionado el camarero? —Juan continuó con el interrogatorio.

—Es mi jefe y ha tenido la amabilidad de hacernos la reserva. No es fácil cenar aquí una noche de jueves; normalmente hay que hacerla con varios días de antelación, pero el señor Wilder es amigo del propietario y cocinero del restaurante.

—Ahora te mueves en un ambiente distinto. ¡Los efectos del dinero!

—No estoy todo el día de fiesta, nunca me ha gustado demasiado. Además, trabajo doce o quince horas diarias, entre el estudio y mi próximo libro. Por cierto —comenté dirigiéndome a mis hijos—, dentro de unas semanas voy a la India. —Me miraron asombrados—. El jefe de guionistas se casa allí y me ha invitado a la boda. Estaré seis o siete días; solo tengo que pagarme el avión —aclaré para no parecer una derrochadora ante Juan y ofrecerle otro motivo para criticarme.

—¡Guau, mamá! ¡Qué suerte! —exclamaron mis hijos y las chicas.

—Dicen que las bodas son espectaculares —comentó Paula.

—Eso espero. Me gustaría verlo con mis propios ojos; me han contado que el colorido es increíble. —El rostro de Juan estaba rojo por la indignación que le provocaban mis planes y, sobre todo, mi ilusión; pero no me afectaba.

Acabada la excelente cena, nos invitaron a una copa y Tom vino a saludarme con dos besos cariñosos y gritando mi nombre. Lo presenté a mis acompañantes; se extrañó por la presencia de Juan y me preguntó por Robert. Le respondí que habían comenzado el rodaje de una serie nueva y que no había aparecido por el estudio en todo el día. Se despidió de mí con otros dos besos, satisfecho por mis halagos merecidos sobre sus platos, y me pidió que fuera a cenar otro día acompañada de su amigo. La sorpresa que me aguardaba al pedir la cuenta fue lo más increíble de la noche; no me dejaron pagar porque nos invitaba el señor Wilder y, por más que insistí, no logré convencer

al metre. Me avergonzaba, después del modo de comportarme con Robert, y me vería obligada a agradecerle su invitación.

De camino a casa, Juan descubrió sus cartas. No podía creer lo que me contaba; ni mis hijos lo creerían si hubiese confesado sus intenciones ante ellos.

—Hace una semana te acostabas con Paloma en mi casa de Sevilla y ahora me dices que piense en reconciliarme contigo. ¿Es una broma?

—No lo es. Paloma solo ha sido un pasatiempo con el que entretenerme. No me gusta vivir solo, no sé ocuparme de una casa y necesitaba a alguien que lo hiciera. —Su explicación no solo me horrorizó, sino que, además, me hizo ver al hombre tan egoísta y cruel que era.

—Si fueras más espléndido, habrías contratado a una asistenta; te lo podías permitir. Ya no te encargas ni de sufragar los gastos de tus hijos; todo corre por mi cuenta, nadie te pide nada. —No contuve una mirada de desprecio—. Vivir casi dos años con una chica y luego... ¿Le has contado lo que acabas de decirme?

—No. No quiero hacerle daño, no soy tan cruel.

—¿Cruel? Eres aún peor. Eres el mismo diablo, Juan. Lo que pretendes es tenerla asegurada, por si yo te fallo. —Sonreí ante la maldad de Juan—. Es por mi dinero, ¿verdad? —Buscaba un motivo adecuado a la mente de mi ex, uno con el peso suficiente para tentarlo a volver conmigo.

—No es por tu dinero. Cuando celebramos el cumpleaños de Nano, me di cuenta de cómo era la verdadera Lola, la joven con la que me casé y que se volvió un ama de casa aburrida tras nuestra boda.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —le reproché alterada—. Jamás fui una aburrida; el problema siempre fue el mismo. En cuanto me conseguiste, pretendiste guardarme para ti solo, ni siquiera permitiste que trabajara. Tú sí que eres aburrido y tacaño —dije con desprecio.

—Si actué de ese modo fue por lo mucho que te quería y aún te quiero.

—¿Cómo puedes decir que me querías? Luché cada día por nosotros, por

mantener vivo nuestro matrimonio, mientras tú... —Me atreví a decirlo—. Ni siquiera te excitaba sexualmente; nunca te fijabas en mí ni me deseabas.

—¿Qué sabrás tú del deseo de un hombre?

—Del tuyo, nada, pero ya he tenido oportunidad de conocer el deseo de otros, aunque no vaya restregándotelos ni mostrando mis triunfos. —Exageré bastante los dos besos que me había dado Robert, el único indicio de sexo que había tenido desde mucho antes de mi divorcio—. Y con hombres de verdad, no con chicos fácilmente impresionables. Hombres que aún logran emocionarme. —Lo miré ofendida a su cara asombrada—. Olvídame, Juan. Lo único que tenemos en común son dos chicos maravillosos; no estropees eso también.

—Te conozco desde los diecisiete años, y estuvimos juntos casi treinta; solo por respeto a esos años, merezco una oportunidad.

—Ya la tuviste, cada día que compartimos, y no hiciste nada con ella. Y hoy en día me resultaría imposible sentir algo por ti.

—Finges que no sientes nada por mí, pero sé que en el fondo lo haces como castigo, por haber mantenido esa relación con Paloma. Te dolió que eligiera a una chica tan joven.

—Ni finjo, ni te odio, ni me importa Paloma ni veinte tan jóvenes como ella. Vivo una vida feliz, como jamás pensé que tendría, y te juro que no la cambiaría por ninguno de los momentos que compartí contigo; ninguno porque todos fueron decepcionantes. Lo único bueno que obtuve fueron dos hijos, por los que he trabajado y luchado como dos madres para que tu influencia y tu apatía no les afectaran ni los dañaran como a mí. Y te voy a dar un consejo, aunque no lo merezcas: los estás decepcionando con tu comportamiento absurdo. No son tontos, son jóvenes y te respetan, pero se dan cuenta de tu caprichosa forma de ser y del daño constante que intentas hacerme. Deberías prestarles más atención, sobre todo a Pedro.

—Los estarás influenciando si les cuentas tus penas.

—Yo no tengo penas, Juan, porque mis hijos están bien, gracias a Dios, y

eso es primordial en mi vida. Eres tan egoísta y tan torpe que no necesitas mi ayuda para alejarte de ellos, como quedarte en mi piso de Sevilla por ahorrarte un hotel. Ni siquiera tienes dignidad.

A Juan pareció que mis palabras le hubiesen rebotado. Estaba convencido de que solo las decía para desahogarme y para vengarme de su relación con Paloma y de que tarde o temprano volvería con él. No podía ser más orgulloso, narcisista, bruto y egocéntrico. Y esa noche aprendí que algunas personas, con la edad, crecen y maduran y perciben un mundo más grande y accesible, lleno de posibilidades que enriquezcan sus vidas; otras, como Juan, crecen hacia dentro, se cierran al mundo que los rodea y creen que son el centro del universo. No volvería a hablar con él, no malgastaría ni un segundo de mi tiempo, y se daría cuenta, por sí mismo, de que entre nosotros existía un Everest insalvable que nos separaba.

Llegamos a casa y cogí de mi dormitorio la ropa que me pondría el día siguiente, así no molestaría ni invadiría la intimidad de Nano y Paula, que dormían en mi cama. Me acosté y me asombré porque todos mis pensamientos rondaban en torno al momento en que tuviera que agradecer a Robert su invitación; solo me acordé de Juan un segundo, impresionada por su ausencia en mi mente.

Afortunadamente, el viernes tampoco me encontré con Robert. Pensaba que, cuánto más tiempo transcurriera sin vernos, aunque no hubiese olvidado mi plantón en su casa, al menos se habrían suavizado sus consecuencias.

Esa tarde mis hijos me recogerían en la puerta de los estudios después de ver un partido de fútbol, así que me entretuve un tiempo y ojeé el trabajo previsto para el lunes. Cuando salí de la sala de guionistas, todos se habían marchado; solo veía encendida la luz del despacho de Robert.

«Tierra, trágame. Me verá al pasar y yo no me consideraría una persona adulta y sensata si no le agradeciera la invitación», pensé.

Decidida, caminé hacia la puerta de su despacho y me detuve ante el umbral. Robert estaba entretenido con la lectura de algún documento y tardó unos segundos en advertir mi presencia.

—¿Todavía estás aquí? —me reprochó con cariño mientras me miraba de reojo—. Es viernes por la tarde y tus hijos te esperan.

—Están viendo un partido de fútbol y me recogerán dentro de unos minutos. He pasado para agradecerte tu invitación de anoche. No tenías que haberte molestado. Gracias, Robert; ha sido muy generoso por tu parte.

—No me lo agradezcas porque me he arrepentido de haberlo hecho. —Su sinceridad me sorprendió; me miró a los ojos sin ocultar su irritación—. Me mentiste.

—¿Con qué te mentí? —pregunté extrañada.

—Sí. Me dijiste que cenarías con tus hijos y sus novias, y te acompañaba, además, un hombre. ¿Era tu exmarido? —Exigió una respuesta—. ¿Con su novia?

—No. Solo. —Mi respuesta lo encendió.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia mí casi con violencia. Me tomó por el brazo, me metió en el despacho y cerró la puerta a mi espalda.

—¿A qué ha venido? —me preguntó, como si tuviera algún derecho sobre mí, y me hablaba a cinco centímetros de mi nariz.

—¿Quién? ¿Juan? —Me puse nerviosa y no fui capaz de contarle la verdad—. No sé, le apetecería hacer este viaje en compañía de sus hijos; no le he preguntado.

—¿Duerme en tu casa? —Me interrogaba en el mismo tono, sin dejar de mirarme, con el ceño fruncido, que delataba su enojo.

—No, por supuesto que no. Yo no lo... —No pude continuar hablando porque su boca me lo impidió con tanto ímpetu que me golpeó contra la puerta. Con una mano me sujetaba la nuca con fuerza, mientras cerraba el pestillo con la otra.

Al principio no pude responder a la exigencia de ese beso sorprendente

pero, a los pocos segundos, desató en mí el mismo deseo que expresaba con sus labios y con su lengua — que se movía ansiosa dentro de mi boca—, y le respondí agarrándome a su cuello con fuerza y aplastándome contra su cuerpo. Lo había despreciado el miércoles, pero no había sido yo; había sido el miedo que no sentía en ese momento, que quizás la presencia de Juan había logrado desterrar de mí. Lola estaba enamorada de Robert, como una adolescente, como la Lola de veinte años, y esa tarde era capaz de demostrárselo. Dejé que sus manos me quitaran el abrigo, mientras me miraba con esos ojos de chocolate, inyectados en el deseo que tanto había echado de menos desde la noche del miércoles.

—Perdóname, Robert. Perdona por lo que te hice el miércoles —le supliqué susurrando mientras me besaba el cuello.

—No tengo nada que perdonarte. No estuvo tan mal como crees —respondió confiado.

—¿No? —pregunté extrañada al mirarlo a los ojos.

—No. —Sonrió satisfecho—. Después de que huyeras, analicé la situación. Al menos me dijiste que te gustaba y que te descontrolaba, y entendí que solo estabas asustada.

—Muy asustada. —Remarqué el adverbio—. No puedo evitarlo y créeme que me gustaría.

—No te voy a hacer daño, Lola. Nunca te lo haría. —Pasó su mano por mi pelo, lo aplastó en una fuerte caricia y me miró asomándose a mi interior—. Me encanta estar contigo; eres tan... —Me observó en silencio un instante, y dejamos de lado el deseo para transmitirme una ternura que parecía imposible en él—... fascinante. También a mí me gustas, demasiado, y me descontrolas, y a veces no puedo dejar de pensar en ti ni de dominar el deseo que me provocas. Como ahora. —De nuevo me besó decidido, olvidó la ternura y permitió que nos invadiera una pasión frenética, retenida hasta ahora por mí y, en ese instante, consentí que fluyera por cada poro de mi piel. Sin soltar su abrazo, se sentó en un butacón, en el que recibía a veces las visitas, me acogió

en su regazo con firmeza y cubrió mi cuerpo con sus brazos. Yo me enganchaba a su cuello con fuerza, intentaba devorarlo con mis besos, y sus manos se movían libres dentro de mi jersey para explorar mi espalda, mi cintura, mi vientre, para llenarse con mis pechos, y despertaba aún más ese fuego interno e intenso cuya fuerza desconocía, aunque viviera dentro de mí.

Su interfono sonó y nos transportó bruscamente al mundo real, y su secretaria dijo que mis hijos esperaban en la entrada. Intenté levantarme y Robert me lo impidió.

—Por favor, no te marches ahora —me suplicó apoyando su frente en la mía—. Deja que me harte de ti. Tenemos que acabar alguna vez con esto.

—Son mis hijos, Robert. Me están esperando —dije mientras me levantaba despacio.

—En este momento odio que seas tan responsable —me reprochó al tiempo que se echaba el pelo hacia atrás en un gesto de impotencia—, aunque el lunes te lo exija.

—¿Puedo utilizar tu baño? —Miré a Robert con timidez.

—Todo tuyo —me invitó resignado.

Me recompuse la ropa, me peiné, me pinté los labios frente al espejo y contemplé mi imagen, aún excitada y ruborizada. Cuando salí, Robert estaba repantingado en el butacón; no se había movido. Su abundante cabellera alborotada, la camisa descompuesta por mis manos —deseosas de tocar su cuerpo—, sus fuertes manos —que se aferraban con firmeza a los reposabrazos— reflejaban su impotencia y daba la impresión de sentirse vencido por las circunstancias. Me observó con una sonrisa desgana, me recorrió de arriba abajo, sin perder de vista ni uno de mis movimientos, mientras yo recogía mi bolso y mi abrigo.

—¿Cuándo nos veremos? Y no me respondas que aquí, el lunes, o me enfadaré.

—No lo sé, Robert. Cuando tú puedas.

—Estaré en Sussex, desde mañana, trabajando sin parar. Tengo que hostigar

a mi tropa para que cumpla los plazos previstos. —En ese instante me sonrió divertido—. Lola —me requirió al volverme—, el sábado me gustaría que vinieras con tus hijos a mi casa, así conocen algo más, aparte de Londres, y podemos pasar juntos más tiempo.

—¿Y qué hago con Juan? No quiero provocarlo si le digo que no puede venir, aunque lo merezca.

—Tiene una novia y es tu ex; no lo olvides —me exigió.

—No lo olvidaría si no estuvieran mis hijos. —Suspiré afectada—. Lo siento, Robert. Me encantaría ir a tu casa, pero no es el momento. —Se resignó, pero no se rindió.

—¿Cuándo se marchan tus hijos?

—El lunes por la mañana. —Bufó sin ocultar su desesperación.

—Aléjate de tu ex —me advirtió alzando su dedo índice amenazador, y me hizo reír.

—¿Es una amenaza? —Me acerqué a él; me senté con delicadeza en su regazo, dispuesta a ofrecerle un último beso de despedida; apoyó su mano en mi cintura con delicadeza, y recibió mi boca con suavidad.

—Me ha bastado tenerte unos minutos entre mis brazos, en dos ocasiones, para saber cuánto vales. Él lo sabrá mejor que yo, que te ha tenido durante años; por eso estará aquí. —Me miró de nuevo, sin reprimir su deseo, a la vez que ponía su mano en mi mejilla—. Estoy convencido de eso. Solo un retrasado mental te concedería el divorcio, y no creo que tu marido lo sea. Mírate —me exigió mientras recorría lentamente mi cuerpo con sus ojos encendidos de pasión—, estás fantástica, radiante y tan sexi... —Suspiró enfadado—. Y no solo tengo que dejarte marchar, sino que, además, debo entregarte a las garras de un hombre, quizás, tan desesperado por tenerte como yo. —Se lamentó y lo besé sin ocultar mis sentimientos—. Maldita gitana provocadora. —Bromeó con el deseo prendido en sus ojos, y me hizo reír por su ocurrencia; luego me dio un último beso, que me dejó temblando.

—Nadie me ha besado como tú —hablé a la vez que intentaba domar su

cabello recio—. Ya sabes algo más sobre mí, y creo que eso te debería proporcionar bastante confianza —respondí intrigante mientras le retiraba el carmín de sus labios con un dedo.

En el momento en que yo abría la puerta, me llamó.

—Lola. —Su voz sonó triste y ansiosa—. Te... —Dudó un instante—... te voy a echar de menos. Te llamaré; por lo menos, me ayudarás a desconectarme del trabajo durante unos minutos.

—Y yo me alegraré de escucharte —respondí sincera.

Salí del edificio flotando y, con una inevitable sonrisa dibujada en mis labios, me preguntaba desde cuándo no me sentía así: admirada, deseada y amada aunque solo fuera durante unos minutos. Nunca, fue la triste y lamentable respuesta. Delante de mí esperaban mis hijos y mi ex; casi treinta años con él y jamás me había hecho sentir como Robert había conseguido tan solo en unos minutos. ¡Y vaya sensación! La euforia controlaba mis movimientos, mis palabras, mis risas; los besos y las caricias que Robert había tatuado en mi cuerpo acorazaban mi alma. En ese instante no me arrepentía de haberle demostrado mi debilidad, sino todo lo contrario; le había dejado claro que sentía algo por él y, aunque sabía que arriesgaba mucho y quizás perdiera con ello, me sentía libre y en la obligación de dejarle claro que yo no era una mujer de usar y tirar.

—Estás muy guapa, mamá —me dijo Nano al besarme, porque no nos habíamos visto desde la noche anterior—. Después de tantas horas de trabajo y para ser viernes, ni siquiera pareces cansada.

—No lo estoy.

Juan, atento a la conversación y a los halagos de mi hijo mayor, no reprimió su dañina opinión.

—Si se puede llamar trabajo a lo que hace.

En ese momento lo observé sonriendo, y pudo leer en mis ojos cuán

indiferente me resultaba su opinión, la insignificancia de su presencia en mi vida y la distancia que nos separaba. Y por si no lo había entendido, dejé que mi ignorancia le respondiera.

Pasé el fin de semana sin separarme de mis hijos y, en el pensamiento, disfruté de la compañía omnipresente de Robert. La coraza que me había construido con sus besos y sus caricias me protegía de las punzadas hirientes con las que Juan pretendía minar la seguridad que dominaba mi vida; aunque supiera que su continuo azote no me afectaba en absoluto, no mermaba su constancia. Hasta que la impotencia logró desatar su desesperación al no encontrar huella en mí de la sumisa y conformista mujer que había compartido su vida durante tantos años.

Nos hizo pasar un momento desagradable en nuestra última cena, en el restaurante hindú del primo de Shauri, al que había acudido varias veces. La familiaridad con que me trataban en el local y mi desenvoltura en un ambiente tan alejado de nuestra vida anterior le resultaron insoportables; fue el detonante que despertó la furia de Juan y que lo hizo hablar de lo que no era apropiado en ese momento.

—Ya que mañana nos despedimos, me gustaría que supierais por qué he querido hacer este viaje con vosotros. —Su introducción me alarmó, y recibí una mirada de Nano en el mismo sentido—. Estoy intentando que mamá y yo nos reconciliemos. —Obtuvo la atención de todos, como había pretendido—. Y que volvamos a ser una familia unida, como éramos hace tres años.

Podía esperar cualquier acto egoísta de él, pero no que fuera capaz de insinuarles a mis hijos algo parecido, y no porque ellos no supieran que yo no estaría por la labor, sino porque me dolía que quisiera hacerme culpable de nuestra separación. Me quedé muda tras su elocuente exposición. Nano salió en mi defensa y, sin salir de la impresión, le preguntó:

—Pero... ¿y Paloma?

—No puedo seguir con ella. Estos días que hemos pasado juntos me han servido para comprender que todavía estoy enamorado de tu madre.

¿Enamorado de mí? ¿Cómo era capaz de decir que estaba enamorado de mí? Y mucho menos que lo hubiese estado hacía años. Juan solo estaba enamorado de sí mismo. Consiguió hacer crecer mi indignación al continuar con su estúpida conferencia.

—Quiero que seáis testigos de mi declaración...

—Juan —lo interrumpí alterada—, creo que no es el momento de declarar nada. Lo que tengas de decir puedes decírmelo a solas.

—No. Nano y Pedro son mayores y entienden los sentimientos que las mujeres provocáis en los hombres. —Sonrió henchido de orgullo, como un majestuoso pavo real cuando corteja a las hembras—. Y deseo que conozcan mis intenciones. —Adquirió un aspecto solemne y, mirándome, continuó hablando—. Lola, te pido que nos casemos otra vez. —Bajé la mirada al vaso que tenía ante mí, soporté su estupidez y controlé mi lengua y mis puños para no parecer tan imbécil como él.

Parecía haber terminado su declaración, y todos me miraban fijamente porque esperaban una respuesta. Levanté la vista y clavé mis ojos en los de Juan en un intento de transmitirle mi convencimiento con la única palabra que pensaba pronunciar ante mi público.

—No. —Lo dije con furia y odio porque fueron los sentimientos que me despertó, en ese instante, el enano mental que tenía por exmarido.

Y como si no hubiese sucedido nada importante, llamé al camarero y le pedí la cuenta. Por cierto, Juan no había sacado la tarjeta de crédito en ninguna de las ocasiones en las que yo había estado presente. Pero su orgullo no le permitía darse por vencido.

—Es evidente que te he sorprendido y que necesitarás tiempo para pensarlo con calma.

—No —volví a repetir en el mismo tono, sin añadir nada más. Miré un instante a los chicos y me disculpé con ellos—. Siento que tengáis que ser

testigo de una situación tan estúpida y desagradable como la persona que la ha provocado. —Pedro sofocó una risita provocada por mi duro comentario. Y con una sonrisa deslumbrante y dando a entender que no había sucedido nada importante en esa mesa, pregunté—: ¿Nos vamos?

Me despedí con naturalidad y simpatía del primo de mi amigo, y salimos del local. Juan había reventado la noche que pretendíamos acabar en algún local de moda, tomando una copa. Las chicas caminaban juntas detrás; probablemente comentaban la anécdota.

—Lo siento, Pedro, te has quedado con las ganas. Pero no te preocupes, puedes venir cuando quieras, y recorreremos todos los *pubs* que te gusten. Avisaremos a mi compañera Sam. —Le sonreí mientras me agarraba a su brazo—. Es toda una experta en la noche londinense. —Juan se acercó a nosotros, evidentemente molesto por vernos hablando tranquilos e ignorándolo.

—¿Pretendes humillarme delante de mis hijos y de dos extrañas a nuestra familia? —me preguntó en tono violento y despreciándome—. ¿No vas terminar de vengarte nunca por mi relación con Paloma?

—Te lo dije el jueves cuando llegaste —respondí conservando la calma—: no se trata de venganza. No siento nada por ti y no deseo tener nada que ver contigo. Pero parece que mis palabras rebotan contra tu presunción y tu exagerada autoestima. Y si me hubieses escuchado, no te sentirías así y les habrías evitado un mal rato a los chicos.

—¿Les has dicho que has estado con otros hombres? —Mis hijos me miraron asombrados—. Sí, vuestra casta y pura madre está adquiriendo experiencia que la ayuda a compararme con otros y, por lo visto, con hombres impresionantes —les dijo con sorna.

—Eso no es asunto tuyo, ni te voy a hablar sobre mi vida íntima. Eres mezquino, Juan. Solo intentas lastimarme y no te lo consentiré. No continuaré con esta estúpida conversación.

Todos caminábamos en silencio, en dirección al apartamento, y la velada

acabó tan aguada como se preveía la madrugada.

Me levanté temprano, como cada lunes, y ya estaba vestida y a punto de desayunar cuando Nano salió de su habitación con aspecto somnoliento y cansado; lo más probable sería que el espectáculo vivido la noche anterior no le habría permitido descansar en condiciones, a pesar de sus veinticinco años.

—Buenos días, Nano. —Lo besé en la mejilla, oscura por la barba densa, y sonreí al darme cuenta de lo mayor que era—. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor, necesito espabilarme. Me gustaría hablar contigo antes de que te vayas a trabajar.

—¿Estás preocupado por lo sucedido anoche?

—No. Sé que las estupideces de mi padre ya no te afectan.

—No le afectan ni a él mismo. Esta noche dormiré con Paloma. —Lo miré un instante antes de continuar—. Nano, quizás no te guste lo que vas a oír, pero tu padre es un hombre egoísta y caprichoso, poco habituado a que le lleven la contraria, tal vez por lo mucho que se lo permití durante nuestro matrimonio, y por eso se niega a reconocer la realidad. Mejor dicho, mi realidad.

—Anoche dijo que tú... —Nano no se atrevía a preguntar lo que ansiaba saber sobre mi vida, y lo ayudé a resolver sus dudas.

—¿Quieres saber si he tenido o si tengo algún lío con otro hombre? ¿Es eso lo que te preocupa?

—Sí. Me preocupa por ti, porque te hagan sufrir de nuevo. Mamá, aparte de ser una mujer muy atractiva y elegante, eres simpática, generosa, inteligente, pero también ingenua e insegura. —Su respuesta me emocionó por lo bien que me conocía y dejé escapar unas lágrimas. Nano me abrazó cariñoso. Me recobré enseguida y respondí a su sinceridad con la mía.

—No he estado con ningún hombre después de papá; puedes creerme. No me he sentido con la seguridad suficiente para hacerlo, como tú bien dices. Le marqué un farol en un intento desesperado de que me dejase en paz. Pero al

mes de llegar a Londres, empecé a tratar con un hombre muy especial por el que siento algo; no te lo voy a negar. He salido unas pocas veces con él y creo que también siente lo mismo por mí. —Suspiré emocionada al pensar en Robert—. Incluso me pidió que os invitara a su preciosa casa de campo en Sussex; la presencia de papá os ha impedido conocerlo. No me habría importado ni a él tampoco. No trato de ocultarme, Nano; eso fue lo que insinuó tu padre.

—Si muestra interés en conocernos, significa que va en serio contigo.

—No lo sé aún; no sé lo que significa ni deseo hacer planes sobre esa relación. Aunque no esté enamorada de tu padre, todo este espectáculo que monta consigue despertar mis dudas y temores por comenzar algo con otro hombre.

—No lo permitas, mamá. No dejes que mi padre te siga dominando.

—Tienes razón. En realidad, es lo que hace aún; su desagradable influencia me impide sentirme libre. Y no soportaría pasar por lo mismo dos veces, te lo aseguro.

—¿Ese hombre es Wilder?, ¿el que nos pagó la cena carísima del jueves?, ¿tu jefe?

—Sí, es él —respondí sorprendida—. ¿Cómo lo has averiguado?

—El metre miró a mi padre demasiado extrañado, y eso despertó mi interés. Luego, a Tom le sucedió lo mismo, pero prestó más atención aún a la situación. Pensé que tenían una idea en su cabeza sobre Wilder y tú, y les extrañó que te acompañara un hombre que bien podría ser tu marido. —Me sonrió orgulloso por el acierto de sus pesquisas—. ¿Te trata bien? —Recordé el modo extraordinario en que Robert me trataba y cómo me decía que me necesitaba para relajarse.

—A veces, como a una amiga, y otras, como a una dama. —Nano soltó una carcajada nerviosa—. No tiene nada que ver con el comportamiento de tu padre.

—Eso es lo único que me importa, porque tú te lo mereces.

—Gracias, cielo. —Pensé en pedirle un favor—. Sé que Pedro no se atreverá a preguntarme sobre este asunto; me gustaría que hablaras con él cuando surja la ocasión. No quiero que sienta dudas a causa de las acusaciones infundadas de tu padre. ¿Lo harás por mí?

—Mamá —exclamó de buen humor y sonriendo—, me has regalado el coche de mis sueños. Por ti haría cualquier cosa; mi vida está a tu disposición.

Me despedí con cariño de mis hijos y de sus novias; disculpé de nuevo a Juan ante las chicas, quienes agradecieron mi hospitalidad y, por supuesto, les pedí que regresaran pronto.

Capítulo 13

ALBA

Andrew me ha enviado un mensaje para decirme que me recogerá en quince minutos. Así que, impresionada por los sinsabores que sufría mi abuela en aquella época, dejo la historia con la intención de retomarla a la mañana siguiente. Me avisa por el interfono y me dice que me espera en el portal si estoy lista.

Un minuto más tarde, estoy ante sus ojos —abiertos como platos— y escuchando los elogios que siempre está deseando regalarme.

—Vaya con mi sirenita. Estás preciosa. —Me besa rozándome los labios untuosos y carnosos—. Me fastidia tener que controlarme. —Yo me río.

Me he puesto un vestido precioso que me compré en Sevilla antes de mi reconciliación con Andy. Nada me anima más que un día de compras caprichosas cuando me siento hundida. Luzco mis hombros bronceados, y los tonos beis y tierra resaltan el color de mi piel. Mi frondosa y ondulada melena castaña se ha aclarado, como me sucede todos los veranos, debido a los efectos del sol y el mar. Me siento segura de mi belleza física esta noche, en la que estoy decidida a enterrar mis dudas de una vez por todas. Me agarro del brazo de Andrew, y nos dirigimos al restaurante, donde nos espera una cena de negocios junto a los empresarios, dueños de una gran cadena de supermercados londinenses, de la que realizará la publicidad durante cinco años. Por lo visto, se trata de un proyecto muy beneficioso para la agencia de mi novio y que su hermano ha estado a punto de echar a perder. Andy me rogó

que lo acompañara y, desde esta noche, me he propuesto hacerlo siempre que me lo pida porque me quiere y me necesita junto a él, y eso es una estupenda señal.

Nos esperan, sentados a la mesa, tres hombres que rondarán la edad de mi padre y la esposa de uno de ellos. Andrew me los presenta, y me saludan amables y afectuosos. Cinco minutos más tarde, aparecen Ross y Sondra.

—Alba, estás preciosa. —Ross me saluda con un beso en la mejilla—. ¿Por qué te has reconciliado con el aburrido de mi hermano? —Andy le envía una mirada fría y dura—. Deberías haber aprendido la lección y poner a salvo ese corazoncito mimado y tan malcriado por tu familia.

—Me alegro de verte, Ross —le digo ignorando sus provocaciones—. ¿Cómo estás, Sondra? Te sienta bien el pelo corto. —Sondra se acerca, me ofrece su mejilla e, ignorando mi presencia, se sienta entre su marido y Peter Jackson, uno de los empresarios que acude a la cena sin pareja.

Una vez que Ross la presenta, ella comienza a hablar sobre una obra de teatro que vio la noche anterior y acapara la atención de todos, como siempre suele hacer. Es una mujer guapa y elegante, de la edad de Andrew, que explota su belleza para convertirse en el centro de cualquier reunión, sobre todo si esta es masculina. Yo siempre he pensado que lo hace por vanidad, pero ahora entiendo que actúa de ese modo para recuperar la atención perdida de su marido. Mary tiene razón: Sondra se ha preocupado tanto por su apariencia física que se ha olvidado de su novio —y después marido—, y ahora, que lo sé, percibo el distanciamiento que existe entre ambos. Como es habitual en mí, la última en darse cuenta, ¡y vaya si son descarados! Tampoco Sandy me ha comentado nada y ella es un lince en eso de intuir malos rollos entre las parejas; en cuanto llegue de su viaje de novios, se lo preguntaré.

No hay nada natural en Sondra. El pelo, cuidado y peinado hasta el último mechón, que parece caer sobre su frente con descuido; la ropa de marca y, probablemente, carísima, al igual que sus zapatos, su bolso y sus complementos —porque no le falta un adorno, como a un buen árbol de

Navidad—. Y yo me tengo por frívola, coqueta y bastante presumida: no puedo ni compararme con Sondra. Para prepararse de ese modo, desde luego necesita bastante más de los quince o veinte minutos que yo me he dedicado. Ross ha demostrado demasiado interés en sentarse a mi lado y está resultando pesado con sus bromas, que solo intentan desvalorar a su hermano ante mí; el pobre no sabe que eso es algo imposible, porque no lo consigue ni el mismo Andrew en sus peores meteduras de pata. Mary tiene razón: ¿cómo pueden ser dos hermanos tan diferentes?

—Menos mal que ya se ha firmado este asunto de la publicidad —comenta Lucy West, la mujer de uno de los socios—; ahora podremos marcharnos de vacaciones. Hemos alquilado una villa en la Toscana durante quince días. — Sondra dirige una mirada fulminante a Ross; luego, a Andy, y a mí en último lugar, la que más me sorprende.

—Andrew —continúa la señora—, ¿vosotros habéis llegado de Andalucía?

—Así es, Lucy —responde mi educado novio—. Estamos pasando unos días junto a la familia de Alba; su abuela tiene una casa en las afueras de Tarifa, frente al estrecho de Gibraltar —aclara para situarlos.

—¡Ah! Mi hijo va casi todos los veranos a practicar *kitesurf*. Le encanta. ¿Tú practicas?

—Lo intento —responde humilde—. Parece que en este verano voy a tener tiempo. Hace dos años que no disfrutaba de unas vacaciones. —La mirada que le dirige Sondra va cargada de rabia contenida.

—Lo que habéis conseguido con vuestra agencia es fantástico —los felicita Jackson—. Sobre todo a vuestra edad.

—Mi hermano pequeño es un genio —reconoce Ross mientras alza su copa hacia Andrew y en un gesto humilde, nada apropiado en él—. Ha levantado nuestra empresa como renace un ave fénix: de sus propias cenizas. Mi padre nos la dejó hecha unos zorros, pero él ha sabido reestructurarla, ponerla en marcha de nuevo y convertirla en un negocio seguro y fiable. Aunque casi pierde a su preciosa novia por el camino —apuntilla con mala intención y

consigue que los reunidos me miren con los ojos muy abiertos, a la espera de una explicación. Andy hace caso omiso del comentario, y la incómoda situación se diluye enseguida—. Es difícil tenerlo todo en la vida, ¿no es cierto? —Nadie le responde—. No obstante, se niega a seguir mi consejo de permitirse un buen rato de diversión cada día y dedicar menos tiempo al trabajo.

—Bueno, todo se consigue con la dedicación adecuada —replica Andy sonriendo y disculpando la indiscreción de Ross sobre su vida privada, de la que es un exagerado protector—. En este verano pienso desquitarme. —De nuevo Sondra intenta fulminarlo con sus ojos, perfectamente maquillados.

A Andrew se lo ve fuerte, seguro y satisfecho de sí mismo. Ross intenta suplir su falta de carácter y de energía con sus experiencias mundanas, que son intensas y cuantiosas. Mi novio me dedica un instante de cariñosa atención de vez en cuando: un roce, una mirada, una sonrisa, una leve caricia, una oportuna explicación. Ross ignora a su mujer a conciencia y ella parece empeñada en conseguir esos detalles de un Jackson cada vez más envalentonado a ofrecérselos, consciente del distanciamiento que existe entre el matrimonio y las evidentes provocaciones de Sondra, que sabe cómo conquistarlo: poniendo una mano sutil sobre el brazo del hombre, mirarlo con una intensidad innecesaria cuando este habla, sonreír solo para él y, por supuesto, ignorar a Ross. Y yo me pregunto por qué he estado tan ciega para no percibir esos gestos meses atrás, porque reconozco que me resultan habituales en Sondra.

Me siento incómoda en la reunión, y las preguntas de periodista curiosa se atascan en mi cerebro. En ese instante, a Sondra le hubiese dicho: «No te lo tomes como algo personal, pero me gustaría entender cómo puedes vivir con un hombre por el que ya no solo es que no sientes nada, sino que, además, no os respetáis». Estoy asombrada y, quizás, demasiado pendiente de ambos porque no llego a entender el motivo por el que siguen casados y me pregunto

qué los obliga a vivir esa farsa cuando ni siquiera tienen hijos. Ross no es tan guapo como su hermano, carece de un físico similar, pero no resulta mal parecido porque suele vestirse con gusto y elegancia, incluso más que Andrew. De ella se puede decir que es una mujer despampanante, así que ambos pueden rehacer sus vidas sin problemas y sin que les falten otras oportunidades. ¿Por qué no lo hacen? ¿Por qué se castigan de ese modo el uno al otro? Tiene que existir un motivo que los frene y, desde luego, no es el amor que se profesan.

Una vez acabada la cena, los empresarios deciden marcharse, salvo Jackson que, rejuvenecido y envalentonado por las insinuaciones de una chica como Sondra, propone tomar una copa en Ministry of Sound, y a Sondra le parece una idea excelente. Yo miro a Ross e intento percibir un gesto, una mirada que delate su disconformidad o su molestia hacia el comportamiento de su mujer; no encuentro nada. Sonríe, mira su reloj y asiente animado. Andy me pregunta si me apetece ir; es consciente de que la noche anterior dormimos poco y de que puedo estar cansada por el viaje. Ante la insistencia de Ross, ambos accedemos, y la verdad es que me muero de curiosidad por continuar observando el comportamiento del matrimonio que nunca antes me ha llamado la atención; simplemente me parecían una pareja aburrida.

El local está animado, aunque no hay demasiada gente, ya que aún es temprano. Jackson nos entretiene contándonos a las dos su última expedición a los Alpes suizos; le gusta el alpinismo y, a sus cincuenta y cuatro años, según nos confiesa, aún lo practica. Reconozco que es un hombre de buena apariencia física, fuerte y atractivo pero, con solo pensar en que podía ser mi padre y con presenciar el modo en que Sondra se le insinúa, me entran náuseas. Un par de metros alejados de nosotros, Ross, sin que su gesto corporal lo delate en un ningún instante, parece discutir con Andrew. Mi novio lo escucha atento y, con su típico gesto tallado en piedra, responde con simples monosílabos. No sé sobre qué hablan pero, por las inspiraciones y espiraciones profundas de Ross, supongo que se trata de algo serio. Después

de varios minutos de insistencia, Andrew no muta su gesto frío y no cede ante las peticiones de su hermano, quien parece desesperar mientras su mujer se mueve provocativa alrededor de un cada vez más excitado desconocido. A causa de la extraña actitud de los dos, presiento que algo trágico acabará sucediéndole a esa pareja, y solo espero que lo que sea que la vida les reserve nos haga el menor daño posible a Andrew y a mí porque, al fin y al cabo, forman parte de nuestra familia.

En ese momento pienso en los míos, más concretamente en la relación que mantienen mi padre y mi tío y en cómo darían la vida el uno por el otro sin pensarlo un instante, aunque suene exagerado; ni mi abuelo Juan pudo quebrar el fuerte lazo que mi abuela creó entre ellos a base de su sacrificio personal, al principio, y luego con su asombrosa generosidad y su saber escuchar —las dos cualidades más destacadas de mi abuela Lola—. ¿Qué ha fallado en la familia de los Stevens para que los dos hermanos se comporten de ese modo tan dispar? Mary parece una buena mujer, aunque yo ya no me fío de mi intuición. Decido que, cuando encuentre el momento oportuno, se lo preguntaré a Andy.

Me siento cada vez más incómoda junto a la pareja, que me ignora. Por suerte, Andrew me llama y, aliviada, tardo un segundo en situarme a su lado. De repente, comienza a sonar «International love», de Pitbull y Chris Brown; sin esperarlo, Ross tira de mi mano hacia la pista de baile. Siempre me ha gustado bailar y, cuando salimos de noche, Sandy y yo acabamos exhaustas de movernos en cualquier parte donde suene buena música. Bradley nos acompaña alguna vez, pero Andrew jamás, y no porque no le guste la música; incluso no desafina mucho cuando canta en la ducha. Solo una vez, algo bebido, bailó muy agarrado a mi cuerpo, tanto como lo está su hermano en este instante. Ross es un buen bailarín y mueve sus caderas sinuosas y provocativas, con lo que logra contagiar a las mías, temerosas de hacer el ridículo ante el alto y sorprendente nivel de baile de mi acompañante.

—Eso es, bonita, déjate llevar —me anima apasionado, sin dejar de

manosearme—. Eres una mujer preciosa. Yo haré que luzcas y disfrutes de tu maravilloso cuerpo.

No doy crédito a sus palabras de esta noche. Siempre ha actuado conmigo de un modo bastante provocador, y ahora entiendo que intenta molestar a Andrew, aunque hoy se está pasando de la raya, sobre todo por el modo de mover sus manos sobre mi cuerpo y por la mirada lujuriosa que me dedica. Ni siquiera Andrew me toca de ese modo en público. Prefiero no darle importancia y, de ese modo, no llamar la atención ni de su mujer ni de mi novio. Pero es demasiado tarde. Jackson aplaude animándonos al ritmo de la música, y Sondra me habría matado con otra de sus miradas furiosas si hubiese podido. Andrew continúa con su máscara de piedra, y lo único que cabe esperar es que no se enfade ante el vergonzoso espectáculo que su hermano monta en la pista, en ese instante, conmigo como compañera. Ni siquiera puedo sonreír por compromiso.

Jackson nos felicita tras el magnífico espectáculo y, a su lado, Sondra nos fulmina con la mirada una vez más. Me acerco a Andy y cojo mi copa; él me rodea la cintura con un brazo y me besa en la frente antes de dirigirse a su hermano con una frialdad inverosímil.

—Si vuelves a tocarla de ese modo, te juro que no me importará que seas mi hermano mientras te esté partiendo la cara. —Andy me agarra más fuerte al sentir el respingo que doy—. ¿Qué intentas conseguir, Ross? —Y su pregunta es un reto.

—Tranquilo, Andy —responde burlón—, solo quería enseñarle a Alba que hay hombres más divertidos que tú. —Me mira con una sonrisa diabólica—. Ya lo has visto, bonita: puedes acudir a mí cuando te apetezca divertirme.

Hace cuatro años que conozco a Ross y, aunque nunca hemos llegado a intimar porque Andy se empeña en mantener las distancias con él, su comportamiento me resulta violento y desagradable. Cinco minutos después de recibir mi lección personal de baile, le pido a Andrew que nos marchemos a casa. Aún no me ha soltado y asiente con una sonrisa cariñosa y un fugaz beso

en los labios; como el hombre educado que es, se despide de Sondra con un beso correcto en la mejilla, un afectuoso apretón de manos a Jackson y unas breves y precisas palabras a su hermano.

—Nos vemos mañana, a las ocho, en mi despacho.

No entiendo lo que está sucediendo entre ellos y no estoy segura de si debo preguntarle a Andy por ello, pero la verdad es que me preocupa.

—¿Qué sucede entre Ross y tú? —le pregunto una vez que nos sentamos en el coche.

—Que somos muy diferentes —me responde evadiendo profundizar en su respuesta, y yo sé que me oculta algo—. Siempre te lo he dicho, Alba; mi familia no tiene nada que ver con la tuya. Yo solo tengo a mi madre, y si no está con Ross.

—Tu madre se queja porque no sabe nada de tu vida, aparte de lo que ve. ¿Por qué no quieres contármelo?

—¿El qué? —me contesta fingiendo, a la vez que presta atención a la carretera.

—Los problemas que te separan de tu hermano.

—Ya lo has oído. Según Ross, no sé divertirme.

—Está bien, Andrew —replico decepcionada—. Es evidente que no quieres hablar de ello.

—No hay nada sobre lo que hablar, cariño. Cuéntame —continúa hablando y sonriendo despreocupado—: ¿qué has estado haciendo esta tarde?

—Escribiendo —respondo molesta—. Toda la tarde. No he salido de casa.

—Me alegra oír eso.

—¿A qué te refieres con «eso»?

—Que vuelva a ser nuestra casa. —No contesto para hacerle ver que estoy enojada por su falta de confianza en mí—. ¿Estás enfadada conmigo?

—Sí. —Soy tajante con mi respuesta.

—¿Por qué? —me pregunta fingiendo poner más interés en el aparcamiento que en sus palabras.

—Porque creo que no confías en mí. —Me mira sonriendo tranquilo, a la vez que apaga el contacto del coche.

—Te confiaría mi vida, ya lo sabes. No hay otra persona en la que confie más.

Agarrados de la mano, salimos del garaje hacia nuestro apartamento, y Andy me pone su chaqueta sobre los hombros porque ha cambiado el tiempo y parece que va a llover.

—¿Quieres que nos quedemos aquí unos días, o prefieres regresar a Tarifa?

—Prefiero Tarifa. —Mi respuesta es concisa porque pretendo ser tan misteriosa como él.

—Podemos coger el avión de la seis. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —digo en el mismo tono.

Entramos en casa en silencio, y yo me mantengo distante, como él prefiere, según mi opinión.

—Tengo que levantarme temprano, pero procuraré no molestarte —dice a la vez que programa la alarma de su móvil—. Espero no despertarte. —Me mira sonriendo y aparentando que no deja nada en el aire—. ¿Almorzamos juntos? —Encojo los hombros como única respuesta—. Alba, cariño, no te preocupes; no sucede nada anormal entre Ross y yo. Siempre ha sido así entre nosotros, aunque ahora resulta más incómodo porque estamos obligados a tratarnos más.

—No me lo trago, Andy, ¿y sabes por qué? —Alza las cejas y espera mi respuesta—. Porque a un hermano no se le dicen esas desagradables palabras que tú le has dedicado al tuyo cuando terminamos de bailar, aunque las mereciera.

—No sería la primera vez que acabamos ensalzados en una pelea, aunque hará unos diez años de la última —me cuenta sonriendo—. Así resolvíamos Ross y yo nuestras diferencias: a puñetazos. —De repente se pone muy serio—. Ningún hombre te va a tocar de ese modo en mi presencia —me dice serio y enseguida se esfuerza en relajarse. Se acerca a mí, desliza sus manos por mis caderas y acaricia mi cuerpo sobre el camisón de seda celeste que me he

puesto—. Esto solo puedo hacerlo yo, ¿no? —Por un instante percibo un gesto de duda en su rostro.

—Por ahora, solo tú —le digo. Me abrazo a su cuello y me acerco para besarlo.

—¿Cómo que por ahora? —pregunta burlón a la vez que separa su cara de la mía—. ¿Acaso tengo fecha de caducidad? —Me río—. ¡Por fin! —exclama divertido—. Creí que esta noche no escucharía mi música favorita.

—¿Y se puede saber cuál es?

—¿Ya lo has olvidado? Es tu risa la banda sonora de mi vida, lo que prefiero oír a todas horas del día.

Me pregunto cómo es posible que sepa llegar a mi corazón y adueñarse de él con tanta facilidad. Con esas palabras tan tiernas y cariñosas, Andrew consigue que me olvide de Ross y del resto del mundo; incluso de mi nombre porque, mientras me hace el amor, solo puedo pronunciar el suyo, el único nombre que pasa por mi mente en esos momentos.

Andrew es serio, trabajador, exageradamente responsable y no le gusta bailar, pero yo dudo que exista otro hombre tan buen amante, tan entregado como él. Logra excitarme con solo mirarme y —si además me toca— mi cuerpo pierde la conexión con la mente, solo responde ante los deseos que le provoca mi novio; entonces, él se entrega de la misma manera y se olvida de todo lo que no sea yo. Sus besos despiertan en mí un apetito voraz por su cuerpo y, cuando sus dedos —conscientes de dominar mi voluntad— tocan mis senos y mi sexo, Andrew adquiere el poder absoluto sobre mí para satisfacer ese deseo insaciable del que yo disfruto. Quizás sea esa impresionante conexión sexual que existe entre nosotros lo que más nos une, pero yo ni quiero ni puedo vivir sin ella. Abrazarme a su cuerpo después de hacer el amor, recibir los besos y caricias que —agradecidos— hablan por él es como entrar en el paraíso, el único que existe para mí, y estoy convencida de que significa lo mismo para Andy.

—Dios, Alba —exclama mientras me abraza tan emocionado como excitado

—, así deseo acabar cada día de mi vida. Dormirme cada noche contigo entre mis brazos es lo único que de verdad me importa, sin lo único que no estoy dispuesto a vivir.

—Yo siento lo mismo, Andy. He luchado por controlarlo y por superarlo mientras estábamos separados, pero no lo conseguí.

—Yo ni siquiera lo intenté porque no podía renunciar a ti. Nunca he podido hacerlo. No podía darte por perdida —dice con un rastro de dolor en el tono de su voz—. Y ahora necesito que me digas que no lo intentarás de nuevo, que cada día de nuestras vidas terminará como este.

—Te lo prometo, Andy. Porque te quiero.

—Tanto como yo a ti.

Despierto cerca de las diez de la mañana y ni siquiera he oído la alarma de Andrew, que programó a las siete. Salgo a desayunar porque no tenemos nada en la despensa, pero antes he echado un vistazo al correo electrónico de Alba la periodista y leo uno de mis *drivers* que vigilan al maltratador. Me informan de que tiene un pequeño comercio heredado de sus padres y de que, hace un par de días, ha propinado otra paliza a su mujer. En esa ocasión, esta vecina, mi *driver*, llamó a la policía, pero la chica no solo no presentó denuncia, sino que mintió diciendo que se había caído por la escalera, con lo que sus moretones quedaron justificados. La tienda está en Bayswater, y decido ir a ver la cara de ese malnacido por primera vez. Me visto con ropa cómoda —vaqueros y deportivas— y, caminando —para hacer un poco de ejercicio—, me animo a investigar.

Según los datos de mi informadora, cuarenta minutos más tarde, creo haber encontrado el lugar de trabajo del presunto maltratador: un pequeño comercio de alimentación situado entre dos *pubs* y, sobre él, una vivienda que no parece ser muy grande. Decidida a conocerlo, entro, observo los estantes y finjo buscar algo antes de dirigir mis ojos detrás del mostrador, donde un joven de

treinta pocos años, poco agraciado y casi calvo, cobra a una señora mayor con una sonrisa fría dibujada en su cara; su hipocresía resulta espeluznante. Pienso que no será el hombre al que busco porque sus enclenques brazos, que salen de las mangas de una camiseta negra, no me resultan amenazadores, y lo descarto como el presunto agresor de cualquier mujer, o de tan siquiera una mosca. Cojo una botella de agua y una barrita de cereales que calme el apetito que me ha despertado la caminata. Y en el momento en que me cobra, con la misma sonrisa desagradable que le dedicó a la anciana, dirige una mirada tan cargada de desprecio a la puerta que me asombra. Una chica muy joven, con unos ojos enormes y asustadizos, bajita, algo regordeta y con el pelo recogido en una larga coleta entra en la tienda; al recibir la mirada del hombre, agacha la cabeza y se encoge, se hace más pequeña. Me saluda educada, pero en un susurro, sin mirarme, y desaparece en la trastienda, no sin que antes pueda apreciar una herida en el labio inferior y un moratón en su pómulo izquierdo.

Es ella la chica agredida asiduamente por el animal que es su marido y que me habla en ese momento. Al verla tan desvalida y sometida, mi mirada huye tras ella en un intento de gritarle y pedirle que me permita ayudarla. Por un instante me olvido del canalla que tengo delante y que me observa extrañado; no contengo el desprecio que se escapa de mis ojos, de manera incontrolable, y que le provoca tanto asombro que abre la boca al recibirlo, lo más probable, sorprendido por mi gesto.

Salgo de la tienda asqueada y con ganas de gritarle lo que es en realidad a ese engendro humano. Después de haberlo visto tan insignificante, tan servil, tras el mostrador de su negocio —que parece pulcro, ordenado y cuidado—, me impresiona el verdadero monstruo que oculta en su interior.

Otra nueva ocasión en la que demuestro que yo solo soy una niña estúpida, mimada y malcriada, que parece creer aún en los cuentos de hadas, de hermosas princesas y de príncipes valientes y encantadores dispuestos a

rescatarlas y que, por supuesto, no tengo ni idea de lo que pasa en el mundo, por más que me enfrento a él a través de mi trabajo. Medito mientras guardo, en mi bolso, la barrita de cereales, que me resulta imposible de tragar en ese instante porque mi estómago está invadido por las náuseas que le ha despertado la imagen de esa muchacha.

Esa desagradable mañana, llego a la conclusión de que las personas se esconden tras un rostro, un cuerpo, una profesión, y detrás permanece oculto un verdadero monstruo que imagino todos llevamos dentro. El mismo que yo mostré al abandonar a Andrew, el que Andrew enseñó la noche anterior a su hermano, el que yo vi en Ross al bailar conmigo, el que reflejaba Sondra mientras coqueteaba con descaro con Jackson. Todos llevamos un monstruo como compañeros de viaje a lo largo de nuestra vida, y esa idea no me gusta en absoluto.

No sé cómo ni cuándo, pero intentaré ayudar a esa chica; no obstante, antes de hacer público su caso, debo conseguir su autorización. Y me pondré manos a la obra en cuanto regrese de mis vacaciones. Yo enseñaré mi monstruo al mundo en forma de palabras que ayudarán a los demás.

Bastante asqueada de la vida en ese instante —algo que suele sucederme en contadas ocasiones—, decido evadirme de la forma que más me gusta: escribiendo. Así que regreso a casa antes del mediodía y espero a Andrew sumergida en la intensa vida de mi abuela.

Capítulo 14

LOLA

Durante el trayecto que recorría andando cada mañana, aunque lloviera — como ocurría ese día—, utilizaba unas botas de montaña impermeables y una larga gabardina; esa caminata me libraba de la desagradable resaca que me había provocado la presencia de Juan y su estúpida proposición. El aire frío y húmedo me despejó y el trabajo acabó consiguiendo que me sumergiera en mi rutina diaria y me olvidara de él.

Pasé la tarde limpiando y ordenando el apartamento; ni siquiera pensé en escribir, asqueada aún por el mal sabor de boca que me había provocado mi ex y cansada tras el día de intenso trabajo que había pasado. Estaba dispuesta a meterme en la cama cuando sonó el teléfono; pasaban las diez y media, y era Robert.

—Hola, Robert. ¿Cómo va todo?

—Fatal —respondió en su tono más exigente—. Acabo de entrar en mi casa desde que salí a las siete de la mañana. Menos mal que la señora Simpson me ha dejado preparada la cena, que pienso tomarme en el sofá mientras veo cualquier cosa en la tele; con suerte, espero que haya un partido de fútbol. ¿Tus hijos se han marchado ya?

—Sí, esta mañana. —Creí que el tono apagado de mi voz lo alarmó.

—¿Todo ha ido bien? —Sabía que me preguntaba por Juan.

—No como hubiese deseado pero, con mis hijos, muy bien.

—¿Deseabas que ocurriera algo especial? —Por el tono distinto de su voz,

intuí que las alarmas se habrían encendido en su cabeza—. ¿Quizás lo contrario?

—Juan lo está complicando todo y va a conseguir, con su actitud, que no podamos ni sentarnos a una mesa junto a nuestros hijos. —Suspiré y me obligué a dar alegría a mi voz—. Pero no quiero aburrirte con mis problemas familiares.

—Me interesan tus problemas; ya sabes que me relaja y me distrae hablar contigo. ¿Estás escribiendo?

—No, iba a acostarme ahora mismo. Estoy cansada después del ajetreo del fin de semana.

—Lo que daría por meterme en tu cama —me soltó descarado y, aunque estuviera sola, consiguió ruborizarme— contigo, por supuesto. Tú y yo tenemos pendiente... —Se interrumpió con una carcajada—. Seguro que estás ruborizada, y eso que no he terminado la frase. ¿Cómo te gusta dormir?

—Boca abajo. Aunque no es nada recomendable para la espalda, suelo despertarme boca abajo.

—Me refiero a la ropa que te pones para dormir. —Se rio al saber que me estaba escandalizando—. Espero que poca.

—Un camisón —respondí con timidez. Jamás había tenido una conversación telefónica de ese tipo y me costaba entrar en el juego de Robert. Él parecía disfrutar e intuía que ya estaba relajado—. Un camisón de tirantes finos.

—¿De qué color es el que llevas puesto? —Tuve que fijarme porque estaba tan impresionada por el cariz de nuestra charla que no lo recordaba, y tardé en responder unos segundos.

—Color marfil, de algodón.

—¿Transparente?

—¡Robert! —le regañé y volvió a reírse—. No es transparente y deja ya de intentar escandalizarme. Te gusta intentarlo.

—Me encanta, lo reconozco. Te pones preciosa cuando te escandalizas. De todas formas, después de esta conversación, no voy a poder dormir tranquilo.

Tu imagen con ese camisón marfil, aunque no sea transparente, no me lo permitirá, y bastante tortura me provoca recordarte en esta casa con el vestido rojo. Creo que voy a aprovecharme de ser tu jefe y te daré un par de días libres para que te vengas a Sussex. Tenemos pendiente un asunto importante. —Volvió a reírse.

—No nos veríamos; tienes mucho trabajo.

—Sí, y tú también. No olvidemos que somos serios profesionales —dijo en tono burlón—. Este fin de semana, vente el viernes cuando salgas del estudio. Puedes coger el último tren. Me llamas y te recojo en la estación. —Acabó su proposición dándola por aceptada, y no pensaba negarme porque deseaba verlo, hablar con él, que me besara de nuevo con esa energía y esa fuerza que derrochaba, y estaba dispuesta a rendirme a nuestro deseo.

—De acuerdo. Iré —respondí decidida.

Me telefoneaba cada noche y charlábamos sobre cualquier asunto trivial que no estuviera relacionado con su trabajo —dónde había cenado, sobre qué había hablado, qué me parecía tal o cual persona—. Y lo sentía, en esos momentos, tan feliz y tan tranquilo como yo. Y nadie estaba al tanto del modo tan extraordinario en que nuestra relación se consolidaba; solo él y yo, durante esas cuatro noches en las que pasamos más de una hora enganchados al teléfono. Por fin llegó el ansiado viernes; ese día decidí que resultaría imposible que Robert y yo tuviésemos nuestra oportunidad. Había llevado, al estudio, una bolsa de viaje preparada con lo indispensable para pasar el fin de semana en casa de Robert y el famoso camisón color marfil de nuestra conversación.

—¿Te vas a Sevilla? —me preguntó Sam antes de comenzar nuestra larga e intensa sesión de trabajo y de poner en marcha nuestros ordenadores.

—No —respondí sonriendo, lo que dejó intrigados a mis compañeros.

—¿A dónde vas? —me interrogó Shauri divertido—. Aunque puedo

hacerme una idea. ¿Serás sincera si acierto?

—Sí, si sois discretos con este asunto.

—Cuenta con ello —respondió Sam muy seria—. ¿Shauri?, ¿lo prometes?

—Lo prometo. —Se calló un instante antes de emitir la solución a su propia adivinanza—. Te vas a Sussex, a casa de Robert.

—Sí, has acertado —respondí satisfecha y decidida.

—¿Te ha invitado Robert? —preguntó Sam asombrada—. ¿Estáis juntos?

—No lo sé; creo que hay algo, pero no estoy segura aún. Hemos hablado por teléfono cada noche de esta semana, hemos cenado en un par de ocasiones y...

—Estás colada por él —añadió Sam.

—No estoy segura —fingí haciéndome la mujer dura que ellos me consideraban—. Me gusta mucho, lo reconozco. El Robert que trabaja aquí no tiene nada que ver con el que trato fuera, aunque os parezca extraño, pero no sé si estoy preparada para satisfacer sus exigencias.

—¿Sexuales? —La sonrisa blanca de Shauri me puso nerviosa en ese instante— Date un respiro, Lola. No te exijas tanto y diviértete. No pienses en complicaciones ni en ataduras; solo disfruta del momento que vives. No olvides que puede ser único y que nunca te ofrecen una segunda oportunidad.

—Eso me digo a mí misma varias veces al día, y creo que me voy animando.

Al mediodía recibí una llamada de mi hijo Nano, en el estudio, que me preocupó antes de contestar; ellos sabían que a esa hora estaba trabajando y nunca me molestaban. El pellizco que sentía en mi estómago me decía que no era una buena señal.

—¿Mamá? ¿Mamá? —Nano estaba llorando.

—¿Pedro está bien? —pregunté a punto de encenderme en la hoguera que sentía en mi interior.

—Sí, mamá, estamos bien. Se trata de mi padre. Estoy con él en el hospital Virgen del Rocío.

—¿Qué ha pasado, hijo? Cálmate y cuéntamelo. —Nano se tomó unos segundos antes de comenzar a hablar.

—Ayer por la tarde papá, llegó solo y durmió aquí. Yo salí anoche y, cuando me desperté sobre las once de esta mañana, la puerta de tu dormitorio estaba cerrada aún, y me pareció extraño. Llamé varias veces y, como no contestaba, abrí y creí que estaba dormido, pero en una postura extraña. — Solté un grito de espanto y Nano continuó hablando en un murmullo lastimoso —. Mamá, ha intentado suicidarse. Se ha tomado una caja de valium acompañada de media botella de whisky.

—¿Y tu hermano? —Reconozco que me preocupaba más cómo se encontraba mi hijo pequeño que su padre y no sentía ningún remordimiento por ello.

—Está aquí conmigo. Estamos bien, no te preocupes. He llamado a mis tíos. —Juan tenía dos hermanos: la mayor y temible Sofía y otro menor que él, Antonio—. Vienen de camino. Creí que debía hacerlo.

—Has hecho bien, Nano. Cogeré un avión lo antes posible. ¿Cómo está tu padre?

—Los médicos dicen que se recuperará, que ha sido una suerte que lo encontráramos a tiempo.

Me despedí de mi hijo haciendo todo lo posible por tranquilizarlo y me dirigí a mi lugar de trabajo. Probablemente reflejaba en mi cara el impacto de la noticia, porque Sam se alarmó al verme entrar.

—¿Qué ha sucedido, Lola?

—Mi exmarido ha intentado suicidarse. —Los dos se alarmaron—. Menos mal que mi hijo mayor lo ha encontrado a tiempo y ya está en un hospital. Tengo que irme a Sevilla ahora mismo —dije como un autómata.

A los treinta minutos, me dirigía al aeropuerto. Con suerte podría llegar a Sevilla antes de la siete de la tarde.

Durante las horas de espera en el aeropuerto y de vuelo, hablé con Nano en una ocasión, y sus noticias me tranquilizaron. Tuve tiempo de reflexionar sobre lo ocurrido y recordé que, hacía unos días, había estado pensando en Juan de un modo terrible y me arrepentí de ello; nunca le deseé que le sucediera nada grave como una enfermedad o... esto. Tenía la desagradable impresión de que lo había hecho a propósito, como el cobarde que había demostrado ser durante los años de nuestro matrimonio; ahora se iba a mi casa y, sin importarle el sufrimiento que les causaría a sus hijos, planeó y ejecutó su acción temeraria, con tal de hacerme sentir culpable de su desdicha durante el resto de mi vida. Estaba segura de su intención: hacerme desgraciada, dominarme con su influencia, incluso, después de muerto. Era evidente que su petición de reconciliación fue sincera y que mi rechazo, el reconocer que ya me había perdido irremediablemente, le resultó insoportable. Pero seguía siendo un enorme egoísta y caprichoso a quien no le interesaban ni siquiera sus hijos.

Mis hijos me recogieron en el aeropuerto de Sevilla y, sobre todo Pedro, me recibieron bastante emocionados tras vivir momentos tan difíciles para ellos. Nos sentamos un momento e intentamos calmarnos; luego, nos acercamos al hospital. Juan estaba ya consciente, aunque adormecido bajo los efectos de los medicamentos.

—Dice la tía Sofía que habló con ella todos los días de esta semana —me contaba Pedro— porque, aunque no lo reconocía, estaba desesperado por tu rechazo y le dijo que habías cambiado mucho, que ya no eras la misma.

«No está mal que por fin lo reconozca, aunque no era necesario hacerlo montando este espectáculo», pensé sin decírselo a mis hijos. Al menos no consiguió su objetivo ni me hizo sentir culpable, porque Juan, con su acción, había conseguido ratificar mi opinión sobre él.

—Los médicos dicen que se pondrá bien —continuó Nano— y que no le quedarán secuelas. El psiquiatra quiere hablar con nosotros mañana para entender mejor la situación y establecer un diagnóstico de su salud mental.

—¿Y vosotros?, ¿cómo os sentís? Eso es lo que verdaderamente me preocupa de esta complicada situación. Tiene que haber sido terrible para vosotros encontraros a vuestro padre a punto de morir. —Pedro comenzó a llorar y desahogó de nuevo su dolor hasta que pudo hablar.

—¿Por qué lo ha hecho, mamá? ¿Por qué ha venido a hacerlo a nuestra casa? —me preguntaba demostrando su incompreensión—. ¿Es que nosotros le hemos hecho algo malo? Tú lo conoces bien, tienes que saberlo.

—Si lo hubiese hecho en su casa, habría muerto —le dijo Nano—. Creo que deseaba que lo encontráramos para hacerte sufrir por ello, mamá. No soporta que lo rechaces. —Mi hijo Nano, a veces, parecía vivir en el interior de mi cabeza—. Y pretende atraer tu atención de cualquier manera.

—Estoy de acuerdo contigo, Nano. Con su muerte pretendía hacerme cargar con la culpa en mi conciencia durante el resto de mi vida. Dominarme para siempre.

—Es un cobarde —gritó Pedro enojado e invadido por la impotencia que le provocaba su falta de comprensión acerca del gesto suicida de su padre—. Un cobarde egoísta al que no le importa nuestro sufrimiento; siempre lo ha sido. Después de lo mal que se ha portado contigo estos años, restregándote a su novia cada vez que podía, ¿cómo puede pretender que vuelvas a quererlo? —Permití que desahogara su rabia durante unos minutos, a la vez que lo abrazaba para tranquilizarlo.

—Ahora debemos ser fuertes como una roca y permanecer más unidos que nunca los tres. Lo ayudaremos a que se recupere sin permitir que nos utilice, sobre todo a vosotros; no consintáis a su chantaje emocional, que imagino continuará después de su fallido intento. No esperéis una disculpa ni un sentimiento de arrepentimiento por su parte; todo lo contrario. Me culpará más aún de su infelicidad e intentará hacerme daño a través de vosotros. Eso es lo que debemos esperar de él.

—No creo que te equivoques —reconoció Nano asqueado—. Lo conoces mejor que nadie.

—Vuestro padre es digno de nuestra compasión; no lo olvidéis. Porque él solo, a lo largo de su vida, se ha ido trazando este lamentable futuro.

El recibimiento de Sofía fue glorioso. Era una mujer tan soberbia como su hermano; para ello habían sido educados de la misma forma. Así, todo lo que hacían; todas las decisiones que tomaban eran acertadas y adecuadas y tenían justificación, incluso, cuando se equivocaban. Su marido, Elías, me recordaba un poco a mí mientras estuve casada con Juan: una persona desdibujada, sin carácter, dominado por completo por su mujer. Como yo lo había estado por mi marido.

Antonio, el menor de los tres hermanos, era distinto, aunque en el fondo se manejara con las mismas maneras que sus hermanos mayores.

Me acerqué hasta ellos y los besé con cariño, aunque no me alegraba de verlos en tan penosas circunstancias. Sofía no respondió a mi saludo y no tardó mucho en exponer su opinión sobre lo sucedido, intentando hacerme sentir responsable de la decisión de Juan.

—Mira lo que has conseguido hacer con mi hermano: lo has empujado al suicidio. No has tenido bastante con separarlo de sus hijos. Tienes que asesinarlo ahora, que parecía rehacer su vida junto a Paloma.

—Estás en un error, Sofía. Yo no he provocado esta lamentable situación.

—Ahora, que tienes dinero, ya no te interesa. Parecías una mosquita muerta cuando estabas casada con él, y fíjate lo que escondías. —Sonreí con todo el cinismo que podía reunir.

—¿Qué escondía, Sofía?

—Maldad. Te estás vengando de él porque empezaba a ser feliz de nuevo. Te presentabas ante él tan elegante, con tus buenas maneras... —Nano estuvo a punto de entrometerse, pero se lo impedí con un gesto de mi mano—... provocándolo para atraerlo de nuevo y, cuando lo consigues, lo rechazas y lo haces sufrir tanto que no ha querido continuar padeciendo.

—Estoy segura de que nada de lo que te diga servirá para exculparme de la errónea decisión de tu hermano, pero quiero que sepas que siempre ha sido un egoísta caprichoso; lo está demostrando en estos momentos. Y me apena tener que decírtelo en este instante, tan doloroso para todos, pero no permitiré que me acuses de sus actos.

—¿Cómo te atreves a insultarlo de ese modo? Un egoísta que trabajó para ti durante vuestro matrimonio y, cuando has conseguido tu dinero, no le has ofrecido nada a cambio.

—Le cedí mi parte del piso sin tener un porqué; no lo olvides. Y ni siquiera acepté su pensión. Jamás me he aprovechado de él y, si no trabajé mientras estábamos casados, fue aceptando su decisión porque no quería que estuviera fuera de casa. Claro que así me dominaba mejor, por si lo has olvidado.

—Ya no lo necesitas, y te parece poco para ti ahora, que te acuestas con quien te da la gana. —Nano no se contuvo.

—Mi padre fue el que tardó seis meses en echarse una novia veinte años más joven que él; no lo olvides. Y ahora mi madre es libre de acostarse con quien quiera, aunque no lo haga.

—Te pones de su parte porque os compra con su dinero.

El dinero, el maldito dinero siempre estaba en la cabeza y en las palabras de ellos, dominando sus vidas, más que el cariño, la ternura o, incluso, el deseo. Era tan pretenciosa y orgullosa como su hermano, y cualquier intento de conversación con ella resultaría inútil. Cogí a mis hijos de los brazos, nos dirigimos hacia un banco que había en el pasillo, y no volví a hablar con ella. Aunque me había preparado para ese enfrentamiento, me cansé después de recibir las acusaciones absurdas de Sofía y no malgasté más energía en convencerla de mi inocencia. Me pregunté, en ese instante, cómo pude haber estado tan ciega a los veintidós años para casarme con ese hombre y formar parte de una familia aún peor. Si el arrepentimiento sirviera para solucionar los problemas, los míos se habrían resuelto en ese momento.

A los pocos minutos, apareció una enfermera de la Unidad Cuidados

Intensivos, donde se recuperaba Juan, y Sofía se dirigió hacia ella con diligencia, pero me requirió a mí.

—¿Es usted Lola? —Yo asentí—. Su marido pregunta por usted.

—Es mi exmarido —aclaré delante de Sofía. Le dolió y disfruté, lo reconozco—. ¿Cómo se encuentra?

—Mañana pasará a planta. Está mejor, se recuperará pronto. Tiene usted cita con el psiquiatra a las doce y cuarto; también le gustaría hablar con sus hijos.

Me impresionó encontrarme a Juan enredado entre cables y tubos. Estaba blanco y demacrado, tenía el aspecto de un hombre que había estado hablando de cerca con la muerte.

—¿Cómo estás?, ¿te encuentras mejor? —Me pareció oportuno ofrecerle mi apoyo en esos momentos, y lo besé en la frente.

—Si has venido para reconciliarte conmigo, puedes quedarte; si no es así, márchate y no vengas más a visitarme. Mira el daño que me has hecho, mira lo que me has empujado a hacer.

—No es el momento de hablar sobre esto, Juan —respondí procurando no perder la calma—. Ahora debes pensar en recuperarte. Nano y Pedro están fuera muy preocupados por ti. ¿Quieres verlos? —Negó con un gesto sombrío. Pensé que se avergonzaba por haberles hecho pasar por una situación tan penosa, y se escondía como el cobarde que siempre había sido—. Como quieras, quizás mañana. Saldré y le diré a tus hermanos que entren; todos estamos muy preocupados por ti.

—¿Tú estás preocupada por mí? —me preguntó con desprecio—. ¿Dónde están tus lágrimas, entonces? ¿Dónde está tu sentimiento de culpa?

—Hasta mañana, Juan. Procura descansar —me limité a responderle.

Salí de la habitación y avisé a Sofía. Le pregunté a la enfermera si tenía nuestro número de teléfono, y me contestó que sí. Mis hijos insistieron en ver a su padre, y les conté que se había negado a verlos porque se sentiría avergonzado.

—Debéis darle tiempo a que se recupere. Si mañana lo pasan a planta, tendrá que veros. Ahora vamos a cenar; acabo de darme cuenta de que no he comido nada desde que desayuné.

Asintieron desganados y, de camino a casa, eligieron un restaurante cercano, donde cenamos hablando poco y disgustados después del largo y penoso día que habíamos sufrido, sobre todo, ellos. En cuanto llegué a casa, recibí una llamada de Robert. Sentí que se estaba convirtiendo en un romance imposible desde sus comienzos, como si una maldición hubiese recaído sobre nosotros y nos impidiera siquiera a empezar a conocernos.

—¿Lola? ¿Por qué no has venido? —me preguntó exigente—. Llevo horas esperando tu llamada. Liza ha removido cielo y tierra para encontrar este número de teléfono, y ha sido Shauri quien le dijo que habías tenido que viajar a Sevilla con urgencia.

—Lo siento, Robert. —Suspiré profundamente—. Ni siquiera me he acordado de llamarte. —El tono amargo de mi voz lo alarmaría.

—¿Ha sucedido algo grave? ¿Tus hijos están bien?

—Mis hijos están todo lo bien que pueda sentirse cualquiera después de encontrar a su padre al borde de la muerte tras un intento de suicidio. Estoy en Sevilla.

—¿Tu exmarido ha intentado suicidarse? —preguntó impresionado.

—Sí, y decidió hacerlo esta mañana ante sus hijos. Nano lo descubrió a punto de morir. Se había tomado media botella de whisky acompañada de una caja de valium. Imagina cómo se encuentran los dos, sobre todo el menor, Pedro.

—Lo siento, Lola. No te mereces que te hagan pasar por esto. ¿Se recuperará?

—Sí, ahora mismo está en Cuidados Intensivos, pero saldrá de esta y no le quedarán secuelas.

—Me alegro por tus hijos. Lo habrán pasado fatal.

—Y además se ha negado a verlos en el hospital —protesté enojada—. Es un maldito cobarde que no los merece. Son muy buenos chicos, demasiado buenos para un mal padre como es él.

—Deben serlo si los has educado tú —me dijo animándome.

Yo tenía pocas ganas de hablar esa noche y pensé que mis hijos me necesitaban.

—Robert, debo colgar. Ya hablaremos.

—Te llamaré y espero que todo vaya mejor. Adiós, Lola. Cuídate mucho.

—Tú también, Robert, y perdona por no haberte avisado.

—Lo entiendo. No tienes que disculparte por ello.

—Adiós. —Y colgué.

Desconecté de lo que esperaba una maravillosa y excitante noche llena de sorpresas, y volví a una vida sumida en la tragedia, en la que, sobre todo, vivían mis hijos.

En mi casa nadie encendió la televisión, ni una radio, y un amargo silencio se apoderó de nosotros. Los tres nos duchamos por turnos, sin apenas hablar, y tuve que enfrentarme al lugar donde había podido morir Juan hacía unas horas. Ordené su ropa, mientras evitaba pensar en lo que podría haber ocurrido, y la guardé en su maleta junto a su neceser. Cambiaba las sábanas mientras Pedro me observaba desde el umbral de la puerta. Lo miré y le sonreí.

—¿Somos culpables de lo que ha hecho papá? —me preguntó apesadumbrado.

—Por supuesto que no y sé que puedes entenderlo en tu interior. —Nos sentamos en el borde de la cama, y le tomé la mano; lo besé intentando transmitirle todo mi cariño con ese sencillo gesto—. Pedro, definiste con exactitud a tu padre cuando veníamos del aeropuerto. Lo llamaste «cobarde» y «egoísta», y eso ha sido para mí a lo largo de nuestra vida juntos. Y hoy se ha

comportado como tal. Su intento de suicidio lo demuestra, porque te aseguro que, cuando hablé con él en el hospital, no me parecía arrepentido; todo lo contrario. Me culpó de lo que lo empujé a hacer. —Pedro negaba con la cabeza, con una mueca de incompreensión—. Pero no te preocupes por mí; no me siento culpable en absoluto.

—La llamada que recibiste antes... ¿era de tu amigo inglés?

—Sí, Robert Wilder. Me he olvidado por completo de avisarle para anular nuestra cita. —Pedro sonrió.

—Mamá, hablas como en tus novelas. ¿Quién tiene una cita hoy en día? Di mejor «había quedado con él».

—Está bien, había quedado con él y lo olvidé por completo.

—Lo de hoy ha sido muy fuerte; no me extraña que lo hayas olvidado. Ni siquiera me he acordado de llamar a Tere para contárselo.

—Demasiado fuerte, sobre todo para vosotros. —Asintió y me miró pensativo.

—¿Cómo es Robert? ¿Te gusta? —me interrogaba Pedro, cambiando a otro asunto que lo distrajera y por el que, era evidente, sentía curiosidad.

—No hay nada serio, Pedro, aunque no te negaré que me gusta.

—Más de lo que te gustaba papá.

—Son momentos muy diferentes en mi vida, y resultan hombres incomparables. Robert es distinto en todos los aspectos, se comporta como un perfecto caballero de mi novela. —Mi hijo me miró incrédulo—. Te estoy diciendo la verdad, Pedro. No te exagero ni pretendo pintártelo bien. Me respeta, me escucha y me comprende: me trata como una igual. Eso es lo único que hemos descubierto hasta ahora, y no es que intente justificarme; soy bastante desconfiada respecto a los hombres. —Pedro volvió a sonreír.

—¿Cómo es físicamente? Tú estás muy guapa, cada día más, y te conservas mejor que bien. —Me reí pensando que, al menos para mis hijos, no era una mujer invisible.

—Para que te hagas una idea, no es guapo pero sí muy masculino y

atractivo, alto y fuerte. Fue nadador y ganó dos medallas en las dos olimpiadas en que participó.

—Vaya con mi madre. —Me miró admirado, sin perder la sonrisa—. Así que te has ligado a un tío bueno.

—No lo sé aún.

—¿No sabes si está bueno? —me preguntó burlón.

—No sé si me lo he ligado. —Nos reímos a carcajadas y Nano apareció por la puerta, con un gesto asombrado en su cara por nuestras risas del momento.

—¿De qué os reís?

—Mamá se ha ligado a un tío bueno, medallista olímpico en natación.

—¡Mamá! —exclamó sorprendido—, ese detalle no me lo contaste —protestó burlón y divirtiéndose a mi costa—. ¿Cómo se te pasó por alto?

Al final del día, conseguimos relajarnos y acostarnos algo más optimistas. Nos esperaban horas muy complicadas por superar.

Al llegar al hospital, a la hora de visita de la UCI, una enfermera nos informó de que habían trasladado a Juan a planta, y nos dirigimos a la habitación que nos indicó. Sofía pudo advertirnos del cambio, pero era evidente que nos mantendría al margen de la situación.

En la puerta estaba la guardaespaldas de Juan, su hermana, que no se cortó en mirarnos con desprecio y ni siquiera se acercó a saludar a mis hijos. Esa mujer resultaba insufrible y se mostraba intratable. Me limité a ignorarla y me acerqué a la cama de Juan escoltada por los chicos. No tuvo más remedio que aceptar sus besos, incluso las lágrimas de emoción de Pedro, pero no se ablandó. Se mostraba dolido y rencoroso y, por supuesto, nada arrepentido. Tras la breve conversación que mantuvimos, los tres dedujimos que la única responsable de su intento por quitarse la vida era yo.

En una silla de ruedas, lo trasladaron a Psiquiatría. Lo seguimos y, cuando él salió de la consulta, la enfermera citó a mis hijos. Le pregunté qué tal le

había ido y su respuesta fue la siguiente: «A ti ya no te interesa nada que tenga que ver conmigo; deja de fingir delante de todos». «Estoy preocupada por tu salud, Juan» fue mi educada y distante respuesta, porque sabía que debía mantenerme firme con él. Los chicos permanecieron más de media hora dentro de la consulta. Pedro había vuelto a llorar; entre todos se lo estaban haciendo pasar fatal, pero al menos desahogaba su dolor, su miedo, su ira y todo lo que sintiera, siempre arropado por su hermano mayor. Me alegraba al comprobar cómo se querían y cuidaban el uno del otro, lo que yo les había inculcado siempre con tanta persistencia.

Llegaba mi turno y Nano me advirtió sonriendo desganado.

—Prepárate para el juicio.

En toda mi vida había hablado con un psiquiatra, aunque me lo habían recomendado cuando me separé, y no sabía lo que pretendía. El médico se presentó, me saludó con un leve apretón de manos, y nos sentamos.

—Llevan ustedes divorciados más de tres años.

—Sí.

—¿Cuáles diría usted que fueron las causas de su divorcio?

—No había amor entre nosotros; mi marido se mostraba como un hombre apático y aburrido y, a pesar de mis intentos por solucionar nuestros problemas, nunca se preocupó por resolverlos.

—Eso no es lo que me ha contado él.

—No me interesa su versión —respondí—, ya no. Luché cuanto pude por salvar mi matrimonio, durante más de diez años de rebajarme, humillarme y someterme a un hombre a quien parecía no importarle ni interesarle. Después me limité a compartir mi vida con él por preservar la felicidad de mis hijos hasta que creí que eran lo suficientemente mayores para afrontar nuestra separación, ante la que mi marido no mostró ninguna oposición. Es más, a los seis meses, ya salía con una chica de treinta y pocos, con la que ha estado viviendo hasta que él creyó que teníamos que reconciliarnos.

—Usted es escritora y trabaja en Londres como guionista.

—Está usted bien informado —afirmé pensando que me parecía una información excesiva por parte de Juan y que él médico, tal como me había advertido Nano, parecía juzgarme—. Eso ha sucedido después de mi divorcio; solo llevo tres meses allí.

—No quiero molestarla, pero es mi modo de trabajar. Me interesa saber todo sobre la vida de mis pacientes; cualquier detalle puede ayudar. Su marido me ha contado sus intenciones. —Me observó un instante en silencio—. Imagino que la reconciliación entre ustedes no es posible.

—Imagina bien —respondí con la misma frialdad con que el médico hacía las preguntas—. Creo que para él sería más fácil y acertado reconciliarse con su última novia.

—Ni siquiera la menciona; parece obsesionado con usted.

—Siempre ha sido un caprichoso y así se gobierna en su vida. Está acostumbrado a conseguir lo que quiere, pero conmigo no lo logrará, por muchos intentos de suicidio que planee.

—Eso suena un tanto cruel.

—¿Me está usted juzgando? —pregunté indignada.

—No. —Me sonrió levemente—. He hablado con su exmarido y con sus hijos; ahora estoy convencido de que no es usted responsable de los actos de Juan.

—Mire, yo no le deseo ningún mal y le aseguro que me alegraría verlo feliz; sin embargo, a él no le importa causarle sufrimiento a sus hijos, y son dos chicos extraordinarios y, sobre todo, pacientes con su padre, cuando debería ser lo contrario. Aunque no sea el momento de decirlo y por muy grave que haya estado, créame, merecen un padre mejor del que tienen.

—No lo niego. A veces pasan esas cosas en la vida. —Me sonrió y cambió el tono de la entrevista—. Aunque pueda parecer un diagnóstico precipitado, no veo indicios de depresión profunda en su exmarido. Me ha parecido una gran rabieta que se le ha escapado de las manos y no creo que tenga valor de repetir su hazaña. Gracias por su tiempo; no será preciso hablar de nuevo con

ustedes. Quiero explicarle que, gracias a estas conversaciones, puedo hacerme una idea clara sobre la situación familiar de mi paciente y confrontar su opinión con la del resto de las personas que lo rodean.

—Gracias a usted por preocuparse por él. —Me despedí y salí aliviada de la consulta.

Nos dirigimos a la habitación de Juan y, después de una tensa y corta conversación y de que nos hicieran sentir incómodos e intentaran culparnos por enésima vez, decidimos marcharnos y regresar por la tarde. Por supuesto, Sofía se bastaba ella solita para atender a su hermano convaleciente cuando me ofrecí a vigilarlo mientras que ella podría ir a comer.

Sus miradas de desprecio se intensificaron al prestar atención a la maleta que le llevamos por la tarde, por si necesitaba su neceser y algo de ropa. Y comprendí, en ese instante, que no podíamos hacer nada más por él porque no nos lo permitían; el menor movimiento, el detalle más insignificante —aunque estuviera hecho con la mejor voluntad— los encontrarían despreciables, tergiversarían el motivo y nos pondrían aún más en su contra.

Lo que más me dolía era la incapacidad que mostraba para hablar con sus hijos; no fue capaz de reconocer la preocupación a la que los había sometido, ni de preguntarles cómo se encontraban, ni de tranquilizarlos diciéndoles que había cometido un grave error que no volvería a suceder. Los ignoró y se ensañó con ellos tanto como conmigo, y eso sí que no podría perdonárselo. Me prometí que jamás volvería a pedirles a mis hijos que respetaran a su padre, ni que fueran pacientes con él, ni justificaría su extraña manera de manifestar su cariño por ellos. Si pretendía continuar conservando una relación —ya no buena, al menos aceptable— con sus hijos, tendría que esforzarse por conseguirlo.

Era sábado y obligué a mis hijos a salir con sus novias. Un rato de distracción y esparcimiento les vendría bien. Sola en mi piso, recibí otra llamada de

Robert.

—Hola, Lola. ¿Qué tal va todo?

—Bien. Juan está mejor y no creo que tarden en darle el alta y mandarlo a casa. Puede que lo hagan el lunes.

—¿Ha hablado con alguien? ¿Ha explicado el motivo que lo indujo al suicidio?

—Si te lo contara, no lo creerías.

—Prueba —me retó curioso.

—Cuando estuvo en Londres... —Dudé si era acertado decírselo—. Iré al grano: vino con la intención de reconciliarse conmigo y el domingo me pidió que me casara de nuevo con él. Me hizo su propuesta delante de mis hijos.

—Me figuro tu respuesta después de conocer su reacción. —Me mantuve unos segundos en silencio.

—Esto resulta tan complicado... —Suspiré y dejé entrever mi desesperación—. Hablar con un psiquiatra, soportar el desprecio de Juan y de mis cuñados, el sufrimiento de mis hijos...

—¿Necesitas quedarte hasta el lunes?

—Sí, pero no por él; quiero estar con mis hijos cada vez que lo visiten en el hospital. Está intentando maltratarlos para vengarse de mí —dije con tanto odio acumulado en mi interior que Robert guardó silencio durante unos segundos— él y su hermana, y no puedo consentirlo. Si no te importa, te prometo que el martes estaré trabajando. Comprendo que vamos algo justos de tiempo debido a la boda de Shauri.

—Tómame los días libres que necesites —me ofreció sincero, pero sentí su malestar—. Se trata de un asunto de gravedad.

—Regresaré a Londres lo antes posible, en cuanto deje a mis hijos inmersos en sus rutinas. —Intenté amenizar la conversación cambiando de tema—. ¿Dónde estás?

—Sigo en mi casa de Sussex. Estoy realizando algunos arreglos y la estoy preparando para el rodaje. Espero que, cuando tú puedas venir, la encuentres

más acogedora.

—Es una casa preciosa, Robert. Eres muy afortunado de poder disfrutarla. Nunca había tenido la oportunidad de pasar unos días en una casa como esa.

—Estoy seguro de que pronto podrás repetir. —Suspiró—. Me encantaría tenerte aquí de nuevo.

Me callé un instante, mientras pensaba que podría estar allí en vez de estar pasando esos días tan desagradables y desgarradores, y sentí de nuevo cómo la rabia acumulada dentro de mí intentaba escapar, viendo cómo la alargada sombra de Juan se inmiscuía en mi vida y no me permitía ser libre y feliz o, al menos, tener la oportunidad de intentarlo.

—No sé. Con la suerte que tengo, me extrañaría que eso se hiciera realidad.

—Yo soy el dueño y estás invitada —insistió de buen humor.

—Gracias, pero mi vida no depende de lo me apetezca o no. Lo que ha sucedido me ha demostrado que ni siquiera depende de mí. Se implican demasiadas personas conmigo, cuando ya solo me interesan mis hijos. Me sobra todo lo demás.

Robert permaneció en silencio y no me extrañó; si intentaba entrar en mi vida, acababa de echarlo, e intenté disculparme por mi desafortunado comentario.

—Me parece que esta noche no estoy de humor ni resultaré una compañía agradable, ni siquiera para conversar.

—Estás pasando por un mal momento, no es más que eso. Tus circunstancias no son las mejores. Cuando ese desagradable asunto termine, lo verás todo con más optimismo, como sueles hacer.

—Gracias por tu paciencia, Robert. Que pases una buena noche.

—Tú también, Lola. Cuídate.

No me sentía satisfecha después de haber mantenido esa desagradable conversación con Robert, en la que había demostrado mi rabia y mi cansancio. Pensé que, conociendo mi actitud, no me volvería a llamar.

El lunes le dieron el alta a Juan, como estaba previsto, y no mejoró la situación entre nosotros, ni entre él y los chicos. Se despidió de ellos, en la puerta del hospital, y les dejó demasiadas dudas en sus cabezas, por más que yo intentaba dispersarlas. Y no me podía marchar sin verlos tranquilos y seguros, consciente de que no eran culpables de lo sucedido.

Durante la cena de esa noche, les dije que dejaba mi trabajo en Londres y que no me marcharía más. Había estado dándole vueltas en mi cabeza durante todo el día, y no encontraba otra solución. Debía estar con ellos y ayudarlos a superar ese profundo bache; me resultaba egoísta, por mi parte, abandonarlos en un momento tan difícil.

—No, mamá. Papá ya nos ha robado bastante —me contestó Pedro y me sorprendió con su madura actitud—. Si no te vas a Londres mañana mismo, te prometo que me voy a vivir con mi padre. —Tuve que soltar una carcajada entre lágrimas—. Yo me encuentro mejor cada día y, en cuanto vea a papá recuperado físicamente, porque la cabeza la tiene hecha un asco y eso no tiene arreglo, acabaré por superar esta amarga experiencia.

—Estoy de acuerdo con mi hermano. El tremendo susto que nos llevamos no se podrá olvidar en dos días; es inevitable. No te tendremos siempre para cuidarnos y ayudarnos a superar nuestros problemas; tienes que dejarnos que los resolvamos nosotros mismos.

—Está bien. Si insistís, me marcharé, pero el sábado estaré de vuelta. No estaré tranquila si no os veo.

Soporté sus airadas protestas y me negué, de forma tajante, a deshacer mis planes.

Esa noche sí me llamó Robert y lo hizo disculpándose.

—Ayer fue una locura. Acabamos a las dos de la mañana, por eso no te llamé. Y no imaginas cuánto eché de menos una de nuestras conversaciones; la habría necesitado.

—Tampoco puedo decir que yo haya sido muy agradable estos últimos días. Hoy he estado a punto de presentarte mi renuncia y de quedarme aquí, en Sevilla, pero mis hijos no lo han consentido.

—Me han hecho un gran favor. Lo que me faltaba ahora mismo era que no regresaras. Les debo una, díselo de mi parte.

—No te preocupes. —Interpreté que se refería a la finalización del guion—. Habría echado una mano desde aquí, y gratis —bromeé ocultando mi decepción.

—No lo decía por el trabajo; ya sabes que contigo no hablo de trabajo fuera de los estudios. Espero que regreses mañana, como me prometiste.

—Sí, a mediodía estaré trabajando.

—Bromas aparte, Lola, te noto muy preocupada. ¿Es por tus hijos?

—Les está costando superar la desagradable impresión que sufrieron al encontrar a su padre prácticamente muerto, y Juan no pone de su parte. Tuvo que haber sido muy doloroso para ellos, aunque se hagan los duros ante mí.

—Sabes que cuentan contigo, pero tienen que superarlo ellos mismos, y te hablo por mi propia experiencia. Te comenté lo que me ocurrió y puedo hacerme una idea sobre cómo se sentirán en estos momentos.

—Pero Juan está siendo tan cruel con ellos. No lo merecen, Robert.

—Seguro que no. Hablando de otra cosa más agradable, están decorando la galería de mi casa para el baile de puesta de largo de Mary Clark. No te puedes hacer una idea de lo preciosa que está quedando.

—¿Cuándo se rodará?

—Si cumplen con lo estipulado, este fin de semana. —Bufé enojada—. No podrás quedarte —afirmó desanimado.

—No. Quiero venirme a Sevilla el sábado. —Me tomé unos segundos antes de hablar—. Necesito comprobar que mis hijos se recuperan de lo sucedido.

—Lola, me gustaría pasar contigo un par de días, sin que nadie te necesite, y poder mandar el trabajo a la mierda. Te aseguro que me hace mucha falta.

—Dos días —repetí yo desilusionada, pensando que solo me necesitaría

durante dos días.

—Dos días serían un auténtico regalo para mí —insistió en su idea y yo en mi decepción y, en ese instante, no supe qué pensar de Robert—. Levantarme sin prisas, preparar una comida mientras hablo contigo, sin que huyas de mí luego.

—Ahora resultaría complicado que mi conciencia me permitiera librar dos días —respondí fingiendo mi papel de mujer independiente y ocultando mis dudas.

—Lo sé y por eso no pido más.

«Y ahora lo sabe —pensé—. Entonces, ¿está siendo comprensivo o solo me necesita dos días? Es mejor no continuar con esta conversación porque vas a acabar peor de lo que estabas».

—Bueno, ya que no podré ver la galería en directo, tendré que conformarme con verla en la pantalla y luego recordaré que en esa casa estuve yo y que conozco al propietario. Espero que no te causen demasiados estropicios.

—Yo también. Con el dinero que me gasté en la reforma...

—Así tienes la oportunidad de enseñarle al mundo tu preciosa casa, y tal como era en sus momentos gloriosos.

—¿Qué pasa? —Se rio—. ¿Yo no merezco esos momentos?

—No te ofendas; me refiero a que, hoy en día, nadie se construye en sus casas un salón de baile por el simple hecho de disfrutarlo a la vista.

—Me has dado una idea —exclamó divertido—. Ya organizaré algo en tu honor. —Obtuvo mi carcajada nerviosa.

En cada llamada, por mal que me encontrara, conseguía hacerme reír, y eso le sumaba más puntos y sembraba unas terribles dudas en mí porque no llegaba a comprender sus intenciones; a veces, me sentía como un capricho que se le resistía y, otras, creía que pretendía llegar más lejos. Yo evitaba mostrarme clara con él, aunque no sabía si resultaba bastante convincente.

Después de hablar un buen rato sobre mi nuevo libro y sobre el motivo que me había llevado a escribir sobre un oficial francés, mujeriego e

irresponsable, nos despedimos y no sé qué percibiría Robert en mí, pero no me apetecía dejar de hablar con él. Yo también encontraba consuelo y tranquilidad en nuestras conversaciones.

Capítulo 15

ALBA

Durante el vuelo me muestro silenciosa y distante, a pesar de los frustrados intentos de Andrew por entablar conmigo una conversación. Pero me siento mal, asqueada por el rastro que han dejado en mí esos oscuros y reales personajes: mi abuelo Juan, el maltratador y la extraña relación de Ross y Sondra.

—¿Qué te preocupa, Alba? —Le sonrío desganada y me encojo de hombros—. ¿Te has aburrido mucho?

—No, no me he aburrido. —Observo unos segundos a mi guapísimo, novio que me sonrío algo angustiado—. Estoy bien, Andrew. Es solo que... —No sé cómo expresarle la enorme decepción que siento en estos momentos—. Creo que, cuando me llamaste estúpida y mimada, tenías algo de razón. Lo soy.

—Vaya. —Me mira sorprendido y luego se burla de mí—. Me alegro de que lo reconozcas. ¿Y se puede saber el motivo que te ha llevado hasta esa cierta conclusión?

—Hay varios motivos. —Me propongo sincerarme con él—. El primero y más cercano tiene que ver con Ross y Sondra. —Me mira expectante—. No los comprendo.

—¿Por qué tienes que entenderlos? Como manejen sus vidas no es asunto tuyo.

—No es asunto mío hasta cierto punto. ¿Acaso no sufrirías si a tu hermano le sucediese algo malo? Se trata de tu familia.

—Sí —responde con voz cansina—. Imagino que sufriría.

—Tú no me lo quieres contar, pero intuyo que no van por buen camino, ni como pareja ni como personas. Sé que te preocupas por Ross y que intentas ayudarlo en lo poco que él te lo permite.

—Qué buen olfato, chica periodista —reconoce de buen humor.

—Espero que algún día me hables sobre él.

—¿Qué otro asunto te ronda por la cabeza? —Se interesa en continuar y así deja de lado un tema del que no le gusta hablar.

—Un caso de malos tratos sobre el que estoy investigando.

—¿Malos tratos?

—Sí, un marido que pega y maltrata a su mujer, casi una niña. Esta mañana los he conocido. —Andrew da un respingo—. No te preocupes; ellos no saben quién soy. Tienen una tienda de alimentación, y me he dado una vuelta por allí para curiosear.

—No me gusta que te acerques demasiado a esos asuntos, Alba. Un hombre que es capaz de pegar a su mujer; sabe Dios qué le haría a una desconocida que se atreve a inmiscuirse en su vida.

—No, solo pienso curiosear —digo decidida—. Tengo intención de desenmascararlo y tendrá que dejar en paz a su mujer. En cuanto regrese, me dedicaré a ello.

—Prométeme que tendrás cuidado y que no te acercarás a ese tipo.

—Tendré cuidado, te lo aseguro —le prometo para calmarlo. Andrew se toma muy en serio mis investigaciones, tanto que alguna vez me ha acompañado si temía algún peligro por mi integridad física.

—¿Tienes otro asunto más que te preocupa? Hoy estás colapsada. —Vuelve a burlarse.

—No soy tan superficial como aparento —arremeto enfadada.

—Lo sé, cariño. —Me besa en la frente después de sonreírme—. Sé, mejor que nadie, lo que tienes debajo de esa preciosa melena y de esa camisa cara, y por eso te quiero tanto.

Se gana un besazo que recibe impresionado y satisfecho cuando lo doy por terminado.

—Hoy he estado escribiendo un buen rato sobre mi abuela. —Me pide que continúe alzando sus cejas, como suele hacer—. Mi verdadero abuelo, el padre de mi padre, fue un hombre horrible. —Y le cuento la historia del intento de suicidio y del modo tan rastrero y vil con el que Juan intentó chantajear emocionalmente a su exmujer y a sus hijos—. Menos mal que mi padre no se parece a él, ni mi tío. Y mi abuela... Ahora sí que la admiro de verdad; es una mujer fuerte y más valiente aún. Lo que hizo por sus hijos, sacrificarse de aquel modo, a la vez que se preparaba para el futuro, sin saber si tendría éxito en su profesión. —Me callo un instante—. No sé, desde anoche he acumulado demasiadas sensaciones extrañas y bastante desagradables para una niña mimada como yo, poco acostumbrada a bregar con la cruel realidad de los demás. —Andrew suelta una carcajada y su rostro se ilumina. Me encanta, no solo verlo; me derrite ser la causante de su risa.

Mis padres nos esperan en Gibraltar y me reciben con un entusiasmo que me resulta exagerado. Tengo la impresión de que aguardan a que Andrew y yo terminemos nuestra relación definitivamente. Quizás, al conocer los motivos que me empujaron a dejarlo en mayo, Andrew ya no resulta de su agrado porque no confían en que me haga feliz, y eso —conociendo a mi padre— es fundamental para que lo acepten como miembro de la familia.

Según mi padre, la felicidad no se encuentra a la vuelta de la esquina; la felicidad, cuando la alcanzas, hay que cuidarla y luchar por conservarla desde el mismo momento en que la encuentras. Mi padre practica yoga y meditación trascendental, lee sobre esa literatura que te cuenta —de varias maneras— que no necesitas más de lo preciso y está convencido de cuanto le sugieren. Reconozco que no le falta razón en la mayoría de sus argumentos, pero a veces radicaliza sus ideas y a mí me gustan demasiado la moda y mis trapitos como

para deshacerme de ellos. Mi madre lo apoya en sus teorías aunque, como yo, no lo llevamos al extremo de mi padre. En resumen, un hombre con dedicación exclusiva a su trabajo, como le sucede a mi novio, no es del total agrado de mis padres, sobre todo si —como Andy— tampoco es que le falte dónde vivir ni dinero para comer.

Sin embargo, mi abuelo, por haber sido un hombre de negocios, entiende mejor a Andrew. De hecho, conectan a la perfección; además, comparten la misma afición por la natación. Incluso la historia personal de ambos resulta similar: de buenas familias, estudios en colegios selectos y herencias de generaciones, triunfadores solitarios e igualmente ambiciosos. Y esta es la parte que más me preocupa o que me preocupará hasta volver a Londres y comenzar con la vida rutinaria. Entonces, Andrew me demostrará si de verdad está dispuesto a compartir su vida conmigo, además de con su trabajo. Solo espero no salir demasiado dañada si este nuevo intento fracasa. Decido que es mejor no pensar en esa posibilidad.

Dejo a Andrew nadando en la piscina y me marcho con mi abuela a dar un paseo en dirección a la costa. Como el camino de regreso será cuesta arriba, me preocupa que se fatigue demasiado y, cuando se lo insinúo, se molesta. Mi madre, mi tía Tere y Mary deciden acompañarnos.

—He llamado a Ross y me ha comentado que anoche salisteis a cenar los cuatro —comenta Mary emocionada—. Creo que es bueno para ellos que salgan con vosotros. Sois un ejemplo magnífico para esa extraña pareja.

Prefiero no preguntar por qué y le aclaro el motivo de la cena.

—Por lo visto, han conseguido el contrato con una importante empresa de supermercados de alcance nacional. Andrew me contó que es un asunto de gran envergadura. —Mi madre y mi tía caminan unos metros por delante mientras conversan alegremente.

—Y Ross casi lo estropea, como siempre —se lamenta la madre—. Andy

tiene demasiada paciencia con su hermano mayor, a pesar de que nunca se han llevado muy bien.

—¿Por qué Ross no fue a Eton? —pregunto curiosa, ya que Andy no me quiere hablar sobre ello.

—Ross era el favorito de mi difunto marido y no quería separarse de él. Mi padre y yo decidimos alejar a Andrew de la mala influencia de su hermano. — Esa explicación me asombra—. Ross es una bala perdida, como lo fue su padre.

El reconocimiento sincero y objetivo de Mary sobre el carácter de su hijo me sorprende.

—¿Una mala influencia? —La curiosidad me domina.

—A los diecisiete años, Ross no estudiaba, salía con una pandilla de gamberros que se pasaban el día bebiendo, fumando porros y yendo a partidos de fútbol a armar broncas. Su padre opinaba que era normal a su edad; lo protegía y lo justificaba demasiado.

—¿Cómo se puede tener un hijo favorito? —interviene mi abuela asombrada—. Yo tengo dos hijos y jamás he sentido preferencia por ninguno. Cada uno tiene sus defectos y sus virtudes, y eso es lo que lo hacen diferentes y maravillosos. Siempre lo he sentido así. —Mary entristece de repente.

—Yo también lo veía de ese modo, Lola, hasta que Ross se hizo adulto. Ahora me preocupo demasiado por él, pero es incomparable a su hermano por mucho que yo me empeñe en resaltar sus virtudes, que cada vez me cuesta más encontrar. —La tristeza, en el tono de su voz, es evidente—. Igual que me sucedió con su padre. Por suerte para Andrew, pasó mucho tiempo con mis padres, alejado de la influencia de Ross y de su padre, y fue un chico normal, estudioso y deportista. —Miro a mi abuela pidiendo compasión para que no siga hurgando en la herida de Mary—. Tú tuviste un primer matrimonio frustrante, como te he oído comentar alguna vez; imagino que me entenderás.

—Sí, puedo entenderte, Mary —le responde y quizás, con la frescura que dan los años, continúa hablando de un modo casi despiadado—. Lo que no

entiendo es que lo hayas soportado hasta que murió, quizás a causa de los excesos que habría cometido a lo largo de su vida.

—Tienes razón. Mi marido murió con sesenta y dos años. Tenía el hígado destrozado a causa de la bebida y los pulmones negros por el abuso del tabaco. No fue ni un buen marido ni un buen padre y, a pesar de eso, nunca tuve el valor de abandonarlo; aunque lo pensé y tomé la decisión en varias ocasiones, fui incapaz de hacerlo porque sentía pánico a lo que mis hijos pensarían de mí. Incluso mi padre se enfadaba conmigo por soportar ese matrimonio desdichado.

—Te entiendo, Mary —afirma mi abuela convencida—. Por desgracia, yo tuve que pasar por esa experiencia, y fueron momentos muy difíciles para mí, al verme tan sola, cuando mi familia ni siquiera me apoyó.

—Y ahora... —se lamenta Mary—... no sé hasta cuándo lo soportará Andrew. Ya le ha comprado a Ross la mitad de su parte de la empresa porque estaba dispuesto a vendérsela a cualquiera. Siempre necesita más dinero que malgastar en caprichos y en salir. —Ese comentario me duele porque mi novio no me lo ha contado y, sin embargo, su madre sí lo sabe—. Y su mujer necesita más que él por tanto que gasta en ropa, salones de belleza, láser, bótox... Ni siquiera trabaja para pagarse sus antojos, y eso no hay un bolsillo que lo aguante. La herencia que recibió de su padre no le va a durar mucho a ese ritmo. Si Ross no iba por buen camino, su mujer lo ha llevado por otro peor. —Mary me mira sonriendo amable—. Andy tuvo una tremenda discusión con Ross antes de venir a verte porque le exigió que cumpliera, durante este verano, con un horario de oficina normal. —Enseguida vuelve a su tono triste—. Pero ese trabajo no le interesa a Ross, aunque dude que alguno lo atraiga, y cualquier día se marchará y dejará a su mujer y a su hermano tirados, como hacía su padre con todos.

—Entonces, les hará un favor a los dos —opina mi abuela convencida.

—Sí, quizás lo haga —reconoce Mary—. Andy no se merece otra carga más. Ya ha pagado con creces los defectos espeluznantes de su padre tan solo

con treinta años. —Mary me dirige una mirada cargada de ternura—. Mi hijo se merece una chica tan buena y tan especial como tú. Y no imaginas cuánto me alegra veros juntos de nuevo. —Yo me ruborizo por su comentario mientras mi abuela sonrío orgullosa y satisfecha—. Ten paciencia con él, por favor.

Creo que Mary tampoco conoce los verdaderos problemas actuales que separan a sus hijos, aparte de haber pasado una adolescencia tan distinta — por fortuna para Andrew y para mí—, porque en caso contrario dudo de que nos hubiésemos conocido en la piscina.

Con tanta gente en la casa, resulta complicado tener un momento de intimidad que no sea en el dormitorio; así que, de vez en cuando, nos escapamos los dos solos a cenar o a tomar una copa. Esta tarde de la última semana de julio, he recibido un *email* de Sandy, en el que me cuenta que ya están en Londres. Después de su viaje de novios, han pasado unos días en casa de los padres de mi amiga, en Manchester, y recibo una excelente noticia; aunque solo lleva un par de días de retraso, el test de embarazo ha salido positivo y Bradley ha llorado de emoción al comprobarlo. Unas lágrimas también escapan de mis ojos al imaginar al bueno de mi amigo conmovido y abrazado a su mujer ante esa maravillosa novedad.

Caminamos tranquilos por el paseo de la playa de Tarifa, cogidos de la mano, mientras se lo cuento a Andrew. Vamos vestidos con vaqueros, sandalias y chanclas. Esto es lo bueno del estrafalario y joven ambiente de Tarifa: puedes salir vestido tanto como de llegar de la playa o con tus mejores galas, que nadie se extraña.

—¿Tan pronto? —pregunta asombrado—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, comenzaron a intentarlo un mes antes de la boda. No sé quién tenía más ganas, si el grandullón o Sandy. ¿Te lo imaginas llorando ante la noticia? —Andrew se ríe con esas sonoras carcajadas que nunca me canso de oír—. Me alegro por ellos. Son tan buenos amigos... Y Sandy, para mí, es como una

hermana.

—Tienes suerte; siempre puedes contar con ellos. Te quieren de verdad. — Me acerca a su cuerpo y me rodea con su brazo—. Me pregunto cuáles son los méritos de esta chica para que todo el mundo la quiera tanto. —Me emociona cuando bromea conmigo.

—¿Tú también me quieres mucho? —pregunto entrando en su juego.

—Sí, yo también. —Alarga el «Sí».

—Entonces, dímelo tú. ¿Cuáles son mis méritos?

—En esto no cuenta que seas una sirenita preciosa; debemos intentar profundizar más en tu carácter superficial y voluble, si es posible. —Le pongo morros—. ¡Ah!, y en tu mal genio. Por todas estas buenas virtudes es por lo que, igual que ha hecho mi buen amigo Bradley, deseo casarme contigo lo antes posible, dentro de unos días. —Me separo de él de un respingo y lo miro asombrada—. Me traje de Londres mi partida de nacimiento y le pedí a tu padre que solicitara la tuya y, junto con el pasaporte, podremos casarnos en Gibraltar. —Creo que bromea y sonrío—. Si no te importa no tener una boda por todo lo alto, como la de Sandy. ¡Ah!, ellos ya lo saben y me han prometido que vendrían para ser nuestros testigos, si me aceptas.

—¿Estás bromeando?

—No. —Alarga el «No», que pronuncia tranquilo—. En mi vida he hablado más en serio.

—¿De verdad que le dijiste a mi padre...?

—La misma noche que llegaron. —Recuerdo lo que me pareció un juicio y el modo en que mi padre y mi abuelo me miraban; Andrew les habría hablado de sus planes antes que a mí, lo que me pone tremendamente furiosa.

—¿Te has atrevido a comentarlo con los hombres de mi familia antes que conmigo? —le suelto sin ocultar mi enfado—. ¿Crees que vivimos en el siglo XVIII?

—Conociendo a los hombres de tu familia y la manera en que te protegen, después del modo en que nos separamos, no me hubiese atrevido a hacerlo de

otra forma. Pero no te enfades; no les pedí permiso, solo les hablé de mis intenciones. Y tu abuelo... —Gruñe sonriendo—... Pensé que no saldría vivo de esa reunión. —Eso justificaba el abrazo de mi abuelo y sus dudas mientras veíamos las fotos—. El consentimiento solo me lo tienes que dar tú, aunque entendería que me pidieras tiempo para comprobar cómo me comportaré contigo cuando regresemos a Londres y a la rutina —dice intentando sonreír.

—Sí, creo que sería mejor esperar —respondo mostrando aún restos de mi enfado, causado por los recuerdos de nuestra separación. La decepción se refleja en su preciosa cara.

—Lo merezco, Alba —reconoce en un susurro, con su rostro convertido en una máscara de piedra—, pero necesito recuperar tu confianza en mí, necesito saber que todo entre nosotros funciona como siempre fue. Te prometo que no te decepcionaré porque tú eres la persona más importante de mi vida y tus exigencias solo son un inmenso halago para mí; solo significan lo mucho que me amas y que deseas estar conmigo por encima de todo.

—¿Y por qué no lo reconociste hace unos meses? —Vuelvo a reprocharle—. Nos habría evitado todo el sufrimiento; por lo menos, a mí.

—Lo sé, cariño. —Me acerca de nuevo a su cuerpo y caminamos despacio, concentrados en las palabras que pronunciamos en ese instante—. Pero fue un momento muy complicado en la agencia y no podía hacer otra cosa que trabajar. No puedo darte otra explicación porque no la hay. Ya sabes que, en ningún momento, deseé que te marcharas.

Estoy tan impresionada ante la proposición de Andrew que solo puedo guardar silencio, y él, decepcionado, hace lo mismo. Mi cabeza me dice que lo mejor es esperar un tiempo hasta comprobar que cumplirá con lo prometido, pero mi corazón late a doscientas pulsaciones por minuto, alterado ante esa inesperada oferta. Y decido responderme primero a mí misma.

«El hombre de tus sueños te pide que te cases con él. —En ese instante, sin pretenderlo, le aprieto la mano—. Te ama de verdad; en caso contrario, no tenía por qué pedírtelo. Y podría seguir disfrutando de esta cómoda

convivencia. Sin embargo, desea atarse a ti para siempre o, al menos, hasta que os soportéis. Y eso me lleva a otra pregunta», pensé.

—¿Por qué, de repente, quieres casarte conmigo? —Me mira sonriendo desganado.

—¿Quién dice que sea algo repentino? —responde molesto—. ¿Crees que fue repentino que haya sucedido entre Sandy y Bradley?

—No, pero Sandy no ha tenido que dejar a Bradley en ningún momento porque la sustituyera por su trabajo —respondo analizando las diferentes relaciones con objetividad—. Y tenían intención de formar una familia, así que creo que tienen un motivo de peso para desear casarse.

Andrew mira al cielo y resopla en un gesto de evidente desesperación. No le gusta que dude de sus palabras y, siempre que lo hago, se muestra impaciente.

—Alba, pedirte que te cases conmigo solo es una manera de decirte cuánto significas para mí y de que confío en nosotros como pareja. Puede que también tenga que ver lo mucho que te quiero y que no deseo que vuelvas a separarte de mí en lo que me queda de vida. —Solo Andrew puede decir palabras de esa trascendencia como si diera los buenos días—. Ahora resulta que la chica superficial y romántica no cree en los finales felices —añade sonriendo.

—O quizás este hombre de negocios, duro y frío, tenga un corazón más grande y blandito de lo que él mismo cree —replico en su mismo tono y más relajada.

Se detiene, me toma por la cintura, se enfrenta a mí y habla sin dejar de mirarme a los ojos; se sumerge en ellos y llega a lo más hondo de mi alma, tanto que un impresionante escalofrío me recorre la espalda.

—Necesito, en mi vida, el corazón que tú pones en todo lo que haces. No puedo vivir sin eso, ya lo he comprobado.

Me ofrece un beso fugaz y, sin soltarme, continuamos caminando en silencio hasta llegar al coche.

—Ya sabemos lo que necesitas tú y sabemos que lo tendrás siempre. ¿Qué

hay de lo que necesito yo? ¿También lo tendré siempre?

Andrew me mira tan serio a los ojos que estoy convencida de que se ha enfadado al escuchar mis dudas de nuevo. Y me responde con una pregunta, como tiene por costumbre.

—¿Podemos fiarnos de ti y no podemos fiarnos de mí? Eso me duele más de lo que imaginas, después de haberte ofrecido toda clase de disculpas. —Me sonrío obligado—. Si trabajaras en el mundo de los negocios, resultaría complicado alcanzar un acuerdo contigo alguna vez.

—Me tomo muy en serio mi vida y mi felicidad. Más que el trabajo — respondo orgullosa.

—Ya lo sé. Filosofía familiar.

No me gusta el tono hastiado con el que me habla, y me lleva a preguntarle sobre una duda que llevo días deseando resolver.

—Andrew, si no me hubiera marchado de tu casa, ¿habrías pasado aquí estas cuatro semanas que llevas de vacaciones?

Sorprendido, se toma un tiempo antes de responder.

—Chica superficial, eres difícil de contentar y, más aún, de convencer. — Suspira cansino—. Puede que no, solo me habría quedado unos días.

—Entonces, si me caso contigo, el verano que viene, me vendré sola, como estos años atrás, y tú vendrás a pasar un par de días de vez en cuando.

—No estoy seguro. —Al menos es sincero—. Espero que no. Estoy aprendiendo, Alba.

Me duele. Agradezco su sinceridad, pero su respuesta me duele y me ayuda a decidir.

—Creo que será mejor no aceptar tu proposición de matrimonio. —No oculto la decepción que acompaña a mis palabras—. Quizás debamos esperar.

Es una respuesta inesperada para un luchador y un triunfador como él, pero la única que puedo ofrecerle en ese momento. Y entonces soy yo la sorprendida.

—No imaginas cuánto me arrepiento de haberte dejado marchar en mayo.

Ahora reconozco, en tus palabras, todo el daño que te hice, y eso hace que me sienta ruin e indigno de ti. —Suspira desesperado—. Mi sirenita de hace unos meses no habría dudado en responderme que sí porque confiaba en mí del mismo modo en que yo confío en ella.

—Lo siento, Andrew. Siento mucho decepcionarte. Puede que nada entre nosotros vuelva a ser como antes y, si prefieres...

—No sigas por ahí —me interrumpe enojado. Ya sabes lo que prefiero, y mis sentimientos no van a cambiar por tu negativa. Puedo ser tozudo y ambicioso, pero sabes que en mí no hay nada de rencor y menos hacia ti. Además, no te entiendo. Para mí nada ha cambiado y no comprendo que «no es como antes», según tú. —Me exige una explicación en tono burlón.

—Yo ya no soy tan ingenua. —Me ofende su carcajada.

—Perdona, Alba —dice conteniendo la risa—, no quiero molestarte, pero no has cambiado en nada. Entiendo que estés dolida aún y justifico tu desconfianza hacia mí porque no estás acostumbrada a sufrir, pero sigues siendo la misma. Y por nada del mundo quisiera que cambiaras.

Cuando llegamos a casa, mis padres y mis tíos están reunidos en el porche charlando. La noche es clara y luminosa gracias a una inmensa luna llena, que se refleja en las aguas del Estrecho. Enseguida se interesan en saber cómo lo hemos pasado por el ambiente del pueblo, y Andrew se ofrece a invitarlos a cenar la noche siguiente, lo que me sorprende; a pesar de mi negativa, continua mostrándose tan atento y cariñoso como siempre es conmigo, con lo que me demuestra la sinceridad de sus palabras.

Esa misma madrugada, después de tratarme con la misma adoración que siempre me dedica al hacer el amor, decido que no debo castigarlo más porque es un hombre extraordinario y sincero que merece tanto como ofrece, aunque sea exasperadamente responsable sobre cuanto lo rodea.

—¿Puedo cambiar de opinión?

—¿No quieres que vayamos a cenar mañana? —Me responde con otra pregunta, habitual en él.

—Sí, a cenar sí. Me refiero a lo de casarnos. —El respingo que da hasta sentarse en la cama me provoca unas sonoras carcajadas que él acalla con un sinfín de besos.

—Esta es mi chica, tan superficial y voluble como siempre. ¿Ves cómo nada ha cambiado en ti?

—Sí que ha cambiado algo.

—¿El qué?

—Aunque pensaba que sería imposible, te quiero más cada día. —En ese momento soy yo la que acallo sus risas con mis besos—. Te mereces toda mi confianza.

—Seremos tan felices como ahora mismo. Puedes estar segura de ello.

—Cuento con ello, Andy.

A la mañana siguiente, mientras él se encarga de solucionar los asuntos administrativos de nuestra boda, yo hablo con Sandy a través del Skype.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunto nerviosa por su estado de salud—. ¿Has ido ya al médico?

—Vamos mañana. Estoy algo fatigosa al levantarme, pero me siento bien en cuanto desayuno.

—¿Y Bradley? ¿También está fatigoso? —Las dos nos reímos.

—Tiene los mismos síntomas que yo. —Continuamos riéndonos.

—Espero que esa fatiga no te impida venir unos días a presenciar cómo nos casamos.

La sorpresa y la agitación de mi amiga llaman la atención de mi abuelo, que pasa por allí en ese momento.

—Es Sandy, abuelo. Te manda un saludo. —No le cuento el motivo que causa los gritos de mi amiga porque Andy piensa comunicarlo durante la cena,

momento en que todos estaremos reunidos—. No armes tanto jaleo, que eres la primera en saberlo. Los demás no se enterarán hasta esta noche.

—No sabes cuánto me alegro —dice mientras se seca unas lágrimas—. Cuando Andrew se lo contó a Bradley y le preguntó si estábamos dispuestos a asistir, si le respondías que sí... Se arriesgó a invitarnos antes de saber tu respuesta, sin importarle que, al negarte, tendría que decírnoslo. Te quiere mucho, Alba, como siempre.

—Sí, lo sé. Tanto como yo a él, tanto como para que pase cuatro semanas alejado de su oficina y bastante relajado, aunque tuvimos que ir a Londres durante un par de días. Sigue siendo tan adorable.

—¿Cuándo os casáis? Tendremos que sacar los billetes. Espero que Bradley pueda cogerse un par de días más.

—Tiene que poder porque seréis los testigos. El jueves a la una y cuarto.

—¿Qué te vas a poner?

Con esa pregunta brota nuestro lado más superficial, arrasa con el resto de nuestras personas, y comenzamos una larga conversación sobre ropa y zapatos, con la que disfrutamos hasta que mi abuela nos interrumpe al felicitarla por su futura maternidad. Luego se une el resto de las mujeres de mi familia en torno a mi ordenador.

Minutos más tarde continúo escribiendo la historia de mi abuela, que pasa por momentos de tanta incertidumbre como a mí me sucedía en esos últimos meses.

Capítulo 16

LOLA

Me marché muy preocupada por mis hijos y presa de la ira que me invadía pensar que no merecían el dolor que un hombre inconsciente, cobarde, egoísta y cruel les causó y les seguía causando, como a mí; no dejaba de proyectar su sombra oscura y desagradable sobre nosotros. Sentada en el avión, me preguntaba hasta cuándo lo conseguiría e imaginaba la respuesta. Teníamos dos hijos en común; su sombra me perseguiría durante el resto de mi vida, por mucho que yo intentara alejarlo de mí.

Me alegré al regresar a una rutina que me complacía, al compartir mis largas jornadas de trabajo con dos personas fantásticas, de las que aprendía muchísimo y con las que me reía más aún. Yo era mayor que ellos, más de una década; sin embargo, como Shauri me decía, mi cabeza no tenía edad, era capaz de situarse en cualquier momento temporal, de parecer una abuela —por experiencias y por los sensatos consejos que les ofrecía— o de asemejarse a una adolescente con ganas de descubrir el mundo. Y ese concepto sobre mí, que nunca había pensado, me gustaba y me divertía porque, quizás, me hacía diferente al resto de la gente y me habría ayudado a sobrevivir durante mi vida anterior, mi época oscura, mi matrimonio con Juan.

El miércoles por la tarde, estábamos a punto de marcharnos cuando apareció Robert en nuestra sala de trabajo.

—¿Cómo va el rodaje, Robert? —preguntó Shauri sonriendo—. Imagino que bien en lo que nos concierne; si no, me habrías llamado para echarme la

bronca.

—Precisamente vengo a felicitaros. Por ahora, es lo mejor de la serie. Habéis hecho un trabajo magnífico.

—Todo un halago al venir de ti —respondió Shauri irónico—. Eso quiere decir que es formidable. Formamos el mejor equipo de guionistas que haya en cualquier productora de televisión. —Sam y él chocaron palmas y luego me las ofrecieron a mí; respondí contenta a su proposición.

—No te pases, Shauri. Aunque el guion está resultando una obra de arte... —El aludido silbó entusiasmado—... al final lo que nos importa es la acogida por parte del público. Ya lo sabes.

—Este cuarto Emmy se lo regalaremos a Lola; lo merece más que nosotros —se atrevió a pronosticar Sam y obtuvo, a cambio, el gesto reprobatorio de un exigente Robert, que se disponía a salir—. Se ha esforzado por tres guionistas.

—Pásate por mi despacho antes de marcharte —me pidió Robert en un tono amable, y cerró la puerta tras de sí.

—Me gustaría saber qué le das para conseguir que te hable en ese tono. —Shauri me preguntó sonriendo—. Creo que eres la única que lo consigue. Por lo que tengo entendido, hasta con sus mejores amigos es un exigente.

—Creo que esta noche te espera una larga velada. —Sam se burló de mí—. Vaya miradita que te ha echado Robert.

—No me asustes, Sam. —Los dos se marcharon riéndose a carcajadas.

Me dirigí al despacho de Robert con el abrigo puesto y el bolso en la mano. Aunque la puerta estaba abierta, llamé para atraer su atención.

—¿Ya estás lista? —me dijo sonriendo—. Te estaba esperando. Vámonos. —Se acercó y me besó en la mejilla—. No sabes cuánto me alegro de verte. —Se dirigió a su mesa, apagó el ordenador, y salimos—. Necesito tu ayuda. Tengo que comprar un regalo de cumpleaños a mi sobrina.

—¿Cuántos años cumple?

—Catorce y no se parece a sus padres. Es coqueta y presumida desde pequeña.

—Cómprale ropa, siempre acertarás. Pero... ¿no viven en Australia?

—Sí, en Sidney. Mi cuñado viene por asuntos de trabajo, y pasarán una temporada en mi casa de Sussex hasta después de Año Nuevo; coincide con su cumpleaños y lo celebrará aquí.

—¿Tienes más sobrinos?

—Dos niños más pequeños, así que Victoria, como mi madre, es una auténtica princesa mandona en su casa, también como lo era su abuela y como lo es mi hermana.

Pasamos el resto de la tarde haciendo las compras pertinentes para sus sobrinos y, luego, cenamos en un encantador restaurante italiano. Reconozco que lo pasaba genial en la compañía de Robert y que no me apetecía separarme de él esa noche. Me había sentido tan mal días atrás, tan fustigada por la eterna presencia de Juan, que necesitaba liberarme y demostrarme que era capaz de comenzar una vida nueva, sobre todo de dejar atrás a la asustadiza y cobarde Lola y permitir que apareciera, de una vez, la auténtica. Reconozco que, aunque ayudada por el vino que tomamos durante la cena, lo logré.

Robert me acompañó a mi apartamento.

—Espero que me invites a tomar una copa —me exigió arrogante, pero no me escandalicé, como tenía por costumbre, y eso le sorprendió.

—Pensaba hacerlo. Aunque solo podré ofrecerte una copa de agua mineral. —Se rio—. Mejor, así te mantendrás sereno.

—¿Me tienes algo preparado? —me preguntó provocativo—. ¿Quizás me aguarde alguna sorpresa en tu casa?

—Tal vez —respondí misteriosa, sin mirarlo, mientras abría la puerta.

No me dio tiempo a cerrar cuando ya estaba besándome como un loco desesperado, tanto como lo estaba yo al dejarme llevar por su deseo. A los pocos minutos, lo tenía encima de mí, tumbados en el sofá, pero encontré la serenidad para detenerlo un momento.

—Ni pienses que vas a echarme de tu casa ahora, y yo no voy a salir

huyendo. —Me habló en tono autoritario pero sonriendo—. Así que dame una razón para detenerme.

—Quiero enseñarte algo —dije sonriendo misteriosa e intenté quitármelo de encima sin conseguirlo—. Y estoy segura de que te gustará.

—¿De qué se trata? —preguntó sorprendido y algo enojado por obligarlo a contenerse.

—Del camisón sobre el que hablamos por teléfono la otra noche. —Su cara de pasmado hablaba por él. En la vida se hubiese esperado algo parecido de mí—. Dame un minuto y te lo enseñaré; te prometo no tardar. —Accedió sin salir de su asombro.

Entré en mi dormitorio y cerré la puerta; me apresuré nerviosa a hacer lo que se me acababa de ocurrir y, antes de que se me escapara el valor para hacerlo, me desnudé por completo y me puse solo el camisón. Me detuve un instante ante el espejo, pegado tras la puerta, que me devolvía la imagen de una desconocida.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunté—. ¿Has perdido el juicio? Recuerda tu modo de actuar: cabeza, Lola, cabeza.

—Nada de cabeza —respondió la imagen—. Ahí fuera tienes a un hombre increíble esperándote, que se siente atraído por ti porque eres guapa, inteligente y divertida. Fíjate en tu cuerpo, mira tu precioso pelo y tus ojazos, que brillan deslumbrantes. Te mereces una noche de pasión, aunque solo sea una, con ese hombre fantástico, que te desea más que tú a él. Esta noche nada de cabeza, Lola. Solo sexo.

Y venció el espejo.

Decidida, ojeé el dormitorio, por si estaba en condiciones de recibirlo —cosas de la edad, supongo—, y abrí la puerta dispuesta a invitarlo a entrar. Robert me observó un instante con los ojos color chocolate, rebosantes por el deseo que yo le despertaba. Esa noche no me creía invisible.

—Ya puedes pasar. Creo que estaremos más cómodos en la cama. —No supe quién había sido capaz de pronunciar esas palabras.

En un derroche de esa extraordinaria energía que lo dominaba, se aproximó a mí sin dejar de mirarme.

—Eres increíble, Lola. Una auténtica dama, bella, elegante y sorprendente, imposible de controlar. Y no sabes cuánto me gustas.

Me abrazó con tanta fuerza que me impedía respirar, pero me encantaba sentir su ímpetu y su virilidad dedicados solo a mí. Esos besos apasionados que me dedicaba, esas intensas caricias que trataban de aprenderse mi cuerpo de memoria, sus gemidos, mis gemidos me recordaron los años vividos de lastimosa sequía sexual y, de repente, mi valentía se esfumó.

—Robert, te vas a decepcionar. —Comencé una disculpa nerviosa—. Todo este juego se me ha olvidado.

—No te preocupes —me dijo sonriendo, mientras recorría con sus labios mi cuello y mis hombros desnudos, y me provocó un estremecimiento—. El sexo es como montar en bicicleta: cuando aprendes, nunca se olvida.

—Pero es que hace años...

—Por el amor de Dios, Lola —me ordenó sonriendo, sin apenas separarse de mí—. Cállate y disfruta.

Con delicadeza y deslizando la yema de los dedos por mi piel, dejó libre mis hombros de los tirantes y deslizó el camisón a lo largo de mi cuerpo hasta que cayó al suelo.

—Creo que ya no lo vamos a necesitar —me susurró al oído y, en respuesta, solo pude gemir de deseo por él.

Con sus manos, que sujetaban mis caderas, me guiaba hacia la cama, a la vez que recorría con sus ojos mi cuerpo, de arriba abajo, y algo dentro de mí se estremeció, porque nunca me habían mirado de esa forma; nunca había sido capaz de despertar el apetito sexual de Juan —o, al menos, esa era la impresión que yo guardaba de nuestra intimidad— y, en esos momentos, creía que Robert fingiría porque yo no valía para excitarlo de ese modo en que él me miraba. Me sentó en la cama, se arrodilló ante mí y consiguió que me sintiera adorada y venerada como una diosa mientras besaba mis rodillas, a la

vez que me despojaba de los zapatos, lo único que llevaba puesto. Sus ojos seguían brillando por el deseo y me transmitían la seguridad que necesitaba en ese instante maravilloso que estaba viviendo. Me empujó con suavidad sobre la cama y, mientras se desabrochaba la camisa, no apartaba los ojos de mi cuerpo y lo recorría con la lujuria grabada en su mirada. En ese momento, di por bueno todo el dinero que me había gastado en las dos semanas que había pasado en un *spa* fantástico de Suiza, a rigurosa dieta, recibiendo impresionantes masajes; fue mi modo de celebrar la venta de mi novela a la cadena de televisión. Una maravillosa puesta a punto, las horas que caminaba... Todo ese sacrificio no me importó si a cambio recibía esa mirada de Robert, que admiraba mi cuerpo desnudo. Incluso agradecí a Dios que me ayudara a elegir ese sencillo camisón, que tanto le había impresionado, de entre los centenares que habría en la tienda.

—Eres preciosa, Lola. Llevo semanas esperando este momento; no imaginas cuánto tuve que contenerme en mi casa cuando llevabas ese vestido rojo, deslumbrante y tentador, y estuve a punto de hacerte el amor en el mismo comedor delante de aquellos espectadores.

—Creo que eso no hubiese sido correcto. —Sonreí nerviosa y me besó.

—Te prometo que te sentirás segura conmigo. Jamás te decepcionaré.

Pensé que sus palabras estaban dirigidas a calmarme y a transmitirme la confianza que había perdido en el género masculino y las sellaba con una promesa que creí en ese momento.

Un hombre desnudo junto a mí, en mi cama, aunque no era un hombre cualquiera. Era como tener, entre mis brazos, al Tarzán que veía en las películas cuando era pequeña, que besaba mis pechos, tocaba mi sexo y me enloquecía de pasión como nunca otro había logrado; que me excitaba de una manera que Juan nunca había conseguido en los casi treinta años de oportunidades que habíamos compartido. Ese deseo que despertaba en mí, ese

fuego interno que me dominaba por completo me hacían sentir como una perfecta desconocida que no permitía que adquiriera la sensatez que necesitaba para acabar con esa locura. Robert pretendía que disfrutara y participara de nuestra unión, que lo deseara tanto hasta suplicarle que apagara mis entrañas con un «Por favor, Robert, ya» —que tampoco supe quién pronunció—. A Juan jamás le había importado mi placer ni mi satisfacción. Cuando Robert entró en mí, me miró satisfecho por cuanto me había provocado. La lucha por mantener la cabeza fría hubiese resultado innecesaria porque ya solo le pertenecía a él; mi cuerpo lo ansiaba de la misma manera en que él me necesitaba en su búsqueda del placer que yo le pudiera ofrecer. Al ver su rostro, transformado por el goce que le provocaba el estar alcanzado el clímax, mi interior sucumbió ante una excitación incontrolable que me hizo gritar.

Robert permaneció inmóvil sobre mí unos segundos, recuperando el aliento, aún excitado.

—No es bueno lo que haces conmigo, Lola. —Tuve que contener las ganas de llorar que me entraron al sentir la desilusión que me provocó su queja, sobre todo porque yo lo había sentido como una experiencia única, deliciosa y la más placentera de mi vida.

—Te advertí que te decepcionaría. —Robert tomó mi rostro con una mano y me obligó a mirarlo.

—¿Decepcionarme? Lola, estás loca; te lo aseguro. Y me vas a volver loco a mí si no sigues dándome más de lo que acabamos de tener ahora mismo.

Me besó con ternura, con la misma que derrochaba al abrazarme y al acariciarme, y de nuevo creí en sus palabras. Y continuó ofreciéndome todo un recital interminable de muestras de cariño. Después de un rato, se levantó y pensé que se marchaba; me invadió una pena enorme al sentirme sola en la cama. Solo había salido de la habitación, y ya lo echaba de menos; eso no presagiaba nada bueno.

—¿Te vas? —pregunté en un susurro.

—Voy a servirme una copa de agua, que es lo único que tienes para las visitas.

—¿Eres una visita? —pregunté algo molesta.

—Espero que no. —Se acercó y me besó en la frente—. ¿Te importaría que pasara la noche contigo? —No sé si me leyó la mente o si era que ansiaba lo mismo que yo—. Te aseguro que me muero de ganas por quedarme.

—Me encantaría.

Aún no sé qué estuvo mejor, si el coito o el post coito, por el tiempo que pasamos hablando, besándonos, acariciándonos y conociendo nuestros cuerpos y nuestras almas, siempre abrazados, en un derroche de ternura y sensualidad como jamás habría soñado que pudiera existir. Y antes de dormirme rodeada por sus brazos fuertes y largos, supe que estaba loca, como él me decía a veces, pero estaba loca por él.

Sus besos y sus caricias me despertaron antes de que amaneciera.

—¿Tienes que irte? —pregunté somnolienta.

—No, Lola. Esta mañana iremos juntos al trabajo. —Me besó en la clavícula—. Es que tengo un apetito insaciable.

—¿Quieres desayunar?

—Sí. Voy a comerte enterita, gitana preciosa. —Me reí excitada y escandalizada, y me dejé llevar por su voraz apetito... sexual.

Volvimos a dormirnos un par de horas, quizás menos, hasta que sonó la alarma de mi reloj. No me sentía cansada, todo lo contrario; esa mañana pensé que podría con el resto del mundo.

—Por favor. —Robert rogó mirando al techo mientras me abrazaba para impedir que me levantara—. Necesito un día más acompañado por esta preciosa e increíble mujer; necesito reponerme un poco de la tensión que estoy sufriendo en el rodaje de esta serie. Un día sin salir de esta cama. —Me besó algo rabioso.

«¿Solo me necesita un día más? —me pregunté atormentada—. Y yo lo echaré de menos cada segundo que pase sin verlo. Nunca aprenderé», pensé. En ese momento una profunda tristeza me invadió; Robert se dio cuenta y lo interpretó de otra forma que preferí no aclararle.

—Lola. —Sentado en la cama, me retuvo y tomó mi cara entre sus manos para tener toda mi atención—. ¿Te arrepientes de lo que ha sucedido entre nosotros? —Pensé que estaba asustado, esperando mi respuesta, que no llegaba—. Si tienes que pensarlo, es que no estás satisfecha. —En ese momento, no supe quién estaba más triste de los dos, y eso me hizo sonreír. Jamás hubiese pensado que ese hombre infatigable, vital y enérgico pudiera sentir dudas sobre algo y menos sobre una mujer.

—No estoy arrepentida, Robert —le dije tranquila y lo besé en los labios con delicadeza—. Sabes que mi cabeza no anda muy fina en estos momentos; eso es todo. Pero no estoy arrepentida —le repetí por no decirle: «Es que yo te amo y tú solo me necesitas un día más».

Mientras me duchaba, me vestía y preparaba el desayuno, Robert hablaba poco y no dejaba de observarme.

—Robert —le regañé—, ¿me estás analizando? —Se rio a carcajadas.

—Te estoy conociendo; me encanta observar a la verdadera Lola. Tus costumbres, tus manías...

—Yo no tengo manías —lo interrumpí acusándolo con un dedo.

—Sí las tienes. Te encanta encontrar el centro de las cosas: del plato, de la taza, de la mesa. Eso es una manía. —Se reía desenfadado y más relajado de lo que lo había visto nunca.

—Soy muy ordenada; eso es todo. —Me tomó por la cintura y me besó a pesar de tener la boca llena de pan. De nuevo dejaba disparar su deseo, y me fascinaba esa facilidad con la que lo demostraba, aunque también esperaba que solo lo hiciese conmigo.

—Eres fantástica y preciosa. —Me abrazó con fuerza—. Vámonos, o tu jefe te llamará la atención por llegar tarde.

En el trayecto en coche, me avergoncé de mí misma y dejé escapar de mi garganta un gemido que alertó a Robert.

—¿Qué sucede?

—Anoche olvidé llamar a mis hijos. ¿Cómo puede pasarme esto? Qué vergüenza, a mi edad. Ahora, que me necesitan tanto, no me acuerdo de telefonarlos —me reproché enfadada y Robert soltó una carcajada.

—Me alegro de ser el causante de un olvido tan importante para ti. —Me besó aprovechando un atasco—. Eso es una señal excelente.

—Solo es señal de ser una madre pésima y egoísta. ¿Cómo he podido...?

—Basta, Lola. Vas a terminar menospreciándome y no lo soportaré. —Me habló en un tono tan autoritario que me impresionó por el cambio que había dado de repente para permitir que hablara su arrogante orgullo masculino.

—Tienes razón; sería mi siguiente reproche y tú no eres el culpable de mi lamentable olvido.

—Lola —me regañó—, acabas de hacerlo, acabas de menospreciarme —resopló enojado—. Eso me pasa por acostarme con una mujer con hijos. Siempre acaban complicándolo todo —replicó enfadado y me ofendió tanto que casi consiguió que me echara a llorar allí mismo; me estaba tratando como a una más de sus conquistas. Pero no consentiría que, por segunda vez, ningún hombre me humillara ni me sometiera, y de mí surgió una auténtica fiera.

—Deberías elegir mejor a tus parejas para pasar una noche. Es evidente que no tienes buen ojo.

—Muy bien dicho en pocas palabras; se nota que manejas bien el lenguaje. —Me habló en el tono que utilizaría el patán del estudio, por primera vez desde que lo había conocido, y me dolió lo suficiente como para no poder mirarlo a la cara ni dirigirle la palabra.

A los pocos minutos, comenzó una disculpa sincera.

—Siento mucho haberte hablado de ese modo, Lola; lo lamento de verdad. Soy terriblemente orgulloso, lo reconozco, y no soporto que nadie me menosprecie; es algo que odio y saca lo peor de mí. Y tú siembras demasiadas

dudas en mi mente.

—No te estaba menospreciando a ti —me defendí—, lo hacía conmigo.

—Lola. —Mi nombre sonó como un ruego en su voz—. Perdóname, por favor —me suplicó—. No permitiré que esto...

—¿Acabe así? —lo interrumpí más dolida aún porque dejaba claro que solo había sido una noche. En ese instante, me sentí imbécil y estúpida por haberme permitido ilusionarme, incluso por ilusionar a mis hijos, por pensar que había encontrado al hombre de mi vida, a pesar de mis cincuenta años. Robert me convirtió, de nuevo, en la mujer invisible que hacía semanas no aparecía por mi vida.

—No te preocupes, Robert. Ha sido divertido. —Observé que el semáforo estaba en rojo: me desabroché el cinturón y me bajé del coche.

—Lola, ¿a dónde vas? —me gritó—. No te bajes del coche, por favor.

—Voy al trabajo. —Lo miré ofreciéndole una sonrisa tan cínica y amarga que se asombró—. Sola, como tengo por costumbre. Discúlpame ante mi jefe si llego tarde.

Mientras me alejaba del coche, aún lo escuchaba llamándome y, cuando creí que ya estaba lo suficientemente lejos, me desahugué llorando como hacía años, maldiciendo mi debilidad de esa noche. Cuánto me había descubierto Robert en unos minutos; una más, un capricho que se le resistía. Una verdadera imbécil: eso me consideraba yo por haberme comportado como una cría, a mi edad, por dejarme embaucar por un verdadero y experto mujeriego. Caminé unos minutos y me concentré en la respiración hasta que logré reponerme. No podía entrar tan alterada a mi trabajo; Shauri era un excelente observador, y yo misma me delataría y me moriría de vergüenza si descubrían que estaba enamorada de Robert y que había caído en sus redes con una facilidad asombrosa.

Esa mañana, con Robert en los estudios, había poca tranquilidad. Llamó a

Shauri y, a los pocos minutos, regresó enojado como nunca lo había visto antes.

—Lola. —Llamó mi atención al sentarse bufando—. Por el bien de todos —me suplicó—, ¿quieres hacerme el favor de acostarte con ese hombre? Hazme el favor de tranquilizar a esa bestia. —Sam se reía a carcajadas y yo no sabía dónde esconderme—. Te juro que, desde que has llegado a estos estudios, está de peor humor que nunca, y estoy seguro, aunque me parezca imposible en él, de que está enamorado de ti.

—Seguro que no, Shauri —respondí en un susurro y rehuendo su mirada—. No me culpes a mí de su carácter exigente.

—Encima habéis discutido. —Golpeó la mesa con su carpeta y di un respingo asombrada por su descubrimiento—. Lo que le faltaba. Hoy no hay quien lo soporte.

—Normalmente no hay quien lo soporte —aclaró Sam— pero, si Lola ha discutido con él, será como un volcán a punto de erupción.

—En plena erupción está hoy —exageró Shauri y yo me sentí empequeñecer.

Tan pequeña, casi imperceptible como me sentí en la reunión que mantuvimos los guionistas y el Departamento de Producción con Robert, en la que repartía broncas y reproches para todos y en la que me envió varias miradas cargadas de dureza, de las que todos fueron testigos, aunque no me destinara ninguna de sus regañinas.

Regresaba a mi trabajo, después de un breve almuerzo, cuando salió de su despacho; al verme no le importó que fuese acompañada por Sam.

—Lola —me llamó—, ¿puedes venir un momento?

Como si se tratase de un asunto profesional, obedecí sin decir ni una palabra. Me dejó entrar y cerró la puerta tras de mí. Permanecí de pie pensando que quizás me diría que no deseaba que continuara trabajando para él, ya que había satisfecho su único propósito.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado para bajarte del coche de ese

modo? ¿No se puede discutir contigo?

—¿Discutir? Tú no discutes, tú insultas y me has ofendido. Y no te lo voy a permitir, ni a ti ni a nadie. Ya hice demasiadas concesiones en el pasado y todavía me estoy arrepintiendo.

—Te pedí disculpas por mi modo de hablar y aún lo lamento. —Me hablaba en su tono exigente habitual—. Tengo muy mal genio, ya lo sabes; si he actuado de ese modo, ha sido porque me dolió pensar que esta noche no haya sido importante para ti y que no merecía el olvido de una simple llamada rutinaria.

—Ya te lo dije en el coche, Robert. —Hablé con todo el cinismo que había en mí—. No pasa nada, ya ha acabado. Una mujer con hijos provoca demasiados dolores de cabeza; lo sabes bien por tus numerosas experiencias. Deberías elegir mejor con quien echas un polvo. —No sabía de dónde había sacado la expresión, pero estaba segura de que mi hijo Pedro me aplaudiría.

—¿Eso he sido para ti? —me preguntó decepcionado—. ¿Esta noche solo se trataba de eso?: ¿de echar un polvo?

—¿Qué suponías? Tú mismo lo dijiste en el coche: que te pasaba por elegir, entre todas tus oportunidades, que imagino fantásticas, a una mujer demasiado responsable porque tiene hijos.

—Lola, sabes que para mí significas mucho más que eso.

—¿Por qué tengo que saberlo? ¿Tengo que sentirme especial por haber sido una de las elegidas? Cuando me marche, podré contar orgullosa que me acosté con Robert Wilder, que no desaproveché esa magnífica oportunidad —le respondí con una sonrisa irónica que me costaba esbozar.

—No me refiero a mí; pareces dispuesta a no entender.

—¿Y qué se supone que debo entender? —Continué hablando en el mismo tono irónico, que lo sacaba de quicio—. Explícamelo, Robert.

—Que estoy enamorado de ti. —No sabía por qué, pero ni podía ni debía creerlo—. Te amo, Lola.

—No volveré a creer a un hombre que dice quererme y me compara con todas sus conquistas; a un hombre que, quizás, confunda su apetito sexual con

amor sincero. Ya has conseguido tu capricho, Robert. Puedes estar satisfecho.

Y huí del despacho orgullosa de no haberme callado todo lo que sentía, de no haber creído las mentiras de un hombre aún más caprichoso que Juan —si eso era posible—, pero con el corazón hecho pedazos, convencida de que Robert no me amaba y convertía la noche más feliz de mi vida en un acto vergonzoso que me mortificaría para siempre.

No volví a verlo más durante ese día ni durante el resto de la semana y, el viernes por la noche, me fui a Sevilla, deseando que las semanas que me quedaban por pasar en Londres transcurrieran lo más rápidas posible. Había sido muy feliz en esa ciudad, tenía la impresión de comenzar la vida que siempre había anhelado, porque me sentía libre y dueña de mis actos, a pesar de los intentos fallidos de Juan por evitarlo. Robert se había llevado todo eso, o sería mejor explicar que, tras pasar una noche conmigo, él había hecho desaparecer mis ilusiones por completo.

Capítulo 17

ALBA

Me alegra comprobar que, a pesar de estar intensamente enamorada de Andrew, sentir desconfianza hacia tu pareja —y en un momento determinado— no me suceda solo a mí. Yo albergaba dudas porque Andy me hizo daño y mi abuela, porque otro hombre le hizo pensar que el amor no existía en realidad.

Recojo la cocina, después del desayuno, y no oigo a mi padre entrar. Por fin estamos a solas y tengo un sinfín de preguntas que hacerle, aunque no estoy segura de si le gustará recordar el asunto sobre el que tratarán.

—Me he tomado en serio el proyecto de escribir la aventura inglesa de la abuela. —Me mira sorprendido y continuo explicándole—. Sus comienzos con Robert y la exagerada y dramática reacción de tu padre.

Cada vez me cuesta más darle a Juan el tratamiento inmerecido de abuelo.

—¡Oh! —Mi padre no oculta la sorpresa que le produce ese recuerdo—. ¿Sabes? —Me mira, pero sus ojos parecen dirigirse a otro punto de su vida—. Nunca le contamos la verdad a mi madre, ni quiero que lo sepa; ya no tiene sentido.

—¿Cuál es la verdad? —Me invade una curiosidad morbosa, lo reconozco.

—La noche antes de que lo encontrásemos medio muerto, tuvo una fuerte discusión con Paloma que oímos Pedro y yo. —Suspira frotándose el entrecejo con el dedo corazón, un gesto que repite con frecuencia cuando está preocupado—. Fue lamentable escuchar a esa chica tan joven suplicarle que regresara a Tarifa con ella. Mi padre insistía en que no lo haría porque estaba

enamorado de Lola y pensaba quedarse en Sevilla hasta que la conquistara de nuevo. —Casi se me desencaja la mandíbula—. Sí, Alba, no se enteraba o no deseaba reconocer la realidad después de las negativas tajantes de mi madre. Aún me admira recordar cómo fue capaz de mantener la compostura sin faltarle al respeto, porque mi padre se merecía el peor trato posible por parte de tu abuela.

—¿Qué sucedió?

—Después de que se marchara Paloma, se sentó a la mesa con Pedro y conmigo y nos interrogó sobre la posibilidad de que mi madre tuviera algún... amante; así lo llamó. No me contuve y le contesté si Paloma también era su amante y que la vida privada de mi madre no debería importarle. Su respuesta absurda nos dejó a los dos pasmados y sus palabras se me quedaron grabadas en la memoria: «Vuestra madre siempre será mi mujer, por muchas amantes que yo tenga, y no consentiré que otro hombre le ponga una mano encima».

—¿Cómo...? —No me salen las palabras adecuadas, en ese momento, para describir lo que pienso de Juan—. ¿Qué clase de hombre era tu padre?

—Uno muy egoísta, Alba, y más machista aún. No he conocido a nadie como él. —Me sonríe cariñoso y continúa contándome—. Ya sabes cómo tu tío Pedro protege a la abuela; ella es su debilidad y nunca lo oculta. Esa noche no pudo contenerse. Habíamos hablado mucho sobre el trato despreciable que mi padre daba a mi madre y cómo ella, por nosotros, nunca le perdía el respeto. Pedro se mostraba asqueado de soportarlo y explotó. Recuerdo sus palabras exactas que, además, sonaron amenazadoras: «Deja a mi madre en paz. Te ha dicho que no quiere casarse contigo, así que deja de torturarla y permite que encuentre la felicidad que merece. Tú no la hiciste feliz».

—Bien dicho —animo—. ¿Tú no le dijiste nada?

—Intenté suavizar las palabras de Pedro. Con mi padre no se resolvía nada a las bravas, yo lo había aprendido de mi madre, pero mi hermano es más temperamental, como ya sabes. Le dije: «Papá, Pedro tiene razón. Mamá te respondió en Londres y debes aceptar y respetar su negativa. Para que una

relación funcione las dos partes deben estar de acuerdo y ella ya no quiere vivir contigo. La vemos más feliz que nunca. Tienes que dejarla en paz de una vez y continuar con tu vida». Al final, terminamos enfadados con él después de su réplica, en la que nos acusaba de dejarnos comprar por sus regalos y su dinero, como solía hacer; el tono de la discusión se elevó más que nunca porque ni Pedro ni yo estábamos dispuestos a permitir que continuara lastimando a nuestra madre. Los dos nos dimos cuenta de que estaba enamorada de Robert porque irradiaba felicidad cuando hablaba de él, aunque insistiera en que no se trataba de nada serio. Y ella se lo merecía, Alba. Fue siempre tan tranquila, sensata, humilde y sencilla, cariñosa, preocupada por el menor de los detalles que pudiera hacernos felices. —Mi padre habla sin ocultar el respeto, la admiración y el cariño que siente por su madre—. Los dos, tu tío y yo, nos sentíamos muy orgullosos de ella ya por entonces. No solo es inteligente, valiente y trabajadora, sino que, además, era muy guapa, de una belleza exótica y exageradamente elegante, y aún lo es. —Sonrío asintiendo—. Y no nos extrañó que un hombre se interesara en ella, aunque no te niego que estuvimos muy preocupados hasta que conocimos a Robert. Merecía una vida mejor que la que mi padre le había dado, y eso fue lo que acabamos diciéndole esa noche. El resultado de la discusión ya lo conoces. —No oculta el enfado que aún siente y, si no conociera bien a mi padre, juraría que incluso su rostro refleja rencor—. Mi padre fue un hombre egoísta, caprichoso y cobarde; por eso perdió su mayor tesoro. Fue incapaz de valorar a la gran mujer que tenía a su lado hasta que se separaron.

Antes del almuerzo acompañé a mi abuelo Robert a comprar varias cosas y, de paso, tengo planeado aclarar con él varias dudas, aunque siempre se muestra reacio a hablar sobre su vida privada con mi abuela. Sonrío al apreciar las diferencias que existen entre ellos y el modo en que esas diferencias los completan. Lo mismo que sucede entre mi novio y yo.

Conduzco hacia un supermercado cercano que hay en San García, a las afueras de Algeciras, mientras comienzo el interrogatorio a mi abuelo, sentado en el asiento del copiloto, ese gran hombre de pelo alborotado, leonino y grisáceo que, a pesar de sus setenta y cuatro años, aún emana una envidiable energía y más seguridad en sí mismo.

—Abuelo, cuando la abuela trabajaba para ti y te impresionó con su vestido rojo...

—El vestido rojo —me interrumpe en un tono que refleja admiración. Sus palabras suenan lejanas y siento que, durante unos segundos, se deja llevar por sus recuerdos—. Estaba increíble con él. La mujer más hermosa y elegante que había visto en mi vida y no solo a mis ojos. A mis socios americanos les impresionó tanto como a mí y, cuando hablaba con ellos después de que la conocieran, siempre tenían unas palabras de admiración que dedicarle a Lola. —Volvió a la realidad repentinamente—. ¿Estás escribiendo sobre eso? ¿Tu abuela te lo ha contado?

—Sí, ahora estoy con lo que sucedió después del intento de suicidio de Juan. —Nunca digo «mi abuelo Juan» en presencia de Robert porque considero a Robert mi verdadero abuelo, y me llama la atención su sonrisa tierna.

—Cuando tu abuela comenzó a volverme loco con sus dudas sobre mis sentimientos hacia ella —afirma sonriendo bajo mi asombro—. Cuánto daño le hizo ese hombre y qué fuerte se mostró Lola por obligarse a superarlo; nunca se rindió. Otra mujer no lo habría conseguido, pero tu abuela es la persona más tenaz y valiente de cuantas he conocido. Despertó mi admiración en cuanto la vi por primera vez y, cuando me di cuenta de lo que sentía por ella, no podía creerlo. Me enamoré de ella como un adolescente. Ni siquiera por mi primera mujer sentí del mismo modo que por Lola.

—Tú eres un hombre, puedo entender a mi abuela, pero me gustaría comprender de qué manera te afectaron las dudas de Lola. Necesito entenderte a ti.

Mi abuelo me observa escudriñándome el rostro durante unos segundos.

—Andrew te ha hablado sobre sus intenciones de casarse —adivina convencido y sé que el protagonista de nuestra conversación ha cambiado.

—Sí, anoche. —Permanece en silencio y espera que yo continúe—. Le he dicho que sí.

—Era evidente cuál sería tu respuesta; siempre has estado enamorada de ese chico. ¿Lo has pensado bien? —me pregunta con frialdad—. Después de que tuvieras que dejarlo hace un par de meses..., ¿no te parece precipitado?

—Está aquí por mí —lo interrumpo—; lo ha dejado todo para reconciliarse conmigo. Sé lo difícil que le resulta delegar sus asuntos y, más aún, dejarlos en manos de Ross; aunque le marque unas pautas, ese hombre es un verdadero desastre.

—No pongo en duda lo que Andrew sienta por ti, Alba; es evidente que está enamorado. Pero es joven y ambicioso, como yo lo fui a su edad, y esos fueron los motivos que me llevaron al divorcio, los mismos que te obligaron a separarte de él.

—¿Fuiste alguna vez a buscar a tu exmujer?, ¿a disculparte?

—No, nunca. Me sentí aliviado. Si te soy sincero, no creo que Andrew se haya sentido aliviado cuando lo dejaste; por lo menos, no me dio esa impresión las veces que hablé con él al cruzármelo en la piscina. —Se ríe—. Pobre muchacho. La verdad es que estaba hecho polvo. Puedo ponerme en su lugar porque tuve la mala suerte de que tu abuela me tratara del mismo modo que tú a Andrew.

—¿Por qué discutíais papá y tú con él la otra noche? —pregunto preocupada.

—Tu padre no sabía lo que había sucedido entre vosotros y, cuando Andrew comentó que te iba a proponer casarte con él, le pregunté si había reflexionado sobre los motivos que habían provocado vuestra separación. Andrew fue sincero y le contó a tu padre que te marchaste en mayo de su casa y la causa que te llevó a hacerlo; imagina su reacción. No me hubiese gustado estar en la

piel del muchacho. Tu padre fue implacable con él; ya sabes su modo de pensar y de vivir. Le dijo que, si pensaba seguir contigo en las mismas condiciones, encontraría la manera de impedir que te casaras con él porque nada le dolería más que verte infeliz o desgraciada. Andrew dio su palabra y prometió que lo evitaría en la parte que a él le correspondía.

—No puedo creer que papá fuera capaz de hablarle de ese modo —afirmo incrédula y, a la vez, enojada.

—¿No? —Sonríe convencido—. Yo me puse de su parte. No queremos verte infeliz, princesa. Tu abuela y yo te hemos visto sufrir mucho en los últimos meses, aunque intentaras ocultarlo.

—También vosotros tuvisteis un comienzo doloroso. Y a mi padre lo hizo sufrir el suyo. Abuelo, el sufrimiento es inherente al amor; es evidente. De cualquier tipo de amor.

—Tienes razón, princesa. Siempre que no sea malintencionado, estoy de acuerdo contigo.

—¿Crees que me equivoco aceptando la propuesta de Andrew?, ¿que debería esperar a ver cómo se porta cuando volvamos a Londres y a la rutina?

—Es tu decisión, aunque pienso que demostrar confianza también es importante para la otra parte.

—La abuela me dijo lo mismo en otra ocasión. No es malo confiar en la otra persona porque eso transmite seguridad. Creo que Andrew la necesita más que nunca y que lo ha pasado tan mal o peor que yo.

—Conociéndolo, no me extrañaría. Es un buen chico y es evidente que te quiere. Eso nadie lo pondrá en duda.

—Vale, pero no comentes nada. Andrew quiere dar la noticia a todos esta noche. El jueves nos casaremos en Gibraltar y el viernes nos marcharemos unos días a Marruecos.

—Como quieras, princesa. —Me besa en la mejilla—. Ya sabes que solo deseo que seas feliz. Es lo que todos deseamos, incluido tu tío Pedro —añade, lo que logra hacerme reír y que se relaje el ambiente tenso que se había

establecido entre nosotros.

—Sí —afirmo sonriendo—; en esta familia, la felicidad es lo principal. No te preocupes por mí; Andrew lo sabe y, lo que es mejor, le gusta la idea y la respeta.

Al final de nuestra conversación, como yo esperaba, mi abuelo me contó muy poco sobre sus sentimientos; eso lo reservaba exclusivamente para su mujer.

Once personas ocupamos una gran mesa en el restaurante y degustamos los distintos platos basados en carne de cerdo, que nos sirven según el menú de esa noche. No hemos planeado en qué momento se lo diríamos a los demás. Ni siquiera yo lo espero cuando Andrew le pide a su madre que lo atienda un instante y, por el tono de voz que usa, llama la atención de todos los que estamos sentados a la mesa. Está serio pero muy tranquilo y convencido de lo que va a decir; es un hombre acostumbrado a gestionar una empresa y, en ese instante, demuestra la confianza que siente en sí mismo. Toma mi mano, se la lleva a los labios y la besa; luego, sin soltarla, comienza a hablar y dirige su mirada a mis padres y a su madre, más que a otros.

—Alba y yo vamos a casarnos muy pronto. —La alegre exclamación de Mary se oye en todo el local.

Mi madre y mi abuela, sorprendidas, no apartan la mirada de mis ojos y esperan que yo les cuente algo más en ese momento, pero Andy continúa explicando nuestros planes en el mismo tono, sin prestar atención a las emotivas lágrimas de su madre.

—Nos casaremos el próximo jueves en Gibraltar y el viernes nos marcharemos unos días a Marruecos. Solos, espero —aclara sonriendo y me relaja el oír las carcajadas de los demás tras su ocurrencia.

Por la falta de sorpresa en el rostro de mi padre y por su expresión relajada, intuyo que Andrew se lo habrá comentado en algún momento del día, pero me

extraña que no me haya hablado sobre ello.

Hasta que nos encerramos en nuestro dormitorio, atendemos el interrogatorio al que nos vemos sometidos durante el resto de la velada. Sobre los trámites del registro civil de Gibraltar, del que Andrew está bien informado, hasta de las ciudades que visitaremos en nuestro viaje. Mary se muestra preocupada por la ausencia de algunos familiares cercanos, pero en eso estamos de acuerdo los dos. Será nuestra boda y la celebraremos a nuestro gusto; no necesitamos más. Los únicos extraños a nuestras familias que asistirán serán Sandy y Bradley.

—¿Vendrá tu hermano? —pregunta Mary angustiada.

—Sí, mamá. Ya lo sabe; le he reservado los vuelos y un bungalow a pie de playa, en Tarifa, hasta el domingo.

—Eres muy generoso, Andrew —reconoce la madre y lo besa en la mejilla.

Yo no me libro con tanta facilidad. Mi madre y mi abuela me esperan a la mañana siguiente para dar un paseo por la playa y, en ese momento, me someten a sus interrogatorios intensivos.

—¿No has sentido dudas? No lo entiendo, Alba —me dice mi madre—. Creo que te estás precipitando; después de dejarlo con Andrew, deberías dejar pasar un tiempo antes de tomar esa decisión.

—He sentido mis dudas, mamá, pero las hemos discutido y confío en él. No vamos a estar dándole más vueltas a lo mismo. —Las miro en silencio—. Me estáis preocupando. ¿De verdad pensáis que tengo motivos para desconfiar de Andrew?

—No, Alba. Lleváis juntos más de cuatro años y, quizás, vuestra ruptura vino motivada por una mala racha —se disculpa mi abuela—. Puede pasarle a cualquiera.

—Pero no la ocasionó lo más grave y eso hubiese sido que, en algún momento, uno de los dos dudase de lo que sentía por el otro. Andrew nunca

quiso que yo me marchara, me lo suplicó varias veces, y yo hice lo que me dio la gana sin tener en cuenta sus sentimientos. Quizás no tuve la paciencia suficiente, a pesar de cuánto me la pidió. Y sin embargo, volvió suplicando mi perdón. ¿Acaso necesito más pruebas, mamá?

—No lo sé, Alba. Me ha impresionado la noticia. Tu padre conocía las intenciones de Andrew, pero no me había hablado sobre ello porque tu novio le pidió que lo mantuviera en secreto hasta hablarlo contigo. Solo quiero tu felicidad y, si la consigues, te aseguro que no voy a preocuparme por la rapidez con que transcurra esta boda.

—Si estás convencida de tu decisión, me alegro por ti, princesa —añade mi abuela—. Ya sabes que no soportaría verte infeliz ni desgraciada como hace unos meses.

—Bueno, ¿qué tienes pensado ponerte? —pregunta mi madre de mejor humor y hablando de un tema que me gusta más.

—El vestido que me regalaste antes de venirme a Tarifa. Estaba deseando que surgiera una ocasión especial para estrenarlo y no se me ocurre otra más oportuna.

—¿El rojo? —pregunta sorprendida—. Poco apropiado para una boda y exageradamente escandaloso.

—¿Por qué tengo que ir de blanco? Es una boda civil y quiero que sea alegre. Es un vestido precioso y muy elegante, y con él le haré un pequeño homenaje a mi abuela. —Lola me aprieta la mano porque entiende mi intención, y yo le respondo con un beso en la mejilla. Luego le contamos a mi madre la historia del vestido rojo.

Sandy, Bradley, Ross y Sondra llegan en el mismo vuelo, y los recogemos la tarde del miércoles. No pasaremos mucho tiempo juntas y a solas, pero me muero de ganas de ver a mi amiga y hablar con ella.

—No me lo puedo creer, Sandy —le digo al abrazarla—. Ya estás

embarazada.

—Cuestión de practicar, y Bradley se ha empeñado bastante en ello.

—¡Oye! —exclama fingiendo estar irritado—, yo siempre me empeño; solo he puesto intención para que mis chicos llegaran donde debían. Y mis campeones lo han conseguido —añade orgulloso.

Las dos nos reímos un tanto histéricas por la ocurrencia de Bradley. Lo pasamos bien juntas: charlamos, nos divertimos y confiamos una en la otra como hermanas y, por supuesto, en Bradley. Andy nos sigue con un coche que ha alquilado para disfrute de su hermano.

—¿Qué habéis visto en la ecografía? —pregunto curiosa.

—Solo un huevo pequeñito, pero ha sido muy emocionante. Estoy de cinco semanas y unos días. Es pronto para apreciar nada más.

—Va a ser un niño, estoy seguro —añade el futuro padre orgulloso.

Bradley es casi ocho años mayor que mi amiga Sandy, ingeniero informático del mismo banco en el que Sandy trabaja desde hace ya tres años, aunque él tiene un puesto itinerante entre las sucursales que precisan sus servicios. Los dos tienen un trabajo estable y económicamente bien pagado. Bradley posee una bonita casa en Mayfair que sus padres, como hijo único, le dejaron antes de marcharse a vivir a Menorca, una vez que se jubilaron, y a la que solo regresan por Navidad o por algún acontecimiento importante, como fue la boda de su hijo.

Sandy se sorprende al verme tan segura del paso que daremos Andrew y yo, sobre todo porque sabe, mejor que nadie, cuánto sufrí al separarme de mi novio, acción que ella no aprobó, consciente de lo enamorados que estábamos el uno del otro. Ante nuestra crisis, siempre me aconsejó que tuviera paciencia y confianza y permitiera arreglar a Andy sus asuntos laborales. Pero como yo era la que sufría, fui la que tomó la errónea decisión de marcharse.

Antes de llegar a casa de mi abuela, los pongo al día de mis chismes; les hablo sobre lo que me he enterado de mi futuro cuñado y lo que presencié durante la cena que compartimos en Londres.

—Fue bastante desagradable ver cómo Sondra jugaba con ese hombre, que podía ser su padre. Y Ross se comportaba como si no fuera asunto suyo. Es más, yo diría que ella lo hacía intentando llamar la atención de su marido.

Cuando cuento la escena del baile y la reacción de Andrew, Bradley no se sorprende y suelta una sonora carcajada.

—Tú no te das cuenta porque solo tienes ojitos para él, pero Andrew sabe interponerse muy bien entre tus admiradores y tú, tan bien que no te enteras. Yo procuro hacer lo mismo con mi chica. —Sandy le dirige una mirada encandilada.

—Creo que Ross lo hizo para provocarlo —explico—. No sé qué es, pero algo sucede entre ellos.

—Nunca se han llevado bien, son muy diferentes —comenta Sandy.

—Sí, desde que los conozco, ha sido así. Pero ahora la tensión entre ellos se puede cortar. Ya lo veréis, sobre todo, por parte de Ross.

—Problemas laborales. —Sé que mi amigo lo dice para tranquilizarme—. Es normal entre hermanos que tienen negocios juntos.

—Y esa mujer, a pesar de lo guapa y elegante que es, cada vez me resulta más desagradable. Ni mi abuela, antes de su divorcio, soportó que un hombre la tratara tan mal como Ross la trata a ella. ¿Qué le pasa?, ¿no conoce la dignidad?

—Es una esnob vanidosa y engreída —añade Sandy—; no me ha dirigido la palabra desde que nos encontramos en el aeropuerto, pero no suponía que su matrimonio funcionara de ese modo desagradable.

Efectivamente, al bajarme del coche, Andrew parece enfadado. Ross ha tenido tiempo de sobras para sacarlo de quicio con problemas de la empresa; pero me mira y la tensión de su rostro desaparece y se transforma en una sonrisa sincera. Me gusta imaginar que tengo ese poder sobre él, aunque reconozca que, en realidad, lo hace para no preocuparme.

Una hora más tarde, la barbacoa humea chispeante y dispuesta a preparar la cena de todos los presentes. Mi padre se acerca a mí y me rodea los hombros con su brazo. Yo esperaba esa conversación.

—Me cuesta creer el porqué estamos reunidos esta noche. —Me besa en la frente y me mira a los ojos—. Solo te pido una cosa, y no pienses que desconfío de Andrew; lo conozco bien, hemos hablado mucho desde que llegamos y sé que sus sentimientos hacia ti son profundos y sinceros. No quiero que actúes nunca más como hiciste en mayo y no me hablaste sobre lo que os sucedía.

—Sabía cuánto te preocuparía, papá. Y como le dije a mamá, esperaba que Andrew fuera a buscarme a casa del abuelo Robert. —Sonríó vagamente—. Aunque lo hizo, tardó más de lo que me hubiese gustado.

—Prefiero preocuparme que permanecer ignorante ante tus problemas. Eres el centro de mi vida, Alba. Sé que tengo que permitirte ser independiente y lo consigo con dificultad, porque tu madre me obliga a llamarte menos de lo que deseo, y sé que tu abuela y Robert cuidan tanto y tan bien de ti como lo haría yo mismo. Pero si alguna vez tienes problemas serios, por favor, princesa, no dudes en llamarme ni en contar conmigo, aunque solo sea para abrazarte, acompañarte y consolarte.

—Gracias, papá. Y yo sé que siempre puedo contar contigo, pero no soporto hacerte sufrir.

—Lo conseguirás si no cuentas conmigo. —Me da un suave pellizco en la mejilla, medio abrazo y un beso en la frente—. Ten paciencia con Andrew; aunque no es como nosotros, lo está intentando. —Me ofrece esa sonrisa gamberra que lo hace parecer más joven y que me hace reír.

—Lo sé; si no estuviera segura de que intenta volverse tan loco como nosotros, no habría aceptado su proposición. —Mi padre vuelve a reírse como el chico gamberro, y lo abrazo tan fuerte como puedo.

Mi novio nos observa serio y complacido; dejo a mi padre hablando con mi tío y, sin cortar nuestra conexión visual, me acerco hasta él.

—¿Por qué estás tan serio?

—No lo estoy. —Me toma por la cintura y me coloca entre sus piernas—. Estaba comprobando cuánto te quiere tu padre y el modo tan extraordinario en que confías en él. Me preguntaba si algún día conseguiré que confíes otra vez en mí de la misma manera.

—Por supuesto que sí. Ya lo hago y te lo demostraré mañana a la una; esa será la prueba definitiva.

Andrew me abraza con fuerza y suspira emocionado entre mis pechos.

—Este ha sido el acto más valiente y arriesgado que nadie ha hecho por mí. No imaginas cuánto te lo agradezco, Alba. Te quiero, cariño, más que a nadie ni a nada en mi vida, y te lo demostraré cada día. No te arrepentirás de casarte conmigo.

Nos besamos durante unos segundos hasta que Ross nos interrumpe de una forma bastante desagradable. Andrew me sienta en su regazo mientras lo atendemos.

—Alba, preciosa, ¿cómo has aceptado casarte con este adicto al trabajo? Eres demasiado bonita para que te dejen sola tanto tiempo. Acabarás cansándote de él otra vez, y te partirá el corazón.

—¿Se trata de la maldición de la madrastra? —le pregunta Andrew bromeando divertido—. Ross, te comportas como la hermanastra rencorosa. Alégrate alguna vez por mí. Este sería el mejor momento para comenzar. Después de todo, soy tu hermano pequeño y el único que tienes.

—Sí, y el que me hace la vida imposible y controla hasta mi dinero.

—Vamos, Ross. —Andrew afronta los comentarios provocativos de su hermano con buen humor—. No es el momento de discutir sobre dinero. Vas a pasar unos días en la playa a mi costa cuando deberías ser tú quien me hiciera un regalo de bodas.

—Ya encontraré algo que regalarte; quizás me decida por unas clases de baile para que acompañes en la pista a tu hermosa mujercita antes que otro le meta mano y a ella le guste más que tú —dice intentando provocarlo, sin suerte

porque esta noche Andrew parece vacunado contra las picaduras de Ross y suelta unas escandalosas carcajadas, con las que me contagia.

Bradley, atento a la conversación, se atreve a inmiscuirse en ayuda de su amigo y procura acabar con la tensión que Ross intenta imponer.

—Di que sí, Ross. Creo que yo también las necesitaré —admite sonriendo divertido—. Somos como dos zombis cuando salimos con estas dos preciosidades que suelen acabar adueñándose de las pistas de baile de cualquier local de Londres. Cualquiera noche, se largan con dos tipos que se muevan mejor que nosotros.

Sondra permanece en silencio junto a un marido que la ignora tanto como ella al resto de los presentes, y me parece más infeliz que la última vez que la vi en Londres. Quizás porque aquí no tiene con quien coquetear. Lo cierto es que despierta en mí bastante compasión y lo comento con Sandy, que siente lo mismo.

—Está amargada y consumida. Es una mujer muy triste, Alba.

—Sí. Me gustaría que hablara con nosotras, como haría cualquier chica, pero está dispuesta a mantener una distancia abismal conmigo, y no entiendo la razón que la empuja en esa dirección. Jamás he discutido con ella y siempre me he mostrado amable; ya me conoces.

—Te creo, Alba. La amistad, como todas las relaciones, circula en dos direcciones y, si una de ellas está colapsada...

Es mi madre —gracias a su facilidad para las relaciones interpersonales y a ese don suyo de transmitir familiaridad a cualquier extraño— quien logra que Sondra se abra un poco a las demás, ayudada luego por mi tía y por mi abuela, que acaba consiguiendo, como todos, la adoración de la arisca chica. En ese momento pienso que la edad es un grado importante a tener en cuenta en la vida, sobre todo en los que saben aprovechar el paso del tiempo para adquirir sabiduría y sensatez. Incluso sorprendo a Mary intercambiando una mirada de asombro con Andrew al apreciar la apertura de Sondra a las mujeres de mi familia. Quizás solo necesita amor y calor humano, y nadie mejor que ellas

para transmitirlos, aunque reconozco que me apena bastante que no lo aprecie en mí, porque he intentado relacionarme con Sondra en numerosas ocasiones.

El día señalado dejo a Andrew vestirse en mi dormitorio y me llevo mis cosas al de mi abuela. Menuda reunión se forma allí en un minuto; Sandy, mi tía Tere, mi madre, Mary y mi abuela no se callan un instante y, cuando salgo del vestidor arreglada, un «¡Oh!» a coro inunda el dormitorio.

Mi abuela me observa con lágrimas en los ojos y los dedos índices unidos sobre los labios; por una vez en su vida, se ha quedado sin palabras, nada propio de una escritora de su talla. Mary repite histérica: «¡Qué contenta estoy, ¡cuánto me alegro por mi Andy! ¡Estás preciosa, Alba!». Sandy dice: «¡Como si necesitaras que un vestido feminizara más tu cuerpo!». Y añade riendo: «A tu novio le da un infarto cuando te vea». Mi tía Tere, algo histérica, agarra a mi madre del brazo y comenta: «Paula, nuestra princesa se ha convertido en una mujer impresionante». Quiero pensar que mi madre, con los nervios, no se da cuenta de que Mary está allí pero, como habla en castellano, espero que no la haya entendido, y dice: «Como ese desgraciado te haga infeliz otra vez, le corto las pelotas».

Entre todas, a excepción de Mary, que anda algo aturdida, deciden que Andrew no vea a la novia hasta llegar a la ceremonia. Así que se reparten en los coches: el novio y su familia en uno, mis tíos y primos en otro; mis abuelos llevarán a mis amigos y, cuando todos se han marchado, salgo del dormitorio de mi abuela y me dirijo a Gibraltar acompañada de mis padres.

Mi abuelo me abre la puerta del coche ante el registro civil de Gibraltar y, sonriente, me besa en la frente.

—Princesa, eres la novia más bella que he visto en mi vida, ni real ni de ficción. —Me guiña un ojo—. Me recuerdas a alguien —continúa divertido—. Has heredado toda la belleza de tu abuela y la has mejorado.

—Eso es porque no me conociste a los veinticinco años —se burla mi

abuela.

—Está preciosa —afirma mi padre al ofrecerme su brazo—. No sé, Robert, ¿crees que Andrew la merece? —Mi abuelo gruñe—. Estoy por meterla en el coche y llevarla de vuelta a casa. Me da miedo dejarla en manos de ese pirata inglés. —Y suelta una sonora carcajada que capta la atención de las mujeres.

—No creo que haya un hombre en el mundo que merezca una joya tan hermosa y valiosa como nuestra niña —añade mi abuelo orgulloso.

Ante tanto halago y muestras de cariño, no puedo más que sentirme segura. Eso es lo que más valoro de mi familia: la confianza y la seguridad que me transmiten ante cualquier acontecimiento de mi vida.

Entramos en el edificio y mi mirada busca ansiosa a Andrew, quien se vuelve al percibir movimiento en la puerta. No puede estar más guapo, impresionante con una camisa rosa pálido que destaca contra el pelo negro, el bronceado de su piel y sus preciosos ojos azules, unas vueltas arremangadas, sin corbata y con un pantalón clásico azul marino. Consigue que me tiemblen las piernas y, cuando nuestras miradas coinciden, algo se enciende en mi interior. Su sonrisa pirata me desvela que le sucede lo mismo; tenemos esa facilidad de comunicación corporal que se intensifica con el paso del tiempo.

Ni cuando Ross, sin dejar de observarme, le susurra algo al oído, Andy aparta los ojos de mí hasta que llego a su lado y con suavidad me acerca a él, me abraza por la cintura y me da un beso fugaz en los labios rojos de carmín. Luego me ofrece un ramillete de hermosas camelias blancas que Mary sujetaba.

—Solo tú podías vestirme de rojo el día de tu boda. —Se ríe a carcajadas y me parece tremendamente feliz—. Si te digo que estás preciosa, me quedo corto. Deslumbrante. Fascinante. ¡Coño! —Suspira emocionado—. ¡Qué suerte tengo!

—No lo sabes bien —murmura Ross tras él.

—Gracias. Yo también me siento afortunada. Estás muy guapo —le susurro a la vez que le acaricio la mejilla—. Me gustas sin corbata.

De vuelta al Cuartón, sentada en el asiento de atrás del coche de mis padres, miro atenta mi anillo de casada. No puedo creer lo que acabo de hacer y reconozco que me invade el pánico. Me he casado. Levanto la cabeza, busco al responsable de esa alocada decisión y me lo encuentro observándome preocupado.

—¿Ya estás arrepentida, sirenita? —me susurra al oído. Niego con la cabeza.

—Más bien incrédula.

—Ya es hora de empezar a creérselo. Mira. —Alza su mano derecha mostrando su alianza, igual a la mía—. Lo acabamos de hacer. Y estoy convencido de que será lo más acertado que haya hecho en mi vida. —Le sonrío desconfiada—. No temas, por favor. Te lo prometí y puedes estar segura de que lo cumpliré. Si sufres alguna vez en tu vida, te aseguro que no seré yo el causante; nunca más.

Acaricio, durante unos segundos, su mejilla, sin dejar de mirar ese rostro que tanto adoro, y lo beso derramando toda mi ternura.

—¡Qué guapo eres! —exclamo en su oído, sin ocultar la admiración que siento por él, y vuelvo a acariciarlo—. ¡Te quiero tanto, pirata!

Andrew toma mi mano y la besa en el centro de la palma, en el dorso, en los nudillos, y me mira sonriendo. Luego se acerca a mí y me susurra al oído:

—Estoy deseando quedarme a solas contigo. Aunque estás impresionante, te quitaré yo mismo el vestido; recorreré con mis labios ese cuerpo caliente, que me está volviendo loco desde que te he visto; devoraré esos pechos descarados, que reclaman mi boca, y me perderé dentro de ti. Esta noche vas a suplicarme que pare, pero no lo haré porque nunca te he deseado más que en este momento.

Sus susurros han conseguido agitar mi respiración y que sienta los latidos de mi alocado corazón en mi vientre. Andrew tiene ese poder sobre mí y me encanta que lo utilice para complacernos. Y lo logró, vaya si lo logró.

Cerca de la medianoche y tras un largo día de celebración en el Mesón de Sancho, donde mis padres han decidido reunirnos, entramos en el dormitorio. Los dos hemos bebido más champán de la cuenta y, quizás por eso, Andy acepta mi sorprendente proposición.

—Solo nos ha faltado un detalle para que sea la boda perfecta.

—¿Cuál? —me pregunta mientras me abraza.

—El baile. —Se ríe—. Baila ahora conmigo —le propongo susurrándole al oído.

—¿Tú y yo solos? Creo que podré resistirlo. —Me agarra por la cintura y me acerca con fuerza a su cuerpo. Mi carcajada se ve cortada por un beso provocador—. ¿Y la música?

—Ahora mismo la oirás. —Conecto los altavoces a mi Ipad y busco la grabación preparada—. Una de las canciones favoritas de Andrew empieza a sonar, «Here with me», de Dido. Me acerco hasta él, rodeo su cuello con mis brazos y él agarra mi cintura. Comenzamos a mecernos al ritmo de la música—. Esto era lo único que le faltaba a este magnífico día.

—Buena elección. —Me aprieta contra su cuerpo y canturrea a mi oído—. Creo que aún nos queda lo más importante —me susurra mientras acaricia mi oreja con su nariz.

Me separo para observar su expresión; me sonrío con su sonrisa de pirata y consigue que un escalofrío recorra mi columna vertebral. Con solo insinuarlo siento cómo el calor invade mi interior y me pregunto, sin dejar de mirarlo, cómo puedo quererlo y desearlo tanto, hasta volverme insaciable con él.

—Me has hecho tremendamente feliz, Alba. Casarte conmigo ha sido una prueba de confianza absoluta que te agradeceré mientras viva. —Me aprieta más contra su cuerpo, sin dejar de mover los pies, que ya no siguen el ritmo de la música—. Y no imaginas cuánto la necesitaba. —Su voz se convierte en un lamento—. Después de pensar que podía perderte para siempre, porque te había herido muy hondo... —Lo beso intentando silenciar sus preocupaciones, pero separa sus labios de los míos y continúa hablando en el mismo tono—.

Fui un estúpido, egoísta, y todas esas cosas que me llamabas, pero te juro que esta noche no lamentarás tu decisión porque tú serás la única prioridad de mi vida. Somos muy afortunados por tenernos el uno al otro y vamos a disfrutar de nuestra vida juntos.

—Creo que has pasado demasiado tiempo hablando con mi padre —digo bromeando—. Te ha lavado el cerebro con sus teorías hedonistas y espirituales.

—Algo de razón debe tener cuando se os ve a todos tan felices, y yo deseo ser como vosotros, trabajar como un medio de vida, no como un fin. —Suspira y pega su frente a la mía—. Estoy cansado, Alba. Desde que terminé en la universidad, hace nueve años, he trabajado y me he exigido más de lo que debía.

—Lo has hecho de maravilla, Andy. Fíjate hasta dónde ha crecido tu empresa.

—Sí, pero por poco te pierdo y, entonces, ese esfuerzo inhumano no habría merecido la pena. He aprendido una interesante lección. —Acaricia mis labios con los suyos—. Todo está cambiando. Todo va a cambiar.

Sus confesiones acaban cuando comienza a bajar la cremallera de mi vestido y sus labios y sus manos acaparan totalmente mi atención de modo que ni siquiera oigo la música, que sigue sonando.

Quince días más tarde, se despide de mí con un beso interminable, antes de irse a trabajar a las ocho menos cuarto de la mañana.

—Separarme de ti me va a resultar más difícil de lo que imaginaba pero, si no aparezco por la oficina, Ross se presentará aquí a buscarme. —Sonríe despreocupado—. He acabado con su paciencia.

—Bueno, no te quejes. —Le devuelvo el beso—. Al final se ha portado bien.

—No le quedaba más remedio —responde mientras me abraza y me

incorpora en la cama—. ¿Almorzamos juntos? No creo que resista hasta la tarde sin verte. —Me encanta que se muestre tan vulnerable y expresivo.

—De acuerdo. Llámame y quedamos. —Nos damos otro beso y lo tumbo sobre mí—. ¿No puedes llegar más tarde? Me estás espabilando y ya sabes que esta es mi hora favorita.

—Eres insaciable. —Se ríe—. Todas las horas del día son tus favoritas cuando se trata de sexo.

—De sexo contigo —aclaro al tiempo que me engancho a su cuello.

—Eso espero. —Sonríe y me besa por penúltima vez—. Te quiero. Relájate y resérvate para la noche —me dice sin perder la sonrisa y me palmea el trasero—. Nos vemos luego.

—Te quiero, Andy. Que pases un buen día —me despido bostezando. Me tumbo y me duermo de nuevo hasta las diez y media.

En cuanto salgo a la calle, echo de menos el sol, el mar y el calor de Tarifa y, por supuesto, a mi familia. En la última semana de agosto, el tiempo en Londres ha empeorado bastante; es casi otoñal. Así que decido caminar en dirección al comercio del motivo de mi artículo estrella de esta temporada y verificar cómo está la situación, sobre la que mis *drivers* han continuado informándome. Pero no pude trabajar durante nuestro viaje a Marruecos porque Andrew, sorprendentemente, propuso que no nos llevásemos los ordenadores y me pareció una idea estupenda y necesaria.

Habíamos recorrido las ciudades Imperiales, Casablanca, Marrakech, Fez, Rabat y algunos pueblos de los alrededores durante dos semanas, el doble de tiempo de lo que en principio planeamos, pero Andrew cambió las reservas el mismo día que iniciamos nuestro viaje después de soportar, durante media hora, los improperios de su hermano. Desde luego, guardaría para siempre en mi memoria, no los hermosos recuerdos, sino los intensos sentimientos que experimenté durante esas dos semanas junto a mi ahora marido. Ignoro si me

acostumbraré a esa expresión, que me provoca una carcajada nerviosa e infantil cuando la dice o la escucho de otra persona.

Me acerco al local y siento cómo mi cuerpo se tensa. Pasa con brusquedad de la idílica realidad en la que yo vivo al infierno donde transcurre la vida de esa muchacha. Según las últimas noticias de mis *drivers*, el marido le ha propinado tres palizas, que se hubieran oído, y en la última la policía ni siquiera apareció porque la chica mintió encubriéndolo una vez más. «¿Qué ocurre?», me pregunto. Quizás esperan que la mate a golpes antes de decidir inmiscuirse en ese desagradable asunto. Yo no estoy dispuesta a esperar tanto y, en el momento en que observo las sombras de los moretones amarillentos en su barbilla y debajo de su ojo derecho, me digo que esa misma semana tomaré cartas en el asunto, consciente de que aún serán peores y más profundas las heridas y las cicatrices que esa pobre mujer tendrá en su alma. Y ese asqueroso engendro, al que no puedo llamar hombre, se atreve a sonreírme con una mueca falsa e hipócrita en su cara repugnante, a la vez que me cobra la botella de agua que le he comprado. Justo cuando yo salgo de la tienda, lo hace ella y la sigo hasta su casa, a unos quinientos metros de distancia.

Me fijo en la chica sin despertar su atención. Anda cabizbaja y sin mirar a nadie, casi arrastrando los pies, como si no pudiera trasladar su propio peso ni su propia existencia. Me parece tan joven e indefensa; quizás tenga unos años menos que yo. No entiendo por qué no deja a ese malnacido y se regala la oportunidad de empezar una nueva vida.

—¿Qué has estado haciendo? —me pregunta Andrew, curioso, durante el almuerzo.

—He ido a investigar sobre uno de mis artículos más complicados.

—¿El del maltratador? —Asiento con la boca llena—. Ten cuidado, Alba. Esos tipos suelen ser violentos con todo el mundo. Mantente a distancia de él.

—¿Sabes que la chica no quiere denunciarlo a la policía? —Andy niega

incrédulo con un movimiento de cabeza—. Deberías verla, tan joven, con la cara marcada. Intentaré convencerla para que lo denuncie. Tengo que hacerle entender que, en el momento en que lo haga, él se mantendrá a distancia.

—O acabará matándola —replica Andrew serio.

—Quizás le entre pánico y lo piense bien antes de ponerle una mano encima. En el momento en que lo denuncie, los bienes materiales de ese animal peligrarán y, tal como lleva su negocio, con una pulcritud exagerada, seguro que eso lo detiene. La mayoría de las veces, el dinero es más poderoso que la compasión, el amor o el sentido común.

—Te lo pido por favor, Alba. Sé prudente y no te acerques a él.

—No te preocupes. No voy a hablar con él, solo con ella. —Suspiro—. No puedo esperar a que la mate; al menos tengo que intentarlo. —Andrew se calla y mira al cielo en un claro gesto de impotencia. Él sabe que nada me detendrá.

Por la tarde, hasta que Andy me recoge para ir a cenar a casa de Sandy y Bradley, retomo la abandonada historia de mi abuela, de la que siempre aprendo algo; a veces agradable y otras, no tanto. Pero sus experiencias me están resultando muy instructivas y, en ocasiones, puedo ponerme en su lugar y comprenderla perfectamente.

Capítulo 18

LOLA

Me sentía en la obligación de luchar por alcanzar el estado de bienestar en el que vivía antes de esa maldita noche, disfrutar de nuevo de mi libertad, bebérmela a grandes tragos y no permitir que un ladrón se lo llevara todo con él a cambio de una noche de placer. Eso sería pagar un precio demasiado elevado.

La presencia de mis hijos me ayudó a olvidar a Robert, al menos durante ese fin de semana; los largos almuerzos y las cenas en su compañía, amenizados por sus conversaciones —en las que me sentía feliz sabiendo sobre sus vidas—, fueron la mejor de las medicinas para ir recomponiendo mi maltrecho corazón, y pensé que, si vivía con ellos, nada volvería a lastimarme ni nadie me haría más daño, resguardada y protegida bajo su cariño. En realidad, esa reflexión era solo una prueba de mi cobardía. Vivir con mis hijos, sacrificar mi libertad —incluso la de ellos— para evitar enfrentarme a la posible aparición, en mi camino, de más Juan y de más Robert, que —aun siendo incomparables— habían acabado haciéndome el mismo daño.

Juan se reponía de su accidente y de su terrible error, aunque ya no era el mismo con sus hijos. En tan solo una semana, había interpuesto una distancia insalvable entre él y ellos, la misma que había utilizado conmigo cuando le pedí el divorcio; había sido su modo de castigarme y ahora lo empleaba contra los chicos. En esta ocasión, no me contuve; no permitiría que desgastara los nobles sentimientos de mis niños, como hizo conmigo, y les aconsejé sobre la

mejor manera de sobrevivirle sin agotarse ni faltarle el respeto, tal como actué yo hacía años.

—No sois culpables de su forma de ser ni de su carácter. Recordadlo siempre: el problema está en él, no en vosotros.

—Cuando lo llamo por teléfono, si me responde, apenas habla, no se interesa por mis asuntos ni por mis estudios —me contaba Pedro—. Más o menos como antes, pero ahora no intenta disimular. Me reprocha que lo hayamos echado de la familia que él ayudó a formar tanto como tú, de lo mucho que se esforzó por nosotros y de lo infeliz que es ahora. Parece dispuesto a que no olvidemos lo que sucedió y por qué lo hizo.

—Pretende hacerte sufrir y hacerte culpable de la situación, como hacía conmigo —le contaba sincera—. No lo permitas, Pedro. Recuerda lo que te digo: tú no eres responsable de su vida ni de su carácter ni de sus decisiones. Tiene cincuenta y cuatro años y tú, veintiuno. No lo olvides o lo lamentarás; mejor dicho, lo lamentaremos porque, si consigue hacerte daño, me lo hará a mí, y puede que sea lo que persiga.

—¿Mi propio padre, mamá?

—Tu propio padre. —Reflexioné un instante si debía contarle lo que me había comentado el psiquiatra sobre el intento de suicidio de Juan y decidí que debía hacerlo si pretendía que estuviera preparado para enfrentarse a él durante el resto de su vida—. ¿Recuerdas nuestras entrevistas con el psiquiatra? —Asintió apenado—. Me dijo que el intento de suicidio solo había sido una gran rabieta que se le había ido de las manos. Ni siquiera es que se siente triste o deprimido por mi rechazo, Pedro. Siempre intenta dominar a los demás y satisfacer sus caprichos.

—¿A las personas que lo queremos? —Se le hacía imposible de entender.

—Sobre todo a los que lo queremos o nos preocupamos por él. —Le sonreí y acaricié su rostro, rasposo por la barba descuidada que llevaba—. Suerte que ninguno de los dos os parecéis a él.

—Tienes razón: hemos tenido suerte. A él o, peor aún, a la tía Sofía.

Los dos soltamos una gran carcajada y estuvimos riéndonos a costa de la mujer durante unos minutos, sin remordimiento alguno porque, sinceramente, lo merecía.

Me quedé a solas cuando los chicos salieron la noche del sábado y, como se estaba convirtiendo en algo habitual, comenzaron mis vueltas en la cama. Me grité a mí misma que no debía esconderme, que mi obligación era continuar con mi vida y no permitir que nadie volviera a irrumpir en ella cuando lograra olvidar a Robert, si es que lo conseguía, porque aún llevaba marcados sus besos y sus caricias en mi piel. El fuego interior que me había provocado me despertaba por las noches y me impedía conciliar el sueño; el recuerdo de su voz y esas sugerentes palabras que me decía; la visión de sus ojos color chocolate, que reflejaban deseo al observarme en la penumbra de la noche; sentir su fuerza y esa energía que me deslumbraba. ¿Cómo desprenderse de todo eso?, ¿cómo me desharía de la intensa presencia de Robert? Y lo que más me dolía... ¿yo quería deshacerme de ella?

«Pudiste una vez y lo conseguirás —respondía a mis preguntas—. Hace años tenías dos hijos y fue más doloroso. Ahora solo están tú y tus sentimientos; verás qué fácil te resultará», intentaba animarme inútilmente.

Sabía que resultaría doloroso, tanto como fue no responder a sus llamadas. Me llamó el sábado, cerca de la medianoche, y lo ignoré. Volvió a hacerlo el domingo y yo, de nuevo, lo desdeñé y pensé cien veces en el mensaje que me había dejado en el contestador: «Por favor, Lola, responde a mis llamadas. Necesito hablar contigo». Y aunque me moría de ganas por hacerlo, lo borré enseguida para que mis hijos no lo escucharan y se preocuparan por otro asunto más del que yo sería culpable. Sentía la urgencia en el tono de su voz, después de escucharlo tres veces, y estuve a punto de llamarlo yo, pero me contuve. Me limité a recordar el dolor que me habían provocado sus palabras en el coche; su desprecio y su arrogancia momentáneas me bastaron para

reunir la voluntad suficiente y mantenerlo alejado de mí. Porque eso es lo que me había propuesto: alejarlo de mí lo antes posible, repitiéndome mil veces «Otra vez no».

Desganada me despedí de mis hijos. No deseaba marcharme sabiendo que no los vería hasta varias semanas después, no deseaba recordar a Robert más de lo que ya hacía y, por supuesto, temblaba pensando en que me lo encontraría. «Solo son unas semanas. Aguanta un poco y te librarás de él para siempre», pensé.

De nuevo debía forzar la reaparición de mi paciencia; ahora se trataba de semanas, con Juan tuve que exigirme años. Podría conseguirlo, debía conseguirlo. Además, el sábado viajaría a la India, a la boda de Shauri, en compañía de Sam; seguro que lo pasaría bien y me distraería. Mi estado de ánimo mejoraba a la vez que aclaraba mis planes y que me invadía mi optimismo habitual.

Supe por Shauri que Robert no estaba en las oficinas, y debíamos acabar la revisión de los capítulos antes del jueves, ya que el primero se marchaba ese mismo día. Aunque al jefe no le gustaba la idea, Shauri aceptó la responsabilidad de escribir el guion con esa condición y Robert se vio obligado a claudicar si pretendía que trabajara en esa serie.

A mitad de semana, Robert pasó por la oficina y tuve la suerte de no encontrármelo hasta la hora de salir, pero hubiese preferido que me hubiera tragado la tierra que haber presenciado la escena que me encontré. Desde el domingo no me había llamado ni dejado más mensajes, en los que yo creía entender su desesperación. No podía estar más equivocada. Escondida tras el cristal oscuro de la entrada principal del edificio, comprendí el motivo; observé cómo saludaba a una chica más joven que yo y que él, alta y delgada, con un pelo precioso largo y castaño. La abrazó con fuerza y la besó con cariño en la mejilla y, en su mirada, podía ver la misma ternura que me había

ofrecido a mí. Se subieron en su coche y se marcharon, quizás, a cenar al restaurante de Tom o a su casa, donde la besaría del mismo modo que a mí y le diría lo fantástica e increíble que era. En ese instante, me entraron unas ganas terribles de vomitar. Puede que se tratara de su siguiente capricho, porque es lo que sentí; solo había sido el capricho de otro hombre.

Esa tarde gris y lluviosa como mi alma, atravesé el parque de camino a casa casi en soledad y me alegré por ello porque así pude llorar a gusto, desahogando mi pena y el desengaño, mi rabia y mi impotencia y, sobre todo, la enorme decepción que me había provocado Robert. ¿Cómo pude ser tan insensata e inmadura? ¿Cómo pude enamorarme de ese hombre si en el fondo intuía su forma de ser? Observé con mis propios ojos cómo se había dejado seducir por Doris, una chica joven y bonita, y por la mañana me enteré de que se la había llevado a la cama por una noche. ¿Qué podría esperar que hiciera con una mujer de mi edad e invisible, a la que había adulado hasta conseguir su propósito? Llegué a casa, me di un baño caliente —durante el que lloré aún más— y, una vez repuesta, telefoneé a mis hijos. No podía comer, no podía leer ni escribir, y me acosté a las diez de la noche con la esperanza de que se hiciera corta, de que pasara rápido porque así me quedaría un día menos para marcharme, un día menos de tortura.

Trabajábamos jornadas de más de doce horas, y me exigía al máximo; si me dejaba absorber por el trabajo, evitaba pensar en Robert. Aunque, al estar en los estudios, no dependía solo de mi voluntad porque él podía aparecer en cualquier momento, como ocurrió a finales de la semana siguiente, a las cinco de la tarde, e irrumpió en nuestra sala de trabajo; Shauri ya se había marchado.

—¿Se puede saber a quién le habéis pedido permiso para ausentaros la semana que viene? Imagino que para asistir a la boda de Shauri. Creo que yo debería saberlo.

Preferí no intervenir por no enturbiar más el asunto y dejé a Sam a cargo de la conversación, más acostumbrada a luchar contra el patán.

—Robert, te lo propusimos hace dos meses y nos diste permiso, siempre y

cuando el gui3n estuviese acabado.

—No sabía que Lola tambi3n se marchaba. —Menudo enfado tenía—. No puedo prescindir de los tres. No en estos momentos.

—Siento la confusi3n, Robert. —Me apiad3 de Sam por tener que enfrentarse a ese pat3n furioso y desagradable—. Te aseguro que te lo dijimos, y ya tenemos los billetes preparados y las reservas de hotel. Adem3s, sería una faena si dej3semos a Shauri plantado. —Robert me congel3 con la mirada.

—¿Tú quieres ir? —me pregunt3 directamente.

—Por supuesto; si no hubiese querido ir, no habría sacado el billete de avi3n. Hace tiempo que est3 planeado. —No esperaría que me quedara allí viendo c3mo abrazaba a otra. Estúpido y arrogante engreído.

Sin responder, cerr3 la puerta con m3s brusquedad de la necesaria.

—Lola —me dijo la secretaria del pat3n minutos antes de marcharme—, Robert quiere hablar contigo.

La pobre Liza no tenía culpa del mal humor de su jefe, así que no protest3 delante de ella; esperaba que Robert no hubiera oído mi suspiro de irritaci3n por haberme llamado. «¿Qué querrá?», me preguntaba angustiada. Temía que me impidiera realizar el viaje; estaba dispuesta a marcharme aunque me despidiera para siempre.

—Despídete del viaje, Lola —me advirti3 Sam—. Robert no permitirá que te vayas de viaje por una semana.

—No creo que se atreva. Sabe que le pedimos permiso. —La verdad era que me intrigaba conocer las pretensiones de Robert.

«Espero que no intente besarme; si lo hace, juro que gritaré. Después de lo que vi en la puerta, Robert ha muerto para mí. ¿Con qui3n estar3 hablando? Vaya mal genio que tiene», pensaba mientras esperaba a que me atendiera.

—Entra, Lola —me exigi3 mientras tapaba el auricular—. Dame un minuto.

«A sus órdenes, jefe. Desah3gate con quien sea que hablas, pero no

connmigo. Cuelga ya, maldita sea, o vas a acabar con mis nervios. Por fin; no parece alterado, menos mal», me decía a mí misma.

—Lola. —Me pareció agotado y desesperado—. Me imagino que estuviste en Sevilla el fin de semana pasado. ¿Cómo están tus hijos?

—El pequeño, Pedro, regular; le está costando asimilar el comportamiento duro y distante de Juan. Pero no quería que me quedara sin hacer el viaje a la India; me amenazó con irse a casa de su padre si no me marchaba. —Robert se rio a carcajadas y todavía tenía un efecto paralizante en mí.

—Un chico tan tozudo como su madre. ¿Tu exmarido se recupera?

—Sí, ya está trabajando.

Se apretó con los dedos el puente de la nariz en un acto de reflexión, lo que significaba que sus asuntos no se resolvían como él pretendía. Me sentí en peligro al ofrecerme su gesto más serio.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? ¿No podemos hablar sobre lo que sucedió el otro día?

—¿Quieres hablar connmigo? —dije con tanto cinismo que yo misma me impresioné—. La verdad, no entiendo tu interés en hablar connmigo. Creo que ya está todo dicho y que estás ocupado con otro de tus caprichos.

—¿De qué diablos me hablas, Lola? ¿Qué capricho es ese? —me preguntaba extrañado.

—No lo sé; tú sabrás lo que haces con tu vida. Lo que tengo claro es que no quiero tener nada que ver contigo.

—¿Por qué?, ¿por una estúpida discusión?

—Es verdad, fue estúpida, pero también elocuente e instructiva. Me advirtió sobre ti con pocas palabras. —Lo herí en su orgullo.

—¿Sí? ¿Sobre qué te advirtió? —Tuve la impresión de que se burlaba de mí.

—Sobre que eres un hombre caprichoso y oportunista con el que, te repito, no quiero tener nada que ver. Yo no soy de usar y tirar; te lo advertí, pero no te importó y jugaste connmigo hasta conseguir tu objetivo. Muy bien, de acuerdo,

lo has conseguido y me has hecho daño. Espero que estés satisfecho y, ahora, déjame en paz.

—¿Se supone que mi objetivo era llevarte a la cama? Y ya que lo he conseguido, debo deshacerme de ti. —Se tornaron los papeles y era él el cínico—. ¿Eres sorda, Lola? —me dijo con desprecio.

—Por supuesto que no —repliqué alzando la voz.

—Yo creo que sí, o quizás solo sea que escuchas lo que te da la gana porque, si mal no recuerdo, ese mismo día, en este despacho, me disculpé y te confesé que estoy enamorado de ti y que te quiero. ¿Por qué olvidas esa parte?

—Porque no te creo y no entiendo que insistas en discutir conmigo cuando ya te he visto con otra mujer. —Su rostro de sorpresa me indignó.

—No me extraña, suelo hablar con muchas mujeres a lo largo del día —dijo tras reponerse de la impresión.

—Eres un mentiroso, Robert, y un cínico, o quizás no seas hombre para una sola mujer y esperas que yo lo acepte. —No le iba a permitir que me humillara de nuevo—. No vuelvas a hablar conmigo si no es para un asunto profesional.

—Te gusta huir de los problemas, pero no lo permitiré hasta que me aclares esta situación. ¿Por qué pretendes verme como un canalla? He sido sincero contigo desde el principio y sigo siéndolo. Te he tratado con un cuidado excesivo que jamás he puesto en otra mujer, intentando que no huyeras de mí. Soporté tu presencia en mi casa, donde me torturaste con ese vestido rojo, y me porté como creía que deseabas: como un caballero que no te llevó a la cama por respeto a tus sentimientos y a tu modo de ser. Ni siquiera me atreví a besarte hasta comprobar que sentías algo por mí. El único fallo que cometí, y creo que me he disculpado de sobras, fue malinterpretar tus palabras y permitir que hablara mi estúpido orgullo.

—De acuerdo, Robert, di lo que quieras; parece que te he causado demasiadas molestias y te has tenido que esforzar más de lo habitual hasta conseguir acostarte conmigo, y me da igual porque estoy arrepentida de mi estupidez y de mi debilidad. Y ten presente que, digas lo que digas, no voy a

creerte. —Pensé que no se esperaba esa respuesta en ese instante.

—No lo entiendo, Lola. ¿Qué motivo te he dado para que no me creas?

—Ya te he dicho que te he visto con otra chica, y no precisamente hablando.

—¿Sabes lo que te ocurre? —Yo no respondía—. Te lo diré de todas formas. Estás aterrada, te asusta la fuerza de tus propios sentimientos; por eso, tergiversas los míos y te inventas esa historia sobre la chica. No te habrías acostado conmigo sin estar enamorada de mí; estoy seguro. Y eso te aterroriza.

—Yo no me invento nada. Sé lo que vi.

Robert perdió la paciencia y, desesperado, me echó de su despacho.

—Vete de aquí, Lola. Me has engañado y me has decepcionado. ¿Qué podía esperar de una gitana provocadora que incita a los hombres al suicidio? —Me dejó sin palabras y no pude contestarle—. Nunca me hubiese imaginado este cobarde y dañino comportamiento viniendo de ti. Sal, por favor.

Casi corría cuando atravesé la puerta temblando y me dirigí a unos de los aseos más cercanos, dispuesta a esconderme hasta que lograra calmarme.

«¿Cómo puede ser tan cínico cuando lo he visto abrazar y besar a otra mujer con mis propios ojos? —me preguntaba llorando—. ¿Cómo es capaz de fingir de ese modo?». Me sequé las lágrimas y la misma indignación que me invadía me obligaba a tranquilizarme.

Robert volvió a nuestra sala de trabajo justo antes de marcharnos.

—No quiero amargaros el viaje ni tampoco estropear la luna de miel de Shauri, así que estoy obligado a pedirnos que permanezcamos en contacto. —Robert hablaba en un tono tan amable que parecía suplicar, y Sam lo escuchaba perpleja—. Si surge algún problema urgente, intentaremos resolverlo por teléfono. No puedo deshacerme de todos mis guionistas en pleno rodaje. ¿De acuerdo?

—Sí —asentí convencida.

—Sin problemas, Robert. No dudes en pedirnos ayuda —afirmó Sam convencida.

—Que tengáis buen viaje. —Cerró la puerta al salir, sin decir nada más, y

pude leer la derrota en su mirada. Yo no entendía la situación.

—No sé sobre qué habréis hablado, Lola, pero lo tienes comiendo de la palma de tu mano. Cuando se lo cuente a Shauri, no me creerá.

—Te aseguro que no hay nada entre nosotros —dije con toda la frialdad que podía reunir, que no era mucha—. Y no te niego haberlo intentado, pero me resulta imposible relacionarme con un hombre como él.

Mi primer viaje a la India fue impactante y maravilloso. Mi estado de ánimo cambió por completo al entrar en contacto con ese país tan diferente a Europa, con sus vivos colores, sus intensos aromas y esa multitud de gente en las calles a todas horas del día. La familia de Shauri nos ofreció a Sam y a mí una acogida cariñosa, como si perteneciéramos a ella, y todos sus miembros se mostraron, en todo momento, hospitalarios y amistosos. Participábamos en las reuniones y celebraciones y, lo más importante, logré desconectar casi por completo de Robert y de Juan al segundo día de llegar. Eran demasiadas sensaciones las que asimilar, desde el primer momento en que llegamos, y agradecí ese torbellino de estímulos como la mejor cura para mi precario estado emocional.

El penúltimo día, en que se celebró el gran banquete nupcial, no podía creer lo que me encontré en la sala. Robert estaba allí; mi amigo lo había invitado, y yo no estaba al tanto. En ese momento busqué a Shauri con la mirada hasta que coincidió conmigo y la dirigí a Robert. El novio soltó una carcajada y pasó de mí «olímpicamente», como solía decir mi hijo Pedro.

Nos sentábamos, no solo a la misma mesa, sino que, además, juntos; hubiese matado a Shauri si no hubiese sido el novio.

—Hola, Robert. —Lo saludé sin disimular mi disgusto mientras él observaba mis manos y mis antebrazos, tatuados de henna.

—Vaya, te has vestido con mi amigo el torturador. —Así llamó a mi vestido rojo mientras me devoraba con los ojos sin cortarse.

—Sí. Hay que vestirse con colores alegres en estas celebraciones —le contesté mientras observaba su esmoquin negro, que le sentaba de maravilla —. ¿No te lo han dicho?

—Sí, pero no estoy de humor para disfraces.

—No sabía que estabas invitado a la boda.

—¿Te molesta que haya venido? Si quieres, le pido a Shauri que me cambie de mesa. No deseo importunarte.

—Haz lo que te apetezca.

Lo ignoré y me giré para prestar atención a Sam, que conversaba divertida con los primos ingleses de Shauri, a los que conocíamos. Me sorprendió que Robert también los conociera y conversara animado con ellos. No estaba acostumbrada a soportar la tensión que disimular la presencia de Robert me causaba y apenas si podía comer. Entre unos y otros, mi copa de vino siempre estaba llena, y bebía demasiado, con lo que también comencé a hablar más de la cuenta, sobre todo con Robert, que no dejaba de provocarme.

—¿Quién te ha tatuado?

—Rashid, un tatuador profesional especializado en bodas. —Extendí mis brazos y giré las palmas—. ¿Te gusta? —le pregunté con una sonrisa incitadora a la discusión.

—Te sienta de maravilla. Me excita muchísimo y los pies, más aún — respondió buscando que me escandalizara y lo consiguió sin soltar una sonrisa —. Nunca he hecho el amor con una mujer tatuada.

—Pues aprovecha la ocasión porque aquí hay para elegir —le repliqué entrando en su juego y logré sorprenderlo—. No creo que le hagas asco a ninguna. Además, bastante jóvenes la mayoría.

—Hoy no me apetecen las jóvenes —respondió jocosamente—. Esta noche me apetece una gitana madura y cálida, con experiencia, a la que ya he probado y con la que no me importaría repetir. Pero ya sabes: solo sería usar y tirar.

—Serás... —Me revolví ofendida mientras él se partía de risa; atrapó mi mano cerrada en un puño sobre la mesa, reflejo de mi mal humor, y la besó con

delicadeza.

—No imaginas cuánto te echo de menos —me dijo al oído sin soltarme y poniéndose extremadamente serio.

—¿Qué pasa?, ¿no tienes suficiente con tu nueva amiga? —le pregunté y me solté con furia.

—No empieces con eso, Lola. —Su rostro se transformó y me habló enojado—. No tengo ninguna amiga.

—Te vi con ella, cínico hipócrita —le reproché sin alterarme ni alzar la voz.

—Sería un espejismo, o quizás deberías usar gafas debido a tu avanzada edad. —Volvió a reírse a carcajadas; estaba haciendo un esfuerzo enorme por no enfadarse conmigo.

—Eres un grosero.

—Y tú, una vieja.

—Robert —le exigí muy enfadada—, ¿puedes cambiarte de mesa?

—No, cámbiate tú; yo estoy a gusto. —Sus ojos me desconcertaban porque me hacían pensar que estaba enamorado de mí—. Prefiero discutir contigo a no tenerte a mi lado. He venido tan solo para pasar unas horas contigo.

—Para provocarme, molestarme y no permitir que siga pasándomelo bien.

—Sobre todo para que te lo pases bien cuando acabe la fiesta. Mi habitación tiene unas vistas preciosas. —Me dirigió una mirada cargada de deseo, que me escandalizó de nuevo—. Atrévete.

—Deberías haber traído a tu nuevo capricho.

—Solo tengo un capricho y lo tengo aquí a mi lado, vestido de rojo y adornado con unos tatuajes excitantes que me están volviendo loco. Ese es mi único capricho. Por cierto... —Recordó darme un recado—... mañana vuelo desde aquí a Los Ángeles, y John Peterson me ha pedido que te invite y te lleve conmigo.

—Le habrás contado que no tenemos nada que ver y que ya no somos ni amigos. —Había bebido demasiado y todo lo que decía parecía una broma.

—No, porque me niego a creerte ni a rendirme. Sigues enamorada de mí; lo leo en tus ojos negros de gitana cuando me miras.

—Pues aprende a leer, enano presuntuoso, porque lo único que siento por ti es repulsión.

—Eres una mentirosa penosa. No convences a nadie, y te lo voy a demostrar. —Me rodeó con fuerza la cintura, me acercó a su cuerpo y me robó un beso, al que no respondí y lo miré sonriendo triunfadora—. No cantes victoria aún; este no es el momento de insistir.

—Te juro que, si insistes, te abofetearé la cara delante de todos —le dije a cinco centímetros de sus labios.

—No te atreverás.

—Prueba, a ver —le repliqué tan cerca de su boca que noté su aliento cálido, y un estremecimiento me sorprendió. No sabía cuánto lo anhelaba hasta ese instante.

—Estás deseando que te bese, Lola. ¿Me estás provocando? —me incitó burlón al oído—. Vamos, solo una noche de sexo. ¿Acaso no eres una mujer fuerte y libre que no tiene que rendir cuentas a nadie?

—Ya está bien de juegos, Robert. Me has fastidiado la fiesta. —Me miró impresionado por mi reacción cuando arrojé de mal genio la servilleta sobre la mesa porque, en realidad, estaba logrando atraparme con sus palabras y yo intentaba evitar que lo consiguiera—. Ahora elige a una treintañera que llevarte a la cama. Creo que es tu edad favorita —trastabillé al levantarme cansada de la discusión. Yo no tenía edad para esas bromas y, para demostrárselo, me giré y me dirigí a mi habitación.

La indignación que Robert me había provocado embotaba mi cabeza, y no me di cuenta de que me seguía hasta que me alcanzó en los ascensores.

—Vete a la fiesta, Lola —me ordenó serio y dolido, pero yo lo ignoré—. Ya me marchó yo; aunque no me creas, no pretendo fastidiarte.

—Ya no me apetece —respondí mientras apretaba el botón con el número de mi planta—; tu presencia repulsiva me ha quitado las ganas.

—Sabes que no me gusta que me menosprecien. Procura no hablarme de ese modo si no quieres ver lo peor de mí.

—¿O qué, Robert? —Me enfrenté a él llena de rabia; si el patán Wilder pensaba que iba a amedrentarme, estaba muy equivocado—. ¿Me pegarás?, ¿me despedirás?

—A ti, nunca. —Me mostró su sonrisa canalla—. Pero sí te usaré hasta hartarme de ti y, luego, te tiraré.

—Qué te crees tú...

No me dio tiempo de continuar la réplica porque ya me había cerrado la boca con el beso más sugerente y excitante que me habían dado en mi vida y al que intenté no responder con toda mi voluntad hasta que perdí la conciencia de lo que me rodeaba y solo deseaba, presa de una locura incontrolable, a Robert, y él estaba entregado en satisfacerme. Solo tuve un momento de lucidez al decidir que sería nuestra última vez, que ya no me permitiría ninguna otra ocasión en su compañía, y me entregué a él en cuerpo y alma, del mismo modo en que le exigí todo lo que pudiera ofrecerme. Robert parecía impresionado y, en más de una ocasión, logré dejarlo sin aliento. Durante el resto de la noche, que transcurrió como ese excitante primer beso, no hablamos del pasado ni del futuro; solo nos dedicamos a disfrutar del instante que teníamos ante nuestros cuerpos, ávidos de deseo, a satisfacer nuestros sentidos anhelantes el uno del otro.

Al despertar sola en su habitación, aún podía sentir las caricias de Robert recorriendo mi cuerpo; llevaba el sabor de sus besos marcado en mis labios, hinchados y magullados, y mis entrañas parecían estar derretidas tras las fogosas acometidas que habían sufrido y tras el inmenso placer que Robert les había provocado. Jamás me había sentido así: deseada, utilizada pero también amada y adorada hasta la saciedad. Las palabras que me había susurrado continuaban grabadas en mis oídos y no me permitían pensar en nada más, y yo no entendía su comportamiento porque, al decir las, parecían venir directamente de su alma. «Gitana mía, te necesito tanto que me duele el alma si

no te tengo cerca. Te deseo tanto que mi cuerpo tiembla cuando te veo y no puedo tenerte. Te quiero tanto que tus rechazos acabarán enloqueciéndome». ¿Se podían decir esas palabras, sin ser ciertas, pronunciadas con el profundo sentimiento que me transmitió? Y si lo eran, ¿por qué demonios necesitaba a otra mujer?

Me levanté desesperada, sin dejar de repetirse en mi cabeza, y cogí una nota que me había dejado en la mesita de noche y que decía: «Te juro que estaría usándote y tirándote durante el resto de mi vida. Te amo. Diviértete». Aún me mortificaba más esa confesión: ¿durante el resto de su vida? ¿Y cómo lo haría?: ¿compartiéndome con otras? No entendía a Robert y pensé que lo mejor sería acabar con la situación para siempre si no quería continuar sufriendo por él. No tenía suficiente con mi cuerpo; además, ansiaba apoderarse de mi corazón.

Sam ya estaba despierta, cuando regresé a nuestra habitación, y me recibió con una sonrisa de satisfacción que me mortificaba aún más de lo que ya me sentía.

—Desapareciste con Robert sin despedirte. —Sonrió con malicia—. ¿Todo fue bien? No pareces muy contenta.

Necesitaba desahogar el embotamiento de mi cerebro, las dudas que afligían mi corazón, y comencé a hablar.

—No estoy contenta porque no entiendo a Robert ni al resto de los hombres y acabaré por volverme loca.

—Robert ya lo está por ti; no estaría mal que lo acompañaras en su locura. —Se rio—. Durante la cena fue evidente; ni lo disimuló, como intenta hacer en los estudios, ni se contuvo.

—Lee esta nota, Sam —le exigí intentando hacerme entender. La tomó y la leyó con atención.

—Esto de «usándote y tirándote»... ¿qué significa?

—Se refiere a que no soy mujer de una noche, que no soy de usar y tirar...

—Dios mío, Lola. —Sam dio un respingo y hablaba emocionada—. Te quiere de verdad, se compromete contigo con estas palabras. No entiendo qué tienen de malo.

—Anoche bebí demasiado y me dejé llevar porque yo sí estoy enamorada de Robert como una estúpida adolescente.

—Y no hay duda de que te corresponde.

—Entonces... —Las lágrimas de rabia e incomprensión brotaron imparables de mis ojos—. Explícame por qué lo vi abrazando y besando a una chica de tu edad en la puerta de los estudios. Y luego se la llevó en su coche. —Sam me escuchó sorprendida—. Si lo que ha escrito lo siente de verdad, ¿por qué diablos necesita a otra?

Guardamos silencio unos segundos mientras yo contemplaba a Sam a la espera de una respuesta lo bastante convincente para que pudiera dejar de llorar y de sentirme ridícula y avergonzada.

—¿Has hablado con él?

—Sí, y dice que me lo invento; con toda la hipocresía del mundo, se atreve a decir que me lo invento. Y sus palabras de anoche, Sam.. Te juro que, si un hombre te habla como anoche me habló Robert, le pedirías que se casara contigo. —Con orgullo me secaba las lágrimas—. ¿Por qué me hace esto?

—No lo sé, Lola —me respondió compadeciéndose—. En ese aspecto, Robert es todo un enigma para mí.

Me recompuse en pocos segundos y recobré mi dignidad.

—No pasa nada, Sam. Esto se ha acabado. No permitiré que se acerque a mí aunque tenga que correr para evitarlo.

Capítulo 19

ALBA

No podía creer que mi abuelo Robert hubiese sido tan canalla. Si estaba, según decía, enamorado de mi abuela, ¿por qué salía con otra? En ese momento, me entran ganas de coger el teléfono y llamar a mi abuelo para que me cuente la verdad; no puedo esperar a ver cómo se resuelve la situación — aunque sé que acabaron juntos—. Mi abuela sufría muchísimo y ya no era solo a causa de su ex.

Decido concentrarme en el otro asunto que tengo entre manos, y telefono a Claire Martin, una psicóloga que ha colaborado conmigo en alguna ocasión. Trabaja de voluntaria en Women's Aid, asociación que ayuda a las víctimas de violencia de género. En la segunda o tercera ocasión en que tuvimos oportunidad de hablar, Claire me confesó que conocía, de primera mano, el sufrimiento que provoca un maltratador en su familia, mujer e hijos, porque ella lo había experimentado durante su infancia, hasta que su madre consiguió separarse de su padre y este acabó por marcharse a Dublín. En cuanto la pongo al corriente del caso de Bayswaiter, no duda en acompañarme. Yo tengo claro que Claire sabrá acercarse a la muchacha con más garantías de éxito que yo. Llego andando a la asociación, recojo a la psicóloga, y nos dirigimos a casa de Jessie.

Durante dos semanas he seguido a la chica en varias ocasiones; conozco el colegio al que asisten sus hijos, de cinco y siete años, y pienso que los habría tenido con quince o dieciséis, porque la chica no aparenta más de veintitrés o veinticuatro, a pesar de la tristeza que transmite su mirada. Claire y yo esperamos, frente a la entrada de su casa, a que regrese de dejar a los chicos en la escuela y, a los pocos minutos que entra en el edificio, la seguimos con decisión.

Nos abre la puerta con la cadena de seguridad pasada y se muestra recelosa y asustada. Claire se presenta y no le oculta el motivo por el que estamos allí.

—Los vecinos mienten —susurra la chica—; a mí nadie me ha pegado. Lo que sucede es que voy siempre con prisas y me he caído dos veces por las escaleras. Ya ven lo empinadas que son. —Eso es cierto.

—Llevo ocho años trabajando en la asociación, reconozco las heridas, incluso por propia experiencia. —La chica da un respingo al oír esto último—. No queremos inmiscuirnos en sus asuntos, solo pretendemos ponerla a salvo.

—Yo no quiero irme de mi casa; no tendría adónde ir. Mi madre murió hace años y a mi padre no lo conocí.

—No tiene que marcharse pero, si sigue ocultando lo que le está sucediendo, cualquier día sus hijos se quedarán huérfanos de madre. Y dime, Jessie. —Claire intuye que está ablandando la voluntad de la muchacha—. ¿Dejarías a tus hijos en manos de tu marido? ¿Permitirías que los tratara del mismo modo que a ti? Ya no estarías por medio para interponerte, y los golpes que ahora recibes tú irían destinados a ellos. —Jessie abre los ojos como platos porque quizás nunca ha pensado que eso llegue a suceder—. ¿Eso es lo que deseas para tus hijos?

—No. No quiero que nadie les haga daño, a ellos no. —Parece derrumbarse—. Sean no es malo con ellos, pero desea estar tranquilo cuando llega a casa, cansado de trabajar, y los chicos son juguetones, corretean y molestan, y él se enfada...

—No tienes que contármelo; sé cómo sucede. Tú abres la boca para justificar a los niños y Sean te hace ver las estrellas. Esto siempre es lo mismo, Jessie. Pero no te sientas invisible, como pretende Sean; nosotras te vemos y nos preocupan tus problemas y tu sufrimiento. Tu marido intenta aislarte del mundo que te rodea.

Yo estoy impresionada oyendo las palabras de Claire, lo acostumbrada que está a lidiar con esos asuntos, que a mí me hacen sentir náuseas.

—Pero no tiene derecho a tratarte así; no lo excuses. Tú no haces nada malo. Sé que cuidas bien de los niños; me he informado en el colegio. Ella —dice refiriéndose a mí y oculta mi identidad— sabe que eres una buena chica porque tus vecinos, preocupados por ti, se lo han contado. —Entonces, me atrevo a intervenir.

—Jessie, si no deseas denunciar a Sean a la policía, no lo hagas, pero permite que lo denuncie yo en mi periódico; soy periodista y recojo las denuncias de muchas personas indefensas y aisladas como tú. Cuando tu marido se sienta amenazado por la opinión pública, cuando vea que eres capaz de hacerle frente, dejará de maltratarte. Pero para ayudarte tienes que permitirme que el nombre de Sean salga en el periódico. Te aseguro que acabará enterándose porque es el más leído en Londres. La policía hablará con él en serio, y te dejará en paz.

—No puedo hacer eso —responde con lágrimas en los ojos—. Sean me echaría de casa y no tengo adónde ir. ¿Qué sería de mis hijos?

—Tus hijos te prefieren viva, Jessie —insiste Claire—. ¿Nunca te has enfrentado a Sean? —La chica niega con la cabeza con un movimiento casi inexistente—. Si te ve fuerte, quizás cambie de actitud y, créeme, la ley te ampara. No te podrá echar de tu propia casa si no tenéis separación de bienes. ¿Los tenéis?, ¿has firmado algún papel al respecto? —Vuelve a negar—. Piensa en lo que hemos hablado, Jessie. Dentro de un par de días, volveremos a esta hora, y nos das tu respuesta. De momento, aquí tienes mi tarjeta por si necesitas ayuda, a cualquier hora del día. —Le sonrío con la comprensión

grabada en su rostro—. Y da las gracias a esta chica por interesarse en ti más que tú misma.

Jessie no dice nada y cierra silenciosa y lentamente la puerta.

—Llamará —afirma Claire convencida—. Está muy asustada por sus hijos.

—Eso espero; antes de que ese malnacido la arroje escaleras abajo y acabe diciendo, ante un tribunal, que ella tropezaba mucho. —Suspiro—. Ojalá podamos evitarlo.

—Ten paciencia, Alba. Verás cómo llama.

Me despido de Claire, le doy las gracias por su participación en este desagradable asunto, y quedamos en repetir la visita a Jessie dos días más tarde, esperanzadas de oír un cambio de opinión.

Esa mañana necesito salir de dudas sobre otro asunto al le estoy dando vueltas desde hace un par de días; ha comenzado el otoño y yo llevo un retraso importante en mi menstruación. No le he comentado nada a nadie, ni siquiera a Andrew o a Sandy, y —extraño en mí— no estoy asustada ni nerviosa. Soy consciente de lo que nos podía suceder después de tantos descuidos que hemos cometido desde nuestra boda; a mí me emociona la idea y, como a Andy no parece importarle, quedarme embarazada es algo que entra en las posibilidades de mi nueva vida de casada.

Entro en una farmacia, de camino a casa, y compro un test de embarazo; al salir veo a un hombre de raza negra, que esa mañana comienza a resultarme familiar, y me pregunto si me estará siguiendo. Yo, durante los dos años que llevo publicando artículos en los que a veces algunas personas resultan perjudicadas, nunca he tenido miedo, pero sí soy bastante prudente y suelo preocuparme de mi seguridad. He asistido a algunos cursos de defensa personal, de los que solo está al tanto Sandy —ni siquiera a Andrew se lo he comentado para no preocuparlo—; sobre todo, siempre estoy atenta a una posible persecución, tanto si voy caminando como si me desplazo en coche.

Utilizo los escaparates de los comercios, incluso los cristales de los coches para averiguar si alguien me sigue, y es evidente que ese hombre anda tras de mí desde que salí de la farmacia. Viene tras de mí hasta la estación de metro y, justo al doblar una esquina, logro esquivarlo cuando entro en un aseo. Oculta tras la rendija de la puerta, lo veo pasar; entonces, huyo en dirección contraria y puedo darle esquinazo. Prefiero dirigirme a casa en taxi y no dejo de preguntarme desde cuándo me estará siguiendo y si sabrá dónde vivo. Tendré que estar más atenta, a partir de este momento, cuando esté en la calle y sola.

Preocupada, abro la puerta de mi casa y entro directa al estudio sin acordarme del test que he comprado; enciendo el ordenador y reviso mis archivos. No conozco a ese hombre, de eso estoy segura, y no le encuentro relación con ninguno de los casos sobre los que he escrito. Lo que sí podría suceder es que me haya perseguido en nombre de otra persona.

Mientras almuerzo con mi acaparador marido, como solemos hacer cada día —salvo las pocas comidas de trabajo que le surgen y si le resulta imposible delegar en un encantado Ross por sustituirlo—, pienso mencionarle nuestra futura paternidad. Sin embargo, a mitad del almuerzo, recibo una desagradable llamada que retrasa la noticia. Bradley me telefona y me cuenta que Sandy está ingresada en el hospital con una fuerte hemorragia y una posible amenaza de aborto.

Ni siquiera acabo la comida. Andrew me acompaña hasta un taxi y me promete que, en cuanto organice su agenda de esa tarde, me seguirá a la clínica Eduardo VII.

Cuando llego al hospital, Sandy está siendo intervenida en un quirófano donde le están practicando un aborto. Por los ojos de Bradley y a pesar de ofrecerme una sonrisa que intenta aliviar mi angustia, compruebo que ha llorado y me abrazo a mi amigo con fuerza para transmitirle todo el cariño que puedo en ese difícil momento para él. Estará asustado por dos serios motivos:

la pérdida de su futuro hijo y la salud de su mujer, y no hay nada de superfluo ni de sentimental en ello. Solo se trata de la supervivencia de su proyecto de familia.

Ni Sandy ni Bradley se merecen ese castigo, aunque exista una explicación natural y científica. En el instante en que Sandy se abraza llorando a su marido, pocos segundos después de que médicos y enfermeras nos dejen a solas en la habitación, me pregunto por qué la vida tiene que ser tan injusta, por qué castiga de un modo tan cruel a esas personas buenas y pacíficas que no hacen daño a nadie y permite que animales como Sean, el maltratador, campen a sus anchas por la tierra. ¿Por qué no existe un razonamiento lógico y científico para esa pregunta? Yo la necesito en ese doloroso instante, en que veo sufrir tanto a mis queridos amigos.

A pesar de la tragedia que les sucede, yo intento animarlos y Bradley me apoya ratificando la opinión de los doctores. Ha sido un aborto espontáneo y, aunque se hiciera un estudio posterior, no parece existir otras causas por las que preocuparse. La futura madre está sana y podrá quedarse embarazada en breve tiempo pero, conociendo la tremenda ilusión que han puesto en el embarazo de Sandy, no me extraña la reacción de la pareja, a pesar de que Bradley oculte la enorme decepción que siente ante su mujer.

Andrew llega un par de horas después que yo, más serio de lo que es habitual en él.

—Lo siento, Alba —se disculpa a la vez que me besa—. Me ha resultado imposible venir antes.

—No te preocupes —respondo intentando tranquilizarlo—. Si no eres ni médico ni cigüeña, no eres imprescindible. —Me sonrío y me ofrece otro beso fugaz.

Andrew se lleva a Bradley a tomar un café mientras entretengo a mi amiga y le cuento lo sucedido con Jessie y el extraordinario modo de actuar de Claire, eficaz y valiente.

—Conseguirás tu propósito —vaticina Sandy aún con su nariz roja por el

llanto— y lograrás desenmascarar a ese desgraciado. Siempre consigues lo que te propones.

—Ojalá. Este es un caso complicado en el que influyen varios factores ajenos a mí. Ni siquiera puedo poner su nombre en el periódico sin contar con el apoyo de la chica.

—¿Y la policía? ¿No entienden que ella pueda estar asustada? —pregunta Sandy alterada—. ¿Acaso no mueren bastantes mujeres a manos de amantes y maridos? Sabe Dios cuántas se podrían evitar si se pusiera más interés. El mundo está deshumanizado.

—Lo único que espero es que la publicación de esta denuncia no llegue demasiado tarde. Es una chica tan joven y tan triste. —Me lamento.

Estoy a punto de mencionar a los dos hijos de Jessie, pero no me parece el momento oportuno.

Sandy estará ingresada hasta el día siguiente y Bradley no consiente en que la acompañe durante la noche porque prefiere hacerlo él. No comunicarán la fatal noticia hasta el día siguiente, cuando Sandy se encuentre con renovadas fuerzas. Después de decirle que estaré allí por la mañana temprano, me despido con un beso y nos marchamos a casa.

—Ha sido un día largo y duro —comenta Andrew mientras conduce— con un final desagradable.

—Sí. Pobrecitos. No se merecen que les suceda nada parecido. Con la cantidad de niños mal cuidados y no deseados que hay en el mundo, les tiene que ocurrir esto a las dos personas que más desean tener uno. A Sandy le va a costar superar esta pérdida; la conozco, y había puesto tanta ilusión en sus planes, preparando su boda, anhelando quedarse embarazada. —Suspiro y cambio de tema porque hacía tiempo que no lo veía tan serio—. ¿Has tenido problemas en la agencia? —Sé que no me hablará sobre ello, pero me gusta hacerle saber que estoy ahí por si necesita desahogarse.

—Nada que no se solucione trabajando. —Me sonrío con ternura—. Estoy deseando llegar a casa, meterme contigo en la bañera y dedicarnos unos

minutos solo para nosotros. Necesito que me mimes un poco.

—Será un placer —contesto dispuesta a satisfacerlo—, como siempre.

Debo decírselo y, después de lo sucedido a Sandy, me resulta más difícil de lo que supuse en un primer momento. Así que, sentada en la bañera ovalada frente a él y mientras masajeo sus grandes pies, le cuento, a modo de narración, lo que he hecho durante la mañana, comenzando por mi reunión en la puerta del piso con Claire y Jessie y, como siempre, Andrew me pide prudencia en ese caso. Por supuesto, omito el asunto de mi posible persecución y continúo con lo que hice después.

—Luego, antes de verte, entré en una farmacia y compré un test de embarazo. —Con esas palabras logro captar su total atención. Me detengo un instante y disfruto de esos hermosos ojos azules expectantes—. Estoy embarazada.

Andrew me observa en silencio, intentando penetrar en mi mente con su mirada azul, y yo espero paciente que me diga algo. Pero no lo hace. Me atrapa por las axilas y me sienta entre sus piernas; con un brazo me envuelve por completo y me acerca a su pecho; la otra mano la coloca cubriendo mi vientre, en un abrazo protector; pega sus labios en mi sien, y suspira profundamente. A los pocos minutos, comienza a hablar.

—Alba —reconoce emocionado—, ¿tienes idea de todo lo bueno que haces por mí? —Suspira de nuevo—. Cuánto te quiero, cariño, cuánto te quiero. — Me aprieta contra su pecho con más fuerza aún, y permanecemos unos minutos sumergidos en el agua caliente hasta que mis tripas protestan hambrientas y nos hacen reír.

—¿No será el bebé? —bromea Andrew—. Seguro que tiene hambre. Andando. —Y se levanta tirando de mí—. No lo hagamos rugir de nuevo. — Parece feliz y divertido y me encanta verlo en ese estado—. Me ha dado miedo. Creo que va a tener el carácter de su preciosa madre.

Cenamos en silencio, sentados uno frente al otro. Creo que Andrew intenta asimilar una noticia sobre la que yo no me he entretenido en reflexionar por cobardía e inseguridad.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta preocupado—. ¿Sabes de cuánto tiempo estás?

—Me encuentro perfectamente y no sé de cuánto tiempo estoy porque nos hemos descuidado mucho estas últimas semanas. Lo único que sé con seguridad es la fecha de mi última menstruación, el 28 de julio. Tendré que ir al médico —explico fingiendo despreocupación porque ni quiero ni puedo asimilar aún los cambios que comenzarán a suceder en nuestras vidas.

Aunque sí tengo clara una cosa a raíz de lo sucedido a Sandy.

—Me gustaría dejar pasar más tiempo antes de dar la noticia a mi familia. —Andrew no se sorprende e intuye el motivo de mi demora.

—Por lo que le ha sucedido a Sandy —afirma convencido.

—En primer lugar, porque creo que esa noticia les afectaría de un modo negativo a ellos dos y, en segundo lugar, aunque no sé el tiempo, me gustaría esperar al menos hasta las diez o doce semanas de embarazo. Hasta que sea más ¿seguro?; no sé cómo llamarlo. —Sonrío despreocupada a la vez que encojo los hombros.

—Está bien, pero vas a robarles momentos de inmensa felicidad a tu familia y a mi madre, por supuesto.

—Lo sé, sobre todo a mi abuela, pero también les evitaré preocupaciones.

—Hazlo como te apetezca, cariño. —Sonríe algo nervioso—. A mí no me importa, sabiéndolo yo. —Me mira con intensidad durante unos segundos y yo le sonrío. Luego habla emocionado—. No puedo creerlo, Alba. Un hijo nuestro. Nuestra propia familia.

—Yo tampoco lo tengo claro aún. Imagino que, después de ver al médico, me iré haciendo a la idea.

—¿Cuándo tienes pensado ir?

—He pedido cita hoy mismo en la clínica mientras Sandy estaba siendo

atendida. Pasado mañana a las tres.

—Te acompañaré —dice decidido—. Tengo que verlo. —En ese momento lo siento tan incrédulo y sorprendido como lo estoy yo.

El mismo día de la visita al médico, tengo que volver a Bayswaiter. Claire y yo tenemos que hablar con Jessie y esperamos que tome la decisión correcta. Pasamos por delante de la tienda, comprobamos que el animal está trabajando, y nos dirigimos a su casa. Cuando Jessie abre la puerta, siento cómo el mundo se hunde bajo mis pies. Tiene un labio inflamado y abierto, un ojo hinchado y, quizás, haya moretones por cualquier parte de su cuerpo, cubierto por la ropa.

—¿Qué demonios te ha hecho? —le grito—. ¿Has llamado a la policía?

—No. Marchaos, por favor. Esto me sucedió después de que encontrara tu tarjeta por accidente —le reprocha a Claire.

—Algún día no se controlará y te pegará hasta matarte —le espeta Claire—. O te caerás y te golpearás en un mal sitio. ¿No te das cuenta?

—Vamos al hospital y, después, a la policía. Por favor, Jessie —le suplico—. Intentamos ayudarte.

—Mirad cómo me ha dejado vuestra ayuda. Ni siquiera puedo llevar a mis hijos al colegio para evitar que la gente me vea así.

—Piensa en ellos, Claire. Piensa en que, si continúas en esta actitud, tus hijos acabarán huérfanos. Acompáñanos ahora mismo, por favor. La asociación te protegerá.

—No. Yo sé protegerme. Solo debo evitar molestar a Sean y dejarlo descansar.

—Jessie, por favor...

Pero nos cierra la puerta en nuestras propias narices y, por más que insistimos, no vuelve a abrirla.

La cara desfigurada de Jessie me persigue durante toda la mañana y, mientras Andrew me acompaña a la clínica, se lo cuento.

—Aléjate de ese asunto. Ahora debes ser más prudente y protegerte física y emocionalmente.

—Esa chica hace que me sienta fuerte y feliz por todo lo que tengo en mi vida. No te haces una idea de lo desgraciada que es ni del infierno en que vive.

—Hay mucha gente viviendo infiernos parecidos y peores, y tú no puedes denunciarlos a todos.

—Lo sé, Andrew, pero descubrir uno es como mostrar la punta de un iceberg y enseñar el camino de la luz a la desesperación de muchas mujeres en la misma situación de Jessie. Ese es mi objetivo en este asunto; si consigue que este caso se haga popular, concienciaré a nuestra sociedad de que el problema de la violencia machista sigue latente, de que hay que continuar trabajando en prevenirla y en erradicarla del mundo.

—Pero no lo lograrás tú sola.

—No estoy sola; hay mucha gente involucrada en esas organizaciones. Si conocieras a Claire. —La menciono sin ocultar la admiración que me despierta—. Vaya mujer, ¡qué fuerza! ¡Cuánta verdad transmite en lo que habla!

—Te estás implicando demasiado en este caso.

—Por Dios, Andrew, ¿cómo voy a cerrar los ojos ante esto? Soy periodista y mi obligación es informar sobre la realidad. Se supone que este es un mundo civilizado, y algunos hombres deberían vivir en un zoo, encerrados en una jaula junto a los grandes depredadores, comiendo carne cruda y peleando entre ellos por su ración. —Lo hago reír con mi exagerada comparación, pero es lo que siento al ver a ese cínico que es Sean—. Sin embargo, aparenta ser un hombre corriente, padre de dos hijos. ¡Oh! —Me cubro los ojos con las manos—. ¿Imaginas lo que pueden estar viviendo esos chiquillos? ¿Qué educación están recibiendo? ¿Qué pensarán de sus padres cuando en el colegio les hablen

sobre la tolerancia y la igualdad entre hombres y mujeres?

—Tendrán la cabeza hecha un lío y, quizás, acaben siendo como su padre o peor. Eso no es justo.

—El mundo no es justo, cariño. Ya lo sabes. —Me mira un instante y me sonrío con ternura—. ¿Estás nerviosa?

—No, la verdad es que aún no me creo que estoy embarazada. Me parece imposible que crezca una criatura en el interior de mi barriga. ¿Y tú?, ¿cómo estás?

Me mira de reojo, sin acabar de quitar la vista de la carretera, y sonrío de soslayo.

—Si te soy sincero, me tiemblan las piernas. Durante toda la mañana, Matilda... —Es su secretaria—... ha tenido que recordarme el plan del día varias veces; hasta Ross se ha sorprendido de mis continuos olvidos y me ha preguntado si me habías dejado otra vez. —Gruñe sonriendo desgano—. No puedo pensar en otra cosa y no entiendo que estés tan tranquila.

—Ya te lo he dicho: aún no me lo creo y tampoco me pongo a darle vueltas. —Miento y oculto lo insegura que me siento—. Si todo va bien, tengo unos meses para hacerme a la idea.

—Te ha entrado miedo por lo sucedido a Sandy —afirma al intuir cómo me siento.

—Supongo que sí, sobre todo por verlos tan ilusionados y, luego, tan dolidos —reconozco fingiendo mi desenfado habitual.

El test no se ha equivocado en su predicción; lo que nos asombra es que estoy embarazada de seis semanas.

—Llevas un pequeño marroquí en tu tripa —bromea Andrew, ya sentados en el coche, y alguna idea que le ha pasado por la mente lo hace reír. Yo espero a que me lo cuente—. Demasiados descuidos con demasiada frecuencia.

—Sí —admito feliz—. Lo pasamos bien.

—¿Y ahora no te lo pasas bien? —me pregunta preocupado.

—No es lo mismo que estar contigo las veinticuatro horas del día, pero sí, lo paso bien. —Suspiro satisfecha—. Tendremos que trabajar de vez en cuando.

—Sobre todo ahora, que formaremos una familia. —Suspira sonriendo—. No me lo puedo creer. Quizás, cuando te vea crecer la barriga. —Me mira con ternura—. Me gustaría que fuera una sirenita tan bonita como tú.

—¿Esa es mi única virtud? —protesto, lo que lo provoca.

—Presumida y superficial también cuenta. —Se burla—. Creo que hoy me tomaré el resto de la tarde libre. Me apetece pasar contigo todo el tiempo que pueda. ¿Tenías planes?

—Sí, pienso ir a casa de Sandy; esta mañana no he podido ir a verla.

—De acuerdo. A casa de Sandy.

—Mi abuela me ha llamado y nos invita a pasar el fin de semana en Sussex; me ha pedido que invite también a Bradley y a Sandy, si se encuentra bien. Ayúdame a convencerlos. Lo necesitarán y seguro que lo pasaremos bien.

—Intentaremos convencerlos. La casa de Robert es el refugio perfecto para superar un mal momento, sobre todo en la compañía adecuada. —Me toma por el cuello para acercarme a él y me besa en los labios con energía—. En la tuya.

Procuro dejar de lado mi nuevo estado, aunque mi responsable y preocupado marido no me lo permite tanto como me apetece. Lo cierto es que el dolor que he visto padecer a mis amigos me asusta y prefiero no ilusionarme, aunque yo no he planeado este embarazo. Meses antes de la boda de Sandy y antes de marcharme de casa de Andrew en mayo, mi amiga logró contagiarme su enorme ilusión por la maternidad y no niego que a veces soñaba despierta y nos veía a Andy y a mí empujando un cochecito de bebé mientras paseábamos

por algún parque. La única vez que mi novio, por entonces, y yo hablamos sobre ello, me sorprendió cuando, justificando a Bradley, me dijo que la idea de ser padre también rondaba por su cabeza y justificó su vulnerabilidad al reconocer que quizás fuera porque había cumplido los treinta y había encontrado a la persona con quien estaba dispuesto a compartir el resto de su vida, es decir, a mí.

En el transcurso de esa semana, mi denuncia está dedicada a un traficante de drogas, un camello sin escrúpulos, que no tiene otro lugar mejor para vender su mercancía que las cercanías de un instituto. En cuanto recibo dos *emails* a través de Facebook, contacto con chicos y padres que lo confirman. Me dirijo al centro a la hora de la salida y, siguiendo la información de mis *drivers* y guiándome por sus pistas sobre donde suele situarse el vendedor, verifico la información y no tardo en denunciar el caso en mi página, en la que incluyo una descripción del delincuente. Aunque la policía andaba tras él a causa de la cantidad de denuncias que había recibido, mi artículo sirve para alertar a los padres y para activar a la opinión pública. El individuo es detenido un par de días más tarde, tras lo cual me siento orgullosa y satisfecha por haber colaborado con ello; en cierto modo, he apresurado su arresto y he conseguido que la policía se tome en serio la vigilancia alrededor de los centros escolares. Por suerte, el caso se resuelve en menos de una semana. Pero el enfado de Andrew por inmiscuirme en ese asunto, por mezclarme con traficantes, policías y denuncias dura algo más. Su grado de responsabilidad y preocupación ante mi futura maternidad se ha disparado y, conociéndolo, lo encuentro dentro del comportamiento lógico de mi marido.

Pocos días después de la detención de ese maleante, recibo un correo extraño. Por las faltas de ortografías y la ínfima calidad de la expresión gramatical de su mensaje, decido que se trata de un inmigrante. Me cuenta que a su hermana de veintiún años la han despedido de su trabajo por quedarse embarazada y sin indemnización de ningún tipo, y que ahora, sin marido ni novio que la ayude económicamente ya que —debido a su avanzado estado de

gestación— no la contratarán, se convierte en una carga económica para él, que está casado y tiene dos hijos. Me explica con dificultad que no tienen más familia en Reino Unido y que no me escribe porque él no quiera ocuparse de ella; lo que le preocupa es que, con un hijo en el mundo, su hermana tenga problemas en encontrar otro trabajo y los deporten.

Respondo a su correo, identificada con el estado de la muchacha, y me intereso en saber en qué empresa trabajaba y qué puesto ocupaba. Mi empatía rebosa como siempre y puedo ponerme en su lugar sin dificultad. Embarazada, sin recursos económicos y sola; menuda papeleta.

Esa misma tarde, vuelvo a casa, después de haberla pasado de compras con Mary y mi abuela, y tengo intención de salir a cenar con Andrew y mis amigos. Me llama y me advierte de que se retrasará un poco y de que me recogerá en la puerta de nuestra casa. Nuestro apartamento está en un segundo piso y, aunque tiene ascensor, yo apenas lo uso. Mientras estoy abriendo la puerta, de repente, alguien me sujeta y me empuja con fuerza al interior. Casi me caigo de bruces y, a duras penas, mantengo el equilibrio. Cuando lo logro, me doy la vuelta y dos tipos me miran atentamente delante de la puerta, ya cerrada. Paralizada, no puedo hablar y lo primero que se me ocurre es que se traten de los colegas del camello que ayudé a encarcelar y que pretenden vengarse.

—¿Eres la mujer de Stevens? —me pregunta el más mayor, que ronda los cincuenta, y desde luego no tiene cara de ladrón o matón, lo que me angustia más de lo que estoy—.

—¿A qué Stevens se refiere? —pregunto en un susurro.

—Del hermano menor, del director de la agencia de publicidad. —Asiento con un movimiento lento de cabeza—. Bien, no nos hemos equivocado. Pareces muy joven para estar casada. ¿Cuántos años tienes?

Tardo unos segundos en reaccionar ante la situación y ante la familiaridad con la que ese individuo me trata después de empujarme y colarse en mi casa

por la fuerza, y comienzo a indignarme.

—¿Quiénes son ustedes?

—Estamos aquí por negocios, preciosa —responde el otro, algo más joven y delgado, también con cara de buena persona—. No te vamos a hacer daño, somos hombres de negocios. ¿Podemos sentarnos a esperar a que llegue tu marido?

Se dirige a la sala y su compañero me insta a seguirlo. Lo hago y recuerdo que llevo, en el bolsillo de la chaqueta, el móvil en modo grabadora porque la he utilizado esa misma tarde para grabar mientras mi abuela me contaba algunas anécdotas. No tengo tiempo de llamar, pero se me ocurre que, quizás, pueda ponerla en marcha.

—Suelta el móvil sobre la mesa, por favor —sugiere el que me parece mayor y el jefe—. No vamos a hacerte daño, solo queremos esperar a tu marido.

Con disimulo, consigo arrastrar mi dedo por la pantalla táctil y conectarla; finjo un cuidado que, quizás, los maleantes confundan con temor porque logro que me tiemblen las manos, y lo deposito junto a las llaves, que ocultan parte de la pantalla.

—¿Para qué quieren ver a mi marido?

—Ya te lo hemos dicho —responde algo impaciente el más joven, que lleva una moderna y elegante chaqueta gris con coderas. En ese instante me fijo en que va muy bien vestido y en que, sin duda alguna, pasaría por un honrado hombre de negocios—. Tenemos un asunto que proponerle.

—¿Y por qué no han ido a su oficina? —insisto procurando conocer sus intenciones.

—Son negocios privados que tienen que ver con la familia y no con la publicidad —me responde el otro, que parece más paciente. Prefiero callarme, ocultar cómo me tiembla el cuerpo, y me concentro en respirar con los brazos cruzados sobre el pecho, sin entender qué relación tendrán esos hombres con Andrew.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados? —pregunta el mayor—. Creo que no mucho.

—¿De qué conocen a mi marido? —inquiero orgullosa y procuro demostrar que no estoy dispuesta a participar en su juego «aquí somos todos amigos», que no me tranquiliza en absoluto—. ¿Desde cuándo tienen tratos con él? Yo no los he visto nunca.

—A tu marido no lo conozco; conocí a su padre y, luego, a su hermano...

Se interrumpe cuando oímos cómo se abre la puerta.

—¡Alba! —me llama Andrew—, ¿estás lista? ¿Por qué no has respond...? —Andy se para en el umbral de la sala—. Buenas noches —saluda sorprendido—, no sabía que teníamos visita.

—Buenas noches —contesta el mayor de los dos hombres, que sonrío y se levanta aparentando una calma inapropiada—. ¿El señor Stevens, supongo? Estábamos esperándolo. —Andrew me mira a los ojos y pienso que me echaré a llorar. Todo lo que está sucediendo comienza a resultarme demasiado inquietante—. Siéntese, por favor.

—Sí —lo anima el otro con una cínica sonrisa dibujada en su cara—, está en su casa.

Yo me limito a escuchar, incapaz de hablar —a pesar de las preguntas que leo en los ojos de Andrew y que me exigen una explicación—, cuando el individuo de la chaqueta gris saca una pistola de su espalda y la coloca sobre la mesa en un acto evidentemente intimidatorio. Mi respingo y mi grito contenido se oyen en el silencio de la habitación.

—Su mujer ha tenido la amabilidad de dejarnos pasar a esperarlo —continúa el mismo.

—Me han asaltado cuando entraba —puedo responder. Si piensan matarnos, al menos no me callaré—. Me estarían esperando y me empujaron cuando abrí la puerta...

—Lo sentimos mucho, señora Stevens —se disculpa el mayor sin que en su tono de voz se intuya la menor constancia de arrepentimiento—. Pero no se ha

hecho daño y es urgente que hablemos con su marido.

—¿Por qué están aquí? —les pregunta Andrew intentando parecer tranquilo—. ¿Quiénes son ustedes y qué quieren de nosotros? Aquí no tenemos dinero.

—¡Oh! No, no. Está usted en un error, señor Stevens —dice sonriendo el mayor—. No somos ladrones, somos simples mensajeros. Trabajamos para el señor Walker.

—¿Y quién es ese señor Walker? —continúa Andy con la valentía y la determinación que imagino dan dirigir una importante agencia de publicidad.

—Un amigo de su hermano Ross al que le debe trescientas setenta mil libras. Dice que no puede pagárselas.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con los problemas financieros de mi hermano? ¿Y por qué nos amenazan con un arma? —Andrew hace las preguntas de dos en dos, lo que refleja que estaba bastante preocupado.

—No los estamos amenazando. Solo es una advertencia sobre la seriedad de nuestros negocios.

Ese hombre podría pasar por cura o por un buen padre de familia; habla con una tranquilidad pasmosa, dada la incómoda y violenta situación en la que estamos mi marido y yo. Lo único que pido, consciente de la experiencia que demuestra en su oficio de mensajero, es que no sospeche que estoy grabando toda la conversación.

—¿De qué negocios se trata?

—De apuestas, por supuesto. ¿O no conoce el pequeño vicio de su hermano? —pregunta sonriendo—. Lo heredó de su padre, y creo que usted ya le ha salvado el pellejo en más de una ocasión. —Suspira satisfecho—. Eso está muy bien; los hermanos siempre deben ayudarse. Ojalá mi hermano se hubiese portado conmigo del mismo modo. —Mira a Andrew con orgullo—. ¿Sabe, joven? Conocí a su padre y estoy convencido de que estaría muy orgulloso de usted.

Andrew lo escucha con su rostro convertido en una máscara pétrea, que hace tiempo no muestra, y me preocupa. Yo me arrojaría al grueso cuello de

cerdo de ese delincuente si la pistola no estuviera sobre la mesa. No quiero que Andrew se arriesgue por mí.

—Imagino que esperan que yo pague esa deuda —admite Andy convencido.

—Pero no ahora mismo. Sabemos que usted no llevará esa suma de dinero encima y que tardará unos días en conseguirla. Solo venimos a avisarle para que vaya reuniéndola.

—Pues imaginan mal. Vayan a ver a mi hermano y aclaren sus asuntos con él. Yo ya le he cortado el grifo —responde serio y convencido.

—Siento oír eso y creo que cambiaré de opinión en cuanto conozca nuestra propuesta.

Todo sucede en un segundo. El otro hombre rodea el sofá y se coloca detrás de Andrew; le pasa una cuerda por el cuello y comienza a tirar hacia atrás. En un acto reflejo, Andrew intenta separar la cuerda de su garganta con sus manos y yo inicio el movimiento de levantarme para socorrerlo. Al momento algo me cubre la cabeza y me obliga a sentarme de un tirón; una bolsa de plástico se pega a mi nariz y a mi boca cuando inhalo aire, me agarro con fuerza a las manos que la aprietan contra mi cuello y lucho para que me suelte; pero son manos expertas y saben bien lo que hacen, porque no se mueven ni un milímetro. Agito mi cuerpo inmovilizado en el butacón, por el peso que el otro hombre deja recaer sobre mis hombros, y procuro zafarme de la asfixia. No veo, no oigo, ni sé lo que le está sucediendo a Andy; solo quiero respirar. Cuando me quitan la bolsa, el otro hombre está revolcándose en el suelo con las manos en la nariz, sangrante, y Andrew, de pie y con la pistola en la mano, amenaza al gordo.

—¡Alba! —me grita—. ¿Estás bien?

Yo me toco la cara, el cuello, a la vez intento respirar todo el aire, que hace unos segundos no llegaba a mis pulmones, y me coloco las manos sobre el pecho.

—Sí, creo que sí.

—¡Llama a la policía! —me grita Andrew.

—Si llaman a la policía, su hermano no vivirá para ver la luz del sol de mañana; se lo garantizo —dice manteniendo la misma calma hipócrita que ha demostrado durante todo el tiempo—. Ni él ni su mujer. —Y en sus palabras intuimos una promesa—. No íbamos a matarlos a ustedes; solo se trataba de una advertencia.

Andrew tarda unos segundos en reaccionar ante la grave amenaza que acabamos de recibir.

—Márchense de aquí ahora mismo. Si vuelven, si se les ocurre ponerle una mano encima a mi mujer, yo mismo acabaré con ustedes y con su puto señor Walker. También es una advertencia.

Si Andrew suelta en público una palabrota es porque está verdaderamente enfadado, y temo que se le escape un disparo.

—Tranquilo, Andrew —le pido a la vez que me agarro a su cintura—. Estoy bien, estoy bien. —Me aparta de su lado y me empuja a su espalda para protegerme con su cuerpo.

—¡Fuera! —grita a la vez que levanta del pelo al otro tipo, que aún yace aturdido.

—Ya nos vamos, tranquilo señor Stevens —le pide el gordo algo nervioso mientras intenta calmarlo y, agarrando a su compañero de las axilas, lo arrastra hacia la puerta—. Volveremos a vernos.

Andy los sigue, sin dejar de apuntarlos con la pistola, y yo voy tras él hasta que desaparecen tras la puerta. Cierra con llave y pasa la cadena de seguridad; se guarda la pistola en el bolsillo trasero del pantalón, y me abrazo a él con fuerza, sin dejar de sollozar. Procuro no perder el control.

—¿Estás bien? ¿De verdad que estás bien? —me repite una y otra vez, mientras me mira y me palpa el cuerpo con unas manos que se mueven nerviosas—. ¿Te ha hecho daño?

—No, Andy, solo ha estado a punto de asfixiarme. ¿Y tú?, ¿cómo te has soltado de esa cuerda? ¿Qué miedo he pasado sin ver lo que te sucedía!

—No lo sé, creo que le di un cabezazo. —Se toca la coronilla con la mano

y hace un gesto de dolor—. ¿Cómo han entrado?

Comienzo a contarle lo sucedido desde que me empujaron para colarse en nuestra casa y, de repente, recuerdo que lo he estado grabando.

—Andy, lo he grabado. —Me lanzo sobre la mesa—. He grabado con el móvil todo lo que ha sucedido. Voy a comprobarlo.

Efectivamente, podemos oír todo lo que ha sucedido desde que me obligaron a sentarme en el butacón y, cuando escucho los sonidos tan desagradables que los dos emitíamos mientras intentaban asfixiarnos de un modo u otro, me desato en un llanto histérico e inconsolable que me ayuda a desahogar la angustia y el miedo que he pasado. En ese momento Andrew telefona a su hermano, sin soltar el abrazo con el que me sostiene en el sofá y procura consolarme.

—Ven ahora mismo a mi casa —le exige impasible—. Me importa una mierda dónde y con quién estés. Ven ahora mismo a mi casa. —Y cuelga.

Bradley nos llama, cuando pasan unos minutos de la hora de nuestra cita, y Andrew justifica nuestra tardanza diciendo que ha surgido un grave problema con su hermano y que no saldremos a cenar. Mi amigo lo entiende y no pregunta por el asunto al oír el tono de voz tan serio con que habla Andrew.

—Hacernos pasar por esto —se lamenta Andrew con frialdad y sin expresión en su rostro—, verte mezclada en sus sucios asuntos por mi culpa.

—Tú no eres culpable de las acciones de tu hermano.

—Es mi hermano y tú, mi mujer. Si no estuvieras casada conmigo, los problemas de Ross no te afectarían... —De repente me abraza con mucha fuerza—. ¡Han estado a punto de matarte! Delante de mí, delante de mí —se lamenta sin soltarme.

El timbre de la puerta interrumpe sus dolorosas quejas.

—¿Se puede saber qué es tan urgente para que...? —Ross habla en su tono jocoso habitual.

—Cállate, Ross —escucho que le ordena implacable antes de entrar en la sala—. No se trata de ninguna broma.

—Hola, Alba. —Se inclina al besarme en la mejilla—. ¿Has estado llorando? —Abre sus ojos sorprendido, luego mira a su hermano y espera una explicación.

—Nos han visitado unos amigos tuyos —comienza a contarle Andrew sin rodeos—. Pero será mejor que los escuches por ti mismo. Pon en marcha la grabación, Alba —me pide tranquilo y le obedezco mostrando un ligero temblor de manos.

Conforme avanza la narración, el rostro de Ross palidece, hasta que llega a la parte de la agresión y yo no contengo mis lágrimas silenciosas, provocadas de nuevo por el recuerdo de la angustia y el miedo.

—¿Qué está sucediendo? —pregunta extrañado—. ¿Qué es ese jaleo?

—Detén la grabación, cariño —me pide Andy mientras acaricia mi brazo, porque me he refugiado de nuevo junto a su cuerpo, y comienza a hablar con frialdad—. En ese momento a mí me han intentado estrangular con una cuerda. Mira. —Le muestra las marcas del cuello alzando la barbilla. Ross da un respingo—. Y el otro hombre le puso una bolsa de plástico sobre la cabeza a Alba con la intención de asfixiarla, ante mí.

La frialdad de Andrew me horroriza y veo cómo Ross se hunde y se empequeñece en el sofá, cada segundo más avergonzado.

—¿Cómo lo has impedido? —susurra y Andy saca la pistola de su bolsillo.

—Le propiné un cabezazo en la nariz a mi agresor y cogí la pistola que, espero, solo hayan puesto sobre la mesa con intención de intimidarnos. —Ross se frota la cara con ambas manos en un gesto de desesperación y Andrew le habla más tranquilo, como si se tratara de un niño—. Ross, Alba está embarazada. —Ross me mira angustiado, sorprendido e intenta sonreírme—. No voy a consentir que ella ni mi futuro hijo se vuelvan a poner en peligro; tú no vas a consentirlo. Creo que me lo debes. —Ross asiente sin dudar—. Al menos me debes la seguridad de mi familia.

—No pagues esta deuda. Te prometí que no te pediría más dinero —susurra tan avergonzado y hundido que logra emocionarme—. Si tienen que matar a alguien, que acaben con mi estúpida vida. —Su sonrisa sarcástica me impresiona.

—¿Que no la pague? ¿Y Sondra? La amenaza también está dirigida a ella. ¿Piensas pagarla tú? —pregunta Andrew con un profundo tono cínico en sus palabras—. Escucha esto. Alba, por favor. —Yo conecto de nuevo la grabadora y Ross puede escuchar la parte en que la amenaza se dirige a él y a Sondra—. Estoy pensando en no hacerlo —dice Andrew con dureza—; creo que sería el único modo de librarme de ti. —Ross le dirige una mirada cariñosa a su hermano y yo estoy convencida, en ese instante, de que no es la primera vez que mantienen una conversación parecida, aunque quizás nunca se haya arriesgado tanto por las dos partes—. Esto no puede continuar, Ross. Ya no. ¿Lo entiendes, verdad? —Ross asiente—. Mañana hablaremos sobre ello. —Se levanta con frialdad y se dirige a la puerta—. Alba tiene que tranquilizarse y descansar. Por cierto, aún no comentas nada sobre su embarazo; queremos esperar más tiempo antes de comunicárselo al resto de la familia. —Ross asiente de nuevo con la cabeza y se levanta como si no pudiera con el peso de su propio cuerpo.

En ese instante lo veo hundido y humillado, y una gran compasión se apodera de mí, sobre todo cuando se disculpa.

—Lo siento, Alba. Por nada del mundo querría que sufieras algún daño y, menos aún, ser el culpable de ello. Por ti y por lo importante que eres para Andrew. —Sonríe y, por primera vez desde que lo conozco, veo, en su mirada sincera, al Ross verdadero, al hombre guapo y cariñoso de treinta y cuatro años que vive en ese cuerpo escondido tras el vicio, la insatisfacción y la apatía—. Me alegra que me hagáis tío, aunque no creo que resulte un buen ejemplo para nadie.

Cenamos unos sándwiches en silencio, en nuestra preciosa y divertida cocina, que en ese momento no consigue alegrarme con su vivo y radiante colorido naranja y morado. Y se me ocurre una idea.

—¿Qué piensas hacer respecto a señor Walker? —le pregunto a Andrew.

—Estoy reflexionando sobre ello. Mañana hablaré con mis abogados. Quiero que me hagas unas fotos del cuello antes de que desaparezcan las marcas. Yo mismo redactaré una declaración jurada en la que contaré con detalle lo que te han hecho a ti; aportaré la grabación y, en caso de que se produzca una nueva amenaza... —Andrew se preocupa al ver la convulsión que sufre mi cuerpo y me pasa un brazo sobre los hombros—... también tenemos la pistola como prueba. —Me mira angustiada un instante—. Debemos ser realistas, cariño. Ross nos ha metido en este lío y ya has comprobado cómo la gasta esa gente. Vamos a cuidar de nuestra seguridad y quiero que estés alerta cuando no estés conmigo, aunque por poco te matan delante de mis narices. —Suspira con los ojos cerrados—. Procura no pasar sola mucho tiempo fuera de casa; no te quedes tarde en la calle si no estás acompañada; vigila al cruzar cualquier carretera...

Empiezo a llorar de nuevo y dejo la mitad del sándwich en el plato.

—Vamos, cariño, tú eres muy valiente. Te enfrentas a realidades tan duras como esta, incluso más.

—Pero... si te ocurre algo malo... —Andrew se ríe ante mi sincera preocupación.

—¿Estás preocupada por mí? Tú, embarazada, ¿estás preocupada por mí? —Vuelve a reírse y me abraza con fuerza—. Sirenita, sí que eres valiente.

En los días siguientes, por más que insista en preguntarle a Andrew sobre el asunto y lo que le hubieran aconsejado los abogados, no obtengo las respuestas que me tranquilicen, y siempre trata de eludir el tema. Yo sé que lo hace por no preocuparme, pero no estoy dispuesta a permitir que me mantenga

al margen de ese asunto, ya que me concierne tanto como a él. Con esa excusa, comienzo a investigar sobre el tal señor Walker y sigo la idea que Andy me cuenta mientras cenamos la misma noche en que supimos de su existencia.

Walker es un abogado prestamista que se aprovecha de gente viciosa, enferma y desesperada como Ross, gente adinerada que pueda responder por ella misma o por sus familias, gracias a sus negocios o propiedades. Lleva años en su oficio y por eso, probablemente, conoció a Arthur Stevens. Su oficina está en Bishopsgate, en el centro del casco antiguo, cerca de la agencia de Andrew, como si se tratara de un honrado abogado y no de un usurero extorsionista, porque es lo que anuncia la placa brillante que cuelga junto a la puerta de su oficina, «Walker y asesores». En ese momento me pregunto si los asesores no serán los dos malhechores que asaltaron mi casa, nos amenazaron y nos agredieron.

Como me presento con mi apellido de soltera, con el que vivo porque nunca me llamo a mí misma «señora Stevens» —aunque esa tendencia parece estar otra vez de moda—, no levanto sospecha cuando pido una cita en el bufete de Walker. Y el día en cuestión, una amable secretaria me acompaña al despacho del individuo.

—El señor Walker la atenderá enseguida. ¿Desea usted tomar algo?

—No, gracias —respondo sonriendo y procuro no delatar el nerviosismo que se apodera de mi interior en esos momentos.

Los minutos que Walker tarda en aparecer los dedico a relajarme, y me obligo a recordar que a veces me he visto en situaciones más delicadas que esa, en la que estoy rodeada por personas que al menos parecen decentes.

—Buenas tardes, señora López Olmedo —se presenta un hombre bien vestido, con traje caro, gris oscuro; lleva gafas y tiene un aspecto inconfundible de abuelo benefactor. Le ofrezco mi mano y una sonrisa—. ¿Es española? —Asiento sonriendo—. Viene usted a que la asesoremos sobre una transacción económica importante. ¿Por qué ha insistido usted en que la recibiera yo en persona? Mis ayudantes están plenamente capacitados —me

aclara con una sonrisa que intuyo hipócrita.

—Porque hablamos de una cantidad de dinero considerable y no estoy acostumbrada a este tipo de negocios. Prefería tratarlo con usted porque me infunde más confianza.

—Usted dirá. ¿De qué cantidad estamos hablando?

Con una tranquilidad que me cuesta mantener, intento, además, parecer segura de mis palabras y saco un sobre sepia de mi bolso.

—De trescientas setenta mil libras. Quizás usted esté acostumbrado a manejar esas cifras y estos asuntos, pero yo es la primera vez que lo hago. — Le muestro mi mejor sonrisa, que consigue su objetivo: que se muestre confiado y relajado—. En este sobre tiene usted una copia de la grabación que hice cuando dos de sus «asesores» —digo en tono jocoso— me visitaron e hicieron uso de la fuerza, nos amenazaron y nos agredieron a mi marido y a mí, el señor Stevens, Andrew Stevens. —El cuerpo del hombre se tensa en un segundo—. Su nombre aparece en la grabación, junto a unas fotos del cuello de mi marido, marcado tras la agresión de uno de sus asesores, una declaración jurada y firmada por mí sobre cómo intentaron asfixiarme al cubrirme la cabeza con una bolsa de plástico y otra foto de la pistola que nos dejaron sus fieles ayudantes, imagino que marcada con suficientes huellas dactilares para reconocer a su propietario.

—Su marido y yo estamos conversando amistosamente para encontrar el modo más adecuado de saldar la deuda que su cuñado adquirió con este bufete —responde ya repuesto de la sorpresa, a la vez que se limpia las gafas con dedos temblorosos. He logrado impresionarlo. Bien por mí—.

—Ya, pero yo también sé actuar por mi cuenta. Como usted bien dice, la adquirió mi cuñado, y creo que no tienen por qué molestarnos, agredirnos ni inmiscuirnos a mi marido o a mí en este desagradable asunto del que no somos responsables —respondo en su mismo tono formal, sin perder la calma y controlando el impulso de sacarle los ojos a ese hipócrita y despiadado hombre que permanece sentado frente a mí sin que le importen nuestras vidas

lo más mínimo—. Y si alguien de nuestra familia resultase herido o amenazado de aquí en adelante, no dude que los abogados que guardan la grabación original se pondrán en contacto con la policía, al igual que con el periódico en el que escribo. Soy periodista —aclaro más sonriente aún y espero que no se note mi nerviosismo—. Por cierto, también tiene fotos de los dos salvajes que invadieron mi casa. Yo misma las hice, hace unos días, mientras salían de estas oficinas. Se aprecia claramente en la imagen, como podrá comprobar.

Creo que la mandíbula se me desencajará, por haber mantenido mi sonrisa más cínica durante toda la conversación, y me levanto para despedirme sin esperar a que Walker salga de su impresión.

—Espero que todo este asunto haya quedado aclarado, señor Walker, y nuestras posiciones, bien definidas. —Le tiendo la mano con firmeza y él tarda unos segundos en estrecharla—. Es un placer hacer negocios con un hombre como usted, tan tolerante y abierto a nuevas propuestas.

Salgo del edificio, sin haber oído ni siquiera una palabra más de ese asesino en potencia —si no lo es ya después de los años que lleva en ese mundo de usureros—, y busco una cafetería donde sentarme y calmar el tembleque de mis piernas.

No le cuento nada a Andrew; del mismo modo que actúa él conmigo, lo mantengo al margen de mis actos para no preocuparlo, aunque estoy convencida de que no tardará mucho en enterarse del negocio que acabo de cerrar con Walker.

La cara de Andrew habla por sí misma dos días después, cuando nos reunimos a la hora del almuerzo, como hacemos casi a diario.

—No me puedo creer lo que has hecho. —Ni siquiera me besa, como tiene por costumbre—. ¿De verdad que has amenazado a Walker? Acabo de enterarme por el mismo Walker y te juro que por poco le doy a Ross una paliza por haberte metido en este asunto.

—No iba a quedarme de brazos cruzados a esperar que esos matones vinieran a amenazarnos cada vez que Ross haga de la suyas. O tal vez a matarnos para darle a él un escarmiento. Y tú no me cuentas nada —añado enfadada. Reconozco que deseaba la llegada de ese momento para poder desahogar la frustración que Andrew me había provocado al intentar mantenerme al margen de ese asunto—. Fue Walker quien me dijo que ya estaba en conversaciones contigo y que saldarías la deuda de tu hermano.

—¿Y te presentas sola en su oficina? —me reprocha destacando la palabra «sola»—. ¿Estás bien de la cabeza, Alba? —Su enfado es monumental pero no menor que el mío por ignorarme como si fuera imbécil—. Ese hombre es prácticamente un gánster.

—Me has tratado como si fuera tu hijita a la que cuidar —le respondo alzando la voz y provoco que algunas miradas se centren en nosotros—. Reserva tu energía para cuando nazca la de verdad. Te he preguntado a diario por el asunto, que me preocupa tanto o más que a ti —continúo más calmada, pero sin esconder mi rabia— y has eludido cualquier explicación, como si yo fuera invisible en ciertos aspectos de la vida. No necesito a un superhéroe que me defienda, ¿te enteras? Ya sabes que sé hacerlo por mí misma. Tú serás más alto y más fuerte, pero yo tengo cualidades que me igualan a ti a la hora de resolver un conflicto como este.

—¿Y se puede saber cuáles son? —me susurra enfadado.

—La primera y la más importante es la inteligencia que, como has podido comprobar, me ha mantenido a salvo. La segunda, el valor; soy mujer, pero tan valiente como cualquier hombre, sobre todo más que el inútil de tu hermano. Y la tercera, la astucia que demuestro para protegerme. Así que deja de lado tu estúpida conducta machista y, o cuentas conmigo en todos los asuntos que nos conciernen o te quedas solo. Tú eliges.

Me levanto de la mesa y lo dejo plantado en el restaurante. Se me escapan unas lágrimas, testigos de mi indignación y de mi rabia, que sacudo de mi cara conforme asoman en mis ojos. Y me repito lo que dice mi abuela Lola: no soy

invisible. De repente, un fuerte agarrón del brazo me detiene al instante en medio de la acera.

—Espera, cariño. —Andrew suspira a la vez que me abraza—. Tienes razón en parte; debí explicarte lo que pensaba hacer respecto a este escabroso asunto. Si no lo he hecho es por no angustiarte y mantenerte segura, sobre todo ahora, que estás embarazada. Pero eso no es una excusa lo bastante sólida para que justifique tu temerosa acción y más cuando has visto cómo la gasta esa gente. Deberías haberme explicado tus intenciones.

—¿Cómo tú a mí las tuyas? —Mis palabras reflejan mi monumental enfado.

—Te habría acompañado a ver a Walker si me hubieras contado tu plan.

—Me habrías convencido u obligado para que no lo hiciera y, créeme, ahora nos dejará en paz, pase lo que pase. En cuanto oiga la grabación y vea las fotos.

—¿Las fotos? —me pregunta sorprendido.

—Las fotos de los dos matones que nos atacaron y que se las hice el pasado lunes cuando salían de la oficina de Walker; además, procuré que se viera bien el número del portal.

El gruñido de Andrew suena en toda la calle a la vez que sus manos se cierran en apretados puños.

—¿No me dirás que los has seguido? —me pregunta enojado.

—No, solo los esperé pacientemente. Y para tu tranquilidad, te confesaré que iba vestida de chico rapero. No me habrían reconocido.

—¡Dios mío, Alba! —exclama desesperado—. Eres muy peligrosa. ¿Qué voy a hacer contigo? ¿Qué será de esa criatura que tendrás con una madre tan audaz e intrépida?

Inicio una acalorada protesta que Andrew acalla en un segundo con un apasionado beso. Luego entramos en otro restaurante cercano para disfrutar del almuerzo que tenemos pendiente.

El resto de la tarde lo paso escribiendo, intentando transferir algo de calma y paz en mi ajetreada y peligrosa vida de los últimos días.

Capítulo 20

LOLA

No me hizo falta correr para alejarme de Robert porque fue él mismo quien me echó de su lado cuando volvimos a encontrarnos en su despacho.

Llegaba caminando a los estudios, como cada mañana, el 1 de diciembre, y solo me quedaban diecinueve días para abandonar lo que se había convertido en la peor tortura de mi vida. Un frío glacial anestesió suficientemente mi rostro e impidió que la imagen que me encontré de nuevo en la puerta me afectara. Robert se despedía de la misma chica y bromeaba divertido mientras ella, cariñosa, lo besaba en la mejilla e intentaba peinarlo a pesar de su resistencia. Después, cada uno siguió su camino, y ambos sonreían y parecían felices. Y yo me entretuve sin inmutarme para no encontrármelo en los ascensores.

Me cambié el calzado con manos temblorosas, debido a la nueva y desagradable decepción, y me dirigí directa a la sala de guionistas, donde estaba Sam. Ya era seguro que esa chica no era una casualidad ni un rollo de una noche.

—¿Te encuentras bien, Lola? —me preguntó Sam, que me observaba impresionada, ya que mi rostro moreno había palidecido.

—Sí —respondí con frialdad y sonriendo—. Me ha sorprendido el frío de esta mañana.

—Tenemos una reunión con Robert dentro de unos minutos; repasemos bien nuestro trabajo. Hay que procurar que esté todo lo que nos pidió para hoy.

—De acuerdo. —Me concentré en el trabajo al cien por cien, un día más, en un intento de olvidar lo que había visto antes de entrar en el edificio y, haciendo un gran esfuerzo, lo conseguí.

Contando con Robert, éramos once personas sentadas alrededor de la mesa; eso fue en lo único que me fijé porque no levanté la vista de un dossier que nos pasó durante todo el tiempo que duró la reunión. No supe si me miró o si dejó de hacerlo, ni siquiera me importaba. Robert no era nadie para mí o, al menos, esa mañana logré mi propósito, presa de la indignación que me llenaba. Creo que salí primera de la sala de reuniones y me dirigí a la nuestra antes de que él tuviera la oportunidad de hablarme. Mi intención era evitarlo, ignorarlo y, por supuesto —lo más complicado—, dejar de amarlo.

Cuando Sam entró en nuestro despacho, yo ya estaba concentrada en los nuevos cambios propuestos y, como no estaba de acuerdo con algunos, se los expliqué con más detalles.

—¿Por qué no se lo has dicho a Robert en la reunión? Siempre acepta tus propuestas.

—Lo haré como creo y punto. Si después no le gusta, que proteste. ¿Te parece bien? —Sam asintió preocupada—. Me responsabilizo de las consecuencias —añadí más relajada y sonriendo, disimulando mi frágil estado emocional.

Nos pusimos a trabajar y, en cuanto acabamos la primera parte, Sam se la llevó a Robert. A los pocos minutos, apareció en nuestra sala.

—Esto no es lo que hablamos en la reunión —dijo vehemente.

—No —respondí segura de mí—. Se me ha ocurrido sobre la marcha y creo que es lo más conveniente para que el final resulte coherente.

Robert me escrutaba con su mirada, impresionado por mi actitud distante, fría e impropia en mí.

—Imagino que tú estás de acuerdo. —Se dirigió a Sam.

—Sí, Robert. Lola tiene razón: es lo más coherente dado el final.

—¿Debo esperarme más cambios? —preguntó exigente.

—Sí —contesté sin apartar mi mirada gélida de sus ojos de chocolate, desconcertados en ese instante—. ¿Prefieres que te los comente, o lo vas viendo por escrito?

—Luego los veré. Confío en vosotras.

Sam fue a almorzar sola porque lo único que pude tomarme, en toda la mañana, fue un café. Robert abrió la puerta de la sala y me encontró trabajando. Tenía el pelo mojado y revuelto, así que pensé que vendría de nadar y no se había encontrado a su amiga para que se lo peinara. Ese pensamiento me encolerizó.

—¿Puedes venir a mi despacho?

Me levanté sin responder y lo seguí despacio. Le dio unas instrucciones a su secretaria y cerró la puerta al entrar. Yo me había sentado en una silla frente a su mesa.

—¿No has ido a comer? —me preguntó extrañado pero amable.

—No, aún no tengo apetito.

—¿Vendrás a cenar conmigo cuando salgamos? —Continuó en el mismo tono.

—No. —Me limité a responder con la misma frialdad que me había dominado esa mañana.

—¿Por qué? ¿Tienes algún compromiso?, ¿has quedado con alguien? —me interrogaba exigente y nervioso.

—No, simplemente esta noche no me apetece estar contigo.

No se esperaba esa respuesta tan fría, sincera y cargada de desprecio.

—Lola. —Pronunció mi nombre suplicando—. Pensaba que había quedado todo claro después de la última noche que pasamos juntos en Jaipur. —Su mirada ardiente no provocó en mí reacción alguna—. ¿Aún sigues sin confiar en mí?

—Ya sabes por qué.

—¿De verdad puedes pensar que estoy con otra mujer?

—No lo pienso, lo sé porque lo he visto. Además, la última noche, recuerda tu proposición; te tomé la palabra. —Le envié una sonrisa cargada de cinismo, con el mismo con que él me mentía—. Soy una mujer dura e independiente y solo fue usar y tirar; no había nada más. No necesito que haya nada más entre nosotros y ni es preciso que te inventes esas frases tan románticas que me dices; me conformo con el sexo. —En ese instante creí que Robert iba a explotar y, sin importarme su reacción, continué menospreciándolo—. No te preocupes, cuando me apetezca usar y tirar a un hombre, te avisaré. Serás al primero que llame. Me haces pasar un buen rato,; no lo niego. —Robert no aguantó más; se encendió por la indignación que le provoqué, se levantó de la silla con brusquedad y yo fingí no alterarme aunque en el fondo esperaba su reacción, bastante acobardada.

—Maldita gitana embustera —me dijo mientras se acercaba a mi cara, todo lo que podía, sobre la mesa—. ¿Crees que puedes jugar conmigo a tu antojo? Quítate de mi vista antes de que cometa un crimen.

—No te tengo miedo, Robert. —Me levanté para enfrentarme a su mirada intimidatoria—. Puedes ladrar cuanto quieras porque yo no soy uno de tus empleados; recuérdalo. Dentro de quince días, no volveré por aquí.

—Ahora lo veo todo claro —comenzó a replicarme—; has estado jugando conmigo todo este tiempo, como un entretenimiento. —Resopló y me miró pensativo durante un instante, y su rostro reflejaba la humillación que acababa de provocarle—. Tu exmarido no es un gilipollas ni un cobarde, Lola; me he equivocado al juzgar a ese pobre hombre. —Me hablaba con más desprecio del que había oído jamás ni había visto reflejado en los ojos de nadie; era evidente que lo había herido en su orgullo una vez más—. Viviría asustado por miedo a enloquecer cada día que estuvo a tu lado. No me extraña que se refugiara pronto en los brazos de otra.

Esa falta de respeto al sufrimiento con el que conviví casi todos los años de mi matrimonio se agolpó de repente en mis pulmones. Me dirigí a la puerta

presa de la indignación, sin controlar las lágrimas, que recorrían mi rostro, pero me cortó el paso y me agarró con fuerza por los brazos.

—No me toques —le exigí—. Tú no sabes nada sobre mi matrimonio ni sobre mi sufrimiento.

El arrepentimiento y la desesperación lo dominaron de repente; lo pude leer en sus ojos y en la fuerza de su abrazo.

—Lola, por favor —me susurraba suplicando—, perdóname, perdóname. No me rechaces más, me estás volviendo loco. Me haces decir cosas que ni siquiera pienso. No hay nadie más que tú, te lo juro. La última noche que pasamos juntos, te entregué mi cuerpo y mi alma. Todo lo que te dije es lo que siento por ti. ¿Por qué no es suficiente para ti?

Me separé de él y volví a mirarlo reuniendo todo el desprecio que pude sacar de mi interior, provocado por sus mentiras, tanto que me daba miedo de mí misma; ni a Juan había necesitado mostrárselo nunca porque no me importaba como me importaba Robert.

—Deberías pensar en actuar en una de tus series; eres un actor magnífico. —Hizo intención de abrazarme de nuevo y mi gesto de repulsa lo rechazó—. Yo me pregunto lo mismo: ¿por qué no soy suficiente para ti? —le reproché lo más altiva que pude—. No vuelvas a tocarme, Robert. Si se te ocurre ponerme una mano encima, te prometo que me marcharé y ni siquiera acabaré mi contrato. Puedes quedarte con mi sueldo.

Desconcertado por mi comportamiento gélido y por mi amenaza, no supo qué responderme. Abandoné su despacho a toda prisa y me encerré en la sala de guionistas con la esperanza de no volverlo a ver en todo lo que me quedaba de vida, algo que resultaría imposible mientras trabajara para él.

Después de esa última discusión, como me resultaba imposible leer y escribir —porque Robert se había adueñado de mi concentración—, me dediqué a salir con Sam cada vez que me lo proponía. Londres estaba muy ambientado y

precioso antes de Navidad, y esa era la única forma que encontré de sacarme a ese hombre de la cabeza, aparte de rendir todo lo posible en el trabajo, ansiosa por acabarlo lo antes posible. Una semana más tarde, los cotilleos sobre mis posibles emparejamientos corrían por los estudios. Un día era Roger; otro, Colin, el director de fotografía que vino expresamente algunas tardes de Sussex para salir conmigo; o Jimmy, el jefe de administración, aún más joven que Robert pero guapísimo, atento y deseoso por agradarme. Mi éxito entre los hombres comenzaba a abrumarme porque había olvidado que podía ser una mujer apetecible; era evidente que no resultaba tan invisible como me creía.

—Lola, ¿sabes lo que estás haciendo? —me preguntó Shauri preocupado al tercer día de su regreso, después que Sam comentara dónde habíamos estado la noche anterior.

—Por supuesto. ¿Te parece mal que me entretenga y me divierta un poco?

—Robert estará al tanto de tus salidas. El día que llegué, se hacían apuestas sobre quién sería el primero en llevarte a la cama segundos antes de que entrara Robert en la sala de reuniones. Y te advierto que suele enterarse de todo.

—¿Y piensas que eso debe preocuparme? Yo no tengo nada que ver con Robert.

—Estás enamorada de él y él lo está de ti.

—Robert está con una chica mucho más joven que yo. —Shauri se sorprendió—. Lo he visto dos veces con ella en actitud muy cariñosa, en la puerta de los estudios. Una, antes de tu boda, y otra, después. Así que no creo que le preocupe lo que yo haga con mi vida.

—Eso no puede ser, Lola; no encaja. Te habrás confundido.

—Confundirse dos veces me parece extraño —intervino Sam en mi defensa.

—¿Entonces, por qué me pidió que lo sentara junto a ella el único día que pudo ir a mi boda? Si ni siquiera pensaba asistir porque tenía una reunión en Los Ángeles; me llamó para decirme que pasaría una noche y me rogó, aunque

parezca increíble en Robert, que lo sentase a tu lado. —Negó con la cabeza de manera rotunda, expresando su incompreensión—. ¿Cuántas horas voló para pasar una noche contigo?

—Te diré por qué lo hizo, Shauri —dije como si contara una historia que no tuviera que ver con mi persona—. Es un caprichoso, como sois casi todos los hombres, y le ha gustado acostarse conmigo porque quizás le apetezca una mujer madura y cálida de vez en cuando, como os referís vosotros a las mujeres de mi edad, que se crea sus palabras de amor. Sabe decir las más emotivas que os podáis imaginar; ni yo misma soy capaz de escribirlas, hasta que se te agarran en el corazón. ¿Quieres saber lo que hicimos el día de tu boda? —Me callé un instante y luego dejé escapar unas palabras con voluntad propia—. Follar como locos después de que me sedujera con su precioso y convincente vocabulario y de que me besara de una forma que derretiría al más gigante de los icebergs. —Sam soltó una carcajada escandalizada tras mi apoteósico argumento—. Como podéis comprobar, ya me he espabilado, me he dejado llevar y he disfrutado muchísimo en varias ocasiones, pero a cambio me han roto el corazón, porque no sé hacerlo sin entregarme —acabé con lágrimas en los ojos.

—No lo entiendo, Lola. Hace cinco años que conozco a Robert y no lo he visto en estas condiciones en mi vida.

—¿En qué condiciones? —pregunté ingenua.

—Indeciso, despistado y, sobre todo, desesperado. Está intratable.

—Será porque el rodaje no marcha como él desea, seguro —afirmé convencida—. O quizás porque no ve a su novia al tener que estar en Sussex.

—No, Robert es frío y un calculador implacable en su trabajo. —Me miró en un instante de reflexión—. Si se está enterando de que sales con esos tíos... —Dudó un segundo antes de atreverse a continuar—. ¿No te estarás acostando con ninguno?

—Ya he caído en una trampa y no me queda corazón para perderlo en otra —dije con un gesto de repugnancia que consiguió otra carcajada de Sam.

—Ahora tenemos una reunión con él. —Imagino que mi expresión de no importarme nada desapareció de mi cara—. Solo con verlo mirarte saldré de dudas.

—No sabía que nos reuniríamos hoy —comenté apurada y violenta y resoplé con fuerza. Shauri soltó una carcajada.

—Pobre Robert, lo estás volviendo loco. Estoy seguro y no me extraña.

El orden del día de la reunión se basaba en revisar unos cambios importantes en los dos últimos capítulos con los que yo no estaba de acuerdo; pero no me hizo falta hablar porque Shauri los encontró inapropiados y así se lo comentó a Robert. Yo me limitaba a leer el dossier que nos había entregado y a señalar en él lo que no me parecía correcto.

Robert comenzó a agobiarnos con las prisas de siempre y con los gastos que supondría ralentizarlo.

—Por ahora el guion es fantástico —le reprochó Shauri—; puedes cargártelo para ahorrarte unas libras.

—Unos cientos de miles, Shauri —contestó serio.

—Pero quedará perfecto, que es lo que siempre nos exigés.

—¿Lola? —me preguntó Robert con amabilidad, pero me dirigió una mirada implacable—. ¿Qué opinas?

—Estoy de acuerdo con Shauri, aunque quizás pueda salvarse sustituyendo toda la operación militar por una conversación en la que Bronson se la cuenta a Gabbles y, durante la misma, se muestran algunas imágenes de la acción. Imagino que eso ahorraría escenas, extras y horas de preparación y grabación —expuse intentando parecer lo más profesional posible—. No creo que le reste calidad a la narración.

—Me parece bien —respondió Robert con frialdad—. ¿Shauri?, ¿Sam? — Los dos asintieron convencidos, me felicitaron por la idea y Sam mencionó las imágenes que creía más impactantes.

—¿Lo ves, Lola? —insistió Shauri de vuelta a nuestra sala de trabajo—. Creo que son las pocas palabras amables que ha dicho desde que regresé de mis vacaciones.

—Te estás equivocando —afirmé convencida—. Si las miradas matasen, yo no hubiese salido con vida de la reunión; además, no olvides que su trabajo es lo más importante para él.

Me dirigía, con el abrigo puesto, hacia el ascensor a la hora del almuerzo, pero Robert me requirió desde su despacho.

—Cierra la puerta —me ordenó de malos modos y ni siquiera me pidió que me sentara. Me observaba del mismo modo implacable que en la reunión—. Solo te lo advertiré una vez. Espero que los comentarios que me están llegando hasta Sussex sobre las apuestas no sean ciertos.

—No sé de qué me hablas —mentí ofendida y temblando bajo esa mirada, que penetraba hasta mi conciencia.

—De las apuestas que están haciendo algunos por ver quién te lleva antes a la cama —me dijo con tanta frialdad que no solo me acobardó, sino que logró que me sintiera de su propiedad y me indignó—. Si se te ocurre acostarte con uno de esos tíos solo por provocarme, jamás te pondré una mano encima. —Fingí ignorancia y di un respingo al oír el golpe que dio sobre la mesa, con el que intentaba descargar su impotencia—. Sal cuanto quieras, pero no permitas que te toquen, o te juro que me perderás para siempre.

—Nunca te he tenido ni deseo poseerte.

—Tú sabes que sí —me gritó convencido—, tanto como yo a ti.

—No puedes ser más arrogante, caprichoso y egoísta —le respondí con desprecio.

—Di lo que quieras, pero sabes que es cierto. Esperaré hasta que entres en razón y te sientas segura sobre nosotros, porque te has adueñado de mis sentimientos y no puedo hacer nada por evitarlo por más que lo intento. Pero si oigo un solo comentario sobre ti de boca de alguno de esos... —dijo con asco, señalando con el pulgar hacia la puerta—... entonces sí que vas a sufrir de

verdad porque dejarás de existir en mi vida para siempre.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? No tengo por qué seguir escuchando tus absurdas amenazas. Déjame en paz de una maldita vez; tú vives tu vida como te da la gana y yo haré lo mismo con la mía. No te debo explicaciones, ni te las pido a ti. Y por favor, no me obligues a marcharme antes de acabar mi trabajo; eso es lo único que me retiene aquí.

—De acuerdo, Lola. Sé que no eres ninguna insensata. —Sonrió desganado—. No volveré a advertirte.

Me encerré en un servicio y lloré angustiada sin comprender las pretensiones de Robert ni por qué me trataba de ese modo arrogante y posesivo. Solo deseaba terminar mi contrato, demostrarle que no era una cobarde ni que huía por mis errores y, unos días después, regresaría a mi casa a disfrutar de la compañía y del cariño de mis hijos.

Los días que coincidimos en los estudios, si yo intenté ignorar a Robert, él lo hizo más y, si yo logré parecer profesional, él también me ganó. El caso fue que, a partir de esa discusión sobre las apuestas, tal como me había advertido Shauri, pensé que, por fin, todo había terminado entre nosotros.

Me quedaba una semana por acabar y, vencida y decepcionada, la mujer invisible volvía a su vida de siempre. Del trabajo a casa y de casa al trabajo, caminando si el tiempo invernal me lo permitía; mi llamada diaria a mis hijos; volví a encontrar refugio en la lectura, y solo accedí a salir un par de días con Shauri y Sam porque sabía que me despediría pronto de ellos y los apreciaba sinceramente.

Mi terrible experiencia con Robert me mortificaba tanto que ya ni siquiera podía pensar mal de él, y comencé a dudar si las palabras que me dijo en su despacho podrían ser ciertas. Yo volvía loco a los hombres, yo era el problema. Quizás Robert salía con la otra chica porque yo resultaba demasiado complicada e inalcanzable y le apetecía una relación más simple y

agradable, como le sucedió a Juan con Paloma, a pesar de que ambos hombres me amasen. No sabía qué pensar ni cómo dejar de hacerlo.

Shauri y Sam se preocupaban por mí y me decían que me parecía a la Lola asustadiza que había llegado a los estudios en septiembre.

—Pero era feliz con la vida que llevaba —les respondí—. Ahora se me ha roto el corazón y no sé cuánto tiempo tardará en repararse. Está claro que lo mío no son los hombres.

—Prueba con las mujeres —bromeó Shauri—; quizás, te vaya mejor.

—Probaré estar sola y libre de nuevo. Yo me causo pocos problemas y menos sufrimiento.

Mientras yo me sentía morir, Robert preparó una fiesta antes de Navidad, en su casa de Sussex, en la galería —por lo que comentaba Shauri, que había hablado con él—, a la que invitaba a sus empleados y al personal del rodaje, y a la que yo no pensaba acudir. Esa casa me traería demasiados recuerdos dolorosos que llevaría conmigo a Sevilla, junto con mi equipaje, y ya cargaba con bastantes penas para añadir otras. Pero Shauri y Sam insistieron hasta convencerme de que Robert no era la única persona que había conocido en Londres y que debía despedirme de todos los amigos con los que había pasado buenos momentos. Pensé que, quizás, los recuerdos no serían tan amargos si intentaba superar mi decepción, y acepté la invitación que Robert había repartido a todos los empleados.

En cuanto la vi allí, me arrepentí de haber accedido a la insistencia de mis compañeros. Había soportado sin problemas la presencia de Paloma en la vida de Juan; nunca me había molestado, ni siquiera su edad, simplemente me resultaba indiferente. Y también había perdonado la aventura de Doris con Robert porque entonces no tenía nada que ver conmigo. Sin embargo, esa mujer, que parecía consultarlo todo con él, rebajaba mi autoestima hasta límites insospechados. Era evidente que me había cambiado por ella; quizás

aún no lo había hecho cuando yo los vi en la puerta de entrada a los estudios, y por eso lo negaba. Pero ese día no lo dudé al ver la confianza que demostraban ya el uno en el otro.

Creo que Robert no esperaba verme en su casa, y no estaba segura de que mi presencia le agradara; aun así intenté mantenerme alejada de él todo lo que pude y hablé con la gente del estudio porque a los actores y el personal de rodaje apenas los conocía. Sam me presentó al cámara, con el que salía alguna vez, y luego, a Charles; el director se mostró muy amable conmigo. Era un hombre atractivo y agradable, quizás algo mayor que yo, y acudía a la fiesta acompañado por su simpática esposa, con la que estuve conversando bastante tiempo sobre Sevilla, donde había estudiado un año durante su etapa universitaria, no muy lejana —pensé— porque podía ser quince o veinte años más joven que Charles. Ella misma me contó que era su segunda esposa y que lo conoció mientras trabajaba como ayudante de producción en un rodaje.

Mientras hablaba con ella, pude ver cómo Robert le decía algo a su amiga o su novia, y ella me miraba sin esconderse y sonreía. Consiguió humillarme como no había logrado Juan, mientras se pavoneaba ante mí con Paloma. No tenía que preguntarme sobre lo que hablarían; quizás le estaría diciendo que yo era la mujer mayor con la que se había acostado por darse un capricho, por tener una experiencia nueva. La indignación y la vergüenza se apoderaron de mí a partes iguales, y decidí marcharme de allí antes de ponerme a llorar, convencida de que todos los hombres eran iguales y la mayoría —si le surgía la ocasión de conseguir a una mujer joven y bonita— no la desaprovechaba; lo abandonaba todo por ella —esposa, hijos—, y no entendía esa satisfacción masculina que sentiría. Porque ¿qué tenía Michelle, la mujer de Charles, que no tuviera yo? ¿Quizás la responsabilidad que implican dos hijos?, ¿demasiadas experiencias negativas? Debía ser eso. Con Robert mi desgraciada experiencia me sirvió para obligarme a impedir que otro hombre se aprovechara de mi buena voluntad y de mi cariño sincero, como había hecho Juan en el pasado.

Me sentí aliviada al llegar a la puerta de la casa, sin tener que despedirme de nadie, e inspiré una gran bocanada de aire fresco, que ayudaba a deshacer el nudo que apretaba y encogía mi estómago. Aún no había oscurecido y sabía que no había mucha distancia hasta una parada cercana de autobús que me llevaría a cualquier parte, menos allí; no podía estar ni un segundo más en esa hermosa casa.

Robert me sorprendió mientras me ponía el abrigo.

—¿Te vas sin despedirte? —me preguntó con un gesto de impotencia que ya había visto en su cara alguna vez—. Aunque tampoco me has saludado al llegar. Y te aseguro que ahora mismo te estaba buscando para hablar contigo; he estado bastante liado con la organización del cáterin.

—No me extraña —lo disculpé al dirigirme a la salida—. Debes atender a demasiados invitados. Gracias por invitarme, Robert. Adiós.

—No te marches aún, Lola. Por favor —me pidió en un tono suplicante que no entendía; quizás pretendía humillarme un poco más—, quédate un rato más y disfruta de la fiesta. Estás muy guapa. —Me recorrió con sus ojos de chocolate, rebosantes de deseo, y me ofendió—. Muy elegante. Toda una señora inalcanzable, como siempre. —La expresión de desprecio que le dediqué lo sobresaltó y me pregunté cómo se atrevía a hablarme de esa forma teniendo a su novia bajo el mismo techo que yo. O quizás lo hacía por educación o compasión, lo que tampoco era muy alentador, y salí de la casa sin mirarlo.

Me agarró fuerte por el brazo y me impidió descender del porche, que se alzaba majestuoso sobre un pódium de tres escalones.

—¿Puedes decirme qué te ha molestado? ¿Por qué me has dedicado esa mirada de desprecio?

—Porque me has ofendido con tus falsos elogios.

—¿No puedo decirte que estás preciosa?

—No. Guárdatelos para tu novia.

—¿Mi novia? —preguntó asombrado—. La única mujer a la que me gustaría

llamar novia la tengo delante y parece odiarme y despreciarme.

—Pues te he visto con tu amiga, o como quieras llamar a tus conquistas; ¿tal vez tu amante? Y parece que os va muy bien.

—¿Mi novia está aquí? —repitió; en esta ocasión, sonriendo—. Muéstramela, estoy deseando conocerla.

—No te burles de mí; no lo permitiré otra vez. Me engañaste con tus conversaciones amigables y tu falso interés, pero no intentes avergonzarme de nuevo. ¿Crees que soy Doris?

—¿Doris? —preguntó extrañado— ¿Qué tiene que ver Doris con nosotros? Ni siquiera entiendo por qué aparece en esta conversación.

—Conmigo no tiene que ver nada. Contigo. Tú lo sabrás mejor que yo.

—Yo no tengo nada que ver con Doris; nunca he tenido nada que ver. Solo es una empleada eficiente. —Lo miré desconfiada y él, a mí, dolido y extrañado—. ¿De dónde has sacado esa idea? ¿No será ella mi novia?

—De la primera noche que pasé en tu casa —respondí dispuesta a aclarar la situación de una vez—. Ella dormía con Sam; la despertó regresando de tu habitación y, si mal no recuerdo, sus palabras exactas fueron las siguientes: «Vengo de estar con Robert».

—Malditos cotillas —me insultó divertido tras recordar un momento—. Habíamos estado organizando el trabajo de ese día y vosotros... —gritó mirando al cielo—. Menudos chismosos. —No sé por qué, pero le creí y me avergoncé de mi desconfianza.

—¿Qué más da Doris u otra cualquiera? Parece que una mujer no es suficiente para ti.

—Me resultaría imposible soportar a otra mujer aparte de ti. ¿Para volverse loco de remate?; ya casi lo estoy por tu culpa.

—¿Qué pretendes, Robert? ¿Por qué no me dejas en paz? —le pedí con lágrimas en los ojos—. Deja que me vaya; no tienes que justificarme nada de lo que ocurrió. Eres un hombre soltero y mujeriego y estabas encaprichado conmigo; me conseguiste y se acabó.

—¿De verdad que piensas eso de mí? —Me cogió con fuerza por los brazos—. Lola, te lo dije: estoy enamorado de ti. Te quiero y me estoy volviendo loco con tus rechazos y con esas historias que te inventas sobre otras mujeres. No sé desde cuándo no estoy con otra mujer que no seas tú, porque estaba seguro de lo importante que es para ti el respeto mutuo. No quiero a otra ni en mi vida ni en mi cama y no entiendo por qué te inventas esa historia sobre «otras»; quizás tu cobardía, tus dudas y tus miedos por la mala experiencia que sufriste en tu matrimonio te estén haciendo daño aún. Hasta ahora he creído que eso es lo que te empuja a buscar una excusa para alejarte de mí; eso es lo que he pensado y por lo que no me rindo. —Me ofendió que continuara con su absurda mentira cuando lo había visto con mis propios ojos.

—Yo no me invento nada; te vi abrazándola en la puerta de los estudios. Te recibió con un abrazo y tú se lo devolviste; bastante efusivo, además. Y la besaste con tanta ternura y cariño que me hiciste llorar. En dos ocasiones.

Me observó reflexionando durante un instante, esforzándose por recordar, y luego sonrió más tranquilo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. Maldita gitana desconfiada —me insultó sonriendo con esa ternura que me dedicaba, increíble en un hombre como él—. Ven aquí. —Me llevó casi arrastras por toda la casa hasta que encontramos a la chica en cuestión. Yo intentaba soltarme con disimulo para no llamar la atención, pero no lo lograba, y se paró tras ella—. ¿Te refieres a esta mujer?

—Sí —respondí bajando la cabeza, sin entender por qué pretendía humillarme de ese modo—. Deja que me vaya, Robert —le supliqué avergonzada, pero él me ignoró.

—¡Susan! —la llamó y ella se giró sonriendo—. Quiero presentarte a alguien.

—Lola, esta es mi hermana. —Me observó indignado y, entonces, me soltó.

—¿Cómo estás? —me preguntó educada y atenta. Robert no apartaba su vista de mi rostro para comprobar mi reacción—. He oído hablar de ti. —La

mirada que le dirigió su hermano la intimidó tanto que buscó una rápida excusa convincente a su comentario—. Eres la autora de la novela en que se basa la serie, y tenía ganas de conocerte.

—Sí —susurré más avergonzada y violenta de lo que había estado en toda mi vida, mientras deseaba poder hacerme invisible en ese momento y pensaba en el espantoso ridículo que había hecho, no solo ante Robert, sino ante mis compañeros.

—Henry. —Llamó la atención de un hombre de la misma edad que Robert, pero de menor estatura; permanecía a mi lado sin dejar de observar mi humillación—. Esta es Lola Serrano, la autora de la novela en la que se basa la serie.

—Encantado de conocerte, Lola. Hemos oído hablar de ti a Robert. Tu novela se ha convertido en uno de mis libros favoritos, y quiero que sepas que yo se la recomendé a mi cuñado.

—Es cierto —reconoció el aludido y me alivió escuchar su tono de voz, relajado aunque serio—. Hablaba tan bien de ella que me obligó a leerla por si resultaba adecuada a lo que buscaba en esos momentos.

Estuvimos hablando sobre literatura contemporánea durante unos minutos, en los que mi temor era quedarme a solas con Robert. Hasta que alguien del personal del cáterin requirió su presencia y aproveché su marcha para emprender de nuevo mi huida.

Me alejaba unos metros de la casa cuando la voz de Robert me detuvo.

—¿Huyes de nuevo, gitana cobarde?

Me giré despacio e imagino que el sentimiento de vergüenza que sentía iría marcado en mi rostro. Ahora estaba obligada a pedirle disculpas por el terrible embrollo que había provocado y, armada del poco valor que me quedaba, me dirigí hacia él, que permanecía observándome impassible desde lo alto de los escalones, lo que me provocaba más humillación, si era posible. Pero no oculté mi arrepentimiento.

—Estoy avergonzada por mi comportamiento y por la desconfianza que he

demostrado en ti. —Robert continuaba escuchándome impasible y serio—. No sé si ha sido provocada por los difíciles momentos que estaba viviendo; no quiero buscar una excusa fácil. Pero sí te ruego que no me recuerdes como una loca histérica porque no lo soy, nunca lo he sido, aunque contigo me haya comportado de ese modo.

—Ahora mismo te partiría ese precioso y elegante cuello que tienes, pero me gusta besarlo demasiado para desperdiciarlo de ese modo. —Me miraba como si realmente deseara matarme—. ¿Sabes cuánto he sufrido estas semanas atrás? Ni al divorciarme lo pasé tan mal, Lola. Nunca he necesitado a nadie del modo en que te necesito a ti.

Bajé la cabeza porque no podía aguantar más el llanto y no quería despertar la compasión de Robert; yo no la merecía.

—Si te sirve de venganza y consuelo, te diré que yo también he sufrido mucho, así que tu sufrimiento está compensado con el mío —Nos quedamos los dos en silencio durante unos segundos, y pensé que Robert esperaba que me marchara.

—Adiós, Robert. Siento mucho que mi absurdo y desconfiado comportamiento te haya hecho sufrir.

—¿Ya está? —me exigió— ¿Esa es toda tu disculpa después del daño que me has causado con este estúpido malentendido?

—Cualquier cosa que diga me parece insignificante; la mejor disculpa sería librarte de mi presencia.

—No, eso tampoco me parece suficiente. —Me atreví a mirarlo a los ojos y percibí en ellos un deseo incontenible.

—De acuerdo. —Suspiré mientras me reponía—. Te espero en tu habitación —le dije decidida y, sin pensar, me dirigí de nuevo a la puerta de la casa, que permanecía abierta—. Creo que será la única forma de que compruebes lo arrepentida que estoy.

—¿Ahora? —Me volví para mirarlo y tuve la impresión de que se excitaba al pensarlo e intentaba contener una sonrisa—. Por si lo has olvidado, estoy

celebrando una fiesta en mi casa, y no es correcto que descuide a mis invitados.

—Quizás, luego, no tenga valor para hacer lo que he decidido ahora mismo.

—Lola, eres increíble. —Me miró serio pero con el deseo reflejado en sus ojos de chocolate—. Otra vez has conseguido impresionarme. Me hubiese conformado con un par de besos, pero ahora te obligaré a ofrecerme lo prometido.

Me tomó de la mano y, subiendo por la escalera de la cocina —que en esos instantes permanecía solitaria—, me condujo, sin muchos miramientos, hasta su dormitorio. Entramos y cerró la puerta con llave.

—Siento mucho...

No pude continuar mi disculpa porque su boca se estrelló contra la mía, pero no protesté cuando el deseo retenido de Robert se hizo físico. Mis manos atraparon su cuello, y entre nosotros no cabía ni un alfiler. Su lengua se movía provocativa dentro de mi boca y me excitaba, y mi respuesta lo alteraba más. Me arrinconó contra la puerta, porque no habíamos podido dar un paso después de cerrar. Ansioso, se deshizo de mi abrigo con facilidad y encontró sin dificultad la cremallera de mi vestido; mientras la bajaba, me miraba y reflejaba esos destellos de pasión que me impresionaban.

Bajó mi vestido desde los hombros, despacio, y me enloqueció con el roce de sus manos; con su mirada, observaba con detalle lo que el vestido cubría, como si fuera la primera vez que lo veía. De repente, me sorprendió al cargarme como un fardo sobre su hombro; dejó el vestido en el suelo y se reía a carcajadas al oír mis gritos y mis protestas.

—Cállate, Lola. Tienes una gran deuda que pagar.

Me quitó los zapatos y los arrojó al suelo de cualquier modo, como hizo luego conmigo sobre la cama; derrochó esa fantástica energía que me fascinaba, sin dejar de contemplarme como si observara la séptima maravilla del mundo. Me encantaba sentirme así después de las semanas de sufrimiento que yo misma nos había provocado.

—Quítate las medias, o tendré que rompértelas —me dijo sonriendo mientras se desabrochaba la camisa y yo lo miraba escandalizada—. Después del tiempo que me has entretenido sin sexo, no esperes que tenga piedad de ti.

—No digas eso, Robert —le pedí ingenua mientras obedecía y me quitaba las medias con cuidado—. Lo que más necesito ahora es que te apiades de mí, que tengas paciencia y perdones mi desconfianza en tus sentimientos.

—No te mereces mi paciencia, gitana liosa. —Me miró con cara de pocos amigos y yo solté una carcajada que lo contagié—. Lo que más necesitas ahora es que te coma a besos ese precioso cuerpo moreno que me vuelve loco, te haga el amor y te repita cuánto te quiero, a ver si me crees de una puñetera vez.

Se tumbó a mi lado y me capturó en un poderoso abrazo. Solo tener ante mí el cuerpo desnudo de Robert me provocaba; esos hombros fuertes y perfectamente definidos, que me cortaban la respiración. Disfrutaba y me excitaba mirándolo. Sentí cómo se derretía en cuánto me abracé a él y me relajé respondiendo a su ansia. Arrojé de mi cabeza todo lo que no fuera el cuerpo de Robert y lo que podíamos ofrecernos en ese maravilloso momento de nuestras vidas.

Sus caricias me excitaban, sus susurros me enloquecían; sabía que ya estaba entregada y que lo deseaba tanto como él a mí.

—Dímelo, Lola. Necesito que me lo digas —me decía a la vez que acariciaba el interior de mis muslos, lo que me volvería loca de pasión si tan solo rozaba mi sexo—. Dime que me quieres.

—Lo sabes, Robert. Te quiero —respondí alterada mientras sujetaba su rostro entre mis manos y lo miraba a los ojos mientras las suyas no paraban, quietas sobre mi cuerpo—. Si me he comportado de ese modo tan desconfiado, ha sido por lo mucho que te quiero y por el miedo a tu rechazo. —Lo miré a los ojos y un suspiro salió involuntario de mi corazón—. Amo a este Robert tierno y cariñoso, salvaje y seductor; quiero al Robert educado, amable y atento con el que puedo hablar durante horas; adoro al Robert patán, orgulloso

y exigente, capaz de mover montañas. Los quiero a todos desde hace meses, desde que vine por primera vez a esta casa y descubrí al verdadero Robert Wylder, al que me abraza en estos momentos.

—No te estoy abrazando precisamente. —Sonrió malicioso y me arrojé a su boca para jugar con sus labios y enloquecerlo de deseo, al igual que estaba yo. Y ya no cupieron más palabras entre nosotros; solo excitación, solo un juego sexual y maravilloso del que jamás había disfrutado; solo un viaje codicioso de pasión con destino a un éxtasis que casi consiguió desmayarme.

Después, con unos besos y unas caricias silenciosas, sin dejar de mirarnos a los ojos, procuramos recobrar la normalidad.

—Esto cada vez funciona mejor, y me encanta que ocurra de este modo.

—Pero otra vez se nos ha olvidado usar un preservativo; todavía tengo la regla. —Robert soltó una carcajada.

—Te prometo tener más cuidado la próxima vez; no quiero dejarte embarazada y verme obligado a casarme. —Volvió a reírse y me hizo reír—. Por mucho que te quiera, a nuestra edad, ¿qué dirían tus hijos si les dices que van a tener un hermanito?

—¡Dios mío! —exclamé sin dejar de reír—. Me moriría de vergüenza.

—¡Ay, Lola! —Gimió sobre mi cuello—. Vas a volverme loco, te lo aseguro.

Se me quedó mirando a los ojos de esa forma que me hacía sentir la mujer más guapa y preciosa del mundo, como me había repetido tantas veces en la cama. Junto a él resultaba imposible sentirme invisible.

—Eres terrible, Lola —me dijo sonriendo despreocupado, a la vez que acariciaba mi vientre y lo besaba con tanta ternura que parecía adorarlo.

—Siento haberte hecho sufrir, pero verte dos veces abrazando a esa chica, tu hermana, tan cariñoso, disparó la desconfianza y las dudas que tengo en los hombres.

—No entiendo de qué puedes dudar; eres una mujer fantástica y maravillosa. —Me miró, otra vez, durante unos segundos, casi devorándome

con el deseo que transmitían sus ojos—. No imaginas lo que despiertas en mí, lo terrible que es enamorarse como un tonto de una mujer como tú y a mi edad.

—¿Qué tengo de malo? —pregunté resignada.

—Que eres de las que atrapan a los hombres para siempre; eso tienes de malo. Me has atrapado y, si ahora me abandonas..., me convertiré en un hombre amargado; estoy seguro. Porque tan solo con recibir tu ignorancia estas semanas casi consigues volverme loco de pena y sufrimiento.

—¿Crees que no me siento igual que tú? Robert, he pasado veintiocho años de mi vida con el mismo hombre, y ni una sola vez me ha hecho sentir como tú has conseguido que me sienta en esta cama. —Me miró incrédulo—. Te juro por mis hijos que te estoy diciendo la verdad.

Me quedé callada un instante y pensé en lo que sucedería a partir de ese momento. De repente, me invadió una gran tristeza.

—¿En qué piensas? ¿Por qué estás tan triste?

—Nada, una tontería que se me ha pasado por la cabeza. Disfrutemos de este momento.

—¿Cómo que de este momento? ¿Eso es lo que vas a aguantar a mi lado? ¿Ya estamos terminando otra vez? —bramaba exigente—. Me obligas a hacerte el amor y luego quieres echarme de tu vida.

—Robert, no sé si estoy preparada para lo que creo que esperas de mí.

—¿Qué te dije una vez sobre tu marido? ¿Lo has olvidado? —Negué con un gesto rápido.

—Un gilipollas, Lola. —Suspiró—. Tu marido no supo retenerte a su lado y, cuando se dio cuenta de lo que perdía..., cometió una locura, como haría cualquier hombre por ti por que lo miraras con esos ojazos negros como me miras, apasionados y sinceros. —Me besó con tanta delicadeza que un escalofrío incontrolable me recorrió todo el cuerpo—. No lo conozco, pero sí te conozco a ti, y resultas la mujer más impresionante que he conocido en mi vida —añadió mientras me contemplaba con admiración—. Mi gran señora. Mi gitana. No sabes cuánto me alegro de su estupidez, y se la agradezco

porque te ha puesto en mi camino. Y para tu información, aunque me arde el estómago con solo pensarlo, ahí abajo tienes unos cuantos admiradores esperando como buitres a que me rechaces.

—¿Qué sabrás tú sobre mis admiradores?

—Ellos sí son reales, no como mis novias. —Me avergonzó su comentario—. Tengo unos cuantos chivatos y pelotas, entre todos ellos, que me cuentan todos los cotilleos que se dicen a mi espalda. —Frunció el ceño como muestra de enojo—. El que más me ha gustado es el asunto de la apuesta que hicieron para ver quién te llevaba antes a la cama. —Resopló—. Creo que eres la única de las cien personas que debe haber en mi casa a la que le cuesta reconocer que estoy loco por ti. A todas las personas a las que me he visto obligado a invitar para hacerte venir... Pero mi esfuerzo ha merecido la pena. —Me besó con delicadeza y, sin apenas separar sus labios de los míos, sonrió—. Y pensando en ellos, aunque me resulte insoportable en este momento, me veo obligado a pedirte que te vistas. Tengo que bajar, y no tardes porque necesito tenerte a mi lado. —Mientras recorría mi cuello con sus labios, se detuvo un instante— ¿Puedo besarte en público o tengo que seguir controlándome? Te aseguro que para mí es una tortura insoportable no poder besarte o tocarte cuando me apetezca. —Me hablaba al tiempo que sujetaba mi rostro con la palma de la mano, sin dejar de mirarme a los ojos, y llegaba hasta mi corazón. Qué facilidad encontraba para conseguirlo.

—Después de lo que acabas de hacerme sentir, tienes permiso para besarme, incluso, delante de mis hijos, aunque luego te den una paliza entre los dos. —Robert soltó una gran carcajada de satisfacción mientras se dirigía al baño. Se duchó, se vistió, me besó de nuevo y, un minuto después, abrió la puerta del dormitorio. Antes de salir, se paró en el umbral y me miró sonriendo.

—Te espero abajo; este fin de semana lo pasamos juntos. No pienso dormir solo ni una noche más. —Me sonrió satisfecho y me ordenó—: Tienes cinco minutos para bajar antes de que me obligues a subir a buscarte.

«Gracias, Dios mío, gracias por poner a este hombre en mi camino. Aunque haya sido una vez más en mi vida, he podido sentir el amor y la pasión auténticos, como jamás pensé que existían. Y ahora me gustaría encontrar la voluntad suficiente y quedarme con él para siempre», pensaba.

«Lola —me regañé a mí misma—, ¿te estás oyendo? Ya vas a entregarle tu vida a otro hombre y, si te sale mal de nuevo, ¿qué quedará de ti? —Respiré profundamente y reflexioné un instante—. Tengo razón, vamos día a día, hora a hora, minuto a minuto; disfrutemos mientras sintamos lo mismo y, por supuesto, compartamos este sexo maravilloso que me ha descubierto Robert», me decía.

Capítulo 21

ALBA

Cuánto nos complicamos la vida las personas. —Suspiro emocionada—. Pobre abuela. El sufrimiento que había padecido en su primer matrimonio la cegaba y no le permitía apreciar la oportunidad que le ofrecía la vida de ser feliz junto a un hombre fantástico, su perfecto caballero; porque era evidente que mis abuelos encajaban juntos a la perfección. No podía creer que mi abuelo Robert fuera un canalla y que hiciera sufrir a mi abuela a postas; siempre me ha parecido un hombre correcto, de una educación y modales incomparables, con una habilidad tremenda para conversar y discutir, y no solo con su familia; también tiene una reputación profesional intachable. Por ello soportó todas las dudas y los desprecios de mi abuela con una paciencia inquebrantable, comprendiendo los motivos que lo provocaron y, sobre todo, la valía de Lola. ¿Cuántos hombres estarían dispuestos a sufrir y luchar de ese modo por la mujer a la que aman?

Mis abuelos habían vivido una verdadera historia de amor, franqueando barreras que ellos mismos o los demás alzaban, y lo que más me admiraba era el profundo respeto que se guardaba el uno al otro, su capacidad de conversar y discutir sin alterarse y sin hacerse reproches. Ese tipo de relación que también había visto en mis padres. Personas que se esfuerzan por mejorar, por seguir creciendo por sus seres queridos y por ellos mismos. De ese modo me habían educado y me sentía orgullosa de mi manera de ver la vida. Y por eso no tengo muchos amigos; conocidos, sí. Pero a la gente le cuesta esforzarse; se

acomodan y acaban decepcionándome. Al cumplir años, mis amistades se limitaron más y, prácticamente, se redujeron a Sandy y Bradley y, por supuesto, cuento con mi familia.

A Andrew y a mí no nos va mal en estos momentos; todo lo contrario. Al menos yo nunca he sido más feliz en toda mi vida y creo que a él le sucede lo mismo. Y lo que más deseo es continuar con mi matrimonio en la misma dirección.

Conforme avanzo en la vida de mi abuela, aprecio y valoro la intensa historia de amor que la unió a mi abuelo Robert. Ella escribió el precioso romance de su abuela gitana, María, y su abuelo, Antonio; incluso llegó al cine, y yo, su nieta, hago lo mismo con la de ella. Y entonces pienso que quizás eso se convierta en una tradición familiar y que alguno de mis nietos llegue a escribir sobre mi vida. La idea me emociona aunque creo que, por ahora, no contarían nada memorable.

Estoy ya de más diez semanas de embarazo cuando alerto a Claire sobre unos *emails* nada halagüeños que he recibido sobre Jessie. Desesperada, como Claire no puede acompañarme a visitarla hasta unos días más tarde por estar de viaje, le pido ayuda a Sandy. Si obtengo la autorización de la chica, denunciaré públicamente a su marido y necesitaré un testigo que verifique su consentimiento. Sandy no lo duda; le encanta correr una pequeña aventura y no es la primera vez que me acompaña en mis investigaciones. La recojo a la salida del banco y nos dirigimos a casa de Jessie en coche.

Como siempre, Jessie me abre, aunque con la cadena de seguridad por medio y, en cuanto me ve, su rostro, lleno de moretones, palidece. No hace falta que hable; leo sus labios a la perfección. Sean está en casa. Yo he cometido el error de no pasar por su comercio, como he hecho en todas las ocasiones antes de visitarla. Pero algo ha cambiado en la situación de la chica. Leo su mensaje mudo en los labios: «Ayúdame, por favor. No puedo más». Sin

pensarlo, saco un bolígrafo de mi bolso, le tomo la mano y le apunto la dirección de correo electrónico de Alba la periodista.

—Escríbemelo —le digo de la misma forma—, por favor, lo antes posible. No tardes.

A pesar de nuestra silenciosa conversación, oímos pasos, y la chica se apresura a cerrar la puerta. Sandy y yo nos giramos con intención de marcharnos cuando escuchamos cómo la puerta se abre de nuevo, y me vuelvo esperanzada de poder hablar con ella. Pero es Sean quien sale y nos observa sorprendido, con los ojos fuera de las órbitas y un gesto de furia que nos asusta. Nos dirigimos a la escalera cuando el animal retiene a Sandy por el brazo y comienza a gritarle en la cara.

—Como no dejéis en paz a mi mujer, os denunciaré a la policía. Meteos vuestros consejos y a vuestra asociación por el culo. Ella no necesita ayuda; me tiene a mí.

—Sí, ya vemos cómo la ayudas —le contesta Sandy afectada por la imagen que ha visto de la chica—. Suéltame, maníaco asqueroso —le grita Sandy asustada y agitando el brazo—. No me toques con tus sucias manos.

—¿Cómo te atreves a tocarla, animal? —le espeto sin poder controlarme por más tiempo—. Suelta a mi amiga si no quieres que seamos nosotras las que te denunciemos por agresión. —La cara de repugnancia con la que me mira me provoca un escalofrío; es la imagen de un hombre violento y rabioso. Agarro la mano que aprieta el brazo de mi amiga y le retuerzo unos dedos.

—Suéltala ya —le exijo, al entrometerme entre los dos, y no veo venir el golpe con el puño cerrado que me vuelve la cara con brusquedad y me tira al suelo; afortunadamente, al lado contrario de las empinadas escaleras.

Me levanto furiosa y, sin pensarlo, le propino una patada que él tampoco adivina porque no está acostumbrado a que una mujer le plante cara. Sandy, histérica, se lanza contra él, lo agarra de su pelo grasiento y arremete con patadas y manotazos, presa de un ataque de nervios. Él, sorprendido, no tiene tiempo de reaccionar y, gracias a la agresividad que mostramos las dos, lo

obligamos a encerrarse en su casa.

—¡Si vuelves a tocar a tu mujer, seré yo quien te denuncie a la policía! — grito a la puerta cerrada, convencida de que me está escuchando—. ¡Acabaré contigo, maldito animal!

Bajo la escalera, casi sin ver los escalones, y tiro de la mano de Sandy, presa aún de la tensión nerviosa que ha dominado mi actuación ante Sean. Empiezo a sentir las palpitations de mi pómulo hinchado, y duele más de lo que esperaba. En ese instante en que la adrenalina recorre nuestros cuerpos, las dos temblamos y comenzamos a reír histéricas antes de llorar y abrazarnos la una a la otra en medio de la calle.

—Maldito hijo de puta —manifiesto en voz alta con el fin de desahogar mis nervios.

—Sí, al menos lo hemos asustado. —Sandy sonríe y yo la secundo—. Suerte que llevaba estas botas. Cuando vea los cardenales que le saldrán en las espinillas, se acordará de nosotras.

—¿Y tu brazo? —le pregunto nerviosa a Sandy y le levanto la manga de la chaqueta.

—Bien, aunque imagino que me saldrán hematomas.

Eso me recuerda al terrible puñetazo que he recibido, y me llevo la mano a la mejilla.

—¿Se me nota mucho? —le pregunto a mi angustiada amiga—. Andy se enfadará otra vez.

—No quiero disgustarte, pero mírate en el espejo retrovisor de ese coche.

—Mierda. Cabrón de mierda —grito al verme el prometido moretón—. Voy a cortarle las pelotas, como dice mi madre. Y esta noche tengo que ir a cenar a casa de mi abuela. Menuda bronca voy a recibir.

Ya estoy dispuesta a cargarme a ese animal y nos dirigimos a la comisaría más cercana. Explico el caso y Sandy corrobora mi «confesión» porque, en esos momentos que recibo la frialdad policial, creo que piensan que yo soy la culpable por inmiscuirme en asuntos privados. Por fortuna, los hematomas que

ya toman forma en el brazo de Sandy y el de mi cara —más grave— testifican también por nosotras.

Mi sorpresa es que una agente de policía se acerca a la mesa donde me atienden y cuchichea algo con su compañero, que me mira incrédulo.

El agente, de la edad de mi padre, comienza lo que me resulta un sermón.

—Señora, debería ser usted más prudente si no desea que le sucedan más altercados como el de esta tarde. Hace unos días colaboró usted en la detención de un traficante, y eso me revela que es una periodista bastante atrevida. La situación podría haber resultado más peligrosa de lo que imaginan.

«Menos mal que no se ha enterado del asunto de Walker —pienso—, ni de que estoy embarazada; en ese caso me encerraría para mantenerme a salvo de mis propias locuras».

—Y a mí me gustaría pedirle que, cuando reciban denuncias de los vecinos de esa chica, por lo menos, traigan a su marido a pasar un par de días en los calabozos. Quizás sus hijos, de seis y cuatro años, se lo agradezcan. —El policía me mira impresionado—. No voy a esperar sentada hasta que la mate. Si por desgracia lo logra, al menos, me habré preocupado por evitarlo. —El hombre no me responde.

—No podemos impedir que se acerque a esa familia, pero personalmente, si yo fuera su padre, y tengo edad para serlo, le aconsejaría que procure no hacerlo si ese hombre está en su casa.

—Gracias por su consejo. Créame que lo tendré en cuenta, no lo olvidaré.

Me he retrasado bastante y tengo llamadas perdidas de mi abuela y de Andrew, que me esperan preocupados porque no les he respondido. Mando un mensaje a mi marido en el que le digo que estaré allí en cuanto acompañe a Sandy a Mayfair.

Llego a casa de mis abuelos y Andrew me mira un instante al besarme.

Menudo respingo da.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta alterado a la vez que estudia mi rostro con minuciosidad mientras lo sujeta con fuerza entre sus manos—. ¿Te han pegado? —Asiento nerviosa, consciente de que es inútil mentir—. Por Dios, Alba. ¿Has ido a ver a esa chica otra vez? ¿Ibas sola?

—No, con Sandy. El tipo la agarró del brazo y yo me metí por medio. No lo vi venir. —Andrew monta en cólera como nunca lo he visto antes.

—¿Que no lo viste venir? ¿Eso es todo? —me grita enloquecido, sin importarle la presencia de mis abuelos—. ¿Ese hijo de puta se ha atrevido a pegarte? —En mi vida he visto a Andrew tan furioso y sé que es a la vez conmigo y con Sean.

—No pasa nada. Al menos, parece que la chica va a denunciarlo.

—¿Que no pasa nada? Por Dios, Alba, estás embarazada. ¿Por un momento has sido consciente de los peligros a los que te expones?

—¡Alba! —exclama mi abuela.

—¡Princesa! —me reprocha mi abuelo.

—¡Andrew! —protesto yo, a coro con los dos, porque ha desvelado nuestro secreto sin mi permiso.

—¿Por qué no me los has dicho antes? —me exige mi abuela.

—Porque quería que pasara más tiempo; eso es todo. Lo que le ha sucedido a Sandy me preocupaba —me justifico dirigiendo una mirada asesina a mi marido—. Pero Andrew es un bocazas histérico.

—No me insultes. Eres muy imprudente —me replica enfadado, como si fuera una niña—. Hace unos días se trataba de un traficante de drogas; esta semana, un maltratador. Ahora no puedes exponerte ante esos riesgos.

—Soy prudente y no corro riesgos innecesarios. El anonimato me protege.

—Sí, ya veo cómo te protege. Hasta que alguien esté dispuesto a desvelar tu identidad y, para entonces, tendrás una larga lista de enemigos. —Me mira enojado—. No seas tan ilusa, sabes que cualquiera podría hacerlo.

—Cielo —nos interrumpe mi abuela quien, evidentemente emocionada,

procura cambiar de tema y zanjear nuestra discusión—, ¿lo saben tus padres?

—No. Sois los primeros en conocer la noticia. Quería esperar, al menos, hasta las tres faltas, hasta sentirme más segura.

Mi abuelo se acerca y me sorprende con un abrazo consolador.

—Robert, deberías regañarla y no consolarla —le reprocha Andy, que continúa enfadado—. Debe ser más prudente. —Mi abuelo lo ignora y yo le saco la lengua—. Yo solo no podré con ella.

—Se parece demasiado a su abuela en el carácter —bromea Robert divertido—. Nadie podrá con ella. Lo siento, Andrew. —Y suelta una carcajada.

—Asúmelo, Andrew —replico enfadada—. Es mi trabajo. —Bufa como un toro de lidia a punto de embestir.

—Ahora vuelvo —dice serio antes de dirigirse a la salida.

Intuyo su intención: me suelto con brusquedad del abrazo de mi abuelo y lo sigo.

—Ni se te ocurra, Andy. —Lo amenazo, pero él me responde en el mismo tono.

—¿Crees que alguien te va a golpear y que yo voy a consentirlo? —Su tono de voz y su mirada me recuerdan a las desagradables palabras que le dirigió a su hermano después de bailar conmigo en Ministry of Sound. Tiene la misma expresión congelada en su rostro y en sus ojos.

Mis abuelos nos han seguido hasta la puerta y observan nuestra discusión sin entrometerse, aunque sé que mi abuela está deseando hacerlo.

—Sandy y yo le hemos dado su merecido. —Alza las cejas en señal de sorpresa—. Y luego lo denunciaremos a la policía. Si te enfrentas a él, nuestra denuncia no significará nada.

—¿No esperarás que me quede de brazos cruzados después de ver tu cara marcada?

—Eso es lo que espero. —Se ríe con tanta frialdad que me impresiona, pero no me amilano—. Es un asunto profesional; no quiero que lo lledes al terreno

personal.

—¿Tú sí puedes hacerlo y yo no?

—Es mi trabajo, no el tuyo. —Me mira a punto de explotar y continúa hacia la puerta—. Andrew, por favor, no lo hagas. —Mis palabras suenan a exigencia y no a una petición, pero no puedo consentir que Andy intervenga en mis asuntos profesionales porque, si lo hago, me resultará imposible continuar con el caso de forma objetiva—. Es mi trabajo —le repito. Por fin se detiene y hace un esfuerzo por entender mi postura, aunque se muestra serio y distante durante el resto de la noche.

Mi abuela me obliga a llamar a mis padres y a comunicarles la noticia en ese mismo momento. Al final, después de algunas emotivas lágrimas provocadas por la alegría que les causa la noticia de mi embarazo, quedan en venir a verme el siguiente fin de semana. Y la verdad es que no me importa comentárselo a ellos; lo que se me hace tan difícil como escalar el Anapurna es contárselo a Bradley y a Sandy. Pero, si mis padres vienen, coincidiremos y no me quedará más remedio que desvelar la verdad.

Salgo de casa de mis abuelos bastante irritada, por lo que ignoro a mi marido, aunque él mantiene la misma actitud hacia mí. Cuando me acuesto y le arrojo de nuevo toda mi ignorancia, se rinde.

—Alba, cariño, ¿no entiendes el riesgo al que te has expuesto hoy? —Suspira afectado—. Prefiero no pensar en lo que te podía haber sucedido si ese cabrón te hubiera golpeado en otra parte de tu cuerpo. ¿Quieres que te ocurra lo mismo que a Sandy?

Ese comentario me irrita aún más.

—No soy una niña, Andrew. Y porque esté embarazada no voy a dejar de ocuparme de los asuntos que me preocupan.

—¿Cómo puedes ser tan obstinada?

—No lo hago por obstinación; es mi carácter. Viviré toda mi vida como un

león, aunque viva menos; no me esconderé como un ratón porque esté embarazada.

—No se trata de tomar una postura u otra. Si eres tan lista como creo, sabrás elegir en cada momento la que más te convenga. A veces, puedes y debes actuar como un león, pero otras, es conveniente que actúes con la astucia de un pequeño ratón. Y en este momento de tu vida, sería lo más adecuado.

—Es cierto y cometí un error que no me volverá a ocurrir. Debería haber pasado por la tienda para comprobar si Sean estaba allí; te aseguro que siempre lo he hecho. Y tú podías haber mantenido tu boca cerrada.

—Eso no tiene importancia si vas a hacer feliz a toda tu familia con la noticia.

—A mi familia sí, pero ¿me puedes decir de dónde sacaré fuerzas para contárselo a Sandy y a Bradley? Me siento incapaz de hacerlo todavía. Y ahora, por tu culpa, me veré obligada a hacerles pasar un mal rato.

—No seas tan negativa. Se alegrarán por nosotros.

—Lo sé, pero también les recordaremos cuánto han sufrido hace unas semanas. Solo necesitaba unos días más.

—Así es la vida, Alba. No puedes contentar a todo el mundo a la vez.

—¿Otra vez? No me hables como si fuera una niña. No soy tan ingenua como crees. —Le doy las buenas noches a la vez que le muestro la espalda; apago la luz de mi lamparita y doy por acabada la conversación, pero Andy continúa con un bufido exasperado.

Un segundo más tarde, Andy se me acerca y acomoda nuestras formas de modo que nuestros cuerpos están totalmente en contacto.

—Si te ocurriera algo malo —comienza a susurrar angustiado—, si os ocurriera algo a ti o esa criatura que llevas dentro, no podría soportarlo.

—Lo soportarías, como ha hecho Bradley —afirmo convencida, mostrando aún rastros de mi enfado.

—No lo sé. Todos no somos iguales y, desde que supe que estás

embarazada, me pasaría las veinticuatro horas del día junto a ti, cuidándote y protegiéndote. —Suspira desesperado—. Estoy intentando librarme de ese exceso de responsabilidad, de tomármelo con naturalidad, pero te juro que me está corroyendo por dentro desde que nos atacaron los matones de Walker. Y esta noche, al ver que no llegabas ni respondías a mis llamadas, me he puesto en el peor de los casos... —Me aprieta con fuerza, me envuelve entre sus brazos—. No imaginas el miedo que he pasado sin saber a dónde ir a buscarte ni si estabas bien; Bradley tampoco sabía dónde estabais. Y ver tu preciosa cara marcada por ese cabrón... —Su voz es un auténtico lamento y me obliga a ofrecerle todo mi consuelo.

Me giro con dificultad entre sus brazos, agarro ese rostro —que adoro— entre mis manos y beso sus labios con toda la ternura que guardo en mi interior. Noto cómo se alivia la tensión de su cuerpo.

—No te preocupes, Andy. Estoy bien. Estamos bien. Y orgullosa de que seas el padre de mi hijo o mi hija por tu modo de preocuparte, aunque a veces me moleste. Confía en mí, yo no permitiría que le sucediera nada malo.

—Lo sé, cariño, pero estás descubriendo el mundo de verdad y moviéndote en él; este está lleno de maldad y peligros para una ingenua y frágil criatura como tú. —Vuelve a apretarme con fuerza—. Y no soportaría que te hicieran daño en ningún sentido, mi preciosa sirenita.

—No soy tan frágil ni tan ingenua —le reprocho.

—Sí, lo eres.

Y en pocos segundos, se adueña de mi voluntad y de mi cuerpo; me despierta un deseo incontrolable por él mientras me hace el amor con exquisito cuidado, como se ha acostumbrado desde que tuvo la noticia de mi embarazo. Y a mí me enloquece del mismo modo que cuando se muestra el hombre salvaje e impulsivo que intenta arrancarme todo el placer que mi cuerpo puede ofrecerle en cada embestida. Ahora, de un modo suave y delicioso, alarga la llegada del clímax hasta límites inexplicables. Y lo deseo más cada día, lo amo más cada día.

Al día siguiente quedamos con Mary, mi suegra, para comunicarle la noticia que, probablemente, le aportará felicidad y esperanza a su solitaria vida.

Y esa mañana, después de hablar con Sandy para asegurarme de que estuviera bien, quedo con ella a la hora de cenar, en nuestra casa, con la intención de darles la noticia. Luego me siento tranquila ante mi mesa de trabajo, dispuesta comenzar el artículo sobre el maltratador.

Antes de apagar mi ordenador, consulto el correo de Alba la periodista y, decepcionada, compruebo que no tengo noticias de Jessie. Debo hablar con Claire e insistirle en la necesidad urgente de ir a visitarla de nuevo; la última vez que nos vimos, me pareció más desesperada que nunca.

El hombre de la horrible gramática me ha vuelto a escribir y me informa sobre la empresa donde había trabajado su hermana. Me quedo estupefacta al leer que se trata de la agencia de publicidad de mi marido. Y no entiendo el motivo, pero unas sensaciones desagradables invaden mi estómago.

Respondo a su correo para citarme con los dos hermanos en un lugar público, el lunes siguiente, así me obligo a cumplir unas normas de seguridad que yo misma he establecido para evitar correr riesgos inútiles. Elijo una pequeña cafetería frente a la National Gallery, que está todo el día atestada de gente. Me preocupa el hecho de que acudir a mí esté motivado porque me conocen como la esposa del jefe y director de la empresa, responsable del imprudente despido de la chica. Por supuesto, le oculto a Andrew el nuevo caso sobre el que me dispongo a investigar.

Una vez que me visto, me dirijo al restaurante donde hemos quedado con Mary. Andrew se retrasa unos minutos y, mientras llega, mi suegra se muestra simpática y parlanchina. Pero yo no quiero darle la noticia, convencida de que le corresponde hacerlo a su hijo, quien se lo comunica en tono solemne y tan serio como es él.

—Qué alegría, Alba —exclama, después de besarnos, bastante nerviosa y

alterada—. ¿Te encuentras bien? —me pregunta tras haberla informado del tiempo que llevo de embarazo, del nombre del médico, sobre lo que vimos en la ecografía, un verdadero interrogatorio pero optimista y positivo.

—Perfectamente, Mary. No tengo ningún síntoma que me haga pensar que estoy embarazada, salvo la ausencia de la menstruación.

—¿Ross lo sabe? —pregunta contenta.

—Se lo he dicho porque creyó que era tu cumpleaños y que esa sería la razón de que comiésemos juntos. —Es una mentira piadosa.

—¿Y qué te ha respondido? —Habla poniendo los ojos en blanco—. A ver si se le pega algo de vosotros.

—Textualmente, ha dicho: «Pobre Alba».

—Es insufrible, no puede tomarse nada en serio, salvo sus juergas y a sus amiguitas —replica Mary molesta, sin disimular u ocultar su desagrado por el comportamiento de su hijo mayor.

Nos despedimos de una feliz y algo histérica Mary cuando suena mi móvil. Es Claire y me cuenta que Jessie está ingresada en un hospital tras la brutal paliza que ha recibido. Casi se me cae el teléfono de la mano y, quizás, me haya cambiado tanto el color de mi cara que Andrew, al volverse hacia mí, abre los ojos como platos, esperando que le hable sobre lo sucedido.

—Se trata de Jessie. —La menciono por su nombre porque la he convertido en alguien, quizás, demasiado importante en mi vida—. Está ingresada en el hospital con fracturas múltiples; su marido se ha pasado esta vez. Voy a verla con Claire.

—Alba —comienza a hablarme Andrew bastante preocupado—, mantente alejada de ese animal. —Pero yo no lo escucho—. Prométeme que lo harás.

—Me da igual tener el permiso de Jessie; si ella no lo hace, al menos yo lo denunciaré públicamente. Daré nombre y apellidos, la dirección de su comercio, mencionaré a sus hijos y el colegio donde estudian, pondré hasta

una foto en la página. Ese salvaje no puede quedar impune después de esto, aunque a mí me prohíban volver a escribir. Necesito que la gente sepa cómo es ese cabrón repugnante y asqueroso. Un asesino en potencia.

—No vas a ir, Alba. —Me giro y mi mirada furiosa habla por mí para exigirle una explicación—. No te dejaré ir al hospital hasta que te tranquilices y puedas ver este asunto de forma objetiva.

—Ya lo veo de forma objetiva. Ni siquiera lloro por Jessie.

—Pero lo harás, cuando veas a esa pobre chica en el hospital, y sufrirás más de lo que debes.

—Quizás eso sea lo que necesitemos todos. Ver todos esos casos sobre los que escribo desde cerca, que nos hagan sufrir, que nos impresionen y nos emocionen, porque es lo único que pretendo: sensibilizar a los demás respecto de la situación que sufren otras personas y por las que nadie se preocupa lo suficiente.

—Pero tú no puedes cargar sola con todos esos problemas, cariño —me dice mientras me rodea los hombros con su brazo, me acerca a su cuerpo, y nos dirigimos hacia su agencia.

—No intento cargar con ellos, estoy intentando que los ojos de nuestra sociedad se agranden, se abran como un objetivo fotográfico y capten algo más que las propias lamentaciones por llevar rutinas laborales, haber engordado un par de kilos o dudar sobre dónde pasar las vacaciones de verano. Andrew, vivimos en un mundo privilegiado y ni siquiera somos capaces de reconocerlo, disfrutarlo y ser felices. ¿Hasta dónde llegará la estúpida codicia del ser humano?

—No lo sé, Alba. Ojalá tuviera las respuestas que necesitas. —Se detiene antes de despedirnos en la puerta de sus oficinas—. Ahora es preciso que me escuches con atención. —Espera un instante, antes de continuar, y me mira a los ojos con intensidad—. Sé que no puedo retenerte ni obligarte a mantenerte al margen de este asunto de Jessie, y eso hace que me sienta orgulloso de ti. Pero recuerda que, si permites que ese animal te toque de nuevo, me verás en

la cárcel porque lo mataré de la paliza que merece. —La seriedad de sus palabras consiguen asustarme—. Ten cuidado. Si no temes por ti, hazlo por mí. —Me da un beso tan apasionado que me deja temblando—. Te llamaré dentro de un rato; contéstame, por favor. —Sus palabras llevan implícitas una súplica.

—Lo haré, Andy. Te quiero.

Y observo a ese magnífico ejemplar de hombre que es mi marido hasta que entra en el edificio y queda fuera del alcance de mi vista.

Claire me espera en la puerta del hospital, y juntas nos dirigimos a la habitación de Jessie, sobre la que la psicóloga ya se ha informado. El aspecto de la chica es espeluznante: tiene un ojo hinchado, completamente negro y cerrado, los labios partidos en varios puntos, la nariz el doble de ancha de su tamaño normal, un brazo y varias costillas fracturados. Antes de hablarle me salgo de la habitación y procuro calmarme después de dejar escapar unas lágrimas que la rabia y la impotencia me impiden controlar. Pero decido entrar y que Jessie compruebe que su situación me afecta y que hay alguien a quien le importa lo que le sucede.

—¿Cómo estás? —pregunto mientras me retiro una lágrima rebelde.

—Ya ves. —Me parece que está de buen humor, a pesar de las lesiones que sufre, y por primera vez siento que no se rendirá—. Esta vez me he librado por poco. —Se dirige a Claire—. Gracias por cuidar de mis hijos. Espero que Sean no se haya opuesto mucho a que los llesves a una casa de acogida mientras esté hospitalizada.

—No se opuso; nos acompañaban dos agentes judiciales.

—¿Y qué harás cuando te den el alta? —le exijo sin ocultar mi enfado.

—Volveré a mi casa, pero voy a denunciarlo, y tienes mi permiso para escribir lo que te venga en ganas sobre él. Claire es testigo de lo que te pido.

—Después de verte en este estado, pensaba hacerlo, incluso, sin tu

autorización. —Intenta sonreír, pero el dolor que le provocan las heridas de sus labios se lo impide—. Me gustaría hacerlo como un testimonio personal; creo que eso animaría a denunciar a otras mujeres que soportan tu misma situación infernal.

—Además —interviene Claire—, después de esto, ningún juez te negará una orden de alejamiento, tu casa, la custodia de tus hijos y, por supuesto, una pensión. Porque imagino que te separarás.

—Sí. No quiero que vuelva a tocarme, no quiero verlo, no quiero que se acerque a mis hijos ni que sea un ejemplo para ellos. —Las lágrimas brotan de sus ojos, aunque resulte más penoso aún verla llorar con su ojo izquierdo, cerrado e hinchado—. Y deseo que todos sepan cómo es, que se quede solo porque teman acercarse a él. Esa será mi venganza.

—La asociación Women's Aid apoyará tu testimonio, y le daré a Alba cifras y datos para que las publique junto a tus sentimientos —añade animándola—. Has llegado hasta aquí, Jessie, ahora no te rindas y lucha por tu independencia y tu propia supervivencia. Te garantizo que no te arrepentirás y nos tendrás siempre a tu alcance. Cuando te recuperes, te ayudaremos a encontrar un trabajo.

La dejamos hablar sobre sus estudios inacabados en el instituto y sobre lo bien que se le daban algunas asignaturas. Nos cuenta que su madre se quedó embarazada con diecisiete años y cómo su familia la repudió. No llegó a conocer a su padre porque las había abandonado a los pocos meses de nacer ella y luego, cuando tenía quince años, su madre enfermó de cáncer y murió en muy poco tiempo; por eso no tiene más familia. A los dieciséis vivía con una familia de acogida y trabajaba en el comercio de Sean, antes de morir la madre de este; en cuanto la mujer falleció, Sean la sedujo con promesas de amor —que nunca llegaron— y la dejó embarazada.

En esos momentos, siento que Jessie está deseando contar la historia de su vida, corta pero dramática y cruel desde los inicios. Aun así, me alegro de sus ganas de pelear y de no rendirse y la animo por ello.

Debemos marcharnos mientras una pareja de la policía toma declaración a Jessie, asesorada por una abogada de la asociación de mujeres maltratadas. Claire se ocupará de ella —no me cabe ninguna duda—, y estoy segura de dejarla en las mejores manos.

Me dirijo a casa, dispuesta a escribir mi artículo basado en el testimonio de Jessie, cuando recibo una llamada de Andrew.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¿Ha aparecido el marido? —pregunta angustiado.

—No. La chica lo estaba denunciando cuando me fui del hospital. Ese no aparece más, no le conviene. —Suspiro profundamente aliviada y manifiesto mi satisfacción—. Por fin.

—Me siento muy orgulloso de ti, cariño. Además de ser superficial y mimada, aparte de ser preciosa, eres la chica más valiente que conozco. Te quiero, Alba.

—Yo también. No tardes; recuerda que hemos quedado con Sandy y Bradley, y no quiero tener que darles la noticia yo sola. Prefiero que lo hagas tú. —Sonrío al teléfono—. ¿Ves?; no soy tan valiente como crees.

—Eso solo demuestra que eres incapaz de hacerle daño a nadie. Eres increíble. —Se calla un instante—. Te quiero, cariño. Luego nos vemos.

Andrew tiene razón. Sandy, más que Bradley —preocupado por la reacción de su mujer en el momento que recibe la noticia de mi embarazo—, se alegra sinceramente por nosotros y yo puedo intuir en ellos la esperanza de que también lo conseguirán más adelante.

—El médico me ha aconsejado que deje pasar otro mes y que lo intentemos de nuevo —me dice Sandy animada e ilusionada—. ¿Te imaginas? Llevaremos a nuestros hijos a la misma guardería y, luego, al mismo colegio y serán

amigos desde que nazcan.

—Nada me gustaría más, Sandy —respondo tranquila.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que ab... —No continúo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —me pregunta algo molesta

— Tú me lo habrías dicho a mí? —Sandy piensa durante unos segundos en mi respuesta.

—No. Imagino que esperararía un tiempo prudencial, hasta que te viera recuperada.

—Y hubiese esperado un poco más si a Andrew no se le hubiera escapado, en casa de mi abuela, el día que ese animal, Sean, nos atacó. —Sandy se lleva la mano a la boca con un gesto de sorpresa y miedo—. Mis padres vienen este fin de semana; nos vamos todos a Sussex, y mi abuela me pidió que os invitara a acompañarnos. ¿Os animáis? —Sandy no lo piensa un segundo. Le gusta la casa de Robert y la compañía de mi familia.

—Por supuesto. Espero que Bradley no tenga nada que hacer el sábado. ¿Cuándo tenéis pensado marcharos? —Bradley asiente sonriendo.

—El viernes recogeremos a mis padres en el aeropuerto y cenaremos en Sussex.

Sandy no tarda en consultarlo con su marido que, sin dudar, responde que sí ante el ánimo que demuestra mi amiga. Él hará cualquier cosa que la haga feliz. Durante el trayecto hacia el aeropuerto, estoy muy callada y Andrew intenta entablar una conversación.

—¿Qué te sucede? Llevas unos días muy callada.

—No sé, estoy nerviosa. Sé que mis padres estarán preocupados por mí. Quizás piensen que mi embarazo sea demasiado precipitado después de... — No me atrevo a continuar porque no deseo recordar los malos momentos que vivimos antes del verano y que me despertaron tantas dudas que parecían poco

dispuestas a desaparecer en los últimos días.

—¿Te he decepcionado? —me pregunta Andrew dolido—. ¿No eres feliz?
—Segunda pregunta, como suele hacer cuando está preocupado. Pero en esta ocasión también yo respondo del mismo modo.

—¿Te parezco infeliz?

—No, pero nunca hablas del futuro ni del bebé. A veces pienso que no sientes ilusión por tener este hijo, o quizás sea que no confías en el futuro padre. —Se está abriendo a mí y eso no sucede todos los días—. No sé qué pensar, Alba. —Suspira—. Si te soy sincero, tu actitud me tiene despistado. Estás más volcada que nunca en tu trabajo y, si no te pregunto por cómo te encuentras, tengo la impresión de que eludes tu estado.

Me mantengo en silencio durante unos minutos y sé que Andrew no lo estará pasando bien a la espera de una respuesta que aclare sus dudas.

—La experiencia de mi abuela con su primer marido, que tengo ahora tan presente, y algunos comentarios de tu madre sobre su matrimonio me están dando que pensar.

—¿De pensar en qué? —Me exige una explicación con frialdad.

—En qué será de nosotros después de que nazca el niño. Mi abuela se quedó sola con sus hijos porque Juan fue un egoísta, un haragán dominante. Tu madre, por lo que he intuido, fue una mujer abandonada a pesar de no divorciarse de tu padre. Y después de... —Prefiero no continuar, pero Andy lo hace por mí.

—De mi comportamiento durante la primavera pasada y de haberte dejado marchar, lo que parece que nunca me perdonarás, temes que nos ocurra algo parecido. —Acaba dolido y molesto por mi visión de nuestro futuro—. Los meses que han pasado aún no te han demostrado cuál será mi actitud, por lo que veo.

—No lo sé, Andrew. Siento un exceso de responsabilidad, aunque te parezca lo contrario, y temo enfrentarme sola a la maternidad. Sola porque tú me obligues a estarlo —susurro llegando al fondo del asunto y temo el

significado del bufido que viene de Andy. Estará cansado de mis constantes dudas; cualquiera lo estaría.

—Nunca estarás sola —dice serio y concentrado en la carretera—, porque jamás permitiré que te alejes de mí. Ahora necesito ver que disfrutas de este momento de nuestras vidas, que compartimos la misma ilusión. Al recuperarte pensé que volvía a tenerlo todo, pero ahora deseo más. Deseo tener mi propia familia, nuestra, a la que amar, cuidar y proteger. Y que tú hagas lo mismo: nos ames, nos cuides y nos protejas. Tener hijos, verlos crecer y hacerse mayores, pero contigo siempre a mi lado —enfatisa él siempre—. Te quiero mucho, Alba, y das sentido a mi vida. Entiéndelo de una vez. —Acaba sin ocultar su enojo.

—Yo sé que me quieres y sabes que yo también te quiero, pero tengo miedo, no puedo evitarlo. Miedo a que me suceda como a Sandy, miedo a que te ocupes más de tu trabajo que de nosotros, miedo a no ser capaz de cuidar de un hijo, miedo a decepcionarte por ello. No sé si hay algo por lo que no sienta un miedo atroz; por eso procuro no pensar en mi embarazo. —Al final no puedo controlar unas lágrimas que acompañan mi confesión.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque tú lo has llevado bien, con confianza y seguridad, y no quería parecerte la niña mimada y caprichosa de la que siempre te burlas. Pero cada día estoy más convencida de que en realidad lo soy. —Me seco las lágrimas con el dorso de las manos—. Ya me veo acompañada todo el día de mi abuela, de mi madre o de la tuya por miedo a ser incapaz de enfrentarme a un bebé.

—Vamos, cariño. Eres la chica más valiente y atrevida que conozco. Verás cómo esa inseguridad se te va pasando poco a poco.

—Eso espero. —Andy se ríe más tranquilo.

—Yo te ayudaré a superar todos esos miedos, y no tendrás que reprocharme que no pase todo el tiempo que pueda con mi familia. Voy a ser el padre y el marido más pesado del mundo. —Sonríe—. Estoy seguro de ello porque es lo que me apetece hacer.

Mi padre, al saludarme, me ofrece el abrazo más cariñoso y sincero que he recibido en mi vida. Mi madre atrapa mi rostro entre sus manos cuando mi padre me suelta y lo analiza con meticulosidad, se fija en cada detalle de mi cara. Hasta que habla con lágrimas en los ojos.

—Te sienta bien el embarazo. Estás preciosa, tesoro.

—Sí que lo está —ratifica mi marido sin ocultar el orgullo que siente y sin dejar de sonreír ni observarme—. Cada día más guapa. Le sienta bien el embarazo.

—Mi hermano y Tere quieren venir a verte antes de marcharse a Shanghái —cuenta mi padre en el coche, con una perenne sonrisa en su rostro que yo veo en su perfil desde el sillón de atrás—. Prepárate porque está deseando verte engordar y tener una buena excusa para meterse contigo.

—No deja de mandarme wasaps con la misma cantinela —replico cansina—. Nunca se cansará de fastidiarme. —Todos se ríen.

—¿Cuándo tienes la próxima revisión? —pregunta la profesional que lleva mi madre dentro—. Me gustaría acompañarte.

—Tendrá que ser en la siguiente, mami. La abuela y Mary se te han adelantado, y no creo que te cedan su lugar ninguna de las dos. Mary, en pocos días, ha comprado ya la mitad del vestuario del bebé. Cada día me telefonea y me describe una toalla que no ha podido dejar de mirar, un jersey diminuto que le encantó, unos zapatitos de piel suave —cuento con desgana.

—Deja que se preocupe por ti —dice mi madre, que intenta justificar a mi suegra.

—Le has dado algo bueno en que pensar y por lo que ilusionarse —interviene un silencioso Andrew en tono cariñoso—. No te molestes con ella.

—Ya sabes que no me molesta, pero es demasiado pronto; eso es todo —me justifico confesando, sin mucha explicación, uno de mis miedos.

—¿No viene este fin de semana? Podríais haberla invitado —Nos reprocha mi padre—. Tu madre necesita más compañía, Andrew.

—Tienes razón, papá. Aún estamos a tiempo, Andrew —le propongo

convencida, porque la mujer no me estorba nunca y le gusta estar en compañía de mi familia—. Puede ir en el tren de la mañana y, por lo menos, pasa el sábado y parte del domingo con nosotros. A la abuela no le importará.

—La llamaré en cuanto lleguemos y me disculparé por no haberme acordado antes.

Por supuesto, Mary acepta las disculpas de su hijo y se alegra al vernos esperándola en la estación de Sussex y, en ningún momento, nos reprocha nuestra falta de atención hacia ella. Me arrepiento de no habernos acordado antes, después de ver lo agradecida que se muestra tras la invitación a la preciosa casa de mi abuelo, donde estuvo en una ocasión hacía un par de años, cuando celebramos el setenta y seis cumpleaños de mi abuela.

Desde que me enteré de mi embarazo, durante este fin de semana, son los primeros momentos en que comienzo a sentirme tranquila y esperanzada ante mi futura maternidad, rodeada de la gente a la que yo amo y de los que me aman sinceramente, los que me desean que todo salga bien y que sea feliz, sobre todo un cariñoso y atentísimo Andrew, que no oculta su excelente estado de ánimo ni la seguridad y la confianza que siente en nosotros. Como tampoco disimula el amor y el deseo que yo le despierto. No es extraño que sea una mujer mimada; con el trato extraordinario que mi familia me ofrece, me pregunto cómo no lo soy de verdad.

Tras despedir a mis padres en el aeropuerto y recibir sus consejos animosos y llenos de buenas intenciones, me siento feliz y completa.

—Te veo muy bien, Alba —me dice mi padre antes de marcharse—. En perfecta armonía, como siempre ha sido. —Me abraza cariñoso—. No sabes cuánto me alegro de que te hayas recuperado. Me tenías muy preocupado este verano; por eso quería verte en persona. —Me acaricia la mejilla, con su

ternura sincera y habitual, y me mira a los ojos con esa intensidad gris que parece tocar mi alma—. Esta es mi niña. Pero procura no meterte en más líos —me regaña cariñoso—. Tienes que cuidar de mi nieto. —Se ríe—. No me lo puedo creer. Yo, abuelo. —Sus carcajadas resuenan alegres y desenfadadas.

Después de los desagradables días que había pasado preocupada y pendiente de Jessie, necesitaba un fin de semana reparador, como el que he tenido en compañía de mis seres más queridos y de mi enamorado marido para continuar enfrentándome a la cruel realidad que me espera el lunes, a las seis de la tarde, en una concurrida cafetería.

Ese lunes tormentoso y gris, paso la mañana encerrada en casa y continúo escribiendo y reflexionando sobre la historia de mi abuela, que me mantiene en vilo.

Capítulo 22

LOLA

Por supuesto no tardé cinco minutos en bajar; me tomó algo más. En cuanto lo hice y Robert me vio, se dirigió a mí sonriendo, me besó en los labios e hizo pública nuestra relación.

—Qué cinco minutos más largos —protestó—. Estaba a punto de subir a buscarte.

—¿No querrás que me huelan a ti? —me atreví a decirle en tono sugerente, y abrió unos ojos como platos ante la excitación que, estaba segura, le había provocado.

—Mira, no estaría mal; así se mantendrían alejados algunos moscardones.

—¿Ahora quién es el que inventa novios fantasmas? —Se rio a carcajadas.

Apenas permitía que me alejara de él, y debo reconocer que me encantaba su necesidad de mí porque yo sentía la misma por él.

Varias veces descubrí a Susan espiándonos con miradas examinadoras, y me sonreía descarada si coincidíamos. Y Sam y Shauri se burlaron de nosotros al despedirse.

Eran más de la diez de la noche cuando el servicio de cáterin se marchó y Robert y yo nos dirigimos a la cocina con la intención de comer algo. Minutos más tarde Susan, su marido y sus tres hijos se presentaron en la casa porque dormían allí. Me sentí violenta al percibir sobre mí las miradas curiosas de los chiquillos.

—¿Queréis cenar? —les preguntó Robert, amable y cariñoso, después de

presentarme a Victoria, a Henry junior y a Benjamin—. Ha sobrado comida suficiente para mañana; un montón de platos que elegir.

—No, gracias, tío Robert. —Victoria no solo demostró sus buenos modales, sino que sus palabras acallaron la posible intervención de sus hermanos—. Hemos cenado en casa de Nick y Alex.

La chica habló, sin dejar de observarme, y me aclaró que eran los hijos de una amiga de Susan, quien había hecho de canguro durante la fiesta de Robert.

—Directos a la cama —les ordenó Henry con cariño y desoyendo la protesta de los tres niños.

Susan nos acompañaba y felicitaba a su hermano por lo bien organizada que había estado la fiesta y el estupendo servicio de cáterin que había ofrecido Tom, mientras Robert nos servía una copa de vino. Dispusieron varios platos en el centro de la mesa, y esperamos a Henry, que no tardó en bajar a la cocina. No niego que me sentía incómoda en la reunión, como el ligue de una fiesta que, descarada, se quedaba a pasar la noche. Me sentí mayor al verme en esa situación; de hecho, era la más mayor del grupo y pensé que también era la más insensata y me avergonzaba lo que el matrimonio pensaría de mí. Como siempre, casi no podía controlar las ganas de salir corriendo. Me arrepentí de no haberme marchado con Sam y de no haber estado, en esos momentos, en mi apartamento de Londres, en vez de en esa enorme y preciosa cocina, pasándolo tan mal en ese instante, a pesar de los intentos frustrados de Robert por evitarlo. Mientras Susan y Henry me contaban cómo se habían conocido, ansioso por hablar conmigo sobre mi actitud, esperó paciente a que se retirara el matrimonio.

—Henry también es productor de televisión, en Sidney, y tiene negocios con Robert —contaba Susan animada—. Yo trabajaba, por entonces, para el «patán» Wilder. —Nos reímos por el modo terrible en que lo dijo—. Como ayudante de producción y, como sabía que a su lado no me permitiría ascender en mi carrera, Henry me ofreció un trabajo y acepté. —Suspiró sonriendo—. Lo único que logré en Sidney fue cambiar mi carrera por la de esposa y madre.

—No seas mentirosa —intervino Henry—; eres mi mejor asesora. ¿Sabes, Lola? Todos los empleados de nuestros estudios están al tanto de que no tomo una decisión sin consultarlo con Susan; tiene el mismo buen ojo para este negocio que su hermano.

—Es una marimandona, como lo fue mi madre y como lo será tu hija —se burló Robert dirigiéndose a Henry—. Ya te lo dije, Lola: las mujeres de mi familia siempre han sido muy mandonas.

No niego que fueran una pareja simpática, amable y divertida y que su charla me resultara amena y agradable, pero a Robert no le pasó desapercibida la tensión que me dominaba durante la cena y, en cuanto se despidieron, me lo comentó dolido.

—Tengo la impresión de que te has quedado por no resultar maleducada, pero diría que estabas deseando salir corriendo. Conozco esa mirada y lamento haberla visto en varias ocasiones. —Me observó decepcionado—. ¿Qué te sucede, Lola?, ¿no te sientes cómoda? Pensaba que, después de lo ocurrido en mi dormitorio, confiarías en mí de una vez.

—La verdad es que no estoy a gusto y lo lamento, Robert. Me he sentido bastante violenta.

—¿Por qué? Estás conmigo en mi casa y espero que, a partir de hoy, vivamos juntos. ¿No te parece? —exigió molesto.

—Robert, ya sabes lo que siento por ti, jamás te mentiría sobre ello; pero esta situación... Tu hermana, tu cuñado, esos niños... No sé qué pensarán de mí.

—Que eres mi novia, ¿qué van a pensar?

—Por Dios, Robert. Tengo cincuenta años, unas cuantas responsabilidades ineludibles y esa expresión adolescente de «mi novia» consigue que me sienta ridícula.

—La edad no tiene importancia, Lola. Lo importante es lo que sentimos y creo que debes buscar una expresión para nombrarme porque no consentiré que me presentes como tu buen amigo Robert —dijo ofendido, cambiando el

tono de voz—. ¿O te acuestas con tus amigos? ¿Te acuestas con el profesor Ivory? —No respondí porque no sabía qué responderle. Robert me tomó las manos y me habló paciente—. Olvida tu pasado de una vez, por favor, y todo lo que hemos sufrido por tu desconfianza y tus dudas. Disfruta del presente que tenemos y compartimos; no tienes que pensar en nada más. Ni en la edad, ni en el nombre que pondremos a nuestra relación, ni mucho menos en lo que comentará la gente.

—Debo pensar en mis hijos.

—Por supuesto, Lola, nunca te lo impediré. ¿Y crees que ellos se enfadarán porque te hayas enamorado?

—No, ya lo saben. Sospecharon por tu invitación y por la expresión extrañada de Tom cuando vio a Juan, aunque creo que no lo ven como algo... —dudé eligiendo la palabra adecuada, pero no encontré otra—... formal.

—Ya soy formal porque hemos aclarado nuestra situación, nos hemos confesado nuestras dudas y nuestros sentimientos, y pienso dormir contigo cada día. Bueno, dormir y lo que sea necesario. —Me guiñó un ojo y me sonrió con mi sonrisa favorita, la de canalla, pero sabía que no me estaba convenciendo. Se pellizcó el puente de la nariz para reflexionar, con la cabeza gacha, tras comprobar que no lo conseguía—. Lola, te quiero, te lo he demostrado, y sé que sientes lo mismo por mí; ahora déjame formar parte de tu vida. —Resopló demostrando su desesperación—. Vuelves a hacer lo mismo que la última vez que pasé la noche en tu casa. Vuelves a menospreciarme demostrándome tus dudas. Parece que no te sienta bien hacer el amor conmigo.

—Me sienta de maravilla. —Robert esbozó un amago de sonrisa—. Y tienes razón con respecto a mi actitud, pero no tengo intención de menospreciarte. ¿Me crees, Robert?

—Te creeré cuando subamos a mi dormitorio y superemos juntos esta nueva barrera que levantas y, a partir de ahí, cada día.

—Creo que esto comienza en mal momento —dije convencida—. Mi contrato ha terminado aquí; mis hijos me esperan para que pasemos las

vacaciones de Navidad en familia y...

—Y yo no entro en tus planes —me interrumpió Robert dolido—. ¿Es eso lo que tratas de decirme? No encuentras un hueco para mí ni en tu vida ni en tu corazón.

—En mi corazón ya lo tienes.

—Quiero en los dos, Lola. Necesito en los dos —me exigió—. Al menos prométeme que te quedarás este fin de semana, dos días; después, ya veremos. ¿De acuerdo?

—Te lo prometo. Y no lo hago por hacerte un favor, lo hago porque, a pesar de mis dudas, no deseo estar en otro lugar si no es contigo, aunque me muera de vergüenza ante tu familia.

—Bastaba con un «Sí», Lola. —Me besó en los labios con delicadeza y me sonrió con una ternura imposible de creer en él—. ¿Lo ves? Siempre me impresionas con tu exagerada sinceridad; por eso te quiero tanto.

Una vez solucionado el problema de mi ropa —porque Robert no consintió en ir a buscarla a Londres, y me compré lo necesario en Torquay—, reconozco que pasé de nuevo los momentos más increíbles de mi vida en esa casa y en su compañía, gracias a la ternura y a la adoración que me ofrecía. No volví a dudar de sus sentimientos hacia mí pero, cada vez que me quedaba sola, en mi cabeza surgían las mismas preguntas: ¿qué sucederá después de este fin de semana?, ¿será posible continuar con Robert? Tengo otra vida en España, junto a mis hijos. En el fondo de mi corazón, era lo que más ansiaba, pero no encontraba la manera de justificar mi presencia en Londres. ¿Qué iba a decirles?: «¿me quedo a vivir con Robert?», «¿soy igual que vuestro padre, que os sustituyó por otra persona?». ¿Sería capaz de dejarlos sin un hogar donde los esperara su madre?

La previsible tormenta se desató el domingo por la noche, tras una agradable cena, después de que Robert me comentara sus planes del día siguiente.

—Puedes ir por la mañana a Londres, en el tren, y te traes algo de ropa. Te recogeré en la estación cuando me avises de tu llegada. —Mi suspiro lo tensó, y comenzó a mirarme preocupado—. ¿Has pensado en otra cosa? Tengo que estar en el rodaje y, si estas semanas he aparecido por el estudio de vez en cuando, te aseguro que fue solo por verte. Mi trabajo ahora está aquí.

—Robert. —Comencé a hablar guardando una calma que no sentía en mi interior—. Debo dejar el apartamento dentro de dos días.

—No hay problema. Deja lo que no necesites en mi casa de Londres. —Se sentó en el borde de la cama y me atrajo hacia él con fuerza—. Lola, no es tan complicado como quieres verlo. Llevas cuatro meses aquí y has ido a Sevilla cuando podías o te apetecía; puedes seguir haciéndolo igual y, cuando desees que te acompañe, cuando creas que estás preparada para hablar con tus hijos sobre nosotros, solo tendrás que decírmelo.

—¿Cómo diablos voy a quedarme aquí si no es hablando con ellos sobre nosotros? —dije de mal humor—. Saben que tengo que dejar el apartamento el día 20 y me esperan para pasar juntos las vacaciones de Navidad. Ya te lo dije.

Robert se levantó enfurecido y comenzó a pasear por la habitación que, a pesar de ser enorme, parecía pequeña para su exceso de energía y el modo en que se movía. De repente, se paró y me miró con su forma exigente.

—Está bien. ¿Qué tienes pensado?

—Nada, Robert. Te aseguro que no he pensado en nada porque todo se me hace un tremendo embrollo en mi cabeza. Solo intento continuar con mi vida.

—Eso quiere decir que te marcharás sin tener en cuenta nuestros sentimientos, y nos sacrificaremos porque, según tú, tus responsabilidades familiares son prioritarias para ti. ¿No puedes compartir tu vida con tus hijos y conmigo?

—Tal vez tengas razón —admití derrotada—. Ni siquiera estoy segura.

—¿Estos dos días no han significado nada para ti? —me preguntó enojado.

—¿Me creerás si te digo que han sido los mejores momentos de mi vida, de

la vida de Lola?

—No si después renuncias a todo lo demás, a todo lo que podemos seguir compartiendo y disfrutando. —Resopló con tanta fuerza que di un respingo—. No eres capaz ni de ofrecerme la fecha de tu regreso. —Me miró con intensidad, esperando que estuviera preparada para hacerlo—. Está bien, Lola, me obligas a ello. Pensaba aguardar hasta que te sintieras segura de lo nuestro, pero creo que, si no lo hago, no acabarás por estarlo. Voy a por todas, Lola. —Se calló un instante, antes de continuar, y me miró con esa intensidad que me amedrentaba—. ¿Quieres casarte conmigo? Cuando tú lo desees.

Eso sí que no me lo esperaba. Robert estaba ante mí, con su exigencia grabada en su cara, y yo lo miraba temblando, incapaz de responder.

—Lo sabía: ahora estás más liada aún. Pero me has obligado a intentar retenerte junto a mí de cualquier modo. Nada es suficiente para ti; nada ni nadie es lo bastante bueno para que te quedes aquí. Siempre encontrarás una excusa que se interponga entre nosotros: una mujer inexistente, tus hijos... ¿Qué será lo siguiente, Lola? —Suspiró alterado—. De algún modo lo sabía, sabía que estabas de paso, y no imaginas cuánto me duele comprobarlo. —Lo sentí derrotado, entregado a mis palabras y respuestas, que no llegaban— No sé qué más puedo hacer y créeme que lo siento. —Su orgullo no se contuvo por más tiempo, y yo no encontraba una respuesta que lo alentara porque no me veía capaz de regresar solo por estar con él, de separarme de mis hijos, porque sentía que los abandonaba por él como única razón—. Si te vas, si te alejas de mí sin darme al menos una fecha de regreso, te prometo que no te permitiré que vuelvas a robarme el corazón. Te sacaré de mi vida, porque yo también estoy sufriendo con tu actitud, más de lo que imaginas. Así que tú eliges.

Salió del dormitorio y me dejó sola en su cama, en esa enorme cama que sin él no tenía sentido alguno, al igual que la hermosa casa que me albergaba, al igual que continuar mi vida en ese país. Lloré hasta dormirme, lloré avergonzada por mi cobardía, lloré por el daño que mi comportamiento

inmaduro e injustificable le había provocado y le provocaba a Robert. Y lloré, sobre todo, porque lo perdería.

Si la noche resultó desalentadora, la mañana no mejoró sus perspectivas. Robert ya no estaba en la casa y había pasado por la habitación porque su ropa sucia estaba allí, pero no habló conmigo ni me dejó una nota —que busqué desesperada por encima de todos los muebles del dormitorio—, como había hecho en la boda de Shauri; se había rendido, y no sin motivos. Cuando me fui a la estación, tras despedirme de Susan y de su familia, había pasado el mediodía. Robert no me había llamado y no me extrañaba; estaría cansado de soportar mis dudas infantiles y de competir contra mi exceso de responsabilidad cuando él, valiente y seguro, me expresaba sus sentimientos con claridad y luchaba por hacerlos reales.

Llegué a mi apartamento y comencé a preparar el equipaje. No tenía demasiada ropa que guardar porque, en mis últimos viajes, fui llevándome parte de lo que había traído en verano y solo regresaría con una maleta. Yo siempre tan ordenada, tan precavida en todo, había permitido que me robaran el corazón, que otra persona se adueñara de él porque se lo había entregado por propia voluntad; él, a cambio, me ofreció el suyo y yo lo desprecié. Y no sabía lo que estaba haciendo en ese momento; lo que sí tenía claro en mi cabeza era que debía cuidar de mis hijos, que ya había vivido una bonita aventura, aunque no hubiera acabado como yo esperaba y me dejara tanto dolor y tanta decepción en mí misma porque Robert no había podido ser más paciente, sincero y valiente.

Durante el viaje de regreso a Sevilla, llegué a la misma conclusión que siempre: el problema estaba en mí. Primero me divorcié y, sea como fuere, induje a mi exmarido al suicidio. Ahora dejaba a otro hombre atrás, distinto al

primero, maravilloso conmigo, el hombre perfecto para mí, y lo decepcioné, y lo único que esperaba era que no actuara como Juan —un estremecimiento recorrió mi columna vertebral solo con pensarlo—. No, no lo haría. Robert era fuerte, la persona más enérgica y vital que se había cruzado en mi vida; me había impactado e impresionado desde el primer día que lo vi y hablé con él fuera del trabajo. Y me enamoró como él pretendía: mostrándose paciente, tenaz, audaz, sincero y tierno. Y yo... era la mujer más complicada de la tierra y no merecía su amor.

Los chicos me esperaban con su equipaje preparado porque estaban deseando pasar unos días en mi nueva y estupenda casa, de la que no disfrutábamos desde el verano. Por ello tenía contratada a una persona de confianza, que había cuidado de ella, del jardín y de la limpieza. Y mi madre, de vez en cuando, se aseguraba de que todo estuviera en orden, a pesar del enojo de mi padre porque se encargara de esa tarea, que no le había ordenado él. Volvía a la casa de mis sueños, al lugar que siempre había soñado y que, en ese instante de mi vida, no significaba nada para mí después de haber dejado atrás algo más valioso y que me hacía más feliz que una estúpida casa.

Intenté asumir mi decisión obligada por la responsabilidad de mi vida, mis hijos, y me entregué a ellos, a hacerles la vida fácil y feliz que merecían. Limpiaba, compraba y cocinaba, e intentaba ofrecerles un auténtico hogar en el que siempre quisieran estar en compañía de su madre; necesitaba que supieran que eran lo más importante de mi vida. Entre los tres decoramos la casa con motivos navideños, como solíamos hacer cada año: el árbol, el portal de Belén, las ventanas de sus dormitorios. Incluso cumplimos con la ilusión de Pedro —desde que era pequeño— y pusimos, en la entrada de la casa, un gran árbol iluminado que te daba la bienvenida; el último en entrar por la noche se encargaba de apagarlo. Ellos eran felices y yo me creía feliz por verlos a ellos.

Pasamos la Nochebuena y la Navidad junto a mi familia, en casa de mis padres; como cada año, me sentí fuera de lugar. Reconozco que hubiese

pagado por no asistir, porque no me apetecía celebrar nada, pero fingí por todos; fingí ser feliz y estar contenta, sobre todo por mis hijos. El día antes de Navidad, recibí una tarjeta de felicitación tan fría e impersonal que imaginé que sería de esas que envía el jefe a todos los empleados de su empresa, firmada por Robert Wilder. Fue desalentador. Me llamó Shauri que, aunque no celebraba las fiestas, sabía que a sus amigos les gustaba y tenía unas palabras amables para ellos; se mostró cariñoso y alegre como era él y me ofreció su casa para cuando quisiera regresar a Londres. Yo llamé a Sam; estaba en Birmingham celebrando esos días junto a su familia, sin ningún novio a mano, pero esperaba pescar alguno para celebrar el Año Nuevo. A los dos les extrañó que no supiera nada de Robert pero, con discreción y continuando con la actitud que me habían demostrado siempre sobre nuestra relación, no me preguntaron nada más.

La última noche del año fue terrible para mí. Rechacé la invitación de mi hermana para celebrarlo en su casa, y mis hijos cenaron a disgusto en compañía de su padre, aunque solo sufrieron durante un par de horas, ya que luego fueron a celebrarlo con sus amigos de toda la vida en una gran fiesta. Cené sola y me acosté más sola aún, temprano; antes de la medianoche, estaba leyendo en mi cama.

Me levanté harta de dar vueltas en la cama por echar de menos a Robert. Me dispuse a escribir cuando mis hijos regresaron; desayunamos juntos mientras me contaban algunas anécdotas sobre la cena y la fiesta, y se acostaron. A las dos horas, caminaba sola por las solitarias calles de mi urbanización, bajo un cielo azul intenso, aunque hiciera un frío inapropiado en el sur. Recordé que no había felicitado a Juan; era el primer año que lo olvidaba, pero no me importó. No deseaba hablar con él ni una sola palabra, no permitiría que me insultara más ni que me hiciera sentir culpable de sus errores o sus decisiones; si tenía algún interés en recuperar nuestra relación amistosa, tendría que ser él quien diera el primer paso. Por supuesto, no lo dio.

Ese día me consideraba totalmente invisible como mujer porque solo era importante para mis hijos y, como un firme propósito de Año Nuevo, me obligué a trazarme un plan de trabajo, obligaciones que me hicieran salir de esa tortura en que se estaba convirtiendo mi vida, lejos de la presencia y del potente influjo de Robert. Pero quedarme sola había sido mi elección y ya no había marcha atrás. Él me lo había advertido: «Si te vas, no permitiré que vuelvas a robarme el corazón». No podía hacer ningún reproche a su comentario; me lo merecía.

Organicé el plan de trabajo de investigación que requería mi nueva novela. La idea estaba en marcha; ahora debía contrastar datos, estudiar cada momento histórico, informarme con todo detalle sobre las distintas campañas napoleónicas. Nadie como mi amiga Conchi, en Sevilla, para orientarme; ella estaría al día de biografías, autores e historiadores que merecieran la pena. Así que, cuando acabaron las tortuosas vacaciones navideñas, me marché a Sevilla con mis hijos, dispuesta a emprender una nueva aventura que me llevaría hasta Francia.

Trabajaba cada día con ahínco, leía y consultaba libros en los que recababa más y más información que escribía a mano, como era mi costumbre. En pocos días tenía una libreta repleta de apuntes y datos que necesitaría para construir mi historia. También acudía cada día a clases de francés, lo que sorprendía a mis hijos y resultaba motivo de sus burlas cuando me decían si pararía alguna vez.

De vez en cuando, hablaba por teléfono con Shauri y con Sam, y por ellos sabía cómo le iba a Robert. Con el rodaje de la serie a punto de acabar, pasaba más tiempo en los estudios, donde ejercía de patán más que nunca; por lo visto, su mal humor estaba siendo insoportable desde que me marché. Nadie sabía cuánto sufría por mi causa.

A primeros de febrero, Sam me telefoneó temprano para contarme una mala noticia: la madre de Shauri había muerto y se enterraba al día siguiente. Mi amiga inglesa me ofreció su casa, si estaba dispuesta a asistir al entierro; dos horas más tarde, mi hijo Nano me llevaba al aeropuerto.

Me sentía en la obligación de acudir a acompañar a mi amigo Shauri en ese difícil momento. Se trataba de una familia muy unida y conmigo siempre fueron exageradamente hospitalarios. Así que el deber superó al miedo que me provocaba encontrarme con Robert, aunque quizás, con suerte, estaba de viaje. Ni siquiera le pregunté a Sam por él; dadas las circunstancias, no me parecía correcto.

Sam tuvo la amabilidad de recogerme en el aeropuerto y, luego, nos dirigimos a la casa materna de Shauri, donde se celebraría el funeral al día siguiente. Mi amigo y su familia se mostraron tan agradecidos ante mi presencia que consiguieron emocionarme, pero yo solo intentaba devolverles el afecto que ellos me habían ofrecido durante los meses que viví en Londres y el tiempo que pasé en la India.

Allí estaba el cadáver de la buena mujer, envuelto en túnicas naranjas y cubierto de collares florales; Sam y yo le ofrecimos uno que compramos juntas. Nadie lloraba su pérdida porque en su religión era un momento de felicidad, ya que se reencarnaría y comenzaría una nueva vida. La cremación se realizaría a la mañana siguiente.

No deseaba encontrarme a Robert porque sabía cuánto me dolería, pero él se sorprendió más que yo al verme. Lo pude ver reflejado en ese rostro masculino y hermoso para mí, que tanto anhelaba y que permaneció mirándome durante unos largos segundos, hasta que yo fui capaz de moverme y acercarme a él.

Creo que nunca olvidaré ese difícil momento de mi vida. Los dos permanecimos observándonos frente a frente, sin hablar, durante unos incómodos segundos en los que entendí que Robert había sufrido tanto como yo; me lo gritaban sus ojos, que me miraban, por momentos, furiosos y, por

otros, anhelantes. Sin decir nada, estiré mi cuerpo con la intención de besarlo en la mejilla —como haría con cualquier buen amigo con que me encontrara—, y Robert tardó en reaccionar, pero acabó inclinando su cabeza hacia mí para recibir mi beso.

—Lola —susurró emocionado.

—Me alegro de verte, Robert —pude decir esforzándome en controlar el temblor que recorría mi cuerpo y que logré ocultar en mi voz—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —Me limité a responder con un movimiento de hombros—. ¿Tus hijos están bien?

—Sí. Parece que han superado los momentos complicados y están volcados en sus estudios y en sus vidas.

—Me alegro. —Le sonreí—. Perdona.

Me dejó plantada allí y saludó a algunos parientes de Shauri. Sentí que algo había cambiado en él, por su fría y distante forma de tratarme, y pensé que —si no lo había logrado ya— estaba olvidándose de lo que, hacía un par de meses, sentíamos el uno por el otro. Suspiré dolida, pero me alegré por él porque, al menos uno de los dos, fue capaz de salir del embrollo que yo había provocado, y Robert no merecía ningún castigo por mi cobardía y mi incapacidad para cambiar de vida. A punto de llorar, me uní a otro grupo familiar, en el que estaba Sam, e intenté ignorar, con todas mis fuerzas, la presencia de mi gran y perdido amor.

Sam y yo nos marchábamos a cenar y, mientras me despedía de Shauri hasta la mañana siguiente, vi salir a Robert de la casa. Se fue sin decirme siquiera un «Adiós» o un «Me ha alegrado verte». Su ignorancia me afectó, pero me obligué a recordar sus últimas palabras: «Te sacaré de mi vida», «No volverás a partirme el corazón». Lo cumplía a rajatabla y con razón porque yo había dejado claro que no sería capaz de hacer feliz a ningún hombre.

Nos pasamos la cena hablando sobre la última aventura amorosa de Sam. Dejó al cámara porque, según ella, la relación se estaba haciendo demasiado formal, y comenzó a salir con un hombre divorciado llamado Williams, un

coronel de la marina, de cincuenta años, con una impresionante presencia física y al que conocí esa misma noche mientras tomábamos una copa en uno de los *pubs* favoritos de Sam, en pleno Soho.

Por la mañana, mi amiga debía pasar un rato en los estudios y, aunque me pidió que la acompañara, preferí no hacerlo y la esperé en la puerta a la hora que habíamos acordado; incluso le encargué que le devolviera a Robert los dos libros del siglo XIX que me había prestado y que pertenecían a su interesante biblioteca familiar. Me dediqué a pasear por Hyde Park y recordé los buenos momentos que había pasado en Londres, antes de enamorarme de Robert; después, todo se malogró y mi vida se convirtió en un continuo sufrimiento. Recuerdos amargos que me acompañarían mientras viviera.

Me sorprendió ver aparecer a Sam acompañada por Robert.

—Robert se ha ofrecido a llevarnos en coche —me dijo Sam a modo de disculpa, consciente de que la presencia del hombre me hacía daño.

—¿Le has devuelto los libros?

—Sí —respondió él secamente.

—Gracias, Robert; me han orientado mucho en algunos conflictos bélicos sobre los que hay poca documentación.

—Podías habértelos quedado; en mi biblioteca no los utilizará nadie.

—Son dos joyas que debes conservar; pertenecieron a tu familia. —Él no respondió y nos dirigimos hacia el funeral rodeados por un tenso silencio.

Pensé preguntarle por el rodaje, por los resultados, pero continuaba mostrándose tan distante —como si mi presencia le molestase— que no me atreví a hablar.

Sam le refirió que, tomando una copa la noche anterior, nos habíamos encontrado a un conocido suyo y que le enviaba un saludo a través de ella, y ambos iniciaron una conversación sobre esa persona en la que yo preferí no intervenir.

Una vez acabado el velatorio y convencida de que me estaba sumergiendo en un lago de amargura que comenzaba a preocuparme, decidí que visitaría a mi amigo el profesor Ivory en Oxford. Su amena compañía y su instructiva charla me ayudarían a desconectar de la presencia de Robert.

—¿Vamos a almorzar, Lola? —me preguntó Sam en el trayecto hacia el coche de Robert.

—No, voy a la estación y allí mismo tomaré algo. He quedado con el profesor Ivory esta tarde. Te llamaré si me quedo a dormir.

Me dirigí a una parada de metro con la intención de cumplir mis planes y despedirme de Robert. A partir de ese momento, no lo volvería a ver nunca más y, al pensarlo, un nudo me cerró la garganta con fuerza y me apretaba con tanta intensidad que me impedía respirar.

—¿Te encuentras bien? —se interesó Sam al mirarme cuando nos despedíamos. Me limité a negar con la cabeza, con los ojos anegados de lágrimas.

—Es mejor que pase la tarde en Oxford. Está resultando demasiado duro para mí, Sam. —Mi amiga no necesitó más explicaciones para entender la situación.

—Lo entiendo, Lola. No te preocupes y llámame si piensas pasar la noche fuera.

—Lo haré. —Le di un beso en la mejilla y me marché.

Reconozco que el viaje relámpago e imprevisto a Oxford resultó el mejor de los remedios. Ivory me distrajo lo suficiente y, como su conversación sobre las campañas napoleónicas me interesaba mucho, me vi obligada a concentrarme en ella durante horas a la vez que tomaba apuntes de algunos datos importantes; incluso, mientras cenábamos en su casa, hasta el momento de acostarnos, me exigí atenderlo con total interés. La casita de mi amigo era preciosa y su interesante biblioteca, acogedora y cálida. No niego cuánto me

apetecía, en esos momentos, quedarme allí una temporada para aislarme del resto del mundo y centrarme en la documentación de mi novela. Y cuando se lo referí al profesor, antes de despedirme, se ofreció encantado.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. La próxima vez procura venir preparada.

Le di un beso afectuoso en la mejilla y él me besó en la frente.

—Gracias, James. Siempre puedo contar con tu generosa ayuda.

—Gracias a ti. Creo que eres la única persona capaz de soportarme una velada completa.

—Seguro que encuentras más adeptos a tu compañía. —Me reí—. Pero no seas demasiado exigente con ellos.

Nos separamos mientras él se reía de mi comentario acertado.

Desde la estación telefoneé a Sam, y quedamos en el restaurante del primo de Shauri, donde nos invitaban a cenar; mi amigo también acudiría, y me apetecía pasar un rato con él lejos de entierros. De nuevo comenzó mi tortura porque Shauri también había invitado a Robert, y tendríamos que estar sentados en la misma mesa. Procuré mantenerme alejada de él; sin embargo, Robert lo impidió de algún modo, ocupó una silla junto a la mía y enseguida inició una conversación.

—Te veo muy bien, Lola. Tan guapa como siempre.

—Gracias. Tú también tienes buen aspecto.

—¿Tan guapo como siempre? —bromeó.

—Yo te encuentro un hombre muy atractivo —le confesé sincera y sin perder la sonrisa—, pero eso ya lo sabes.

—¿Tanto como a tu amigo el profesor? —Cogió su copa de vino y se la llevó a la boca sin beber—. ¿Has pasado la noche con él?

Su pregunta me molestó, y sabía que trataba de herirme. No entendí qué pretendía.

—He pasado la noche en su casa —contesté muy seria—. Es un buen amigo.

—Sí, lo había olvidado. Un buen amigo con el que te gusta charlar sobre historia.

En ese momento pensé que solo estábamos los dos sentados en una mesa porque ambos nos concentramos en el otro.

—¿Qué ha sido de tu vida desde que te marchaste? —Su pregunta me pareció mostrar un interés sincero y no un nuevo ataque.

—Trabajando en mi nuevo libro, estudiando francés y dedicándole un tiempo a mis hijos —respondí tranquila y de mejor humor—. ¿Y tú?, ¿has acabado el montaje de la serie?

—No, estamos en ello. Por ahora me siento satisfecho. Un guion formidable. —Dirigió su copa hacia mí—. Los tres hicisteis un trabajo extraordinario, muy complicado y en poco tiempo.

—Resultó una de las experiencias más fascinantes de mi vida. Gracias por confiar en mí, Robert.

—Nunca más me fiaré de una gitana —replicó serio.

—Ya —respondí sin ocultar la tristeza que sentía—. Me refiero a la parte laboral, no pretendo hablar de la personal. Además, solo un veinticinco por ciento de mi sangre es de procedencia gitana. Te recuerdo que, como cualquiera, tuve cuatro abuelos. —Sus carcajadas consiguieron hacerme temblar, y Sam y Shauri me miraron sorprendidos—. Por cierto, acabé un borrador del guion sobre la vida de mis abuelos. —Me miró con sus ojos color chocolate muy abiertos—. No creo que dé para más de tres capítulos, pero la historia es preciosa. Te lo enviaré; será un regalo, para que compruebes que sí puedes confiar en una gitana mestiza.

—En otra, quizás. En ti, jamás.

No pude replicar. Pensé que me lo merecía, pero no comprendía por qué se empeñaba en restregármelo cuando todo había acabado entre nosotros.

—¿Prefieres que me cambie de asiento? —le susurré—. Parece que te incomoda mi presencia.

—No es necesario —respondió serio y cortante—. Me marcharé dentro de unos minutos. Tengo trabajo.

—Robert, quizás no nos veamos más, y no me gustaría quedarme con este recuerdo sobre nosotros, tan desagradable. Lamento lo que sucedió, lamento no haber estado preparada para lo que me proponías, pero no hagas que me arrepienta por enamorarme de ti. Fue muy importante y hermoso porque conseguiste que me sintiera una mujer más viva de lo que estaré en lo que me quede de vida. Siempre te lo agradeceré.

—Se te da bien la palabrería, Lola —me dijo de forma grosera—, pero el resumen sigue siendo el mismo. —Le pedí que continuara con un gesto—. No fui suficiente para ti; quizás me faltó una licenciatura en Historia —añadió con inquina.

—Sabes que eso no es cierto. Tú no hiciste nada mal, ni eres culpable de mis problemas personales.

—Eso ya lo sé, pero seguimos en el mismo lugar. No fui suficiente para que te quedaras —repitió—. Pero ya no tiene importancia; como bien dices, puede que no nos veamos más en lo que nos queda de vida. Dentro de unos minutos, me despediré de ti y te desearé honestamente lo mejor. ¡Que seas muy feliz, Lola! —Alzó su copa, esperó a que yo hiciera lo mismo, y lo imité.

—Tú también, Robert.

Me contuve de decirle que no solo no lo había olvidado, sino que, además, cada noche al acostarme, lo echaba tanto de menos que me dolían las manos por no poder acariciarlo, los labios por no poder besarlo, y las entrañas me ardían por no poder entregarme y que me hiciera el amor con toda esa energía que derrochaba. Pero él parecía no necesitarme ya. ¿Cómo tenía el valor de aparecer después de haberlo tratado del modo en que lo hice? Sentía que me merecía su desinterés. Continué con una charla más trivial que me relajara.

—¿Cuándo se estrenará la serie?

—Probablemente en otoño. —Me miró con intensidad—. ¿Vendrás al estreno?

—No lo sé, falta medio año. Mi hijo Nano quiere casarse por esas fechas; está deseando convertirme en abuela.—De nuevo sonó una carcajada de Robert.

—Menuda abuela. De película. —Me observó un instante mientras me devoraba con su mirada chocolate, y sentí cómo me ruborizaba.

—No empieces, Robert. Te gusta escandalizarme —le regañé.

—Me encanta, no lo niego. —Me sonrió y temblé—. Pero eso no quita a que de verdad seas una mujer preciosa y única. Ya te lo dije: como los grandes vinos, mejoras con la edad. —Bebió un sorbo de su copa y, luego, me miró con calma—. Desde que te marchaste, he llegado a la conclusión de que has nacido para castigar a los hombres.

—Eso no es cierto. Me conoces bien y sabes que no ambiciono castigar a nadie y menos a ti. Nunca pretendí hacerte daño. Además, creo que yo he sufrido más que tú.

—¿Vas de víctima por la vida?

Esa pregunta me ofendió por el tono cínico que usó al hacérmela.

—No, nunca. —Suspiré—. Será mejor dejar esta conversación; me está resultando bastante desagradable.

—Sí —admitió con frialdad—, será lo mejor.

A partir de ese momento, recibí toda su ignorancia de nuevo. Él sí que intentaba castigarme, y me apenaba porque resultaría un penoso y amargo recuerdo que hubiese preferido no llevarme.

Robert se levantó y un pellizco me retorció el estómago al darme cuenta de que se marcharía, pero se dirigió al servicio. Shauri y Sam se acercaron a mí en ese momento.

—Lola —comenzó Shauri muy serio—, ni se te ocurra dejarlo peor de lo que está porque, entonces, tendremos que marcharnos de su productora. No hay quien lo aguante, así que échale un buen polvo. —Me ruboricé de los pies a la cabeza—. Y déjalo suave como un guante de seda. Te lo suplico.

—Yo también, Lola. Dale una buena noche, a ver si amansas a esa fiera.

—Dejaos de tonterías. Robert no quiere saber nada de mí —me defendí sincera.

—Entonces, no se habría sentado a tu lado. Ha empujado a mi primo para conseguir su silla junto a ti.

—Shauri, he venido al funeral de tu madre. No tengo intención de iniciar nada con Robert, te lo aseguro.

—Eso ya lo veremos —contestó mi amigo, convencido de sus palabras, y se levantó cuando Robert se aproximaba.

—¿Quieres que le ceda mi asiento a Shauri? —se ofreció Robert molesto—. Parece que tenéis mucho sobre lo que hablar.

—Como quieras —me limité a responder, algo cansada de soportar la tensión, y recordé la situación parecida que habíamos vivido en la boda de mi amigo.

En aquella ocasión, había acabado en su habitación y en su cama. Una noche inolvidable de amor y placer, y creo que me ruboricé al recordarla. Junto a Robert revivían demasiados recuerdos dolorosos que estaban consiguiendo que me arrepintiera de haber vuelto a Londres.

En los siguientes minutos, estuvimos charlando con otros invitados a la mesa, hasta que Robert consultó la hora en su reloj de oro, heredado de su padre, y me miró muy serio durante unos angustiosos segundos.

—Mañana tengo una reunión importante a primera hora y debo leer varios guiones. —Yo lo escuchaba en silencio—. ¿Cuándo tienes pensado regresar a Sevilla?

—Mañana al mediodía. —Continuó dirigiéndome la misma mirada dura e indescifrable que me incomodaba, porque no entendía qué pretendía, y le dije lo primero que se me ocurrió—. A pesar de todo, me he alegrado de volver a verte.

—Yo también, Lola. A pesar de todo. —Se levantó, se despidió de Shauri y del resto de los asistentes. Luego se paró detrás de mi silla y se inclinó para hablarme al oído—. ¿Puedes acompañarme a la puerta? —Asentí.

Retiró mi silla, como muestra de su excelente educación, y me dirigí hacia la salida con él detrás, nerviosa porque no comprendía sus pretensiones, si ya nos habíamos despedido. Salí y me cobijé de la lluvia bajo la marquesina del escaparate de una tienda de comestibles que había junto al restaurante. Él se acercó tanto que logró intimidarme.

—Perdóname —comenzó a hablar—. Creo que he estado muy desagradable contigo, y tienes razón: yo tampoco deseo recordarte de ese modo. —La verdad era que me decepcionó el motivo de su requerimiento, porque fue capaz de sonreír cuando yo estaba a punto de llorar—. Sobre todo por lo guapa que estás. Estás preciosa, Lola. Eres una mujer increíble. —Unas lágrimas descontroladas se me escaparon, y él las retiró tomando mi rostro con sus manos—. Perdona si te he lastimado; no esperaba verte nunca más y debí suponer que vendrías al funeral. Sé cuánto aprecias a Shauri y que llegaste a conocer bien a su familia. ¿Tomamos una copa más tarde? —me propuso, lo que me sorprendió, e insistió ante mi silencio—. No pretendo nada, Lola, solo espero hablar contigo como hace unos meses, como buenos amigos.

—Creo que no, Robert. Para mí también ha resultado difícil encontrarme contigo. Prefiero guardar en mi memoria el recuerdo de tu buena voluntad por remediarlo. Ese acto es propio de Robert Wilder, el caballero que yo conocí y que me trató siempre más que bien.

—Si te traté tan bien, ¿por qué no te quedaste? —Parecía que estaba deseando escupirme esas palabras. No respondí y cerró los ojos en un gesto de desesperación—. Tienes razón, Lola: es mejor que no nos veamos de nuevo. Dejémoslo con las buenas intenciones.

Sentí que le debía una disculpa.

—Robert, yo... —Me interrumpió poniendo un dedo en mis labios y, luego, lo siguió un fugaz beso.

—Sé lo difícil que te resulta dejar a tus hijos; no tienes que justificarme tu decisión, aunque me duela.

—A mí también me duele, quizás más de lo que crees.

—No tienes que jurármelo; te conozco bien y lo sé. Pero eso no quiere decir que pueda aceptarlo; aún no he podido —me confesó susurrando.

Me atrapó en un beso de esos que conseguía que el mundo temblara bajo mis pies y, cuando lo dio por acabado, me sonrió.

—Siguen teniendo el mismo efecto, ¿verdad?

—Un efecto maravilloso. —Me miró con tanta intensidad que consiguió intimidarme.

—Ojalá te quedaras, Lola.

—Ojalá pudiera, Robert. —Y se marchó.

Capítulo 23

ALBA

Mientras repaso en mi mente el último episodio de la vida de mi abuela — aún emocionada por los intensos sentimientos que los dos mostraban—, llego puntual a mi cita, y mis entrevistados ya me esperan sentados a una mesa. Una pareja formidable de raza negra, con una presencia magnífica que llama la atención por su porte y su orgulloso físico. El hombre es quien me había seguido hacía unos días, lleva la misma chaqueta de piel marrón y es alto y fuerte. Ellos no me han visto y puedo entretenerme observándolos unos largos segundos. Sin duda son hermanos. Los mismos ojos oscuros, grandes y de mirada profunda e igual de orgullosa que sus poderosos cuerpos; los labios carnosos y rosados de forma perfecta, el mismo color de piel negra y pura. La chica tiene un vientre bastante prominente que delata su embarazo avanzado; a pesar de ello, yo la encuentro muy hermosa. Ofrece una imagen que podría abanderar la femineidad y la maternidad. Me dirijo hacia ellos y el hombre se levanta de forma precipitada y algo turbado cuando inicio mi presentación. Me tiende una mano, que presiento tan honesta como su mirada, y se la aprieto.

—Soy Aleia Selassie y ella es mi hermana Marini. —El hombre es tan alto como Andrew, pero mucho más ancho de hombros, más poderoso; físicamente impresionante.

—No te levantes, por favor —le pido a Marini ante su intento por hacerlo—. ¿De cuánto tiempo estás? —pregunto atenta y procuro relajar la tensión que emana del cuerpo de la chica—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, un poco pesada —me contesta en un inglés con claro acento africano—. Ya he pasado los siete meses.

—Esperaba que fueras más mayor —dice Aleia mientras me observa con intensidad—. A veces escribes con mucha furia para ser una chica tan joven.

—No soporto la injusticia. Mis padres me educaron para odiarla, y yo intento denunciarla gracias al único medio que he encontrado: el periodismo.

—Me gustó mucho tu artículo del viernes pasado —interviene Marini con timidez—, el de la chica que recibía las palizas de su marido. Mi hermano me lo leyó para que comprobara lo valiente que eres.

Le agradezco el cumplido y presto atención al camarero que se ha acercado a nuestra mesa.

—El otro día me seguiste, Aleia. —Lo sorprendo con mi sinceridad—. ¿Por qué no te presentaste en vez de seguirme?

—Iba a hacerlo. Esperaba el momento oportuno, pero desapareciste de repente.

—De repente, no. Me escondí en unos servicios del metro y te despisté. —Él sonrío mostrando una preciosa sonrisa de dientes grandes y blancos bien cuidados—. Me asustaste.

—Lo siento, Alba. —Me transmite sinceridad aunque sea un desconocido—. Te encontré en la asociación de mujeres, y alguien comentó quién eras; por eso te seguí.

—Aclarado este asunto, ahora dime: ¿cómo creéis que puedo ayudaros?

—Si no encuentra trabajo pronto, la deportarán después de que nazca el niño. Mi sueldo no da para mantener a dos familias; ya me lo han advertido. Ahora no puede regresar a Mali tal y como está la situación política. —Me habla con su voz ronca y profunda, afectada por su acento africano.

—Desde luego no sería seguro. —La miro un instante y paso a preguntarle lo que nos interesa; procuro ser objetiva y olvidarme de que se trata de la empresa de mi marido—. ¿Cuándo te despidieron?

—Mi contrato no acababa hasta enero del 2019 pero, en cuanto le comenté a

mi jefe que estaba embarazada, me dijo que tenía un mes de plazo para marcharme y que, si denunciaba a la empresa, él me denunciaría por ejercer la prostitución en mi lugar de trabajo.

—¿Hablaste sobre ello con alguien más de la empresa? —le pregunto pensando que se refería a alguien de mantenimiento.

—No, me amenazó cuando le dije que me quedaba unos meses para acabar mi contrato y que necesitaba ese dinero para mantener a mi hijo. Me contestó que hablaría con un amigo que trabaja en la oficina de inmigración para acelerar mi expulsión del país.

—Aleia, ¿fuiste a hablar con alguien de la empresa donde trabajaba Marini?

—Sí, hablé con el hombre que será el padre de su hijo.

—¿Quién es, Marini? —pregunto con curiosidad, por si lo conozco.

—El jefe es el padre de mi bebé —confiesa la chica, avergonzada, a la vez que se acaricia el vientre con una mano, y creo que ambos notan mi respingo de sorpresa—. Me engañó para que me acostara con él. Me invitaba a cenar y me llevaba a un hotel; me regaló ropa cara, interior y de vestir, para que saliera con él a sitios elegantes, pero fuera de Londres. Me hizo fotos de desnudos mientras me juraba que eran solo para él —reconoce avergonzada—. Por eso me amenazó con denunciarme por prostitución. Me engañó —se defiende de nuevo sin disimular su vergüenza—, y yo creí todas sus mentiras.

—¿Cuánto tiempo estuviste saliendo con él?

—Durante la primavera, tres o cuatro meses. —Se retira unas lágrimas—. Él me engañó —insiste con ojos llorosos—, me dijo que me amaba y que cuidaría siempre de mí. —Permanecemos unos segundos en silencio. Yo necesito reponerme de la impresión antes de buscar una salida a la situación de la chica.

—Marini, te voy a hacer una pregunta muy personal, pero necesito que seas sincera. —Ella asiente sin dudar—. ¿Te forzó a acostarte con él?, ¿te violó? —Niega sincera.

—No —contesta con timidez—. Él me sedujo, me enamoró con sus halagos

y sus falsas promesas. —Mi suspiro de pesar la sorprende.

—Tengo un amigo que trabaja en esa agencia y, quizás, pueda ayudarnos —les digo pensando en Andrew—. ¿Cómo se llama tu jefe, Marini? —Ella duda unos segundos en contestar y no lo hace hasta que su hermano asiente mirándola sin pestañear.

—El señor Stevens, el jefe.

En ese momento, creo que todo ha sido una jugada bien preparada y que me conocen, que saben que yo soy su mujer y que pretenden chantajearme de algún modo. Las palabras me salen en un susurro y mi cuerpo tiembla.

—¿El señor Stevens es el dueño de esa empresa?

—Sí —afirma Aleia—. Fui a hablar con él a finales de julio, el 24 exactamente. —Recuerdo que ese fue el día que vinimos a resolver un asunto muy urgente; ajusto la fecha sin pararme a respirar—. No sé por qué, pero me recibió y me dijo unas cosas muy desagradables sobre mi hermana.

—Nada de eso era cierto —se defiende Marini—. Yo nunca lo provoqué; él me seducía y a mí... —Baja la cabeza avergonzada—. Me gustaba ese hombre de hermosos ojos azules.

—¿Cuál fue su respuesta? —pregunto a Aleia susurrando y convencida de que vomitaré allí mismo. Pero no puedo delatarme; si se trataba de unos chantajistas, estaban siendo muy convincentes.

—Que ella lo había provocado, que se le insinuaba constantemente, que se desabrochaba su uniforme cuando él se quedaba trabajando en la oficina hasta tarde...

Todavía me queda otra pregunta trascendental.

—¿Durante cuánto tiempo estuviste acostándote con él, Marini?

—Todo sucedió en primavera —me lo repitió. Lo sabía, pero tenía que asegurarme bien.

Mi mente se nubla y me pierdo de la conversación en ese instante. Esta era la causa de las horas tardías en que regresaba Andrew a casa; la tenía ante mí. Esa preciosa y exótica mujer lo tuvo entretenido durante toda la primavera y,

cuando se cansó de ella y esta le vino con un grave problema, la despachó y volvió de nuevo conmigo. Ya no puedo aguantarme más: me excuso y me dirijo al servicio. Vomito hasta el desayuno y, cuando creo que ya no me queda nada dentro, me lavo la cara y, sin mirarme al espejo —porque estoy segura de que me echaré a llorar—, regreso a la mesa.

—Lo siento. —Me disculpo intentando esbozar una sonrisa—. No me encuentro bien, yo también estoy embarazada. —Y estoy a punto de añadir «del mismo hombre»; en cambio, reúno todas mis fuerzas, continúo fingiendo y me muestro objetiva ante el escabroso asunto, sin comprender cómo puedo mantenerme aquí sentada junto a ellos—. ¿Qué pretendéis conseguir del señor Stevens? —Los dos hermanos se miran sorprendidos—. Si te has puesto en contacto conmigo es porque pretendes que denuncie el caso de tu hermana. —Me dirijo a Aleia—. Quizás, el señor Stevens quiera llegar a un acuerdo con vosotros si lo amenazo con hacer público el embarazo de Marini.

—¿Tú qué nos aconsejas? —me pregunta Aleia, con lo que me sorprende, y me envía un mensaje que transmite, para mí, la sinceridad y la veracidad de sus palabras—. ¿Qué deberíamos exigirle por lo que le ha hecho a mi hermana? Solo queremos justicia y evitar que la deporten.

Me quedo pensando un instante; procuro, sin apenas conseguirlo, continuar tratando el asunto con objetividad, una vez demostrado que los hermanos no saben quién soy yo en realidad. Observo a Marini; no puedo hacerla culpable de mi ruptura con Andrew porque es la imagen viva de la ingenuidad y de la humildad y tan víctima del engaño de Andrew como yo. Respiro dos o tres veces en profundidad para exigirme concentración.

—Deberías pedirle una indemnización por haberte despedido, al menos tu sueldo hasta acabar tu contrato. Luego, que te busque otro empleo, que aporte buenas referencias sobre ti y, por último, una pensión de manutención para tu hijo. —Suspiro satisfecha y recuerdo a la dura y valiente Claire; ella no lo habría resuelto mejor, dadas las penosas circunstancias personales en las que me veo envuelta en ese momento—. Eso es lo menos que deberías exigir.

—Eso es justo —afirma Aleia de forma contundente—. ¿Te parece bien, Marini?

—Sí, no deseo nada más de ese hombre. Solo quiero olvidarme de él y criar a mi hijo sin que forme parte de nuestras vidas.

«Ya somos dos», pienso en ese instante.

—Yo os lo prepararé todo. Dadme unos días y te mando un *email*, Aleia.

—Gracias, Alba. Eres una buena persona.

—Muy buena —ratifica Marini mientras apoya su mano sobre la mía.

—Todavía no hemos solucionado nada —respondo sonriendo desganada y deseando marcharme.

—Pero nos has escuchado y has comprendido la injusticia con la que ha sido tratada mi hermana, sin importarte nuestro color ni nuestro origen. No has dudado de nuestras palabras. No hay tanta gente dispuesta a ayudarnos; al menos yo no la he encontrado cuando acudí a algún abogado, quienes lo único que hicieron fue advertirme de que el señor Stevens tendría todo a su favor si tenía guardadas fotos comprometidas de mi hermana.

Cuando oigo el apellido de Andrew me vuelven las náuseas. Me despido de los hermanos y les prometo que me ocuparé de que se haga justicia.

Al salir a la calle, el aire fresco me sienta bien. Me despeja la cabeza por un instante: el tiempo justo para detener un taxi y darle la dirección de mi casa.

—Señora —me llama el taxista varias veces. Creo que me he desmayado y su voz me reanima—. Hemos llegado. —El hombre, preocupado, me observa un instante—. ¿Se encuentra bien?

—No. ¿Cuánto es?

Le pago, me obligo a mover las piernas, entro en casa de Andrew. Ya no puedo pensar en que es nuestra casa ni nuestra vida ni nuestro hijo. Me ha traicionado y yo no me equivoqué al dejarlo. No soy tan cabeza hueca como yo misma pienso; ni mi instinto sobre que algo grave le sucedía en aquellos meses

me falló entonces. Tengo suerte de llegar a la cama y desmayarme de nuevo sobre ella.

Una mano fría en mi rostro me espabila.

—Hola, cariño. Estás helada. ¿Te encuentras bien?

Ni siquiera puedo responder. Tan solo con oír su voz y sentir su tacto en mi piel, tengo que levantarme de la cama tambaleándome; intento llegar al baño y vomitar de nuevo. Nada. Solo bilis amarga porque no me queda nada dentro, aparte de la traición, la decepción, la amargura que Andrew ha dejado.

Estoy lavándome la cara y enjuagándome la boca para quitarme ese doloroso sabor cuando él entra en el baño y me sujeta el pelo.

—¿Estás mejor? ¿Quieres que llame a un médico?

Las preguntas vienen de dos en dos, lo que delata su preocupación. Una preocupación falsa y asquerosa como me resulta su presencia y como imagino que lo miro.

—Me voy a la cama. Estoy cansada.

Es mi respuesta, pero Andy se tumba a mi lado y yo no soporto su contacto.

—Por favor —le suplico a punto de llorar—, no me toques. Solo quiero descansar.

—¿Qué sucede, Alba? —me pregunta angustiado—. Te he estado llamando por si te apetecía cenar fuera, y no has respondido. Estaba muy preocupado.

—Guárdate tu preocupación; no la quiero. —Me mira impresionado—. No quiero nada de ti. Mañana me iré de esta casa para siempre.

—¿Cómo? —Me observa perplejo y asombrado—. ¿Por qué me dices esas cosas?

—Cállate, asqueroso, cínico, cerdo. —Andrew parece horrorizado—. No quiero hablar contigo. Si no sales de esta habitación, me marcharé ahora mismo aunque sea arrastrándome.

—¿Se puede saber que te he hecho para que me hables en ese tono? —me exige enfadado.

—Lo sabes bien. Recuerda lo que hiciste en primavera.

Se toma unos segundos pensando.

—¿Ya estamos otra vez? Creí que lo habías olvidado y me habías perdonado.

—Yo espero olvidarlo algún día. Pero ¿tú?, ¿cómo puedes ser tan canalla?

—Ya está bien, Alba. Hablaremos cuando te encuentres mejor.

Cabizbajo, sale de la habitación, cierra la puerta tras de sí, y me deja sola. Yo no quiero pensar, pero pienso y lo imagino abrazado a esa preciosa chica de color, haciéndole el amor y diciéndole las mismas palabras que a mí. Fueron meses difíciles para ambos, en los que solo hablábamos para discutir y durante los que apenas mantuvimos relaciones sexuales. Y ahora entiendo el motivo. Se lo ofreció todo a Marini, incluso fue tan imprudente en sus relaciones como lo era conmigo, lo bastante como para dejarla embarazada. ¿Y si la chica tenía sida?, ¿y si me lo había contagiado? No, recuerdo con frialdad; me han hecho una amplia analítica y estoy segura de que el sida también estaba entre las pruebas. Una estúpida niña mimada y caprichosa: eso soy yo. Lo bastante estúpida como para dejarme engañar por ese canalla peor que Sean, peor que mi abuelo Juan y peor que cualquier hombre de la tierra.

A pesar de estar tumbada en la cama, la impresión que me ha causado esa revelación sobre Andrew me tiene exhausta, y creo que no me duermo, sino que me desmayo de nuevo. No me despierto hasta oír la alarma de Andrew, pero finjo estar dormida. Se despide de mí con un beso en la frente, varias caricias y siento cómo me observa. Pero continúo fingiendo.

En cuanto oigo que la puerta se cierra, me levanto, me preparo un zumo de naranjas, aunque no estoy segura de si es lo más adecuado —dada la situación de mi estómago vacío— y me dispongo a preparar mi maleta. Me marcharé a Sussex, junto a mis abuelos, hasta que tenga fuerzas para enfrentarme a Andrew y contarle la verdad, su verdad. Solo con pensarlo estoy a punto de vomitar el refrescante zumo que acabo de beberme.

Voy en el tren cuando recibo la primera llamada de Andrew, que no contesto. Minutos más tarde, otra y otra que yo ignoro. Hasta que me envía un wasap y, entonces, le respondo.

Alba:

Me voy a casa de mis abuelos, a Sussex. Por favor, no me llames.

Andrew:

Está bien. Si es lo que deseas, no te llamaré, pero necesito saber si te encuentras bien.

Es su respuesta a la que no contesto, ni a ningún mensaje de los muchos que me escribe. No quiero saber nada más de él e intentaré que él no sepa nada más de mí.

Mi abuelo me dirige una mirada de reproche nada más verme.

—Princesa, ¿qué has estado haciendo? Pareces agotada.

—Por eso me he venido. Necesito descansar y nada mejor que tu casa y vuestra compañía para conseguirlo. —Miento porque no me atrevo a contar la revelación que me habían hecho los hermanos Selassie. Aún no me encuentro con fuerzas para enfrentar esta situación, como me ha sucedido con mi embarazo—. Necesito más mimos; este fin de semana no tuve suficiente.

Las carcajadas de mi abuelo logran, durante unos segundos, animar mi congelado corazón, que se detuvo en el momento en que el apellido de mi repugnante marido sonó en la cafetería el lunes por la tarde. Y entonces me pregunto qué clase de educación o de ejemplos habrían tenido Ross y Andrew para llegar a ser tan canallas. Los comparo con mi padre y con mi tío, y me resultan extraterrestres llenos de maldad y sin principios. No permitiré que un hombre como ese sea el padre de mi hijo o de mi hija, si llega a nacer, cosa que comencé a plantearme mientras viajaba en el tren. No estoy segura de aceptar una criatura de semejante mal hombre y que me obligue a tenerlo presente durante el resto de mi vida.

Después de que transcurra una tarde tranquila junto a la sólida presencia y

compañía de mis abuelos, llega la hora de acostarse. Estoy a punto de decirle a mi abuela que se acueste conmigo esa noche, como cuando era pequeña y sufría pesadillas; entonces no me dejaba sola hasta que me dormía. Ahora también la necesito porque estoy sufriendo la peor de las pesadillas, tan desagradable que ni siquiera me atrevo a hablar de ella para no disgustar a mi familia. Me angustia la reacción que provocará en todos, la decepción que sufrirán y la preocupación por mí. Recuerdo la edad de mi abuela y pienso que la pena acabará con su vida; no por lo que hubiese hecho Andrew, sino por el daño que su conducta me hace y me hará a mí. Ella lo sabrá mejor que nadie porque en su juventud trató con otro mal hombre, aunque Andrew ha logrado méritos para superarlo.

Una y otra vez vuelvo a la cuestión de mi futuro hijo. En ese momento no lo quiero dentro de mí. Odio a este bebé aunque no sea culpable por ser hijo de quien es; aunque suene terrible, empecé a odiarlo al salir de la cafetería donde me había enterado de la espeluznante noticia. Abortaré, aún estoy a tiempo; solo son tres faltas. Pero... el mismo problema: toda mi familia está ilusionada por mi embarazo. «Me tiraré por las escaleras, sin pensarlo, cerraré los ojos, simularé como si me lanzara desde el borde de la piscina y me cubriré la cabeza con las manos —imagino ingenua—. Parecerá un accidente y, cuando pierda al niño, todos se alegrarán de que, al menos yo, siga viva después de ese terrible percance».

Haga lo que haga preocuparé a los míos, pero nada les dolerá ni los decepcionará más que la verdad; de eso estoy segura. Dejaré mi embarazo en manos de la madre naturaleza, y que ella actúe a su antojo porque, tal y como me encuentro, no estoy segura de que mi cuerpo lo soporte. Pero me marcharé de Londres para siempre y me iré a Sevilla junto a mis padres y mis tíos, cuando regresen de Shanghái. Cambiaré de vida, de ambiente, de trabajo si es posible. Escribiré mientras tenga dinero ahorrado; afortunadamente, tengo suficiente para mantenerme una larga temporada. «Sí, esa será la mejor solución», pienso mirando el móvil, a las cuatro y veinte de la mañana, y

compruebo las numerosas llamadas perdidas que tengo de mi marido y, entonces, surge de nuevo el plan en mi mente: cambiar de vida. Sevilla, padres, quizás niño, nuevo trabajo: así una y otra vez hasta que me duermo.

Despierto, a la hora del almuerzo, bastante repuesta y casi convencida del mantra que he recitado durante la madrugada, y decido pasar el día paseando con mi abuela y escribiendo el final de su historia, sobre la que hace unos días que no trabajo. Necesito desconectar, e involucrarme en la vida de mi abuela me ayudará.

Mientras almorzamos, mi abuelo me da un recado de Andrew.

—Ha llamado Andrew varias veces. Parecía muy preocupado por ti.

—No me extraña, no me he traído el cargador del móvil. Si llama otra vez y no estoy despierta, díselo para que no se preocupe.

—Le he dicho que estabas dormida las tres veces que ha llamado. —El teléfono de la casa suena en ese instante—. Seguro que es él otra vez.

—Lo cogeré en la biblioteca —digo despreocupada; por supuesto, fingiendo.

—¿Sí? —respondo al auricular y, como suponía, se trata de Andrew.

—Alba, cariño, ¿cómo estás? ¿Sigues vomitando?

«Apunto de vomitar el delicioso almuerzo que me acabo de comer con buen apetito por el hecho de oír tu voz asquerosa» es lo que me contengo de decirle.

—Estoy bien —respondo con frialdad.

—¿Por qué te has marchado?, ¿qué te ocurre?

—Dentro de unos días, me sentiré con fuerzas suficientes para hablar contigo. Ahora tengo que pedirte un favor: no me llames. Ni siquiera soporto oír tu voz...

—¿Por qué? ¿Se puede saber qué es lo que he hecho para que te sientas de ese modo?

—Lo sabes bien; ya no es necesario ocultarlo. Recuerda la pasada

primavera y lo que hiciste. —Pienso en nombrar a Marini, pero no puedo pronunciar su nombre sin vomitar. Necesito más tiempo—. Hablaremos pronto; mientras, no deseo saber nada de ti.

Y cuelgo.

Me desahogo llorando mientras contemplo la impresionante vista que, hace unos meses, me ayudó a superar mi primera separación de Andrew desde la ventana de la biblioteca. Pero lo quería tanto que estaba segura de que jamás me desharía de su recuerdo. Mi caso no se parece al de mi abuela; ella dejó a Juan sin sentir nada por él y pudo encontrar a Robert y volver a sentir amor e ilusión. Yo jamás lo lograré.

Busco a mi abuela por toda la casa hasta encontrarla en la cocina. Llorando, me abrazo a ella.

—¿Qué te sucede, Alba?, ¿por qué lloras?

—Por ti. Estoy llorando por lo mucho que debiste padecer al separarte del hombre al que amabas. —En realidad lloro por mi dramática situación, porque me está sucediendo lo mismo y no encuentro el modo de mitigar tanto dolor—. Aunque sepa que acabaste viviendo con el abuelo, ¿cómo soportaste tanto sufrimiento? ¿Cómo lo hiciste sufrir tanto? Tuvo que ser terrible para ambos. —Busco consuelo y ayuda para soportar mi propio calvario.

La abuela me mira a los ojos, durante unos largos segundos, antes de responder.

—Lo fue, Alba, y creo que ya eres capaz de hacerte una idea. Comprendes el significado del dolor porque lo experimentaste al separarte de Andrew en mayo; sentiste cómo una parte de ti muere al alejarte de él. Vivía la madre, la escritora, la amiga, pero la mujer dejó de existir durante los meses que estuve separada de Robert. Lo estás escribiendo y puedes comprobar lo que hizo por mí. A pesar de mi edad, me sentía como una joven inexperta en todo lo referente al amor y al sexo porque ni Juan ni su modo de vivir me ofrecieron ni me enseñaron nada sobre esos temas. Robert me descubrió un mundo mágico, excitante y, sobre todo, lleno de amor y ternura. Pero yo llevaba demasiado

peso en la mochila, que eran mi pasado y mis dos hijos; aunque estos fueran mayores, tenía miedo de decepcionarlos, miedo a dejarles un hogar destrozado al que nunca pudieran regresar. Y buscar refugio, en momentos difíciles, me recordaba la conciencia; había llevado una vida anterior vacía y dura, durante años, y el recuerdo de un mal hombre que me había dominado y anulado me perseguía aún. Fueron momentos complicados para mí y muy dolorosos para ambos; sin embargo, nos fortaleció y nos enseñó a valorar lo que habíamos encontrado el uno en el otro.

—Demasiado sufrimiento, abuela —replico mientras me seco las lágrimas—. Estoy harta de que el egoísmo de otras personas nos haga sufrir tanto.

—A veces, el sufrimiento ayuda a madurar, te renueva y te refuerza el carácter, te forja como persona, y no solo el tuyo. Si eres capaz de comprender el de los demás, como tú con tus artículos... —Me sonrío cariñosa—... también te sirve como experiencia.

Asiento y continuamos hablando de un artículo que yo he escrito sobre una mujer de sesenta años que cuida de su madre de ochenta y cinco, impedida desde los setenta. La hija tuvo que dejar el trabajo porque no pueden pagar a nadie y, en la actualidad, viven las dos con seiscientas libras de pensión que tiene la madre, cuando la mitad se les va en medicinas y cuidados que necesita la anciana. Una situación lamentable en los tiempos que vivimos, como tantas injustas realidades sobre las que yo escribo.

Y en esos momentos tengo entre manos la más cruel realidad: un hombre mentiroso y egoísta que será padre de dos hijos muy diferentes. A uno de ellos lo abandonará a su suerte, sin remordimiento, por tratarse de lo que él cree un error. Puede que desee que deporten a esa pobre chica a Mali, y así los perderá de vista a la vez que se deshará de una preocupación.

Pero, por una jugarreta del destino, yo me he enterado y, en ese momento, antes de la cena, cuando regreso de dar un largo y reflexivo paseo, me propongo enfrentarme con mi dura y cruel realidad. Por la mañana regresaré a Londres y hablaré con él. Su falta de escrúpulos no va a quedar impune. Ya me

encargaré yo, como periodista que soy; por supuesto, me despediré de Andrew para siempre, ni siquiera permitiré que conozca a mi hijo y lo amenazaré con hacer público el desprecio y la utilización machista y alevosa hacia la joven Marini Selassie. A mí no me importa someterme a esa vergüenza social porque no me quedaré en Londres. Lo he decidido: me marcharé a Sevilla, viviré junto a mis padres y encontraré, con ayuda del paso del tiempo, a la chica romántica, superficial, mimada y caprichosa que vivía en mí y que siempre fue feliz. Ya me encargaré de que mis abuelos se vengan también con nosotros. Allí estaré segura y recuperaré mi confianza y mi ilusión, robadas de la manera más vil y canalla que he conocido.

Sandy me telefona después de la cena, y me contengo haciendo un gran esfuerzo de desvelarle la verdad sobre mi situación lamentable. Antes hablaré con el culpable de todo y ahora estoy deseando hacerlo.

—¿Por qué no me has avisado? Te he estado llamando a casa y al móvil.

Me justifico como puedo y me indigna su comentario.

—Andrew está muy preocupado por ti; me ha parecido abatido. Tienes que hablar más con él.

—Pero si soy una cotorra —replico fingiendo un desenfado que no siento—. Ya me conoces.

Estoy segura de que Andrew no habrá comentado nada sobre el desprecio que le he regalado durante esos días. Él jamás habla de su vida privada, aunque ahora entiendo muy bien el motivo. Busco una buena justificación que convenza a Sandy; en parte, es cierta, y quiero que el primero en enterarse de mis averiguaciones sea el mismo responsable de mi huida a Sussex.

—Lo que ocurre es que aún no quiero hacerme ilusiones por mi embarazo. Me acuerdo de tu dolor, sabes... Y estos días, en que me encontraba tan mal, he pensado en lo peor.

—Bueno, no te preocupes por nosotros; ya estamos intentándolo de nuevo.

Verás qué pronto lo conseguimos.

—Por supuesto que sí. Lo merecéis. Nadie merece ser padre más que vosotros dos. —Me indigna pensar que Andrew lo logre dos veces y que mi buen y honesto amigo no lo consiga.

Por supuesto, Andrew está en su agencia, adonde me dirijo desde la estación. Hace meses que no venía, por lo que algunos de sus empleados me felicitan por nuestra boda. Imagino que su reservado jefe aún no ha comunicado la noticia sobre su futura paternidad. De repente, un pensamiento fugaz atraviesa mi cerebro: ¿sabrán lo de su relación con Marini? Un intenso sentimiento de vergüenza y humillación me invade, y siento unas ganas tremendas de salir corriendo de las oficinas. Durante un tiempo de su vida, Andrew prefirió todo cuanto le pudo ofrecer esa chica, disfrutó de su cuerpo y de su compañía más que de la mía...

Entro casi a la carrera en el despacho de Andrew. Su secretaria me sigue sorprendida y me meto en el baño. Andrew no está y yo vomito de manera estrepitosa, arrodillada ante el váter.

—Pobre chica —se lamenta la eficiente y amable Matilda, quizás porque es consciente de la gran cornamenta que pesa sobre mi cabeza—. ¿Puedo ayudarte, Alba?

—No, gracias —puedo decir con voz ronca y forzada entre arcada y arcada—. Cierre la puerta, por favor. —Me siento humillada e intento evitar que se compadezca de mí.

—Sí, sí, por supuesto —se disculpa la mujer.

Unos segundos más tarde, Andrew entra en el baño y me encuentra en la misma postura en que me ha dejado su secretaria. Alarmado y sorprendido, se detiene a mi lado sin saber qué hacer, hasta que se agacha por detrás y me sujeta el pelo.

—Tu abuela me dijo que no habías vuelto a vomitar —susurra preocupado

—. ¿Cómo estás, cariño?

Sus palabras, que encuentro falsas y traicioneras, me provocan otra gran arcada que ya no arrastra nada de mi estómago porque no me queda nada que expulsar.

—¿Has ido al médico? —me pregunta a la vez que me ayuda a levantarme.

—No es necesario —respondo mientras me inclino ante el lavabo para enjuagarme la cara y la boca. Andrew, atento, me ofrece una toalla limpia.

Me miro un instante al espejo y me sorprendo ante la imagen enfermiza que me devuelve. Así me siento: enferma y sucia por dentro.

—Podemos salir. Ya no tengo nada que vomitar —susurro dolida.

Andrew cierra la puerta de su despacho y nos quedamos a solas.

—¿Por qué no has visitado a tu médico? Es evidente que no estás bien.

—Estaba perfectamente antes de entrar en este edificio. —Andrew me mira intentando leer entre mis palabras y entiende que quiero decirle algo—. Tenemos que hablar.

—Eso espero: que hables conmigo y me cuentes, de una puñetera vez, qué te sucede y por qué intentas abandonarme otra vez. Porque eso es lo que has hecho, ¿verdad? —me interroga con una mirada fría y acusadora que, en pocos segundos, cambia y no contiene un abrazo fuerte y violento—. Alba, cariño, no te entiendo. ¿Te imaginas cómo me haces sentir si me rechazas y rehúyes mi compañía y mi apoyo en estos momentos? —Me besa la frente durante unos segundos, en los que no afloja los brazos, que me rodean—. Cuánto te he echado de menos y ahora quiero que seas sincera conmigo y me cuentes todo eso que te ronda en esa cabeza vacía y hueca que tienes. —Bromea, pero yo no sonrío, y una sombra de tristeza cruza su precioso rostro. Unos golpes en la puerta nos interrumpen. Andrew, por fin, me suelta y abre.

—Andrew. —Es la eficiente Matilda y, en estos momentos, me consuela que se trate de una señora de más de cincuenta años a la que seguro mi marido no se tiraría—. Continúan esperándote en la sala de reuniones. Es urgente.

—Ahora mismo voy, Mati. Gracias.

Se gira y me mira disculpándose; yo conozco ese gesto.

—¿Puedes esperarme unos minutos? —Asiento—. Prométeme que no te irás.

—Esperaré a que termines. Lo que tengo que decirte también es urgente.

La preocupación se adueña de su cuerpo y de su rostro; también conozco esa expresión de Andrew, la misma que mostraba el día que me fui de su casa.

Me siento en su cómodo sillón de trabajo, y me invade la morbosa necesidad de curiosear por su ordenador. El fondo de pantalla lo ocupa una gran imagen de los dos, tomada el día de nuestra boda. Andrew estaba guapísimo, confiado y feliz; yo, con mi provocador vestido rojo estilo *pin up*, resulto una mezcla explosiva entre Rita Hayward y Marilyn Monroe. Estamos sonriendo, mirándonos a los ojos, agarrados con firmeza de las manos, y tengo que quitar los ojos de la pantalla un instante para no llorar por esa felicidad que ya siento perdida, con la mala suerte de dirigir mi vista hacia la otra esquina, donde dos marcos de fotos mías coronan esa parte de la mesa. Cojo el más grande y lo observo con detenimiento. Hacía tiempo que no lo veía. Andrew hizo un colaje en su ordenador de casa, para el que eligió mis mejores instantáneas desde que era un bebé. En nuestro dormitorio, tiene uno igual, tamaño póster, colgado en la pared de su lado de la cama, y yo lo he visto besar sus dedos y tocar la imagen cada día al levantarse y al acostarse, adorándolo como hace tanta gente en España con las imágenes religiosas. Incluso lo hizo —lo que me resulta incomprensible en estos momentos — durante esa época que preveía nuestra separación. Menudo hipócrita: se acostaba con otra y fingía adorarme.

—¿Se puede saber qué le has hecho a mi pobre hermano, que anda tan preocupado por ti estos días? ¿No habrás visitado otra vez a Walker? —Se ríe—. Eres una chica muy peligrosa.

La voz y la presencia de Ross interrumpen mis pensamientos y mi intención de curiosear sobre Marini en los archivos de Andrew. Se acerca a mí

sonriendo y me besa en la mejilla. Se muestra tierno y cariñoso. Otra alimaña Stevens.

—¿Cómo se encuentra la futura mamá? —Me mira mientras me sujeta por los hombros—. Alba, estás más preciosa que nunca.

—Solo eres un falso adulator, porque me siento y me veo fatal.

—Sí, lánguida, frágil y preciosa. No me extraña que mi hermano esté loco por ti, encanto.

—¿Cómo está Sondra? —pregunto cambiando de tema y dejando de lado tanto halago, que no me agrada—. Creo que no la veo desde mi boda.

—La verdad es que no tengo ni idea a qué se dedica mientras estoy trabajando; imagino que en gimnasios, centros de estéticas y tiendas caras. Nada comparable a ti, ¿verdad? Tú prefieres perderte por la ciudad en busca de causas injustas que denunciar a los cuatro vientos. Toda una aventurera rebelde.

—Deja de burlarte de mí —replico altiva y él me sonrío condescendiente.

—No me burlo de ti; todo lo contrario. Intento demostrarte mi sincera y profunda admiración. Menudas agallas has demostrado tener al presentarte en la oficina de Walker y amenazarlo con denunciarlo.

—No siempre estoy hostigando a la gente. A veces, también me gusta ir de compras; es más, me encanta.

—Pero imagino que no vas acompañada de tu amante. —Doy un salto en el sillón que provoca una carcajada de Ross. Evidentemente tiene ganas de escandalizarme—. Sí, Alba. Sondra suele ir con su amante de turno; no creo que el chico que la acompaña tenga más de veinticinco años. A ver si le echa un par de polvos, la tranquiliza una temporada, y me deja en paz.

Su explicación me asquea tanto como la faena que me ha hecho su hermano, así que me digo: «Arremete con todo, Alba, y al menos cántale las cuarenta a estos insensibles hermanos Stevens». Pero Ross se adelanta; esa mañana le ha dado por hablar.

—Me casé enamorado, Alba, aunque te resulte extraño. Pero Sondra me

decepcionó pronto; no maduró, no encontró otra ocupación que la de dedicarse a sí misma. Nos fuimos alejando poco a poco, y comenzaron a gustarme más esos vicios que ya conoces.

—Entonces, no entiendo por qué no...

—¿Me divorcio? —me interrumpe, al intuir el sentido de mi comentario, y sonrío irónico—. Y tendría que irme a vivir con mi madre. Sondra me mantiene, tiene el dinero que heredó de su padre y su casa, y a mí ya solo me queda el sueldo que el bueno de mi hermano me paga por absoluta compasión. —Me mira y sonrío desganado—. Estás casada con un puto héroe.

«Seguro —pienso en mis adentros—. No es mejor que tú».

—Lo sé, Alba, no tienes que decírmelo. A veces, me siento indigno y cobarde, pero también me gusta vivir bien y dejarme llevar por mis vicios. Menos mal que el padre de Sondra la obligó a firmar una separación de bienes gananciales: si no lo hubiera hecho, no nos hubiera quedado ni eso. Yo habría despilfarrado toda su herencia.

—Aún tienes tu parte de la agencia —digo compasiva porque, en realidad, es lo que Ross despierta en mí: compasión.

—Andrew ya controla el cien por cien de la empresa. —Mi gesto de sorpresa le provoca una sonrisa—. Sí, ¿no te lo ha contado? Le he vendido el veinte por ciento que me quedaba. Necesitaba liquidez para ayudarle a pagar mi deuda con Walker, y mi hermano me la ha proporcionado. A pesar de todo, la broma le va a costar a Andrew más de doscientas mil libras. ¿Tenías pensado darte algún capricho? —Me limito a encogerme de hombros. Nunca he estado atenta a los ingresos de Andrew. Vivimos más que bien y no necesitamos más—. Lo siento. —Pienso que esa disculpa es totalmente falsa.

—¿Y si conocieras a alguien que te importara de verdad?

—¿Cómo mi hermano y tú? Muy bonito, mucho amor, mucha ternura, estar loco el uno por el otro... No, eso no es para mí. Nunca seré capaz de ofrecer tanto a una persona. Además... —Sonríe burlón—... creo que Andrew se ha quedado con la única chica de Londres que merece la pena.

—No digas tonterías, Ross. Tengo entendido que también te gustan las neoyorquinas y no lo sé por Andrew; ya sabes que habla poco. Y no creo que yo sea tan impresionante —digo a punto de llorar, al recordar el desprecio de Andrew.

—Eso es lo que te hace tan hermosa. Eres muy inteligente y jamás caerías en la trampa de tu propia vanidad. No creo que mi hermano haya sucumbido solo ante tu belleza, aunque, a pesar de no parecerte bien, hubiese sido suficiente. Andrew siempre fue muy exigente con las chicas y acertó un pleno con su elección final.

Tanto halago está desatando toda mi furia y mi rabia contenidas desde que conocí a los hermanos Selassie y, por si Ross está informado, pretendo dejar claro que yo no soy tan ingenua.

—Ross, ¿conoces a Marini Selassie? —Su rostro palidece al oír el nombre, y me siento triunfar en ese instante.

—¿Te lo ha contado Andrew? —murmura impresionado.

—No. Ella y su hermano han acudido a mí sin saber mi nombre, a través de la dirección de correo del periódico, con la intención de hacer pública la situación de Marini y de conseguir una indemnización y un trabajo para que no la deporten —respondo alzando la barbilla para hacerle ver que no me humillaré ante nadie.

—¿Y vas a publicarla? —Continúa en el mismo tono—. Te veo capaz después del asunto de Walker.

—Aún no he tomado una decisión sobre el asunto —contesto con frialdad y profesionalidad—. Ahora iba a discutirlo con Andrew.

—¿Aunque eso afecte el apellido de tu marido y de tu hijo? Creo que tu página digital la leen más de medio millón de personas, o eso es lo que escucho decir a Andrew orgulloso.

—Sí, las visitas a mi página han superado las seiscientas mil en una semana —admito intentando parecer engreída y molestarlo con ello.

—En parte, eres culpable de esta situación tan lamentable. —Estoy a punto

de abofetearlo. Me sujeto con fuerza a los reposabrazos del sillón y contengo toda mi rabia—. Si mi hermano hubiera estado aquí en julio, habría controlado la situación y habría buscado una solución al problema, así el hermano de la chica no me habría amenazado ni te lo habría comentado.

—¿Por qué te amenazó?

—Dijo que me aproveché de su hermana. —Pienso que Aleia se ha confundido de hermano y, a partir de ese instante, me quedo pegada en el sillón—. Pero le conté que la chica aceptaba mis invitaciones sin coacción y que, además, le encantaban mis regalos. —Acaba su frase con un rostro cínico que no impide que una ráfaga de alivio sacuda mi cuerpo y que observe que también Ross tiene los ojos azules, de un color indescriptible, aunque no resulten tan deslumbrantes como los de su hermano.

—Calla un momento —le ordeno y me tomo unos segundos en respirar y reflexionar sobre la noticia que acabo de oír. Ross continúa contando.

En ese momento, no oigo a Ross, solo lamento mi estupidez por no acordarme del imbécil que tengo ante mí, inventando todo tipo de excusas para que yo no haga público su gran error. He estado a punto de arrojarme escaleras abajo en un estúpido intento por abortar, por deshacerme para siempre de Andrew y de cualquier lazo que me una a él; he vomitado por el asco que mi inocente marido me provocaba y, en ningún momento, he pensado que el responsable de esa lamentable situación de Marini fuera el experto seductor, oportunista, vicioso e inmoral que tengo ante mí. Estoy a punto de desmayarme de nuevo en cuanto asumo la noticia. Ross me ve desfallecer y llama a Andrew.

Al abrir mis pesados párpados, sin apenas fuerzas, acaricio su rostro cuando lo tengo agachado ante mí; incluso le sonrío.

—Estoy bien, estoy bien. Solo necesito un poco de agua.

—Nos vamos al hospital ahora mismo, Alba —replica mi marido nervioso y decidido.

—No, no. Ya iré más tarde, te lo prometo. Ahora tenemos que hablar. —

Andrew me besa la mano con delicadeza y, sin soltarme, me ayuda a sentarme en el sofá.

Matilda me ofrece una botella de agua con un vaso desechable y sale del despacho; Ross, antes de cerrar la puerta, que sujeta con amabilidad, dice una frase a su hermano.

—Sabe lo de Marini. —Andrew me mira impresionado.

—¿Cómo te has enterado de ese asunto? —La seriedad de su cara me dice que no le parece bien que conozca esa historia.

—Casualidad. El hermano acudió a mí en busca de justicia para su hermana. —Y lo informo del caso desde el principio, pero oculto mi convencimiento de que el señor Stevens era él. Miro un instante a Ross y dejo mis disculpas conyugales para más tarde—. ¿La has visto últimamente?

—No, ni pienso hacerlo. —Su naturalidad me duele y me enoja.

—¿Así de fácil? —le replico—. Va a tener un hijo tuyo, ¿no te importa? ¿No pusiste medios para evitarlo?, ¿ni siquiera pensaste en un posible contagio?

—Era virgen. Una preciosa virgen que ese gorila que tiene por hermano había protegido como un poseso hasta que llegó aquí —confiesa sin remordimiento—. Un maravilloso regalo para mí.

Miro a Andrew muy seria con un gesto de desprecio incontenible.

—Tendrías que haber consentido que Walker le pegara un tiro. —Ignoro la presencia de Ross, pero a él parece hacerle mucha gracia mi comentario y Andrew me mira con media sonrisa dibujada en su rostro—. Es peor persona de lo que pensaba. —Lo observo un instante y me da tanto asco como Sean—. Esto no va a quedar así, Ross. Yo no soy tan buena como Andrew.

—¿No pensarás denunciarlo en tu periódico? —me pregunta alzando una ceja, y no me parece asustado.

—Eso depende de ti. La has amenazado y la has insultado después de utilizarla.

—Ella disfrutó de nuestra relación tanto como yo —me espeta sin escrúpulo

alguno—. Y se ha beneficiado de bonitos y caros regalos.

—Tiene veintiún años, Ross —le grito y Andrew, que permanece de espectador, me aprieta la mano con fuerza para que me tranquilice—. Y está embarazada de ti; vas a tener un hijo. —Hablo despacio, casi silabeando.

Se limita a alzar los hombros en señal de despreocupación.

—No me puedo creer que no te importe —le reprocho incrédula—. Puede que los deporten a Mali si ella no encuentra trabajo.

—Es su vida; no soy responsable de ellos.

—¡Y una mierda, Ross! —No puedo contenerme más y no me importa—. Eres responsable de ese niño tanto o más que ella, porque tú tienes experiencia y fuiste el primer hombre para Marini y, además, le dijiste que la amabas. La engañaste. —Vuelvo a gritarle con intención de provocarlo, pero se mantiene distante—. Tenías malas intenciones. No fue un embarazo provocado por un romántico momento de locura; tú sabías lo que podía suceder y continuaste haciéndolo hasta que te dijo que estaba embarazada y, luego, te deshiciste de la chica de la peor forma que pudiste. ¿Acaso crees que porque la ignores es invisible al resto del mundo? Es una mujer de carne y hueso que sufrirá graves desgracias si te desentiendes de ella y de tu futuro hijo.

—Alba —me ordena Andrew—, tranquilízate.

—No me da la gana —le respondo pensando en todas las barbaridades que había estado a punto de cometer por culpa de Ross—. Se va a responsabilizar de esa mujer hasta que nazca el niño. —Vuelvo a hablar como si Ross no estuviera presente—. Y cuando nazca, pagará por mantenerlo, además de buscarle un trabajo a la madre para evitar que los deporten.

—No haré nada de eso —protesta Ross alzando la voz—. Ellos no son mi responsabilidad.

—¿Lo sabe Sondra? —Ross niega—. Se va a enterar porque pienso publicar la canallada que le has hecho a esa chica; se va a enterar todo Londres aunque me cueste el divorcio. —Hago ademán de levantarme, pero

Andrew me retiene en el sofá.

—Cálmate, Alba. Ross, siéntate, por favor —pide Andrew para establecer unos segundos de paz, en los que aprovecho para respirar e intentar relajarme.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto a Andrew—. ¿Estabas al corriente de esa relación?

—Sí.

—¿Y no hiciste nada para evitar que la despidiera?

—Eso no lo sabía y, la verdad, cuando llegamos en septiembre, preferí no preguntarle por la chica. Ya he tenido bastantes problemas con los que batallar a cuenta de Ross. —El aludido no parece afectado por esas acusaciones, a las que estará bastante acostumbrado.

—Entonces eres tan culpable de la lamentable situación de la chica como él —señalo hacia Ross con un gesto de desprecio.

—Alba, no te pases —me amenaza Andrew—. Aquí solo hay un culpable. —Continúa mirando a su hermano, que parece el más tranquilo de los tres.

—¿Sabías que se estaba acostando con Marini?

—No, no lo supe hasta que me lo contó Ross, cuando vinimos en julio, y conocí al hermano de la chica. Los dejé hablando y me desentendí del asunto.

—Prefiero no escuchar nada más —digo asqueada y con intención de marcharme—. Tienes veinticuatro horas, Ross; si no haces nada por ella, la semana que viene, el artículo saldrá publicado. Puedes estar seguro de ello.

—¿No te importa dañar la reputación de tu marido y de su agencia? —me pregunta con intención de provocarme remordimiento—. Su nombre saldrá perjudicado si lo haces.

—¿Te importó a ti que estuvieran a punto de matarnos? ¿Piensas en tu hermano cuando haces tus apuestas o en las consecuencias que traería tirarte a esa pobre chica sin utilizar medios anticonceptivos? —Me levanto y me dirijo hacia él sin pensar en el daño que le provoquen mis palabras porque estoy segura de que las merece—. ¿Piensas en alguien más que en ti mismo en algún momento del día? —Ross me escucha sorprendido y con la boca abierta—.

Madura, Ross. Ni un crío de dieciséis años se comporta como tú ni da tanto trabajo. En el mundo viven más personas y, la mayoría, mejores que tú, que consigues que Walker parezca bueno y, al menos, no pasan su vida intentando jorobar a los demás con las consecuencias de los tremendos errores que cometen. —Andrew contiene una carcajada ante mi ataque de mal genio y mis acertadas palabras.

—Bienvenida a mi mundo, cariño. —Suspira sonriendo y tira de mi brazo—. Esta es mi chica, Ross. Por fin has tenido la oportunidad de conocer cómo es. —Me mira orgulloso y me besa en la frente—. Mañana hablaremos. Ahora me la llevo a casa para que descanse. Ponte las pilas en este asunto porque no detendré a Alba. Esta vez tendrás que salvarte tú mismo.

Andrew me toma de la mano, coge nuestros abrigos del perchero, y salimos de la agencia sin hablar hasta que nos subimos en el coche.

—Esto no ha terminado aún —le digo susurrando a Andrew y me armo de valor—. Queda una parte muy fea que confesarte. Y, créeme, no te gustará.

—No me la cuentes; ya he tenido bastante por hoy.

—No puedo. Tengo que contártelo, o mi conciencia explotará.

—Si tiene que ver con el motivo por el que te marchaste, entonces, estoy deseando enterarme.

—Te lo contaré cuando lleguemos a casa. Ahora tengo que cerrar los ojos un instante, me encuentro fatal.

—Alba, ¿por qué no vamos al médico?

—Cuando te lo cuente me sentiré mejor. Al menos, espero que me alivie, aunque no estoy segura de que tú, después, vuelvas a mirarme a la cara. —Andy me observa sorprendido—. Pero tengo que decírtelo —digo convencida y sacudiendo la cabeza—. Además, tengo cita con el ginecólogo el viernes por la mañana, en compañía de tu madre y de mi abuela. —Andrew, más relajado, suelta una carcajada y quita importancia a mis temores—. Y no me perdonarían que la adelantara sin avisarlas.

«Ríete ahora —pienso—; cuando te lo cuente, no te quedarán ganas».

Tras una tranquila, apetitosa y silenciosa cena que hemos preparado entre los dos, me dispongo a condenarme yo misma por haber dudado, de forma cruel y despiadada, de mi marido. Aún me pregunto cómo he podido ser tan estúpida y no haber sospechado del otro señor Stevens, del que es capaz de cometer la aberración más abominable que pudiera hacer cualquier hombre, aunque parezca exagerado.

Cuando empiezo a sentir que la comida me ha alimentado y que mi cuerpo ha recuperado fuerzas, me enfrento a la verdad porque necesito liberar mi conciencia.

—Tenemos que hablar, Andy. Ya no puedo retenerlo más dentro de mí.

—La verdad es que siento interés por saber qué es lo que te llevó a hablarme de ese modo y a huir de mí. Tuvo que ser algo terrible —bromea y yo lo suelto sin pensarlo dos veces.

—Marini me confesó que el señor Stevens, el jefe de la agencia, era el padre de su hijo.

El gesto de Andrew se convierte, de repente, en una máscara pétrea tras esas pocas palabras, y su mirada —aunque me la dirige— me traspasa intentando adivinar mis siguientes palabras.

—¿Pensaste que era yo el padre de ese bebé? —Me lo pregunta sin emoción y sin alterar la expresión de su cara.

—Vomité en la misma cafetería, llegué al servicio por poco: fijate si lo creí.

—¿Por qué no me preguntaste esa misma tarde? —Su tono frío me preocupa y comienzo a llorar.

—No quería que me dijeras la verdad. Me encontraba tan mal, me puse tan enferma que creí que no la soportaría.

—La verdad que tú dabas por cierta. —Andrew se levanta casi de un salto y comienza a pasear por el comedor—. Me condenaste antes de escucharme. ¿Eso es lo que confías en mí?

—Fueron meses muy difíciles para mí, Andrew, y encontré la excusa perfecta que justificaba tu comportamiento. Marini era la excusa perfecta. —

Andrew me fulmina con la mirada más fría que he recibido en toda mi vida—. No me mires así; en esa época, ni siquiera manteníamos relaciones sexuales —le reprocho justificando mis dudas.

—Porque tú no querías y me rechazabas cada vez que me acercaba a ti. Estabas enojada conmigo un día sí y otro también, y yo no pensé, por ello, que te acostabas con otro. Nunca. Siempre he estado convencido de tus sentimientos hacia mí.

—Yo era la que te reclamaba, por si lo has olvidado, y tú, el que no respondía a mis demandas, que no eran otras que las de pasar más tiempo contigo. —Andrew gruñe cerrando los ojos un instante, y se restriega la cara con ambas manos; al abrirlos me mira fijamente durante unos segundos—. La historia de Marini encajaba a la perfección entre nosotros —añado convencida.

—No puedo creerlo, Alba. ¿Cómo has podido dudar de mí hasta ese punto?

—Sufrí mucho durante esos meses y, después, pensé que habías dejado de quererme. Ya te lo he dicho, y si no puedes justificar que te convierta en el responsable del embarazo de Marini es porque nunca entenderás la intensidad de mi sufrimiento durante ese tiempo.

—¿Y el mío, Alba?, ¿lo entenderás tú alguna vez? —La frialdad de su mirada me sobrecoge—. Estoy harto, Alba. Harto de recibir tu desconfianza porque yo también sufrí al separarnos. Siempre olvidas cuánto te supliqué que no te marcharas.

Me mira con rabia y frialdad y, sin decir nada más, sale del comedor y oigo la puerta del apartamento cerrarse con fuerza tras él.

Por primera vez, en los años que llevamos juntos, Andrew me ha dejado plantada sin ocultar su irritación y, en ese momento, no sé qué pensar. Me debato en descifrar quién de los dos tiene razón, busco justificación para la rápida conclusión a la que llegué al oír el nombre del jefe de Marini. Me siento agotada, exhausta. Los últimos seis meses han sido los más intensos de mi vida. Separarme de Andrew, la vida de mi abuela, casarme, quedarme

embarazada, Ross, el asunto de Jessie, el de Walker y el de Marini: todo comienza a pesarme en mis ojos, que lloran sin que yo los controle, y mi cuerpo me exige un descanso, unas horas de desconexión absoluta del resto del mundo. Una vez más, no soy consciente de si me desmayo o si me duermo en el sofá.

Me despierto al sentir que Andrew me coge en brazos y me lleva al dormitorio. Huele a tabaco y a alcohol, y eso no es normal en él.

—Estás helada. ¿Cómo te encuentras? —me pregunta dolido y enrojecido por el esfuerzo—. ¿Estás mejor ahora, que sé la verdad?

—No, no estoy mejor porque no me dejaste acabar. —Me sueno la nariz, atascada por el llanto.

—¿Aún hay más? —El tono hastiado con el que me habla y su mirada amenazante me hacen estremecer.

Se detiene en medio del pasillo e intenta mirarme a los ojos, pero yo oculto mi rostro en la curva de su cuello y respiro profundamente antes de confesar.

—Si supieras las cosas tan terribles que pensé y que, incluso, estuve a punto de hacer —murmuro acobardada mientras él continúa caminando hacia la habitación, conmigo en sus brazos.

— Qué locura estuviste a punto de hacer? —Su tono cansino me abrumba más y reaviva mis lágrimas—. Alba, dime —me exige tranquilo mientras me suelta en la cama, se sienta y me observa con una intensidad que me amedrenta—. Solo quiero que te desahogues de una vez para siempre.

—Estuve a punto de lanzarme escaleras abajo con la intención de abortar —suelto de carrerilla sin mirarlo, sin respirar y espero su condena—. No quería tener un hijo de un monstruo como tú.

Niega en un gesto de desesperación, a la vez que se muerde el labio inferior.

—¿Te das cuenta, Andrew? Si llego a hacerlo, ahora... —No puedo

continuar hablando pero sí llorando. No recordaba otro momento de mi vida en el que hubiera llorado más.

—¿Qué te detuvo?

—El sufrimiento que le ocasionaría a mis abuelos y a mis padre; aunque, si hubieras sido culpable, también les habría afectado. No sabía qué pensar, no sabía qué hacer. —La histeria me invade mientras Andrew me escucha sin mirarme, con los antebrazos apoyados sobre las piernas, sin conmoverse por mi estado de ánimo ni por mis lágrimas.

—¿Y yo? ¿Te importó cuánto me haría sufrir a mí? —me espeta enojado.

—No. En ese momento, me hubiese alegrado causarte mucho daño, todo el que pudiera. Y no sabes cuánto te odiaba porque, a pesar de todo, no podía dejar de quererte.

Guardamos un silencio que no agrada a ninguno hasta que continúo sincerándome y le pido lo que realmente me apetece hacer.

—Ahora solo deseo descansar. Quiero irme a Sussex de nuevo, mañana temprano. No puedo estar aquí, tengo que...

—¿Pretendes abandonarme otra vez? —me grita malhumorado.

—Estoy muerta de vergüenza, Andrew. Necesito tiempo para asimilar mi gran error y para pagar las consecuencias que estimes. Pero ahora mismo... no puedo más... ¿Dónde has estado? —Me intereso por otro asunto que no me mortifique.

—Hablando con Ross. Después de tu reacción no podía esperar a mañana. No parará hasta que quizás, de forma inconsciente, acabe con nosotros, y eso no se lo voy a permitir.

—¿Qué vas a hacer?

—Ross se marcha; hemos tomado esa decisión esta noche. Le he buscado un buen trabajo en la agencia de un colega en Nueva York; se trata de un buen amigo, quien lo conoce bien y sabrá manejarlo. —Suspira—. Eso espero. Pero tengo que sacarlo de mi vida, de nuestras vidas, antes que nos destruya o, peor aún, nos maten.

—¿Y Sondra?

—Me da igual lo que haga Sondra; si él no se preocupa por ella, no voy a hacerlo yo. Se acabó mi paciencia. —De nuevo me sobrecoge su frialdad, aunque lo justifico.

—¿Y qué pasará con Marini? Su hijo será tu sobrino y nieto de tu madre.

—Ya pensaremos en algo. Ahora quiero dormir y dejar todo lo que tenga que ver con ese diablo que tengo por hermano. —Comienza a desvestirse despacio, y es cierto que parece tan agotado como yo—. ¿Me dejarás abrazarte?

—Estoy deseando que lo hagas —respondo sincera sin dudar—. Yo también estoy agotada.

El fuerte suspiro que emite me preocupa.

—Ya está bien de emociones, Alba. Tómate en serio tu embarazo o acabarás conmigo antes que lo haga Ross. —Intento sonreír al darme cuenta de que me ha perdonado—. ¿Cómo te sientes ahora, qué me has contado la verdad?

—Exhausta. Quiero irme a Sussex con mi abuela —exijo como la niña mimada que soy y relegando a Andrew a un papel del que está cansado.

—Vaya semana que me estás dando, sirenita. No vas a ir a ninguna parte sin mí. Yo cuidaré de ti y superaremos todo esto juntos; no pienso moverme de tu lado hasta que te vea mejor.

—¿No... no estás enfadado conmigo? —pregunto avergonzada y arrepentida. Al menos Andrew lo aprecia—. Yo lo estoy conmigo misma.

—Entonces me conformo con eso. Sé que te castigarás hasta que te perdones. Ahora solo necesito estar contigo y, después de que te vea el médico, te prometo que nos iremos a Sussex hasta el domingo por la tarde. Allí descansaremos los dos, pasaremos unos días tranquilos y te repondrás.

Me acurruco contra su cuerpo y lo abrazo con fuerza.

—Estoy bien, Andrew —le aclaro para que deje de preocuparse—; tanto vómito ha sido provocado por los nervios. ¿Te haces una idea de cómo me

sentía?

—Más o menos como yo cuando te fuiste de mi casa. El hecho de no estar embarazado imagino que impidió que vomitara o me desmayara. —Lo dice serio, pero intuyo que está de mejor humor y que intenta hacerme reír.

Es tan serio y responsable que, a veces, se me olvida lo sensible que es. Y se empeña tanto en mantenerme en mi propia burbuja de cristal que apenas si me cuenta sus preocupaciones, sobre todo si son laborales o sobre Ross.

—Sabes que esta terrible confusión que he sufrido se habría evitado si hablaras más conmigo sobre tus problemas; al menos, los que te afectan personalmente, como tu hermano.

—No permitiré que te preocupes por sus meteduras de pata aunque, en este caso, lo que haya metido sea otra cosa en el agujero equivocado. —Sus bromas consiguen relajarme.

—¿Ni que le has comprado su parte de la empresa? ¿Qué preocupación puede provocarme eso?, ¿acaso no es mejor para ti? —Tarda en responder.

—No era lo que mi abuelo deseaba. Él pretendía que los dos compartiéramos el fruto de su trabajo y esfuerzo, del que estaba tan orgulloso; no sabes las veces que me lo repitió y me suplicó que cuidara de mi hermano. Y ahora Ross solo trabaja para mí; no me siento orgulloso de haberme visto obligado a comprarle su parte ni a alejarlo de mí. Pero, maldita sea, no escucha mis consejos. —Por primera vez desde que lo conozco, se sincera y me cuenta cuánto le preocupa su hermano—. No se esfuerza por cambiar su alocado estilo de vida, y esto solo lo distancia más de mí. Y ahora te perjudica a ti también. No puedo más, Alba, no puedo soportarlo más y sé que me arrepentiré si le sucede algo grave, pero te juro que no sé qué más puedo hacer por él. —La desesperación que reflejan sus palabras me conmueve y me hace llorar de nuevo.

—Creo que has hecho más de lo que puedes. Hasta mi abuelo me confesó que no se explicaba cómo eras capaz de soportar a Ross y cómo te arriesgabas a tenerlo en la empresa.

—Me hubiese gustado tanto tener una familia como la tuya, en la que poder refugiarte cuando tienes un problema, como haces tú. Y Ross solo acude a mí cuando necesita dinero o se mete en líos graves; la mayoría de las veces, la gravedad de sus problemas me sobrepasan, como ha sucedido con Walker o con la chica.

—Tú no eres responsable de su comportamiento ni de su carácter, aunque tendremos que hablar sobre Marini. Pienso tomar cartas en el asunto.

—Lo sé, Alba. —Acaricia mi mejilla y me sonrío—. Sé que no te conformarás con lo que resuelva Ross. Me desentendí del caso al marcharme a Tarifa; ya tenía que elegirte a ti antes de perderte del todo. —Me mira durante unos segundos y continúa hablando—. Arthur Stevens no fue un buen padre; ya lo sabes por mi madre, y arrastró a mi hermano en su modo irresponsable y alocado de vivir la vida. Ese fue el ejemplo que recibí. Por suerte para mí, mi abuelo impidió que hiciera lo mismo conmigo; por eso soy paciente con Ross. Creo que no fuimos igual de afortunados y que él se llevó la peor parte: la mala influencia de la persona en que más confías... —Me sonrío, pero enseguida su mirada se entristece—. Esperemos que yo sea mejor que mi padre...

—¿Acaso piensas que te permitiría no serlo? ¿Y mi madre?, ¿te has olvidado de ella? —Andrew se ríe más relajado—. Te cortaré las pelotas.

—Dios mío —exclama fingiendo preocupación—. Bajo la influencia de tu padre, este niño acabará en el Tíbet, rezándole a Buda. —Los dos nos reímos durante un necesitado momento—. ¿Crees que en esta visita sabremos si es niño o niña?

—No tengo ni idea, Andy. Entiendo de embarazos tanto como tú.

—Eso quiere decir cero, aunque te advierto que quiero una mini Alba en nuestra familia y, si no ocurre en este embarazo, prepárate para juntarte con los mini Andrew que sean hasta que la consigamos. —Mis carcajadas lo hacen feliz y, en ese instante, un tsunami de arrepentimiento atraviesa mi mente, e imagino que se refleja en mi rostro por el respingo que da Andrew.

—¿Te encuentras bien?, ¿tienes ganas de vomitar? —me pregunta angustiado.

—No, no, estoy bien. La cena, a pesar de tu portazo y de tu desaparición, me ha sentado mejor aún. Me siento más fuerte.

—¿Entonces?

—¿Me has perdonado, Andy? He sido tan desconfiada al obstinarme en ver en ti lo peor de un hombre...

—Es culpa mía. Te hice más daño del que suponía, Alba; eso es lo que me demuestra tu inseguridad, y soy yo quien debería pedirte perdón por esos meses infernales que te hice pasar. —Suspira y cierra los ojos un instante—. Fueron momentos muy complicados en la agencia.

—Cuéntame por qué fueron tan complicados. —Aprovecho la noche de las confesiones para que Andy continúe abriéndose a mí.

—Ross... —Me mira un instante y me besa demostrando un derroche de pasión—. En otro momento. Ahora tenemos que descansar. Ya está bien de información por hoy, sirenita curiosa.

—Andrew, un día te voy a enseñar las decenas de *emails* que recibo a diario. La gente está deseando hablar y contar sus problemas o los de otros, y me he casado con el hombre más reservado de la tierra.

—Con los que te cuente la gente, tienes de sobras. Y mañana por la tarde, a Sussex. Lo he pensado mejor: no volveremos hasta el lunes.

—Podemos invitar a Sandy y a Bradley; a mi abuela no le importará.

—Como quieras; haz lo que te apetezca con tal de que descanses.

A la mañana siguiente, más relajada, espero que las aguas impetuosas de la última semana vuelvan a su cauce y, después de recuperar la confianza en Andrew, me levanto dispuesta a terminar de reconstruir la vida de mi abuela, Lola Serrano, la mujer que más admiro del mundo, la que tomo como ejemplo por su esfuerzo, por esa fascinante vida que ha llevado, siendo lo

suficientemente inteligente para no rendirse ante una nueva oportunidad de ser feliz, por no conformarse con ser invisible a una sociedad que ignora a la mayoría de mujeres, por no envejecer a pesar de la edad. En resumen, por ser como es. Escribir su vida, aunque fuera a modo de novela —y bastante romántica porque lo fue en realidad—, me parece el mejor y más sincero de los homenajes que puedo ofrecerle, y estoy convencida de que su fuerte determinación, la fe que demostraba en el esfuerzo, en el trabajo y en sus sueños, en vez de rendirse a una vida cómoda y privilegiada, su afán por conseguir las ambiciones que perseguía servirán de ejemplo a otras muchas mujeres que viven presas en matrimonios y relaciones frustrantes, que convierten sus vidas en un verdadero valle de lágrimas y amarguras, como le sucedió a Mary Stevens, mi suegra.

Capítulo 24

LOLA

Me dirigía con Sam a la estación antes de que ella se fuera a trabajar.

—¿Por qué no te quedas un par de días, Lola? —Me insistió una vez más—. Dale a Robert otra oportunidad; no sé quién de los dos la necesita más.

—No se trata de eso, Sam. Sé lo que siento por él, Pero tengo dos hijos que ya han perdido a su padre por mi culpa, por mi decisión de divorciarme. Si me quedo aquí, también perderán a su madre.

—Eso es una solemne tontería, Lola. Llevo viviendo sola en Londres desde los veintitrés años y mis padres, en Birmingham. Voy a verlos de vez en cuando, y ellos lo hacen igual. Y sé que, si alguna vez los necesito, solo tengo que ir a casa. A tus hijos les sucederá lo mismo: en vez de ir a Tarifa o de tenerte en Sevilla, vendrían a Londres a verte. ¿Crees que Robert te lo impediría? —Negué con un gesto.

Las palabras de Sam me obligaron a pensar, una vez más, en el rumbo que podría tomar mi vida; por supuesto, si Robert me aceptaba, algo que dudaba después de nuestra última despedida, en la que parecía sufrir tanto como al separarnos antes de Navidad.

«¿Por qué no? —me dije con coraje—. Inténtalo al menos; Sam tiene razón y tú has sido incapaz de ver tu relación con Robert desde ese punto de vista. Tus hijos tienen sus vidas llenas de oportunidades que tú les has ofrecido con tu esfuerzo y tus sacrificios, y solo cambiarías tu lugar de residencia temporalmente. Si Robert confía aún en ti».

—Voy contigo a los estudios. —Sam me miró con los ojos muy abiertos—. De camino, me pasaré por una agencia e intentaré cambiar la fecha del viaje de vuelta.

—Joder, Lola. Eso es, muy bien. Tienes que vivir tu propia vida —me animaba mi amiga y yo rebosaba de valentía—. Piensa en ti un poco y, de paso, en Robert.

Una vez me hundí en una tremenda decepción; pagué el error más grave de mi vida con la desgracia de sentirme infeliz, durante años, de una juventud que nunca volveré a recuperar. En esa ocasión, en vez de lamentarme, miré en mi interior, abrí las compuertas de mi mente y de mi corazón, y pude recuperar ambiciones pasadas.

Durante unos minutos, en los que recorriamos el trayecto en coche hasta los estudios, sopesé mis posibilidades. Mis sentimientos hacia Robert eran sinceros e intensos, y comencé a preguntarme: «¿Por qué no? Estás viva y tienes una salud inmejorable. La vida no se acaba hasta que dejas de respirar. ¡Vamos, Lola!, aún puedes disfrutar de ella. No se trata de recuperar el tiempo perdido, se trata de continuar viviendo y de luchar por tu felicidad».

Mientras esperaba, en la agencia de viajes, a que me cambiaran el billete de avión, me repetí esas frases hasta creerlas y ¡funcionó! Me liberé y encontré mi propio camino.

Al llegar a los estudios, Robert estaba reunido, así que me quedé en el despacho de mis amigos y me distraje observándolos trabajar mientras esperaba unos minutos hasta la hora del almuerzo. Sentí que mi tensión disminuía hasta que Robert abrió la puerta sin llamar, se presentó en la habitación y, junto a él, la montaña de dudas que yo intentaba superar.

¿Cómo tenía el valor de aparecer después de haberlo tratado del modo en

que lo hice? ¿Y si no me aceptaba? No había tenido en cuenta la advertencia que me hizo en su casa, pero sentía que me merecía su desprecio. En realidad, eso fue lo que me empujó hasta los estudios: saber que ya lo tenía todo perdido.

—Liza me ha dicho que estabas aquí —dijo Robert sin prestar atención a mis amigos—. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado con tu vuelo?

—Nada, nada —respondí nerviosa y presa de toda mi timidez—. Lo he retrasado unos días.

Fue divertido ver a Robert sin poder decir nada; me miraba fijamente sin pestañear, aunque tampoco sonreía.

—Está bien. —Reaccionó unos violentos segundos después—. Tengo trabajo.

Cerró la puerta y me dejó allí en compañía de mis amigos y de un Everest de incertidumbre. Porque podría haber dicho «Acompáñame un momento a mi despacho» y, entonces, yo le habría confesado que me quedaba por él, aunque me rechazara.

—Lo has dejado en tablas, Lola. —Se reía Shauri—. Cuánto me hubiese gustado tener una cámara para hacerle una foto en el momento en que te ha visto. Menuda cara de gilipollas ha puesto.

Esperé pacientemente una hora, por si aparecía después del almuerzo; fue el límite que me impuse. «Ya sabe que estoy aquí y no le he puesto ninguna excusa. Si no viene es porque no tiene ganas de verme; lo está dejando muy clarito», me decía a mí misma.

—Bueno, voy a la biblioteca. Ya que estoy aquí, aprovecharé el tiempo.

—Espera, Lola —me pedía Shauri—. Dale tiempo.

—Ya lo ha tenido, Shauri. No me reprochéis que no lo haya intentado. ¿Cenamos juntos? —pregunté sonriendo y disimulando la enorme decepción que me oprimía la garganta.

Quedé con mis amigos a la hora de cenar; me dirigí al ascensor, mientras contenía unas ganas inmensas de llorar, y pensaba que me merecía el castigo que estaba recibiendo. Robert me había advertido en diciembre, y era evidente que cumplía su palabra.

—¿Ya te marchas? —me preguntó sorprendido, lo que me impresionó. Tardó un segundo en alcanzarme antes de que me metiera en el ascensor—. ¿No te despidas de mí?

—Estás muy ocupado, siempre lo estás. No pretendía interrumpirte.

—Tú puedes interrumpirme cuando quieras —me contestó serio—, sobre todo para despedirte.

Se trataba de eso: de despedirnos. Volvía a ser elocuente y sincero.

—Entonces... Adiós, Robert. Me alegro de verte otra vez —le dije sonriendo y fingiendo que no me molestaba ni me dolía su insensibilidad. Me giré y pulsé el botón del ascensor.

—Ni sueñes que vas a marcharte otra vez, gitana mentirosa —me dijo convencido; suspiré aliviada y se rio.

—Sueño con quedarme. —Su impulsivo beso me sorprendió, como había sucedido otras veces, y no pude contener las lágrimas que se me escapaban al comprobar que seguía amándome, y no dudé en preguntárselo para asegurarme—. ¿Me amas, Robert? ¿Aún sigues queriéndome a tu lado?

—Siempre. Nunca podré dejar de quererte, a pesar del esfuerzo que he hecho intentándolo desde que te marchaste.

—¿Y me perdonas?

—Jamás te perdonaré.

—Robert —supliqué—, por favor. No imaginas cómo me he sentido y lo arrepentida que estoy por mi estupidez.

—Te lo mereces, gitana liosa y tramposa —me respondió a la vez que me recorría el cuello con sus labios y conseguía que el suelo temblase bajo mis pies.

—Tienes razón. Contigo no he podido comportarme peor, no merezco que

me perdones.

—Por supuesto que no —admitió orgulloso. Me miró con ojos brillantes y lanzó un suspiro tan emocionado que consiguió embotar mis ojos de lágrimas —. Sabía que volverías, estaba seguro de que acabarías dándote cuenta de que debemos estar juntos. Lo he esperado cada día, Lola. Y cada noche que me acostaba solo, sufría una enorme decepción porque ese día no habías regresado a mi lado; sufría porque mi amor no era suficiente para ti. Pero he conservado la calma y he mantenido la cabeza fría en cada momento; me obligué a no llamarte para suplicarte que volvieras. Era preciso que tú lo decidieses; yo solo tenía que esperar paciente.

—Y ya estoy aquí, Robert —contesté y me enganché a su cuello con fuerza —. Enamorada de ti como una adolescente. Y te prometo que no me marcharé si tú no lo deseas; pienso reparar todo el daño que te he hecho.

—Sé que lo harás. Una señora como tú siempre cumple sus promesas.

—Pero, a cambio, tengo que pedirte otra —le sugerí.

—No te mereces nada; recuérdalo. —Me sonrió.

—Lo único que necesito es que no... —Me asustaba, incluso, pronunciarlo.

—Sigue, Lola —me ordenó.

—¿Me dirás si te aburres conmigo? ¿Me confesarás si alguna vez te cansas de mí? —En ese momento, ya estaba llorando—. ¿O esperarás hasta que me destroce al darme cuenta por mí misma? —Lo miré un instante sin dejar de llorar—. A pesar de que si te cansaras de mí... Eso me mataría porque no lo soportaría. Contigo, no podría soportarlo.

—¿Sabes quién soy? —me preguntó como respuesta, lo que me sorprendió —. ¿Cómo me llamo, Lola?

—Robert Wilder. —Esbocé un amago de sonrisa—. Robert «patán» Wilder.

—No olvides con quién vas a compartir tu vida desde hoy. Yo no soy parte de tu pasado; soy tu presente y espero ser tu futuro. Te quiero como nunca he sido capaz de amar ni desear antes a otra mujer, y tengo tanto miedo de decepcionarte como el que tú acabas de confesarme. No sabes cuánto me

alegra conocer tus dudas, porque así los dos nos esforzaremos por conseguir la felicidad del otro cada día, cada hora, minuto y segundo que compartamos. Además, no olvides que tú fuiste la que dejó a tu ex. Tú te aburríste y te cansaste de él y... yo soy quien debería estar asustado por no ser capaz de ofrecerte lo que necesitas para mantenerte a mi lado.

No fueron precisas más palabras de Robert que me hicieran sentirme segura de sus sentimientos; en realidad, en ese instante, comprendí que nunca las había necesitado porque me lo demostró en cada momento que compartimos.

Esa misma noche telefoneé a Nano y a Pedro y les conté mis planes. No quería engañarlos ni me importaba demostrar mi debilidad por Robert; a partir de ese día, no la ocultaría más.

—Me alegro de tu decisión y me apena pensar en el tiempo que habrás estado sufriendo por no hacerlo antes. Y ese hombre... esperándote. Tiene que ir en serio contigo, mamá.

—Quiero que lo conozcáis. ¿Podréis venir? No tiene inconveniente en que invitéis a las chicas si os apetece.

—Ahora es un mal momento, mamá. Pedro está de exámenes y yo estoy impartiendo las clases sobre las que te hablé.

—Está bien, Nano, en cuanto podáis —acepté resignada—. Robert también desea conoceros.

—Mamá —exclamó alterado—, no te sientas una mala madre por haberte enamorado de Robert. Nosotros sabemos que podemos contar contigo cuando te necesitemos y no solo para que limpies y cocines. —Se rio—. Aunque en eso te echaré mucho de menos.

—Gracias, hijo, me alegra oírtelo decir. —Colgué con lágrimas en los ojos mientras Robert me observaba preocupado.

—¿Todo ha ido bien?

—Muy bien. Nano es muy comprensivo; me ha regañado por no haberme

venido antes y le ha impresionado que tú aún estuvieras esperándome.

Robert continuaba serio, sin apenas hablarme, mientras preparábamos la cena. Hasta que no pude más; ya no estaba dispuesta a engañar ni a engañarme.

—Robert, si no estás seguro de tus sentimientos por el tiempo que hemos dejado pasar, lo entenderé. No te sientas obligado a...

—Lola, por favor —me interrumpió angustiada—. Lo único que me preocupa es qué va a suceder mañana, cuando hayas recapacitado sobre tu decisión de hoy. Cada vez que hemos avanzado un paso, hemos retrocedido hasta la casilla de salida, y no deseo que eso vuelva a suceder.

—Te prometo que no va a ocurrir porque no pienso moverme de tu lado hasta que te canses de mí y me mandes con mis hijos. No puedo sufrir más ni permitiré que tú sufras. Es una promesa. —Sonrió y me abrazó.

—No sé si se puede confiar en una gitana tan rebelde como tú, pero no me queda más remedio si pretendo pasar contigo el resto de mi vida.

Robert se marchaba al estudio a las ocho y media, una hora más tarde de lo que acostumbraba, y le pedí que quedara con Shauri y Sam con la intención de salir a cenar si estaban libres. No me apetecía aparecer por los estudios como la novia del jefe, aunque no me importara y estaba segura de que a Robert tampoco le molestaría; pensé que sería mejor, desde el principio, mostrar mi independencia y ocuparme de mis asuntos.

La casa de Robert tenía un estudio confortable con una gran mesa, en la que pude colocar mis cuadernos de notas sin estorbar en los asuntos de Robert; aunque, según me había explicado, paraba poco allí. Llovió con fuerza durante toda la mañana y estuve trabajando concentrada hasta que recibí la llamada de Robert, a la hora del almuerzo, en la que se interesaba por si me encontraba cómoda en la que sería mi nueva casa. Cuánto me costaba asimilarlo y, como Robert me había dicho una vez, me sentía estar de paso. Pero no estaba dispuesta a rendirme y volver a sufrir por quedarme sin su presencia en mi

vida, ni a repetirme continuamente que solo éramos un hombre y una mujer que se amaban; mis hijos eran mayores e independientes y apenas me necesitaban y, en caso de que sucediera algo grave, solo tendría que coger un avión y, en unas horas, estaría junto a ellos. Salí a caminar cuando dejó de llover y, a mi regreso, continué trabajando un buen rato hasta que Robert regresó, se cambió de camisa, y nos fuimos a cenar con mis amigos.

Nos reímos mucho durante la cena en el restaurante del primo de Shauri; sobre todo, a costa de Robert y de lo relajado que se lo había visto esa jornada en los estudios. Él lo soportaba con agrado y me culpaba por su mal humor de las semanas pasadas. Le insistieron a Robert en que me contratara de nuevo porque me echaban de menos y no se reían tanto desde que me hube marchado. Pasé una velada divertida y me di cuenta de lo mucho que había extrañado a ese par de locos que me enseñaron tanto sobre guiones cinematográficos y sobre la vida durante las largas jornadas de trabajo y charlas que compartimos.

Ese primer fin de semana lo pasamos en Sussex y, a partir de esos días, se convirtió definitivamente en mi lugar favorito del mundo. Resultó mágico porque, por primera vez, era capaz de ofrecerle un beso a Robert cuando me apetecía; abrazarme a él si mi cuerpo lo necesitaba; caminar cogidos de la mano sin tener que sentirme culpable; o sentarnos muy juntos en el sofá, al calor de la chimenea, mientras hablábamos tranquilos durante horas. Y sabía que el lunes, cuando comenzara la rutina, lo echaría de menos aunque supiera que lo vería por la tarde.

Dos semanas después, tendría que viajar a Los Ángeles, y su estancia se alargaría más de lo habitual, que solían ser tres noches. Por supuesto me pidió que lo acompañara.

—Había pensado en ir a Sevilla, ver a mis hijos y recoger algunas cosas que necesito.

—Por favor, Lola, aún no. No soporto que te separes de mí. Creo que... — se interrumpió y yo comprendí su temor—... serías capaz de no regresar. Te conozco y sé que no has acabado de resolver esas dudas que te provocan tu exceso de responsabilidad.

—No siento ninguna duda, Robert. Te lo aseguro.

—Pero sí remordimientos porque crees que has abandonado a tus hijos. Lo percibo cada vez que hablas con ellos. —Me tomó las manos con delicadeza y las besó—. Espera un poco más; danos más tiempo hasta que comprendas que nuestras vidas deben seguir el mismo camino.

—Está bien. —Sonreí intentando aliviar su tensión y me alegré al escuchar a ese Robert tierno y cariñoso, preocupado por retenerme a su lado—. Pero sigo teniendo el problema de la ropa.

—¿No has traído el vestido rojo?

—Ni el rojo ni ningún otro de ese estilo. No pensaba asistir a ninguna cena «formal» —dije con retintín.

—Te esperan, al menos, cuatro. —Lo miré horrorizada y él se rio—. Y en una es necesario que vayas de largo. —Mi expresión se agudizó y el soltó una carcajada—. Así que ya puedes salir de compras, a ver si eres capaz de superarte; aunque, después de mi torturador favorito, me parece imposible. — Intentaba provocarme y lo consiguió.

—¿Quieres decir que solo puedo encontrar un vestido adecuado para mí?

—No se trata de un vestido; ese es «el vestido».

—Ya veremos —lo reté divertida.

Hicimos juntos ese viaje, como todos los que Robert tuvo que realizar a partir de ese momento en que mi vida cambiaba día a día. Y nunca imaginé que lograría ser tan feliz. Gracias a esa locura que cometí y a escuchar los consejos de la mujer más independiente que he conocido: Sam. Siempre he valorado mucho mi amistad con ella y con Shauri. Bastaron cuatro meses para

conocernos, valorarnos, respetarnos, querernos y forjar entre nosotros una sólida amistad que, afortunadamente, aún perdura. Los meses más importantes de mi vida, después del nacimiento de mis hijos, aunque significaron algo similar: el nacimiento de la verdadera Lola Serrano.

Todo lo que me sucedió durante ese otoño me dio mucho en que pensar, sobre todo cuando encontré mi estabilidad emocional junto a Robert. Pensaba en lo reacio que demostramos ser ante los cambios que surgen en nuestras vidas; quizás por miedo a que no nos guste lo que descubramos después del cambio, por exceso de responsabilidad, por aferrarnos a lo conocido aunque nos disguste. No pensamos en las puertas que podemos abrir, en la riqueza de experiencias que acumularemos, en los nuevos amigos que hallaremos; en pocas palabras, tenemos miedo a vivir. Y no me refiero a lograr un gran amor como me sucedió a mí. Ya me sentí orgullosa por mi experiencia a pesar de haber abandonado a Robert en diciembre, por haber sido capaz de conocer otro modo de vida y a otras gentes. Me hubiese conformado con eso, pero fui más que afortunada y me llevé el premio más gordo que te puede tocar. Sufrí mucho miedo a la decepción, al dolor, al vacío, pero mereció la pena intentarlo.

Mis hijos vinieron a Londres unas semanas más tarde y, por fin, conocieron a Robert. Por supuesto, se sorprendieron al comprobar lo diferente que era de su padre y, al despedirse de mí, me lo confesó Nano.

—Este hombre encaja contigo a la perfección, mamá. No lo dudes un instante. Lo que nunca entenderé es cómo pudiste soportar a mi padre. Quizás pudiera otra mujer, pero tú... Sois tan distintos.

—Los años, Nano, la ignorancia, la inexperiencia... Todo te puede ayudar o te puede perjudicar; nunca se sabe. Pero no me arrepiento de mi pasado, y vosotros dos sois la causa de que no lo haga.

Nano me sonrió y asintió convencido ante la razón de mis palabras.

Robert y yo nos casamos en julio, en cuanto mis hijos tuvieron las vacaciones de verano, días en los que me podrían acompañar, sin problemas, en ese importante momento de mi nueva vida; luego, pasaron unos inolvidables días con nosotros. No acudió nadie de mi familia por no contrariar al obtuso hombre que era mi padre, que se murió con la idea de que un hombre y una mujer solo se pueden unir una vez en su vida; pero me conformé con que mi madre me confesara que se alegraba por mí sin que mi padre lo supiera, por supuesto. Ese mismo verano, pasamos unas semanas en mi casa del Cuartón, en Tarifa, y mi padre se negó a conocer a Robert. Mi hermana llevó a mi madre a mi casa sin que mi padre estuviera al corriente, y tuvieron el placer de conocerlo y quedarse pasmadas ante su increíble presencia, sus modales y esa energía que derrochaba. Y más les llamaba la atención, la familiaridad y la confianza que se habían forjado entre mis hijos y él.

—No conozco a ningún hombre como tu marido —me decía mi madre con timidez—. Es un caballero de película.

—Eso me parece a mí, mamá —le respondí sonriendo orgullosa.

Luego, se pasó la tarde justificando el comportamiento de mi padre por su mentalidad, su edad y, últimamente, también achacaba su mal carácter a los problemas de corazón que padecía. A pesar de la cerrada actitud de mi padre, fui a visitarlo acompañada de mis hijos, y no desaproveché el momento para abofetearme sin manos, solo con ofrecerme el mayor de los desprecios ante sus nietos, ya adultos. No volví a verlo con vida, pero besé su cadáver sin guardarle ningún rencor porque estaba segura de que yo había obrado como debía; se trataba de elecciones sobre mi vida y no incumbían o afectaban nada más que a mis hijos y, por supuesto, a mí.

Olvidarme de mi pasado y de los sufrimientos que sentí fue fundamental para encontrar de nuevo la felicidad. Siempre he vivido convencida de que guardar rencor desgasta tanto como padecer una larga enfermedad. Es más fácil aceptar ciertas actitudes que no te parecen correctas y acabar ignorándolas; eso no ocupa lugar ni en tu mente ni en tu corazón, ni te obliga a

luchar contra ellas. Yo era dueña de mi vida, una vida que compartía con una persona que merecía la pena porque ofrecía tanto o más de lo que recibía: los mejores años de mi vida, que siguen transcurriendo aún.

Creo que el único viaje que he hecho sola desde aquella primavera fue para asistir al funeral de Juan, y no lo hice por el difunto. Aunque sabía que a ellos no les importaría, era una parte de mi vida que nos correspondía a mis hijos y a mí, y que ese entierro puso el punto final. Me di cuenta de la compasión que Juan continuaba despertándome, incluso, después de muerto; no logró ser feliz después de separarnos y eso siempre me apenó, pero no me provocó ningún remordimiento después de convencerme de que él era el único culpable de su vida infeliz, dedicada a la venganza y a buscar un culpable de su desdicha. O mejor dicho, una culpable; en este caso, yo. El egoísmo de ese hombre no tenía fin. Después de restregarme a su joven novia, con la que nunca se casó; de hacerme saber que se acostaba con ella en mi propia cama, en el momento en que le presenté a Robert en la boda de Nano, el último evento familiar que compartimos, ni siquiera le estrechó la mano y —más que la increíble presencia de Robert— le molestó comprobar por sí mismo la buena relación que existía entre él y sus propios hijos, la que nunca había alcanzado Juan. A partir de ese día, actuó como si ninguno de nosotros tres existiésemos en su vida.

Mis hijos nunca comprendieron a su infeliz padre, y me enorgullece reconocer que dejaran de sentirse culpables por ello y entendieran que el problema radicaba en Juan, sobre todo después de que se negara a conocer a su primera nieta. Ni siquiera ese momento tan feliz en la vida de Nano logró ablandar el corazón de Juan. Hacía acto de presencia con su desprecio pero, afortunadamente en nuestras vidas, fue el último que le consentimos. Sin embargo, Robert compartió ese feliz momento conmigo, como si se tratase de su verdadera nieta, contagiado por mis sentimientos y mis fuertes emociones;

si no lo proponía yo, era él a quien le faltaba tiempo para reservar nuestro vuelo a Sevilla cada fin de semana, hasta que la niña fue más mayor y mi hijo venía a Londres a pasar unos días con nosotros acompañado de su pequeña familia. Robert supo, desde el primer momento, la importancia que mis hijos tenían en mi vida, y no solo no se entrometió, sino que él me animaba a viajar a verlos en cuanto tenía unos días libres en su apretada agenda laboral. A veces me resultaba increíble descubrir lo bien que me conocía y cuánto se preocupaba por verme feliz. Y, después de veintiocho años juntos, sigue comportándose del mismo modo.

Nada de lo que hice en mi pasado fue un error porque todo me empujó hasta donde he llegado.

Capítulo 25

ALBA

Después de conocer la experiencia de mi abuela, porque ella se ha sincerado conmigo en todos los aspectos importantes de su vida pasada, algo en mi interior me está provocando un fuerte remordimiento. Además, debo contradecir a mi abuelo, por una vez en su vida. Mientras los llevo a comprar provisiones para pasar el fin de semana y esperamos a Sandy, Bradley y Mary Stevens, Andrew pasa unas horas trabajando en la biblioteca y yo me quedo a solas con ellos. Tengo que demostrarle a Robert que, de alguna manera, lo que sucede en el seno de una familia acaba por afectar a todos los miembros.

—Por una vez, abuelo, no puedo darte la razón.

—¿En qué, princesa?

—Este verano me dijiste que no debía inmiscuirme en los asuntos de Ross porque no nos afectaban a Andrew ni a mí. —Le sonrío enigmática—. No imaginas lo equivocado que estás. —Utilizo una antigua frase de Andy.

Me tomo mi tiempo en narrarles, con todo lujo de detalles, la aparición de los dos matones en nuestras vidas, incluidas sus agresiones, lo que les provoca un gran nerviosismo y una mayor preocupación. Les cuento como preparé mi visita a Walker y mi venganza por su actuación equivocada contra nosotros; les refiero las cuantiosas deudas de juego de Ross, que casi siempre paga Andrew, quien no tiene en su cuenta corriente más de diez mil libras ni más propiedades que su apartamento —a pesar de dirigir una importante empresa a nivel nacional— debido a los problemas económicos de su hermano;

menciono la confesión de Ross sobre la realidad de su vida matrimonial y, por último y aún con sentimiento de vergüenza, sobre su comportamiento hacia Marini, sobre mi terrible confusión y mis posteriores amenazas al responsable de todo.

Mi abuela está escandalizada y está de acuerdo conmigo porque ella sabe que, si uno de sus hijos sufre cualquier accidente o complicación, acabará por afectar al otro porque se han llevado siempre mejor que bien.

—Andrew no tiene que sufrir remordimientos. Lo ha soportado más de lo que debía —dice mi abuela convencida.

—Eso le digo yo, pero él tiene a nuestra familia como modelo y sufre más aún por Ross, sobre todo porque no encuentra el modo de hacerlo recapacitar y reflexionar ante sus problemas y sus decisiones alocadas. Y no creo que, por muy lejos que se marche, dejemos de pagar por sus errores. Tengo la impresión de que Ross no acabará bien y, tarde o temprano, nos dará un disgusto más grave.

—Princesa, tienes razón —reconoce mi abuelo sonriendo—: si a mi hermana le sucediera algo parecido, me sentiría tan responsable como Andrew. Debes tener más paciencia con tu marido; es un buen hombre.

—Lo sé, y lo he pasado fatal; aún no me he perdonado mi desconfianza y mis dudas. Él lo sabe y por eso no se enfada conmigo; sabe bien que ya me encargo yo de hacerlo por los dos. ¡Dios! —exclamo suspirando, pensando en las terribles consecuencias que habrían podido tener mis equivocadas decisiones—. Cuando pienso en lo que pude haber provocado por mi desconfianza...

Rompo el silencio que se ha apropiado de nuestra pequeña reunión.

—Después de la sinceridad que has demostrado al contarme tus experiencias cuando conociste al abuelo y permitirme que escriba sobre ello, pensaba que estaba en deuda contigo, abuela. Me he visto en la obligación de contarte la verdad sobre la causa de mi nerviosismo y mis vómitos. —Mi abuela me toma la mano y me reconforta con su muestra de cariño—. Y a ti,

abuelo. Pretendía que supieras que mi interés por saber sobre la vida de Ross no era por el mero placer de cotillear; sabía que todo lo que tuviera que ver con mi cuñado, de algún modo, afectaría a Andrew y acabaría por afectarme a mí. Presentía que entre ellos no se trataba de llevarse más o menos bien. Ross es una verdadera bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento, y arrasará con su familia. Andrew le ha buscado un trabajo en Nueva York; lo obliga a marcharse y a poner distancia entre nosotros. Es una suerte que Ross respete a su hermano, a pesar de la irresponsabilidad que demuestra tener en su vida, y creo que es consciente del daño que puede llegar a provocarnos si no se aleja de nosotros. Pero estoy convencida de cuánto le duele a Andrew haber tomado esa decisión.

—Es demasiado responsable y formal, y no es justo que cargue con las terribles consecuencias que provoca el comportamiento de su hermano — opina mi abuelo.

El domingo por la tarde, nos despedimos de Sandy y Bradley después de que ella me contara en secreto que, en cuanto llegue a su casa, se hará una prueba de embarazo. Contagiada por el optimismo de mi amiga, logro que Andrew me explique, por fin, lo que sucedió en su agencia la primavera pasada, cuando su dedicación exclusiva a su trabajo acabó por separarnos.

—Ross se jugó, en una partida de cartas, su cincuenta por ciento de acciones de la empresa. —Me mira y sonrío desganado—. Y perdió. —Los dos suspiramos a coro—. Un mafioso ruso se quedaría con la mitad de nuestro negocio. Tuve que reunirme con ese hombre en varias ocasiones; se presentaba en la agencia con la intención de opinar y manejar algunos asuntos, hasta que hablé con uno de sus abogados y lo convencí de que me permitiera pagarle la deuda en metálico por el valor real de las acciones si salieran al mercado. — Vuelve a suspirar profundamente, y yo no me atrevo a interrumpirlo; deseo escuchar la historia completa—. El ruso se llevó los dos millones de libras

que teníamos de liquidez después de siete años de duro trabajo; a cambio, le pedí a Ross que me cediera la mitad de su parte, aunque continué ofreciéndole el cincuenta por ciento de los beneficios anuales, como he hecho hasta ahora. Debía impedir que tuviera tanto control sobre la empresa; era un peligro al que no estaba dispuesto a exponerme otra vez. —Lo beso fugazmente en los labios—. Por una estúpida partida de póquer. —Se lamenta—. Y la peor de las consecuencias fue que casi te pierdo a ti en ese complicado intento de mantener intacta nuestra empresa. —Me mira con intensidad—. Estuve a punto de mandarlo todo a la mierda, Alba. A punto de proponerle al ruso el total de las acciones y acabar con el maldito vínculo que me obligaba a Ross, pero al final tomé la decisión de luchar una vez más. —Me abraza con fuerza—. ¿Sabes cuánto me arrepentí de haber tomado esa decisión después de que te marcharas? Nada me compensaba tu pérdida, nada. Y cuando pasaba por casa de tu abuelo, casi a medianoche cada día, y veía tu habitación iluminada o esperaba hasta que llegabas tarde, si salías y te veía entrar, maldecía mi decisión y la excesiva responsabilidad que siempre he sentido hacia mi hermano. Un par de veces te acompañaron dos hombres distintos y, en las dos ocasiones, estuve a punto de bajarme del coche para hacerte saber que había ido a buscarte. —Me quedo perpleja en ese momento—. Pero no los besaste, ni percibí en ti algún tipo de sentimientos hacia ellos, y esperé mi oportunidad de recuperarte, muerto de miedo porque dejaras de quererme o porque se entrometiera otro hombre en tu vida.

—Andrew Stevens, eres el mayor gilipollas que he conocido en mi... —Me interrumpe poniendo un dedo en mis labios.

—No concebía mi vida sin ti. —Cambia sus dedos por sus labios—. Tú lo eres todo para mí y lo único que tengo. Nunca lo olvides.

—Tú te encargarás de recordármelo cada vez que meta la pata. Ya me conoces.

—Por supuesto, mi chica mimada y superficial.

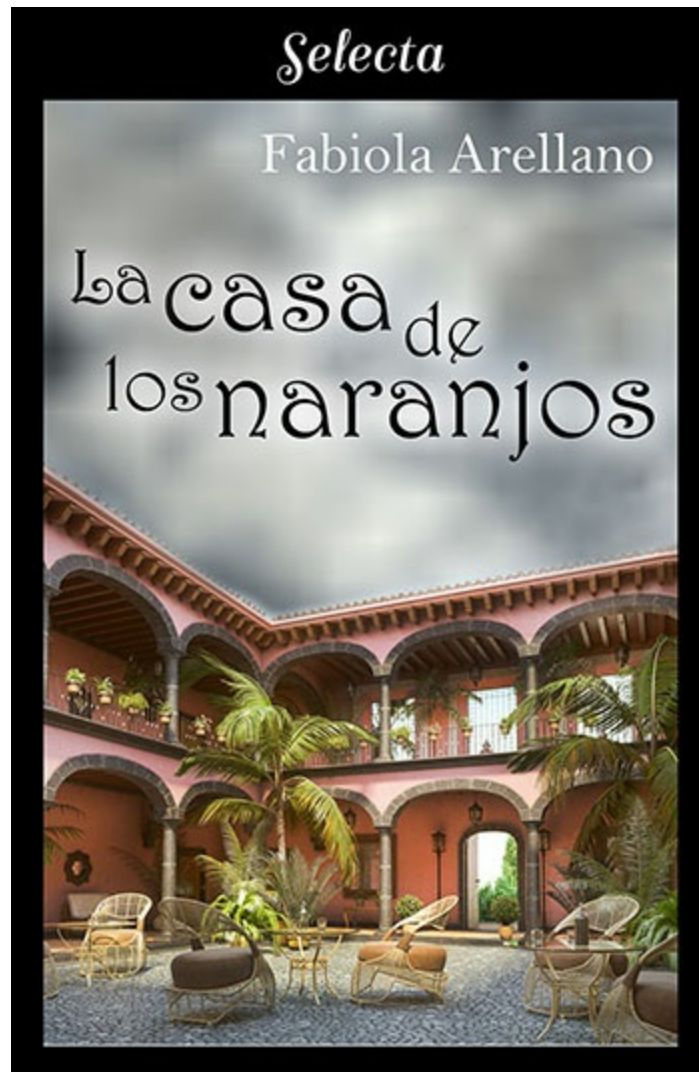
Si te ha gustado

Las mujeres no somos invisibles

te recomendamos comenzar a leer

La casa de los naranjos

de *Fabiola Arellano*



Capítulo I

La tía Amelia

La verdadera historia se lleva escrita en la sangre.

—**B**uenos días, señorita, mi nombre es Julia Ibáñez; busco al licenciado Ortiz, él está esperándome.

—Tome asiento, por favor; por ahora el licenciado está ocupado, pero en cuanto termine la recibirá.

Y es así como Julia terminó sentada en la vieja pero formal sala de espera en un despacho de abogados.

«Qué manera tan espectacular de celebrar un cumpleaños», pensó irritada al tiempo que observaba todo a su alrededor, incluida la mujer que, detrás de su escritorio y con aire ausente, tecleaba sin parar como si no hubiera nadie más.

Una señora de edad avanzada la miraba fijamente desde el otro extremo, lo cual le puso los nervios de punta. Revolvió las revistas que estaban colocadas sobre una mesa, se decidió por una de temas fiscales y la hojeó sin real interés; esperaba con ello mantener la mente ocupada, sin embargo, no funcionó, le resultó imposible dejar de pensar en lo patética que era su existencia.

«Justo hoy cumpla 32 años y, en lugar de estar en una fiesta salvaje llena de chicos, música y alcohol, aguardo sentada en una sala de espera de un despacho de cuarta, por un abogado de tercera. Encima tengo que soportar la mirada inquisidora de una mujer mayor que no me quita el ojo de encima, y la de un niño que me observa como si fuera un proyecto de laboratorio del cual tiene que investigar a fondo para sacar buenas notas. En definitiva, ¡algo estoy haciendo mal!».

La espera por el abogado que, al parecer, tenía las respuestas tan buscadas por ella estaba resultando exasperante. Harta de morderse las uñas hasta casi sangrar, no sabía qué más hacer para calmar los nervios. Por enésima vez miró el reloj de pared y resopló al percatarse de que solo habían pasado un par de minutos desde el último vistazo que le dio.

Su mente era un revoltijo de dudas y porqués. Desde que supo que era adoptada, su sentido de pertenencia, al cual todo ser humano tiene derecho, quedó hecho añicos. Cuando los que creía sus padres se negaron a darle cualquier indicio que pudiera orientarla sobre su origen, los cimientos de su vida se desmoronaron. En un instante y tras una absurda discusión, el eje sobre el cual giraba su mundo se tambaleó, provocando terribles tempestades que causaron daños irreparables y cambiaron para siempre la faz de lo que, ilusamente, había considerado suyo.

Sabía que era ingenua al tener la esperanza de que las respuestas a sus dudas estuvieran en manos del licenciado Ortiz, pero no podía evitarlo.

Hundida en sus pensamientos trataba de asimilar los acontecimientos de la última semana. Reconoció que todo le parecía muy extraño. De forma frenética retorció las manos sobre su regazo para calmar un poco la ansiedad al tiempo que, una vez más, repasaba los hechos.

Una mañana cualquiera estaba en su aburrido trabajo de auxiliar contable, metida en la claustrofóbica oficina sin ventanas ni iluminación natural que fungía como su prisión personal de nueve a cinco, de lunes a viernes.

Sentada en el destartado escritorio y aporreando el teclado de una computadora tan lenta como una abuela cerca de cumplir el centenario, se lamentaba de su vida tan rutinaria y carente de emociones. De pronto sonó el teléfono, dudó unos instantes antes de responder porque supuso que se trataba del pesado de su jefe, que de seguro tenía una queja más sobre su desempeño, el cual no podía ser más eficiente, aun así, el solemne señor Ramírez siempre se las ingeniaba para encontrar fallos donde no los había. Descolgó el auricular de mala gana y respondió con un seco *¿sí?*.

Asombrada recibió la llamada que cambiaría el rumbo de su vida; un tal licenciado Ortiz, que decía ser el representante legal de la señorita Amelia De la Rentería; su tía, de la cual Julia no tenía ni la más remota idea de que existiera.

—*Como lo oye, la señorita Amelia De la Rentería era tía abuela de su madre biológica.* —le había confirmado el litigante.

—¿Qué? ¿Cómo está seguro de que soy la persona que está buscando?

—*Porque tengo en mi poder la documentación legal del trámite de su adopción. Es usted Julia Ibáñez, que fue adoptada por Heriberto Ibáñez y Claudia Plascencia, el día...*

—Sí, en definitiva, esa soy yo —había interrumpido al abogado convencida de que ese hombre decía la verdad—. Comprenderá que estoy conmocionada, apenas hace unas semanas que enterré a mis padres y ahora me llama usted para decirme que una tal Amelia De la no sé qué me ha nombrado su única heredera.

—Pase, señorita Ibáñez, el licenciado está esperándola —la amable voz de la recepcionista la sacó de sus cavilaciones volviéndola de tajo al presente.

En silencio colocó la revista junto a las otras, admitió que unos minutos más en compañía de esos dos voyeristas, los impuestos y las nuevas leyes fiscales, así como sus funestos pensamientos acabarían poniendo su cordura en serio peligro y, más aún, porque ya no tenía más uñas que morder.

Se puso de pie con la firme intención de seguir a la secretaria. Al pasar junto a la mujer mayor, esta la tomó del brazo y con voz casi espectral dijo: «La salida no siempre es por la puerta».

En cuanto la huesuda mano la tocó, un estremecimiento la recorrió entera. No quiso ahondar en lo sucedido porque le pareció tétrico y tampoco estaba dispuesta a permitir que el pánico se apoderara de ella. Prefirió pensar que esa mujer era una loca más de esas que abundan en las calles. Sin decir palabra mostró una sonrisa falsa y de manera suave se soltó del agarre.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

Siguió a la recepcionista a través de varias puertas hasta que esta se detuvo frente a una al final del largo pasillo.

—Es aquí.

—Gracias, señorita. —Julia llamó con los nudillos.

—Adelante —sonó la misma voz que había escuchado por teléfono unos días atrás.

Con el estómago encogido y en revolución por los nervios, Julia entró.

Un hombre de estatura baja, abultado abdomen y evidente falta de cabello la observaba atento detrás de un escritorio un tanto desgastado, al tiempo que le obsequiaba una cálida sonrisa de bienvenida.

—Señorita Ibáñez, ¿cómo está usted? Tome asiento, por favor. Si me permite, antes de partir a mostrarle la propiedad de la cual le hablé, tengo que leerle el testamento de su tía y aclarar algunas cláusulas.

Con los nervios a flor de piel, Julia tomó asiento en la silla que el hombre señaló. Sin perder tiempo le soltó una sucesión de preguntas sobre su origen, pero el litigante no fue capaz de resolver sus dudas.

—Siento no poder serle de gran ayuda, trabajé para la señorita Amelia durante años y nunca me comentó nada sobre usted. Fue un par de semanas antes de su fallecimiento que me mandó llamar y pidió que redactásemos su último testamento, entonces mostró los papeles de la adopción y su verdadera acta de nacimiento como prueba del parentesco.

El licenciado hablaba sin parar sobre los pormenores de su última visita a la señorita Amelia, pero no decía nada relevante. En cuestión de instantes, comenzó con la lectura de la última voluntad de la fallecida.

No se mencionaba otros herederos ni parientes, por lo que Julia comprendió que, aparte de ella, no quedaba otro ser vivo con la sangre De la Rentería en las venas.

—¿Está diciéndome que no puedo hacer uso del dinero porque está en un fideicomiso?

—Así es. Véalo por el lado bueno; el plazo está por vencer.

—¿Y eso en cuanto tiempo será?

—Seis meses.

—¿Qué? ¿Por qué no lo mencionó cuando hablamos por teléfono?

«¿Por qué cuando la fortuna parece sonreírme siempre debe haber un “pero”?». Disgustada, vislumbró cómo sus planes se desmoronaban. Comprendió que el comprar, con parte de su finiquito, un pase de abordaje en uno de esos cruceros que van por todo el caribe, sin antes cerciorarse de los términos de la herencia, no había sido buena idea.

Nunca fue de carácter impulsivo y comenzar a serlo, después de los treinta y con una herencia en proceso, era una pésima decisión, como había podido constatar en ese momento.

Reconoció que el precipitarse y dejarse llevar por la fantasía que llevaba años arraigada en su cabeza, aquella en que tomaba unas vacaciones en un romántico crucero, conocer personas interesantes mientras bebía todo el tiempo cocteles de esos exóticos, de colores llamativos que se ven en las películas hollywoodenses, le había pasado factura.

Tendría que rogar a la agencia de viajes para que le dieran una nueva fecha y tener que pagar la penalización correspondiente por el cambio.

Con los labios apretados y el ceño fruncido, respiró hondo para tratar de apaciguar la rabia que amenazaba con salir a la superficie. «Tranquila, Julia, solo tendrás que posponer un poco tus planes. No es el fin del mundo».

«¿Que no es el fin del mundo? —cuestionó irónica su voz interna—. Chica, te apresuraste a renunciar a tu trabajo y, no conforme con eso, también dejaste el cuchitril al que llamabas casa, sin antes cerciorarte de nada».

La perspectiva de tener que esperar a echar mano del bendito dinero de la herencia hasta dentro de seis meses, porque a la senil dama se le había ocurrido ponerlo en un fideicomiso a plazo, la llenó de frustración.

No tenía trabajo ni dinero ni casa. «¿Qué has hecho, Julia?», se recriminó al recordar cómo, segura de que al día siguiente sería millonaria, había

despilfarrado su finiquito y sus ahorros.

El abogado seguía leyendo el documento; Julia se percató de que se había perdido las dos últimas cláusulas por lo que le pidió que las repitiera.

—Como ya le dije, tiene que hacerse cargo de los gatos de su difunta tía.

—¿Qué? —parpadeó confusa—. ¿Gatos?

—Sí, su tía tenía unos cuantos —desvió la mirada.

—¿Qué tanto son «unos cuantos»? —preguntó temerosa de la respuesta.

—Ciento dos.

—¿¡Ciento dos!? ¿Qué voy a hacer con tanto animal?

—Hay una cláusula más —comentó el litigante que revolvía los papeles con aire ausente, como si lo que acababa de decir no hubiera dejado noqueada a su interlocutora—. Tiene que permanecer en la casa al menos un año. En caso de que usted fallezca y no exista otro De la Rentería, es decir, un hijo suyo, o no se cumpla con el plazo estipulado, todo, tanto la propiedad como los felinos y el fideicomiso, pasarían a manos del padre José Martínez o el sucesor de él, para beneficio de los internos del orfanato.

—¿Padre José? ¿Quién es ese hombre?

—Un sacerdote del pueblo donde vivía su tía; el buen hombre está abocado a rescatar niños y jóvenes de las calles. Su tía era una de sus máximos benefactores. De hecho, si yo no la hubiera encontrado, la sucesión había sido inmediata.

—¿Está diciéndome que, si usted no me hubiera contactado, a estas alturas la casa de la tía ya sería un orfanato?

—Algo, así, pero no se preocupe, mientras usted no incumpla con las cláusulas, muera repentinamente o renuncie a su derecho legal, todo seguirá siendo como su tía deseaba.

—Espero que eso nunca suceda, digo, lo de morirme de forma repentina, no porque le desee mal al padre y sus niños —aclaró, nerviosa—, es solo que, aunque no tengo prisa por casarme, me gustaría conservar el patrimonio que dejó la tía. Es lo único que me liga a mis raíces y al pasado del cual provengo.

—La señorita Amelia quería que usted tuviera contacto con su verdadero origen o algo así, incluso expresó su deseo de que el último De la Rentería habitara la casa, por ello la cláusula sobre el plazo de un año.

—¿En verdad? ¿Ella quería que yo...?

—Sí, eso le hacía mucha ilusión, decía que siempre tenía que haber un De la Rentería para mantener el equilibrio. Si le soy honesto, no sé a qué se refería, pero así era ella de —hizo una pausa como buscando la palabra adecuada—, misteriosa —concluyó.

Incrédula, Julia levantó la ceja. «Esa vieja estaba más chiflada de lo que creí, no solo me obliga a mantener sus cien gatos, sino también quería que yo viva en un escondrijo apartado de la mano de Dios. ¿Qué más sigue?», se cuestionó al tiempo que intentaba asimilar lo dicho por el abogado.

Angustiada, se preguntó qué haría ella, una chica de ciudad, metida en una casa de pueblo y rodeada de tantos animales mientras se liberaba el dinero y se cumplía el plazo para poder salir de su prisión obligada. No pudo ni quiso disimular la ira que comenzaba a bullir dentro de ella.

—¿Podría hablarme un poco más de la casa pueblerina de mi tía? —pidió.

—Técnicamente la propiedad no está en el pueblo, sino a las afueras. Le recuerdo que no está obligada a habitar la casa, puede renunciar a ese derecho cuando quiera —agregó el litigante.

«¿Y dejarle el camino libre al dichoso padrecito? ¡Ni muerta!».

—¿Puede adelantarme algo del dinero?

—No. Por desgracia no me es posible. En verdad siento no poder ayudarla, señorita Ibáñez. —Colocó frente a ella un legajo de papeles—. Necesito que me firme estos formatos.

—¿Qué es esto? —Comenzó a hojear los documentos.

—Es para el banco; requieren su firma para los trámites del fideicomiso, pero el dinero se liberará en el término estipulado —aclaró—. Quizá podríamos hacer solicitud para un préstamo que se cobre en automático cuando las restricciones para su herencia terminen.

—Se lo agradeceré en el alma, licenciado. Sé que no es de su incumbencia, pero —sintió las mejillas arder—, estoy desempleada y ayer finiquité con mi casero; debo reconocer que no quedé en muy buenos términos con él, así que el préstamo me vendrá bien. —Nerviosa, tragó saliva—. ¿Cree que pueda instalarme en la casa cuanto antes?

—Admito que la propiedad no está en su mejor momento, pero creo que es habitable. Su tía vivió allí hasta el último instante.

—Cuando dice «habitable», ¿a qué se refiere exactamente? —Lo miró con desconfianza.

—No creo que tenga problema alguno en instalarse, si eso es lo que le preocupa.

Algo en la expresión del abogado hizo que Julia pusiera en duda sus últimas palabras.

—¿Entonces? ¿Podría ser hoy mismo?

—Lo siento, tengo citas agendadas que no me es posible cancelar, pero mañana la llevaré, tal y como habíamos quedado.

—Está bien, veré cómo me las arreglo por esta noche.

«No te quejes, Julia, te precipitaste y ahora no tienes ni dónde dormir. Agradece que al menos cuentas con esa propiedad, sea donde sea que esté ese tal pueblo».

—Vivir fuera de la ciudad no es tan malo como parece, señorita Ibáñez, podría tomárselo como unas vacaciones —sugirió el abogado con una sonrisa.

«¿Vacaciones? Sí, seguro; serían las vacaciones de terror, ¿o de qué otro modo se le podría llamar a vivir a las afueras de un pueblucho, sin las comodidades propias de la ciudad y, sobre todo, sin wifi», pensó mientras se despedía del litigante.

Con sus pocas pertenencias resguardadas en el maletero y en el asiento trasero de su viejo auto, se marchó del despacho sin rumbo fijo.

«Ojalá no todo esté perdido. Quizá, y por una vez en mi vida, la suerte decida sonreírme y la tarjeta pase el cobro de una noche en un hotel de paso,

aunque sea uno de esos de los que llaman “de mala muerte”, sin que la rechacen».

Llegó hasta uno que no estaba tan retirado del despacho y, cuando su tarjeta pasó el cobro sin ningún problema, en silencio, dio gracias al cielo.

Al llegar a la habitación que le asignaron, cerró a cal y canto puertas y ventanas. Sabía que era un tanto paranoica, pero no en balde había visto tantas películas hollywoodenses de asesinatos en esa clase de lugares.

Como lo temía, pasó pésima noche; ante cada ruido o sonido, se sobresaltaba. Fue ya entrada la madrugada cuando el cansancio le pasó factura y pudo quedarse dormida.

A la mañana siguiente, su carcacha de auto no quiso arrancar y batalló las mil guerras para encenderlo. Quince minutos más tarde de la hora acordada, se presentó en el despacho del abogado.

Después de firmar otra tanda de papeles, el litigante la llevó al que sería su nuevo hogar.

Atenta a no perder de vista el auto del licenciado, apenas si pudo poner atención al pueblo que pasaron antes de tomar un nuevo camino de terracería, el cual parecía interminable.

—Señorita Ibáñez, hemos llegado.

Ni siquiera fue consciente de en qué momento el abogado bajó de su vehículo para acercarse al de ella.

—Mmm. Oh, disculpe usted, estaba un tanto distraída.

—No se preocupe —movió las manos como restándole importancia—, supongo que es difícil asimilar tantas noticias en tan poco tiempo. ¿No es así?

—Sonrió amable, le extendió la mano y la ayudó a salir del auto.

—No es eso, es solo que esperaba otra cosa, no... esto. —Señaló.

En efecto, el hombre tenía razón, vaya que era difícil asimilar que la casa de su tía era todo menos espectacular. Cuando su vista se adecuó a la brillante luz del sol de mediodía, pudo ver el panorama, el cual, por cierto, era aterrador.

Sintió un desagradable escalofrío recorrerle la espalda. La decepción se instaló en sus células, aunque con rapidez fue remplazada por ira, y una vez más se cuestionó cómo pudo ser tan estúpida al precipitarse tanto en la última semana.

Envalentonada por la noticia de su inesperada herencia, Julia se había dado el lujo de aventarle el trabajo en la cara a su jefe y de cantarle unas cuantas verdades a su casero.

En ese momento, de pie frente al viejo caserón, comprendió que no había marcha atrás. Regresar a la patética oficina de auxiliar contable estaba descartado, y qué decir de volver al cuchitril, que no se podía llamar casa, en el cual habitó hasta un par de días atrás.

«Qué irónica es la vida», pensó mientras recordaba las dos noches que pasó en el hotel cinco estrellas, dándose la gran vida con el dinero de su liquidación. Se había atrevido a pedir champaña y fresas confitadas en chocolate, mientras una masajista personal mimaba su tenso cuerpo, todo esto atendida a que al día siguiente tomaría posesión de una preciosa hacienda y una gran fortuna. Darse de bruces con la cruel realidad no era la mejor forma de iniciar «una nueva vida».

Hierbajos silvestres se apoderaron de lo que en algún tiempo fue un jardín; apenas si se podía transitar por el caminito de lozas color bermellón que llevaba a la entrada de la casa, la cual debió tener paredes blancas, las mismas que habían visto tiempos mejores.

Todo en general estaba en condiciones deplorables. Las amplias ventanas con sus respectivas rejillas de herrería fina, que en su momento debieron ser muy bonitas, estaban llenas de óxido y enredaderas silvestres.

—¿Cuánto lleva deshabitada? —preguntó al licenciado al tiempo que sentía cómo sus planes de algún día vender la propiedad y poder darse una vida desahogada se iban por el retrete.

—¿Eh?, ah, sí, se refiere a la casa, ¿verdad? Qué tonto soy —balbuceó nervioso—. Si recuerda, el día que la contacté le informé que su tía murió

hace aproximadamente tres semanas.

—¿Ella vivió aquí? ¿Así? —Señaló la casa que, a su percepción, era inhabitable. El hombre asintió—. ¡Dios! Mi tía debió estar más loca de lo que creí. ¿Y pretende que yo viva aquí? ¿En estas condiciones? —repitió el gesto.

—Es lo que hay, señorita Ibáñez, tómelo o déjelo, así de simple. Ahora que —se rascó el mentón— puede utilizar el fideicomiso para arreglarla.

—¿Qué? ¿Habla en serio? Se me iría todo el dinero en ello y aun así nunca lograría adecentar esta... casa.

—Que las apariencias no la engañen. Sí, la casa necesita una buena inversión, pero la finca lo vale. Piénselo, con lo que hay en el fideicomiso alcanza suficiente para, como dice, adecentarla y devolverle algo de su antiguo esplendor; porque sepa usted que esta propiedad fue una de las más productivas e importantes de la región. ¡Tiene tanta historia!

—No me diga.

—La familia De la Rentería fue pieza clave en la fundación del pueblo. ¿Lo recuerda? Pasamos por allí hace como quince minutos.

Julia no quiso admitir en voz alta que no se había percatado casi de nada a excepción de la pobre «tiendita de abarrotes».

—Si dicha familia ha sido tan importante y aristócrata, ¿por qué mi tía, teniendo tanto dinero, permitió que la finca decayera de este modo?

—Su tía era una persona, ¿cómo decirlo? —hizo una pausa, como buscando la palabra adecuada—: «compleja» —dijo al fin—. No gustaba mucho de este lugar, sin embargo, nunca salió de aquí. ¿Sabe? Esa mujer era un misterio viviente. En fin —soltó el aire como si lo dicho careciera de relevancia—, como le decía, el señor Genaro De la Rentería y Corcuera, su tataratatarabuelo, fue regidor por muchos años y pionero en el comercio de la zona. Gracias a él y a sus excelentes relaciones con altos funcionarios estatales, se asentó un pueblo en lo que antes era una tierra sin nada. Se dice que era un hombre de armas tomar y muy respetado. Esta propiedad es una joya, algo descuidada, pero cuenta con más valor de lo que aparenta a primera

vista; incluso se habla de un tesoro enterrado...

El hombre hablaba sin parar del tal don Genaro, sin embargó, Julia había dejado de ponerle atención hasta que escuchó la palabra «tesoro».

—¿Un tesoro?

—Es solo un mito que cuenta la gente de las inmediaciones, pero no haga caso, son solo chismes de viejos que no tienen nada mejor que hacer.

Julia, una vez más, recorrió con la mirada la fachada colonial de la casa y pensó que, a pesar de las condiciones, estaba mejor que el cuarto que le rentaba al abusivo de su casero.

«Pensándolo fríamente no suena tan descabellada la propuesta del abogado». Decidió que, con el dinero que había dejado su tía, bien podría darle una manita de gato a la finca, así, al momento de venderla —porque era un hecho que la vendería— esta se cotizaría más cara, de lo contrario le pagarían una miseria. Debía aprovechar el auge por las haciendas viejas que estaba tan de moda.

Analizó con ojo crítico y se obligó a usar la imaginación, no le fue difícil visualizar la belleza y esplendor que la propiedad debió tener en sus años buenos. Había mucho que resaltar: el pórtico lleno de arcos con su barandilla de cantera y la bella estructura de la escalinata, la construcción estilo colonial de paredes blancas y ventanas enrejadas, las amplias extensiones de jardines, el lago...

Al volver la vista hacía él, contempló como el sol se reflejaba en el agua, concediéndole el aspecto de miles de cristales brillantes sobre un manto de terciopelo parduzco. El lago era hermoso, tenía un encanto especial, el cual parecía llamarla.

«Sí, en definitiva, tengo que hacerle las reparaciones necesarias si quiero un trato de compraventa decente», decidió mientras repasaba con la vista todo a su alrededor. «Una vez vendida la finca, podré multiplicar con creces el dinero invertido». Sonrió complacida. «¿Qué tanto son doce meses? ¿Qué podría cambiar en ese tiempo?». Más animada siguió al abogado a la puerta

principal de la casona.

“Puede que también tenga que ver lo mucho que te quiero y que no deseo que vuelvas a separarte de mí en lo que me queda de vida.”



Alba es una joven periodista española que vive en Londres donde ejerce su profesión a través de las redes sociales. Tras la ruptura con su novio, Andrew, porque este trabaja demasiado, asiste a la boda de su mejor amiga y decide marcharse a Tarifa de vacaciones en compañía de sus abuelos, ya que necesita distanciarse de la ciudad y de la vida que compartió con su novio durante los últimos cuatro años. Sin embargo, él desea reanudar su relación y le pide permiso para verla en su casa familiar.

Lola Serrano, la abuela de la Alba, es una anciana escritora, feliz y orgullosa de su familia. En la cuarentena de su vida se divorció y dejó atrás un matrimonio frustrante y a un marido egoísta hasta conseguir su independencia total, intentando siempre que sus dos hijos sufrieran lo menos posible. Años más tarde, es contratada como guionista para realizar la adaptación de una de sus novelas, se desplaza a Londres donde conocerá otra vida, otra gente, un gran hombre a quien amar y se redescubrirá como persona y como mujer.

Alba admira a su abuela, la adora, y se empeña en escribir sobre la gran historia de amor que la unió a su abuelo Robert, a la vez que nos descubre a una gran mujer, luchadora y fuerte, en una época complicada para el género femenino. Alba vive su relación con Andrew preocupada por las dudas que le causa el exceso de trabajo de este. Abuela y nieta son hermosas, están enamoradas y son correspondidas, pero eso no significa que se sientan invisibles para el resto del mundo.

Esperanza Riscart nació en Algeciras, y es el lugar en el que reside. Está casada y es madre de dos hijos. Se dedica a la enseñanza desde hace más de treinta años como maestra de primaria. Aficionada a la lectura desde pequeña gracias a los cómics, “la Literatura me ha divertido, evadido, emocionado, aterrado, indignado y enseñado. Ha sido para mí una compañera fiel y sólida, la que espero me acompañe el resto de mi vida.”

Edición en formato digital: abril de 2019

© 2019, Esperanza Riscart

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-64-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Las mujeres no somos invisibles

Capítulo 1. Alba
Capítulo 2. Lola
Capítulo 3. Alba
Capítulo 4. Lola
Capítulo 5. Alba
Capítulo 6. Lola
Capítulo 7. Alba
Capítulo 8. Lola
Capítulo 9. Alba
Capítulo 10. Lola
Capítulo 11. Alba
Capítulo 12. Lola
Capítulo 13. Alba
Capítulo 14. Lola
Capítulo 15. Alba
Capítulo 16. Lola
Capítulo 17. Alba
Capítulo 18. Lola
Capítulo 19. Alba
Capítulo 20. Lola
Capítulo 21. Alba
Capítulo 22. Lola
Capítulo 23. Alba
Capítulo 24. Lola
Capítulo 25. Alba

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Esperanza Riscart Franco

Créditos